



LA REBELIÓN

DAVID ANTHONY
DURHAM



Lectulandia

Una novela soberbia sobre Espartaco, el legendario gladiador, y la revuelta de esclavos que encabezó y a punto estuvo de someter a Roma y sus invencibles legiones.

En esta emocionante novela histórica somos testigos de la rebelión más famosa de la historia desde diversos, y a veces opuestos, puntos de vista, entre ellos el del propio Espartaco, el visionario cautivo y gladiador cuya constancia y carisma convierten la fuga de una prisión en una rebelión multicultural que amenaza a un imperio; el de la profética Astera, cuyo contacto con el mundo de los espíritus y sus augurios guía el desarrollo de la rebelión; el de Nonus, un soldado romano que se mueve a ambos lados del conflicto en un intento, en parte desesperado, de salvar la vida; el de Laelia y Hustus, dos niños pastores incorporados a las tropas de la rebelión de los esclavos, y el de Kaleb, el esclavo al servicio de Craso, el senador romano y comandante que carga con la poco envidiable tarea de aplastar una insurrección de meros esclavos, todo ello en un entorno de violencia, heroísmo y traición.

Lo que está en juego con la rebelión de Espartaco es nada menos que el futuro del mundo antiguo. Nadie aporta más brío, inteligencia y frescura a la novela sobre la época clásica que David Anthony Durham.

Lectulandia

David Anthony Durham

La rebelión

Una novela de Espartaco

ePub r1.0

Titivillus 18.01.2018

Título original: *The Risen: A Novel of Spartacus*

David Anthony Durham, 2016

Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Gudrun

LA ITALIA ROMANA EN LOS TIEMPOS DE LA GUERRA DE ESPARTACO, 73-71 A.C.



PRIMERA PARTE



LOS DIOSES NOS AMARÁN

Drenis

Drenis odia sus manos. Le tiemblan, por más que intente evitarlo. Debería estar comiendo, como los otros, ocultando sus pensamientos e intenciones, comportándose con normalidad. Están sencillamente hablando, él, Gaidres y Espartaco, sus compañeros. En torno a ellos, los otros gladiadores comen y charlan, bromean, se insultan. Es la hora de la cena, igual que cualquier otro día en el *ludus*, la escuela de gladiadores de Gneo Cornelio Léntulo Batiato. Pero este no es un día cualquiera. Este es el día en que recibirán los votos de otros hombres, cuando jurarán que harán lo que llevan tanto tiempo susurrando que harían, el día en que los sueños se escribirán con sangre, con los dioses invocados como testigos.

Están sentados a una de las largas mesas, al calor del sol primaveral. Drenis se inclina. No ha tocado el cuenco de madera que tiene delante. Necesita hacer algo y finge rascarse un picor en la palma de la mano, pero en realidad se pellizca la piel, esperando que el dolor lo serene.

—Tranquilo, Drenis —dice Espartaco. Sus manos están relajadas. Con un dedo traza círculos sobre la punta dentada de un anzuelo que sobresale de la mesa, engastado allí mucho tiempo atrás. La madera en torno a él se ha manchado de marrón oscuro—. Esto es lo más fácil —asegura—. Se trata solo de escuchar unos cuantos juramentos. Convertiremos a muchos en uno, y seremos más fuertes. Créeme.

El gálata Kastor es el primero en acercarse. Descarga su copa sobre la mesa, salpicando en la madera la bebida de vinagre y ceniza. Se sienta frente a ellos, con dos de sus corpulentos compañeros a la espalda. Kastor pregunta en voz alta si es cierto que Ziles gimoteó en sus últimos momentos. ¿De verdad llamó a su madre?

Drenis también sabía que sucedería esto. Ziles, el hijo de Gaidres, murió el día anterior. Una herida recibida en la arena se infectó hasta llevárselo al otro mundo. Era natural que los otros ofrecieran sus condolencias. O sus vítores. De cualquier manera, los ojos vigilantes de los guardias verán y no comprenderán. Ha sido idea de Espartaco. Oír los juramentos en público, propuso, donde todo el intercambio sea visto, pero no tomado por lo que es.

Hay un guardia apostado en el balcón que domina la zona de comedor. Se inclina y los observa, aunque con mínimo interés. Hace calor, y esa charla entre los hombres es cosa de todos los días. El guardia aparta la vista, tal como Espartaco ha predicho.

Gaidres no muestra emoción alguna en su rostro curtido. Una vez que Kastor se queda sin preguntas, comenta:

—Mi hijo murió bien, y lo sabes.

—Todos lo sabemos —interviene Espartaco—. Kastor, ¿juras lealtad a nuestra causa?

Kastor sonríe. Sus rasgos son voluminosos. Tiene una cicatriz en la mejilla izquierda, una poblada barba negra, una piel bronceada rojiza que contrasta con sus ojos azules. Es de sonrisa fácil. A menudo se jacta de que su pene mide el doble que el de cualquier otro. Y eso, sostiene, le pone a uno de buen humor.

—Lo juro.

— Por qué dios?

—Por cualquiera que escuche a los esclavos. —Se vuelve entonces hacia sus compañeros—.  Qui n es el dios de los esclavos, lo sabéis?

Gaidres tamborilea con los dedos en la mesa.

Sin dejar de sonr er, Kastor pone una mano sobre la madera, encuentra el anzuelo y presiona el pulgar sobre la punta. Cuando lo aparta, muestra en el dedo un glóbulo de sangre.

—Con esta sangre juro por Tengri. Tengri premia y castiga. Tengri ama la justicia. Tengri dirigirá mi mano. Tenéis mi juramento, y a mi gente. —Y con tono más sombrío añade—: Ziles murió con dignidad. Todos lo sabemos. Era un hijo que cualquier hombre habría deseado llamar suyo. No tengáis en cuenta las palabras que digo contra él. —Se levanta y se aleja.

Los otros se quedan sentados, callados hasta que Espartaco habla:

—Los gálatas est n con nosotros.

—No son muchos —señala Gaidres.

—No, pero Kastor vale por varios hombres.

Otros acuden a ellos. Nasah, el libio, presiona la palma contra el anzuelo, jurando por Ba'al. Kut, de los nasamones, invoca a los espíritus de sus antepasados. Se inclina, coge un pellizco de tierra del suelo y lo lame. Thresu coloca la palma contra la punta metálica y se graba el símbolo del dios etrusco de la guerra, Laran. Crixo, de los al brogos, agarra la muñeca de Espartaco, aprieta más de lo necesario y jura la lealtad de sus hombres con voz tensa, como con reticencia. Aun así, recita las palabras. El jefe de los germanos, Enomao, ofrece su sangre, pero luego pregunta por qué los juramentos se pronuncian ante los medos.  Por qué no ante él mismo, puesto que en el *ludus* hay más germanos que tracios?  Por qué no ante él, siendo el primero entre los gladiadores?

—Soy el que tiene más muertes a su nombre. Más cicatrices en la arena.

«Cada argumento tiene su punto de verdad», piensa Drenis. Los de su tribu juran que Enomao ha ocultado su fuerza vital en alguna parte de su cuerpo y gracias a ello no pueden matarlo. Sus heridas lo atestiguan. La abultada cicatriz de una lanza hundida en su vientre; el verdug n que le corre por el muslo; la cuña de piel pelada en la nuca, una herida de hacha, según cuentan.

— Por qué no hacen el juramento ante mí? —insiste Enomao.

—Porque el plan es nuestro —responde Gaidres—. La sacerdotisa es de los nuestros, y suya ha sido la visión.

Enomao se mesa su bigote rubio. Tira con tal fuerza que su labio se tensa y

destensa cuando lo suelta.

—Pues más vale que no se equivoque.

—No se equivoca —insiste Gaidres—. Tú has visto cumplirse sus profecías más de una vez.

—Ni siquiera nos habéis contado vuestro plan. ¿Es que vuestra mujer los matará a todos ella sola?

Con un gesto de las manos Espartaco impide que Gaidres responda.

—Te hemos dicho lo que necesitas saber —interviene—. Guarda silencio todo lo que puedas. Cuando el silencio se rompa, rebélate.

—¿Que me rebele dentro de una celda cerrada?

—De eso ya nos encargamos nosotros. Mata a los que te han encadenado. Eso es lo único que importa. No necesitas hacer más que eso.

Enomao se queda mirando al tracio.

—He accedido a estar contigo en el alzamiento. Después de eso, los germanos no responderán ante nadie. Recuérdalo.

Cuando ya se ha marchado, Gaidres comenta:

—Será difícil mantenerlo con nosotros.

—Yo lo mantendré —susurra Espartaco—, de una u otra forma.

Y llegan otros, incluso hombres que no hablan por nadie, solo por sí mismos. Todos se comprometen a actuar en el nombre de los dioses de su elección. Este pronunciamiento de votos era algo inimaginable cuando Espartaco lo propuso por primera vez. Tantos hombres tan dispares, de clanes y razas distintos, con lenguas discordantes... Drenis estaba seguro de que jamás podrían unirse en una sola causa, ni siquiera cuando esta es su propia libertad. Pero ahora está sucediendo. Casi todos los gladiadores están con ellos. Solo los latinos han quedado fuera, porque no son de fiar, y los iberos, porque nadie entiende su idioma. Da igual. Son suficientes. Los que han jurado lealtad superan en número a los guardias. Espartaco y Gaidres han tardado semanas en crear esta unión. Con el apoyo de las profecías de Astera, se los han ido ganando uno a uno.

Y el momento ha llegado. Todo está listo para el día siguiente.

Chromis, el taciturno misio del *ludus*, parece más nervioso que los otros cuando se sienta ante Gaidres. A pesar de ser un esclavo, es el encargado de las llaves que encierran a los diversos grupos de hombres en sus habitáculos: celdas, pasillos o habitaciones, dependiendo del estatus de cada uno o el tamaño de su clan. Es un individuo mal formado, de hombros estrechos y brazos poco musculosos. Alguien debió de arrancarle la oreja de un mordisco hace mucho tiempo. No es un guerrero, ni mucho menos. Tampoco un gladiador. Por todo esto, y por su sumisión a sus amos, le desprecian. Aun así, lo necesitan.

—¿Está todo listo? —pregunta Espartaco.

Chromis asiente con la cabeza. Se rasca el sobaco y la barriga. Picaduras de pulgas, seguramente. Todos las tienen. Drenis se empeña en no reconocer jamás las

suyas.

—¿Valens ha preguntado por Astera? —quiere saber Gaidres. Valens es el cocinero.

—Sí. —Chromis parece pasmado por su propia respuesta—. Tal como ella predijo. ¿Cómo sabe lo que hay en la mente de los hombres?

—¿Tendrá la llave? ¿Estás seguro?

—Si las mujeres lo complacen, él les lleva dulces. Así las tiene ansiosas. A algunas. No me imagino que Astera pueda estar ansiosa.

—¿Por complacerlo? —tercia Espartaco—. No, pero sí estará ansiosa por quedarse con su llave. —Le hace un gesto al misio para que haga la ofrenda de sangre.

Cuando Chromis ya se ha ido, Drenis masculla:

—No me fío de él.

—Ni yo —apunta Gaidres—, pero quiere salir de aquí tanto como cualquiera de nosotros. O más, puesto que es un cobarde y se le ha metido en la cabeza que Batiato pronto lo sacará a la arena para que lo maten de una paliza.

—¿Cómo se le habrá ocurrido esa idea? —pregunta Espartaco con ironía.

Gaidres no contesta. Se levanta y se marcha, aduciendo que necesita quemar semillas y pronunciar unas palabras por su hijo. Llevará algún tiempo. Se aleja con las piernas rígidas.

—Tienes razón, por supuesto —comenta Espartaco—. Seremos traicionados. Algunos hombres no pierden la ocasión de engañar. Astera soñó con una manada de caballos, todos a galope. Uno de ellos se puso a morder a los otros, y el que recibía un mordisco se ponía furioso y mordía a otro. De manera que todo el rebaño acabó atacándose. No sabemos quién será, pero uno de nosotros morderá a los otros.

—¿Chromis?

Espartaco menea la cabeza.

—No, él no. Astera dijo que no sería él.

Drenis desconfía del misio más que de nadie. Le disgusta más que nadie, pero sabe que Astera jamás se ha equivocado, desde que llegó un par de meses atrás e hizo saber que era una sacerdotisa de la diosa Cotito. No es más que una mujer, una criatura menuda de rasgos pequeños y delicados. Bonita, sí, pero no una mujer en la que se pueda pensar con lujuria. Es del pueblo de los dios. Son tracios, pero pertenecen a un clan de la montaña, hombres duros incluso entre los tracios, con unos dioses que solo ellos tienen. Cada vez que se posan en Drenis, los ojos de Astera le quemaban la piel. Y él siente el dolor de esa mirada incluso cuando no sabe que le mira. Un lado de su rostro arde de calor, se vuelve y... ahí está ella, sus ojos verdes fijos en él. Es solo una mujer, pero poseedora de una fuerza que él no comprende.

—Si Astera dice que no es él —admite por fin—, es que no es él. Pero entonces ¿quién? ¡Espartaco, cualquiera puede traicionarnos! Solo tendría que llamar la atención de un guardia, señalar con el dedo, pronunciar unos nombres. Algunos ya

deben de estar deseando hacerlo.

—Tienes razón, sí. —Espartaco asiente—. Esta noche todos los hombres que nos han jurado lealtad yacerán en sus jergones agitándose, rumiando sobre lo que sucederá mañana por la noche. Uno de ellos, si no más de uno, decidirá que su destino es más seguro ganándose el favor de Batiato. Tal vez algunos ya lo estén pensando, pero esta es la noche en que la mente les dará vueltas, calculando qué pueden ganar volviéndose contra nosotros. Siempre ha sido el punto débil de nuestro plan. Tenemos que confiar en muchos para triunfar, pero no se puede confiar en muchos. Un gran problema.

—No deberíamos haber tomado los juramentos —dice Drenis—. ¿Por qué lo hemos hecho? De todas formas, ellos no están preparando nada.

—Cierto. Pero de este modo, una vez seamos libres, los hombres estarán ligados a nosotros. Se creerán parte del plan, dueños de él. Huiremos juntos de aquí, y no en cien direcciones distintas. Y por lo tanto seremos más fuertes. Escucha, primo —Espartaco se inclina—, te preocupas demasiado. Cada problema tiene su solución. Ahora tenemos el juramento de los hombres. Y serán fieles a él, lo quieran o no. Es muy sencillo. No nos rebelaremos mañana, Drenis.

—¿No?

—No. —Una sonrisa danza en sus ojos—. No será mañana. La rebelión será esta noche.

Más tarde, encerrado en la celda que comparte con Espartaco, Drenis piensa. Es sencillo. Esta noche, no mañana. Por supuesto. Nadie tendrá tiempo de traicionarlos. Podrán planteárselo, pero no hacerlo.

Y entonces se dice: esta noche ya está aquí. El sol se ha puesto y el mundo está oscuro desde hace varias horas. Le martillea el pulso, pero tienen que esperar. Esto es lo peor. Si ha de suceder cualquier cosa, será Astera quien marque el comienzo. Todo un *ludus* lleno de hombres, guerreros, gladiadores: todos esperando que una mujer actúe antes que ellos. La coreografía del plan siempre le ha parecido demasiado compleja. Chromis llevará a Astera ante Valens, un hombre libre que satisface sus placeres en una celda cerrada, con mujeres encadenadas para proteger su seguridad. Es un arreglo que ha beneficiado a ambos durante un tiempo.

Esta noche, no obstante, las cadenas en las muñecas de Astera estarán abiertas. Una vez se quede a solas con el cocinero, lo matará. Drenis no se imagina cómo lo hará. Es tan pequeña, tan menuda... Valens está gordo, bien alimentado, y es fuerte a su manera. Pero el plan es que Astera acabe con él. Con su llave, Chromis y ella entrarán en las cocinas, y desde allí Chromis llegará a un armario donde hay otras llaves, llaves que abrirán el *ludus* desde dentro. Hay que matar a un guardia para poder llegar a esas llaves, y serán solo Astera y Chromis los que lidien con él. Solo después de que se logre todo eso, podrán comenzar a abrirse las jaulas que tienen

presos a los gladiadores.

Drenis se agita en su catre. ¿Por qué no está más tranquilo? Quiere estarlo. Siempre intenta aparentar la misma seguridad de Espartaco, pensando que, si se muestra así, será igual también en su mente. Pero no es así. Intentó revestirse de la arrogancia de Kastor, pero no funcionó. Querría ser estoico, impasible como Gaidres. O irascible, ardiente de rabia como Crixo.

Y entonces se acuerda de Bendidora. Es muy fácil que le venga a la mente. Cualquier pensamiento puede llevarlo derecho a ella, aunque no tenga nada que ver. La ve como la vio aquella primera noche en la sala de Muccula, cuando él tenía quince años y ella ni eso. La ve sirviendo a los hombres, el rostro oculto bajo una cascada de cabello rubio. ¿Cómo supo que era hermosa antes incluso de verle el rostro? Lo ignora, pero lo supo. Intentó no quedársela mirando, pensando que los demás se darían cuenta. Tenía miedo de ofender a su anfitrión y de que Muccula adivinara que estaba pensando en apretarse contra su hija por detrás. Se sintió atrapado por la presión de su entrepierna, y temió que los demás también lo advirtieran. Le harían ponerse en pie. Se reirían de él.

No fue así. Y más tarde, al año siguiente, cuando su padre propuso matrimonio entre él y Bendidora, ella tampoco se rio de él. El padre de Bendidora puso un precio alto por la novia, pero el padre de Drenis prometió pagarlo. Al recordarlo, al recordar su dicha de entonces, se le llenan los ojos de lágrimas. Qué estúpido, añorar las cosas perdidas. Algo que tuvo tan cerca y que ahora está tan fuera de su alcance.

—¿Duermes? —pregunta Espartaco. No aguarda respuesta—. No pienses en ella. O hazlo, si eso te da coraje. ¿Te da coraje, hermano?

No son hermanos en realidad, pero Drenis agradece que lo llame así.

—Sí, cuando vuelva a verla...

—¿Qué harás? Podría estar casada con otro, lo sabes. Al principio te dijo que sí, pero vuestra unión jamás se hizo realidad. —Se vuelve en el catre hacia Drenis. Su cabeza aparece entre sombras—. Solo digo la verdad. ¿Quién sabe lo que habrá pasado desde que salimos del país? Podría ser una esclava. Podría estar aquí en Italia, por lo poco que sabemos. Podría haberse ido al otro mundo. —Hace una pausa antes de añadir—: Aun así, tuvo ojos para ti antes que tú para ella. Eso también es verdad.

—No es cierto —protesta Drenis.

—Desde luego que sí. ¿Por qué no iba a ser así? Tú eres Drenis, amado por todas las mujeres.

Drenis sabe que tiene un rostro agradable y que su cuerpo, a pesar de que pasa de los veinte años, es el de un joven que empieza a convertirse en hombre. Antes de ser esclavo, allá en Tracia, las mujeres se burlaban, llamándole gemelo de Paris, diciendo que Bendidora era su Helena. Drenis deseaba a su Helena, pero tener el rostro de Paris lo avergonzaba. Era un rostro para complacer a las mujeres, sí, pero él habría elegido uno que complaciera a los hombres. Un rostro que les hiciera confiar en él, creerle, seguirle. De haber podido elegir un rostro, le habría gustado uno como el de

Espartaco.

Este vuelve a acomodarse en su catre, provocando una lluvia de paja. Drenis cierra los ojos hasta que la lluvia amaina.

—Cuéntame algo que recuerdes, Drenis.

Es algo que hacen a menudo. Los dos solos, en la diminuta celda que comparten, hablan de su hogar. Espartaco sostiene que si mantienen Tracia viva en sus mentes, sus dioses lo sabrán. Zalmoxis sabrá que todavía viven. Darzalas guiará su mano para premiar su lealtad. Dice que de todos los dioses, la Gran Madre es la que tiene más alcance. Está en la tierra allá donde estén los animales y las plantas. Si sabe que son fieles a ella, los ayudará una vez sean libres y estén en las montañas. Los romanos no podrán encontrarlos. Ellos no la conocen, pero la Gran Madre los aborrece, a ellos y a sus apestosas ciudades.

—Habla —insiste Espartaco—. Es mejor hablar que aguardar en silencio.

Tiene razón. Pero ¿qué decir? Drenis recuerda que, cuando era pequeño, su madre lo llevó a la cabaña donde las mujeres iban a veces para atender cosas privadas. Allí se lo llevó cuando su padre había marchado a una campaña. Encendió un fuego y, a la luz tenue y humeante, le contó todo lo que sabía de la Gran Madre. Y mientras hablaba, calentó una aguja. Le dijo que se tumbara boca abajo y no se moviera, y entonces le pinchó en la parte inferior de la espalda y estuvo trasteando largamente ahí abajo.

—¿Sabes lo que estoy haciendo? —le preguntó—. Este será el estigma de Zalmoxis. Los hombres lo verán y les gustará, lo cual será bueno para ti. Aquí hay un secreto solo para ti. —Trazó un círculo en su piel—. Mira, esta es la Gran Madre. Envuelve a Zalmoxis, lo contiene. Esto no lo sabrán los hombres. Cuando lo vean, pensarán que Zalmoxis es el dueño del mundo. Pero la verdad es que el mundo es el dueño de Zalmoxis. Será un buen estigma. Crecerá contigo.

Drenis cree que así ha sido, aunque nunca se lo ha visto. Pero eso no puede contárselo a Espartaco, de manera que habla de otra cosa:

—¿Te acuerdas del pozo de serpientes?

—¿Qué serpientes?

—Cuando las encontramos, cuando de niños corríamos por las montañas.

—¿Quién venía con nosotros?

—Skaris. Prytos. Nico también. —Había otro, pero Drenis vacila en nombrarlo. Hasta que recuerda que tiene un papel en la historia—. Y Ziles. Nos encontramos una hondonada que estaba atestada de serpientes. Montones y montones de serpientes unas encima de otras. Eran tantas que no podían ni contarse, todas agitándose a la vez. Nos las quedamos mirando desde el peñasco donde estábamos. Y entonces Ziles fue a tirarles una piedra.

—Sí —replica Espartaco—. Sí que me acuerdo. Le paré el brazo y le dije que no lo hiciera.

—Y yo me alegré.

—Pues Ziles no.

—Luego intenté dar con el sitio otra vez, pero no pude.

—¿Para qué querías dar con él?

Drenis lo sabe, pero no puede decirlo. Después de ver las serpientes aquella vez, soñó muchas veces con ellas. Y en su sueño estaba solo. Y cada vez bajaba por las rocas y se metía entre las serpientes. Se hundía entre ellas. Y las bichas se agitaban en torno a él como un millar de amantes, le tocaban con la boca. Tuvo tantas veces ese sueño que pensó que debería encontrar el lugar y ver qué pasaba. Tal vez, pensó, tenía que hacer en la vida real lo que hacía en sueños. A lo mejor así sería bendecido.

Pero no quiere contar todo eso.

—No, por nada. Es solo que quería verlas otra vez.

—Pero ¿no para tirarles piedras?

—No, qué va...

Y en ese momento aparece Astera en los barrotes de la puerta de su celda. Tan de repente que frena en seco las palabras que Drenis tiene en mente. Allí está, con la piel muy pálida bajo la tenue luz proveniente del pasillo. Por un momento le parece que no es Astera, sino su fantasma. Pero luego la oye respirar. Oye la llave que lleva en la mano y que busca la cerradura. Espartaco se levanta de prisa, y Drenis parpadea bajo la lluvia de paja.

Para cuando se ha quitado la paja de la cara y levantado, la puerta ya está abierta. Astera entra sonriente. Incluso en la penumbra se le ven los dientes. Perplejo de ver algo así, Drenis piensa que tal vez debería intentar moverse por el mundo como Astera: un hombre que se moviera como ella sería temido.

Astera tiende el brazo y con la mano unta algo oscuro en el rostro de Espartaco.

—Valens me ha dado algo para ti. Ha dicho que todas las grandes empresas comienzan con una ofrenda. —Echando un vistazo a Drenis, añade—: Es para ti también. No deberías ser tan hermoso. —Y como para borrar su belleza, le pasa la otra mano por la cara, dejando unos regueros húmedos.

Drenis tarda un momento en comprender: hasta que nota su sabor. Sangre. La primera de las ofrendas de la noche.

Sura

Sura nunca ha dudado de Astera, no después de ver lo que hizo en la arena. No desde que ella lo explicó después. Cuando dijo que esta sería su última noche como esclavos, Sura supo que decía la verdad. Ahora aguarda con Cerzula y Epta, las tres tracias muy juntas en la diminuta y oscura celda que comparten con Astera. Saben que Astera ha ido a complacer al gordo Valens. No es la primera que lo hace. Pero esta noche ha prometido no complacerle. Esta noche será él quien la sirva a ella.

Sura y sus hermanas saben cosas que los otros ignoran. Otras mujeres duermen en las celdas cerca de ellas, a lo largo del pasillo y en el piso de abajo. Algunas roncan. Una mujer masculla quejas; no puede dormir y quiere negarles el sueño a las demás. Piensan que es una noche como otra cualquiera, que despertarán como esclavas y seguirán siendo esclavas hasta que mueran como esclavas. Sura sabe que no es así y las considera estúpidas. ¿Cómo puede nadie dormir esta noche? ¿Cómo pueden no saber lo que está a punto de ocurrir?

—Deberíamos rezar a Cotito —sugiere Epta, la más joven. Su voz se quiebra de miedo—. Tomad. Haced como yo. Ofrecedle sangre.

Sura no ve a la otra mujer en la oscuridad, pero sabe que sostiene la pluma que le cayó del cielo. Había frotado la punta hasta dejarla bien afilada, y la utiliza para hendirse la piel. Más que ninguna de ellas, Epta se ha convertido en ferviente adoradora de Cotito, la diosa de Astera. Ella, entre las cuatro, es la que más miedo ha tenido siempre. Bonita y menuda, vulnerable de tal forma que los hombres se sienten gigantes a su lado. Ninguna lo tiene fácil, pero para Epta la esclavitud ha sido más dura que para la mayoría. Por eso ama a Astera de manera tan ferviente, por su fuerza y sus promesas.

Sura no ama a Astera. Sura la teme, lo cual es una emoción más sincera, piensa.

—Dame la pluma —pide Cerzula. Un momento más tarde suspira y pide a la diosa que la mire. Jura su lealtad y promete hacerle siempre ofrendas y amarla por encima de los demás dioses. Afirma cada palabra, casi sin aliento, como en un arrebato de pasión.

Cotito es una diosa tracia, pero casi olvidada en las planicies de las que procede Sura. Cotito, según dice Astera, es una diosa iracunda y difícil de apaciguar. Está en la ira que arde en la persona que ve asesinar a su familia, violar a mujeres y niños. Es la que nunca olvida, la que siempre habla en susurros de venganza. Mata a los que provocan su ira y salpica su rostro con su sangre. Cotito es el lobo que devora la luna cuando está llena. Y es también la luna, porque los dioses pueden ser más de una cosa, pueden tener más de una historia. Sura, siendo de la tribu de los odomantos, ignoraba antes todo esto. Ahora lo sabe, gracias a Astera.

A Sura no le pareció gran cosa la primera vez que la vio. Menuda y desastrada, su pelo color fuego era tal maraña que le ocultaba el rostro. No obstante, sus estigmas hablaban por ella. Eran marcas de la tribu de los díos: serpientes entrelazadas con árboles en sus brazos, lobos copulando con la Gran Madre en su pecho derecho. Marcas profanas. Creencias días, no odomantes.

Estaban encadenadas juntas en el mercado de esclavos, desnudas y tiritando en el frío húmedo de la mañana. Otras mujeres, recién compradas, se iban uniendo a ellas. No eran esclavas con un período de meses o años por delante. Eran las mujeres de un pueblo al que se castigaba por haber despreciado a Roma. Las habían traído a pie desde Tracia, violadas repetidamente, para que vieran con sus propios ojos el poder del imperio. Los hombres iban a la arena para morir allí luchando. Sus mujeres, le contaron, iban también a la arena, pero no para luchar. Solo para morir.

La mañana del día en que esto iba a suceder, los esclavos las levantaron del corral donde llevaban días. Ella entonces no lo sabía, pero se encontraba en el *ludus* de Gneo Cornelio Léntulo Batiato. Cargada de cadenas, rígida después de tanto tiempo sentada sin moverse, Sura andaba trastabillando sobre los irregulares adoquines de las calles. Jamás había visto una ciudad tan grande, tan atestada de seres humanos que vivían hacinados unos encima de otros. No había un lugar parecido a aquel en toda Tracia.

Las llevaron a un gran circo, una estructura de varios pisos de altura, rodeada de jardines de plantas en flor y estanques con senderos entre ellos. Ese fue el momento en el que se sintió más sucia, junto al agua clara y el verdor, con la fragancia de las flores en el aire y el grave zumbido de los insectos que pululaban entre ellas. Era el primer lugar hermoso que había visto en la ciudad, pero era una mentira. Bajaron hasta una oscura boca que llevaba a una red de túneles bajo la arena del circo, pasajes atestados de criaturas miserables, encadenadas, apenas humanas. Los guardias las encerraron con otros y allí las dejaron.

Fue una larga espera, tan larga que le dio tiempo a pensar en las muchas maneras en que podrían matarla. Como para contribuir a sus visiones de tortura, una voz comenzó a hablar en griego, una lengua que conocía. Entre tantos cuerpos no sabía de dónde provenía, pero la oía con claridad. El hombre decía que una vez había visto unos juegos fúnebres en Roma. Que un espectáculo comenzó con hombres enanos que fingían luchar por una mujer enana. Los hombres se perseguían unos a otros por la arena, esquivando los objetos que les lanzaba el público, ridículos con sus espadas de madera. Al final, los hombres unían fuerzas y atacaban a la mujer.

—A la multitud le gustó eso —dijo la voz.

Sura intentó no escuchar, pero su mente iba captando fragmentos del relato. Imágenes de los condenados atados a postes, fustigados hasta quedar en carne viva, casi insensibles. Esclavos atacados por leopardos y leones. Otros a los que empapaban en aceite y prendían fuego. Hombres obligados a luchar sin armadura, cada tajo, cada estocada, hundiéndose hasta el fondo en su carne.

Y luego un guardia se puso a gritarles. Sura no entendía su latín, pero daba igual. El hombre tiró de sus cadenas para ponerlos en marcha. Otros hombres se unieron a él, hombres que tenían permiso para dar patadas y puñetazos a las mujeres. Los empujaron por los pasadizos, por una empinada rampa y a través de una serie de puertas. Olores animales la asaltaban, erizándole el vello de los brazos y la espalda. Una bestia rugía y rugía por allí cerca. Sura se preguntó si sería la que acabaría con ella.

Salieron dispersos a la arena caliente. Cegada por el súbito brillo, por un momento no vio nada, pero sí oía. Voces. Gritos. Aplausos. Se le adaptaron los ojos y la visión de tanta gente la aturdió. El cuenco de la arena era una enorme boca, y cada una de aquellas cabezas era como un diente. Estaban dentro de un monstruo. Aquello eran sus fauces. Allí era donde el monstruo se alimentaba y donde ella iba a morir.

Y sin duda habría muerto, de no ser por Astera.

Sura está de rodillas con sus hermanas, con sangre en la palma de sus manos, cuando oye una voz.

—La diosa te ha oído —dice—. Te ha oído y ha respondido.

Epta da un respingo. En la negrura, la voz parece provenir del propio aire, pero Sura sabe que es solo Astera, que ha llegado tal como prometió.

—Cogedme la mano.

Las tres se aferran a la mano que Astera ha metido entre los barrotes, hasta que aparece Espartaco con una pequeña lámpara. Este es el hombre al que Astera vio en un sueño antes de conocerlo en la vida real. Sura piensa, no por primera vez, que si Astera hubiera querido elegir a su compañero —en lugar de dejar que un sueño lo hiciera por ella— no habría podido elegir a nadie mejor que Espartaco. Su respiración se acelera cuando él está cerca. Pero lo disimula. Espartaco es de Astera, no suyo.

—Hermanas —comienza Astera, tendiendo la llave a Cerzula y señalando que también se dirige a Epta—, abrid las jaulas y liberad a las mujeres. A todas. Decidles que guarden silencio. Ya llegará el momento de hacer ruido, pero no todavía. Llevadlas hacia la puerta del campo de entrenamiento y esperad. Gaidres las guiará desde allí.

—Pero ¿tú adónde vas? —pregunta Epta.

—Tenemos algo que hacer —es todo lo que la otra responde. Y a Sura le dice—: Ven.

Se mueven en silencio. Se alejan de la zona de las mujeres y a continuación, siempre entre las sombras, rodean los edificios de almacenamiento. Suben a una pila de cajas y salen a través de una apertura al tejado. Algunos de los tejados les quedan más abajo, otros se alzan uno o dos pisos más arriba. Más allá de los muros, se extiende el laberinto de Capua. Los rodea, como una herida infectada en el mundo. Una bruma de humo pende sobre la madeja de edificios y nubes en el aire de la noche. Sura desea estar muy lejos de allí, en las montañas, entre los árboles, lejos de los olores del fuego y el hierro y la mugre de tantas personas hacinadas. Se pregunta

cómo lograrán atravesar la ciudad y salir. No parece posible.

Trepan hasta la cresta del tejado, pasan al otro lado. Ya en el borde, saltan a una cornisa. Espartaco las impulsa y luego se las arregla para auparse detrás de ellas. Recorren la cresta de un tejado más alto. Al llegar al extremo, Espartaco se lanza hacia abajo y las espera. Primero Astera, luego Sura, que queda colgando del borde y se suelta al sentir las manos de Espartaco en las piernas. Él la coge a medias, sus cuerpos apretados por un momento el uno contra el otro. Luego se pone de nuevo en marcha. El crujido de las tejas bajo los pies, el rumor de los pies sobre el mortero: cada ruido es un grito en los oídos de Sura. ¿Por qué hacen esto? ¿Adónde van? Este camino no los sacará del *ludus*. Quiere decirlo, pero sin duda los otros lo saben. Sin duda habrá alguna razón.

Cuando se da cuenta de dónde están, aminora el paso. Ya ha estado aquí antes. Muy por encima del hedor de las celdas y el campo de entrenamiento, aspira el aire perfumado con incienso. Se acercan a las habitaciones de Batiato. Espartaco se vuelve llevándose un dedo a los labios. En el silencio, que de alguna manera se ha hecho más intenso con ese dedo en esos labios, Sura oye voces de hombres. Espartaco se desliza al otro lado del pasillo. Da unos pasos para asomarse a la alcoba de los guardias sin salir de las sombras.

Sura se une a Astera, que está agachada detrás de un muro bajo. Despacio, las dos asoman la cabeza. Al otro lado hay dos hombres, sentados en taburetes en torno a una mesa redonda, con un juego de dados entre ellos. El mayor está cascando nueces con la empuñadura de una daga, hasta que la clava en la mesa y coge los dados. Están armados. La daga, espadas cortas al cinto... Sura confía en que esto zanjará el asunto: ahora darán media vuelta, se unirán a los otros y huirán. Pero Espartaco sigue vigilando. Tiene la boca abierta y Sura cree ver que desliza la lengua por los dientes.

En cuanto el viejo se levanta, Espartaco actúa. Entra como quien lleva un asunto urgente. El hombre que se ha puesto en pie se lo queda mirando, echa mano a la espada, empieza a desenvainarla. Espartaco coge bruscamente la daga, se la hunde en el cuello y corta hacia un lado. El hombre gira con la inercia del corte, la arteria cercenada, la vida escapándosele. Se da la vuelta y da unos pasos antes de desplomarse.

Espartaco se centra en el otro hombre, todavía sentado. Es muy joven. No se ha levantado, no ha desenvainado su espada. Se ha quedado ahí sentado, los labios formando un óvalo, un brazo listo para tirar los dados del cubilete. Espartaco parece saber que no necesita apresurarse. Elige la precisión sobre la prisa. Pone una mano sobre el hombro del joven guardia y le hunde el cuchillo en el pecho. Así sin más, en el corazón. La certeza de su propia muerte asoma al rostro del joven. Casi parece haber estado esperándolo.

—Lo han puesto fácil —comenta Espartaco. Y tal como lo dice, parece una queja.

—Cotito los mantuvo quietos —asegura Astera. Le quita la daga y hace un gesto: las espadas son para él.

Espartaco arranca el cinto y la vaina del hombre caído y se la pone.

Astera se vuelve hacia Sura:

—Hermana, tú has estado en la cama de Batiato. Llévanos hasta él.

¿A Batiato?, piensa Sura. La idea es ridícula. Batiato es el corazón palpitante de la maldad de aquel lugar. ¿Por qué ir a él cuando lo que intentan es ser libres de él? Y más que eso: Batiato es su gran vergüenza. Sí, acudió a su lecho cuando él lo exigió. Otras también lo hicieron, pero que Sura sepa, ella fue la única a la que Batiato utilizó de un modo particular, penetrándola por detrás, no de la manera normal en la que se hacen los niños, sino en el otro sitio. Lo hizo con rudeza, preguntándole si le dolía; tenía una gran curiosidad por saber si dolía. Sura ha intentado con todas sus fuerzas olvidarlo. Y a veces lo logra, hasta que vuelve a verle, hasta que él vuelve a llamarla. Entonces recuerda de nuevo. Sura había esperado que aquello se hubiera acabado, pero no. Batiato, a través de Astera, la llama otra vez.

—Epta y tú sois las únicas de nosotras a las que ha llevado a su lecho —dice Astera—. Si yo tuviera tus conocimientos, no te lo pediría, pero no los tengo. No puedo pedírselo a Epta, y lo sabes. Pero tú eres más fuerte. Tenemos un propósito, hermana. Llévanos. No te importará verlo por última vez.

Sura no quiere, pero aquellas palabras, «tú eres más fuerte», la reconfortan. Le gusta que Astera piense eso. Intenta hacer como si fuera fuerte, como si desdeñara las cosas que le han hecho. Que ella sepa, eso es lo que hace Cerzula, y Astera parece olvidar a los hombres que la utilizan en el momento en que terminan. Para Sura es una lucha. A ella solo la consuela un poco ver a Epta, porque es a la que más a menudo fuerzan, la más destrozada por ello. La única vez que Sura controla sus recuerdos es cuando insta a Epta a que controle los suyos. En esos momentos, cuando ve temblar a la pequeña, entonces es cuando cree y siente sus propias palabras; pero solo por comparación con Epta, que no puede hacer lo mismo.

Astera se acerca tanto que, cuando habla, Sura nota su aliento en la piel.

—Recuerda la arena. Allí no te fallé, y aquí tampoco te fallaré.

La arena, donde la enviaron a morir pero no murió.

Las fauces de la bestia, con todos esos rostros mirándola.

Esa tarde le resultó difícil apartar de ellos la vista, pero lo hizo. No eran ellos los que iban a matarla, solo contemplarían el hecho. Sura vio al hombre que iba a ser su ejecutor. Así pues, no sería un león ni un leopardo. Solo un hombre, que paseaba por la arena mirándolos. Era muy grande y llevaba un casco enorme que sobresalía a los lados y se alzaba en una alta cresta. Le cubría por completo toda la cabeza. Aquel hombre no tenía rostro, solo una cabeza de metal desde la que se asomaba por los agujeros que le servían para respirar. Su pecho desnudo era carnoso, cubierto de pelo. Gruesas piernas lo sostenían, y llevaba una maza de largo mango con un bloque de hierro en la punta. Era un arma demoledora, rompedora de cráneos, destructora de huesos.

Alguien agarró a Sura por las muñecas. Era un hombre bajo, robusto, feo. Le

quitó los grilletes y estos cayeron con un golpe sordo en la arena, yertos. Así, sin más, perdieron todo su poder. El hombre pasó a la argolla de su cuello. Estuvo tironeando de ella un rato, y al final la abrió. También cayó a la arena. El hombre pasó a la siguiente mujer.

Sura era vagamente consciente de que las estaban desencadenando a todas, y miraba fijamente sus muñecas magulladas, en carne viva. Ahora les daba el sol y el aire. Estaba desencadenada. La crueldad de ello la dejó sin aliento. Desencadenada, pero dentro de las fauces del monstruo, a punto de ser devorada.

Un chico delgado corrió hacia ellas con una espada, la tiró al suelo y se fue también corriendo. Una mujer de pelo negro se abalanzó sobre el arma. Gracias a ello, era la que estaba armada cuando llegó el gigantón, que tiró la maza y desenvainó su espada. La mujer se agachó. Los otros intentaron escapar en todas direcciones, pero no llegaron muy lejos. Los esclavos de la arena los agarraron por la cintura para llevarlos de vuelta.

La mujer del pelo negro atacó primero. Él bloqueó la estocada. Una vez, dos veces. Después de una tercera, le hizo un corte a la mujer en el brazo, un corte feo pero no fatal. Eso vino a continuación, cuando echó el codo atrás y hundió el hierro hasta el fondo en el costado de ella. Y luego movió la espada sin sacarla, controlando la caída del cuerpo. Para cuando la mujer se desplomó en la arena, estaba muerta.

El verdugo le dio la espalda, envainó la espada y cogió la maza. La sostenía empleando los brazos, el torso y las piernas, evidenciando lo pesado que era el bloque de hierro. Por eso no le había preocupado dejar la maza, porque sabía que ninguna mujer podría levantarla. Ahora la alzó en el aire, temblando sobre sus músculos tensos, y la descargó sobre la cabeza de la muerta.

Y allí la abandonó. Escogió entonces otra presa y se encaminó lentamente hacia ella, desenvainando de nuevo la espada.

Una mujer de la tribu de los díos cogió deprisa la espada de la primera víctima. Era un arma dentada y gastada. Pasó el pulgar por la hoja, y por su expresión Sura supo que estaba roma. Era inútil.

El verdugo se centró en otra mujer que, frenética, hacía todo lo posible por evitarlo. Aterrada como estaba por el gladiador, no tenía miedo a los guardianes. Intentó escabullirse entre ellos, abrirse paso a zarpazos. No le sirvió de nada. El verdugo se acercó hasta poder abalanzarse sobre ella. Se lanzó con un rugido y atacó. Le cercenó el brazo alzado cerca del codo. Le agarró entonces el otro brazo y la levantó mientras le apuñalaba el vientre una y otra vez. La dejó allí donde cayó y volvió pesadamente a por su maza.

La mujer día hizo entonces algo que sorprendió a Sura: con un grito echó a correr hacia el verdugo y le lanzó la espada inútil. El arma voló hacia él, pero el gladiador la desvió con la suya. Y mientras movía la hoja de un lado a otro de su cuerpo, la mujer lo esquivó y llegó hasta la maza. Se frenó patinando y agarró el mango, pero no intentó levantarlo.

El verdugo se dirigió hacia ella, hablando mientras andaba, y Sura supo que decía cosas espantosas. Estaba deseando aplastar el cráneo de la mujer. Y haría más que eso: hueso por hueso, convertiría en pulpa su cadáver. Sura lo supo tan claramente como si estuviera hablando en una lengua que ella comprendiera.

La mujer día lo contemplaba a través de la sucia pantalla de su pelo, que era muy rojo bajo aquella luz cegadora. Y lo que hizo entonces no debería haber sido posible. No para una mujer, y menos para una mujer además debilitada por los malos tratos, flaca después del largo camino recorrido a pie desde Tracia. Cuando el hombretón estaba ya cerca, ella levantó la maza, la blandió hacia su cabeza, y golpeó el casco con tal fuerza que aquel primer golpe probablemente lo mató. El gladiador giró con el impacto, movió sus gruesas piernas y logró permanecer en pie el tiempo suficiente para que ella atacara de nuevo. Un golpe de revés con la maza, hacia arriba. El hierro pegó con tanta fuerza que por un momento pareció que cabeza y casco iban a salir volando. No fue así del todo, pero la cabeza quedó colgando en un extraño ángulo, la columna rota. Ahora el hombre sí se desplomó.

La mujer soltó la maza, que cayó con todo su peso en la arena.

Por eso Sura no murió en el circo aquel día, sino que las mujeres supervivientes fueron encadenadas de nuevo y enviadas de vuelta al *ludus* de Batiato. Sura se enteró entonces de que la mujer día se llamaba Astera, y que afirmaba que era poderosa porque su diosa, Cotito, le daba fuerza. Eso les dijo, y ellas la creyeron. Por eso Sura no puede negarle nada a Astera. Conoce el camino hacia el dormitorio de Batiato. Odia que Espartaco sepa lo que le hicieron allí. No es culpa suya, como tampoco lo es el destino de él, pero le hierva en el vientre. Intenta no pensar en ello. Intenta solo moverse, deprisa y sin ruido.

Cuando salen al patio de armas con su estanque en el centro, sabe que están cerca. El tejado se abre al cielo. Salen de nuevo a la luz de la luna. Sura ve su reflejo en la superficie ondulada del agua y se lo queda mirando, pero el aire la agita demasiado y no se ve con claridad. Todavía está mirando cuando los otros dos se inclinan para llevarse con las manos agua a la boca.

Una mujer sale de un pasillo en el extremo del patio. Lleva una túnica fina y se tapa un bostezo con la mano. Esposa o amante, Sura no lo sabe. Una esclava de la casa, tal vez, que sale después de haberse afanado en la cama de Batiato. Sale por la izquierda, desaparece por la derecha. No vuelve la cabeza para ver las siluetas iluminadas por el cielo estrellado. Cuando se desvanecen sus pasos de pies descalzos, ellos se ponen en marcha de nuevo. Entran al pasillo por el que ella ha salido. Lleva a una suite de habitaciones atestadas de muebles y particiones. Y de pronto, allí está Batiato.

Sura se detiene.

La primera vez que lo vio, estaba ante ella envuelto en una capa negra. Un hombre de rostro cuadrado, mentón fuerte pero mejillas carnosas y caídas, cuello grueso. Se estiró y movió los hombros, como si él mismo fuera un gladiador

calentando. Se abrió el broche del cuello y dejó caer la capa de sus hombros. Bajo ella, estaba desnudo. Pecho ancho, barriga todavía más ancha. Sus piernas parecían muy flacas en comparación. Su pene colgaba flácido hacia un lado. Sura no lo habría mirado, pero él mantenía los brazos en jarras, enmarcando su sexo como si fuera justo lo que quería revelar.

Así fue la primera vez que la violó. Obtenía placer, le dijo, en poseerla sobre la misma cama en que dormía su esposa. Solo que a ella le hizo cosas que no podía hacer a su esposa. Eran cosas para su propio placer, no el de ella.

Y ahora ese mismo cuerpo yace sobre un ornamentado lecho de madera, estrecho y elevado sobre largas patas intrincadamente talladas. Desnudo una vez más, con una fina sábana arrugada a los pies. Duerme; sus ronquidos atestiguan lo profundo de su sueño. Sura conoce esos ronquidos, los ha oído antes y recuerda lo rápido y profundamente que se dormía tras obtener su placer. Recuerda estar allí, a veces atrapada bajo él, incapaz de mover aquel cuerpo que era un peso muerto encima.

Astera se acerca sigilosa. Coloca un pie en el taburete tapizado junto a la cama. Prueba su resistencia y se encarama. El colchón cede bajo su pie. Sura sabe que si estuviera más cerca, podría oler la lana perfumada de su relleno.

De repente se oye una exclamación. La mujer adormilada ha vuelto y ya no está adormilada. Ve a los intrusos y abre la boca. Sura sabe que va a gritar. Espartaco la alcanza antes de que el grito salga. La empuja contra una columna, le tapa la boca con la mano y vuelve la cabeza. Los ronquidos de Batiato han cesado, pero sigue durmiendo.

—Degüéllalo —susurra—, degüéllalo ahora, antes de que despierte.

Astera no obedece. Sostiene el cuchillo apuntando hacia su cuello, y tiende la otra mano. Despacio, despacio. Y luego de prisa. Agarra un pliegue de la piel del cuello en un apretado puño y lo retuerce. El hombre abre los ojos, se revuelve en el colchón, intenta agarrar a Astera, que se zafa. Batiato lanza un puñetazo, pero ella se dobla y se vuelve y los golpes apenas la rozan. Mientras tanto, aprieta el cuello más y más, tanto que le tiemblan los pequeños y endurecidos músculos de los brazos.

—¿A qué esperas? —pregunta Espartaco, ya sin susurros—. ¡Mátalo!

Astera no lo hace. Todavía no.

Y entonces Batiato se queda quieto, con los ojos muy abiertos al reconocerla. Y consigue hablar:

—¿Tú? ¿Cómo te atreves...?

Astera lo apuñala. No solo una vez, sino una y otra y otra, moviendo el brazo con furiosa rapidez. Batiato logra emitir unos gritos que gorgotean y pierden fuerza. Y al final solo queda el brazo de Astera atacando, el húmedo impacto de su puño contra la carne rasgada, el audible salpicar de la sangre sobre el suelo de losetas. La sangre brota en abanico al cercenarse la arteria del cuello. Astera queda empapada y abre la boca como un niño atrapando gotas de lluvia, como una diosa de la venganza bebiendo su tributo.

La mujer que Espartaco tiene agarrada chilla y lanza gritos capaces de despertar a los muertos. Espartaco quiere volver a taponarle la boca con la mano, pero le pega con demasiada contundencia y ella se golpea la cabeza contra la columna y se desploma como una muñeca. Queda yerta en el suelo. Espartaco se da la vuelta con el ceño fruncido.

—Estúpida —dice, pero no hay desdén en su voz. Es otra cosa.

Astera se aparta del cuerpo de Batiato como una amante saciada.

—Me conocía —declara—. Lo he matado para Cotito, y él ha sabido que he sido yo.

Espartaco enarca una ceja.

—No es como yo lo habría hecho.

—Por eso no lo hiciste tú —replica Astera, pasándole los dedos ensangrentados por el pecho—. Tú habrías malgastado su muerte.

Quita de un tirón la sábana de otra cama y la arroja sobre el cadáver. Sura coge cojines de los sillones. Espartaco empuja otros muebles contra la cama y vierte sobre ellos el aceite de una lámpara. Rompe contra el suelo una garrafa de aceite. Astera le acerca la llama de la lámpara. El aceite, la tela y la madera estallan con furia instantánea.

Salen de la habitación llena de humo y con el fuego ya lamiendo las vigas del techo. Espartaco se echa a la mujer inconsciente al hombro. Por un eufórico momento, Sura piensa que va a arrojarla al fuego. Pero no, se la lleva por donde han venido. Se encuentran en el patio con Gaidres, que sale de las sombras con un cuchillo de carnicero metido en el cordel que hace las veces de cinto. Drenis también está allí. Gaidres le hace una seña a Espartaco.

Este deja a la mujer inconsciente medio sumergida en el estanque. Al principio Sura no sabe por qué se ha molestado. Mira a la mujer, el agua ondulada, las losas de piedra en torno, el cielo abierto. Contempla la silueta, se arrodilla y se fija en su rostro. No es un rostro tracio. Tiene piel oscura, pelo oscuro y labios llenos. Se pregunta si será la esposa cuyo lugar tomó ella para que Batiato pudiera hacerle las infamias que su lujuria deseaba. Es joven, pero ¿es bonita? No sabe decirlo.

Los hombres se marchan. Y luego Astera también, haciéndole señas para que la siga. Sura se queda junto al estanque, pensando en esa mujer. Espartaco la ha dejado vivir, aunque no tenía por qué. Sura se muerde la lengua. Como antes, intenta verse reflejada en el agua. La superficie está ahora más quieta, pero su rostro está en sombras. Solo ve una silueta. No es natural. Ella no es una mujer sin rostro. ¿Por qué no puede verse?

La mujer inconsciente se mueve.

Sura le toma la cabeza entre las manos, comprueba que Astera no ha vuelto y luego se la hunde en el agua.

Filón

Filón de Heraclea sueña que arroja piedras a los delfines desde un alto acantilado siciliano. Sueña a menudo con Sicilia, la isla que lo vio nacer. Fue un esclavo allí, como lo es en el *ludus* de Gneo Cornelio Léntulo Batiato, pero fue una vida que recuerda con cariño. Con su primer amo, apenas comprendía lo inconveniente de su suerte. Lo de tirar piedras a los delfines era algo que había hecho con otros muchachos mucho tiempo atrás. En la vida real, los delfines no prestaban atención a las piedras. En el sueño, sí. En el sueño Filón es de nuevo un niño y está encantado.

No dura mucho.

Alguien le devuelve la conciencia tirándole del pelo. Estaba danzando junto al borde de los acantilados, dando palmadas ante la insensatez de los delfines, que atrapaban las piedras con la boca, y de pronto intuye que quieren arrancarle el cuero cabelludo. Varias siluetas se ciernen enormes sobre él, a contraluz. Intenta tender los brazos, pero unas manos se los inmovilizan contra el catre. Abre la boca para gritar, pero otra mano le golpea el mentón, cerrándole la boca con el chirriante impacto de sus dientes.

Sabe lo que está pasando. Lo van a violar, y serán más de un asaltante. Ya lo han intentado, muchas veces durante su juventud. Más recientemente, cuando iba a solas de Tarentum a Capua para comenzar su servicio para Batiato, un hombre sin dientes le ofreció vino y amistad. Y luego intentó follárselo mientras dormía. Debía de haberlo intentado con otros. Tal vez por eso no tenía dientes.

—Médico —susurra una voz—, no te resistas si quieres vivir. Si quieres morir, resístete.

El latín es bastante claro, con un marcado acento tracio. Es uno de los tracios, pues. Un gladiador.

—Así pues, ¿quieres vivir?

Filón se da cuenta de que ya no se debate. No ha sido una decisión consciente, pero debe admitir que quiere vivir. Hace lo que puede por asentir. La tensión en su pelo se relaja un poco.

—Nos marchamos. ¿Te vienes con nosotros? Contesta en voz baja. Grita y morirás.

«Es muy fina la línea entre la vida y la muerte», piensa Filón. La mano en su mentón cambia de postura. Se afloja, se desliza de manera que los dedos lo agarran en torno a los labios y el mentón. Aprietan y aflojan, y luego otra vez, con más insistencia, exigiendo una respuesta.

—¿Marchamos? —acierta a decir Filón. No es lo que esperaba oír. Son esclavos en el *ludus* de Gneo Cornelio Léntulo Batiato. No pueden ir a ninguna parte. Aquella

frase no tiene sentido. A menos que signifique que se lo llevan a otra parte para hacerle lo que sea que quieran hacerle—. ¿Marcharnos adónde?

Otra voz contesta:

—Nos vamos de aquí esta noche. ¿Vienes?

Filón reconoce la voz. Conoce esa voz, pero no la localiza, no en las actuales circunstancias.

—Médico, ¿vienes?

Necesita más información para tomar una decisión. Balbucea un momento, intentando explicarse con todo el respeto del que es capaz.

—¡Escucha! —La segunda voz lo interrumpe bruscamente. El hombre coge la lámpara que sostiene el otro, el joven tracio que tiene labios de mujer. El hombre de la lámpara acerca la llama desnuda a su rostro. Sus toscos rasgos aparecen a la vista. Una nariz fuerte pero rota, una barba moteada de oro que refleja los colores de la llama, unos ojos grises como la piedra—. Soy Espartaco. Me conoces. Me curaste la pierna. ¿Recuerdas?

Filón advierte que el hombre habla en griego. Y sí que lo recuerda. La herida era fea, pero no profunda, causada por un tridente que cortó tres surcos paralelos en las nalgas y muslo del tracio. Le atendió la herida y le sorprendió lo deprisa que sanó. Le habían quedado cicatrices como secuela, pero el músculo no se había debilitado. El hombre que le hizo la herida no había tenido tanta suerte. Espartaco se zafó antes de que los dientes del arma pudieran hundirse mucho. Y se giró deprisa, de pronto cazador en lugar de presa. Y hundió la espada en el lado descubierto del cuello del retiario y lo rajó hasta el pecho. Era algo que se le daba muy bien. Hacía honor a su nombre en la arena: era un secutor, un perseguidor. El retiario murió tan deprisa que Filón casi llegó a creer que Espartaco le había tendido un cebo ofreciéndole la pierna. Pero ¿quién iba a hacer algo así?

Recuerda también la primera vez que vio a Espartaco, Gaidres y los otros medos que llegaron con ellos. Era nuevo en el *ludus*, de manera que aquel cargamento de esclavos fue el primero que vio llegar. Llegaron por la noche y durmieron encadenados en el espacio abierto de la zona de entrenamiento, con el cielo invernal sobre ellos, húmedo y frío. Al día siguiente, Batiato convocó a los gladiadores veteranos e hizo que la carne nueva, como se llamaba a los recién llegados, formaran ante ellos. Casi todos provenían del este. El *magister*, uno de los entrenadores del *ludus*, le informó de que eran casi todos tracios, con unos cuantos bitinios. Filón sabía poco de unos y otros y no podía distinguirlos. Eran hombres corpulentos, barbudos, de pelo desgreñado. La mayoría iba con el pecho desnudo, llevaba tatuajes y tenía ojos de asesino.

Batiato solo llevaba una faldilla en torno a la cintura, el pecho musculoso pero blando. Llamó a los veteranos y oyó sus saludos en respuesta. Sonrió y los cubrió de insultos. Conocía a los hombres por su nombre y les hablaba como un amigo. Preguntó por la tos de Enomao y la herida de la espalda de Goban, como un jefe

benévolo o un general dirigiéndose a sus amadas tropas. Incluso entonces Filón sospechaba que todo era falso, pero todavía no sabía hasta qué punto lo era.

Y no sabía por qué los guardias habían traído encadenado a un muchacho de unos quince años. Delgado, con el abdomen cóncavo y las costillas horriblemente marcadas. Le encadenaron los pies a una piedra hundida en la tierra. Unas cuerdas atadas a unos gruesos postes tensaban sus brazos a cada lado. El chico colgaba entre ellos con las piernas temblorosas. Con ojos desorbitados miraba a los fornidos gladiadores veteranos que tenía delante y luego volvía a fijarse en los hombres encadenados tras él.

Batiato iba y venía, diciendo a los hombres que deberían alegrarse de saber que sus destinos estaban ahora asegurados. Todos y cada uno de ellos sufriría una muerte violenta. Podría ser ese día, o al siguiente, o en una semana o un año, pero el momento llegaría. ¿Cuántos hombres tenían la bendición, la fortuna de saber que morirían con un arma en la mano y la sangre de otro hombre para facilitar su camino al otro mundo?

—En esto no tenéis elección —aseguró Batiato—, pero sí podéis influir en la calidad de vuestra muerte. Podéis ser cobardes, pero los cobardes no mueren bien. ¿Desobedecerme? ¿Causar problemas? Hacedlo y moriréis con una bestia devorándoos las entrañas. No moriréis como hombres, sino como mero alimento. Es mejor morir con honor, y lo sabéis. Lo valoráis, ¿no es así? Vuestra vida aquí no tiene por qué ser distinta de la vida en vuestro hogar. Excepto que viviréis según mi voluntad.

A continuación cogió de un guardia una espada de madera y dio un sermón sobre los modos de matar a un hombre. Había buenas maneras y malas, afirmó. Maneras que proporcionaban más gloria que otras. Volvió su atención al muchacho que todavía colgaba temblando de los dos postes. Fue rodeándolo mientras explicaba que la mejor manera de aprender era con una demostración. Nombró y pinchó varios puntos del cuerpo del muchacho con la punta de la espada de entrenamiento. En cada punto describía la profundidad necesaria del corte, la dirección de la estocada, obstáculos como la columna vertebral o las costillas, y cómo evitarlos. Un esclavo joven con una brocha y un cubo de pintura negra iba marcando cada punto que Batiato tocaba. El muchacho atado se agitaba tanto con el toque de la brocha como con la punta de la espada.

Filón se preguntó qué habría hecho para acabar así aquel desdichado. En realidad, daba igual y no debería importarle. No conocía al chico. Pero sí sabía que era el hijo de alguien, y todavía lo bastante joven para ser más un hijo que un hombre. Y por eso consideraba aquello de mal gusto. Tal vez era el único que lo pensaba. Los veteranos se echaban a reír con cada respingo del muchacho. Algunos le daban ánimos a gritos, otros preferían los insultos.

La carne nueva se limitaba a contemplar la escena.

Batiato cambió su espada de madera por otra de metal.

—Y ahora, para ilustrar mejor la demostración...

Se volvió hacia el chico, que empezó a debatirse contra sus ataduras, suplicando en un ininteligible torrente de palabras. Batiato intentó apuntar, pero el muchacho se movía demasiado. Sonrojado de rabia, Batiato le agarró el hombro y le hundió la espada. Fue una estocada imprecisa, pero tan fuerte que la punta de la hoja emergió por la espalda. Aquello contribuyó en gran medida a aminorar la agitación del esclavo. Satisfecho, Batiato prosiguió con su instrucción, cortando con la hoja a medida que hablaba.

Después Batiato se marchó a los seguros confines de sus aposentos privados. Filón quiso hacer lo mismo, pero el *magister* lo detuvo, aduciendo que en breve lo necesitarían. Por eso todavía se encontraba en el campo de entrenamiento cuando los veteranos comenzaron a congregarse alrededor de la carne nueva. Se movían despacio, amenazantes, murmurando palabras que Filón no oía. Y la emprendieron a golpes con los recién llegados. Puñetazos y patadas, codazos y rodillazos, empeñados en propinar una buena paliza a los hombres encadenados. La mayoría cayó inconsciente. La mayoría, excepto dos. Por entonces Filón no conocía sus nombres, pero no tardó en saberlos.

Espartaco y Gaidres permanecieron en pie, luchando como fieras salvajes. Enseñando los dientes, gruñendo como bárbaros. A Espartaco le rompieron la nariz ese día. La sangre le corría por el mentón y le salpicaba el pecho. Luchó a pesar de las cadenas que limitaban el alcance de sus manos. Agarraba a los hombres, tiraba de ellos y les estrellaba la cara contra su frente. Arrancó una oreja de un mordisco y la escupió, lanzándola por los aires. Sus músculos se flexionaban y agitaban como si todos y cada uno de ellos ardieran de ira. Sus ojos muy abiertos iban de un lado a otro, tras una maraña de pelo rubio castaño y una barba ensangrentada del mismo color.

Finalmente los veteranos se retiraron. Kastor señaló con el dedo a los dos hombres y dijo:

—Ahí hay dos que no follan cabras.

Filón no sabía qué significaba eso, pero se lo tomó como una especie de cumplido. Kastor no se equivocaba. Espartaco no era un follacabras. Gaidres tampoco.

Filón espera que tampoco follen galenos griegos.

—¿Me recuerdas? —repite Espartaco. Su rostro ya no muestra locura. Tiene el pelo corto, la barba recortada. A pesar de las veces que ha entrado en la arena, no parece sufrir secuela alguna.

Filón asiente con la cabeza.

—Entonces escucha. Nos hemos rebelado. Hemos acabado con los hombres de Batiato. Vamos a huir de aquí. Pronto tendremos armas y la noche será nuestra. La decisión es tuya: ven y trabaja para nosotros, atendiendo nuestras heridas como necesitemos. Con el tiempo, te irás por tu propio camino. O quédate.

—¿Pue... puedo quedarme? —pregunta Filón.

Espartaco se aparta y Gaidres contesta:

—Sí. Nosotros no tomamos esclavos, solo hombres libres. Puedes volver a tumbarte en tu catre y no salir nunca de aquí. Pero si lo haces, no serás de los nuestros. Y si no eres de los nuestros, serás un hombre de Batiato. Atenderás a los heridos de Batiato. Y eso te convierte en nuestro enemigo. De manera que puedes quedarte, pero entonces no vivirás. ¿Qué decides?

Una línea tan delgada, tan a menudo puesta ante él, facilita la decisión.

—¿Tengo tiempo de recoger mis instrumentos? —pregunta.

—No hace falta —responde Espartaco—. Los tenemos aquí.

Uno de los otros se mueve. El conocido peso y traqueteo de su bolso de médico aterrizan en su vientre.

Espartaco sonrío.

—Ven con nosotros, médico. De lo contrario olvidaré todo mi vocabulario griego.

No es probable. Espartaco hablaba griego bastante bien. El día que le inspeccionó la herida de la pierna, Filón le preguntó cómo lo había aprendido.

—Tenía que aprenderlo —contestó Espartaco—, si quería saber de la guerra.

—¿Aprendiste de los griegos el arte de la guerra?

—Los tracios hacemos la guerra a nuestra manera. Yo lo aprendí de mi padre, de mis tíos, de los hombres de mi tribu. Me refiero a que, cuando era niño, fueron las palabras griegas las primeras que me hicieron soñar con la guerra. Sin el sueño de la guerra no habría guerreros. Primero soñé con la caída de Troya ante los aqueos.

Filón le había indicado que se tumbara boca abajo sobre la mesa. Metió las manos en aceite caliente y se las frotó. Cuando el tracio estuvo tumbado, comenzó a presionar con la punta de los dedos la carne en torno a la descarnada cicatriz. Era solo la segunda vez que se encontraba a solas con Espartaco, pero se sentía cómodo con él. Era el hombre que había vencido a los veteranos aquel primer día, pero también era un hombre reservado, tranquilo, con una serenidad que calmaba también a Filón.

—¿Así que te interesaba Troya?

—Por supuesto. Los tracios lucharon por Troya bajo un rey llamado Reso. En la historia se le nombra. Reso acudió a la llanura de Troya con carros de guerra. Era compañero de guerra de las amazonas. Se acostaba con su reina, y ella habría tenido un hijo suyo de no haber caído en la batalla. Y Reso habría alcanzado la gloria de no ser por la traición de Odiseo, que entró en su campamento por la noche y los asesinó mientras dormían. Estuvimos en Troya, pero la cosa no acabó bien para nosotros.

Filón comenzó a trabajar el músculo en más profundidad, con cuidado de no presionar demasiado sobre la herida. Espartaco no dio señales de sentir dolor alguno.

—¿Es esta la versión tracia o la griega?

—Griega, por supuesto. Un poeta de tu tierra viajaba entre nosotros, de tribu en tribu, de salón en salón. Creo que para él era una buena vida: comida y bebida, mujeres en su lecho. Para un hombre que no habría sido capaz de alzar una espada,

fue afortunado. Hablaba tracio bastante bien, pero en lo referente a la poesía solo valía el griego. De manera que los jóvenes lo aprendieron. Yo le oí por primera vez en el salón de Muccula durante una reunión de invierno. Los cuerpos se apiñaban entre el olor a sobacos y entrepiernas, pieles y túnicas mojadas. Pero era agradable. Fuera del salón la tierra estaba helada. Dentro, burbujeaba un guiso. Los hombres hablaban y reían, las jarras de vino pasaban de mano en mano. Muccula arrojaba trozos de carne y pan por la sala, gritando: «¡Comed! ¡Comed!». Había mujeres y niñas. El aire estaba cargado de humo de hachís. Un hachís bueno, fuerte, que nublaba el mundo de una manera que podría haber sido desagradable, pero que en cambio era tranquilizadora. ¿Te lo puedes imaginar?

Filón pensó que sí, aunque había oído decir que lo que se consideraba una buena noche en un salón tracio podía medirse por la cantidad de hombres que morían en reyertas de borrachos y la cantidad de vírgenes violadas por cuántos hombres. Aquello no parecía cuadrar demasiado con el tono de la historia de Espartaco. El médico se limitó a contestar:

—Sí, con bastante claridad.

—Había muchas distracciones, pero todos nos callamos cuando el bardo se puso en pie para hablar de Troya. Y en poco tiempo, se me había llenado la cabeza con los nombres de los héroes y sus hazañas y con imágenes de batalla y valor. Aquiles aplastando troyanos con su escudo, embistiendo y embistiendo con su lanza, su casco de alta cresta destellando al sol. El divino Agamenón, el que toma de otros hombres porque puede. Menelao, el del poderoso grito de guerra, con quien se cometió un crimen. Diomedes, el ladrón de caballos. Sarpedón, señor de los licios. El deslumbrante Ajax... Vi lanzas arrojadas con fuerza salvaje, caballos que aplastaban hombres bajo sus cascos, flechas que siseaban en el aire o caían inútiles al capricho de uno u otro dios, carros que cortaban como guadañas la muchedumbre. Vi a un hombre con una lanza clavada en el cuello mientras dos carros corrían lado a lado. Vi un león furioso entre bueyes, y halcones lanzándose desde el cielo, y rayos que caían sobre el mundo y nubes que, aferradas al Monte Olimpo, ocultaban a los dioses de los ojos mortales. Todo eso llegó a mí por primera vez en lengua griega.

—¿Y quién deseabas ser? ¿Cuál héroe de la antigüedad?

—Mis amigos hablaban de eso constantemente. Skaris siempre quería ser Aquiles. Ziles, no sé por qué, elegía a Agamenón. Pytros, a Sarpedón; lo entiendo, porque Sarpedón murió bien. Drenis sostenía que él habría sido cualquiera de las amazonas si con ello podía dormir con las doncellas guerreras. Esa imagen nos calló por un rato, aunque por supuesto nos burlamos de él por querer ser una mujer.

—Ahora ya sé de tus compañeros. ¿Y tú?

—Yo estaba con Héctor. Siempre Héctor.

—¿Por qué? —Filón recordó los crímenes que Aquiles cometió contra su cuerpo. Arrastrado tras un carro, mutilado y deshonorado por la furia del guerrero. Parecía una extraña elección.

—Porque todo aquello a lo que se enfrentó, nada fue por su culpa —respondió el tracio—, y él nunca se quejó. Solo hizo lo que exigía el honor. Un hombre sin tacha.

—Tal vez debería haberse quejado —observó Filón—. Debería haber entregado a Helena a los griegos, y a Paris con ella. Paris y su locura, que tanto dolor infligió a tantos hombres.

—Héctor solo podía vivir su historia, no la de ellos. Como todos nosotros.

Filón reconoció la verdad de esas palabras, lo cual le llevó a preguntar:

—¿Cómo llegaste aquí?

Espartaco tardó en responder. De hecho, no lo hizo, sino que preguntó a su vez:

—¿Por qué siempre me preguntan eso? ¿Tú crees que importa? He oído la pregunta planteada y respondida mil veces, pero la historia jamás tiene sentido. El destino, sí. El infortunio. El dolor. Siempre es, cada vez, una historia de sufrimiento.

—Es bueno saber que el destino de los demás es como el tuyo.

—¿Porque querías tener compañía en el sufrimiento?

—En cierto modo sí. Pero no como tú crees. No se trata de desear el mal a los demás, sino de compartir ese mal. Tal vez de esa manera sea más fácil de soportar.

—Lo pensaré. De momento, creo que es mejor preguntarme cómo llegaré a ser libre.

—¿Vas a ser libre?

Aunque Filón todavía trabajaba en el grueso músculo de su pierna, Espartaco se dio la vuelta y se sentó. Luego bajó de la mesa para ponerse en pie, de pronto alzándose sobre el griego.

—Es una buena pregunta. Cuando sepa la respuesta, la compartiré contigo. Lo prometo.

«Tal vez —piensa Filón—, ahora está cumpliendo esa promesa».

Una vez que ha recogido sus pocas pertenencias, sigue a Drenis, que se ha quedado para guiarle por los oscuros pasadizos. Suben por el laberinto de escaleras que llevan a las habitaciones más bajas en la pendiente del lado norte del *ludus*. Sus aposentos están separados de los gladiadores, puesto que Filón es médico y no se le considera un peligro para nadie, excepto, en ocasiones, para sus pacientes.

—¿Qué está pasando? —quiere saber.

—Ya te lo han dicho. Tenemos un plan. Nos hemos rebelado y vamos a acabar con este lugar.

—¿Solo vosotros, los tracios?

—No. Muchos nos han jurado lealtad.

Filón frunce el ceño con escepticismo.

—Yo no he jurado nada.

—Calla —le espeta Drenis.

—Bien —replica Filón, haciendo de la palabra un insulto.

Pasan un rato a oscuras, hasta que salen a un camino que da al principal campo de entrenamiento.

Aunque es más que extraño estar siguiendo a Drenis en la noche, de momento no hay nada en todo ello que Filón no hubiera podido hacer él mismo. Jamás ha estado encerrado en una celda, nunca ha sido encadenado. A veces ha salido por la noche para tomar el aire, silbando para que el guardia de turno supiera que era él. Es libre, incluso, de moverse por Capua de día para atender sus deberes de médico. La suya es una esclavitud distinta de la que sufren los gladiadores. Le resulta odiosa en muchos aspectos, pero jamás se ha considerado como ellos.

Es parte de la razón de que se frene bruscamente al ver las figuras que se mueven por el campo de entrenamiento. Sin que mediara palabra entre ellos, Drenis también se ha detenido. Los dos aguardan, lado a lado, observando. A la plateada luz de las estrellas las figuras aparecen bestiales, encorvadas y sigilosas. Se acercan al balcón que domina el campo de entrenamiento. Filón distingue a Gaidres, pero hay otros con él, más que el puñado que ha visto en su habitación. Gladiadores sin cadenas y sueltos, como jamás deberían estar. Se mueven mientras la sombra agazapada en el balcón está quieta. Un guardia dormido, tal vez.

Los gladiadores no se alejan del muro, escondidos del balcón. Al llegar a él, uno de ellos sube sobre las manos unidas de otro. Aupado, trepa por la espalda y luego al hombro de un tercer hombre. Comienza a escalar la pared bajo el balcón. Algunas vigas sobresalen ofreciéndole irregulares apoyos. A lo lejos se oye el rumor de pisadas. «Demasiado alto», piensa Filón. Se pregunta si le será posible explicarle a Batiato su presencia allí, cuando aplasten la rebelión. Tal vez debería volver dentro, correr a su habitación y fingir ignorancia. Está deseando hacerlo, pero sigue observando, apoyando en silencio al hombre que trepa a pesar del caos de sus pensamientos.

El hombre suelta con el pie un trozo de argamasa, que cae con estrépito sobre la losa de piedra del suelo. El ruido, que sería insignificante a la luz del día, resuena en la noche. El guardia se despierta sobresaltado, se pone en pie, mira hacia abajo y ve al hombre, que ahora trepa a toda velocidad, olvidando el sigilo. El guardia va a gritar, pero recuerda la trompeta que le cuelga del cuello. Agarra el cuerno, se coloca la boquilla entre los labios y sopla. El ruido es como el de una vaca moribunda, solo que más fuerte, más discordante y oscilante. No puede ser acallado, y podría acabar con todo.

—¡Ven! —Drenis tira de Filón. El médico se imagina lo que le dirá a Batiato. Le explicará que oyó el cuerno y corrió a ver qué sucedía. Batiato se lo creerá. ¿Por qué si no iba a estar él allí, con gladiadores libres en la noche?

Se da cuenta entonces de que el hombre que trepa es Dolmos, otro de los tracios de Gaidres. Echa un brazo sobre la barandilla del balcón. El guardia suelta el cuerno, agarra su lanza y, con un grito, ataca. Pero se apresura demasiado y falla, con el duro impacto del metal contra la piedra. Vuelve a atacar, y parece que ha alcanzado a Dolmos, pero no es así. Dolmos ha agarrado la vara de la lanza y ambos se la disputan. Otro gladiador salta al balcón: Kastor, el gálata. Filón no sabe muy bien de

dónde ha salido, pero allí está. Agarra por los pelos al guardia y lo aparta de un tirón antes de estamparle la cabeza contra la barandilla de piedra, acabando así con sus gritos. Acto seguido, el hombre vuela por los aires y aterriza torpemente en la arena. Para el impacto con las manos y cae de cara sobre ellas. Filón ha dejado de correr, pero está bastante cerca para oír el crujido de los huesos. Los que están en el suelo caen sobre el guardia entre pisotones y patadas. Uno le descarga el talón contra la cara y le parte la mandíbula.

—¿Qué es esto? —pregunta Filón. Habla consigo mismo, pero obtiene una especie de respuesta.

—¡No va a necesitarte, médico! —brama Kastor. Hay burla en sus palabras—. Esos hombres ya le están tratando como se merece.

No es que Filón no comprenda lo que está viendo. Lo entiende. Algunos gladiadores han escapado. Se han vuelto locos. Están dispuestos a matar y mutilar. Han elegido morir esta noche en lugar de cualquier otro día en la arena. A menudo se ha preguntado por qué no lo han hecho antes. ¿Tan preciosa es la vida que todos desean seguir sufriendo en ella? ¿Por qué no volverse loco? No se trata de si van a morir, sino de cuándo, cómo, con cuánto sufrimiento, con honor o sin él. Estos han tomado su decisión. Filón toma también la suya. No es uno de ellos. Nadie se dará cuenta si se da media vuelta y vuelve corriendo a su habitación para esconder la cabeza bajo las sábanas y no oír nada, no saber nada.

Antes de moverse, Gaidres se planta delante de él.

—Médico, sé fiel a nosotros y esta noche serás libre. ¡Drenis! Llevaos esto los dos. —Les entrega a ambos unas llaves—. Drenis, ¿sabes dónde están metidos los celtas? Ve a su pabellón y abre todas las celdas. Asegúrate de encontrar a Crixo, pero abre todas las celdas que puedas. ¡Muévete!

Drenis sale disparado.

—Médico, tengo un trabajo para ti —prosigue Gaidres—. Los germanos. Tráete al bastardo de Enomao y a toda su gente. Ya sabes dónde están. Tráelos a todos. Aquí tienes la llave.

Filón ha oído cada palabra, y aun así pregunta:

—¿Qué?

—La tienes en la mano. —Gaidres le mira con curiosidad un momento y le da unas palmadas en el hombro—. Esto es real, médico. Ayúdanos a triunfar y serás libre. Quédate aquí y morirás. Sé lo que escogerás. ¡Y ahora vete! —Y el hombre desaparece, gritando a sus hombres para que le sigan.

Filón se queda allí plantado. Por un momento es el único ser inmóvil en un torbellino de hombres a la carrera. Ya hay demasiados cuerpos moviéndose bajo las estrellas. Un caos, sí, pero con un propósito. Gritos, órdenes, puertas que se abren con estrépito, cosas que se vuelcan, madera destrozada, luchas. Filón no lo ve, pero lo oye. Lo que esté pasando es algo más que locura, más que unos cuantos gladiadores buscando morir con las manos manchadas de sangre de sus captores. ¡Tienen llaves!

La prueba está en sus propias manos. Y si tienen llaves y pueden soltar a los celtas, esto no acabará enseguida.

Alguien choca contra su costado, derribándolo. Cuando se levanta, piensa: «liberar a los germanos». Eso es lo que le dijo Gaidres. Dijo: «mantente fiel y esta noche serás libre. Eso o quédate y muere».

Filón entiende ahora de qué se trata. Es una fuga masiva. La enormidad del asunto lo arrastra como una ola irresistible. Él no lo ha pedido, su suerte en la vida no es tan mala como la de los gladiadores. Pero esto está sucediendo. Y él es un esclavo. Cualquier esclavo que quede entre los cuerpos de amos e insurrectos por la mañana, será asesinado. La ley romana es muy simple en tales materias. Quedarse significa la muerte. Ayudar puede significar la vida. Filón escoge una opción y echa a correr.

Dolmos

Dolmos sabe que no es listo. No tiene una mente despieta como Espartaco o Gaidres. Pero algunas cosas se le dan bien, como trepar. Tiene piernas y brazos largos, y es bastante flaco para auparse con facilidad. Por eso le enviaron a escalar el muro y matar al guardia. Falló. Hizo un ruido que no debía. Luego escaló más deprisa, pero aun así no llegó a matar al guardia, sino que peleó con él. La punta de la lanza le hirió el costado y le cortó las manos. Y fue Kastor quien lo mató. Ahora quiere golpearse las sienes con los puños como castigo, pero piensa que a Espartaco no le gustaría.

También se le da bien la lealtad. Por eso, cuando baja del balcón sigue a Espartaco como una sombra. Habrá más violencia, y si solo puede hacer una cosa bien, quiere que sea proteger la vida de Espartaco. Morirá en su lugar si es preciso. Se interpondrá entre la espada, la jabalina o el garrote destinado a él, lo recibirá en su propio cuerpo. Así es como un hombre íntegro protege la vida de su jefe. Espartaco no es un jefe mediano en este lugar, pero lo habría sido de seguir en Tracia. Tiene el linaje, y se comporta como un líder, piensa y actúa como un líder. Dolmos está seguro de esto, de manera que lo hace realidad aquí en el *ludus*. Por lo menos en su propia mente.

Está a su lado, junto con Gaidres y Nico y algunos otros, esperando a encontrarse con el primer hombre de Batiato que responda a la llamada del cuerno. Espartaco dice que algunos serán insensatos, que estarán adormilados, tal vez, o solo enfadados porque los han despertado. Unos cuantos salen a trompicones de los barracones, ajenos a lo que les aguarda.

—Habría sido mejor —susurra Nico— haber matado al guardia antes de que diera la alarma. Pensad en lo lejos que habríamos estado antes de que nos descubrieran. Ahora perderemos vidas.

Si Dolmos pudiera alejarse un poco y darse puñetazos en las sienes sin que lo vieran, lo haría.

Espartaco, que parece intuirlo, lo agarra por la muñeca.

—Ahora ya no importa. Las cosas son como son. Aleja de tu mente los pensamientos sobre cómo podría haber sido.

Nico no dice nada. Mira de reojo a Dolmos, para hacerle saber que no se lo perdonará tan fácilmente. Dolmos no necesita que se lo recuerden. Nico nunca perdona.

Salen tres hombres de Batiato. Espartaco agarra al primero del cuello y le estampa el puño en la cara. Gaidres atraviesa al segundo. El tercero, que lleva la espada envainada, intenta volver corriendo hacia la puerta interior, pero los guardias que hay dentro, al ver a los tracios, la cierran de golpe. El hombre no alcanza siquiera

a desenvainar la espada antes de que Nico tropiece tras él y le caiga sobre las piernas. Antes de que ninguno pueda ponerse en pie, Espartaco pisotea el brazo del guardia y le pateo la cabeza. Los hombres al otro lado de los barrotes los miran incrédulos, lanzando amenazas y advertencias. Espartaco se burla, retándolos a que salgan ahora. ¿Por qué esperar? Él está aquí, listo para recibirlos.

Pero los guardias no muerden el cebo. No saldrán.

De nuevo a campo abierto, después de haberles dado la espalda asqueado, Espartaco dice:

—Cuando salgan estarán preparados. Vestirán armaduras, irán armados y estarán alerta.

No dice que su bando solo cuenta con cuatro espadas en total y algunos cuchillos de la cocina. Así pues, será una fea lucha, de llegar el caso. Si son bastante rápidos, tal vez no llegue el caso. El plan nunca fue enfrentarse a todos, solo a los que fuera necesario para escapar. Tal vez todavía puedan lograrlo.

Las mujeres salen a la noche. Cinco. No, seis. Cuantas más, mejor. Cerzula está entre ellas, lleva una lámpara. Gaidres la llama y le ordena prender fuego a los cobertizos de almacenamiento, para que las llamas se extiendan. Ella marcha a la tarea, llevándose a Epta y otras.

—¿Dónde están los celtas? —pregunta Nico—. ¿Voy por ellos?

—No —dice Gaidres—. Los están liberando en este momento.

—Espero que...

Pero Espartaco no aguarda a ver lo que Nico espera.

—Seguimos adelante.

«Sí —piensa Dolmos—. Seguimos adelante».

Corren hacia la puerta lateral, la que se utiliza para que entren los carros con suministros. Para esta puerta, ni para la principal, no cuentan con la ayuda de llaves. Están cerradas por fuera. La puerta es alta, al menos la altura de tres hombres. Las vigas son regulares, bien encajadas, sin nada que pueda servir de apoyo para los pies o las manos. Dolmos lamenta que no haya algo a lo que agarrarse. Escalará otra vez, y ahora no fallará.

Espartaco pide a gritos ayuda para llevar junto a la puerta una montaña de escombros. Señala las cajas, los maderos apilados para algún proyecto de construcción. Arrastran un carro hasta allí y lanzan objetos sobre él, cualquier cosa que les dé la altura para escalar el muro. Dolmos, sin parar de arrojar objetos, ve que más gente surge a la noche. Más mujeres, los niños aguadores, los esclavos de la cocina, la misia Chromis. También algunos gladiadores libios, y eso es bueno. Han abierto más celdas. Cuantas más, mejor. Pero necesitan a los celtas. ¿Dónde están?

Las llamas de las habitaciones de Batiato iluminan la noche. Una explosión en los almacenes dispara al cielo una nube de humo negro. Otro cuerno suena, esta vez desde el muro junto a la puerta principal. Quienquiera que esté dando esa alarma, queda fuera de la vista. El sonido se dirige hacia el exterior.

Espartaco sube sobre la pila de objetos y se asoma por encima de la puerta, con Dolmos detrás de él. Al principio no ven a nadie: solo un camino atestado de pequeños escombros. Solo cosas normales, pero la promesa que implican es vivificante. Allí, justo allí, la libertad. Casi parece demasiada buena fortuna.

Y lo es. Dos guardias salen de las sombras, ambos desenvainando las espadas. Uno grita pidiendo refuerzos.

—Yo le callaré —declara Kastor, que pone otra caja sobre la pila, se sube a ella y pasa una larga pierna sobre la puerta. Pasa la otra pierna y se queda allí un instante antes de lanzarse con un grito y cuchillo en mano. Cae con fuerza, pero sus piernas no se oponen al impacto, sino que se flexionan y el gálata rueda por el suelo. Acaba el movimiento poniéndose en pie y lanzando el cuchillo, que alcanza a uno de los guardias en la cara, pero con el mango y no con la hoja. Es suficiente, no obstante. El hombre ha perdido el equilibrio cuando Kastor le barre la pierna y ambos caen luchando con furia. El otro guardia, que podría haber decidido la lucha en favor de su compañero, sale corriendo y dobla la esquina.

«Justo lo que no hay que hacer», piensa Dolmos. Él nunca jamás haría eso.

Y entonces Astera se une a ellos. Agarra el brazo de Espartaco para sostenerse mientras sube a la caja más alta. Mira entonces ante ella y pregunta con serenidad:

—¿Se abrirá? Es demasiada altura para que saltemos todos. Acuérdate de las mujeres.

—Me acuerdo de las mujeres —responde Espartaco—. Me acuerdo de todos.

«Sí —piensa Dolmos—. Por eso es un hombre digno de lealtad». Por eso, a base de oírle hablar, Dolmos comprende cosas que no comprendía antes. Por eso su mente se ensancha y abarca más cosas.

Unos días antes, en un extremo del campo de entrenamiento, en el rincón, Espartaco le preguntó a Dolmos si sabía lo que se proponían. Dolmos hizo una pausa.

—Sigue atacándome o se fijará en nosotros —indicó, señalando a Numa, el *doctore*, con un gesto de la cabeza protegida con un casco. Numa, con sus ojos que todo lo veían y su látigo de gran alcance. Estaba instruyendo a un grupo de carne nueva, pero Espartaco tenía razón: en cuanto dejaran un momento su repetitivo entrenamiento, Numa lo advertiría. Siempre lo hacía.

Los dos hombres trabajaban muy juntos. Era un entrenamiento de ataque. Dolmos intentaba una y otra vez esquivar el alto escudo de murmillo que portaba Espartaco y encontrar carne con la punta de su espada de madera. En su papel de *hoplomachus*, se derretía con sus pantalones acolchados y sus grebas. La guardia de su brazo armado chorreaba sudor, como la lana que forraba su casco. Odiaba aquel traje. Aquellas no eran armas tracias. Aquella no era manera de luchar para un medo.

Dolmos meditó su respuesta.

—Escapar y ser libres —dijo por fin.

—Sí, escapar y ser libres —convino Espartaco, en voz baja para que no le oyeran los guardias. Paró la estocada de Dolmos con el lado del escudo y se apartó girando

—. Muy bien.

Dolmos atacó de nuevo y fue bloqueado. Daba la sensación de que los ojos de Espartaco no pasaban nada por alto. De alguna manera, lo tenía perfectamente enfocado, bien calado, y anticipaba lo que iba a hacer antes de que lo hiciera.

—Eso es una parte —susurró Espartaco—, pero la libertad no es el final. Es un estado que significa que un hombre puede decidir cómo seguir adelante con su vida. Es el principio, no el final, ¿lo entiendes?

Dolmos escuchaba con toda su atención. Siempre lo hacía cuando Espartaco hablaba. Pero esa vez no contestó. Su mente se ensanchaba, pero Espartaco todavía decía cosas que no comprendía. Espartaco, como Gaidres, sabía leer griego y hablaba latín fluido. Allá en Tracia se los había considerado nobles y habían recibido una educación acorde con ello. Dolmos, no. Algo que tiene que recordar cada vez que alguno de ellos abre la boca.

—Te diré algo: cuando era joven, me importaba muy poco la gente, aparte de los tracios. Y despreciaba también a muchos tracios: por sus costumbres, sus modales, su debilidad. Hay muchas cosas que mirar en otros hombres y preguntarse: «¿Qué manera es esa de vivir?». Yo era medo primero, y solo parte de una tribu más grande en segundo lugar.

Dolmos, parpadeando para apartar el sudor de sus ojos, asintió con la cabeza. Todo eso tenía sentido. Él también era medo primero. Sus costumbres eran las que mejor conocía, las que más le gustaban.

—Siempre nos ha gustado luchar entre nosotros. Siempre, desde los tiempos antiguos. ¿Contra quién medirnos mejor que contra hombres que hablan nuestra misma lengua y valoran las mismas cosas? Así es como pensamos los tracios. Y por eso fue fácil aceptar la paga que los romanos ofrecían por nuestras espadas, ¿verdad? ¿Por qué no? Si de todas formas luchábamos entre nosotros. ¿Por qué no aceptar el dinero romano al mismo tiempo?

Espartaco desvió otro ataque y a continuación subió el escudo bruscamente y hundió el borde en la muñeca de Dolmos. No con fuerza, como habría hecho en la batalla, no como para partirle el hueso.

—Eso era cierto de mí, pero también era tu historia. Estaba ansioso por marchar contra los besos. Y tú también, joven como eras. Llevaban años insultando a los medos y merecían ser castigados. Y los odomantos... Habían sido aliados, sí, pero se habían unido con los doberes en una alianza que, según los romanos, los haría más fuertes antes de volverse contra los medos. Era fácil pensar que codiciaban el territorio de los medos, nuestros caballos, nuestro oro, nuestras mujeres. Los romanos solo tenían que decirlo para que nosotros sospecháramos que era cierto. ¿Lo entiendes? A veces somos gente demasiado simple.

Dolmos le escuchaba, pero sin asentir. Si Espartaco era simple, ¿qué era él?

Numa se apartó de los libios, acercándose a ellos pero sermoneando a Kastor y su pareja de lucha.

—De manera que luchamos contra los odomantos junto a las tropas romanas, y vencimos —prosiguió Espartaco, trazando un círculo para mantener al *doctore* a la vista—. Y todo eso estuvo muy bien, pero ¿qué pasó entonces? ¿Qué nos pidieron a continuación?

—Que fuéramos contra los nuestros —contestó Dolmos.

—Ssssí —siseó Espartaco, con la voz más afilada, como si golpeará con sus palabras. A Dolmos se le aceleró el corazón—. Exacto. Que nos volviéramos contra los nuestros. Nos ordenaron que les ayudáramos a someter a nuestro propio pueblo. Querían sangre meda en nuestras espadas, y nos prometieron a cambio que seríamos recompensados. Seríamos importantes y ricos entre nuestro pueblo, siempre que cumpliéramos las órdenes de Roma. Pero nos negamos. Nos negamos y los abandonamos y luchamos contra ellos. Y ellos nos atacaron con ayuda de los peonios. ¡Los peonios! Un pueblo con el que no teníamos rencilla alguna. Y entonces me di cuenta de que sin poder pedir ayuda a los odomantos, los medos éramos débiles. ¿Lo ves? Los romanos nos utilizaron contra nuestro propio pueblo, nos hicieron pensar que prosperábamos a expensas de nuestros vecinos. Pero era todo una ilusión. No supimos ver que solo Roma se fortalecía, que nos estábamos matando por ellos. ¿Y qué pasó entonces?

Dolmos lo pensó un momento.

—Nos fuimos a las montañas, a los besos.

—Tienes buena memoria. Allí fuimos, y Gaidres habló por nosotros. Les contó todo lo que habíamos aprendido en las llanuras. Sabíamos que los besos odiaban a los romanos y a cualquiera que quisiera gobernar sobre ellos. Sabíamos que podrían ser aliados de nuestra causa. Esa noche celebramos con ellos un festín y bebimos con ellos e hicimos planes para luchar juntos. Nos hacíamos más listos, ¿no? ¡Atácame!

Espartaco golpeó a Dolmos con el escudo. Dolmos atacó con la espada, pero no encontró manera de esquivar el escudo. Volvieron a andar en círculos. Dolmos no sabía si tenía que mostrarse de acuerdo con aquella declaración o si era una pregunta con trampa. No contestó.

—Nos hacíamos más listos, sí, pero no lo suficiente. Lo que no sabíamos era que los romanos habían plantado gusanos entre los besos antes de que nosotros llegáramos siquiera a llamarlos hermanos. Despertamos con espadas en el cuello, encadenados. Fueron ellos, nuestros hermanos tracios, los que nos esclavizaron. Fueron ellos los que nos vendieron a Roma por falsas promesas. Y por ello vivimos ahora atrapados, aquí en el *ludus*. El año que viene, o el siguiente, serán los besos los que lleguen aquí cargados de cadenas. Compraron una breve tregua y al mismo tiempo aseguraron su propia derrota. Pero ¿quién soy yo para juzgarlos? Nosotros hicimos lo mismo.

»Pero me estoy desviando. Aquí, en este *ludus*, ¿con quién vivimos? Razas extranjeras, algunos pertenecientes a pueblos de los que ningún tracio ha oído hablar. Vivimos con hombres de extraño aspecto, que tienen dioses de los que no sabemos

nada, que hablan en lenguas incoherentes que no comprendemos. Son hombres a los que hay que evitar, ¿no? Excepto que no se les puede evitar. Estamos atrapados con ellos. A algunos los hemos matado en la arena. Otros han matado a los nuestros. Uno mató a Ziles, aunque tardara semanas en morir de sus heridas. Algunos de estos extranjeros son débiles y cobardes, pero la mayoría no. Aunque no podamos hablar con ellos en nuestra lengua, podemos utilizar la lengua romana. O la griega. Hasta tú hablas un poco de griego, ¿no es así, Dolmos?

—*Naí.*

Espartaco soltó una risa.

—Sí, eso es. *Naí.* ¿Lo ves? A pesar nuestro hemos llegado a conocer a hombres que en otro tiempo desconocíamos. Y ellos nos han conocido a nosotros. Y no solo los hombres: las mujeres también. Trabajan junto a nosotros a su manera. Son maltratadas en igual medida que los hombres. De distinta forma, pero no creo que los crímenes que soportan sean menores que los nuestros.

Dolmos atacó y Espartaco lo paró de nuevo.

—He llegado a preguntarme quiénes son nuestros hermanos sino aquellos que nos conocen y a los que nosotros conocemos. Hombres en los que se puede confiar. Algunos te traicionarán, otros te admirarán, otros codiciarán lo que tienes y desearán arrebatártelo. Pero, a pesar de todo, eso es lo que hacen los hermanos. ¿Y quiénes son nuestras hermanas, sino las mujeres que te recuerdan el pasado y te hacen desear el futuro? Mujeres que comparten las dificultades de la existencia con los hombres. Todo esto era cierto en Tracia. Y habría sido cierto aquí también. Debes comprender que tenemos muchos, muchos hermanos en esta tierra. Lo único que tenemos que hacer, y no será fácil, es unirlos. Ziles iba a ayudarme, pero se ha ido al otro mundo. ¿Puedo contar contigo, puedo contar con tu ayuda?

—*Naí.*

Pero Numa ya estaba demasiado cerca para que pudieran seguir hablando. El *doctore*, un latino de alguna tribu de las montañas, era un hombre patiocorto, de torso rechoncho y hombros fuertes. Reprendió a Dolmos por la posición de sus pies. Llevaba una barra de plomo con la que le golpeó las piernas para corregir la postura. Cada golpe le dolió, pero Dolmos no se apocó. Hizo lo que le instruían, mirando, más allá del *doctore*, a Espartaco, cuyos ojos grises le respaldaron. Sus labios ya no se movían, pero Dolmos creyó saber lo que dirían: ten calma, ten paciencia. El momento se acercaba. Pronto se alzarían.

Y ya lo han hecho. Por eso Dolmos está en lo alto de la puerta junto a Espartaco y Astera.

—A mí no me importa todo el mundo —dice Astera—. Tú acuérdate de las mujeres.

Debajo de ellos, Kastor vence al guardia. Se pone en pie, y el otro no. Se frota el mentón con una mueca. Tiene una espada. Cinco hojas. Ahora cuentan con cinco hojas.

—¿Lo veis? —clama Kastor—. Lo he acallado. Debería haber salido corriendo como el otro.

—¿Puedes abrir la puerta? —pregunta Espartaco.

El gálata lo comprueba. No puede. Está atrancada con una gruesa viga.

—Podemos levantarla, pero con más manos que las mías.

—Dolmos, ve a ayudarle —ordena Espartaco. Y reclama la presencia de otros.

Dolmos mira hacia abajo. El descenso sería fácil, utilizando los travesaños y placas de metal que unen las vigas de la puerta. Podría hacerlo, pero no quiere dejar sin protección a Espartaco.

Nico pasa junto a él con expresión de desdén. Salta la puerta. Otros le siguen. Espartaco los observa descender. Cuando llegan al suelo, mira muy serio a Dolmos.

—Dolmos —empieza—, cuando te... —No puede decir más. El grito de alarma de Gaidres lo interrumpe.

Llegan los hombres de Batiato. Una apretada y erizada cuña sale de los barracones. Armados con espadas, los escudos unidos, los cascos sobre ellos. Aparecen además hombres con perros. Las bestias, locas de excitación, ladran y gruñen tirando de sus correas. Y en cuanto los sueltan, se lanzan sobre la muchedumbre, ansiosos, mordiendo. Y de pronto salen hombres a los balcones de los aposentos de Batiato. Toman posición y lanzan una lluvia de jabalinas. Son romanas, Dolmos las conoce bien. Una vez se clavó una en su escudo; lo atravesó de tal modo que llegó a herirle el pecho.

Empiezan a morir hombres.

Es casi demasiado: la fuerza de choque. Las jabalinas desde lo alto. Los perros atacando furiosos, arrancando trozos de carne a hombres y mujeres. El caos, del que los esclavos eran antes dueños, está cambiando para ayudar ahora a los hombres de Batiato. Dolmos piensa que todo está a punto de fracasar. Espartaco se inclina sobre la puerta, apremiando a Kastor y los otros para que se den prisa. Epta y las otras mujeres suben por los escombros presas del pánico. Gaidres reúne a los hombres, disponiéndolos en filas para enfrentarse mejor al enemigo. Dolmos quiere proteger a Espartaco, pero piensa que para ello debería unirse a los demás y luchar. Está a punto de hacerlo cuando Espartaco masculla una palabra entre dientes. Y la palabra es:

—¡Sssssí!

Significa dos cosas a la vez. Bajo ellos, la enorme viga que cerraba la puerta cae al suelo, arrojada por las manos de varios hombres. La puerta oscila. Esa es una cosa.

La otra es que por fin llegan los celtas del *ludus* como un grupo, impelidos por un coro de gritos. Salen en tropel por la boca negra del túnel y llegan al campo de entrenamiento rápidamente. Los encabeza Crixo. Lleva un taburete agarrado por una pata. Otros se han armado con patas de sillas, jarras, cubos, mangos de escoba. Crixo es el primero en alcanzar a los hombres de Batiato, que se agachan para mitigar el impacto. El celta se lanza sobre ellos con el taburete, y a continuación embisten todos los demás.

La puerta se abre un poco con un crujido.

—¡Abajo! —grita Espartaco.

Esta vez Dolmos obedece. Bajan atropellándose, gritando a otros para que los imiten. Se apresuran a ayudar con la puerta, que por fin se abre del todo. Hombres y mujeres se precipitan, empujándolos. Corren al callejón mientras gritan y hacen gestos, apremiando a los demás hacia la libertad. El *ludus* comienza a vaciarse. Dolmos ve suceder todo esto y se siente eufórico. Corren en la noche, por el callejón y luego a la izquierda, por otra calle más ancha. Ve hombres y mujeres corriendo ante él y con él. Siente la presión de otros empujando a su espalda.

Y piensa: «*Naí. Naí. Naí!*».

Y luego no solo lo piensa. Lo grita.

Nonus

Nonus Cincia puede marcharse ahora mismo. Es un hombre libre, un ciudadano romano. Lo acredita una lámina de bronce que lleva encima por si alguien lo considera un esclavo y lo aborda. Ha tenido que sacarla en más ocasiones de las que le gustaría recordar. ¿Tanto aspecto de esclavo tiene? Piensa que no, pero es cada vez más difícil distinguir al esclavo del hombre libre. Es que hay demasiados esclavos. En otro tiempo pensaba que los esclavos deberían llevar una marca en la frente para distinguirlos con claridad, pero luego tuvo que admitir que no era buena idea. Si los esclavos supieran cuántos son, sin duda se les ocurrirían ideas conflictivas.

En cualquier caso, él es un guardia, no un esclavo. No está atado a Batiato. Y aunque lo hubiera estado antes, ahora ya no es el caso. Batiato ha muerto y Nonus está vivo. Se alegra de ello y se mantendrá en ese estado a cualquier precio.

Esto es lo que se dice mientras mete suministros en su macuto. Una capa para la lluvia. Un hacha de mango corto. Lentejas para tres días. Un cuenco y una cuchara de madera, saquitos de hierbas y una hogaza de pan tan duro que podría utilizarse como arma si todo lo demás le falla. Piensa que lo que debería hacer es coger todas sus pertenencias y escapar. Nunca ha sido lo suyo trabajar como guardia en un *ludus*, y dos noches atrás quedó demostrado, de la manera más sangrienta posible, lo espantoso que es ese oficio.

Se marcharía, solo que hay demasiados hombres cerca, todos hacinados en el patio de armas de la guardia. Todos haciendo los mismos preparativos que él. Y ahí está Procolus, el jefe de la guardia. Ese hombre tiene una fuerza de voluntad que Nonus encuentra imposible de desafiar. Por un lado, lo único que desea es huir de allí, pero, por el otro, no quiere hacer nada que llame la atención. Espera que Procolus no recuerde dónde estaba apostado esa noche. La noche fue muy confusa y los días, desde entonces, tan ajetreados que es evidente que todavía no se ha dado cuenta de nada. Si huye, Procolus lo advertirá. Le recordará y le tachará de cobarde. Y, al recordarle y tacharle de cobarde, se acordará de que estaba de guardia en la puerta lateral, la puerta por la que escaparon los gladiadores.

Nonus se afana. Cierra el macuto y lo fija al travesaño de madera de su armazón. Con un fino cordel de cuero ata su cantimplora y su cazo. El petate va encima. Se mueve deprisa pero se retrasa, reajustando cosas, desatando y atando de nuevo. Otro hombre se marcha. A lo mejor, si otros pocos también se van, él podrá escabullirse sin que lo vean. ¿Por qué debería preocuparle que Procolus se acuerde de él? Ya no estará aquí. A la mierda Capua y todos sus esclavos y ciudadanos. Tiene que existir mejor trabajo que ese para un ciudadano romano. Tal vez en alguna provincia. Muy lejos, sí, pero allí su ciudadanía contaría. Tendría preferencia. Allí las mujeres lo

verían con buenos ojos. ¿Qué chica provinciana no querría casarse con un ciudadano romano? No sabe muy bien si eso es legal. Deberá averiguarlo. Las cuestiones legales siempre le han confundido, y varias veces ha sufrido por ello.

Claro que no tendría que estar considerando esto de no haber sido asignado a la maldita puerta lateral. ¿Qué iban a hacer dos hombres contra una horda? Nada excepto morir, como Celus. Lo que no podrían haber hecho era detener a los gladiadores. De manera que no es culpa suya. Y desde luego no es un cobarde. Es solo realista en cuanto a las situaciones que el destino presenta y el mejor modo en que hay que reaccionar. Por eso echó a correr cuando Kastor se lanzó como un loco desde lo alto de la puerta. Cuando rodó por el suelo y se levantó de un salto, Nonus recordó las veces que había visto al gálata en la arena. Un salvaje, duro como una piedra, tan dispuesto a reír en mitad de la batalla como a gritar. Y había más como él en aquella puerta, listos para saltar.

También estaba el hecho de que no tenía mucho aprecio por Celus, el pompeyo con quien compartía la guardia. Era un hombre grosero y perezoso. Le gustaba jactarse de las mujeres a las que había violado en la campaña de Iberia. La mitad de los rapaces de aquel país tenían su nariz, sostenía; la otra mitad, sus ojos. «Pues si eso es cierto —piensa Nonus—, peor para Iberia».

No, Nonus no le debía nada a Celus, de manera que ¿por qué morir actuando como si fuera lo contrario? Salió corriendo. Se escondió tras una pila de leña cuando los gladiadores salieron por la puerta abierta. Y volvería a hacer lo mismo. La lógica de su acto parece sólida por más veces que la repase. No se levantó hasta que se desvaneció el rumor de los pasos a la carrera. Luego volvió a hurtadillas al *ludus*. Se detuvo junto al cuerpo de Celus, le dio la vuelta con la punta de la espada y miró ceñudo la pulpa sanguinolenta que era su rostro. Sus alegatos de fecundidad no se demostrarían nunca, especialmente después de lo que había hecho Kastor con su nariz.

Aprovechando el momento, Nonus se agachó como si buscara signos de vida, e hizo todo lo que pudo por manchar su espada con la sangre. Solo entonces —esperaba que con aspecto de recién salido del combate— corrió de nuevo hacia el caos que todavía imperaba en el *ludus*. Se unió a los otros, atrapando a todos los esclavos que pudo y volviendo a encadenarlos. Combatió los fuegos antes de que reventaran las paredes y se propagaran. Un trabajo sudoroso, que quemaba los pulmones, pero era preferible a estar muerto en el callejón.

De manera que se escondió y engañó. ¿Y qué? De haber muerto en el callejón, no estaría ahora preparándose para marchar hacia el sur por la Vía Annia en persecución de los esclavos fugitivos. Iba a formar parte de una compañía enviada en pos de los gladiadores. Algunos hombres de Batiato unidos a las tropas de la guarnición de Capua. Serían cien. Los gladiadores eran menos. Setenta, sostenía Procolus. Tal vez menos aún. Esos eran sus mejores cálculos, basados en las listas y en los pocos que habían capturado y en la única hilera de celdas que no habían sido abiertas, las de los

iberos. Probablemente los fugitivos se dispersarían en pequeñas bandas, cada una en una dirección. La compañía no tendría problemas para volverlos a capturar. O sea, que está vivo y es útil. Estará con Procolus y los demás cuando capturen a los gladiadores. Eso es lo que importa.

Termina de atar el petate al macuto y se plantea si añadir algo más. El resto de los guardias sale para unirse a los otros. Uno de ellos lo llama a gritos. Nonus responde con un gesto grosero. Mira alrededor para asegurarse de que está solo. Puede oír a los demás, pero están fuera de la vista. Levanta el fardo y se lo coloca en los hombros. Engancha el pie en una esquina del escudo y lo alza hasta poder cogerlo. Y ya está. La bolsa a la espalda, la espada al cinto, el escudo en la mano. Los dardos de hierro fijados al hueco del escudo añaden peso. Está listo. Solo tiene que dar unos pasos, doblar la esquina y unirse a los otros.

No lo hace. Es posible que los gladiadores no hayan llegado muy lejos. Tal vez está a unas horas de enfrentarse a ellos. Con el recuerdo de aquella noche todavía fresco, la idea no es muy reconfortante. Kastor, Espartaco, Enomao... No son hombres que desee ver de nuevo.

Vuelve a pensar en las provincias. Tal vez no pueda casarse con una extranjera, pero sin duda podrá tener una como concubina. Algunos hombres buscan fortuna en el extranjero y vuelven a Italia prósperos. «Esa es la manera», piensa, el único camino para un hombre pobre en una tierra llena de esclavos. En cierto modo, su suerte ha pasado a ser peor que la esclavitud. Por lo menos, los esclavos conocen su valor. Por lo menos, ellos valen algo. Pero ¿Nonus? Con sus deudas, él no vale nada. Menos que nada, si vamos a eso.

Echa un último vistazo a la abertura que lleva fuera del recinto y alza un pie para empezar a retroceder.

Procolus aparece en la esquina. El jefe de la guardia se lo queda mirando un momento, se pone las manos en las caderas, alza el mentón.

—Nonus, ven. Nos marchamos.

—¿Todavía estamos sirviendo a Batiato? —pregunta el toscano. Marcha junto a Nonus por la Via Annia. Parece sorprendentemente contento, dadas las circunstancias —. Está muerto pero estamos persiguiendo a sus esclavos. ¿Cómo lo hicieron? Escaparon muchos así, sin más. ¿Cómo es posible?

—A mí no me lo preguntes —replica Nonus. El buen humor del toscano le molesta.

Los adoquines le resultan muy duros en los pies. Sus sandalias, se da cuenta, no son apropiadas para la marcha. Preferiría ir por la hierba del borde de la carretera, pero el capitán de la guarnición quiere que parezcan una unidad militar, marchando en formación cerrada. Así pues, les toca la piedra pelada. Avanzan en grupo, todos cargados con una mochila similar a la de Nonus. No son una legión, pero van bien armados y la gente se aparta a su paso. Es una sensación agradable: ser advertido, temido incluso.

Hace frío, el cielo está cubierto de nubes que amenazan lluvia pero no la sueltan. Entran y salen de la sombra, atraviesan pueblos y campos en los que estalla la primavera, pasan de largo villas, cementerios y ruinas. La ruta es fácil de seguir. Los gladiadores debieron de pensar lo mismo. Han pasado por allí y no han hecho intento alguno de ocultar sus huellas. Más de un desdichado viajero atestigua haber sido atracado y maltratado. Les robaron caballos y carretas, así como armas, comida y ropa. Gritan sus quejas a los soldados. Los atacaron de noche, los atacaron de día. Villanos que salían de entre los árboles. Una horda que arrasa la Via Annia como si fuera de su propiedad. Un hombre sostiene haber perdido a su esposa. Otro está más preocupado por su rebaño de cabras. Preguntan quién los va a resarcir. ¿Va a pagar Batiato sus pérdidas? Nonus no imagina cómo conocen el nombre de Batiato. Lo maldicen como la causa de sus males.

El capitán los obliga a seguir marchando a un paso ligero que, bajo la carga de sus fardos, hace jadear a Nonus.

—Escucha —comenta Toscan—. Como si Batiato hubiera tenido la culpa. A su mujer la violaron.

Esto lo ha repetido ya varias veces. Y no es que sepa más que Nonus. Ninguno de ellos vio los cadáveres ni las escenas de esos crímenes en particular.

—Dicen que esos salvajes se la pasaron de uno a otro hasta dejarla agotada, y que luego encima la ahogaron. Menuda escoria. Habría que crucificarlos a todos. Y lo harán.

Nonus casi desea que le hubieran asignado más labores de limpieza allá en el *ludus*. Así podría haber visto, aunque fuera de lejos, el cadáver de la chica de Batiato con sus propios ojos. De hecho, podría haber llegado a ver el estado del lanista, como se conoce a los encargados de adiestrar, alquilar, vender gladiadores. Se pregunta cómo lo matarían los esclavos, si mutilaron su cuerpo de manera grotesca. Sin duda le hicieron algo espantoso y vengativo. Algo rápido y sucio. Su mente conjura imágenes espantosas.

Podrían haberle hecho muchas cosas, pero no está convencido de que los gladiadores se hayan tomado el tiempo de ir pasándose una mujer para su placer. No esa noche, no teniendo en cuenta lo que él había visto y oído. Uno de ellos decía «Sí» una y otra vez en griego, como si estuviera disfrutando del mejor sexo que Nonus pudiera concebir. Pero era la fuga lo que los llevó al clímax esa noche, no la chica de Batiato. Esos son detalles de los que espera no tener que saber nada.

—Tú qué sabes si la violaron —dice.

—¿Acaso crees que la iban a dejar ir por las buenas? —pregunta el otro, perplejo. Eso, piensa Nonus, es porque en la misma situación Toscan no dejaría de violar a una mujer, y no concibe que nadie pudiera no hacerlo.

En cualquier caso, los gladiadores no podían pensar con claridad. No se han ganado la libertad, solo han acertado la posible extensión de sus días. Morirán hoy o mañana, la semana siguiente o la otra. Tal vez en este momento estén eufóricos

corriendo libres, pero ese entusiasmo pronto les caerá encima. Todos van marcados como gladiadores, como propiedad de Batiato. ¿Quién les dará trabajo? Nadie. ¿Quién los ayudará? Nadie. Toda Italia será su enemiga. Unos cuantos tal vez escapen a las montañas y vivan rudamente en los bosques entre rocas y animales. Eso es lo mejor que pueden esperar. Para Nonus, es un destino peor que el cautiverio.

Van provocando dolor y destrucción, pero ninguno parece especialmente inteligente. Manteniéndose unidos, moviéndose de manera tan visible, robando lo que pueden a los desdichados que encuentran por el camino o asaltando sus casas... todo ello demuestra que no tienen otro plan que huir, todos juntos como una turbamulta, aprovechando todo lo posible antes de que la mano del destino caiga sobre ellos.

Las propiedades a las afueras de Caserta han sufrido lo suyo. Nonus apenas cree lo que ve. Dioses, aquel es un sitio que Nonus normalmente habría envidiado: prósperas granjas, emparrados cargados de vid, campos de olivos. ¿Cómo podía considerarse siquiera un trabajo, había pensado siempre, coger uvas y pisarlas? Coger las aceitunas cuando caen, siempre rodeados por la serena belleza de un paisaje que madura lentamente al sol estival... O eso había pensado.

Ahora las columnas de humo atestiguan su devastación. Villas en llamas, graneros humeantes, carros volcados y almacenes saqueados. En una villa destruida, los esclavos deambulan abatidos, cubiertos de hollín. Hay una hilera de cuerpos en el suelo, víctimas al parecer de los gladiadores. Su dueño los amonesta a gritos, llamándolos cobardes por no haber defendido el lugar, dando puñetazos y bofetadas cuando su rabia se desborda.

Al ver su furia, Nonus recuerda los ataques de ira de su padre. Solía golpear a sus hijos de la misma manera, sin dejar de disertar todo el rato sobre las razones de la paliza. Nueve eran, todos chicos. Nonus era el noveno, de ahí su nombre. Nunca había sabido muy bien si su padre estaba orgulloso de tener tantos hijos o si eso le enfurecía. A su muerte, su propiedad pasó al mayor de los hermanos. Y cuando él murió, pasó al segundo hijo, que también murió, y entonces pasó al tercero durante unos años. Otra muerte. El cuarto hijo, Volesus, es ahora dueño de la propiedad. Ha dejado claro que no tiene intenciones de morir. Ofrece trabajo a unos cuantos hermanos. Pero ¿a Nonus? A Nonus, nada.

Al otro lado de la ciudad, cuando la compañía se detiene para coger agua de un arroyo, se les acerca un terrateniente y se sube a un murete de piedra construido en el borde de la carretera. Tiene la nariz rota, un ojo morado. Camina con una cojera que hace temer que se caiga en cualquier momento del muro. Pero la boca le funciona bien. Les grita, les pregunta por qué no marchan más deprisa. ¿Es que no saben lo que está pasando? Esos salvajes han caído sobre él sin previo aviso. Aporrearon la puerta y gritaron que traían un mensaje de su hermano. Lo llamaron por su nombre y nombraron también la ciudad de la que procedía. Ambos nombres eran correctos. ¿Qué iba a hacer él sino abrir la puerta?

—Fue una canallada —insiste—. Un engaño.

—¿Y cómo es que conocían el nombre de tu hermano? —pregunta el capitán.

—No lo sé, pero cuando lo averigüe pienso arrancarle la lengua al insensato que lo haya dicho.

La mayor humillación es que sus esclavos solo sufrieron heridas leves. Los pocos que opusieron resistencia mostraban las heridas como prueba, pero demasiados no tenían ni un arañazo.

—Y ahora tendré que vender a más de uno de esos bastardos, a todos los que no pueda borrarles de una paliza el recuerdo de la noche pasada. —Y hace prometer al capitán que le llevará vivo a uno de los gladiadores capturados. Erigirá el crucifijo justo allí, en su propiedad—. A mi cargo, por supuesto.

Poco después, un nervioso carretero sale corriendo de unos edificios algo apartados de la carretera. Los detiene y les dice que guarda un par de carretas cargadas con armas de gladiadores, escondidas en un almacén cercano.

—Anoche —cuenta sin aliento— oí a los fugitivos pasar gritando. Si nos hubieran descubierto... —Chasquea la lengua—. Iban armados, del primero al último.

—Da gracias a los dioses entonces de que no te descubrieran —dice Procolus. Su mirada cae en Nonus, se aparta. Luego hace una pausa y vuelve sobre él. Nonus baja la vista, fingiendo espantar a una mosca del muslo.

Cuando el hombre se entera de que Procolus viene de un *ludus* de Capua, le suplica que se haga cargo del cargamento. Procolus no quiere saber nada. Le dice al hombre que siga escondido, y le asegura que los caminos volverán a ser seguros. Pero hasta entonces, que se mantenga apartado y a buen resguardo.

—Tan cerca de un botín así —comenta Toscan cuando ya marchan de nuevo—. Qué idiotas.

—¿Qué pasa —pregunta Nonus—, que tendrían que haber olido las armas?

—¿Por qué no?

Nonus pone los ojos en blanco y el iris le desaparece por completo. Siempre ha sido capaz de hacer eso. Un truco que de niño le pedían mucho. Se ha convertido en su silenciosa protesta ante la estupidez.

El sol declina hacia las montañas y siguen sin atisbar a los fugitivos. Ni siquiera un cadáver identificable como uno de ellos. Los únicos muertos que encuentran son hombres libres o esclavos. Nonus querría haber visto algunos gladiadores muertos, solo para constatar su mortalidad. Pero contaban con la ventaja del factor sorpresa, junto con su brutalidad innata.

Llegan a una villa rodeada de cuidadas parras. El alguacil de la propiedad les da la bienvenida, puesto que el amo está ausente y no puede hacerlo él mismo. Es un hombre flaco, algo nervioso, de pelo negro desgreñado, como si acabara de levantarse de la cama. Los gladiadores asaltaron la villa hace unas horas. Se marcharon con ánforas de vino al hombro y barriles en carretas. Volcaron urnas y patearon cosas, provocando una momentánea destrucción general. El alguacil agradece a los dioses

que se marcharan. Suplica a la compañía que acampe en los viñedos. Ansía tener hombres armados para que le brinden protección durante la noche.

El capitán ordena acampar. Nonus nota que su tensión se mitiga un poco. Galos, tracios, gálatas: no piensan como los romanos, no planifican, no tienen disciplina. Pelean entre ellos continuamente. Y cuando están borrachos lo más probable es que se vuelvan unos contra otros, menguando así sus filas. Es una idea agradable. Nonus se dedica a las labores de campamento con un entusiasmo que casi le hace olvidar su cansancio.

Una vez libre para relajarse, se sienta a una mesa y toma una sopa de cebada. Su estómago no está demasiado interesado en ella, pero intenta comer. Toscan se sienta frente a él.

—Unas cuantas esclavas de por aquí valen un par de puñetazos. ¿Te has dado cuenta?

—No he venido para follar esclavas.

—¿Acaso no eres un hombre? Cualquiera pensaría que... —De pronto se interrumpe.

Nonus se queda con la cuchara a medio camino de la boca. Unas manos le aferran con fuerza los hombros.

—Nonus —dice Procolus—, he estado pensando en una cosa sobre la otra noche. La marcha de hoy me ha aclarado la mente. Se me han puesto en orden los pensamientos y he recordado algunas cosas. ¡Pero si no estás comiendo! Venga, disfruta. —Aprieta más, convirtiendo sus palabras amables en una orden.

Goterones de gachas de la cuchara de Nonus salpican la mesa. Intenta pensar en lo que va a suceder, qué decir, cómo mantener la calma. Busca las mentiras que todavía no ha encontrado, pero sigue sin dar con ellas.

—Tú también, Toscan. Come.

Este logra lo que Nonus no consigue. Va tomando cucharadas con la vista gacha.

—Nonus, ¿dónde estabas apostado esa noche? —pregunta Procolus—. Espero equivocarme en lo que pienso. Dime que me equivoco.

—No sé lo que estás pensando —atina a replicar Nonus.

—Entonces solo dime dónde estabas apostado.

—No... no me acuerdo. ¿Estaba de guardia? A esa hora no...

—A esa hora estabas de guardia. A menos que estuvieras dormido, yo diría que deberías acordarte bien. ¿Estabas dormido?

¿Debería contestar que sí? Tiene la palabra en la lengua. Una admisión de negligencia. Podría ser. A veces pasa. Los hombres reciben latigazos por ello, pero unos latigazos tampoco son gran cosa. Abre la boca para hablar...

—No —se le adelanta Procolus—, no creo que estuvieras dormido. Estabas de guardia con Celus, y él no lo habría permitido. ¿Me equivoco? Estabas con Celus en la puerta lateral. La puerta por la que escaparon los esclavos. La puerta que Celus murió protegiendo. Pero tú no moriste como él. ¿Por qué?

—En todo aquel caos... —comienza Nonus. Mira a Toscan, que parece asustado. Un párpado se estremece. Nonus piensa que le está mandando un mensaje, que guiña indicando lo que debería decir, pero no lo descifra.

Procolus aparta las manos de sus hombros.

—Levanta.

Nonus deja la cuchara. Se levanta y se da la vuelta. En cuanto lo hace, Procolus le lanza un brutal puñetazo al cuello. Los otros hombres lo agarran, le retuercen los brazos a la espalda, lo aprietan contra el borde de la mesa, le inmovilizan los muslos con sus duras rodillas. Lo tratan con rudeza, pero él apenas se debate. El dolor del cuello es atroz. No respira. Le han destrozado la garganta, está seguro.

Procolus acerca tanto la cara que Nonus huele su aliento.

—Sé que estabas en la puerta lateral. Lo que no sé es si estás vivo porque eres un cobarde o porque conspiraste con los esclavos. Eso es lo que vamos a averiguar. ¿Y sabes cómo, Nonus?

Nonus no puede respirar, mucho menos hablar. De todas formas, no aguardan su respuesta. Se lo llevan y le muestran cómo lo van a averiguar. Gruesas agujas quemadas, negras de hollín, humeantes del fuego. Se las clavan bajo las uñas una a una. Así lo van a averiguar.

Más tarde, el dolor le parece increíble. En lugar de atenuarse, empeora con cada resuello. Está sentado, encadenado por las muñecas y los tobillos, atado a una viga en un granero cerca de donde acampan los otros. Apoya las manos sobre las rodillas, con los dedos extendidos de manera que no se toquen. Le tiemblan. No sabe cuánto tiempo podrá mantenerlos así. Todas las puntas están hinchadas como bolas, la piel negra y roja, tensa, como si fuera a estallar en cualquier momento. Las uñas son cosas diminutas, deformes, que se rizan en extraños ángulos.

Oye voces en el campo. La mayoría duerme, alguno ronca, otro se queja de los ronquidos. Sabe que los fuegos se han apagado. Están muy cerca, pero esos otros —el sonriente Toscan entre ellos— están en un mundo diferente al suyo. Sus manos, piensa, están destrozadas. Se ven tan grotescas que no cree que puedan volver a ser sus manos. Cierra los ojos, pero las lágrimas se abren paso igual. No se las puede enjugar, aunque le gustaría, teme que alguien entre y se ría al verlo. Intenta creer que será vengado. Cuando vuelva a Capua y pueda denunciarlos, lo hará. Se arrepentirán de todas las atrocidades que han cometido con él. Procolus no tiene ninguna prueba que justifique esto.

Solo que sí la tiene. Le oyó confesar a gritos su cobardía, agitándose de dolor, la carne bajo sus uñas burbujeando cuando el metal caliente se hundía en ella. Nonus apenas fue capaz de articular frases con voz ronca, pero confesó su culpa. Le dijo lo que quería oír: que él fue la causa de la fuga, el único guardia que podía haberlo frustrado todo y no lo hizo.

¿Por qué no desertó esa misma noche? Si hubiera sido un auténtico cobarde, no estaría sufriendo ahora.

Oye un ruido a través de la pared del granero. Todo está en silencio, las últimas voces acalladas. «El ruido es el de un hombre orinando», piensa. Él no puede levantarse para orinar. De todas formas, no queda ninguna orina en él. Salió toda anteriormente. Su subligar, la única prenda de la que Proculus no le despojó, todavía está mojada. No puede evitar sentir envidia de quienquiera que se haya levantado para orinar. Porque puede levantarse. Porque es libre de hacerlo.

Escucha con más atención. El ruido está justo al otro lado de la pared. Debería oír los pies vacilantes del hombre, el salpicar de la orina en el suelo. No oye nada de eso, sino el rumor de unos débiles pasos sobre las piedras, una palabra ahogada, un chasquido de metal contra metal. Oye sigilo.

Y entonces, de pronto, estrépito. Gritos, rugidos, pasos resonantes, chillidos de agonía, metal contra metal. Una voz que reconoce como la de Proculus, pero en una versión muy aguda, húmeda de miedo. Es un ladrido de perro junto a los resonantes aullidos de un lobo —palabras extranjeras, bruscas y animales— lo que ahoga su voz. Nonus sabe lo que está pasando. Los gladiadores. Han venido.

Todavía se maravilla, pero también se siente alejado de todo ello, como si no tuviera nada que ver, cuando un hombre entra en el granero con una antorcha en la mano. Pega la llama a las vigas, apila a patadas paja junto a un poste y prende fuego. Lo hace sin apresurarse, hasta que advierte a Nonus.

Nonus le reconoce: un gigantón, musculoso como solo los gladiadores pueden serlo, más alto que un romano, más alto que un griego. Su pelo largo e incluso sus cejas relucen como el oro a la luz de las llamas. El tracio Espartaco. Se queda mirando a Nonus con los ojos entornados. Dice algo con la gutural violencia de su lengua natal. Nonus no entiende nada. El tracio lo intenta de nuevo, esta vez en latín:

—¿Por qué estás encadenado?

—Soy inocente —susurra Nonus.

Espartaco se acerca. Las llamas ya están altas, acercándose a la paja del tejado. El tracio parece ajeno a ellas. Al ver las manos de Nonus, entorna más un ojo.

—¿Inocente de qué?

De todo, casi dice Nonus, pero no quiere ser impreciso. Parece importante decir lo correcto, algo que no pueda ser ignorado ni descartado, algo de lo que no se pueda dudar.

Otro hombre irrumpe en el granero y se dirige a Espartaco en rápida lengua tracia. Lo agarra del brazo, él sí alarmado por las llamas. Espartaco se endereza, encogiéndose de hombros. Va a marcharse.

Pero entonces la boca de Nonus dice algo que su mente no planeaba decir:

—Armas —dice—. Sé dónde hay armas.

Espartaco se vuelve hacia él.

—¿Sí? —pregunta, aunque no suena como una pregunta. Es más una declaración

de interés.

Ratón

Ratón sabe que es una locura, pero no puede evitar sentirse como se siente. El cordero es demasiado pequeño. Su madre debió de estar enferma todo el tiempo que lo llevó en su seno. Murió justo después de que él naciera, dejándolo allí, diminuto, con sus patas flacas y sus ojos grandes, con un débil balido que no convenció a ninguna oveja para que lo amamantara. Ratón intentó buscarle una segunda madre, pero ninguna lo quiso. Ha paseado tanto al cordero que conoce el tacto de su lana y la disposición de los huesos bajo el pellejo cada vez más fino. Ha llegado a quererlo, lo cual es una tontería.

Su hermano, Hustus, también le tiene cariño, aunque nunca lo admitirá. Los dos yacen con el cordero entre ellos, descansando en las lindes del bosque que sube hasta los peñascos. Tras ellos se alza el Vesubio, la montaña que a veces gruñe y echa humo. Han venido buscando sombra. La tarde es la más calurosa de toda la estación, tanto que Hustus se ha dormido. Aunque eso no es difícil, porque a Hustus siempre le resulta fácil dormir. O está dormido o está en movimiento, y cuando está en movimiento se lo ve agitado e inquieto. Esos son los únicos dos modos de existencia para Hustus.

Ratón esperaba poder dormir también. Pero no puede. Acaricia tumbada los suaves rizos de lana, contemplando la débil respiración del cordero. De vez en cuando le espanta las moscas que se le posan encima.

Se incorpora de golpe al oír una voz. Escucha, mirando a todos lados. Lo que ve: una pendiente de hierba moteada con el blanco de las ovejas que cuidan para su amo; más allá, las colinas de Campania, verdes y cubiertas de flores de primavera; el cielo azul con finas hilachas de nubes. Nada se mueve más deprisa que las ovejas que pastan. Lo que oye: un coro de insectos que recorre como una ola la copa de los árboles; la llamada de un pájaro adentrado en el bosque; los diminutos chasquidos de las agujas de pino bajo su mano; el casi ronquido de la respiración de Hustus. Nada más. Pero ha oído un ruido. Aguarda a oírlo otra vez.

No tarda en producirse. Un grito, al que un momento después contestan varias voces. Incluso sin oír las palabras sabe que esas voces no son de ninguno de los pastores de por allí. No son niños, ni muchachos. Son hombres, y el descuido que muestran con sus voces enciende la alarma en su interior.

Se levanta apresurada, sobresaltando al cordero. El animal intenta ponerse en pie, pero solo tiene fuerzas para desearlo, no para hacerlo. Ratón lo coge en brazos, lo estrecha contra su pecho. Da un golpe a Hustus con el pie, dos veces, más fuerte la segunda. Él gime y parpadea, intenta darse la vuelta. Ratón sabe que se volverá a dormir de inmediato. Una vez durmió al raso bajo una súbita tormenta. Entonces tuvo

gracia. Ahora no tiene ninguna.

—¡Hustus! Levanta. ¡Viene alguien! —Le propina una buena patada.

Ahora sí se despierta y la mira furioso.

—¿Qué? ¿Por qué me...?

—Vienen hombres.

Ratón se adentra a la carrera en el bosque, agachándose bajo las ramas, rompiendo algunas resacas con el hombro al pasar. Cuando se ha alejado bastante y la pendiente comienza a empinarse, rodea un tronco y se agacha medio oculta tras él.

Hustus llega a su lado.

—¿Qué hombres?

Ratón le contesta mirando entre los árboles la pendiente más allá del límite del bosque. A través de la celosía de troncos ve la forma de la colina y las ovejas, que pastan despacio. Una de ellas alza la cabeza. Luego otras la imitan. Se quedan quietas, hasta que una cabeza humana corona la cumbre y a continuación el cuerpo aparece a la vista. Primero un hombre, un momento después, toda una hueste.

Las ovejas corren con la cabeza alta, balando su miedo. Los corderos, aterrados, se mueven a trompicones. El hombre que va delante se detiene, dice algo a los demás sobre el hombro y echa a correr hacia el rebaño. Da manotazos para espantarlo. Incluso desde lejos, Ratón oye su risa.

—Si tocan las ovejas se arrepentirán —comenta Hustus. Desata la honda que lleva a modo de collar, mete la mano en la bolsa de su cinto y agita los guijarros con los dedos.

—No —dice Ratón. No es una honda para abatir hombres. Es para conejos, pájaros a veces. Casi nunca alcanza su objetivo, pero los conejos y los pájaros son pequeños. Los hombres, no—. Solo conseguirás enfurecerlos.

—Lo haré si se llevan una oveja. O un solo cordero.

Ratón sabe que, como el insensato que es, habla en serio. A menudo se pregunta cómo ha conseguido sobrevivir a trece años de vida temeraria. A menudo se pregunta también cómo ha sobrevivido ella a ese mismo número de años.

—No quieren las ovejas.

Cada vez aparecen más hombres a la vista. A pie, ruidosos, hablan y bromean, se llaman unos a otros. No trabajan en ninguna labor. No son soldados, aunque van armados. Espadas al cinto, algunos empuñándolas. Porras. Unos cuantos usan lanzas como bastones. Otros llevan escudos colgados a la espalda. Aquí y allá se ve algún casco, unos cuantos petos. «Ni siquiera son romanos», piensa. Los hay de pelo dorado y de pelo rojo. Unos pocos son altos como gigantes. Y hay mujeres en el grupo. Incluso ellas son altas, a ojos de Ratón. No, no son italianos.

—No, Hustus —insiste. Una mosca se le posa en la nariz. Sopla fuerte para espantarla—. No hagas nada.

—Como se lleven una oveja...

Algunos de los extraños llevan fardos. Unos cargan al hombro baúles de madera.

Un hombre arrastra un asno muy cargado. En último lugar aparece un carro, tirado por un buey blanco que brama su disgusto. Pero es fuerte, y el carro, cargado hasta los topes de cajas y urnas, salta sobre los desniveles del suelo. Ratón no sabe exactamente cuántos son, pero, sean los que sean, son demasiados. Sin duda más que en los grupos de cien que Marcus Aburius, su amo, les hace organizar para esquilas las ovejas.

Las ovejas del campo, estúpidas como son, corren ante los desconocidos. Todo el grupo se mueve por la pendiente, sobre la cresta de la colina, y desaparece de la vista. Una vez que hasta las protestas del buey apenas se oyen, Ratón rompe el silencio.

—¿Quiénes eran?

Hustus gruñe.

—¡No! —exclama Ratón. Sabe lo que significan esos gruñidos. Es su manera de decir que sabe la respuesta cuando no sabe la respuesta. Significa que la va a averiguar—. Me da igual quiénes sean. Se han marchado.

—Voy a ver quiénes son.

—¿Por qué? Si da igual...

—Los voy a seguir. Aburius querrá saber de ellos.

Y se aleja al tiempo que encaja una piedra en el tirador de su honda. Ratón le llama, alzando la voz todo lo que se atreve. Hustus no hace caso. Es algo que se le da muy bien cuando quiere. Si no fuera su hermano, Ratón está segura de que le odiaría.

—Eres un insensato —dice, agarrando mejor al cordero—. Si te matan de una paliza, te lo habrás buscado.

En algún momento de la larga noche, el cordero muere. Lo hace callado, sin que Ratón se entere. Su cuerpo sigue caliente cuando la niña se da cuenta de que el animalito ya no respira, pero podría ser por su propio calor.

Lo entierra al día siguiente. Sabe que es una tontería proporcionar a un animal los mismos cuidados que ofrecería a una persona. Y un desperdicio, pues el cordero no tiene mucha carne, pero ella tampoco. Si fuera alguien más fuerte, habría despellejado y destripado la diminuta criatura. Tiene un cazo y agua, podría haber hecho un guiso. Marcus Aburius ni siquiera los castigaría si se enterase, no si Ratón le explicara lo de la enfermedad de la madre oveja. Pero la idea de trocear al cordero, de despellejarlo, le revuelve el estómago. Incluso, al ver cómo su cabecita cae yerta cuando mueve el cuerpo, le pican los ojos. Por esto, al menos, se alegra de que Hustus la dejara para seguir a los extranjeros. Si estuviera allí, se burlaría de ella. Se centraría en ridiculizarla y fingiría que él no estaba triste.

Pero al mismo tiempo desea que Hustus esté allí. Porque entonces al menos estaría vivo, aunque se burlara de ella. Es difícil no preguntarse si la muerte del cordero será una señal, si de alguna manera refleja el destino de su hermano. Tal vez algún dios le esté enviando un mensaje. Pero ¿qué dios habla mediante los corderos muertos? Ratón intenta no pensarlo.

Encuentra una fisura entre las rocas y mete en ella el cuerpecillo. Le dobla las

patas y le coloca bien la cabeza de manera que parezca que está dormido. Recoge luego unas piedras y va construyendo despacio una pila sobre él. Sigue hasta que queda bien escondido, y luego intenta pensar en unas palabras para pronunciar. Sabe que los animales no van a ninguna otra vida, que sencillamente mueren y ya está. Trata de imaginarse lo que es eso, pero no puede. Espera que no existir sea mejor, más llevadero para el cordero. Piensa que probablemente lo sea.

De nuevo en el campo, recorre la pendiente y ve por dónde han pasado los extranjeros. Los surcos de la carreta, aquí y allá alguna huella de un pie o una sandalia sobre las húmedas cagarrutas de oveja. Eran reales, piensa. Y eso significa que Hustus corre peligro. No le gusta nada que haga cosas así. Odia que sea cruel al no pensar en ella. Solo él sabe lo que Ratón esconde de su amo y de los otros pastores. No debería haberla dejado para irse a que le den una paliza y tal vez lo maten, dejándola abandonada.

El día se va caldeando a medida que las brumas de la montaña se convierten en finos jirones y desaparecen. Ratón sube por la colina, llamando con voz queda para traer de vuelta al rebaño. Tiene miedo de hacer demasiado ruido, o de subir demasiado, pues no tiene ningún deseo de acercarse a los extranjeros.

—Idiota —dice, refiriéndose a Hustus. Y refiriéndose a ella misma.

El día que Aburius trajo a Hustus y Ratón apenas los miró. Gemelos, inscribió el esclavista. Leyó sus nombres, pero el de ella lo escribió mal. Como su auténtico nombre, pero en masculino. Dos chicos de una aldea cerca de Salerno. Vendidos cuando su padre murió, puesto que su madre era griega y no tenía ningún derecho sobre ellos, y su padre jamás los había reconocido como propios. Bastante sanos, pero solo niños de unos diez años, y por lo tanto los adquirió muy baratos.

Aburius les preguntó si sabían algo del pastoreo de ovejas. No sabían nada, pero Hustus dijo que sí. Podían hacerlo, declaró.

—Amo, enséñanos las ovejas —pidió con una deferencia que dejó maravillada a Ratón, sabiendo que era falsa—. Nosotros las cuidaremos. Nadie las tocará.

Hustus siempre hablaba, mientras que Ratón rezaba en silencio. Se enfadaba con ella cuando le susurraba que se tranquilizase, altivo mientras ella era humilde, atrevido cuando ella prefería ser cauta. No parecía que fueran gemelos. Si habían estado juntos dentro de la misma madre, ¿cómo podían ser tan distintos? Pero Ratón había conocido a Hustus toda su vida. No tenía vida sin él. Tal vez, pensó, ninguno de ellos era una persona completa. Solo juntos estaban completos.

Los hombres de Aburius les pusieron argollas de hierro al cuello, de las que colgaban unas pequeñas placas que nombraban a su dueño y advertían a otros en contra de maltratarlos, y también identificaban el territorio por el que se les permitía deambular. Si los encontraban en cualquier otra parte, tenían que ser devueltos. Ratón no vio cómo cerraron la argolla, pero era tan sólida que aunque la agarrase con las dos manos y tirara, no se movía. Una vez así marcados, Aburius los envió a las montañas con los chicos mayores. Por lo menos estaban juntos, y eso importaba más

que no saber de ovejas y más que no corregir el error del esclavista y más que los problemas que podría tener por haber fingido ser un muchacho.

En las montañas aprendieron las cosas que necesitaban saber. No era una vida fácil. Se quedaron flacos y nervudos, las piernas fuertes de tanto andar y los cuerpos enjutos. Apenas veían a Aburius, pero el esclavista tenía tantos ojos como esclavos. De manera que Ratón intentó parecerse a un muchacho. Se cortaba el pelo con las tijeras de esquilar, llevaba la misma túnica de lino que los demás, suelta e informe, ceñida con un cinturón. Allí arriba, su hermano y ella estaban solos a menudo, pero no siempre. A veces los otros chicos se reunían para charlar, para fumar hierbas envueltas en hojas secas y para insultarse unos a otros. Ella fingía no interesarse por sus juegos. Se veía incapaz de ser tan estrepitosa como algunos de ellos, o tan grosera. Tampoco peleaba. Aquello habría supuesto un problema de no ser por Hustus, que siempre estaba dispuesto a pelear. Desviaba toda la atención de ella para atraerla sobre sí mismo. Ratón no sabía muy bien si lo hacía por ella o por él. De cualquier forma, era bueno.

A veces se aseguraba de ponerse de espaldas a los demás con las piernas abiertas y fingía orinar, meneando las caderas como si estuviera dibujando con el chorro de pis. Los otros chicos siempre hacían eso. Cuando de verdad tenía que hacer pis, lo hacía en privado, escondida. Una vez otro muchacho bordeó una roca y la vio, pero ella le gritó que estaba soltando cagarros y el chico se marchó diciendo que ya se notaba por el hedor.

Fueron pasando los días y luego las semanas y los meses, las estaciones y los años. No descubrieron a Ratón, pero el paso del tiempo no era un consuelo. Cada día la acercaba más a ser una mujer y los cambios que eso supondría. Hustus también lo sabía. Comentó que cuando le crecieran los pechos ya no sería tan fácil.

—Que no te crezcan —le dijo—. Haz lo que sea, pero que no te crezcan.

Y ojalá hubiera sido tan fácil, pero Ratón no tenía esa opción. Los pechos le cambiaron a pesar de sus deseos. Le dolían al tocarlos. Le aparecieron unos bultos bajo los pezones, como si se le hubieran metido piedrecitas bajo la piel. Comenzaron a ponerse carnosos. Hustus tenía razón: sus pechos la iban a traicionar. Iban a separarlos. Ratón sabía que le aguardaban cosas terribles. Y no podría evitarlas. Lo máximo a lo que podía aspirar era a retrasarlas.

Ratón se despierta en la oscuridad, en medio de unos matorrales en los que han abierto túneles para crear refugios ocultos. Hustus también está allí. Tal vez acaba de llegar. Se tira al suelo y presiona la espalda contra la de ella.

—¿Así que no te han matado? —pregunta Ratón.

—Te dije que no me iba a pasar nada.

—¿Quiénes eran esa gente?

—¿Quieres saberlo? Pues deberías haber ido tras ellos tú misma.

—Dímelo. —Al ver que no dice nada, Ratón añade—: ¿O es que tuviste miedo?

—Los seguí. Incluso hablé con ellos. Sé quiénes son. Son gladiadores. —Deja

que su hermana lo asimile. Ratón se queda callada, sabiendo que Hustus quiere hablar y que solo se abstendrá de hacerlo si ella le pregunta—. Se han escapado de Capua y dicen que ahora son libres para hacer lo que les plazca.

—Se han llevado nuestras ovejas, ¿verdad?

—Eso no importa. Escucha. Eran esclavos y ya no lo son. Ya se les están uniendo otros. Dicen que yo también podría unirme a ellos. Y eso pienso hacer.

Ratón se incorpora.

—Los van a perseguir y los van a matar. Tú lo sabes. Aburius...

Hustus se echa a reír.

—Aburius se cagaría encima si algún día los tuviera delante. ¡Son gladiadores! Quieren que los amos de esclavos vayan tras ellos. Quieren matarlos y quitarles las armas y armaduras y luego llamar a más esclavos para que se les unan.

—¿Con qué propósito? —pregunta Ratón.

—¿Qué te acabo de decir? Quieren que los amos vayan tras ellos para matarlos y quitarles las armas y hacer que se les unan más esclavos. ¡Eso es un propósito!

Ratón no está muy segura. A ella le parece un propósito muy a corto plazo, un propósito que acabará mal.

—Lo que quiero decir es...

—¡Calla ya! No puedo hablar más contigo. No debería haber vuelto siquiera.

«Sí que tenías que volver —piensa Ratón—, siempre deberías volver». Pero no lo dice.

Hustus cierra la cerca de madera del corral de muros de piedra, dejando atrapadas a las ovejas que han recuperado. Es solo la mitad del rebaño, algo preocupante. Ratón enumera las cosas que tienen que hacer, y deprisa. Decirle a Aburius lo que ha pasado, encontrar más ovejas, mirar en los otros campos y encerrar también a esas ovejas. Se le ocurren muchas cosas.

Hustus no piensa en nada de eso. En su mente solo cabe una cosa cada vez. Y en este momento, su mente está llena de gladiadores.

—Escúchame —dice, mordisqueando un tallo de hierba—. Deberías venir conmigo y verlos.

—No quiero. —Ratón se despertó con una constelación de ronchas rojas en los brazos, picaduras de insecto. No puede evitar rascarse, aunque sabe que con eso solo conseguirá que se le irriten más.

—Su campamento no está lejos, pero no se quedarán mucho tiempo. Van a subir a la montaña para asentarse allí arriba. No debes tener miedo. También llevan mujeres. Deberíamos irnos con ellos.

—No —se niega Ratón. No quiere subir a la montaña. El niño al que llaman Conejo dice que allí arriba la tierra es salvaje, que está atestada de lobos y jabalíes, y de árboles gigantescos en los que se ocultan las serpientes. Dice que en la cima vive un dios que gruñe cada vez que sube alguien—. Ya nos han buscado bastantes problemas. ¿Por qué no vas a la finca? Dile a Aburius lo que ha...

—¡No tenemos que decirle nada! No entiendes que todo ha cambiado. Escucha. Tú escúchame...

Ratón cierra la boca, se cruza de brazos e intenta dejar de rascarse. Hustus le cuenta cómo se escaparon los gladiadores de Capua. Ahora van donde les place y hacen lo que quieren. Un ejército los persiguió desde Capua, pero acabaron con él. Soldados auténticos, pero los mataron a todos. Hustus habla de una profeta, una mujer pelirroja que habla con los dioses y por eso conoce el futuro.

—No puede conocer el futuro —objeta Ratón.

—Sí que puede, si se lo revelan los dioses. Que tú no puedas ver más allá de tus narices no quiere decir que todo el mundo sea igual de ciego.

—Yo no soy ciega. —Pero tampoco habla con los dioses. No puede negar que si esa mujer de verdad puede hablar con los dioses, entonces es posible que conozca el futuro. El destino de todo el mundo ya está escrito, los dioses lo saben. Solo los insensatos que viven y mueren desconocen las cosas que han de venir. De manera que es posible, pero...—. ¿Y cómo sabes que esa mujer existe de verdad?

Hustus le cuenta que la profetisa tracia predijo la noche en que los gladiadores serían libres. Dijo lo que iba a pasar antes de que pasara, y que los tracios debían ser los primeros en escapar. Su diosa les abrió las celdas. La mujer echó un aliento caliente en los barrotes y los fundió. Les dio poderes para luchar sin armas contra los guardias que se lanzaron contra ellos. Tiene mucho poder esa diosa, y está enfadada con Roma.

—¿Qué diosa?

Hustus frunce el ceño.

—No sé cómo se llama. Es una de las suyas. Tuvo el poder de llevarlos hasta unas armas, dos carros cargados hasta arriba. Y gracias a eso ahora están armados y listos para enfrentarse a cualquiera que los persiga.

—¿Tú cómo sabes todo eso?

—Porque me lo contaron. Me vieron observándolos y me hicieron señales para que me acercara. Me dieron pan y una copa de vino. Si me uno a ellos, me dijeron, me conseguirán una espada y me enseñarán a luchar como ellos. Creen que seré grande cuando crezca, y un buen luchador. —Hustus está muy serio, con una extraña expresión—. Y tú te vienes conmigo.

Sin darse cuenta, Ratón se rasca las picaduras con la uña.

—Yo no voy —declara.

Al día siguiente, Hustus deja a Ratón al cuidado de las ovejas. Vuelve con otros: Drex, que tiene sangre tracia aunque nació en Italia y nunca ha visto su tierra de origen, Conejo y otro del que Ratón no sabe el nombre. Son pastores de un amo diferente, que atienden rebaños en la ladera occidental. Hablando sin parar mientras ellos lo acribillan a preguntas, Hustus los conduce montaña arriba hacia los gladiadores.

Ratón quiere llevarse a su hermano a un aparte para discutir con él. Pero no puede

decirle lo que quiere decirle. No con los chicos allí y mientras Hustus les habla con tanto entusiasmo. De manera que los sigue de mala gana.

El campamento de los gladiadores está en un bosquecillo de pinos muy viejos, entre rocas y peñascos. Ratón se acerca solo lo justo para oírlos y oler sus fuegos y ver el humo que despiden. Más atrás, la mole del Vesubio sube y sube. No se ve la cima. Ratón se niega a acercarse más. Hustus la deja, diciendo: «muy bien, quédate si tienes miedo».

Antes de que caiga la noche, Ratón vuelve a las cosas que conoce: las ovejas, las vistas desde más abajo, los túneles entre matorrales. Sola en los arbustos, piensa en las ovejas perdidas y en la sensación de la lana del cordero, y en su hermano, cuya espalda no está ahora contra la suya para darle calor. Piensa en sus pechos. No mueve las manos para tocárselos, pero los nota ahí, cálidos, creciendo.

Hustus vuelve por ella a la mañana siguiente. Está enfadado porque no se quedó cerca del campamento. La llama estúpida y miedosa y más tonta que una oveja. Han levantado el campamento esa mañana para subir a la montaña. Podían haberse ido con ellos. Hustus despótica hasta desahogar toda su rabia. Luego se sienta, vacío de ira y desanimado.

—Esta es nuestra oportunidad —insiste—. Si nos quedamos aquí, las cosas se nos pondrán muy feas. Y tú lo sabes.

—Sí, lo sé. —Y luego, esperando que su hermano no sea cruel con ella por decirlo, añade—: Tengo miedo.

Por una vez, Hustus no es cruel. Alza la vista y replica:

—Ya.

No dice más. Es todo lo que otorga. Pero Ratón sabe exactamente lo que quiere decir, lo que está diciendo en los espacios de antes y después de esa palabra.

Durante una parte del camino montaña arriba, van de la mano. A Ratón se le ocurre pensar que esto es lo último que harán como niños. Pase lo que pase en adelante, será nuevo y ya no podrán volverse atrás. Lo que sea que él le esté ofreciendo a través del calor de su mano, lo retirará en un momento. Ratón no hace más que pensar esto, pero mientras suben, él se aferra a ella.

Es fácil seguir a los gladiadores en campo abierto, a través de los viñedos. Normalmente, Ratón no se atrevería a acortar a través de las hileras de viñas, pero los gladiadores parecen haber barrido las laderas de los esclavos que atendían las vides. Más arriba, la tierra es como dijo Conejo. Tienen que soltarse la mano para avanzar por el bosque, que es denso y más oscuro de lo que Ratón querría. Cada paso resulta aterrador, y cada temor se hace más agudo a medida que ganan altitud. Tiene el oído atento a cualquier ruido, ya sea que lo causen los esclavos fugitivos o un dios furioso, pero en el aire solo se oyen los chillidos de los halcones y el viento que agita los árboles.

Entran juntos en el campamento. Ratón no sabe si están en la cima. La tierra es más plana, y los árboles, más bajos y espaciados entre sí. Aunque ya no están

subiendo, a Ratón le cuesta respirar. Los gladiadores son todo lo que ella temía. Hombretones de rostros duros. Hombres de pelo largo. Hombres sonrientes, hombres que ríen, que flexionan los hombros, hombres con extraños estigmas en el pecho, los brazos y la espalda. Hombres con cicatrices. Hombres rubios. Hombres que hablan una jergonza incomprensible, que se sientan junto a los fuegos del campamento, fumando y comiendo, que descansan en los carros o bajo los carros. Hombres sentados bajo unas sábanas atadas entre los árboles, hombres que afilan armas, que discuten, que entrechocan las hojas, que se dedican a algún quehacer. Hombres que los miran, rostros como lobos, cuerpos musculosos. Tienen demasiada carne, más de la que sus ojos quieren ver. Y sobre todo, los huele; en el aire pesa su almizcle. Ratón lo ha olido antes, pero nunca tan fuerte.

Un hombre llama a Hustus por su nombre. Ratón quiere echar a correr. Su hermano le coge la mano.

—No tengas miedo. —Y tira de ella hacia el hombre—. Es Kastor. Es uno de los que hablé conmigo.

—Este es el hermano del que me hablabas, ¿eh? —dice el hombre—. Tu gemelo. Sí, ya veo. —Es alto y delgado, pero de hombros anchos. Su rostro es de rasgos enormes, nariz, labios y cejas compitiendo en prominencia. Tiene una cicatriz en la mejilla izquierda. Pero lo que ella no puede dejar de mirar son sus ojos: más azules que ningún ojo que haya visto jamás—. Vosotros dos nos traeréis suerte. Y menos mal, porque la vamos a necesitar. Los romanos vienen a por nosotros. ¿Los habéis oído? —Lo dice como si fuera un chiste, aunque sus ojos se abren en expresión de alarma—. ¿Sabéis que? Venid, os voy a liberar. —Los lleva hacia un montón de objetos que tiene dispuestos en torno a un fuego que arde dentro de un círculo de piedras. Coge un cincel y un martillo con una gorda cabeza de hierro—. ¿Quién quiere ir primero?

Ratón no entiende lo que está pasando hasta que el hombre hace tumbar a Hustus con la cabeza apoyada sobre una losa plana. Coloca el cincel justo detrás de su cuello y le susurra algo que ella no oye. Levanta entonces el martillo, ese martillo que podría aplastarle el cráneo a Hustus. Pero no lo toca. Kastor lo descarga con precisión sobre la cabeza del cincel.

Cuando Hustus se levanta, tira de la argolla metálica que lleva puesta desde que Aburius los compró. Se la quita del cuello y se la queda mirando. Está rota.

—Ahora tú —dice Kastor.

Y le hace lo mismo que le ha hecho a Hustus. Un golpe, el chasquido del metal roto, y Ratón se levanta. Hustus le quita la argolla, la sostiene ante ella y le pide que la mire.

Kastor sonrío.

—¿Veis lo fácil que es liberar a un esclavo? Dejadlas ahí. —Señala un cubo medio lleno de trozos de metal.

Hustus arroja las dos argollas y las placas metálicas que llevan. Y así de sencillo,

está hecho.

Todo el mundo es bienvenido y estará allí a salvo, les dicen, pero todos deben trabajar en lo que mejor se les dé. Los guerreros se encargan de las armas y las armaduras, examinando lo que han ido cogiendo y distribuyéndolo. Otros se ocupan de los caballos y el ganado, o cocinan, o reparan carretas y suministros del campamento. Algunos patrullan las colinas, buscando señales de las fuerzas romanas que pronto caerán sobre ellos. Muchos se pasan los días recorriendo los valles y saqueando para volver cargados de botín. Los líderes, ha oído Ratón, pelean entre ellos por el control. No están de acuerdo en lo que tiene que hacerse ni por qué. A veces se oyen alzarse sus voces furiosas. Ratón nunca se acerca, aunque Hustus sí, y le cuenta las noticias.

Puede que el campamento sea un gran conjunto creciente, con reglas que los amparen a todos, pero hay muchos subgrupos que no se adhieren estrictamente a las reglas. Están los gladiadores. Son los que comenzaron todo esto y los mayores asesinos, los más valientes, los que más desdeñan las horripilantes muertes que, sin duda, sufrirán todos ellos. E incluso los gladiadores se dividen en clanes, en tribus, o si no, por lenguas, por afinidad a dioses específicos. Estos grupos de gladiadores atraen a otros que tienen, o sostienen tener, algún lazo con el clan. Todos pagan por ello con trabajos, se les asignan distintos papeles con distintas expectativas.

Ratón observa a los grupos de mujeres y cómo se protegen. Todavía no es una de ellas, puesto que sigue siendo un niño, pero las observa. Las mujeres tienden a permanecer juntas bajo la protección de un grupo. Los líderes han ordenado que no se maltrate a ninguna mujer, y hablan en serio. Hustus le contó que una banda de hombres de Napoli había violado con demasiada ligereza. Enomao, el líder de los germanos, los hizo juzgar y los declaró culpables. Los castigaron, aunque Hustus no sabe cómo.

¿Es mejor ser un muchacho? Tal vez, aunque no es fácil. A Ratón le gustaría poder unirse a algún clan con Hustus. Por el momento, corren con una anárquica pandilla de niños sin afiliación, muchos de ellos pastores. Igual que los hombres y las mujeres, los niños también están gobernados por su propia jerarquía, cambiante y brutal. Arriba los más fuertes, abajo los más débiles, como Ratón, siempre enfrentados a la amenaza del maltrato. Hustus suele protegerla y jamás tiene miedo de pelear en su lugar, pero no siempre está con ella. Ratón lleva moratones que lo atestiguan.

Normalmente mantiene gacha la cabeza y trabaja más que los otros. Se hace útil, tanto para la banda de niños como para los adultos a los que quiere llamar la atención. Por eso lleva en los brazos una enorme pila de leña la primera vez que ve a la mujer pelirroja. Ya ha visto otras mujeres en el campamento. Una vez que dejó de ver solo la masa de hombres, se dio cuenta de que había mujeres entre ellos. Pero a esta no la había visto antes, y se frena en seco.

La mujer pelirroja camina junto a un hombre mucho más alto que ella. Los dos

dirigen a un grupo de hombres de pelo largo, tracios o celtas, Ratón no lo sabe muy bien. Ella es esbelta y menuda a su lado, pero se mueve con una autoridad no menor que la de ellos. El mentón alto, su rostro corta el aire. Avanzan deprisa, y Ratón intuye que son personas importantes.

—¿Quiénes son esos? —pregunta.

Hustus susurra con reverencia:

—Es Espartaco. Uno de los líderes.

—¿Y ella? ¿Quién es?

Hustus inclina la cabeza para pegarle los labios a la oreja, y mirando al suelo contesta:

—Es la sacerdotisa, Astera, la que conoce el futuro. No la mires.

Pero Ratón no puede apartar la vista.

Un joven se acerca corriendo al grupo y todos se paran. Los hombres hablan animadamente. La sacerdotisa se cruza de brazos y pasea la vista por el campamento, buscando algo que le interese más que lo que están discutiendo los hombres. Ratón sabe que debería agachar la cabeza. Pero no lo hace, y la sacerdotisa la ve y se la queda mirando.

Hustus oye la exclamación de su hermana.

—¿Qué pasa? ¿Nos está mirando?

Espartaco y los demás dejan de hablar. Miran a Astera un momento y, luego, uno de ellos prosigue con la discusión.

Astera se acerca a los niños, los contempla un momento. Tiene un semblante pálido, para ser italiana, con pecas en la nariz. Sus ojos son verdes, y Ratón no sabía que unos ojos pudieran ser tan verdes. Unos estigmas se enroscan por sus brazos y quedan medio ocultos por su túnica, imágenes aterradoras que Ratón intenta no distinguir con demasiada claridad. Hustus no levanta la vista.

—Sois gemelos —declara Astera. Habla latín con un acento extraño—. Hermanos gemelos, ¿no es así?

Ratón atina a asentir con la cabeza.

—Y sois de estas montañas, ¿no?

La niña vuelve a asentir.

—¿Pastores?

Otro cabezazo.

—Los dos teníais argollas al cuello, todavía se notan las marcas. Teníais un amo. ¿Quién era?

—Marcus Aburius —responde Hustus.

Astera observa a Ratón con los ojos entornados, luego abarca con la mirada a Hustus.

—A ese tal Aburius no le gustaría saber dónde estáis ahora mismo, ¿verdad?

—No; escupiría fuego si lo supiera —dice Hustus. Como siempre, no ha tardado en encontrar su voz.

—¿Tiene ese poder?

—Quiero decir... maldiciones. Que escupiría maldiciones.

Espartaco llama a Astera. Se pone los brazos en jarras, resaltando los fuertes músculos de su pecho y abdominales. Ratón se alegra de que no esté más cerca. Él dice algo en una lengua que la niña no comprende. Astera le responde. Su voz parece cortante, aunque podría ser por el idioma que utiliza, y no un indicador de su temperamento. Espartaco no se ofende. Se encoge de hombros y dice algo a sus compañeros. El grupo prosigue su camino.

—Tengo que irme —dice Astera—. Hay gente esperando para hablar con nosotros, pero tengo algo que pedirlos. Sabéis quién soy, ¿verdad? Sabéis lo que soy.

Los gemelos asienten con la cabeza.

—Soy una sacerdotisa de la diosa Cotito. Vosotros no la conocéis, pero ella habla y yo la oigo. Incluso ahora, mientras os digo esto, ella me está hablando. Y lo que dice es que sois los niños a quienes debo pedir que hagáis algo por ella. Pero tenéis que estar dispuestos a ello, si no, no sirve. ¿Estáis dispuestos?

—Sí, lo haremos —responde Hustus.

—¿Y tú? —le pregunta Astera a Ratón.

Ella asiente.

—La diosa recompensa a aquellos a los que pide que la sirvan. —Astera se acerca para incluirlos en la estrecha esfera de su confianza—. Debéis hacer esto en secreto, ¿entendido? No se lo digáis a nadie. Si lo hacéis, la diosa no estará contenta. —Y entonces, acercándose más, susurra la tarea que la diosa les ha encomendado.

Hacen eso que, según Astera, la diosa Cotito quiere que hagan. «Es algo muy raro», piensa Ratón, y no lo comprende hasta la mañana siguiente. Y ni siquiera entonces entiende gran cosa, aparte de que se le ha revelado la existencia de nuevos misterios. No respuestas, sino preguntas.

Esa mañana despierta con unos susurros. Y movimiento. Y piensa: Han llegado. Amos. Soldados. Romanos. Se lleva la mano al cuello, buscando el hierro que ya no está. Debería estar, piensa. Sería mejor que estuviera. Sería más seguro. Se incorpora un poco, dejando que caiga la manta que le ha dejado una de las mujeres de Astera. El mundo está iluminado por la luz gris del alba. Bajo esa luz, los hombres se mueven, las voces murmuran. Alguien grita algo y lo hacen callar. Y luego otra voz, una mujer, entona una especie de oración. Hay confusión, pero no los ruidos de un ataque.

—¿Hustus? —susurra. Por un momento tiene miedo de que haya despertado antes que ella y haya huido al darse cuenta de lo que pasa. La idea la deja sin aliento, pero entonces lo ve a su lado. Él le agarra la mano.

—No sabemos nada, ¿recuerdas? Si te preguntan, no digas nada.

—¿Nada de qué? ¿Qué está pasando?

Él tira de ella, no para alejarse de la conmoción, como hubiera querido, sino para acercarse. Para cuando llegan, un grupo se ha reunido en torno a algo. Todos miran

hacia abajo. Unos cuantos llevan antorchas. Mujeres y unos pocos hombres, casi todos los tracios cercanos a Espartaco. Lo que sea que estén mirando, los ha dejado callados. Hustus se cuela entre ellos, tirando de Ratón. Se abren paso entre brazos y caderas, se acercan todo lo que pueden. Los que están delante no ceden cuando Hustus intenta escurrirse. Se escabulle hacia un lado. A través del pequeño espacio entre dos personas, Ratón ve eso que los tiene a todos en trance.

Espartaco. Está dormido bajo la oscilante luz de las antorchas, boca arriba, apoyado contra una especie de fardo. Ratón nunca le ha visto la cara tan de cerca. Le viene a la cabeza el recuerdo de estar subiendo al pecho de su padre y apretarle las mejillas. Está allí, y al instante se ha ido. No sabe cómo Espartaco puede dormir con todo el mundo alrededor y las antorchas tan cerca. Pero eso no es lo más raro. No es eso lo que todo el mundo mira.

Lo que todos miran es la serpiente enroscada en torno a su cara. Es larga y gris, y sus anillos envuelven sin apretar el rostro del tracio, desde el mentón hasta la coronilla. Su esbelta cabeza reposa sobre la frente del gladiador. Lleva un collar negro en torno al cuello. Ratón no la ve, pero sabe que sus escamas son grises, con motas oscuras por el vientre. Lo sabe porque el día anterior la atrapó con sus propias manos. Estuvo triscando por el amasijo de rocas en que viven esas criaturas, hasta que se encontró con una que parecía dormir al resplandor del mediodía. Se le acercó despacio, sus pies descalzos silenciosos sobre las rocas, estirando los dedos en cada paso. Hustus estaba en el otro extremo de la pendiente, enfadado porque les estaba costando mucho encontrar la serpiente que, según Astera, quería la diosa.

Ratón se sentó un rato a su lado, viéndola respirar, intentando convencerla de que no suponía un peligro. Cuando tendió la mano, sencillamente le apretó la cabeza con la palma. La serpiente se dobló, pero no se debatió. Ratón nunca había cogido una serpiente así.

Y esa serpiente es esta, envuelta en torno a la cabeza de Espartaco mientras él duerme. Eso ya sería raro, pero lo que la desconcierta todavía más es el asombro del grupo. Todos miran fijamente. Nadie se mueve hasta que Cerzula, una de las mujeres de Astera, se abre paso a empujones, gritándoles que se aparten. Su expresión es de puro éxtasis, sus mejillas tiemblan. Toca la serpiente y suavemente desliza los dedos bajo ella. Levanta los anillos y el reptil queda yerto en sus manos.

Espartaco traga saliva y mueve la cabeza a un lado. Aparte de eso, sigue dormido.

Cerzula alza la serpiente y grita que Cotito les ha enviado una señal. Echa a correr hacia el claro en el centro del campamento, impulsada por otros que corren a su lado, repitiendo su mensaje con creciente fervor. El día, de pronto, parece totalmente iluminado, despierto, como si hubiera encontrado su propósito.

Las mujeres agarran a Espartaco. Una le abofetea las mejillas. Otras le tiran de los brazos. Él se agita, abre los ojos murmurando. Lo hacen levantarse y lo llevan, tambaleándose sobre sus largas y fuertes piernas, hasta el claro, donde cada vez se congrega más gente.

Ratón no sabe qué pensar. La diosa no ha enviado ninguna señal. Ella misma atrapó la serpiente. ¿O no? Porque la serpiente estaba ahí quieta como si la estuviera esperando. Y ella no la enroscó en la cara del tracio. ¿Hizo eso la serpiente, guiada por la diosa? A lo mejor eso es lo que Cerzula quería decir y por eso están todos tan emocionados. Piensa en preguntárselo a Hustus, pero su hermano ya ha echado a correr hacia el claro, mientras que Ratón se ha quedado paralizada.

Sus pensamientos se desvanecen cuando Astera aparece a su lado y le habla suavemente:

—Esto es lo primero que te voy a enseñar: para ser un instrumento de los dioses, uno debe saber cuál es su voluntad y actuar para que se cumpla. Escuchamos, actuamos. Así es como lo divino da forma al mundo. Eso es lo que muchos no comprenden. Rezan, pero se quedan de brazos cruzados esperando la respuesta. Es cierto que los dioses nos ayudan a hacer el mundo, pero no lo hacen por nosotros. Es un pensamiento muy profundo. No intentes comprenderlo del todo todavía. Pero no lo olvides. Observa y verás. —Y añade—: Tú no eres un muchacho.

Ratón se sonroja.

—¿Cómo te llamas?

Ratón se lo dice.

—¡Eso no es un nombre! Me refiero a tu nombre auténtico. ¿Cuál es el nombre que te puso tu madre?

—Laelia.

Astera se lo queda pensando.

—Es un buen nombre —declara—. La diosa quería que me encontraras, y que yo te encontrara. Ahora eres mi Laelia. Mi luna en la noche. No una esclava, sino alguien que caminará a mi lado para que pueda enseñarte a ver a la diosa en todo. ¿Caminarás a mi lado?

—¿Por qué? —pregunta Laelia.

Astera frunce el ceño, sus finos labios cambian de forma.

—¿Quieres decir que por qué te ofrezco esto? Porque eres una gemela. Porque has vivido disfrazada, una niña que el mundo todavía no ha advertido. Porque tienes miedo y no necesitas tenerlo. ¿No son razones suficientes?

Laelia asiente con la cabeza. Toma la mano de la mujer cuando se la ofrece, y las dos siguen a los demás hacia el claro.

Espartaco

Uno detrás de otro ofrecen testimonio. De su bravura. De su vida antes del circo. De sus hazañas dentro de esa arena infernal. De los claros signos de que los dioses lo favorecen. La serpiente enroscada a su cabeza... Si eso no fue una señal de que la Gran Madre está con él, ¿qué fue? Él conoce algunas voces. Otras le resultan nuevas, aunque todos afirman haber sido testigos de cosas que él ha hecho.

Espartaco los oye desde donde está tumbado, bajo una sábana colgada en ángulo de unos arbolitos. Está cerca, pero a resguardo del grupo que ahora acostumbra a reunirse allí todas las mañanas para oír estas historias. Él escucha no por las historias, puesto que la mayoría ya las conoce, ni por orgullo, puesto que conoce la verdad sobre sí mismo y eso lo hace humilde, como debería suceder a todos los hombres. No. Él quiere oír lo que se dice y sopesar cómo se recibe. Puede que él no se crea el mito, pero conoce su importancia. Calcula el tiempo hasta que llega su turno. Porque su turno siempre llega, y estar listo es una parte de lo que debe a quienes ahora le persiguen.

Kastor habla. Perdió a sus compatriotas la noche de la fuga. Desde entonces, ha sido uno con los tracios, bienvenido entre ellos. Su voz siempre es sonora, pero hoy debe de estar cerca del refugio. Cuenta cuando Espartaco luchó contra el que llamaban Martianius *el Violador* en el circo de Roma. Por entonces Espartaco era nuevo en la arena, explica, recién llegado de Tracia. Batiato lo había comprado, pero todavía no sabía lo que tenía en sus manos. Lo envió para que lo mataran antes siquiera de llevárselo a Capua. Pero Espartaco no se dejó matar, sino que rodeó el escudo de Martianius y evitó su espada y le hundió su daga oxidada en el abdomen. Luego lo agarró del cuello y le serró el vientre hasta que se le salieron las tripas.

—¡El Violador no se lo esperaba! —grita Kastor—. Llevaba luchando y sobreviviendo cuatro años, hasta que se enfrentó a Espartaco. Deberíais haber visto lo grandes que eran sus ojos. Grandes como dos lunas. —A Kastor le gusta entrar en detalles. Lo repite varias veces. Probablemente sus ojos sean también como lunas. Espartaco se lo imagina fingiendo sorpresa, tambaleándose mientras la muerte lo va invadiendo. La gente se ríe y vitorea.

Espartaco no se acuerda de los ojos de Martianius. Lo que recuerda es que salió a aquella pelea, su primera como gladiador, rezando a Zalmoxis por una buena muerte. Eso era todo lo que quería, escapar a la otra vida. Algo que a todos les llega en su momento. Quería morir lo antes posible. Podía haberlo logrado, pero estas cosas tienen sus reglas. Si quería ser ensalzado en la otra vida, tenía que abandonar esta luchando con todas sus fuerzas. Tenía que proponerse matar, no que lo mataran. El Violador obtuvo la muerte que Espartaco deseaba para sí. A veces se pregunta si ese

muergo —o cualquiera de los otros— le da las gracias o lo maldice por ello.

Cuando el gálata termina, otra voz se alza para hablar. Y luego otra. Después de que hayan hablado varios, Drenis les cuenta la caza que tuvo lugar unos días antes. Incluso allí, en las pendientes del Vesubio, el Héroe Cazador, Zalmoxis, es fuerte. Sin duda lo es, porque puso un jabalí justo en la punta de la lanza de Espartaco. No fue a ningún otro, dice Drenis, sino solo a Espartaco, que lo recibió con su lanza y le hendió el corazón. Les pide a otros que confirmen lo que acaba de decir, y eso hacen.

—Lo conozco desde que éramos niños —añade Drenis—. Sé que es un elegido de los dioses. Y nosotros también, mientras permanezcamos a su lado.

Al oír esto, Espartaco asiente. Es algo que aprueba. Son palabras con un propósito y, desde la fuga, Drenis habla con más libertad. Espartaco no está muy seguro de que Zalmoxis guiara al jabalí hasta él. No ha visto que los dioses actúen de esa manera. Lo único que ha visto es que el éxito, en cualquier cosa —la caza, la batalla, el circo—, es el producto de las acciones que llevan a conseguirlo. Por eso, para él, el culto a los dioses es la acción: pedir el favor de los dioses y luego ganárselo haciendo aquello para lo que les pides su ayuda. Esas dos cosas —acción y resultados— están tan ligadas como el agua y la sed. Por eso corrió más rápido que nadie en la caza. Por eso se lanzó a la quebrada mientras Drenis se detenía buscando una manera de bajar. Por eso no se desvió a la izquierda ni se quedó enganchado entre los árboles mientras subían hacia la siguiente cresta, como le pasó a Dolmos. Cada uno de sus actos estuvo encaminado a situarle en el curso del jabalí. Por eso estaba en el lugar justo para encontrarse con la bestia. ¿Lo hizo Zalmoxis? No, lo hizo él mismo. ¿Lo aprobó Zalmoxis y lo permitió? Por supuesto. De eso sí está seguro, igual que está seguro de que cualquier hombre de la partida de caza podía haber hecho lo mismo. Debe enseñarles eso. Toma nota mental de hablar de ello con Drenis en cuanto tenga ocasión.

Cuando oye la voz de Gaidres se incorpora. Es un hábito, el respeto a los mayores, incluso a los que responden a sus órdenes. Alza el mentón y aguza el oído. ¿Qué historia cuenta? Al cabo de unas palabras, Espartaco sabe cuál es. La ha oído antes, muchas veces. Su nacimiento.

—En los muchos partos a los que había asistido —sostiene Gaidres—, la comadrona que lo vio nacer jamás había visto a un niño con unas manos tan grandes. Al leer las líneas de sus palmas, vio al hombre que sería. Estaba escrito allí, en la piel, los planes que los dioses tenían para él. Lo vio con toda claridad, porque estaba allí para ser visto y ella supo descifrarlo.

Al oír la cadencia con que habla, Espartaco oye también a su padre. Porque esa es una historia que se ha contado muchas veces. Gaidres habla con su misma cadencia, enfatizando con cada pausa los mismos momentos y con la misma convicción.

Describe cómo la comadrona le susurró a la madre:

—Aquí está tu hijo. Dale el pecho. —Y cómo alzó luego la voz para que la oyera el padre—: Será un líder entre los hombres. Lleva en su interior el espíritu del Dios

Héroe. Mira sus manos. Son grandes. Siempre serán fuertes, y él jamás temerá coger con ellas las cosas que desea. Hará temblar a los hombres. Provocará muchas muertes y su nombre será conocido a través de las eras. Todo esto sucederá.

Al oír a la comadrona, Desakenthos, el padre del niño, se sintió complacido. ¿Y quién no? Pagó a la mujer generosamente con un cuenco de oro finamente forjado. Y lo hizo en público, explica Gaidres, para que quienes le observaban supieran que tenía un hijo y que estaba bien formado.

Luego apartó al niño del pecho de su madre, lo envolvió en un chal de lana y, estrechándolo contra su pecho, montó en su mejor caballo, una yegua toda blanca excepto por unas salpicaduras marrones sobre los cascos. La puso al galope y salió del campamento de verano hacia la planicie. La hierba era densa y el viento la ondulaba como si fuera la superficie de un gran mar. El padre soltó las riendas y se equilibró sobre el lomo de la yegua. Alzó al niño y volvió su cara para que cortara el viento. Y así lo llevó mientras pedía a un dios tras otro que lo bendijeran. Galopó hasta que la yegua aminoró el paso. Siguió montando hasta que el animal se detuvo y se quedó escuchando el viento. El padre sabía que estaba escuchando a los dioses, de manera que él también escuchó.

—El niño guardaba silencio —dijo Gaidres—, todos esperaban...

—Yo no me lo creo. —Una voz interrumpe bruscamente las medidas palabras de Gaidres. Es Enomao. Espartaco sabe que Enomao odia oír esas historias sobre él—. Ningún niño iría en un caballo, sostenido así al viento. Habría berreado como cualquier niño. Pensadlo: el poderoso Espartaco hecho un niño llorón.

Espartaco casi se levanta ante aquel insulto a Gaidres más que por otra cosa. En realidad, él no se siente insultado. Si se le hubieran enfrentado a él así, se habría reído y se habría mostrado de acuerdo. Es solo una historia, habría reconocido. Y diría: «¿Sabes, Enomao? La verdad es que no tengo ni idea de cuándo nací. Pudo haber sido durante una tormenta de invierno. ¿Quién soy yo para decirlo? A lo mejor no hubo ningún caballo. El recuerdo no es mío, de manera que no puedo saberlo». Pero no piensa dar esa respuesta. En este momento el escenario pertenece a su tío y a la historia de su padre, de manera que se contiene.

Y es lo mejor, porque Gaidres encuentra una voz que se alza sobre Enomao, con calma y autoridad. A pesar de todo, podría no haber sido suficiente para detenerlo, pero otras voces se unen para ordenar silencio al germano. Deja acabar al tracio, dicen.

«Bien —piensa Espartaco—. Bien».

Por fin Enomao se calla y Gaidres prosigue.

—Cuando volvió al círculo de hombres reunidos ante su tienda, portando regalos, Desakenthos pudo decir sin faltar a la verdad que había cabalgado mucho y deprisa, y que el niño no había llorado ni una vez. Proclamó que el chico conocía ya la música de los cascos de los caballos y que no había mostrado miedo alguno, y que el Dios Héroe lo había bendecido con unas manos grandes, para que todos supieran que se

convertiría en un guerrero de gran estatura. Ya le estaban aguardando en el otro mundo. Y eran ellos los que susurraban el nombre de Espartaco para que volara con el viento. ¿Lo veis? Era un nombre poderoso, un nombre que retaba al niño a dar la talla. Un nombre no para el niño que era entonces, sino para el hombre que ahora es.

Estos días Espartaco oye más que nada las palabras de Desakenthos en la voz de Gaidres, pero hubo momentos en que él y su padre habían hablado de verdad, solos los dos, cuando Desakenthos todavía se encontraba entre los vivos. Una vez su padre y él estaban sentados en una piedra de una colina, con las montañas llamadas Ródope a su espalda y las planicies ante ellos. Desakenthos quería que el chico viera a lo lejos y supiera que las tierras de su pueblo iban mucho más allá de lo que alcanzaba la vista. El día era frío, todavía a principios de la primavera, pero el padre le hizo sentar junto a él, sobre una piedra helada bajo sus piernas desnudas.

—Aquí es donde vivimos —dijo Desakenthos—, donde las montañas se encuentran con las planicies. Este lugar lo tiene todo para nosotros. En el llano cultivamos trigo y cebada, mijo y bulgur, guisantes y judías. Del suelo arrancamos rábanos y zanahorias. Las hierbas alimentan a nuestros rebaños de ovejas, cabras y vacas. Y de ellos obtenemos queso y yogur. Sacrificamos los terneros sin mácula a los dioses. Los toros blancos a Darzalas. En las planicies cazamos antílopes, y allí arriba, en las Ródope, los hombres cazan jabalíes y ciervos y los traen para asar sobre las hogueras. Cuando cae la lluvia de los cielos, regamos nuestras viñas y tenemos bayas para comer y uvas para convertir en vino. Hacemos *hardaliyé*, que es la mejor bebida, a base de vino fermentado con semillas de mostaza y amargas hojas de cerezo. Esto llena a los hombres de vida y vigor. Todas estas cosas nos permite Darzalas, y eso debe significar que somos sus elegidos. Hijo mío, ¿se te ocurre mejor lugar para haber nacido y vivir?

A Espartaco no se le ocurría, y así lo dijo.

Desakenthos gruñó.

—Pero escucha, debemos ser dignos de estos dones o nos serán retirados. La creación tiene un orden. Si eres sabio tal vez lo veas, y al verlo sabrás cuál es el modo correcto de vivir. ¿De qué dios descienden las tribus de los tracios?

—De Ares, padre —contestó Espartaco. Era una verdad que todos los niños sabían.

—Sí. Nuestro pueblo es el escogido de Ares, el dios de la guerra. Su hijo, Thrax, oyó de boca de su padre lo grandes que éramos como guerreros, cómo Reso luchó con Héctor en Troya, cómo Lycurgus se enfrentó a las amazonas él solo, con un hacha, y cómo mató a tantas que ellas se rindieron y le permitieron yacer con ellas. Thrax vino a ver Tracia con sus propios ojos. Y al vernos dijo: «¿Hay sobre la tierra mejores guerreros que estos? No los hay. ¿Hay mejores jinetes? Ninguno. Así pues, este será mi pueblo y llevará mi nombre». Y así bajó entre nosotros y luchó y bebió y rio con nosotros. A través de Thrax, Ares vive en nuestros corazones. Ansiamos el estrépito de las armas y nos sabemos más vivos cuando sostenemos en las manos las

cabezas cortadas de nuestros enemigos.

En otro momento, Desakenthos dijo:

—Te voy a hablar de hace mucho tiempo. Escucha y sabrás.

Le contó de una época, en los primeros días de las tribus tracias, cuando todavía se dedicaban a guerrear entre ellos mismos. Una bestia llegó a las montañas y los llanos, atraída por la conmoción. Era un dragón de tres cabezas que devoraba a los grupos de hombres que se enfrentaban a él y se llevaba a sus mujeres y las aprisionaba en una cueva. No podía ser sorprendido, nadie podía acercarse a él, puesto que una de sus cabezas siempre estaba vigilante.

Durante días y días la situación siguió igual. Los hombres morían, las mujeres sufrían y gemían, los niños pasaban hambre y penurias. Pero entonces llegó un extranjero. Llegó a lomos de un poderoso caballo, negro como la noche. Quienes lo contemplaban quedaban paralizados. Era algo más que cualquier hombre que hubieran visto. Llevaba una reluciente armadura de bronce, con peto y grebas, y un casco con las carrilleras fijas. De una cinta a su espalda colgaba una larga hoja, como una espada, pero no era una espada; tenía el mango cubierto de hueso, casi tan largo como la hoja. Nadie había visto hasta entonces un arma como aquella. Pero no fue nada de eso lo que de verdad maravilló a los hombres.

Desakenthos se inclinó hacia su hijo y susurró, como si fuera algo que no debiera pronunciarse en voz alta:

—Tenía tres cabezas. Pero no era ninguna bestia del caos. Era un héroe que había nacido con tres cabezas para poder lograr lo que otros hombres tenían vedado.

»El hombre de tres cabezas buscó al dragón. Lo llamó desde fuera de su cueva y lo desafió. El dragón, al verlo, conoció el miedo por primera vez. Pero la ira habitaba en su pecho y lo hacía arder. Sus tres cabezas se alzaron sobre sus largos cuellos y la bestia atacó. El hombre sostenía su extraña espada con las dos manos. Cuando se movía, lo hacía con tal velocidad que daba envidia a los dioses. Con sus tres cabezas y seis ojos, el hombre lo veía todo y no podía ser sorprendido. Cercenó la primera cabeza del dragón por el cuello. A la segunda le cortó la lengua. Y a la tercera la cegó segándole ambos ojos. La criatura se revolcaba y bramaba hecha una fuente de sangre. El hombre de tres cabezas hundió entonces toda su hoja en el pecho del dragón, hasta encontrar su corazón y rajarlo. Y el dragón quedó muerto.

»Las mujeres fueron liberadas y se precipitaron hacia el hombre de tres cabezas y le acariciaron los pies con sus largos cabellos. Los hombres lo saludaron como a su rey y le hicieron regalos. Le preguntaron por su espada, y él la nombró, llamándola *rhomphaia*. Les enseñó las habilidades para forjar la hoja. Los medos han llevado desde entonces la *rhomphaia* a la guerra.

»Es nuestra arma. Las tribus de Tracia son las únicas en el mundo que la dominan. Con ella, hacemos morder el polvo a nuestros enemigos. Tú llevarás la *rhomphaia* a la guerra, Espartaco, una hoja que tú mismo habrás forjado con tus propias manos.

—¿Cuándo?

—Pronto. No tengas prisa. La guerra llega a todos los hombres en su momento, hijo mío. Eso nunca lo dudes.

—El hombre de tres cabezas... ¿era el Dios Héroe?

—Sí. Lo era y todavía lo es. Darzalas. Contéplalo, porque ahora está aquí.

El padre señaló hacia el sol que, bajo en el horizonte, comenzaba a teñirse de escarlata. Espartaco hacía mucho que había dejado de preguntarse cómo un ser podía asumir tantas formas, ninguna de las cuales se parecía a otra. Darzalas era a veces el héroe de tres cabezas. A veces era el Gran Jinete y solo tenía una cabeza. A veces parecía llevar la piel y el nombre de Ares, pero en otras ocasiones Ares era un dios totalmente distinto. Vivía con los antepasados y batallaba y cazaba. Y, a pesar de todo, siempre colgaba en el cielo y ardía con tal brillo que su forma jamás se podía apreciar con claridad. Espartaco lo intentó una vez, pero solo consiguió tener un extraño punto quemado en la vista que tardó mucho en desaparecer. Los dioses, decidió, no serían dioses si los hombres pudieran entenderlos del todo.

Desakenthos le pellizcó el brazo.

—Esta vida que tenemos ahora, en este cuerpo, es temporal. Nuestros cuerpos mueren. Siempre mueren, pero no son nuestros cuerpos. Zalmoxis nos enseñó que somos el espíritu dentro del cuerpo. Tú conoces a Zalmoxis. ¿Qué es lo que hizo?

—Es el rey que se convirtió en dios —contestó Espartaco—. Mató al jabalí que se había comido a todo el mundo excepto el Gran Árbol.

—Sí, Zalmoxis mató a la bestia, y por eso se convirtió en dios. Enseña que la muerte nos libera para unirnos a los otros que se han ido antes y que son muchos. Con ellos luchamos grandes batallas y matamos monstruos y comemos y bebemos y contamos historias de las cosas que hicimos como hombres. Yo volveré a ver a mi padre, montaré a caballo con mis hermanos. Con el tiempo tú te unirás a nosotros y conocerás a la totalidad de los medos, a todos tus antepasados de épocas pretéritas, a todas las nuevas generaciones en su tiempo. Por eso debes vivir la mejor vida que puedas, para no tener nada de que avergonzarte. La vida, y las alegrías o sufrimientos que nos traiga, son temporales, pero las cosas que hacemos resuenan por toda la eternidad. ¿Lo entiendes?

—Debo ser valiente en todo —dijo Espartaco.

—Así es.

—No debo temer a la muerte.

—Jamás. Tu vida es sagrada, no la profanes. Y no temas al día en que acabe.

—Yo viviré mucho tiempo, padre. Así tendré muchas cosas de las que jactarme cuando me una al Dios Héroe.

Desakenthos sonrió entonces.

—Exacto. Haz eso en este mundo, y en el siguiente conocerás una dicha muy superior a cualquier cosa que la vida te ofrezca. Te lo prometo.

Esa promesa es una de las razones por las que Espartaco yace entre los árboles en

una montaña llamada Vesubio, escuchando a Dolmos contar cómo luchó contra los odomantos. Por eso el etrusco, Thresu, nombra a los hombres que Espartaco mató en el circo, uno tras otro. Y por eso otra voz habla de la matanza en que los lideró en la villa, aniquilando a la compañía romana que habían enviado tras ellos. Todo esto porque Espartaco quiere celebrar un festín con su padre, Zalmoxis y todos los demás. Es una recompensa digna de cualquier sufrimiento.

Llega su turno de hablar. Espartaco se levanta, se estira, bebe de un odre de agua. Se envuelve un paño en torno a la cintura y se adentra en la reunión de gente arracimada entre las tiendas y los refugios. Enomao se marcha, seguido de sus compatriotas de pelo largo. Otros ocupan sus sitios. La multitud aguarda, acallada ahora que Espartaco se ha levantado y se mueve entre ellos. Él sabe lo que esperan: oír sobre su gloria de sus propios labios. Pero no es eso lo que quiere decir. Eso ya lo han hecho otros por él. Él dirá algo que todavía no han oído.

—¿Queréis conocerme? —pregunta en latín, una lengua que en otros tiempos estuvo ansioso por aprender, una lengua que ahora odia, pero que los une a todos ellos en esta tierra. Unos cuantos se vuelven para susurrar traducciones a los que tienen al lado. Espartaco alza la voz y, hablando despacio, repite—: ¿Queréis conocerme? Espero que sí, porque yo quiero que entre nosotros haya solo la verdad. Quiero que sepáis que tenéis más en común conmigo, y entre vosotros, de lo que pensáis. Quiero que sepáis que no importa que vuestras lenguas maternas sean distintas, ni las costumbres que más amáis. No importa que vuestro lugar de nacimiento quede lejos, al norte, en Germania, o al oeste, en Iberia, o al sur, en África, o al este... tan al este como... ¿qué? ¿Galacia?

—¡Eso es! —brama Kastor—. ¡La tierra de las pollas enormes!

Espartaco sonrío.

—Sí, Galacia. Tierra de enormes pollas.

Un adolescente apunta que su madre nació en Capadocia. Eso queda al este, añade inseguro.

—¡Colchis! —interviene otro—. ¿Conoces el sitio?

Y algunos empiezan a nombrar las tierras a las que llaman su hogar. O a las que sus padres o abuelos llamaban su hogar.

Espartaco alza la mano para acallarlos.

—Sí, muchos lugares distintos. Y si pudiéramos elegir, cada uno de nosotros estaría en casa con su gente, con nuestros seres queridos alrededor, a salvo con nosotros. Pero no estamos en casa. Muchos estamos muy lejos de ella. ¿Y eso por qué?

—Por culpa de los malditos follaburros romanos —responde Crixo.

A continuación, otros añaden sus propios insultos. Pero todos están de acuerdo: los responsables son los malditos romanos follaburros. Espartaco los deja despotricar, hasta que vuelve a reclamar su atención moviendo las manos, llevándose al pecho los dedos abiertos.

—Yo soy medo —declara—. Me criaron de cierta manera, para creer en ciertas cosas. Pero algo que supe muy pronto fue que, aunque pertenecía a las tribus tracias, no era de todas. Solo los medos son medos. Los dios no son medos. No viven en las planicies junto a las Ródope, sino en las montañas. Se marcan de rojo la mano con que sostienen la espada, para que jamás los sorprenda la visión de la sangre en ella. Mi mano no es roja, aunque muchas veces ha estado ensangrentada. Son un pueblo valiente, pero no eran de los nuestros.

Espartaco comienza a andar de un lado a otro mientras habla. Se siente alegre y sabe que se le refleja en el rostro. Sonríe y los mira a los ojos.

—Aprendí que no era de los getas. —Alza un pulgar—. Los getas apenas son tracios, puesto que prefieren las costumbres de los escitas. Eso es todo lo que hay que decir de ellos. Y tampoco era tinio, cuyos luchadores vienen en la noche y matan silenciosamente. —Saca otro dedo y alza la mano para que sigan la cuenta—. Tal vez sean letales, pero ¿qué hombre prefiere las hojas de los asesinos nocturnos a la *rhomphaia*? ¿Lo veis? Para definir quién era, me decían una y otra vez lo que no era. No era odriseo ni peonio. ¿Y tribalio? Tampoco; esos son bárbaros, ruidosos en la batalla, con ojos malignos que pueden matar solo con mirarte. Los jefes de los tribalios doran los cráneos de sus víctimas y beben en ellos. Mis compañeros soñaban con eliminarlos de la faz de la tierra. ¿No es así?

Varios gruñidos de asentimiento lo confirman.

Espartaco deja caer la mano.

—En las reuniones donde se mezclaban las tribus siempre estábamos dispuestos a darnos por ofendidos. Si un hombre de otra tribu tropezaba contigo, era razón suficiente para luchar hasta la muerte. Yo esto jamás lo cuestioné. Era sencillamente la manera de hacer las cosas. —Hace una pausa y deja colgar los brazos yertos, mientras la alegría abandona su rostro—. Ahora esas maneras me parecen una insensatez. Escuchad, y os diré por qué.

Tiene ya su silencio, pero lo prolonga para que se haga más hondo. Quiere que sean como plantas sedientas y beban sus palabras. Aguarda hasta que el silencio se convierte en tensión expectante. Un halcón chilla en alguna parte, Espartaco ve que algunos lo toman como una señal. Hay un dios escuchando, y a través del halcón ordena que Espartaco hable. Y Espartaco habla.

—Es una insensatez porque permitimos al enemigo utilizar nuestra división en nuestra propia contra. Los romanos fueron más listos que nosotros. Cuando quisieron Tracia, no llegaron y dijeron: «Queremos toda Tracia y lucharemos por ella contra vosotros». No, lo que hicieron fue decirle a una tribu: «Mirad lo que hace esa otra tribu. Os están robando. No nos gustan. Luchad contra ellos, con nosotros, y saldréis ganando». Y nosotros, estúpidos, hicimos lo que nos sugerían. No advertimos que hicieron lo mismo al año siguiente, poniendo a distintas tribus en contra de otras. Y cada vez, Tracia se hacía más débil y Roma más fuerte. Cómo debían de reírse al volver a su casa. Debieron decir: «¡Los muy idiotas! Se están matando unos a otros

por nosotros, ¡y ni siquiera lo saben!». ¿Acaso no es lo mismo que sucedió en vuestras tierras? ¿Lo veis? Nosotros hacíamos el tonto, luchando por insignificantes insultos, mientras ellos nos conquistaban a todos. Creíamos tener miles de enemigos, pero en realidad solo teníamos uno: Roma.

»Decidme —prosigue, cambiando el tono y comenzando a moverse de nuevo entre la multitud—, ¿qué habría pasado si todos los guerreros de Tracia se hubieran unido bajo un estandarte y se hubieran enfrentado con todo su poder a Roma? —Por un momento nadie contesta—. Decidme. Los cientos de miles de guerreros de Tracia reunidos en un poderoso ejército. Pensadlo. Todos nosotros montados sobre caballos de grandes cascos, ansiosos de batalla. Podríamos haber barrido el mundo de horizonte a horizonte. ¿Cómo podría haberse enfrentado a ello ninguna legión de Roma?

Es Gaidres el que responde, en tracio primero y luego repitiéndolo en latín:

—Los habríamos aplastado.

—¡Desde luego que sí! No hay pueblo más numeroso en la tierra que nosotros. Pero no fue eso lo que hicimos, y por eso estoy aquí, en su tierra, como esclavo. Si eres celta, pregúntate: ¿Y si todas vuestras tribus hubieran luchado como una sola? ¿Os podrían haber vencido? —Más de una voz dice que no—. ¿E Iberia? ¿Y si se hubieran unido en Iberia? —El mismo coro de negativas—. Si los pueblos de África hubieran luchado como uno... —De nuevo la respuesta es clara. Algunos la gritan, otros la murmuran, y para algunos la respuesta está en su expresión de súbita revelación.

Espartaco deja que crezca la conmoción. Lo están viendo, piensa. Lo que podría haber sido. Ahora quiere que vean lo que todavía puede ser.

—Cuando teníamos ejércitos en nuestras tierras, no nos unimos para utilizar nuestra fuerza. Pero lo mismo ocurre ahora. Hay un ejército en Italia, una hueste innumerable de enemigos de Roma. Justo aquí, en Italia. Lo sabes, ¿verdad? —El joven al que se lo ha preguntado parece aterrorizado. Espartaco dirige la pregunta a otros cuantos. Muy pocos tienen todavía la luz de la comprensión en los ojos, pero es evidente que la desean—. El mayor ejército al que Roma se ha enfrentado jamás. Y está aquí. Ya ha invadido sus tierras. ¿No os habéis enterado? Hay soldados en todos los campos de este país. En cada villa, en cada ciudad, en cada puerto, en las galeras de la costa, en las montañas. En todas partes. Tienen cuchillos apuntando a cuellos romanos. Los dientes alrededor de pollas romanas. Sostienen niños romanos en sus brazos... Es increíble, y los romanos ni siquiera lo ven.

Habla con creciente emoción, la pasión sustituyendo poco a poco el sentido del humor con que empezó. Ahora de pronto se yergue con una expresión preocupada arrugándole la frente.

—El único problema es... que este ejército ni siquiera sabe que existe. ¿Os lo podéis creer? Una fuerza que podría aplastar Roma en un día, y no tiene ojos para verse. Ah, si se viera... —Su voz se desvanece, barrida por un suspiro. Parece estar

buscando un sitio para sentarse, como si hubiera terminado su oratoria.

—Diles de qué ejército hablas, Espartaco —pide Gaidres.

Espartaco se detiene, a medio agachar.

—¿Estás seguro de que quieren saberlo?

—Sí.

—Pero si lo saben, cambiarán.

—Quieren cambiar —insiste Gaidres—. Díselo.

Espartaco se endereza como de mala gana. Mira a las personas reunidas en torno a él.

—Pensad en una villa. Una familia de nobles romanos. Algunos conocéis a esa gente. A lo mejor trabajasteis en sus casas o sus campos. Y si vosotros no, la persona a vuestro lado lo habrá hecho. En esta villa en que estoy pensando, está el padre, su esposa, tal vez dos hijas, un hijo, una abuela que vive con ellos y... un viejo, un amigo de la familia, digamos, al que alojan. Siete almas. Pero tienen una villa grande, y no están solos. Hay cocineros, que son esclavos, por supuesto. Hay una mujer que se encarga de las otras criadas. Así que están ella y otras tres. Y una más asignada a los niños. Un tutor para el chico. Hay otra joven a la que al amo le gusta follarse. A lo mejor una masajista de buen ver, a la que tanto al amo como a la ama les gusta follarse. Tras las puertas cerradas, ¿quién sabe lo que sucede? Y todavía hay más que guardan las puertas. Un puñado trabaja en los terrenos, atienden las plantas, arreglan las cosas que se rompen. Unos cuantos jóvenes en los establos. Y los que trabajan en los campos o la construcción o las minas... cualquiera que sea la actividad que alimenta la fortuna de la familia. ¿Habéis perdido la cuenta? Yo sí. La cuestión es la siguiente: los esclavos son más que los amos. Esos siete viven con sus privilegios, el resto son esclavos de sus mínimos caprichos. Cada uno de estos muchos se considera atrapado. Si un mozo de cuadra coge un caballo y se marcha, ¿qué sucederá? Que el compañero al que ha dejado atrás, temeroso de la paliza que recibirá, corre a decírselo al amo. El muchacho del caballo es capturado antes de que acabe el día. Si la masajista se cansa de que se la follen por los dos lados y roba un cuchillo, ¿qué pasa? Que tiene que esconderlo no solo de su amo, sino de los demás esclavos de la casa. Todos saben que si uno de ellos roba al amo, los matarán a todos, a todos ellos. Y muchos esclavos son mezquinos. Muchos trabajarán en contra de sus compañeros esclavos para ganarse el favor de sus amos.

»Y ahora pensad en esto: ¿Y si todos los esclavos de esa casa juraran un pacto para rebelarse juntos? ¿Y si un dios los atara a esa promesa y ellos se mantuvieran leales? Hemos demostrado que eso puede funcionar. Por eso muchos de los que estaban en el *ludus* de Batiato ya no están allí. Por eso Batiato está muerto y nosotros vivos. Si nosotros pudimos lograrlo, también pueden los esclavos de una villa. Y si ellos pueden, también pueden los de todas las villas, ciudades, minas y campos del país. —Hace una pausa, con la boca entreabierta como si hubiera entre sus dientes un pensamiento que no desea aplastar—. ¿Lo veis ahora?

De todos los allí reunidos, es un niño el que responde, uno de los pastores de la zona. Es, cree Espartaco, el gemelo de la niña a la que Astera ha tomado bajo su ala. Habla en voz tan queda que apenas se le oye.

—¿Nosotros? ¿Nosotros somos ese ejército?

El muchacho que tiene al lado le da un rodillazo. El del otro lado le sisea que no sea idiota.

Espartaco le mira a los ojos.

—Sí. Nosotros, que nos hemos alzado, somos ese ejército. Pero podríamos ser muchos más. —El gemelo tiene la respuesta, Espartaco lo ve. Solo necesita sonsacársela—. ¿Quién más podría unirse al ejército de los rebeldes?

—Los esclavos —contesta el chico—. Todos ellos. Todos nosotros, quiero decir.

Espartaco le dedica una sonrisa y susurra:

—Exacto. ¡Lo has entendido! ¿Cómo te llamas?

—Hustus.

—Ven, Hustus. Vamos a cambiar de sitio. —Espartaco le hace una señal. Lo saca del lugar que había ocupado y le hace sentarse donde estaba él. Se abre paso entre los otros pastores, flacos y escuchimizados, a su lado—. Tú ya lo entiendes. Ahora cuéntalo para que lo entiendan ellos también. —Señala al gentío inquieto en torno a ellos.

Por un momento, parece que el chico preferiría salir corriendo antes que abrir la boca. Pero aquel muchacho, Espartaco lo sabe, no es de naturaleza tímida. Solo necesita mirar unos momentos a su audiencia para encontrar su voz. Entonces habla.

Kaleb

—¿Estás seguro de que quieres que se quede el etíope? —pregunta Marcus Terentius Varro, señalando al hombre con el dedo—. No me importa que estos otros nos oigan, pero ese... Sus ojos son demasiado inteligentes.

Marco Licinio Craso frunce los labios antes de responder. Es algo que hace a menudo, siempre dando la impresión de que está decidiendo cuál escoger de entre un catálogo de opciones.

—No hay ser viviente en el mundo a quien confíe más detalles íntimos de mis asuntos que a Kaleb. Ni siquiera mi esposa oye la retahíla de quejas que oye él. No tenemos secretos, ¿verdad, Kaleb?

—No, amo. No hay nada en mí que tú desconozcas. —Alza los ojos de la tablilla en que está grabando figuras solo durante el breve momento en que habla. Sabe que Craso lo quiere trabajando en todo momento, incluso cuando lo enzarza en alguna conversación. Una vez pronunciadas sus palabras, baja de nuevo la vista.

—¿Lo ves? —Craso sonríe a su invitado.

Kaleb no ve la sonrisa, pero no necesita verla. La voz de su amo tiene un tono diferente cuando las comisuras de sus labios se alzan. Puede ver los rasgos de su rostro cuadrado de mentón grande con la misma claridad tanto si lo mira como si meramente se lo imagina. Sabe, incluso, cuando algún mechón de su pelo canoso le cae sobre los ojos. Lo ha comprobado con anterioridad: con la vista gacha esperaba hasta que creía que el rizo rebelde había sido apartado. Si podía, alzaba entonces la mirada, y nunca se equivocó. Ya ni siquiera siente la necesidad de comprobarlo.

—Sí, pero este es un asunto delicado —insiste Varro. Se ajusta los pliegues de la toga, disgustado al parecer con el modo en que cae la tela—. Muy delicado. —Sus dedos rebuscan en la bandeja de bocados envueltos en hojas de parra sobre la mesita circular junto a él. Después de pellizcar unos cuantos, encuentra uno cuya textura le agrada. Lo coge y se lo mete por el lado derecho de la boca. Siempre hace lo mismo. Kaleb sospecha que le duelen los dientes del lado izquierdo. Mientras mastica, prosigue—: Los esclavos probablemente no hablan de otra cosa.

—Eso no tiene nada que ver con Kaleb. Como ves, él no habla de nada. Además, estaba aquí cuando llegó el mensajero. Conoce las noticias lo mismo que tú y toda Roma.

—Sí. Pero no tiene por qué saber cómo vamos a responder.

Craso inhala despacio.

—Deberías beber algo más, Varro. ¿Pido un vino puro?

—No, este está bien. —Coge el cáliz al que hasta ahora no le ha hecho caso y hace girar el líquido.

Kaleb ha visto a muchos hombres poderosos, pero todavía se asombra de que el poder y la posición se ajusten a tan pocos de ellos como una vestimenta bien confeccionada. Varro, está seguro, estaría muy tenso fuera cual fuese su suerte en la vida. Igual que Craso siempre desearía más dinero, por muy vasta que fuese su fortuna. Por supuesto, sus observaciones sobre Varro no son solo suyas. Antes de que llegara el cónsul, Craso dijo:

—Tengo que calmar a ese idiota para que no reaccione de manera exagerada. Eso sería peor que no reaccionar, y sería más difícil recobrarlos si la población lo advierte. Pero no es probable que Varro lo entienda.

Craso suele hablarle a Kaleb de este modo cuando están los dos a solas. Kaleb sabe que no se dirige a él exactamente, sino que más bien habla consigo mismo, convencido de que los oídos de Kaleb son sus oídos. Piensa que el espacio entre las orejas de su esclavo es suyo también, un repositorio de datos y números al que puede acceder como le plazca. Al fin y al cabo, Kaleb es suyo.

—Creo estar oyendo a Gelio —dice Craso. Parece aliviado de no tener que pasar más tiempo en la sola compañía de Varro.

Se quedan aguardando, atentos a cualquiera que sea la señal que Craso ha oído. Las losetas del balcón forman un elaborado mosaico con los colores del mar. Los delfines saltan más allá de la balaustrada que los rodea. Por encima de ellos, el cielo sobre Roma. Una capa de humo pende en el aire, producto de miles y miles de fuegos. El hollín tizna pero no oculta del todo el cielo, resplandeciente con la nueva estación y cargado de nubes blancas que parecen contentarse con surcar el mundo sin descargar lluvia sobre él. Es por la mañana, aunque tarde ya, y el sol ha alcanzado su plena potencia.

Umma, una esclava de la casa, aparece con Lucius Gelio en el patio. Kaleb no puede evitar tocarla con los ojos. Solo se permite mirarla un momento, inspeccionándola. Verificando. Ella se dirige al otro senador con un gesto de su brazo delgado, preguntándole si desea algo de ella.

—De momento no —responde Gelio con tono cortante, pero cuando ella hace una reverencia y se aleja, él se vuelve para mirarla—. ¿De dónde es? —pregunta.

—Su madre era de Siria —informa Craso—, pero ese linaje particular está diluido en Umma, que es más romana que su madre.

Gelio aposenta su flaca figura en una silla y extiende la mano. El muchacho encargado de llenarles las copas de vino le pone un cáliz en la mano casi al instante.

—¿Y ha sido eso cosa tuya? Lo de la romanización de la raza siria.

Craso frunce los labios en gesto de desaprobación. Un gesto que, sin llegar a responder, es suficiente respuesta para él. Kaleb sabe lo que Craso no está dispuesto a decir: que no le gusta verter su simiente dentro de las esclavas. Encuentra enervante ver sus rasgos en el ganado de su pertenencia. A la mayoría de amos eso no podría importarles menos. Pero Craso es peculiar en varios aspectos. Este es uno.

—¿Tienes interés en ella? —pregunta.

—Podría ser. La joven a la que montaba recientemente tiene una especie de sarpullido. Ahí abajo, quiero decir. Mi médico dice que no debería importar. Es solo una debilidad suya que no debería afectar a un hombre como yo. Pero aun así me revuelve el estómago. Esa esclava... ¿cómo se llama?

—Umma.

—¿Tiene sarpullido?

—La última vez que miré, no —responde Craso—. Mi hijo pequeño lo sabrá mejor que yo. Si te interesa estoy dispuesto a venderla. Publius se dedica demasiado a ella. Le vendría bien un descanso.

—Me dejarías sin blanca si nuestro demasiado interés.

—Uy, ya has mostrado demasiado interés, amigo mío. —Craso sonrío de nuevo—. Piénsalo. Ya hablaremos luego del precio.

Kaleb se detiene un momento con el estilo pegado a la tablilla de arcilla. Nota su pulso en la yema de los dedos. «Ya hablaremos luego del precio». Oye las palabras en los labios de Craso, pero están en su mente. Allí atrapadas, parecen una cinta de palabras que entró por sus oídos y ahora no encuentra la salida. Cierra los ojos, con la cabeza ligeramente vuelta por si Craso lo mira. Intenta reemplazar las palabras de Craso con las suyas propias, las que a menudo pronuncia, las que a menudo necesita.

Piensa: «Si le sirvo bien, me liberará. Una vez libre, compraré a Umma».

Intenta reconfortarse con esa idea. Lleva haciéndolo ya un tiempo.

Kaleb podría haber declarado el momento de su nacimiento como el comienzo de su esclavitud. Nació siendo propiedad de otro, su llegada anotada en una tablilla. Ese primer día no le asignaron un valor, ni durante sus primeros años, porque tal es la suerte de los niños que no se sabe si llegarán a ser valiosos. En esos primeros años, su principal tarea era vivir, crecer, convertirse en alguien que terminara por validar su existencia. En esto había cierta libertad. Sobrevivir. Una tarea difícil, pero que uno realizaba con sus propias condiciones.

Antes de que su amo llegara a decirle ni una palabra, su madre le explicó las cosas que para él serían posibles en la vida. Creía que había más de un camino por delante si uno elegía con rapidez. Viendo que su mente era flexible y su cuerpo menudo, lo presionó para que aprendiera letras y números. Le dijo que debería ejercitar su mente igual que otros niños hacían sudar sus cuerpos. Kaleb no quería, pero al final lo hizo.

Y, al hacerlo, llamó por primera vez la atención de su amo, no por su cuerpo flaco sino por su mente rápida. Fue vendido a los siete años a un hombre que adiestraba a los niños como escribas. Fue la última vez que vio a su madre. Estuvo encerrado durante más de un año, y durante ese tiempo debieron de venderla. O había muerto. Kaleb nunca lo supo. Aprendió a escribir. Peleaba con los niños de su edad y los mayores le daban palizas. En ocasiones su amo le penetraba el ano, o la boca. El hombre era relativamente delicado, y para Kaleb ese era sencillamente el orden de las cosas. Los esclavos trabajadores lo tenían peor, por las duras condiciones que

soportaban. No veía ninguna afinidad en los lomos doblados de los trabajadores del campo, y despreciaba a los muchos hombres ignorantes, tanto libres como esclavos. Había nacido varón, lo cual significaba que su suerte era mejor que la de media población desde el primer día.

Craso llegó a su vida cuando tenía diecinueve años. Siempre recordaría esa noche como una noche de hollín y tos, llamas y destrucción. Recordaría que Craso, al comentar su negrura nada más verlo, no se refería a su piel etíope, sino al hollín de humo que lo cubría de la cabeza a los pies. Aquella noche hubo un fuego. Comenzó en las unidades de viviendas pegadas a la academia de escribas. Un tiempo seco de finales de verano y una brisa nocturna para desatar la mala voluntad de algún dios. El fuego se extendió tan deprisa que Kaleb pensó que era una criatura viviente. Tenía que serlo. ¿Cómo si no podía explicarse el modo en que olía el combustible, o que trepaba por los muros? Se filtraba por una ventana y salía por otra. Inhalaba como una bestia afanosa y, cuando exhalaba, reventaba puertas, haciéndolas estallar en astillas.

Su amo corría delirante por las calles, pidiendo ayuda mientras urgía a sus jóvenes esclavos, sus pupilos, a enfrentarse al fuego para coger objetos de valor. Los maldecía por no tener cubos y agua. La gente se congregaba a mirar, nerviosa por si el fuego se extendía, animada al ver sufrir a otros. Mientras ellos estuvieran a salvo, la desgracia de un incendio era una buena diversión.

Craso llegó seguido de un batallón de esclavos, tan cargados que parecían soldados listos para la marcha. Pero en lugar de espada, lanza y escudo, llevaban hachas, ganchos y cubos, escaleras y mantas. Mulas tiraban de quejumbrosas carretas cargadas de cubos en las que resonaba el agua. Todo lo necesario para combatir el incendio. ¿Por qué entonces, se preguntó Kaleb, se quedaron tan cerca que sentían el calor en sus caras y, sin embargo, no hicieron nada? Se cruzaron de brazos y se pusieron a charlar, señalaban y bromeaban, ignorando los desvaríos de los hombres cuyas propiedades ardían. Craso, ataviado con una informal túnica de noche, charlaba con sus hombres como si fueran viejos amigos.

El amo de Kaleb se acercó a él, suplicándole que autorizara a sus hombres a combatir el fuego. Kaleb, jadeando, chamuscado y tosiendo, estaba bastante cerca para oír la respuesta de Craso. Sus hombres, dijo, estaban allí solo para asegurarse de que el fuego no se extendiera. Puesto que sus vidas eran valiosas, no permitiría que se arriesgaran por una propiedad ajena. Cuando el amo de Kaleb se ofreció a pagar, Craso frunció los labios, sopesó las opciones y propuso el precio que costaría el trabajo de la brigada. Era exorbitante. El hombre no podía siquiera fingir que podía pagar esa cantidad. Craso, entonces, con aire de benevolencia, se ofreció a comprarle la propiedad. Toda la hilera de estructuras en llamas. Lo compraría todo. Él asumiría los gastos de la reconstrucción. Hizo que la oferta sonara generosa. Cuando los muros comenzaron a derrumbarse, con todo el edificio vuelto un infierno, los diversos propietarios llegaron a un acuerdo.

Kaleb no había entendido bien todo aquello. En el momento había parecido que Craso actuaba con bondad. Les dio a los propietarios algo por unas propiedades que pronto no valdrían nada. Aun más, compró a varios alumnos que el amo de Kaleb ya no podía alojar y mantener. ¿No fue eso también una bondad? Les estaba dando algo por las cenizas de nada. Y con ello, Kaleb pasó a manos de Craso. Solo más tarde, cuando Craso había llegado a otorgarle sus favores y hablaba con él libremente, comprendió que todo lo que Craso había hecho estaba destinado a obtener un beneficio. Aquella noche sus hombres habían puesto manos a la obra en cuanto su amo registró como de su propiedad los edificios en llamas. Apagaron los fuegos, salvaron lo que podía salvarse y en los meses siguientes reconstruyeron, haciendo los edificios más altos, con más apartamentos más pequeños. Y entonces los alquiló por sumas con las que amortizó su inversión en muy poco tiempo. Esa era una de las muchas maneras en que Craso aumentaba su fortuna. Una vez que Kaleb lo reconoció, no solo lo admiró, sino que se alegró de colaborar a ello.

¿Era ya un esclavo? Todavía no del todo. ¿Por qué llamarlo esclavo cuando su posición era preferible a la de los trabajos en que la mayoría de otra gente se afanaba? Dormía en estancias pequeñas, sí, pero que se encontraban en un edificio palaciego de Roma, en villas en el campo y junto al mar por toda Italia. No extenuaba su cuerpo ni pasaba hambre. Sabía tanto de los sucesos de la nación que se sentía involucrado en ellos. Craso, pensando en sus deseos, envió a una mujer para que durmiera fuera de su habitación, o dentro, cuando él la llamaba. No era hermosa si se la miraba a la cara, pero tenía una espalda bien formada, incluyendo hombros y cuello. Si la tomaba por detrás, Kaleb encontraba belleza en ella, tanta como necesitaba. Teniendo en cuenta todo esto, su vida era mucho mejor que la de la mayoría.

Pero eso fue antes de poner los ojos en Umma. Entonces se convirtió en un esclavo.

Umma llega al patio cargada con dos fuentes de gambas. Los músculos de sus carnosos brazos sobresalen, igual que la curva de sus caderas. Cuando se inclina para dejar las fuentes sobre la mesa, su vestido cae de manera que deja ver sus pechos. Kaleb intenta no mirarlos.

Gelio hace lo contrario. Se endereza y se ajusta los pliegues de la toga en el regazo.

—Disfrutad —dice Craso—. Están recién cogidas esta mañana. Vivas cuando entraron en la cazuela. Y para ti, Gelio, hay una fuente sin ajo. Sé que no te gusta.

Umma va a incorporarse, pero Gelio le pone la mano en la espalda para impedirselo.

—Muy amable —dice, dirigiéndose a Craso—. Pero... no las han pelado.

—Por supuesto. Se cuecen mejor así.

—Seguro que sí. Solo que... por mucho que me guste consumir estas criaturas, al pelarlas se me irritan los dedos. Eso no me molestaba cuando era niño, pero con la edad vienen los achaques. ¿Pondrías objeciones a que me las pelara esta joven?

Craso se encoge de hombros. Coge una gamba de la fuente aliñada, sacude unas ramitas de orégano y procede a pelarla. Sus gruesos dedos se encargan con rapidez de la cáscara del crustáceo. La arranca y tira la traslúcida armadura sobre la mesa. Hay en ello un comentario, Kaleb lo sabe, pero el senador al que va dirigido está distraído.

Gelio frota con la palma de la mano la base del cuello de Umma, trazando círculos. Kaleb intenta no mirar, pero fracasa. Sin una palabra, ella se pone de rodillas, lleva la mano a la fuente y comienza a pelar. Mantiene la cabeza gacha. No mira a Kaleb. Se le da bien eso, es más disciplinada que el etíope.

—Bueno —dice Gelio. Mira a Umma desde un ángulo que claramente disfruta, pero no se dirige a ella—. ¿Hasta qué punto tenemos que tomarnos esto en serio? Me parece que hay más alarma de lo que merece. Unos cuantos gladiadores han matado a un lanista descuidado y se han lanzado a una orgía de pillaje y violaciones. Ese Batiato era un patético idiota que no sabía manejar su *ludus*. ¿Sabíais que los esclavos canallas atacaron de noche, mientras ellos disfrutaban del vino de un terrateniente ausente? Si no hubieran muerto todos, yo mismo estaría reclamando sus cabezas. La situación no ha podido manejarse peor.

—Estoy de acuerdo —responde Craso—. De manera que ahora que estamos unidos en nuestra sabiduría, ¿a quién propones que enviemos para que se encargue del asunto?

—Acordaos de Sicilia —apunta Varro, con aire serio.

—Esto no es Sicilia —salta Gelio bruscamente. Pero luego sonrío, indicando que Umma le meta en la boca una gamba recién pelada. Ella tiene que mirarlo para hacerlo, cosa que Gelio parece disfrutar.

—Y reza porque nunca lo sea. —Varro se enjuga el sudor de la frente. El sol se ha movido desde que se sentó. Casi ha caído por debajo de los apartamentos occidentales, pero los últimos rayos le iluminan el rostro. Chasquea los dedos y el esclavo que está detrás de Craso, que en realidad no está haciendo nada con el abanico que sostiene, se acerca para darle sombra.

—No es lo mismo en absoluto. Los problemas de Sicilia eran... —Gelio mira a Craso buscando ayuda— problemas sicilianos. Así de sencillo. En Sicilia siempre habrá problemas. Pero no tiene nada que ver con este asunto de Capua.

—Entonces acordaos de Vettius —insiste Varro—. Titus Minucius Vettius. En nada de tiempo alzó un ejército de casi cuatro mil esclavos. ¡Se los arrebató a sus propios amos, justo aquí en Italia! Los organizó como una legión. Deberías saber estas cosas, Gelio, si hubieras estudiado historia de vez en cuando.

Craso interrumpe la respuesta de Gelio:

—Yo conozco la historia tan bien como tú, Varro. Y de hecho, lo mismo puede decirse de mi esclavo. Kaleb, informa a Varro de los dos principales fallos en la comparación de Vettius con el presente problema.

Kaleb deja el estilo y pliega las manos sobre la tablilla de cera. Alza la vista, sabiendo el aspecto que tiene a ojos de esos hombres. Su rostro oscuro, de un marrón

rojizo, con ojos del mismo color. Mira pasivamente a los hombres, deseando que Umma se permita tocarlo con los ojos. Pero ella no le mira, sino que alza una gamba hasta la boca de Gelio, ofreciéndosela con una mano mientras pone la otra debajo para atrapar cualquier gota de aceite.

—¿Dos cosas, *dominus*? —comienza Kaleb. Su voz le sorprende, con una serenidad que no siente—. Una sería que Vettius era un ciudadano *romano*.

—Cierto, lo era. —Craso se da una palmada sobre la rodilla desnuda.

—Por alguna extraña razón, se enamoró de una esclava —prosigue el etíope, con un atisbo de intención en su voz, como una hoja presionada en ángulo contra la piel, con cierta fuerza, pero no para que corte. Eso no sabe hacerlo—. Se ve que ella lo volvió loco.

—¿Veis? Los peligros del amor con esclavos —tercia Craso—. Justo lo que estaba yo antes diciendo de Publius.

Kaleb asiente con la cabeza.

—Aunque insensato y con la cabeza extraviada (poseído por el amor esclavo, como tú dices, *dominus*), Vettius seguía siendo un romano, entrenado en el arte de la guerra romano. Los esclavos que le seguían, consideraban que servían a un nuevo amo. De manera que era una situación muy particular, una situación que no es probable que se repita.

—¿Y?

Kaleb tarda un instante en recordarlo.

—Lo más importante: quienquiera que lidere a los gladiadores, no es Vettius.

—Dudo que los esté liderando nadie —gruñe Craso—. No son mejores que animales.

Varro mira torvamente a Kaleb.

—Me parece que no estoy habituado a que me dé lecciones un...

—Le he pedido yo que hable —señala Craso—. Continúa, Kaleb. Segundo fallo. ¿Cuál es?

—Lo segundo —prosigue Kaleb tras carraspear— es que acabaron con Vettius rápidamente. Lucio Licinio Lúculo, un pretor en aquel entonces, restauró el orden sin tener siquiera que enfrentarse en el campo de batalla. Una demostración de fuerza y astucia fue suficiente para dar por concluido el asunto. La mayoría de los rebeldes, incluido el joven Vettius, se suicidaron.

—Qué desconsiderados —comenta Gelio.

—Si así se derrotó a una turbamulta de esclavos liderados por un romano —concluye Kaleb—, sin duda será todavía más fácil lidiar con estos gladiadores.

—¿Es esa tu instruida opinión, esclavo? —pregunta Varro.

Kaleb agacha la cabeza.

—Yo no tengo opinión, señor. Mi amo me pide que estudie historia y que hable de ella en ocasiones. Yo no tengo pensamientos, tan solo expongo los hechos tal como me los han enseñado.

Eso no aplaca del todo a Varro, pero de cualquier manera aparta la vista y deja que se le alise el ceño.

—De manera que lo que necesitamos es otro Lúculo —declara Gelio—. Un pretor de mediano talento. ¿Se os ocurre algún nombre?

Se les ocurren varios. Durante un tiempo los discuten. Kaleb escucha con una parte de su mente, pero principalmente está pensando en Umma. Necesita hablar con ella. Pronto. Ahora. Gelio parece inquieto, ansioso por terminar e irse a los baños. «Bien —piensa Kaleb—, vete a los baños». Pide vino sin aguardar y parece molesto de que Umma se levante a por él. Pero la deja ir.

«Buena chica —piensa Kaleb—. Vete».

Vuelve un momento más tarde, pero da un rodeo a Gelio y deposita la jarra en manos del niño sirviente. Y luego se marcha, con unas prisas que dan a entender que tiene labores que atender.

«Muy bien —piensa Kaleb—. Vete».

—Me gusta —admite Gelio—. Es distinta de la joven con el sarpullido. Esa es de pelo claro, incluso tiene los ojos azules. Y es más delgada que esta. Y sus pechos son pequeñas cuentas en comparación. Me gustan los pezones oscuros de esta, su cuerpo carnoso.

—Como te he mencionado antes —dice Craso—, puede ser tuya por un precio razonable. Un precio de amigo.

Gelio ríe. Replica que Craso jamás en su vida ha dejado que la amistad gobierne los asuntos comerciales. Tiene razón, pero esta vez Kaleb no le ve la gracia. Los hombres vuelven al tema de su reunión.

Cuando a Kaleb le parece el momento apropiado, se levanta con la cabeza gacha, murmurando que necesita ir a aliviarse. Craso señala la vasija cercana destinada a ese propósito, pero Kaleb señala que lo que necesita es un alivio más sustancial. Con el permiso de su amo, se marcha y baja por la serpenteante escalera de la terraza. Sus sandalias chasquean en el trayecto hacia los departamentos de los esclavos. Pero una vez bien adentrado en ellos, toma la oscura y estrecha escalera de servicio y vuelve a subir a la planta principal. Serpentea por el pasadizo trasero, un corredor de tosca piedra por el que solo pasan los criados. En la salida, solo necesita recorrer un corto trayecto por el patio interior y entrar en la cocina.

Calor. El crepitar del fuego. El bullicio de los cocineros preparando la cena. El olor húmedo del mar que emana del cubo de pescado que hay volcado sobre la principal mesa de trabajo. Unos cuantos ojos lo miran y pasan de largo. Solo Aulus, el cocinero jefe, gruñe en su dirección, su modo de preguntar si el amo desea algo. Kaleb niega con la cabeza y Aulus vuelve a la tarea de serrar la cabeza de un pescado para separarla del cuerpo.

Umma le da la espalda. Por los movimientos de sus hombros y la flexión de su espalda, está amasando. No es una labor que ella tenga que atender, pero lo hace para ayudar, dice. Para fortalecer los brazos. «A ti te gustan mis brazos, ¿no?» le preguntó

ella.

Y le gustan. Mucho. No es razonable hasta qué punto le gusta Umma. Siempre, desde el primer día, ha sido un dolor en su pecho. Un deseo que no existía antes y que lo hace más desgraciado que feliz. Un miedo allá donde antes no había miedo.

Kaleb se acerca y susurra a su espalda.

—No le complazcas.

Umma responde sin sorpresa, sin que sus movimientos con la masa vacilen.

—Sabes que no lo puedo disgustar.

Tiene razón, por supuesto.

—Pues complázcele un poco, entonces. —Kaleb coge una cabeza de ajo asado del mostrador y se lo lleva a la boca—. Solo un poco. —Y va a marcharse, sabiendo que está atrayendo las miradas de los esclavos de la cocina. Pero antes se aprieta contra Umma y susurra en los rizos negros de su melena—. Eres el corazón que late en mí.

Umma suspira. Tarda un momento, pero responde. Desliza las manos sobre las de Kaleb y dice:

—Sí.

Así es como siempre responde a sus declaraciones. No importa cuántas palabras él utilice para expresar su amor, ella siempre tiene para él solo una. Al principio él se sentía despreciado. Pero ahora, lo comprende. «Sí», dice ella. ¿Qué mayor regalo puede darle que un sí ofrecido libremente?

—Cayo Claudio Glabro —dice Craso, como si hubiera estado aguardando la vuelta de Kaleb antes de pronunciar el nombre.

—¿Quién? —pregunta Varro.

—Exacto.

—¿Qué quieres decir?

Kaleb se sienta en su taburete, coge su tablilla y escribe el nombre, Glabro. Intenta interesarse en la conversación. Escucha, pero su mente gira alrededor de Umma. Tal vez Gelio no hablaba en serio, a lo mejor no le pide a Craso que le deje probarla, como Kaleb teme. A lo mejor no la compra y nada cambia.

—Un hombre prácticamente desconocido —explica Craso—. Joven pero no tanto. De una familia de mediana importancia. Un pretor que todavía tiene que dejar su marca en el mundo. Es el hombre al que hay que enviar contra los gladiadores fugitivos. ¿Qué, Varro? Pareces ofendido. No estarías esperando que pronunciara tu nombre, ¿no?

—Por supuesto que no. —Varro frunce el ceño—. Pero ¿un desconocido?

—Exacto. Nadie con un nombre decente querría tener nada que ver con esto. Gladiadores, esclavos. ¿Qué honor hay en luchar contra ellos?

—Lo que yo tengo entendido —tercia Gelio sarcástico— es que los gladiadores saben un par de cosas sobre lucha.

Que nada cambie es una fútil esperanza, Kaleb lo sabe. Un sufrimiento diario. Pero siempre hay otros hombres. Amigos, invitados, socios. Y luego están los hijos,

los dos. El cuerpo de Umma no es de Kaleb, ni para poseerlo ni para protegerlo. Ni siquiera es de la propia Umma. Intenta convencerse de que no importa.

—En el circo, sí —está diciendo Craso—. Para nuestro entretenimiento, sí. Porque temen la muerte y quieren cualquier migaja que estemos dispuestos a arrojarles, sí. El suyo es un triste destino, pero es su destino. Y no hay más. —Craso se entusiasma con su propio discurso, tal como Kaleb anticipaba. Ya ha oído antes este sermón, podría recitarlo él mismo—. Los hombres verdaderos entre ellos saben que el único curso de acción honorable es cumplir con su destino. No huir de él, como han hecho estos rebeldes. Les otorgas demasiado mérito, Varro. No hay que tenerles miedo, sino desprecio. Son cobardes y sus actos lo demuestran. Lo único que me sorprende es que no se hayan desbandado ya y hayan corrido a esconderse. No me estoy quejando. Es mejor para nosotros que sigan juntos en un solo sitio. Nos resultará más fácil aniquilarlos.

Gelio sonrío.

—Tal vez seas tú el hombre adecuado, entonces...

—Ningún hombre de posición querrá esa tarea. Yo se la daría a Pompeyo si pudiera, pero no se la desearía a nadie. No soy un hombre ambicioso, amigos, pero hasta a mí me importa mi reputación. Y derrotar a unos esclavos rebeldes no la ayudaría precisamente.

Kaleb sabe mejor que nadie que Craso es, de hecho, un hombre ambicioso. La riqueza no es suficiente para él y nunca lo ha sido. Quiere posición, aclamación, poder político. Y lo tiene, pero principalmente se deriva de su riqueza. Él quiere que provenga de su valía como romano. Quiere una victoria militar, aunque no esta.

—No —prosigue Craso—. Glabro, o alguien igualmente anodino, es quien debe encargarse de esto. Además, es poco probable que se niegue. Yo mismo recomendaré su nombre ante el Senado. ¿Cuento con vuestro respaldo?

Varro se incorpora en su asiento y se arregla los pliegues de la túnica como si fuera a ponerse en pie.

—Pero ¿quién es ese Glabro? No puedo ponerle cara.

—Tiene los ojos muy juntos. Durante un tiempo fue muy amigo de mi hijo Marcus. Esa es la única razón de que lo tenga en mente. —Y se dirige a Gelio—. Decidido. Recomiéndalo tú ante el Senado. Tal vez envíe a Marcus a hablar con él, que lo vaya preparando con ideas de gloria y esas cosas.

—¿Hemos terminado, pues? —pregunta Gelio.

Varro se levanta.

—Yo voy a los baños.

Kaleb reza para que Gelio también se dirija a los baños. Casi se pone a ensalzar las virtudes de los baños, pero eso sería demasiado.

Craso se pone en pie para despedirlos. Kaleb agacha la cabeza cuando se alejan. El corazón le late tan deprisa como si estuviera corriendo. «Se ha olvidado de ella», piensa.

No debería haberlo pensado, porque al punto sabe que sus palabras han escapado de su mente para entrar en la del romano. Gelio se para un momento, parece acordarse de algo. Coge a Craso del codo, se inclina sonriendo y dice algo que Kaleb no oye. No necesita oírlo, porque ya lo sabe. No se ha olvidado de ella. Por supuesto que no.

No ve nada de lo que sucede, naturalmente. Sabe que Gelio estuvo con Umma en una de las habitaciones de invitados. Media hora, no más. Aunque lo intenta, Kaleb no le ve marchar. Nota su marcha porque los esclavos de la casa se relajan ligeramente y las tareas de la tarde recuperan su trillada rutina, pero no ha logrado verle la cara ni adivinar su estado de ánimo.

Y por ello no puede evitar buscar a Umma. Normalmente no intentaría hablar con ella hasta bien entrada la noche, pero no logra contenerse. La espera en una alcoba del corredor por donde los esclavos llevan la cena a las terrazas. La ve pasar con una fuente en la mano. A su vuelta, Kaleb la agarra por la muñeca y tira de ella.

No puede evitar preguntarse... ¿Llevará en este momento la semilla de Gelio en su seno? ¿Le gotea del sexo mientras está ahí, de pie a su lado? ¿Estará en su vientre? Y en ese caso, ¿le revuelve el estómago? ¿O acaso la embistió por detrás, como le han hecho también a él? Con toda certeza, una de las respuestas es afirmativa. Por milésima vez intenta no pensarlo. Le molesta que, siendo un hombre disciplinado, esto sea lo único que le resulta muy difícil apartar de su mente.

—¿Estás bien? —le pregunta.

Umma lo mira con una expresión bastante brusca para mostrar su irritación. Abre la boca, pero las rápidas palabras que se hayan formado en su lengua no parecen dispuestas a salir. No dice que sí. Ni que no.

—No le gusta el ajo. —Es todo lo que dice.

Kaleb casi replica: «Por supuesto. Ya lo sabía». Casi, pero el tono de Umma... no estaba constatando un hecho, estaba haciendo una acusación. Él casi dice: «Me alegro. Te habría comprado, Umma». Pero los ojos de ella le impiden pronunciar las palabras. Le dicen que le considerará un insensato y se enfadará con él si las pronuncia. Le dicen que el hecho de que al senador no le guste el ajo tendrá consecuencias para ella. Significa que Kaleb sabe cómo la ha poseído Gelio. Ella le sostiene la mirada hasta que parece segura de que él la ha entendido. Luego se marcha de regreso a su trabajo.

Observándola, Kaleb piensa lo único que lo consuela: «Algún día Craso me liberará. Y yo te liberaré a ti».

Castus

—¿Crees que funcionará? —pregunta el hombre al lado de Castus.

Es un celta, un hombre nuevo en el *ludus*, llegado tan solo unas semanas antes de la fuga. Se ha tizado la cara con un carboncillo. Se supone que debe darle un aspecto más aterrador, y funciona, ha de admitir Castus. El celta ha logrado de alguna forma que el pelo se le quede tieso en la cabeza, lo cual le da la apariencia de ser más alto. Tal vez sea un luchador formidable o no, pero de momento desde luego lo parece.

Castus no contesta. ¿Por qué preguntar siquiera algo así? Lo que haya de ser, será. Está bien comentarlo después, pero no antes. Si luego no está vivo para dar su opinión, esa será la respuesta. Castus sigue concentrado en sus tareas: comprobar su equipo, calmar su mente, relajar su cuerpo, espantar los mosquitos que, por lo visto, solo lo atacan a él. Ha bebido su ración de vino, pero apenas siente sus efectos y desea haber bebido más. Hay muchas formas de entrar en batalla, pero sobrio no es una de ellas.

Gannicus se mueve entre los hombres, hablando germano con sus compatriotas y latín con los otros. Les dice que estén preparados, que marcharán en cualquier momento. En la mano lleva una jarra de la que va bebiendo. Se detiene ante Castus. Se ha recogido el largo pelo rubio en un moño en lo alto de la cabeza. Castus hará lo mismo, si vive lo suficiente para que el pelo le crezca lo bastante. Unas semanas atrás, Batiato le obligó a cortárselo para controlar una epidemia de piojos que Gannicus se las había apañado para evitar. Bajo la poblada barba que le señala como miembro de la realeza, una sonrisa le alza una comisura de los labios. Su rostro, los brazos y la espalda están picados de viruela, pero el celta no por ello se muestra menos jovial. Son pruebas de que ha vencido y de que la enfermedad perdió la batalla. En realidad, es demasiado alegre para ser germano.

Gannicus le da una palmada en el hombro y con la otra mano le pone la jarra en el pecho.

—Se te ve patético. El Padre de Todos se reiría de verte. Menos mal que sabe que tienes valor, ¿no?

No se equivoca y Castus lo sabe. Pero no es culpa suya. Siguiendo la sugerencia de Espartaco, han distribuido las armas y armaduras de la manera más equitativa posible entre todos los luchadores, sin tener en cuenta el clan ni la nacionalidad. Nadie tiene suficiente, pero todos tienen algo. Aquello se suponía que era por el bien mayor, pero Castus no está tan seguro. Su «algo» es una vieja espada corta del cargamento de armas de gladiador al que los condujo aquel romano. La hoja está gastada por años de afilarla, y el óxido la motea como las manchas de vejez en un viejo. Teme que se romperá si da con un hueso en mal ángulo. Tiene que envolver el

metal desnudo del mango con tiras de cuero de unas sandalias. No es un arma en la que confíe demasiado, pero es mejor que los palos afilados que llevan algunos.

Como armadura tiene una sola greba que lleva en el tobillo izquierdo y una anilla de hierro que se ha colocado en la cabeza sobre un cuadrado de lana. Eso es todo. Incluso si tuviera más, aquello podría ser todo lo que le permitieran llevar. Parte del plan del tracio requiere sigilo. Cualquier cosa que cruja o haga ruido o que pueda traicionar su presencia, debe quedarse en la montaña. A Castus le daría vergüenza su aspecto si el de otros no fuera aún peor. Muchos van desnudos o con un taparrabos. Espartaco ha dicho que los que esta noche vayan con menos serán los que ganen más. De ser cierto, pronto serán todos ricos.

Castus mira la jarra. Vino, aunque parece negro. Le gustaría que fuera hidromiel; esa es la bebida de un hombre. En su tierra dicen que el vino debilita a los hombres. Pero es lo que hay, y lo bebe.

—No te preocupes —le dice Gannicus—. Mañana tendremos nuevas armas por gentileza de los romanos. ¿Verdad? ¿Verdad? —Dirige estas preguntas a los hombres que los rodean. Y los hombres contestan, aunque no con el entusiasmo que a Gannicus le habría gustado.

Cuando va a marcharse, Castus lo detiene y se acerca a él.

—¿Enomao no ha cambiado de opinión? ¿De verdad no va a luchar?

—No lo sé. Con él no hay quien sepa nada. Ya le has oído. Piensa que esto es de cobardes.

—Solo porque ha sido idea de Espartaco. Si lo hubiera propuesto cualquier otro, estaría aquí entre nosotros. ¿Por qué lo odia tanto?

—Por las mismas razones que tú lo amas, imagino.

Castus no hace caso.

—Ojalá se hubiera reunido un consejo de matronas.

Gannicus se encoge de hombros.

—No tenemos suficientes ancianas para un consejo. No es lo mismo que en casa, hermano. A mí también me gustaría que las matronas hicieran sus adivinaciones y bendijeran esta acción. Pero no estamos en casa con nuestro pueblo. De manera que esta noche confiamos en Espartaco. —Recuerda entonces su jarra y tiende la mano hacia ella—. No lo pienses más. Lo que importa ahora es el ejército que vamos a destruir. El ejército que viste tú el primero. Tu ejército. —Y se aleja hablando en voz alta, recordándoles que recen y nombrando a los dioses que no deben ser olvidados.

«Mi ejército», piensa Castus. No le gusta eso, preferiría que Gannicus no lo hubiera dicho. Le confiere demasiada importancia. Y demasiada responsabilidad.

Tres días antes él y sus camaradas germanos subieron por una húmeda quebrada plagada de enredaderas. Treparon por rocas cubiertas de resbaladizo musgo, agarrándose a las lianas, salpicando en el arroyo por el que avanzaban. Jadeando, con los pies mojados y las uñas llenas de tierra, Castus casi se sentía de nuevo en casa. Pero no estaba en casa, cazando como cuando era niño. Estaba allí, en Italia. Aquella

era su maldición desde hacía unos años. Y pensaba que así sería hasta el fin de sus días. Ahora empezaba a creer otra cosa. La vida no era todo pasado, comenzaba a pensar, también había un futuro. Y si lo que la sacerdotisa decía de Espartaco era cierto, podía ser un futuro más grandioso que cualquier cosa que hubiera imaginado.

Enomao los dirigía, una partida de veinte hombres escogidos por él mismo. Siempre iba delante, incluso cuando los guiaba el explorador que había localizado la granja que pensaban asaltar. Tenía un modo de andar impaciente; el joven tenía que esforzarse por mantener su paso, trotando a su lado, señalando y haciendo gestos para indicar el camino. A Castus le daba pena el muchacho. Ponía empeño, aunque Enomao no le concedía ningún mérito por ello.

Enomao es el jefe, ahora que le han jurado lealtad. Es el único de ellos que era un *gaesatae* antes de ser esclavizado, uno de aquellos elegidos pertenecientes a la secta de guerreros mercenarios. No había duda de que entre los germanos era el más sobresaliente físicamente. Era una mole que destacaba entre otros hombres altos. Espartaco era alto y de hombros anchos, sus orgullosos músculos colocados allí donde un escultor los habría dispuesto. Kastor era grande pero flaco. Crixo era más bajo, pura tensión, con una nariz afilada. Pero la mole de Enomao era como la del oso en que juraba que se podía convertir a su antojo: pesado, chepudo y fornido. Nadie lo elegiría como modelo para una estatua, pero tampoco él posaría el tiempo suficiente para convertirse en una. Jamás se detenía. Se bamboleaba sobre los pies, se mecía y movía la cabeza sin pausa, como si estuviera siempre captando olores en el aire. Su voz también era como la de un oso, un gruñido que jamás parecía contento.

Los gladiadores y fugitivos tardaron días en decidir una estructura de mando. Votaron una y otra vez. Al final salió la inevitable tríada que debería haber sido obvia desde el principio. No un comandante en jefe, sino tres. Los tracios, que habían comenzado todo y tenían a la mujer que hablaba con los dioses y a su héroe elegido; los alóbroges, que eran los más numerosos; y los germanos, que eran casi tantos como ellos puesto que combinaban miembros de más de una tribu germánica. Todos tendrían el mando sobre sus propios hombres, pero debían compartir las decisiones que afectaban a todos. A Enomao podría haberle complacido tener una posición igualada a la de Espartaco y Crixo. Otros que lo deseaban tanto o más no la habían obtenido. Pero ser uno de tres no le complacía. Dirigía a sus hombres cuando se marcharon del consejo de la mañana sin una palabra, y estaba allí para llevar a cabo sus propios asaltos, algo a lo que Enomao pensaba que tenían derecho.

Cuando coronaron la cima de la colina, Enomao los detuvo, ordenándoles que bebieran si tenían necesidad. Por lo visto, él no la tenía. Mientras los otros cogían sus odres de agua, él plantó el pie en una piedra para inspeccionar el panorama. Los contornos de la tierra se extendían como una manta que cubriera cuerpos dormidos, ondulándose hasta fundirse en el gris de la distancia. Más cerca, un entramado de campos de cultivo y bosquecillos, y un río de serenos meandros. Y en una ladera, flores de un rojo radiante. Castus también lo contempló, pensando que aquella tierra,

cruel como sus amos, poseía también belleza.

Enomao, acariciándose su rebelde bigote dorado, dijo:

—Aceptaremos esto por ahora. No para siempre, pero por ahora. Ya sé lo que pasaría si nos marcháramos. Los romanos, siendo unos cobardes, dejarían a Espartaco y los otros para seguimos. Llamarían a todos los aliados por cuyas tierras tuviéramos que pasar y todos se alzarían en nuestra contra.

—Yo no temo a ninguno de ellos —terció Erlich, un joven estúpido que ansiaba ganarse la estima de Enomao.

—Pues deberías —replicó Gannicus—. Pero si fuéramos rápidos...

—La rapidez está muy bien —reconoció Enomao—, pero somos pocos. Muy pocos para enfrentarnos solos a los ejércitos romanos. Y ya hemos perdido la ventaja de la sorpresa. Os digo que la única manera de que podamos volver a casa es primero hacernos más fuertes. Hay germanos por todo el país. Cuando seamos bastante fuertes será cuando nos separemos para ir por nuestro camino. Eso es lo que yo digo y así se hará. —Zanjó el asunto con un gruñido y pasó a otra cosa—. Estaba borracho.

Se refería, por supuesto, a Espartaco. Últimamente el protagonista de la mayoría de los pensamientos de Enomao era Espartaco. Y lo mismo podía decirse de Castus, aunque por distintas razones.

Gannicus se apartó el odre de la boca.

—Todos estábamos borrachos. Muy pocas bocas y mucho vino. Hicimos una competición por ver quién bebía más. Y Espartaco ni siquiera ganó. —Se enjugó el agua de la comisura de la boca y miró con ironía a los demás—. Diría que gané yo. Esa serpiente habría venido a mí, lo que pasa es que el aliento me apestaba a vino. Y a vómito de vino, jo.

Los otros se echaron a reír. Gannicus era tan egocéntrico como Enomao a su manera, y su manera era el humor y ser el centro de sus propias bromas. Era buena compañía. No tan brutal como Enomao, pero un buen luchador también. De haberse ofrecido para liderar a los germanos, Castus le habría apoyado.

Enomao no dio señales de verle la gracia a aquello. Las arrugas de su frente se hicieron cordilleras.

—¿Tú lo viste tambalearse, mientras las mujeres tiraban de él de un lado a otro entre chillidos? ¿A qué líder lo han llevado así? —Planteó las preguntas, pero no aguardó a las respuestas—. A ninguno, porque Espartaco no es ningún héroe. Un hombre se convierte en héroe después de sus hazañas, cuando pueden ser contadas y atestiguadas. Pero ¿qué ha hecho Espartaco para que tantas lenguas parloteen sobre señales de los dioses?

Y añadió que no había hecho nada que no hubieran hecho también todos ellos. Todos se rebelaron en el *ludus*. Todos mataron si tuvieron ocasión. Todos caminaron cada paso del camino hasta aquí desde Capua.

Castus se mordió la lengua. Con Enomao era difícil saber qué le ofendería. Estar

de acuerdo con él o disentir, ambas opciones podían encender su ira. En este caso, no obstante, no estaba de acuerdo con él, de manera que guardó silencio. Todo el mundo nacía con el destino marcado. Así pues, ¿por qué no iba a ser héroe un héroe incluso antes de realizar las hazañas que lo harían grande? ¿Acaso había olvidado Enomao que fue Astera la que de alguna manera abrió el *ludus* con el poder de su diosa, y que había dejado claro que Espartaco era el elegido de esa diosa? ¿Por qué se iba a enroscar una serpiente en su cara como una amante, besándolo con la lengua? Le gustaría haberlo visto él mismo. Aunque en realidad daba igual. Se lo imaginaba con tal viveza que era casi como si hubiera estado allí.

Cuando lo pensaba le daban ganas de estar con los tracios. Amaba a su propio pueblo, pero parecía que a los tracios verdaderamente los impulsaba la mano de su diosa. ¿Cómo si no iban a saber de la cuenca en la cima de la montaña llamada Vesubio? Aquella no era la tierra de Espartaco, y sin embargo parecía conocerla como si lo fuera. Informó al consejo de una extensión plana escondida en las alturas, una cuenca salpicada de altos pinos, abundante en bayas y como una reserva para ciervos y cabras, ardillas y conejos. Con un lago de agua más azul que el cielo que se reflejaba en ella. Un lugar perfecto cuya existencia, por alguna razón, los italianos de por allí parecían ignorar.

Desde que trasladaron allí el campamento, habían realizado incursiones por las laderas de la montaña casi a diario. Era como un banquete del que servirse a su antojo: viñedos, huertos, pastos, granjas... Ellos se encontraban allá arriba y bajaban como y cuando querían. Enomao no podía decir que no estuvieran comiendo bien. Extendían la nueva entre los esclavos a los que dejaban ilesos, conminándoles a subir a la cima de la montaña. Era un punto de referencia visible en kilómetros a la redonda. Muchos habían acudido ya, y todos los días llegaban más. ¿Y no era todo eso obra de Espartaco? Para Castus no cabía duda de ello.

Una tarde estuvo observando a Espartaco, que entrenaba sobre una alta peña, con solo el cielo tras él. Blandía un arma tallada de un arbolito joven. Era una cosa muy larga a la que Castus no le veía sentido. Era demasiado larga para ser una espada, aunque tenía su forma. Tampoco era una vara, pero casi. Fuera lo que fuese aquella arma, Espartaco la blandía y la giraba a una velocidad de vértigo, sesgando amplios arcos, a veces embistiendo con ella o golpeando. Era una especie de danza. Castus no era capaz de apartar la vista, a pesar de temer que Espartaco mirara hacia abajo y lo sorprendiera espiándole.

Eran los celos, pensaba Castus, lo que impedía que Enomao viera lo que tantos otros veían. Aquello le preocupaba. Estuvo a punto de señalar que si Espartaco iba a ser el instrumento de la destrucción de Roma, era una bendición para todos. Pero eso ya lo había dicho una vez y la cosa no fue nada bien.

—¿Qué viene primero —preguntó Enomao—, la serpiente o la mano que la sostiene?

Gannicus, que estaba fuera de la vista de Enomao, puso los ojos en blanco.

—Esa es una cuestión que dirimirá el tiempo, amigo mío. ¿Puedo entretenerme en contestarla? Pensaba que teníamos una granja que asaltar.

—Astera y su diosa... ¿Por qué nos pide a todos que nos inclinemos ante una deidad femenina? Lo que necesitamos es un dios de la guerra. Es Wodanaz y...

—Hermano —lo interrumpió Castus. Pronunció esa palabra, pero le costó encontrar las siguientes cuando Enomao clavó la mirada en él—. Es... es... quiero decir que no conocemos el poder de su diosa. —Miró de rostro en rostro, buscando apoyo, sin saber muy bien si lo encontraba o no—. No hablemos mal de ella, ni de su sacerdotisa.

Por un momento los demás respondieron con el silencio. Las miradas se dirigían a Enomao. El hombretón masticó una respuesta como si hubiera mordido algo podrido y estuviera a punto de escupirlo. Pero Castus decía lo correcto, y todos lo sabían. Nunca se sabía qué podía encolerizar a los dioses. ¿Por qué pronunciar palabras que podían volver su ira contra ti? Era un razonamiento básico. Y él no había dicho nada más. Tenía otra idea también. Algo que había estado pensando pero de lo que nunca había hablado.

—Yo creo que su diosa —Castus se cuidó de no decir su nombre— es la misma que nuestra Nerthus. Las dos hablan a través de sacerdotisas. A las dos les importa el destino de los hombres e intervienen por nosotros. Creo que tenemos distintos nombres para el mismo ser. Es la misma diosa con otro rostro, tal vez. Si es así, insultarla a ella sería insultar también a Nerthus. ¿No te parece?

No era el más elocuente de los argumentos, pero vio que por lo menos algunos lo entendían. A lo mejor también se les había ocurrido la misma idea, sobre todo si sus fortunas habían mejorado con los tracios y los celtas. Era como si la diosa que adoraban los tracios estuviera dispuesta a bendecirlos a todos. ¿Por qué iba a hacerlo?

Enomao no suavizó la expresión, pero tampoco dijo lo que había estado a punto de decir.

—Basta de charla. Vámonos. Enséñanos esa granja, muchacho.

Se encontraba en una hondonada en el extremo de un largo valle. Desde la línea de la cresta, después de haberse abierto paso entre la maraña de matorrales que crecían bajo los altos pinos, apenas la veían. Pero el niño les contó lo que no podían ver. Era una granja con varios almacenes y estancias de esclavos. Juraba que algunos esclavos habían pedido que los gladiadores acudieran. Esos esclavos no lucharían contra ellos, sino que les darían la bienvenida. Cuando su amo estuviera muerto, les mostrarían dónde almacenaba sus tesoros. Allí había más cosas escondidas, sostenían, que las visibles.

—No parece que sea una granja adinerada —observó Enomao—. Nos dijiste que era rica y por eso vinimos. Pero esos campos son de un pobre desgraciado.

El niño, que había sido pastor antes de unirse a ellos, respondió de prisa. Tenía en la cara una mancha color vino. Una lástima, porque era un chico guapo. Explicó que a su amo le gustaba aparentar ser un sencillo granjero, de lo que se enorgullecía, y

mantenía el lugar en un estado humilde. Pero en realidad era rico y vivía en Neopolis. Había acudido allí para recibir a unos amigos.

—¿Y están ahí ahora? —quiso saber Gannicus.

—Estaban, pero se marcharon cuando se extendió el rumor del alzamiento. Solo se han quedado el amo y algunos miembros de su familia. Es un hombre orgulloso y no tiene miedo.

—¿Orgulloso? —se burló Gannicus—. Los hombres mueren de eso.

Enomao se había fijado en otra palabra.

—¿El alzamiento?

Castus sabía que esa palabra lo irritaba. Era demasiado grandiosa, pensaba Enomao. A Espartaco y Gaidres les gustaba hablar de un alzamiento a gran escala, algo que haría que todos los esclavos de Italia se alzaran con ellos. Pero Enomao lo consideraba solo el principio de una fuga, una forma de volver a casa. Si dependiera de él, ya estaría corriendo hacia allí. Pero había perdido aquellos primeros momentos, impulsados como estaban por los objetivos de los tracios. Ahora no era tan fácil marcharse.

El niño no pareció advertir el peligro en su tono de voz.

—Sí, se está extendiendo el rumor —repitió con entusiasmo—. Los hombres huyeron a todo correr. Temblando de miedo.

—De manera que no habrá gran cosa ahí abajo.

—Que sí —insistió—. Huyeron, pero hay almacenes llenos de cosas. Cosas valiosas que el amo quiere proteger. Yo no las he visto, pero los esclavos dicen que os gustarán.

—Insensato —espetó Enomao—. Debería haber huido con sus amigos y dejarnos saquear a nuestro antojo. Pero ahora... —Ahí lo dejó, sin decir lo que iba a pasar. No hacía falta. Dio unas órdenes. Él bajaría a través de los bosques y se quedaría en el límite. Gannicus daría un rodeo, siempre escondido entre los árboles, para apostarse al otro extremo de la propiedad, lo más cerca posible sin que lo vieran—. Esperad a mi señal. Cuando oigáis mi bramido, atacad.

Castus no estaría con la principal fuerza de ataque. Enomao le ordenó avanzar por los bosques sobre la cresta hasta unas rocas que sobresalían. Desde allí vigilaría. Tendría una mejor vista sobre el valle y la carretera principal por la que podría llegar ayuda a la granja. Si veía venir a alguien, daría la alarma. Castus sabía que esa misión era un insulto, pero no se dio por ofendido.

Fue avanzando entre los árboles hasta las rocas, y allí se sentó, dejando vagar la vista hacia las colinas que bloqueaban el lejano horizonte. Aquí y allá se alzaban columnas de humo, señalando la localización de otras granjas. Había un pueblo detrás de las distantes colinas, pero no lo suficientemente cerca para suponer un peligro. Un carro atravesó el valle de un extremo a otro y luego viró hacia el pueblo. Más cerca, cuanto más miraba más distinguía a los hombres que trabajaban los campos. Figuras diminutas, seguramente esclavos. Lo sabía por más que no pudiera ver sus marcas ni

sus cadenas. La vista era la adecuada para sus propósitos. Nadie acudiría a ayudar a los de la granja. No esos esclavos, ni la gente de aquel pueblo lejano. Si los propietarios de la villa habían rezado a algún dios para que los protegiera, ese dios no debió de escucharlos. Ocurría muy a menudo, pensó Castus.

Abajo en el valle, donde la carretera se curvaba y desaparecía de la vista, percibió movimientos. Pero estaba demasiado lejos para saber qué era, y Castus tenía otras cosas en que pensar. Se preguntó si Espartaco amaba a Drenis, si yacían juntos como hubiera yacido él con cualquiera de los dos. Eran diferentes, pero ambos hermosos a su manera. Se preguntó si los tracios, siendo de tierras cercanas a Grecia, mirarían con buenos ojos el amor entre dos hombres. Había intentado captar señales de ello, pero no estaba seguro.

Y no era solo eso. Las cosas que Espartaco y Gaidres decían le producían una extraña excitación. Hablaban con lógica. Cuando hablaban, todo cobraba sentido. No estaban solos allí en Italia. Había un millón como ellos, y ninguno contento con su suerte. ¿Por qué no iban a unirse, romper sus cadenas y hacer estragos entre quienes los habían esclavizado? Los celtas habían saqueado la mismísima Roma. En aquel entonces tuvieron que marchar todo el camino desde las montañas. Ahora estaban ya allí. Si permanecían unidos como un puño en lugar de salir disparados en distintas direcciones, tendrían la fuerza para desafiar a Roma. Cuando Espartaco decía esas cosas, Castus no podía evitar creerlas.

Enomao bramó. Algo en aquel sonido le provocó un escalofrío de euforia, y esa sensación le hizo volver la atención a la carretera y al atisbo de movimientos que había visto antes. Y de pronto, con terrible certeza, supo lo que estaban viendo sus ojos.

Un ejército. Eso era lo que estaba entrando en el valle. Por eso ahora Castus está levantado en plena noche. Aguarda mientras algunos comienzan el descenso, que es su primer aunque no el único obstáculo. No ve la caída desde donde está, detrás de otros y todavía entre los árboles, pero sabe cómo es. La ha visto a la luz del día. La tierra cae como un acantilado, entre losas de piedras agrietadas y con fisuras. Raíces y enredaderas cubren la roca como un retorcido encaje viviente. Muy abajo, la pared del barranco se hunde en un amasijo de rocas, más allá de las cuales comienza el bosque. Es una altura tremenda. Y todo son ángulos mareantes. Se alegra de no poder verlo ahora con claridad.

—¡Venga! —Un hombre le hace una señal impaciente.

Castus avanza deprisa, avergonzado por el hueco que ha dejado delante de él. El hombre es un alóbroge, uno de los de Crixo. Son ellos los que escalaron los acantilados la noche anterior, escogiendo la ruta y anclando las ramas que necesitarían. Dos de ellos, oyó decir, habían muerto al caer. Otro cayó pero no se mató. Se quedó tirado en un espolón de roca, gritando su tormento hasta que uno de sus compatriotas bajó y acabó con sus sufrimientos.

—No empuñéis la espada —dice el celta—. Vais a necesitar las dos manos.

Castus no lo había pensado. No sabe qué hacer hasta que el otro le arrebató la espada y la mete sin miramientos en el pliegue de la cintura de su taparrabos.

—Una mano debajo de la otra, así. —Se lo demuestra. Le agarra la mano y se la cierra en torno al áspero trenzado de ramas—. Échate hacia atrás y apoya los pies contra la piedra. Los pies planos, ¿entiendes? Muy bien, adelante. —Es toda la instrucción que va a recibir. El celta ya está llamando al siguiente, otro que igual que Castus ha dejado que se forme un hueco.

Al pasar sobre el borde, Castus pide la ayuda de Wodanaz, el dios de los favores, porque es el que otorga fuerza para lidiar con los enemigos. El descenso es su primer enemigo. «Ayúdame a derrotarlo en tu nombre, Wodanaz», piensa. Intenta mantener los pies planos sobre la roca, pero no se siente seguro. Intenta agarrarse a la piedra con una mano, los pies resbalan y de pronto se encuentra colgando, pataleando en busca de apoyo, la liana rasgándole la mano. El celta asoma la cabeza por el borde y grita susurrando:

—¡Te he dicho que los pies planos sobre la piedra! Muy despacio. ¡Deja de patear, insensato!

Castus consigue volver a pegar los pies a la roca y las dos manos en la liana. Una mano debajo de la otra, un pie detrás del otro, va descendiendo. No mira abajo, solo la pared de piedra que tiene delante. No quiere mirar abajo porque está muy lejos y porque anhela estar allí. ¿Quién iba a decir que tener los pies sobre la tierra era tal bendición?

Pero es un miedo diferente que le impulsa a apresurarse. La espada apenas se sostiene en el taparrabos, oscila en el aire y él piensa que se despeñará. Se la imagina cayendo y rebotando en las piedras en la oscuridad. Se mueve más rápido, deseando llegar a un lugar seguro para poder asegurarla mejor. Una mano debajo de la otra, un pie detrás del otro, hasta que aterriza violentamente.

—¡Cuidado, idiota, te vas a romper el coxis! —Otro celta lo ayuda a levantarse y le indica que debe recorrer una estrecha e inclinada cornisa de roca.

Cuando llega al siguiente punto seguro, vuelven a hacer cola, esperando, mientras los hombres, de uno en uno, comienzan el siguiente descenso. Cuando intenta asegurarse mejor la espada, alza la vista, queriendo ver la alta pared de roca por la que ha descendido. Pero no se ve nada, solo una cornisa de piedra y el cielo más arriba. La luna ha despejado las nubes y ahora se ven mejor los contornos de la cornisa y la pendiente que cae bajo él. Las grandes peñas del fondo parecen elefantes. Le parece que se mueven.

Y más allá, solo parcialmente a la vista alrededor de la curva de la pared de piedra, se atisba el campamento romano. Allí están, esperando, aunque ellos no saben qué esperan. Castus no puede evitar la sensación de que ha creado el ejército que los aguarda en la ladera de la montaña. Los suyos fueron los primeros ojos en verlo. Los contempló avanzar por el valle y hacerse cada vez más reales, al tiempo que oía los ruidos del ataque de los gladiadores a la granja. Es el mismo ejército al que van a

enfrentarse esta noche. Su ejército. Se pregunta si habría algún otro vigía, si lo habrían visto, o si solo él estaba destinado a imaginarlo. Ideas tontas. Ideas que se muerden su propia cola y no por ello crecen. Piensa que ese ejército no llegó a la existencia en el momento en que él lo vio. Que marchó hasta allí desde Roma. Cada uno de sus soldados caminó cada kilómetro, todos ellos decididos a acabar con el alzamiento. El romano que está al mando en ese campamento no pensará que es un producto de la mente de Castus. Y Castus tampoco debería pensarlo.

—¡Tú! —Otro celta—. ¡Abajo!

Por fin pisa tierra firme. Eso es bueno. No todo el mundo ha tenido esa fortuna. Alza la vista y ve las figuras negras que pululan por la piedra como hormigas. Da gracias a Wodanaz por la ayuda que, sin duda, le ha prestado. Ahora que ya ha dejado el descenso a sus espaldas, pasa a pedirle al dios que esté con él cuando se encuentre cara a cara con un romano. Tiene tiempo para pensar en esto, puesto que muchos todavía no han bajado y la espera se hace interminable, sobre todo porque Castus no está muy seguro de cuál es la naturaleza de su misión. ¿Aprobarán los dioses lo que ha planeado Espartaco? No lo sabe. Tampoco puede refutar la lógica del tracio. La fuerza romana no es una legión entera, pero son soldados bien armados. No gladiadores, pero sí una fuerza que los supera. Castus está seguro de que ningún romano llevará solamente una greba y una patética banda de hierro en torno a la cabeza. No tendrán espadas tan viejas que podrían partirse al usarlas, ni es probable que alguno vaya desnudo. Tampoco llevarán palos con la punta requemada. Y numéricamente son más, varios cientos más, y deben de estar entrenados para luchar como una unidad. Los gladiadores, por muchas que sean sus habilidades individuales, no han recibido ese entrenamiento.

Teniendo en cuenta todo eso, no puede refutar lo que ha argumentado Espartaco. Si se enfrentan a ellos a la luz del día, en campo abierto, perderán. Puede que maten y obtengan gloria y tal vez se distingan cuando entren en la otra vida, pero su tiempo en este mundo habrá acabado. Y su venganza contra Roma no habrá sido más que un arañazo, no la estocada en el vientre que los romanos merecen. A Enomao no le convenció la lógica del tracio, pero a muchos sí. De manera que ahí están al pie de la pared de un acantilado, esperando a los que todavía están bajando.

Cuando aparece Espartaco, lo hace entre los germanos con los que Castus está apiñado. Habla en latín:

—Hermanos, venid a mí.

Todos se mueven. Castus busca con la mirada a Enomao, pero no está por ninguna parte. Si estuviera cerca, cree, lo sentiría, oiría sus gruñidos. Puesto que no está, se mueve imitando a los otros. Una vez que tiene a muchos alrededor, Espartaco les dice que no podían pedir mejor situación. Les pide sitio para dibujar en el suelo la forma del campamento romano. Castus apenas ve las líneas, pero sigue los movimientos de su brazo.

—Los he observado antes, de manera que puedo deciros a qué vais a enfrentaros.

Un campamento apresurado, no muy bueno. Lo que encontraréis primero es una zanja. Y al otro lado de la zanja, un montículo de tierra que utilizan como muralla. No es muy alto, pero hay estacas, amigos, como colmillos de un perro sarnoso. Sobresalen en ángulos con el propósito de empalaros, sin importar en qué dirección os mováis. Tened cuidado con ellas. Es mejor que no corráis hacia ellas. Id tan despacio como haga falta para abriros paso. Será enervante, pero es mejor que las vayáis sorteando y no que os destripen. Si pasa eso, bloquearéis el camino al hombre que va detrás. Y no querréis que pase eso.

Aunque Castus no le ve la cara, el tono ligero de su voz transmite la sonrisa con que Espartaco ha dicho esto último.

—Tampoco bajéis corriendo a la zanja. En la base hay estacas bajas. Con solo pisar una de ellas os destrozaríais el pie. No, id con cuidado, tened calma. La defensa del campamento es más efectiva contra hombres que atacan con ira. Mantened la calma y le arrebataréis su poder. Más allá de la zanja, el terraplén y las estacas — chasquea la lengua—, y el campamento. Los hombres a los que mataremos. El acopio de armas y suministros que tomaremos. Estas horas venideras verán aumentar nuestras fortunas. Creedme y será cierto. Y si tenéis razones para dudar de mí, confiad entonces en vuestros propios dioses. Invocadlos para que dirijan hacia aquí sus ojos y vean lo que vamos a hacer. Yo rezo a Cotito y Zalmoxis, pero todos vuestros dioses son bienvenidos. Habladles en las lenguas que aman. No os ignorarán.

Castus, sin que nadie lo vea en la oscuridad, hace un gesto con los dedos. Tiende la mano y atrapa las palabras de Espartaco. Las guarda en su palma, las aprieta contra su muslo y las convierte en un talismán. Hace un juramento: si vencen, si todo va como Espartaco dice, romperá con Enomao y jurará lealtad al tracio. Piensa el nombre de la diosa que todavía no ha pronunciado en voz alta. «Cotito —ruega mentalmente—, si tienes oídos para mí, escúchame. Si deseas que luche en tu nombre, dame una señal».

El grupo de Castus tiene que atacar desde la pendiente del lado descendente del campamento. No se dio cuenta de cuándo empezó, pero advierte que el día está tiñendo el mundo de gris, lo justo para poder ver las dimensiones del campamento. El terraplén. «No es tan alto —piensa—, pero tiene dientes». Se acerca despacio, acordándose de las advertencias de Espartaco.

Si la espera fue horrible, este lento y sigiloso avance es peor. Ninguna señal de ataque, solo ponerse en posición, respirar hondo y avanzar a rastras. Lleva su frágil espada en la mano, envuelta con un trozo rasgado de túnica, y la agarra por la hoja para evitar que chasquee o arañe el suelo. Se pregunta si Cotito será el nombre tracio de Nerthus. Reza por que lo sea, y en su mente pronuncia los dos nombres. E incluso más: los forma en los labios y los susurra. Espera que si la diosa le oye se dé cuenta de que él entiende.

No están lo suficientemente cerca cuando todo comienza. Un centinela romano

grita. Otro responde preguntándole qué pasa. El primero toca el cuerno. El hombre junto a Castus se pone en pie y se lanza hacia el campamento. Castus lo sigue. Tira el trozo de tela y agarra el mango de la espada. El suelo es irregular. El hombre que tiene delante tropieza y cae. Rueda entre aullidos, su propia vara afilada saliéndole por el hombro.

Castus casi se agacha para ayudarlo, pero los demás siguen corriendo y gritando.

—¡Muévete, hijo de perra! —brama de pronto Enomao. Lo aparta de un empujón corriendo a toda velocidad. Su espalda y sus gordas nalgas desnudas tiemblan, blandas sobre el grueso músculo que hay debajo.

Pues claro que está allí. Enomao no iba a dejarle la gloria a Espartaco, no sin llevarse su parte. Castus casi le grita que vaya despacio, como ha indicado Espartaco. Pero Enomao le odiaría por ello. Desaparece entre las primeras filas y lo pierde de vista.

Para cuando llega a la zanja, las jabalinas perforan el suelo a su alrededor. Una atraviesa la cabeza de un hombre y le sale por la coronilla. El cuerpo se agita y cae. Castus quiere correr, salvar la zanja de un brinco, pasar a toda velocidad las estacas y lanzarse contra los romanos tras ellas. Sin duda es lo que ha hecho Enomao. Pero Espartaco les dijo que pasaran despacio. «Tened cuidado con los pies y mantened la calma», dijo.

Con esto en mente y esforzándose por ir despacio, Castus pasa sobre las estacas del fondo de la zanja. Coloca los pies con cuidado cuando trepa por la pendiente. Allí ve a los romanos. Sabe que cualquiera de ellos podría ensartarlo como a un pez. Cuando llega al laberinto de afiladas estacas de arriba, no se precipita entre ellas, por más que lo desee.

Una jabalina le hiende la piel del costado tan rápido que no le duele. Se retuerce abriéndose paso entre las estacas, la áspera madera le araña el vientre y la espalda. Ve al romano que lanzó la jabalina. Quiere matarlo. Oye gritos y ruidos de pelea. Su enemigo sopesa otra jabalina y enseña los dientes, llama a Castus saco de mierda y promete que va a morir. Lanza. Castus se agacha. La punta de la jabalina rebota en la anilla de hierro en torno a su frente, haciéndolo trastabillar y caer entre las estacas. Se queda en el suelo y se arrastra con desesperación. Y de pronto, está al otro lado.

El romano lo está esperando. Le ataca al rostro mientras él se levanta. Castus ladea la cabeza y una hoja le corta la mejilla y parte de la oreja. En el segundo en que el romano se dispone a cortarle la cara, Castus le hunde la espada en el vientre. Nota algo raro en la estocada y piensa que ha perdido el agarre del arma. Pero cuando la saca y vuelve a clavarla una y otra vez, tiene bien cogido el mango. Es solo que la primera estocada rompió la hoja dentro del romano. Ahora solo le queda un corto muñón. El peso del soldado cae sobre él. Castus se aparta, arrebatándole la espada. Ya está mejor armado. Corre al campamento, bajando por los senderos entre las tiendas, buscando hombres a los que matar. Los encuentra con facilidad.

Cuando todo ha terminado y él jadea de cansancio, solo puede pensar una cosa.

Todo ha sido como dijo Espartaco. Los romanos han muerto, una carnicería, muchos abatidos antes de estar despiertos del todo, antes de salir de sus tiendas. Ahora los gladiadores cuentan con las armas de una pequeña legión. Así de fácil. El trabajo de unas pocas horas. Pero ¿qué significa eso para su juramento? ¿Debe abandonar a su jefe y jurar lealtad al tracio? Eso fue lo que juró, pero luego Enomao se unió al ataque. Así pues... ¿pertenece ahora al tracio o sigue con su jefe?

Todavía lo está pensando cuando Gannicus y Filón lo encuentran. Filón está tan salpicado de sangre como todos, aunque la sangre no es suya. El médico deja caer la bolsa de instrumentos de tortura que él llama instrumentos médicos. Coge a Castus por los brazos, le da unas palmadas en las piernas y le hace dar la vuelta para buscar heridas en su espalda. En cuanto ve que sus heridas son leves, agarra su bolsa y se va a examinar a otros.

Gannicus está ileso y lleva el peto y la espada de un oficial romano. Está encantado.

—Vaya —comenta, cogiendo a Castus por el mentón para girarle la cabeza hacia un lado—. Has perdido un trozo de oreja. Eso es bueno, creo. Tienes orejas muy grandes. ¿Quieres que te recorte la otra para que se queden igual?

Castus se aparta bruscamente. No está de humor para bromas.

—No te quedes ahí pasmado —le dice Gannicus—. Búscate un casco, un peto y grebas.

Castus va a despojar a un cadáver cercano.

Gannicus le detiene. Ladea la cabeza, señalando algo.

—Mírala.

Se refiere a Astera, que camina por aquella carnicería como si paseara por un campo de flores, con sus mujeres a su estela. Lleva la cabeza de un romano sujeta por el pelo, y en la otra mano una espada que parece demasiado larga para ella, manchada de sangre. Una de las mujeres danza eufórica sobre los cadáveres romanos por los que pasa.

—Juró que tendría la cabeza de Glabro —comenta Gannicus—. Y creo que la tiene. A lo mejor deberíamos aprendernos el nombre de su diosa.

Castus guarda silencio, hasta que por fin habla.

—Cotito —dice—. Ese es su nombre: Cotito.

Vectia

Tal vez Vectia reconozca las señales de la divinidad cuando las oye.

Tal vez jamás haya olvidado a la mujer boya que años antes le dijo que, si le era posible, debería volver a su país natal a morir. De hacerlo así, los dioses la reconocerían y se apiadarían de ella. Y que en el otro mundo su vida ya no padecería las penalidades sufridas en este.

Tal vez ha estado esperando oír las noticias de alguna parte, y al oírlas de Capua supo que debía responder a su llamada.

Tal vez fue aquel sueño lo que la impulsó. Un grupo de conejos que corren libres, saltando y saltando, hasta que un lobo les sale al paso. El lobo no se come a los conejos, solo los mata, los hace trizas y sigue veloz su camino, imparable. En el sueño ella quería subir a lomos de la bestia y montarla. No lo hizo, aunque decidió que aquello sería una tarea para las horas de vigilia. Quizá fue eso lo que impulsó a sus pies para que caminaran de Ferentinum por la Via Latina y viraran hacia el sur.

O tal vez solo es una anciana sin otra cosa que hacer, una esclava cuya utilidad es cosa del pasado. Su primer amo fue un mercader que trabajaba una ruta desde Rhegium, en el sur, hasta Pisa, la ciudad toscana de su nacimiento. La había arrastrado arriba y abajo por toda Italia desde que era una niña. Pocos viajaban tan lejos, pero aquel hombre vivía para ello, habiendo descubierto que sus mercancías tenían mayor valor según las distancias cubiertas. Ella no lloró su muerte exactamente, pero encontró a su hijo demasiado sedentario en comparación. Más tarde la abandonó una tercera generación. Ella jamás parió hijos, aunque su sangre llegaba cada mes y aunque, a lo largo de los años, tuvo a menudo a su amo dentro. Ella no tenía decisión en esto, pero lo cierto es que no le había desagradado yacer con él. A veces, si conseguía que se colocara de cierta manera, incluso obtenía placer, aunque él nunca lo supo. Pero lo que no le dio fue un hijo. El nieto de su amo —ella jamás pudo ver al niño como su amo— la despidió con maldiciones diciendo que no valía el coste de darle de comer. Y ahora solo cuenta consigo misma, libre para hacer lo que le plazca. Teniendo todo esto en cuenta, ¿por qué no unirse a la insurrección?

Además, entre los gladiadores hay celtas. Hombres libres que tal vez la acepten, que podrían llevarla a casa.

Vectia nunca atribuye nada a una sola razón. Todas estas cosas son ciertas, pero solo son parte de la historia. Las verdades se solapan, las verdades se contradicen. Ha descubierto que es mejor guardarlas todas en una misma cesta, reconocidas pero sin clasificar.

Se marcha de Ferentinum. Lleva una garrafa de aceite robada, un saco de lentejas y harina atado a la espalda. Parte temprano, sabiendo que los golfillos callejeros del

pueblo serán culpados del robo y probablemente castigados. ¿Y qué? Todavía tienen toda la vida por delante y ninguno le ha hecho ningún favor. Nadie la detiene. De pelo gris y huesos flacos, nervuda, no tiene ningún valor. Durante los últimos diez años por fin no la ha molestado ningún hombre, no la ha amenazado ninguna mujer, no ha despertado el interés de ningún niño. Ni siquiera tiene que presentar documentos en los puestos de control romanos. No la ven, aunque la tienen delante de los ojos. Es invisible.

Fuera ya de Frosinone, duerme en la ruina de un cobertizo, cuya derruida pared trasera enmarca una maravillosa vista del ondulado paisaje. Llueve y ella se moja, pero no importa. Hay bayas silvestres y agua fresca y limpia, y caracoles que saca de su concha con un gancho para comérselos todavía vivos. Un gato busca refugio en el cobertizo; se detiene en la abertura donde otrora hubo una puerta, sorprendido y temeroso al ver a Vectia allí. Se la queda mirando con un ojo, juzgándola. Cuando ella lo llama suavemente, entra, se mete entre las sombras y se queda allí oculto. Más tarde lo oye destrozar los huesos de algún roedor.

Es bueno estar en esas ruinas, todas para ella sola en lugar de tener que compartirlas con su amo. Es uno de los muchos lugares que conoce a lo largo y ancho de Italia. Tiene todo el país en la cabeza. No como un mapa, porque jamás ha usado ninguno, sino de manera física. Cada elevación y caída del terreno, cada recodo del camino, recuerdos asociados a cada paso.

En Cassino pasa a ver a un herrero que atendía a los caballos de su amo. Judocus es celta, como ella, pero a diferencia de ella, ha nacido en Italia y no tiene deseo alguno de ver su tierra. Cuando Vectia le cuenta lo que tiene planeado, él se echa a reír, le ofrece un vaso de vino con miel y replica:

—Te has vuelto loca. —Y añade que no tardará en volver y que, cuando lo haga, podrá quedarse con él. Le dará de comer y ella no necesitará hacer gran cosa a cambio. Vectia sabe qué significa eso. Judocus también es viejo, de manera que sus arrugas y su pelo gris no lo repelen.

Como ya ha hecho antes, ensaya con él las pocas palabras que conoce de su lengua. Y él le responde:

—Habla en latín. —Y ella lo hace, porque solo conoce un puñado de palabras celtas y ni siquiera está muy segura de que signifiquen lo que ella cree o de pronunciarlas bien—. Habla en latín —repite Judocus— y tendrás un sitio aquí. Un valor.

No es poco. Vectia bebe su vino, pero eso es todo. Quiere tener valor, pero de otra clase.

Vectia ha realizado muchos viajes azarosos. Este es uno muy corto, solo unas semanas de su tiempo. Pero es importante, puesto que la lleva a las pendientes más bajas de la montaña llamada Vesubio, al campamento romano que los gladiadores han hecho suyo. No es difícil de encontrar, puesto que los gladiadores no se esconden. Todo lo contrario: han lanzado una llamada a los esclavos para que se les unan. Al

acercarse, recela de lo que ve. Los guerreros ocupan el campamento, con muchas mujeres e incluso niños entre ellos, muchos de pelo dorado o rojo. Celtas, sin duda, como ella. Algunos, piensa, podrían ser incluso de su tribu.

Antes de entrar en el campamento, pasa por delante de otros que se han reunido fuera de las fortificaciones. Toda una ciudad de tiendas y un mercado al aire libre que se extiende como permiten las colinas y los riscos. Son esclavos, Vectia lo sabe, pero componen una imagen muy extraña. Se respira un increíble buen humor, risas y voces que se alzan alegres, carne asada y música de flauta, y un cuerno que hacen sonar parodiando una batalla. Dos hombres ensangrentados se dan de golpes mientras una muchedumbre en torno a ellos ruge de pura diversión. Un niño está de pie a lomos de un caballo y hace malabarismos mientras un hombre canta sus alabanzas. Tres niñas, dos rubias y una morena, pasan junto a ella, charlando como si el mundo no fuera un nido de serpientes por el que hay que ser cuidadoso en cada paso. Una de las rubias lleva una corona de flores.

Vectia se acerca a la puerta romana y entra al campamento fortificado. Nadie la detiene. Nadie parece advertirla siquiera. Ve por todas partes cosas que demuestran que no está soñando. Hombres sentados ante una pequeña mesa con una fila de recién llegados delante, que están siendo inscritos de alguna manera. Piezas de armadura colgadas de una cuerda y niños probándoselas. Hombres tumbados al sol del mediodía. Hombres dormidos sobre la hierba, bajo la sombra de las tiendas romanas. Un perro sentado contempla los movimientos del campamento con la misma atención que pone ella. Sin duda, todas son imágenes de vigilia; su claridad es nítida bajo el sol primaveral, por ningún sitio se advierten los perfiles borrosos de un sueño.

Está junto a un caldero que hierve sobre un fuego de ascuas rojas. Todavía no está desfallecida, pero el hambre le retuerce el estómago y le llena la boca de saliva. No tendría tanta hambre en un sueño. No olería la carne en el caldero ni vería el aceite agitándose en su superficie. Piensa: «Créetelo, Vectia, créetelo todo».

—Madre, ¿tienes hambre? —le pregunta una mujer. Y viendo su vacilación añade —: Puedes comer lo que quieras. Aquí se comparte todo.

Vectia vacila, sintiéndose estúpida por las palabras que está a punto de pronunciar, preguntándose si habrá oído mal o si la mujer le está tendiendo alguna trampa:

—¿Se... comparte?

—Así son aquí las cosas. Espartaco dice que si luchamos juntos, debemos compartir las recompensas. Y dice que hay muchas maneras de luchar. Cada uno tiene la suya. —Sonríe afable, aunque le faltan tantos dientes que la expresión resulta desconcertante—. Yo, por ejemplo, lucho con el caldero y el cucharón.

Vectia lo piensa un momento. Asiente con la cabeza e indica que le gustaría comer.

—Es una buena forma de luchar. Cada una, la suya.

Si la mujer ha oído que Vectia ha cambiado el «cada uno» por un «cada una», no

se le nota.

La mujer dice que todo el mundo puede asistir a la reunión de los líderes del clan, de manera que Vectia va donde le indica, un anfiteatro natural creado en una hondonada rodeada por un terraplén de rocas. Está atestado, es ruidoso y resulta ofensivo el olor de tantos cuerpos en un día cálido. Se acerca lo bastante para escuchar, pero no puede acercarse más. Encajada hombro con hombro con los demás, está detrás del lugar desde el que los jefes se dirigen unos a otros. Solo ve la espalda del hombre que se levanta para hablar, a veces su perfil. Aun así, aprende muchas cosas.

El ejército se compone de tres partes: los germanos, dirigidos por Enomao; los celtas, a las órdenes de Crixo; y los tracios, que responden a Espartaco. Son grupos iguales en el que cada líder tiene la última palabra en cuestiones que afecten a sus hombres. Pero el mando no se reparte igual. Crixo, cuando se levanta, habla como si todo el ejército estuviera bajo su mando. Es muy fuerte, sobre todo las piernas. «Los gladiadores —piensa Vectia— deben de estar bien alimentados». Tiene el pelo oscuro y una nariz prominente y ganchuda. Un celta. Un alóbroges, eso es lo que es. Alaba la victoria que acaban de lograr y promete victorias futuras. Ahora mismo más romanos claman por acudir a ellos para morir. Todavía no han aprendido ninguna lección, sostiene. De vez en cuando habla en lo que debe de ser su lengua nativa. Las palabras son música para Vectia, pero una música que todavía no comprende. Muy poco suena como las pocas palabras que cree saber.

«Eso va a cambiar», decide. Se convertirá también en una alóbroges. En realidad no sabe de qué tribu proviene, pero a los alóbroges les servirá.

De manera que Crixo es su líder. Pero ni siquiera él es «el líder». Ese es el tracio.

Espartaco tiene una voz que se proyecta de manera muy distinta. No es el que habla más alto, como le parece a Vectia al principio. No; es que, cuando abre la boca, los demás callan para escuchar. Cuando pide una afirmación, le contestan rápido. Cuando desea que la multitud responda con una negativa, los gruñidos y las quejas lo ahogan hasta que su voz vuelve a elevarse y la audiencia guarda de nuevo silencio. Si alza una mano, muchos ojos siguen el gesto, y si hace una pausa, todos lo miran expectantes.

«Es un buen orador», piensa Vectia. Se pregunta si será un profeta. ¿Quién sino quien habla con los dioses puede mover así a la multitud?

Pero entonces, por lo poco que puede ver de él, se lo replantea. Los profetas que ha visto son hombres encorvados, enfermos, hombres miserables o cobardes, ciegos, cojos o con alguna otra afección, por lo que resultaba muy curioso que fueran intermediarios de lo divino. Pero Espartaco no es nada parecido. Es un hombre bien formado. Va con el pecho desnudo y Vectia ve que está bendecido con una musculatura que a ella le gustaría palpar con sus manos. No es un hombre normal: es más alto, más fuerte, los músculos de su espalda se expanden y ondulan bajo la piel. Vectia es vieja, sí, pero sigue siendo una mujer. Todavía se imagina lo que podría

haber hecho con él en su juventud, y él con ella. Lo que no se puede imaginar es por qué cada uno de sus gestos y palabras calan de manera tan honda en la multitud, como si todos estuvieran sedientos y solo él fuera el agua que necesitasen.

¿Qué ha dicho? Se lo ha perdido. Al parecer, algo muy razonable, vista la reacción de los demás. Los hombres gritan su aprobación. Algunos se dan palmadas en el pecho. Otra voz interrumpe. No es ninguno de los hombres que han hablado antes, y parece furioso y ofendido. Refuta todo lo que ha dicho Espartaco, declarando que los germanos no se comprometerán. Que tenían un pacto para la noche de la fuga, pero que hace mucho que ha expirado. Debe hacerse un nuevo pacto, o no. Y si no se hace, los germanos se irán por su camino, de vuelta a su tierra. Y pregunta:

—¿Por qué quedarnos aquí más tiempo del necesario?

—Ya se ha hecho un nuevo pacto, hermano —replica otra voz, irónica y segura—. Es solo que no se hizo con tu permiso, Enomao, y eso te enfurece. Los germanos votaron por él mientras bajaban por las rocas para caer sobre el campamento romano. Tú no querías hacerlo, ¿verdad? Tal vez no seas adecuado para ser líder de los germanos.

Enomao se lanza a una réplica iracunda, aunque está claro que todavía no la tiene del todo formada, así que solo cuenta con el volumen de su voz para conferir peso a sus palabras. No obstante, una voz aguda lo interrumpe.

—Kastor tiene razón —dice una mujer a la que Vectia no ve—. Si es solo el orgullo herido el que domina tu boca, que lo haga en otra parte, no aquí.

Y luego interviene otro hombre, sereno, grave:

—Ya hemos hablado de esto. Supéralo ya, Enomao, y avanza con nosotros.

Enomao se niega, y el consejo se convierte en una cacofonía de voces, compitiendo unas con otras. Vectia ya no sabe quién habla ni qué discuten. No le importa. Otra cosa le ocupa la mente: ha hablado una mujer. Una mujer que alzó la voz e interrumpió al que llaman Enomao. No lo ve, pero está segura de que es grande, como todos los gladiadores. Es un asesino de hombres, y lo ha interrumpido la voz de una mujer. Eso, para Vectia, es un misterio tan profundo como el atractivo de Espartaco.

Se pone en pie. Se abre paso entre la gente que la apretuja, escurriéndose sin ofrecer disculpas ante sus protestas. Necesita ver mejor, poner rostro a las voces y así descifrarlas con más precisión.

Tarda lo suyo en encontrar un sitio adecuado. Y solo lo consigue porque Enomao y algunos de sus germanos se levantan para marcharse. En la confusión resultante, mientras algunos los conminan a volver y los germanos que quedan se arremolinan discutiendo, Vectia se cuela entre los hombres y se sienta. Por un momento solo ve cuerpos en movimiento, piernas, sandalias y pies que casi la pisan. Mueve los brazos y empuja cuando la empujan a ella. Toca con una rodilla a un joven de ojos nerviosos, claramente temeroso de que los hombres lo aplasten. No lo aplastan. Y a Vectia tampoco, aunque por los pelos.

La conmoción se aplaca. Un hombre alto y delgaducho pide orden. Por su voz sabe que es el que llaman Kastor. Hace que los otros se sienten y con ello se revela como lo que es: no un líder ni nadie que ansíe serlo, sino un oficial, alguien que obedece órdenes y las hace cumplir. Su rostro es como su voz: profundo, seguro, animado por un curioso sentido del humor. Parece que acabara de oír un chiste y todavía le estuviera haciendo gracia. Dice que no deben preocuparse por la ausencia de Enomao.

—¡Le duele el estómago! —grita—. Seguramente necesita aliviarse. Mejor que lo haga arriba en la montaña y no que derrame su hedor entre nosotros, ¿no?

El consejo prosigue.

Vectia atiende y contempla con la mirada tanto a los que hablan como a los que escuchan. Es tal como pensaba: «Espartaco es el líder. Esta reunión es suya. Él es la semilla y los demás son el fruto que la esconde». No a todos les gusta, pero eso no impide que sea así. Es un hombre excepcional que resulta hermoso tanto a varones como a mujeres. Un hombre junto al que todos quieren estar, un hombre mejor que los demás, bendecido por los dioses. Vectia se fija en que siempre mira a los ojos, siempre habla como si todos y cada uno importaran. Piensa que podría decir cualquier tontería y su audiencia seguiría igual de cautivada.

Pero no dice tonterías. Elabora lo que Crixo ha dicho antes que él. Les pide que vean una vez más la prueba de que una diosa a la que llama Cotito los ama. La fuga, el paso libre por la Via Annia, el almacén de armas al que les llevó un romano, ¡un romano, nada menos! El ataque nocturno que la propia Cotito hizo posible. Su rostro está en la luna, sostiene, y esa noche brilló sobre ellos pidiendo tan solo que le enviaran muchas almas romanas de las que alimentarse, y dándoles a cambio armas y suministros. La fortuna no cae así sin que esté involucrada la mano de un dios.

Sostiene que pueden llamarla con cualquier nombre que elijan, porque Cotito sabe cuándo le rinden culto aunque lo hagan con un nombre que resulte más fácil para la lengua de cada uno. Incluso son más fuertes por los muchos dioses a los que adoran. Eso significa que más inmortales los oyen y ven lo que están haciendo. ¿Y qué están haciendo?

—Os lo voy a decir. Estamos haciendo lo que los dioses nos piden. ¿Creéis que a Cotito le gusta ver a nuestra gente esclavizada? —Señalando hacia los germanos que quedan, pregunta—: ¿Le gusta al Padre de Todos? ¿Les gusta a Wodanaz y Frikko ver esclavizados a los hombres que los adoran, ver violadas a sus mujeres? —Y señala a un hombre en concreto, un celta con el tatuaje de una serpiente que se le enrosca por el pecho y cuya cabeza le descansa sobre el hombro—. Tú, Nemetos. —El hombre, con lo grande que es, parece sobresaltarse como un niño al oír su nombre—. Tú estuviste en el campamento romano antes que nadie. Eso es un honor. Tu dios, Ogmios, te insufló valor. Pero dime, ¿le habría gustado a Ogmios que salieras corriendo de aquí, dejando a los romanos fuertes y a tu pueblo esclavizado?

Nemetos no necesita contestar. Muchas voces lo hacen a la vez:

—¡No! ¡No!

Espartaco nombra otros dioses, dioses de los que Vectia no sabe gran cosa, o de los que nunca ha oído hablar siquiera. Nerthus, Tutatis, Tengri, Laran, Baal. Nombra a más guerreros entre la multitud, y todos se quedan aturcidos al oír su nombre. Les plantea el mismo tipo de preguntas, y todos contestan igual. Un coro empieza a alzarse, cada vez más convencido. Al principio a Vectia le asusta oír los nombres de tantos dioses así mezclados. Pero pronto resulta embriagador. Si Espartaco tiene razón, si distintos dioses de diferentes pueblos pueden invocarse para una sola causa, si esos dioses responden a más de un nombre y hablan más de una lengua...

—Quieren que nos rebelemos —declara el tracio—. Todos nosotros. Han estado esperando a que encontráramos el coraje para hacerlo. Han esperado tanto que Cotito nos envió a una mujer con más agallas que cualquiera de nosotros para avergonzarnos y empujarnos a actuar. —Sonríe y a Vectia le sorprende el buen estado de sus dientes. ¿Quién iba a imaginar a un gladiador sin una sola mella?—. Así pues, ¿para qué estamos aquí? ¿Para cumplir la voluntad de los dioses! No salimos de aquí corriendo como quieren los romanos, como algunos de entre vosotros proponen. No. Eso no nos dará el futuro que buscamos. Nos perseguirán hasta que salgamos del país, y luego ¿cuánto tardarán en encontrarnos y lanzarse contra nosotros? Apenas nos habríamos tumbado para dormir al otro lado de las montañas y los romanos aparecerían con armas y fuego y cadenas. ¿Estoy equivocado? ¿Puede alguien llamarme mentiroso?

Espartaco contempla la multitud, que guarda silencio. Al parecer nadie puede llamarle mentiroso, aunque el tracio aguanta el momento, dándoles tiempo para que encuentren coraje para hablar.

Vectia empieza a preguntarse si Espartaco será el lobo con que ha soñado. La idea de montarlo tiene más de un sentido. Está pensando en ello cuando nota una mirada sobre ella. Está acostumbrada a pasar inadvertida, de manera que cuando siente unos ojos sobre ella, se tensa. Es como un contacto físico que le pica en la cara y le calienta las mejillas. Tarda un momento en dar con la persona: una mujer de rasgos afilados y pelo como de fuego. La está mirando directamente, y Vectia sabe quién es: la mujer que habló anteriormente. No la había advertido porque estaba muy concentrada en Espartaco y los hombres. Pero ahora está ahí y, al verla, Vectia sabe que es la elegida de Espartaco. Ahora que la ha visto, se da cuenta de que Espartaco la mira con frecuencia. Y la mira no pidiendo permiso ni guía, ni por lujuria. O por algo de todo eso, pero no exactamente por solo una de esas cosas. Espartaco la mira como si cada mirada fuera un modo de confirmarse a sí mismo.

«¿Qué clase de mujer —se pregunta— hace que un hombre como Espartaco actúe así?».

Recuerda que la mujer boya le dijo algo que en su momento no creyó. Dijo que las mujeres celtas no eran pasivas como las romanas. Que no eran silenciosas e ignoradas. Que no estaban escondidas como las griegas. Que tenían su derecho a pensar, a poseer, a desear. Dijo que tenían voz, que podían discutir con sus hombres.

Que podían decir: «Este no me dará un hijo. Quiero otro». O: «Este prefiere a los hombres que a las mujeres. No es bueno para mí». Las mujeres boyas incluso sostenían que si se lo propusieran, las mujeres podrían entrenar con armas y luchar. E inclinándose, le susurró en su oído de doce años: «Pueden follar, ¿lo entiendes? No dejar que se las follen, sino follar cuando ellas quieran, como ellas quieran, con quien ellas quieran». Incluso sostenía que las mujeres, en ocasiones, lideraban clanes como reinas guerreras.

Ninguna mujer romana haría ni pensaría cosas así. Los hombres las gobernaban por completo. Padre, hermano, esposo, hijo, daba igual: cualquiera de ellos era el dueño de las mujeres de la familia. Nada en la vida de Vectia, como esclava de Roma, la había llevado a creer las cosas que la mujer boya sostenía. Hasta ahora. No sabe si la mujer pelirroja es gala o tracia, pero reconoce su poder.

Espartaco alza una mano, flexiona los dedos.

—Todos nosotros. Todos nuestros dioses. Unidos. —Y forma un puño apretado de enormes nudillos. Vuelve a repetirlo, esta vez en tracio—: Estoy diciendo «todos nosotros» en mi lengua. Aprended los sonidos para que podáis decirlo también. Hay poder en ellos. Estas palabras son ciertas, y sé que las sentís resonar en vuestro interior. Pensadlas y llegaréis a pensar como yo. Debemos quedarnos en Italia y declarar la guerra que los romanos no esperan y para la que no están preparados. Eso es lo que les daremos. Y los dioses nos amarán por ello. ¡Creedme!

Vectia lo cree. Cree y se alegra, se alegra mucho de haber llegado hasta allí para ser parte de aquello. Comprende que es el momento para el que se ha preparado toda su vida.

SEGUNDA PARTE



TODOS NOSOTROS

Nonus

«Nonus, eres más estúpido que una mula, o que un perro o un cerdo. Ninguno de ellos se ha unido jamás a una legión por voluntad propia».

Eso se dice Nonus Cincia. Y no por primera vez. Lo dice en voz alta, sin preocuparse mucho de que puedan oírlo, aunque está apretujado hombro contra hombro, culo contra polla en una ambulante masa de humanidad. No menciona el absurdo de que sigue persiguiendo a un hombre, Espartaco, al que ha mirado a la cara, o que vio la fuga de los gladiadores del *ludus* de Batiato, ni que se encontró con ellos poco después y los llevó a un alijo de armas mientras los dedos todavía le ardían por la tortura infligida por sus compatriotas romanos. Hay cosas que no deben decirse en voz alta.

Marcha cerca del final de la columna de guerra de Lucio Cossinio, un par de cohortes despachadas por Publio Varinio para localizar a los gladiadores romanos. Suele ser un lugar asqueroso, hediondo y ruidoso en el que estar, pero hoy es todavía peor. Mediodía bajo el calor abrasador del verano moribundo, el sol refulge en un cielo despejado y la tierra es una cuenca desierta que reverbera con el calor de un horno de pan. El polvo que levantan miles de pies delante de él le impide ver más allá de unas filas por delante. Un polvo que le cubre la cara y le hace toser. Se le pega al vello de la nariz. Las sandalias le rozan los talones, el casco le irrita colgado del cuello, su jabalina apunta al cielo, el peso del fardo lo aplasta: nada de esto es lo suyo.

—¿En qué estabas pensando? —pregunta a la espalda del hombre que tiene delante—. No estabas pensando, ese es el problema. Dejaste que Volesus pensara por ti.

—¿Quieres cerrar el pico? —El soldado le da un codazo—. Me estás volviendo más tonto que una mula con tanta cháchara.

Pero Nonus no calla. Enumera todo lo que odia de la vida militar, justo lo mismo que siempre supo que odiaría de la vida militar si alguna vez cometía la insensatez de alistarse. La marcha entra en la lista. Esta ha durado ya tantas horas que le parece que lleva marchando toda su vida. Otros días era el entrenamiento con la espada lo que odiaba. Estocada, estocada, estocada. Otro día la tortura eran las interminables maniobras, desfilar de un lado a otro en formación, entre golpes de escudo y pisotones. O lanzar las jabalinas, una y otra y otra vez. Y tal vez lo único peor que marchar era que le obligaran a correr durante horas cargado con todo su equipo, solo para terminar exactamente en el punto de partida. ¿Para qué servía eso?

Su hermano, Volesus, juraba que el entrenamiento lo convertiría en un soldado curtido en muy poco tiempo. Él mismo había pasado por eso. Había luchado, no se

cansaba de decir, con Sila contra Mitrídates. Había hecho el servicio que Nonus tanto se había esforzado por evitar hasta ahora. Volesus se lo mencionaba en cada ocasión. Según él, el entrenamiento que estaban recibiendo era de segunda categoría, nada como la disciplina que Sila había exigido. «Pues entonces menos mal que Sila está muerto», le replicaba Nonus.

Hasta la menor menudencia le irrita. La túnica de lana que tiene que llevar es más corta que la vestimenta perfectamente aceptable que ha tenido que tirar. Su chaleco acolchado y la coraza de cuero le van bien ajustados, atrapándolo como una gamba dentro de una cazuela hirviente. Y aunque es una bendición recibir una ración diaria de grano, tiene que llevarla él mismo, molerla él mismo, moldearla y cocerla él mismo. Todavía está por sacar un pan que no esté quemado, medio crudo, salpicado de ceniza o tierra, o lleno de piedrecillas. Sospecha que estas son una broma de su hermano, pero nunca ha podido demostrarlo. ¿Y la carne? ¿No le habían prometido carne? Pues todavía nada. Pan, pan y más pan. Los legionarios son hogazas de pan con patas.

Los cuernos hacen sonar una orden. La columna se detiene a trompicones. ¿Ahora qué? Nonus se pone de puntillas intentando ver algo. Pero el aire está lleno de polvo y, aunque se han detenido, vuela hacia un lado en una brisa tan caliente como el aliento de Vulcano. De todas maneras, se despeja lo suficiente para revelar un paisaje de suaves colinas, moteado aquí y allá de aldeas que se tuestan al sol. Al otro lado de la carretera hay viñedos cargados de racimos maduros, y esclavos que se afanan entre las vides. Unos cuantos alzan la vista, pero la mayoría mantiene la cabeza gacha, los dedos ágiles en su trabajo. Nonus les envidia su falta de interés. Ojalá fuera uno de ellos y pudiera alzar la vista y encogerse de hombros ante el paso del ejército. Ninguno parece preocupado por Espartaco.

Curiosamente, es ese nombre el que puebla la mente de Nonus. Unos días atrás, un niño corrió hasta el límite del campamento y gritó:

«¡Espartaco se va a comer a dentelladas vuestras pelotas!». Y salió disparado antes de que nadie pudiera darle la paliza que se merecía. Nonus se sobresaltó al volver a oír aquel nombre, Espartaco, en labios de un niño. ¿Cómo lo conocía? Por lo visto, el tracio sigue vivo, y ha tenido tanto éxito que los niños corren por ahí pregonando su ferocidad comiendo pelotas.

Cuando lo salvaron los mismos fugitivos que le habían enviado a masacrar, la lengua de Nonus fue más rápida que su dignidad. Les ofreció sin vacilar el alijo de armas de gladiador guardado en el cobertizo de la granja. No tardó en llevar a Espartaco y los demás hasta las armas. ¿Por qué no? Con ello salvó la vida. Sí, les dio armas a los fugitivos, pero eran armas destinadas a ellos de cualquier manera. Resultaba irónico, tanto que Nonus se veía inclinado a perdonarse.

Por sus esfuerzos, Espartaco le dio una palmada en la espalda.

«Nonus, únete a nosotros —le dijo el tracio—. ¿Quieres? No cuentas con el aprecio de los ricos en tu país. Lo veo en tu cara. Un hombre como tú, sin riqueza, no

está lejos de ser un esclavo. No pretendo insultarte, pero mira lo que te han hecho en los dedos. Yo nunca te haría eso».

Nonus, que mantenía sus manos destrozadas como garras ante él, se mostró de acuerdo por fuera. De hecho, casi estuvo de acuerdo por dentro también. Había algo en el pesado brazo de aquel gladiador sobre su hombro que resultaba muy convincente. Para ser un vulgar asesino, una bestia y un bárbaro, sus modales eran muy seductores. Pero esa misma noche —todavía pasmado de seguir vivo y de lo mucho que le latían los dedos y los lanzazos de dolor que lo atravesaban con el más ligero roce— metió el rabo entre las piernas y salió corriendo en la oscuridad. Jamás hubiera esperado terminar marchando en su búsqueda, ni que el nombre de Espartaco resonara por las colinas de Campania para aterrizar en labios de los niños. En lugar de la noticia de la derrota de los rebeldes, cada día les traía nuevas de sus éxitos, de su creciente número, de sus taimadas tácticas, de que saqueaban y violaban con alegre abandono. Dos cohortes al mando de Lucius Furius habían caído en una emboscada dos semanas antes. Era difícil localizar a los rebeldes puesto que solían acampar mayormente en lugares agrestes, para aparecer aquí y allá y causar estragos. Volesus argüía que sus tácticas eran un signo de su debilidad. Podía ser, pero Volesus no había sentido el brazo del tracio sobre el hombro. No había en él ninguna debilidad.

Tras unos minutos pasando el peso de un pie al otro, Nonus decide que lo único peor que marchar cargado con la impedimenta militar completa es estarse quieto cargado con esa misma impedimenta. Flexiona las manos, abriendo y cerrando los dedos. Han sanado todo lo que van a sanar, aunque no son algo agradable de ver. Tres de ellos no tienen uñas, y las uñas que conserva están deformadas. Un carnicero le cortó la punta de los meñiques porque se empezaban a pudrir. A menudo siente dolores fantasma. A lo mejor está cogiéndoselos para protegérselos y se da cuenta de que le duelen. Pero al darse cuenta el dolor desaparece, solo para volver más tarde a atormentarle.

El legado, Lucio Cossinio, aparece a la vista sobre su alto semental. No es un legado auténtico, en opinión de Nonus, puesto que aquella no es una legión real, solo un par de cohortes irrisorias, unos mil doscientos hombres. Pero a juzgar por su aspecto, Cossinio se considera al mando de la más condecorada legión de Roma. Está cubierto de polvo igual que sus hombres, pero el atuendo es totalmente distinto. Un manto rojo sobre los hombros, caído a la espalda. Un cinto escarlata atado con un bonito lazo sobre el ornamentado abdomen de su armadura de cuero. Y un casco con una cresta de pelo de caballo que apunta al cielo. Le sigue un séquito montado, con cinco lictores con las hachas envainadas sobre los hombros. Lucio Cossinio le dice algo al centurión más cercano y señala hacia las últimas filas de la columna.

—¡Estupendo! —susurra Nonus—. ¿Ahora de qué querrá quejarse?

El soldado delante de él replica:

—De ti, seguramente.

Cuando los cuernos vuelven a dar el toque de marcha, el centurión aparta las últimas filas de soldados con un brazo y les ordena salir de la columna. Está justo delante de Nonus, tan cerca que puede tocarlo, pero grita para hacerse oír por encima del estrépito de un ejército en movimiento.

—¡Vosotros, acompañad al legado! Recibiréis las órdenes de sus lectores. No la caguéis.

—¿Acompañarle adónde, señor? —pregunta Nonus.

El centurión baja la vista hacia él, haciendo un mohín mientras sopesa si la pregunta es un desafío a su autoridad. Pero solo mantiene esa expresión un momento. Por lo visto, una sola ojeada a Nonus le confirma que no está cuestionando la autoridad de nadie. Señala entonces las aldeas apartadas de la carretera.

—Allí. A Salinae.

Los otros echan a andar tras el grupo del legado, que ya está subiendo hacia las aldeas. A Nonus no le gusta el aspecto de la pendiente, ni el modo en que el calor reverbera en las colinas. Por mucho que hubiera aborrecido marchar con los otros, ver al resto del ejército alejarse lo llena de temor.

—¿Para qué quiere ir allí? —masculla, casi para sus adentros, más que preguntárselo al centurión. Pero el oficial lo ha oído, de manera que añade—: Señor.

Una vez más el centurión parece considerar una respuesta furiosa, pero lo deja. Es como si no supiera cómo enfurecerse con Nonus.

—¿Sabes? Dicen que de cada diez hombres en cualquier legión, hay dos que serán líderes, siete que seguirán órdenes y uno que solo quiere largarse de una maldita vez del ejército. Creo que sé cuál eres tú. Da igual lo que quiera hacer el legado en Salinae. Va a ir y quiere guardias. Y tú eres uno de ellos. ¡En marcha!

Nonus se apresura para alcanzar a los otros. Odia estar allí. Se pregunta por qué ha permitido que sucediera.

La respuesta es muy fácil. Está allí por las circunstancias y por sus ansias de mejorar su suerte. Después de huir de los gladiadores, caminó por las colinas de Campania hacia el lugar de su nacimiento. En cierto modo Nonus se consideraba afortunado. Ningún hombre gobernaba sobre él. Batiato estaba muerto y no volvería a darle problemas. Celus, el irritante Pompeyo, también estaba muerto. Igual que Procolus, el bastardo que lo había torturado. Muerto gracias a los gladiadores. Había sido la más estrambótica serie de giros inesperados: escapar de la matanza de los gladiadores en el *ludus*, que su propia gente le llamara por ello cobarde y sufrir el dolor de la tortura, que lo liberasen los mismos esclavos que habían comenzado la oleada de violencia, solo para estar ahora de nuevo entre los suyos, dirigiéndose nada menos que a la propiedad del hermano al que tanto desprecia.

Antes, Nonus había recorrido con un temor creciente el camino que llevaba a la finca familiar. Tantas cosas habían cambiado que ni siquiera estaba seguro de estar en el lugar correcto. Muchos trabajaban los campos, pero él no reconocía a nadie. ¿Serían esclavos? ¿Tanto había prosperado Volesus? ¿Y dónde estaban las coles?

Siempre había habido coles, tantas que llegó a odiarlas. Habían comido coles tantas veces —crudas, hervidas, en vinagre, flotando lacias en aguados guisos— que su orina apestaba a col. Pero ahora no había coles. Ni espárragos, que pensándolo bien hacían la orina todavía más hedionda. Ni repollos ni brócoli. Ninguna de las cosechas que había cultivado su padre para su propio consumo y para venderlas en los años buenos. En lugar de ello unos intrincados emparrados soportaban jóvenes parras, y un mar de hierba se extendía detrás de la casa. Mijo, pensó. Para hacer gachas. Habían cultivado mijo antes, pero no tanto. Y la pequeña colina que marcaba el límite meridional de la propiedad estaba ahora plantada con árboles. ¿Perales? ¿Se había vuelto loco Volesus?

La cosa no mejoró cuando apareció a recibirlo un hombre que no era su hermano. Un capataz de muy mal humor que solo pareció divertirse cuando Nonus nombró a su hermano.

—¿Ese? —dijo enarcando las cejas, risueño—. A ese no lo encontrarás aquí, ciudadano.

—¿Dónde está?

El hombre no lo sabía, pero mencionó varios sitios. El tercero resultó el acertado. Un puesto de vino a la húmeda sombra de un muro de piedra en las afueras de Beneventum. La vieja que lo regentaba estaba sentada sin hacer caso de las moscas que zumbaban a su alrededor. Señaló a través de una abertura al otro lado del camino. Nonus siguió su dedo y encontró una zona de hierba en la pendiente de una colina, con mesas y taburetes decrepitos diseminados aquí y allá, la mayoría vacíos. En una mesa vio una espalda que reconoció, tan desolada que supo que Volesus no tendría buenas noticias. Pero lo único que podía atraerle más que una buena noticia era una historia de desgracias. Y, desde luego, el hombre de la espalda desolada tenía una que contar. Y Nonus no pudo evitar querer oírla.

—¿Qué vino añejo bebes, hermano? —Pretendía sorprenderle, pero habló demasiado bajo y Volesus no pareció oírlo. Nonus lo intentó de nuevo, más fuerte, acompañando sus palabras con una palmada sobre la mesa, al tiempo que se sentaba.

Volesus lo miró, con los ojos nublados y gesto beligerante. Rodeó la jarra de vino con el brazo, con gesto protector. Con la otra mano aferraba una copa de vino de madera. Al reconocer a su hermano, sus ojos cobraron vida, pero el resto de su cara no se animó a hacer lo mismo. Bajó la vista a su copa y contestó:

—Pompeiana.

—¡Pero eso da dolor de cabeza! La última vez que lo bebí, al despertarme hubiera preferido estar muerto.

—Solo bebo vinos de Campania. Fermentados al aire libre, expuestos al sol, el viento y la lluvia. Igual que yo.

Nonus echó un vistazo a la jarra. Estaba casi llena, y eso le despertó la sed. Pero la forma más segura de no mojarse la garganta era pedirlo.

—A ver si lo entiendo —comenzó—. Te encuentro bebiendo en un puesto de vino

en pleno día. Y vino sin aguar, por la pinta que tiene. ¿Dónde está Heia? ¿Qué tiene que decir sobre esto? ¿Y quién es el hombre que hay en la finca? Tiene muy malos modales.

Volesus se llenó la copa, salpicando un poco la mesa. Intentó recuperarlo con el pulgar, pero el tosco grano de la madera se lo bebió.

—Pensé que vivías en Capua.

—Ahora ya no —dijo Nonus cortante, sin querer ahondar en sus propios pesares—. ¿Qué ha pasado con la finca?

Volesus esquivó de nuevo su mirada.

—Soy un veterano. Veterano y propietario de tierras. Eso lo sabes, ¿no? Pues debería significar algo, pero ya no significa nada.

—Y ahora eres viejo y te cuesta no andarte por las ramas. —Nonus movió el taburete al extremo opuesto de la mesa, apartó los dedos de Volesus de la copa y la cogió él. Teniéndola así retenida, preguntó de nuevo—: ¿Qué ha pasado?

Los hechos eran los siguientes: Volesus había tenido un mal año, seco durante más semanas de lo normal, los ríos eran apenas un hilo de agua, y las langostas, una plaga constante. Gastó el poco dinero que tenía en ofrendas a Tellus en el santuario cercano, como mandaba la tradición. Su esposa, Heia, construyó un altar casero a Tellus y otro a Rusina, que era adorada por su pueblo en Umbría. A pesar de todo, en la siguiente cosecha no hubo casi nada que vender. Sobrevivieron, logrando apenas pagar los impuestos del año. Volesus tuvo que vender un esclavo que acababa de comprar, su primer y único esclavo. Había sido suyo solo unos meses.

En la primavera de ese año, un hombre llegó diciendo que representaba a un senador llamado Gaius Burriena. Se ofreció a comprar la colina entre las rocas para plantar allí peros y preguntó si podía arrendar terrenos para cultivar cereales. Volesus obtendría beneficios de la tierra, aseguró el hombre, sin tener que trabajarla. Pero él se negó. ¿Qué auténtico romano no querría trabajar sus propias tierras? Despachó al hombre deseando lo mejor para la salud y el bienestar de su señor.

Sus oraciones y ofrendas siguieron sin ser escuchadas. Al año siguiente, unos pequeños escarabajos verdes descendieron calladamente sobre las plantas y las devoraron. Y otra plaga dañó las raíces de las coles, impidiendo su crecimiento. Pasaron hambre para poder tener productos que vender. Sin duda, aquella fue la razón de que Heia perdiera al hijo que llevaba dentro. Una vez masculló que un hijo era una ofrenda demasiado grande para Tellus. Volesus le dio una paliza.

—Ahora me arrepiento —confesó—. Ella también trabajaba mucho.

Todos trabajaban, y gracias a eso llevaron una modesta cosecha a los mercados de finales de verano, con esperanzas de recoger también una cosecha en otoño. A lo mejor a Tellus se le había ablandado por fin el corazón. Pero en los mercados encontraron un nuevo problema: nadie les compraba. ¿Coles? No; había superabundancia de coles. ¿Repollo o brócoli? Hoy no. Y luego más tarde, cuando volvió con alcachofas que nadie quería, estaban en el mercado por lo que él había

ofrecido solo unos días antes.

—Al final lo vendí todo, pero sin beneficios. Perdiendo dinero incluso. ¿Te lo puedes creer?

De manera que el siguiente invierno, cuando oyó que el hombre de Gaius Burriena estaba hablando con otros granjeros, Volesus lo buscó. Solo para escucharle y solo para confirmar que él no quería saber nada de lo que estuviera ofreciendo. Pero el caso es que descubrió que sí quería saber. Burriena venía esta vez con otra oferta. Le haría un préstamo, con la tierra como garantía. Volesus podía seguir trabajando la tierra, que seguiría siendo suya. El préstamo le permitiría realizar las reformas necesarias para que le fuera mejor al año siguiente. Mejores semillas. Fertilizantes. Un gran sistema de cisternas para almacenar las lluvias de primavera. Cuando llegaran los beneficios de la estación, pagaría el préstamo con un módico interés.

Pero no hubo beneficios. No cuando tuvo los mismos problemas para vender su mercancía. No después de pagar los impuestos sobre lo que había cosechado pero no podía vender, y que subieron por las aparentes mejoras de la infraestructura de su propiedad, unos gastos que no produjeron nada a cambio sino de más deuda. Ese invierno los echaron de la tierra.

—¿La perdiste? —preguntó Nonus—. ¿La finca entera, todas nuestras tierras?

Su hermano asintió. Tres veces, una por cada pregunta. Cada respuesta fue como una estaca que clavara el futuro de Nonus a una cruz, con él colgado de ella.

—¿Y Heia? No la habrás vendido, ¿verdad?

—La dejé marchar. Es mejor no tener cargas. Los niños y ella trabajan en una de las granjas de Burriena. Son libres nominalmente y pueden volver conmigo cuando sea capaz de mantenerlos. Pero yo no trabajo la tierra de Burriena.

Guardaron silencio un rato. Un avispon se metió en la copa de vino y por un momento Nonus sintió envidia de él. Con lo pequeño que era, una sola gota de líquido rojo lo haría volar en atontados círculos. Ser tan pequeño, pensó, como para poder nadar en un plato de vino como si fuera un lago. Eso estaría bien.

Volesus volcó la copa de vino, atrapando al insecto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Nonus.

—Lo mismo que tú, creo. —Señaló sobre su hombro hacia la ciudad—. La guarnición está reclutando para formar una nueva legión. Dicen que me aceptarían. ¿Lo ves? Todavía no soy tan viejo, ¿eh? Imagino que aceptarían incluso a gente como tú. Están ansiosos de conseguir cuerpos que arrojar a esos estúpidos gladiadores. Habrás oído hablar de ellos, ¿no?

Ahí empezó todo, la anulación de todo el cuidadoso esfuerzo que Nonus había dedicado en pasar inadvertido a los oficiales de reclutamiento. Estaba seguro de que su nacimiento jamás fue registrado debidamente, pero por si acaso había eludido el servicio militar cuidándose de no aparecer nunca en ningún documento oficial del que tuviera noticia. Incluso declaró ser esclavo en una ocasión, cuando tropezó con unos oficiales de reclutamiento que buscaban hombres para enviar a Iberia. Se quedó

un poco chafado al ver que no dudaron de su posición de siervo.

Pero Volesus le convenció de que tirara por la ventana todo ese historial con promesas de una paga garantizada, posición y botín.

—Piénsalo, Nonus. Los gladiadores han acumulado el botín de sus saqueos. Y seguramente algo de ello será para nuestros bolsillos. Y tienen mujeres y niños que los siguen, a montones. Cuando hayamos dado cuenta de esos salvajes, ¿quién se va a encargar de los demás? Los soldados. Le echarás el guante a una joven guapa que te prepare las comidas y a la que metérsela cuando se te ponga dura. O a un niño al que podrás alquilar o tirártelo si quieres. De cualquier manera, serás propietario de esclavos. Piénsalo. Deja que algún otro haga el trabajo, para variar.

Nonus lo pensó. Y pensó en lo que aseguraba Volesus: que no era probable que corrieran mucho peligro. Los esclavos se fracturarían por las grietas étnicas. Pelearían entre ellos y no serían rival para una legión romana.

—Será una operación de limpieza, más que nada —dijo Volesus—. Y lo mejor es que los cerdos ricos de Roma están asustados. No quieren que se les note, pero yo lo sé. Una operación de limpieza, nada más.

Y gracias a tan convincente oratoria, Nonus está ahora de guardia en una terraza de la villa de un senador en Salinae. Desde allí ve los baños de la planta inferior. Cossinio, que sin duda se encuentra entre amigos, se ha bañado, está limpio y untado de aceite, y ahora disfruta de un masaje —si es que se lo puede llamar así— aplicado por un fornido esclavo. Y por el olor que acaba de alzarse en el aire, pronto estará cenando también.

—Mira al tipo ese —masculla Nonus—. Tiene los músculos de un gladiador y está retorciéndole la polla al senador. ¿Tú lo ves?

Volesus, que se las había apañado para que lo apostaran con Nonus, por lo visto solo para irritarle, no se da la vuelta. Mira los jardines y el laberinto de senderos que los surcan.

—Es el comandante, puede hacer lo que le plazca. Además, ¿de qué te quejas? Es estar aquí o andar de marcha allí abajo y levantar el campamento. Yo prefiero una tarde en una villa, qué quieres que te diga. Y así a lo mejor Cossinio se fija en ti. Tú estate atento, Nonus, cáusale buena impresión. Si es que puedes.

—¿Igual que tú le causaste buena impresión a Sila? Pues sí que te sirvió de mucho, veterano. Para empezar, perdiste la finca de nuestro padre.

Volesus se gira como para golpear a su hermano, como hacía cuando eran pequeños. Pero se domina y vuelve a su puesto alzando el mentón.

—Eres estúpido, Nonus. Siempre lo fuiste.

Nonus se vuelve hacia Cossinio. Por lo visto, el masaje ha concluido con éxito. El fornido esclavo se retira, y el legado está ahora en pie, con los brazos alzados mientras varios esclavos lo visten con lo que parece una túnica de seda. Otro hombre, también ataviado de seda, le ofrece una copa de vino. Brindan y beben.

Nonus no puede soportarlo. Mueve la cabeza sobre los hombros. Está a punto de

quejarse de que las placas laterales del casco le hacen sudar las mejillas, cuando advierte algo: una figura atraviesa un rellano al otro lado de la villa. Eso no tiene nada de raro, puesto que allí hay esclavos en abundancia. Lo que le llama la atención es cómo se mueve este. Va inclinado, como a hurtadillas, y avanza a trompicones, como si no quisiera que lo descubrieran. Y su cabeza es una alborotada melena de pelo. Ningún esclavo de la casa iría tan desgreñado.

—¿Volesus?

—¿Qué?

Otra figura trepa un muro cerca del otro hombre. Y detrás de él, otro.

—Creo que...

El sonido de un cuerno fuera de la villa lo interrumpe. Del puro aburrimiento se pasa al caos en un instante. Los primeros momentos después del cuerno son una oleada de desconcierto y confusión, con el terror chillando en los oídos de Nonus. Está seguro de que los lictores están gritando para que todos acudan a proteger al legado. Él lo intenta, marchándose sin mirar siquiera a su hermano. Baja a toda velocidad por la escalera más cercana, se abre paso a empujones entre los esclavos que corren de un lado a otro, recorre un pasillo y sale a un patio más bajo, desierto salvo por una anciana que trabaja disponiendo platos sobre una mesa. No parece en absoluto perturbada. Pero lo que es más importante: esa no es la zona de los baños a la que pretendía dirigirse.

Nonus atraviesa otro pasillo corriendo, rezando a ningún dios en particular, para ir en la dirección correcta. Se pregunta dónde estará Volesus, se da cuenta de que se ha dejado el fardo en la terraza superior y da media vuelta, pensando que debería recuperarlo. Siente un empujón y oye un grito para que siga moviéndose. Un lictor, que blande el hacha de mango de caña.

—¿Qué haces aquí abajo? —le grita en la cara—. ¡Arriba, a las terrazas! ¡Ve a combatir, imbécil!

Nonus corre en la dirección en que le han empujado. Se acuerda de sacar la espada, encuentra una escalera, sube. Está jadeando cuando vuelve a salir al aire libre. Más gritos. Y algo peor: estrépito de entrechocar de armas. Rugidos en una jeringonza bárbara. No hay nadie en el pasillo donde se encuentra, pero ve hombres luchando en otro. Un galo le rebana el cuello a un romano, lanzando una rociada de sangre que relumbra al sol. Un hombre cae. Nonus se da cuenta de que es el soldado que marchaba junto a él, el que decía que lo estaba volviendo loco con su cháchara. Ya no tendrá que preocuparse por eso. El bárbaro se inclina para despojarle de su armadura. Otros compatriotas suyos pasan corriendo a su lado. Uno le ve y le grita, señalándole. Aparecen y desaparecen de la vista tan deprisa que Nonus no puede contarlos, pero a cada momento son más.

—¡Tú! —Es un soldado, una planta por debajo de Nonus—. El legado va a los establos. ¡Corre!

Nonus obedece. Atraviesa un horrible laberinto de pasadizos. Choca con esclavos,

aparta sillas a patadas. Sale a trompicones de la villa, buscando los establos. Ve la horda de gladiadores que se acercan a la carrera. Y corre en dirección contraria, saltando sobre los cuidados setos, salpicando en los estanques. Los gritos lo siguen, cada vez más cerca. Pero entonces huele los establos. Cambia de dirección, se abre paso entre un bosquecillo de moreras, irrumpe en una hilera de cuadras, hombres y caballos. Encuentra al legado dentro de un enjambre de frenética actividad y piensa que eso no puede estar ocurriendo. No así. No con el comandante con la armadura ajustada apresuradamente sobre esa túnica naranja, forcejeando para asegurarse el casco mientras se precipita hacia su caballo. Una vez montado, ladra unas órdenes. «¡Soldados, a mí! ¡Mantened la formación! ¡Las armas listas! ¡Los escudos arriba! ¡Adelante!».

Nonus se ha dejado el escudo atrás, pero por suerte tiene su espada, que aferra en un puño con los nudillos blancos. El pequeño grupo se mueve como un solo hombre, unos montados, otros a pie, para alejarse. ¿Y qué pasa con los que todavía están luchando en la villa? No lo pregunta. ¿Y qué será de la familia propietaria de la casa? Le da lo mismo. ¿Y de su hermano? Intenta no pensarlo. Lo único que importa es llegar a la legión. No pueden estar lejos, a poco más de un kilómetro. Tal vez, pero va a ser un kilómetro de pesadilla.

Apenas han avanzado unos cientos de metros cuando la horda de esclavos cae sobre ellos. Llegan primero por detrás, aullando y ladrando, y luego una turbamulta sale de los bosques a la derecha. Los rebeldes los rodean. Son como animales cazando en manada. O incluso peor, porque los animales no caminan sobre dos patas ni hablan con palabras que para Nonus no son palabras, golpeándose el pecho, gesticulando y lanzando puñetazos al aire. Muchos van desnudos o casi desnudos. Algunos tienen la cara azul. Uno tiene el pelo todo de punta, como si llevara una tabla sobre la cabeza. Sonríe y lleva una guadaña que blande arriba y abajo, con los músculos hinchados por el esfuerzo. Y lo peor es que muchos llevan trozos de armaduras romanas. Un casco allí, un chaleco allá, grebas en algún tobillo... Es como si hubieran descuartizado a los soldados.

No atacan todos a la vez. Quieren disfrutarlo. Atacan de uno en uno, cualquiera que sea el arma que empuñen. Y cada vez desde una dirección distinta, cada uno un monstruo aullando, apenas humano. Los soldados romanos se mantienen unidos, defendiéndose, atacando cuando pueden. Varios gladiadores pagan el precio. Aquí uno con una jabalina clavada en el pecho, otro con un corte en la mejilla ensangrentada. El propio legado se enfrenta con uno que intenta coger las riendas de su caballo. Le pega un mandoble en el brazo que le rompe el hueso y le hace alejarse con el brazo colgando.

Se acabaron las estocadas. Los mandobles también funcionan.

Pero no es suficiente. Cada bárbaro al que abaten es sustituido por otros dos. Y ni siquiera son todos gladiadores galos o tracios, como Nonus siempre ha pensado. Algunos parecen esclavos de granja. Otros son solo niños o pastores. Incluso hay

mujeres entre ellos, añadiendo sus agudos chillidos a la cacofonía.

El soldado detrás de Nonus recibe una estocada en el cuello. Otro cae bajo el golpe de un martillo en la sien. Otro, por un salvaje que agarra el escudo romano y lo arroja a la turbamulta. El galo de la guadaña por fin ataca, blandiéndola con furia. Una piedra alcanza en la sien a un oficial romano, que sale despedido hacia delante. El de la guadaña siega con la hoja, mientras sus compañeros se apartan de un salto, y le corta al romano las dos piernas a la altura de la rodilla. Nonus jamás ha oído gritos tan horribles.

Cuando se desploma el soldado que tiene al lado, Nonus alza el escudo justo a tiempo para bloquear un hacha que cae con una fuerza tremenda. El golpe le dobla el brazo y le estrella el escudo de madera contra la cara. Le sangra la nariz. Acto seguido, el hombre le da una patada que lo derriba. Los romanos cierran filas a su alrededor, para impedir que el salvaje lo destruya con su siguiente golpe.

Esto no puede durar mucho más. La aritmética no favorece a los romanos. Tal vez estén perdiendo tantos hombres como el enemigo, pero sus números decrecen mientras los gladiadores parecen cada vez más. Pero también han seguido avanzando y la villa queda ahora lejos. Marchan a través de los campos, tropezando en la maleza baja. A un lado de una arbolada colina, y delante de ellos, más abajo en el valle, está la legión. Cossinio, más alto que los soldados de a pie y con mejor visibilidad, debe de llevar ya un rato viéndola. Grita y pone el caballo al galope. Los lictores hacen lo mismo. Es evidente que pretenden arremeter contra el enemigo y llegar hasta la legión. El caballo del legado empuja a un lado a un gladiador que es pisoteado por otro caballo. Otros se apartan de su camino. Cossinio sostiene en alto la espada y ataca a los salvajes a su paso. Por un momento, parece que conseguirá atravesar las líneas.

—¡No! —grita Nonus, sabiendo que la huida hacia delante de Cossinio significa su propia muerte. Solo una palabra, y el momento de gloria del legado termina.

El arma que lo abate es tosca. Un galo le hunde en la axila un largo palo de madera con la punta afilada. El impulso del caballo al galope hace casi todo el trabajo, levantando al legado y haciéndolo girar en la silla. El romano cae a un lado, vulnerable a otro galo. Este le destroza la cabeza con un garrote. Cossinio se queda yerto. Los lectores cabalgan en círculos, atacando con sus hachas ceremoniales, guiando a sus caballos a la melé para intentar rescatar al comandante. Los soldados en torno a Nonus se precipitan hacia delante mientras los bárbaros convergen sobre el legado.

Alguien agarra a Nonus del brazo y tira con tanta fuerza que lo hace girar en torno a Volesus.

—Vamos —le apremia su hermano, con los dientes apretados. Vuelve a tirar de Nonus hacia el bosque, y luego lo suelta con un gesto brusco, como asqueado por su contacto. Volesus echa a correr hacia los árboles y la falda de la ladera más allá, hasta desaparecer de la vista.

Nonus se lo queda mirando, estupefacto. ¿Volesus ha huido corriendo? Pero si es un veterano. Si luchó con Sila en... Un grito hiende sus pensamientos y los centra en él mismo. ¡Es Volesus, un veterano que luchó con Sila! ¿Quién iba a saber mejor cuándo era el momento de huir?

Nonus lo sigue, maldiciéndose por haber vacilado. Cada paso es un sufrimiento, con la sensación de que una jabalina o una espada está a punto de clavarse en la espalda. Cuando llega a los árboles, no se lo puede creer. Se lanza entre ellos, arañado por los matorrales. Llega a la pendiente y empieza a trepar, con pies, manos y rodillas, avanzando hacia la supervivencia como un hombre a punto de ahogarse que tiende la mano hacia la superficie y se da cuenta de que sus propios miembros pueden alzarlo hasta ella. Es una revelación.

¿Quién iba a imaginar que la cobardía fuera tan buena opción?

Drenis

Drenis está reunido con los demás, hombro con hombro con los veinte compatriotas elegidos para este propósito. No está lejos el esclavo de las orejas destrozadas, el hombre al que llaman Musaraña, cuyo rostro enjuto refleja un miedo de muerte. Tal vez está asustado por todas las muertes que ha provocado con sus actos. El sendero es estrecho, un extraño lugar para reunirse, pero es donde el esclavo nolano dijo que deberían atacar. Drenis escucha el creciente caos que hay al otro lado de los muros que los apretujan. Recuerda lo que dijo Espartaco cuando planeaban esto. La sorpresa tenía que ser su primer arma. La distancia, la segunda. La oscuridad, la tercera, con la luz del alba justo allí donde la necesitaran.

Y todo ha sido tal como dijo.

La sorpresa, porque nunca habían atacado toda una ciudad. Villas, sí, y pueblos, granjas y templos. Pero nunca un sitio tan grande como Nola, situada en la llanura entre el Vesubio y los Apeninos. Drenis la había visto de lejos en varias incursiones. Los ciudadanos debían de tenerles miedo, pero se había acostumbrado a que los rebeldes fueran a pie. ¿Por qué no se iban a sentir seguros los nolanos dentro de sus casas?

La distancia, porque estaban lejos de la ciudad cuando se puso el sol. Espartaco los había hecho descansar todo el día anterior. Despertaron en la oscuridad y marcharon, porque la carretera estaba justo ahí para ellos, y pudieron avanzar kilómetros. Unos cuantos, liderados por Espartaco, Crixo y Enomao, fueron por delante. Mientras la ciudad dormía, exploraron los mejores puntos de entrada, planearon y coordinaron. Las guarniciones de la ciudad tenían torres de vigilancia en los lugares obvios, de manera que entrarían por los sitios menos obvios.

La oscuridad, porque la marea de insurrectos llegó bajo un cielo sin luna. Ocuparon sus puestos sin ser vistos. Había muros que escalar y puertas cerradas que forzar, pero las defensas de la ciudad eran débiles, reliquias de los tiempos de los reyes y los primeros días sangrientos de la república. De manera que en este caso no hubo asedio, sino un callado avance sobre este trecho de muro, a través de una puerta oxidada. En la oscuridad, muchos de ellos estaban dentro de la ciudad antes de que se diera la alarma. Y cuando se dio la alarma —primero los perros, luego los gritos y finalmente los cuernos y una enorme campana que tañía en lo alto de una torre— la oscuridad todavía era su amiga. Abrieron las puertas a golpes, y los que todavía estaban fuera entraron a toda prisa, ya sin preocuparse del ruido, gritando. La masacre fue rápida y fácil al principio, la sorpresa todavía un arma a su favor.

La luz del alba, porque llegó justo cuando ya había empezado la matanza, para que vieran mejor. Y el trabajo auténtico comenzó cuando despuntaba la mañana.

Todo tal como Espartaco había dicho.

Drenis agradece tener esa misión. Es mejor esto que andar saqueando de casa en casa, asesinando hombres y violando mujeres. Espartaco les dijo que solo mataran a los que les hicieran frente. No aprobaba las violaciones, pero sabía que no podía prohibirlas y esperar que le hicieran caso. Si tenía que haber violaciones, que solo sufrieran las propietarias de esclavos, solo las que jamás comprenderían lo justo de su causa. Unas ideas que estaban muy bien, piensa Drenis, pero ¿cómo distingue uno a un esclavo de alguien libre en un instante? ¿O cómo distingue el miedo del odio bajo la oscilante luz de las casas en llamas? ¿Y cuántos entre ellos dejarían marchar a una mujer en la exaltación del saqueo, cuando la sangre bulle frenética y la lujuria se desata? Libre o esclava, noble o campesina, ninguna mujer estaría a salvo este día. Es una de las muchas cosas que le dan picores, que le provocan el ansia de ponerse en marcha.

La espera es lo peor. Eso y escuchar a las almas condenadas a la muerte. Es un extraño estrépito en la luz creciente de la mañana. Se pregunta, por enésima vez desde que apareció Musaraña y le metió esa idea en la cabeza, si estará ella aquí. Y en ese caso, ¿está oyendo la masacre? ¿Estará sumida en ella en este momento? ¿La violarán antes de que él llegue a su lado? Menea la cabeza y se recuerda que no, no es eso lo que dijo el esclavo. Habría tiempo, había dicho, de llegar al *ludus*. Allí habría esclavos encerrados a los que liberar, pero no durante los primeros momentos de la batalla.

Drenis le reza a Bendis para que esté en lo cierto. Bendis parece la única diosa apropiada para esa oración en concreto. ¿Quién mejor que ella para proteger a alguien nombrada en su honor?

Algo le roza la pierna. Una rata. Levanta el pie para pisarla, pero la alimaña desaparece entre las sombras. Drenis le da un codazo a Musaraña.

—¿Todavía tenemos tiempo?

La cara del hombre está pálida a pesar de su piel color cuero. Dice algo, pero no es una respuesta. Drenis le presiona, pero entonces llega Espartaco. Tiene la cara salpicada de sangre. Drenis se abre paso hacia él y tiende la mano buscando heridas. Espartaco sonríe.

—La sangre no es mía. Esto se lo vamos a dejar a ellos —añade, indicando el tumulto fuera del corredor—. Ya están en ello. Esta ciudad es nuestra. Nosotros tenemos otro objetivo. —Se vuelve hacia el hombre de las orejas destrozadas—. Guíanos.

El hombre da un respingo del susto. Señala en la dirección que deben avanzar y encabeza la marcha. Mientras caminan, Espartaco les asegura que esto ya ha sido un éxito mayor de lo que ninguno podía haber soñado.

—Podréis saquear a vuestro antojo, pero primero debemos pensar en nuestros hermanos. Por eso hacemos esto.

Los otros lo confirman con gruñidos y ecos de sus palabras. Drenis guarda

silencio y piensa. «Por nuestros hermanos sí, pero no solo por ellos».

Cuando el hombre acudió a ellos unos días antes, tartamudeaba nervioso y parecía que lo hubieran arrojado a un foso de leones. Aun así, había salido de ese foso por su propio pie. Mencionó un nombre, y ese nombre fue como una llave. Eso fue lo que le abrió la tienda del consejo. Por eso se sentó en compañía de Espartaco y Gaidres, Nico y el propio Drenis.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Espartaco, interrumpiendo sus balbuceos.

—Mi-mi amo me llama Musaraña.

«Un nombre muy adecuado», pensó Drenis.

—¿Debo llamarte yo también así?

El hombre se encogió de hombros.

—Musaraña, habla más despacio —dijo Espartaco—. Y bebe algo. Parece que lo necesitas.

Musaraña aceptó el odre que Dolmos le ofrecía. Lo volcó y estrujó el cuero mientras chupaba de él. Drenis advirtió que le faltaban los meñiques de ambas manos. No era probable que fuera una herida accidental, como tampoco el jirón de piel arrancado en los lóbulos de ambas orejas. Esos jirones de piel lo marcaban como un esclavo de muy poco valor. Quien hubiera sido su dueño había querido que todos lo vieran. Tal vez eso fue lo que le impulsó a huir y buscar a los gladiadores, a proclamar que tenía algo que ofrecerles.

Espartaco aguardó hasta que el hombre se recompuso y luego le preguntó:

—¿Tú trabajabas en un *ludus* de Nola?

Musaraña se apartó de la cara el pelo sucio y asintió con la cabeza. Era un *ludus* miserable, explicó, que no tenía una arena grande como el de Capua. El hombre que lo dirigía, Spurius Bruttia, había tenido muy poco éxito de momento, pero planeaba construir una arena, hacer que Nola rivalizara con Capua en la celebración de juegos. Para prepararse había comprado gladiadores y hombres para que los entrenaran y vigilaran. Spurius era malvado hasta un grado inconcebible. Obtenía placer de toda clase de torturas, en la arena y fuera de ella. Aquellos desgraciados que habían caído en su poder lo tenían muy crudo.

—Cuando pediste una audiencia conmigo, mencionaste cierto nombre —dijo Espartaco—. Dilo de nuevo y explícame por qué está en tu boca.

Musaraña miró en torno al círculo de tracios, intentando interpretar sus intenciones. Pronunció entonces el nombre, susurrándolo con una inflexión que lo convirtió en una pregunta.

Drenis, al oírlo, lo repitió en voz alta.

—¿Skaris? ¿Nuestro Skaris? ¿Qué es de él? ¿Está vivo?

El hombre asintió.

Drenis tragó saliva. Su Skaris, un hombre al que conocía desde que tenía memoria. Había sido como un hermano para Espartaco, el único de ellos que era su igual físicamente. La última vez que Drenis había visto a Skaris fue en el mercado de

esclavos de Roma, cuando los vendieron a distintos amos y diferentes destinos. No esperaba volver a saber de él, a menos que fuera la noticia de su muerte en algún circo. Estaba seguro de que Skaris solo vivía ya en los recuerdos de una época y un lugar que habían desaparecido hacía mucho. Pero aquel hombre acababa de decir que seguía vivo y estaba cerca.

Puesto que los demás estaban también estupefactos, Drenis fue la voz de todos ellos:

—¿Goza de buena salud?

—Sí. Es un gigante —contestó Musaraña—. Si lo conocéis, lo sabréis. Durante un tiempo estuvo luchando en Roma, siempre victorioso, hasta que mi amo lo compró y lo trajo a Nola. El lanista quiere que esté fuerte. Cree que será una gran atracción.

—Sí —intervino Espartaco—. Ya me imagino. No hay muchos como Skaris sobre la faz de la tierra. Musaraña, mírame a la cara y dime que lo que has dicho es cierto. Que Skaris, mi compatriota, vive y está cerca. Un hombre al que conozco desde que éramos niños, al que he amado y a cuyo lado he luchado. Un hombre que ya creía muerto. Mírame y dime si de verdad está vivo.

El nolano contestó:

—Hace solo tres días, cuando escapé del *ludus*, Skaris vivía y gozaba de buena salud. Él quería que lo supierais.

Espartaco miró de reojo a Gaidres, luego a Drenis y a varios otros.

—¿Skaris sabe de nosotros?

—Sí. Tu nombre está en muchas bocas. A todos los que se unen a ti los llaman los Sublevados. Los niños escriben las palabras en los muros. Skaris, al enterarse de lo que estabais haciendo, quiso enviaros un mensaje.

—Los Sublevados. —Espartaco se quedó reflexionando un momento y luego preguntó por el mensaje.

El nolano vaciló.

—Estas son las palabras que deseaba que dijera. No son mis palabras, sino las tuyas. Skaris dijo: «Deja de perder el tiempo, so idiota. Libérame para que podamos ganar esta guerra».

Drenis se echó a reír. No solo por las palabras, sino por la manera en que Musaraña las pronunció, poniendo la voz muy grave, cortante y con ímpetu, como el mismísimo Skaris.

—¿Lo llamó una guerra? —preguntó Gaidres—. Para ser tan grandullón, no es ningún estúpido.

—Dijo además que si no podías molestaros en salvar a un compatriota, lo hicierais para vengaros de Sila.

Espartaco ladeó la cabeza.

—¿Y qué quería decir con eso?

El hombre mostró una parca colección de dientes torcidos.

—Dijo que preguntarías eso, justamente así, como lo has hecho. Cuando Sila

volvió de Tracia, construyó una villa en Nola. Le arrebató las propiedades a los lugareños y se las dio a sus veteranos. Siguen viviendo allí, igual que los hombres a quienes robaron. Sila ya no está, claro, pero muchos hombres que lucharon por él todavía viven.

—Y algunos de ellos están en Nola —apuntó Espartaco.

Musaraña asintió y empezó a parlotear de los silanos en Nola, nombrándolos y describiendo sus propiedades.

Pero Espartaco no escuchaba. Tenía la mirada perdida y sus dedos hacían pequeños movimientos. Al verlo, Musaraña dejó de hablar.

—¿Hay allí más compatriotas míos?

—¿Tracios? Sí, unos cuantos. Pero solo son mujeres.

A Drenis se le aceleró el pulso. Por un momento no supo por qué.

—¿Mujeres medas? —quiso saber Nico.

La expresión del nolano dejaba claro que no tenía ni idea de cómo diferenciar a un tracio de otro.

Cuando parecía que aquello zanjaría el tema, Drenis preguntó:

—¿Por qué nombres se las conoce? —Y de inmediato sintió que se sonrojaba. Una pregunta tonta. Por preguntas así se habrían burlado de él en su infancia. Incluso ahora, si supieran en lo que estaba pensando, sus camaradas se reirían de él. Intentó no mostrar en su expresión la ansiedad que sentía.

Musaraña meneó la cabeza.

—No conozco sus nombres. Solo sé que son tracias. Dos de ellas. Y una niña también. Se las dan a los hombres, ya sabes...

No terminó la frase, pero Drenis lo entendió perfectamente. Dos de ellas. Era algo a lo que aferrarse. Aquellas palabras permanecieron en la mente de Drenis cuando los otros pasaron a otros asuntos. Dos de ellas. Quería preguntar más cosas. ¿Qué aspecto tenían? ¿Era una de ellas una belleza de pelo rubio? ¿Se llamaba Bendidora? Pero no podía preguntar nada de eso. Era ridículo incluso tener alguna esperanza. Habían pasado más de dos años y muchos horrores podían haber caído sobre ella ya. Pero eran dos y eran tracias. Tenían que ser alguien. ¿Por qué no podía una de ellas ser su Bendidora, la mujer a la que estaba prometido y que luego se le negó? La vio tal como estaba aquella primera vez en el salón de Muccula, cuando no podía cansarse de mirarla y deseaba con todas sus fuerzas estrecharla contra él.

Gaidres rompió un silencio que Drenis no había ni advertido.

—Espartaco, ¿qué estás pensando?

—Ya lo sabes.

—¿Qué? —resolló Drenis.

—Pero eso no lo estabas pensando hace un momento —protestó Nico—. Yo también quiero a Skaris, ¡pero no podemos atacar toda una ciudad para liberar a un hombre!

Drenis se dio cuenta de lo que hablaban. ¡Sí, podían atacar la ciudad! Era lo que

había que hacer. Y no solo por Skaris. También por las mujeres tracias. Por Bendidora. Esa idea de pronto parecía enorme y apremiante. Justo de eso se trataba todo aquello. Después de haber escapado del *ludus* de Batiato, Drenis ansiaba huir de Italia, correr al norte y subir por las montañas alpinas y recorrer todo el camino hasta Tracia. De vuelta con Bendidora, con quien volvería a prometerse si todavía vivía allí. Pero no lo hicieron. Espartaco dijo que eso solo significaría una tregua temporal, que no cambiaría nada en Roma. La historia que tenían a sus espaldas se convertiría en el futuro de ellos otra vez. Hablaba con lógica, y Drenis no podía hacer otra cosa que seguirlo. Pero su mente jamás se apartaba mucho tiempo de la mujer que se le había negado.

Espartaco frunció los labios y se encogió de hombros.

—A lo mejor podemos atacar toda una ciudad por muchas razones. Skaris cree que podemos. No habría enviado a este de haberlo dudado. —Se inclinó hacia el esclavo nolano y dijo con voz serena—: Tú nos ayudarás a entrar en la ciudad.

«Di que sí —pidió Drenis en silencio—. Di que sí».

El hombre reflexionó un momento y asintió con la cabeza.

—Has accedido demasiado deprisa —objetó Espartaco—. ¿Por qué estás tan ansioso por volver a un lugar del que acabas de escapar?

Musaraña alzó las manos y con los pulgares hizo ademán de tocarse las puntas que le faltaban de los pulgares. Con un gesto más vago se señaló las orejas heridas.

—Esto que veis no es nada comparado con otros tormentos que no se ven y que me infligió mi amo. Quiero que sufra más de lo que pueda imaginar. Quiero asistirle una vez más, a mi manera.

—¿Y tú crees que podemos lograr eso?

El hombre encogió sus estrechos hombros.

—Si Espartaco no puede, ¿quién va a poder? Y si no ahora, ¿entonces cuándo?

Mientras corre por las callejas de Nola con el pequeño grupo de tracios y el esclavo que los guía, Drenis piensa en el nombre de ella: Bendidora. Lo invoca una y otra vez. Lo convierte en una oración. Que una de las mujeres del *ludus* del malvado Spurius sea su Bendidora. Sabe que es un deseo egoísta, porque significa que desea que haya sido una esclava y sufrido mucho. Eso está mal y lo sabe. Pero él solo desea poder rescatarla y que ambos se unan como deberían haberse unido. Juntos y libres.

Se cruzan con nolanos varias veces por las callejuelas. En cada ocasión Musaraña se queda atrás y los gladiadores empuñan sus espadas. Los hombres caen, porque Espartaco no les concede piedad. A las mujeres las apartan a patadas, aunque una intenta clavarle un atizador a Dolmos en los ojos. Nico le corta el cuello.

También se cruzan con esclavos. A algunos los matan, pero solo cuando no están seguros y deben decidir en un instante si son enemigos o no. A los que responden deprisa y muestran una marca o una argolla al cuello o una oreja hendida, los dejan en paz. Y son muchos. Espartaco los hace a todos gritar en latín y tracio, en griego si lo hablan. Los esclavos de la ciudad son libres. Los amos de Nola ya no son amos.

Los hombres gritan también el nombre de Espartaco, para que tanto los amos como los esclavos sepan quién ha teñido de sangre el amanecer.

—Allí —dice por fin Musaraña, jadeando; tiene el rostro empapado en sudor. Se pasa constantemente el dorso de la mano por los labios, como si tuviera un mal regusto—. Ahí está. —Señala con el dedo.

El *ludus* se anuncia con grandes letras rojas pintadas sobre la puerta y con murales de hombres luchando. Los dibujos dan color al edificio, pero no esconden la argamasa desconchada, ni el lamentable estado del tejado ni el desorden de lo que parecen distintas estructuras apiñadas. La puerta principal está cerrada y vigilada por un joven sentado en un taburete y aparentemente agitado. El caos todavía no ha llegado hasta aquí, pero se percibe en el aire.

En cuanto el joven los ve, se levanta de un brinco y se pone a gritar y aporrear la puerta, suplicando que lo dejen entrar. Nico llega el primero. Lo ensarta por la espalda y lo agarra por el hombro, mientras mueve su espada y corta de un lado al otro, hasta que el muchacho se desploma.

Dolmos apoya el hombro en la puerta y empuja, pero Musaraña aconseja:

—Déjalo. Hay una forma mejor.

Los lleva a un lado del *ludus* y les muestra un cobertizo bajo. Trepan a él uno a uno. Desde el tejado alcanzan la cornisa de un muro más alto, desde donde pueden ver el interior. Una zona de entrenamiento: postes, cuadrados de arena... Drenis se detiene un momento mientras los otros pasan de largo. Se pregunta si alguno de ellos verá la ironía de que estén entrando a la fuerza en un *ludus*. No parece que la vean. Saltan uno tras otro, y Drenis es el último. Cae con fuerza en la arena, pero flexiona las piernas y rueda por el suelo, manteniendo arriba la mano que sostiene la daga.

—¡Vamos! —grita Espartaco, señalando en todas direcciones—. ¡Como he dicho!

Con eso quiere decir correr por todo el lugar, matando a los amos o a los que todavía les sirvan, liberando a los que estén encadenados. Y lo más importante: hay que encontrar a Skaris. Según Musaraña, había seis hombres empleados como guardias, y otros seis que eran esclavos con la tarea de mantener a raya a sus compañeros de esclavitud. Por eso Espartaco ha elegido a veinte hombres para esa misión, sin contar a Musaraña.

—¡Tracios! —grita Musaraña, con voz tan alta que las cabezas se vuelven—. El *dominus* es un hombre calvo. El único que hay aquí. No lo matéis. Lo quiero yo.

Todos salen corriendo en distintas direcciones. Drenis vacila por segunda vez. Quiere seguirlos a todos, o ponerse delante de cada uno para ser el primero que vea a Bendidora. No le ha dicho a nadie lo que espera encontrar aquí, de manera que ninguno sabe de sus derechos sobre ella. Si no está presente para detenerlos, todo podría ir mal. Pero no puede seguirlos a todos. Y entonces piensa en Musaraña. ¡Por supuesto! Debería haberle preguntado dónde encerraban a las mujeres. Lo busca con la mirada, pero no lo ve por ninguna parte. Todo el mundo grita. Estrépito de metal, ruido de cosas que caen. Chillidos, el retumbar de pies en el suelo. Y él sigue sin

poder moverse, por temor a equivocarse.

Espartaco sale de uno de los pasadizos. Tiene la espada ensangrentada, como el puño de la otra mano.

—¡Drenis! —exclama—. ¡No te quedes ahí! Sígueme.

Drenis obedece. Tiene que hacerlo, aunque solo puede pensar en ella. Está detrás de Espartaco cuando un guardia intenta atravesarlo con una lanza. La punta pasa sobre el hombro de Espartaco y casi se hunde en la cara de Drenis. Espartaco agarra la lanza y de un tirón saca al hombre de la alcoba en que se escondía. Le da un pisotón en la espinilla rompiéndole los huesos. El hombre grita, pero solo un instante, porque el gladiador utiliza su lanza para acabar con él.

Y Drenis lucha a su lado cuando dos hombres con grandes escudos y espadas romanas les salen al paso en la puerta de los aposentos de Spurius. Drenis no sabe muy bien cómo mata a uno de ellos, pero lo hace. Un momento después tiene su espada en la mano. Se queda así, empuñando a la vez la espada y la daga, mientras Dolmos abre de una patada la puerta de los aposentos del lanista. Dentro estallan chillidos de terror. De pronto llega Nico y es el primero en entrar, seguido del alto Dolmos.

El tercero es Musaraña, pero Espartaco lo agarra del brazo y le ordena que le lleve a Skaris.

—¡Spurius tiene que ser mío! —exclama Musaraña.

—Y lo será. Pero primero, Skaris.

Musaraña ya no se muestra tímido, pero Espartaco es Espartaco, al que no se puede desobedecer. El nolano les muestra el camino, llevándolos por una oscura escalera hasta un nivel subterráneo. Es un pasaje húmedo, de aire cargado de hedor a sudor, orina y heces. Cuando llegan a la hilera de jaulas, Espartaco llama a Skaris por su nombre, hablando en tracio.

—¡Ya era hora, cojones! —brama la voz de Skaris—. Debería partiros el cuello. ¿Os creéis que me gusta estar aquí mientras vosotros andáis correteando por ahí?

Drenis jamás había oído palabras más dulces. Skaris está vivo. Espartaco mete la mano por los barrotes y tantea el aire hasta que lo toca. Se aferra entonces a él, los dedos entrelazados en su pelo. Espartaco sonrío.

—¿Y este quién es? ¡Drenis! —Su mano callosa es tan áspera como para hacer daño cuando agarra a Drenis por el mentón.

Pero a Drenis le da igual. Sonríe tanto como Espartaco. Skaris volverá a luchar junto a ellos. Y si eso es posible, también será posible volver a reunirse con Bendidora.

Tardan un rato en trastear en la penumbra con las llaves que Espartaco ha cogido a los guardias abatidos. Skaris sigue con sus joviales quejas mientras los otros hombres encerrados ruegan que los liberen también. Las jaulas no son verdaderas celdas como las de ellos en el *ludus* de Batiato. Son apropiadas solo para animales. Los presos están en cuclillas o acurrucados de lado, tan pequeño es el espacio.

Apiadándose de ellos, Drenis coge algunas llaves que Espartaco ha descartado y empieza a abrir celdas.

En algún momento, Musaraña se escabulle. Drenis ni lo advierte. Se maldice por su estupidez. Debería haberle preguntado dónde estaban las mujeres cuando tuvo ocasión. Se afana lo más rápido que puede, pero le tiemblan los dedos. Bendidora. Solo desea ir en su busca. Cada momento vibra cargado de peligro. Se pregunta dónde estará Nico y espera que no la encuentre.

Skaris abre de una patada su jaula con un rugido. Está fuera y en pie, enorme en aquel atestado espacio. Abraza a Espartaco como un brutal amante y le susurra unas palabras al oído. Y luego hace lo mismo con Drenis.

—Gracias, muchas gracias —dice. Y luego—: Dadme una espada.

Consigue una. Drenis va a preguntarle por las mujeres, pero se han puesto en marcha antes de que se le ocurra cómo formular la pregunta. Empujan a los otros liberados por delante. Al pasar junto a una jaula grande con un hombre dentro, Skaris dice:

—A este por mí podéis dejarlo aquí. Les dije que vendríaís y se meó en mi fe.

—Skaris, pedazo de bestia, no seas idiota. Abre mi jaula también.

Habla en latín con acento romano. La autoridad de su voz semeja la de un soldado. Una voz afilada, acostumbrada a dar órdenes, con autoridad suficiente para que Drenis vacile un momento. Una mano sale disparada entre los barrotes y le agarra el antebrazo. Drenis intenta zafarse, pero no lo consigue. Su cuerpo se estrella contra la jaula. Su rostro se aprieta contra los barrotes. Un rostro romano, aunque con una fina barba rizada.

—Libérame —le ordena a Drenis—. Me uniré a vosotros. Sé quién eres. Espartaco, ¿no?

—No —tercia Espartaco, que ha vuelto. Agarra al hombre de la muñeca, se la retuerce para que suelte a Drenis y luego vuelve a arrojarle el brazo entre los barrotes—. Espartaco soy yo, y no te conozco. He venido por Skaris, y ya lo tengo. Tú ve a tu destino.

—¿Mi destino? Mi destino es vengarme de Roma. Si me dejas aquí eres un insensato, Espartaco. Yo era un oficial romano. Caí en desgracia aunque no por un fallo mío. Me condenaron y me hicieron esclavo.

Espartaco no le hace caso. Va a marcharse.

—Pronto tendrás que luchar contra legiones enteras —insiste el hombre—. Sabes que ese día se acerca. ¿Quién mejor que yo para enseñarte a derrotarlas? Llévame como prisionero, si así lo quieres, hasta que sepas que soy fiel a mi palabra.

Espartaco mira a Skaris.

—¿Este quién es?

—Rufius Baebia —responde el hombretón—. Cayó en desgracia por algo y le ofrecieron la muerte o la arena. Habrás oído de él. Lo llaman el Persa.

Esto despierta el interés de Espartaco.

—¿Tú eres el Persa? Mi lanista tenía planes de enfrentarme a ti.

El romano sonrío.

—Tú le cambiaste los planes. Vuelve a hacerlo y lucharé a tu lado en lugar de contra ti. Esto estaba escrito. Elegí la arena como mi sentencia con objeto de poder vivir lo suficiente para ser libre de nuevo. Llévame con vosotros, tracios. Sé cosas que vosotros también querréis saber.

Espartaco le pasa la cuestión a Skaris, que se encoge de hombros.

—Este tipo ha sido un puto incordio, pero lo que dice es cierto. Sabe matar.

Eso zanja el tema. El Persa, que realmente es un romano, es liberado.

De nuevo en la planta principal, Drenis encuentra a Musaraña, que está ocupándose de su amo en la zona de entrenamiento. El calvo está desnudo, amordazado y atado a un poste de madera. Unas cadenas sujetas a argollas le separan mucho las piernas. Sus ojos brincan y tiemblan, más parecido a una musaraña que Musaraña. En comparación con él, el esclavo está sereno. Se arrodilla ante una bolsa abierta delante de él y trastea entre lo que parecen espantosos instrumentos médicos.

—Musaraña, ¿dónde están las mujeres?

El hombre mira a Drenis, molesto de que le distraigan de su tarea. Ha desaparecido la timidez de aquella primera entrevista, así como la trémula tensión de la espera en el callejón.

—¿Qué?

—Las mujeres tracias. Dijiste que había dos, y una niña. ¿Dónde están?

Musaraña señala con la cabeza un pasillo al otro lado del *ludus*.

—Por ahí. A la izquierda al final. —Y luego, como si se le acabara de ocurrir algo divertido añade—: Más te vale darte prisa. Otros hermanos tuyos han pasado ya por ahí.

Drenis se apresura. De nuevo se acuerda de Nico. Antes no lo sabía, pero lo cierto es que no se fía de él, no quiere que pose los ojos en Bendidora antes de que él la reclame como suya. Tiene que abrirse paso por el pasillo, porque los esclavos recién liberados están destrozándolo todo. Gira tal como le ha indicado Musaraña y sale a un patio abierto al cielo.

Ahí están. Dos mujeres y una niña. Las ve, pero le dan la espalda. Las dos son rubias. El pelo de la niña relumbra rojo al sol de la mañana. Están vivas. Esa esperanza de Drenis se ha cumplido. ¿Y las demás?

Baja la espada y desliza la daga bajo la cuerda que le ciñe el cinto. Se acerca a las mujeres. Están distraídas con Nico, que las ha encontrado primero. Tiene las cadenas en la mano, como si acabara de liberarlas. Hace gestos y habla, bromeando con ellas en tracio. Tal vez Drenis ha pensado mal de él sin razón. Son tracios. Aquí, en esta tierra extranjera, eso los hace hermanos. A las mujeres hay que liberarlas, no hacerles daño. Entonces se alegra de que Nico las tenga distraídas, pues eso le permite acercárseles por la espalda sin que lo adviertan.

Le pone una mano en el hombro a la que tiene más cerca. La mujer se vuelve

deprisa, la otra la imita. Drenis mira un rostro, luego el otro. Vuelve a mirarlos. Una cara es pálida, redonda, de ojos grandes. La otra es más delgada, pero también bonita, con una cicatriz que se riza partiendo de la comisura de la boca. Sus rostros le asaltan la memoria. En ambos ve Tracia. Ve hermanas y primas, madres y abuelas, mujeres admiradas desde lejos. Ve mujeres con las que ha yacido. Otras a las que ha deseado. Ve la joven a la que estaba prometido y que nunca poseyó. Eso es lo que más le duele.

Ninguna es Bendidora. Da igual lo mucho que las mire, a una y otra. Ambas siguen siendo quienes son. Dos mujeres a las que nunca ha visto antes, aunque haya cien fantasmas atrapados en sus facciones.

Drenis sigue ahí, con los brazos yertos a los costados, cuando aparece a su lado Espartaco.

—No te desesperes, hermano. Sé lo que deseabas. Es posible que ella jamás haya sido una esclava en esta tierra. No le desees la esclavitud. Desea en cambio volver a verla en Tracia. Ella tenía ojos para ti antes. Todavía es así, estoy seguro.

Alguien grita. El lanista. Al parecer, Musaraña ha comenzado su venganza.

—Escucha. —Espartaco tiende un pesado brazo por los hombros de Drenis y lo acerca hasta que sus frentes se tocan, sien con sien—. Puede que vuelvas a verla, no lo sé. Es posible. Pídeselo a los dioses, cualquier cosa es posible. Pero todas las cosas son también misteriosas. Deberías tener ojos para las mujeres a la vista. A muchas les gustas, Drenis. Algún dios te bendijo con un rostro que las mujeres adoran mirar. Los hombres te lo envidian. Harías bien en darles razones para tenerte más envidia, ¿no?

Espartaco lo suelta y sonrío.

—¡Pero ya está bien! ¿Hablando de mujeres en un momento así? Tiene gracia. — Y se marcha, gritando a otros, pidiendo informes de la situación, recordándoles que queda todo por hacer: silanos que matar, esclavos que liberar, armas que encontrar, armaduras que ponerse, una ciudad que someter.

Esta es otra victoria. Drenis sabe que debería concentrarse en ella. Lo hará. Solo desearía poder apartar de su mente el sueño de Bendidora.

—¿Por qué la deseo tanto? —pregunta.

Es solo un suspiro. Nadie se detiene a meditar la cuestión con él.

Sura

—Hermana —susurra Sura—, no deberíamos hacer esto ahora. Espartaco está...

Astera alza la vista. Sus ojos cortan. Es solo una mirada, pero con eso le basta. Está diciendo que Sura no debería volver a mencionar lo que ya ha sido desechado. Está diciendo que Sura está demasiado cerca y oyendo cosas que no ha sido invitada a oír. Debería apartarse y hacer únicamente lo que se le pide. Como suele ocurrir, hay un reproche en sus labios fruncidos, una ceñuda decepción grabada en sus cejas.

Sura retrocede. Lleva en los brazos un cachorro de perro negro, aunque está sucio y sarnoso y no le gusta tocarlo. Se vuelve adonde se supone que debe estar. Junto con Cerzula y Epta —que también llevan cachorros— forman los vértices de un triángulo en torno a Astera y la niña, Laelia. Eso es lo que Astera quiere que haga. Ser el vértice de un triángulo, igual con las otras dos, y mantener calmados a los cachorros para que no ofendan a la diosa. ¿Está mal que Sura quiera más? Quiere aprender las palabras que Astera utiliza para hablar con Cotito. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Por qué solo puede conocerlas Astera, y ahora esta niña? ¿Está mal odiar a la niña por haberse convertido en la mano derecha de la sacerdotisa? La niña debería tener un cachorro en brazos. Ni siquiera es tracia.

Pero lo peor es que no deberían estar haciendo eso ahora. Deberían estar con Espartaco. En este mismo momento, Espartaco podría estar luchando por su vida. Podría estar muerto, aunque si muere la noticia les llegaría volando más rápido que los gorriones. Aun así, podría morir. ¿Entonces por qué sigue Astera con un ritual que podría dejarse para más tarde? Esto es algo que ya han hecho varias veces, una sencilla ofrenda a la diosa. No es nada que deba hacerse ahora mismo. Todo esto bulle furioso dentro de Sura. Quiere estar junto a Astera, tan cerca que puedan susurrarse la una a la otra mientras aprende el conjuro, y quiere soltar al cachorro y correr hacia la muchedumbre congregada para ver a Espartaco enfrentarse a Enomao en una lucha que dejará muerto a uno de ellos.

Las cinco están solas en el espacio que Astera reclamó la primera noche en Nola. Había sido el jardín de una villa construida en una elevación en los límites de la ciudad, donde las colinas comenzaban a convertirse en montañas. Los propietarios, ahora muertos, recorrían estos senderos y olían estas flores y contemplaban los peces en los estanques y las vistas de un mundo que creían poseer. Ahora pende en el aire la fragancia del incienso que Astera les mandó buscar por toda la ciudad. Ahora es un lugar sagrado, no un lugar de ocio. Un sitio donde atraían la atención de la diosa y daban gracias por todo lo que habían conseguido gracias a ella.

Y gracias a Espartaco, que ahora podía estar muriendo.

Astera trabaja como si no fuera consciente de la enormidad del momento. Entona

su hechizo. Dirige la mano de Laelia, a la que ha adjudicado la tarea de dejar caer las hierbas en el cuenco de agua. Primero un pellizco de esta. Luego aquella. Señala con los dedos y la niña hace lo que le indica. Sura podría hacer lo mismo. Intenta disimular su irritación.

Echando un vistazo a Cerzula, la mayor de ellas, se pregunta por qué nunca reconoce el desprecio que se les ha hecho a todas. Se lo preguntó una vez, cuando estaban las dos a solas preparándose para llamar a la luna. Era tal vez la más importante de sus ceremonias. Ellas participarían solo al principio, preparando el círculo en el bosque, llamando a la diosa para que lo viera, calmando a las serpientes que Astera pronto tendría enroscadas en los brazos y el cuello. La parte verdaderamente importante, cuando Astera capturase a la luna llena en un cuenco de agua y hablara a través de ella directamente con la diosa, esa parte tenían prohibido verla. Irritada por ello, Sura le había preguntado a Cerzula por qué no podían participar en los misterios que les estaban vedados.

—Tú no tienes la bendición de la diosa —dijo Cerzula—. Y yo tampoco, pero servimos a alguien que la tiene. Conténtate con eso, hermana.

—¿Y la niña romana, ella sí está bendecida? —insistió Sura. Su rabia está más a flor de piel cuando no se trata de Astera—. ¿Por qué ella? Ni siquiera pertenece a nuestro pueblo. ¿Cómo puede contar ella con la bendición de la diosa? ¡Ni siquiera conocía el nombre de Cotito hasta que se lo enseñamos!

Cerzula había alzado la larga cola de una serpiente, que estaba a la vez suelta y tensa en su mano. La metió en una bolsa que luego se colgó al hombro.

—Yo no soy quién para decirlo —contestó.

Para Sura, Cerzula era irritantemente apagada y tolerante.

Ahora, Laelia coge un collar hecho de conchas ensartadas. Se lo entrelaza en los dedos y alza al cielo las dos manos. Sura ve moverse sus labios, pero habla en voz demasiado baja para entender sus palabras. Astera está a su lado, susurrándole al oído. La rodea con los brazos, como si la niña no pudiera sostenerse sola.

«Es débil —piensa Sura—. Es débil, es una niña y no es tracia». Se acuerda de cuando hundió la cabeza de aquella mujer en el agua, en Capua, la noche que escaparon. Piensa en ello a menudo. Qué fácil es tomar una vida, cómo puede hacerse en silencio y en secreto, no a voces y en público como prefieren los hombres.

Astera se aparta y contempla a Laelia, y luego se vuelve para mirar a Sura. Astera se acerca a ella y le separa los brazos con sus dedos finos. Coge el cachorro y dice:

—Tu mente no está como debería estar. Ve y sé mis ojos si quieres. Me serás más útil allí. Avísame cuando todo termine. —Y vuelve con Laelia.

La multitud reunida en el foro de la ciudad es densa. Hay hombres, pero también mujeres y niños. Todos quieren ver esto. Sura se abre paso, gritando cuando se lo bloquean. Ella es los ojos de Astera, proclama. Ordena a la gente que se aparte ante

los ojos de la sacerdotisa. Obedecen. Ser una de las mujeres de Astera conlleva sus beneficios. Las mujeres están seguras en su estela. Los hombres las miran, a ella, a Cerzula y a Epta, pero no se atreven a abusar de ellas. Ya no, aunque Epta lleva la prueba de que en otro tiempo sí abusaron de ella: un niño en su vientre. Probablemente se lo metieron dentro en Capua. Pero ¿quién? ¿Uno de los guardias? ¿Un gladiador? ¿Un amigo, un socio de Batiato? ¿O el propio Batiato? Las posibilidades son demasiadas. No hay nada que Epta pueda hacer al respecto, por lo menos hasta que el niño nazca. Luego, Sura en su lugar se libraría de él. Lo dejaría para que fuera cosa del pasado.

Ahora tienen el privilegio de contar con refugio y comida. Muchos les llevan animales para sacrificar, o regalos para Astera. Y sus mujeres son libres de elegir con qué hombres quieren yacer. Cerzula tomó a Gaidres como compañero, un hombre viejo, pero ella sostiene que es dulce al tiempo que fuerte. Epta evita a los hombres. No se ha llevado a ninguno al lecho desde que escaparon del *ludus* de Batiato. Muchos la habrían querido, incluso con un niño en su interior, pero ella se niega de plano. Sura está segura de que le gusta Drenis. Él no lo sabe, está ciego para algunas cosas, y Epta no hace nada para que se fije en ella.

¿Y Sura? Sura no puede tener al hombre que más desea. Y esto le crea malos pensamientos hacia Astera. Las otras mujeres tienen derecho a elegir, pero solo si su elección no es Espartaco. Espartaco es de Astera. Sura espera que eso cambie algún día.

De momento se ha dedicado a Kastor. En realidad, se fijó en él una noche después de ver a Espartaco caminar desnudo por el campamento. Espartaco iba gritando a todos que vieran lo que era: un hombre libre de hacer lo que quisiera. ¡Libre! Lo hizo con tal buen humor y confianza que a todos les encantó. Sura lo deseó entonces, pero no podía tenerlo. Momentos más tarde, pasó Kastor también desnudo, imitando jocosamente al tracio. No era lo mismo, pero tenía algo. En su jactanciosa confianza, no se tomaba demasiado en serio a sí mismo. Sus ojos azules reflejaban un constante buen humor. Llevaba una torques de plata al cuello y gruesos aretes en las orejas. Era un celta en estatura y fisionomía, pero no tan solo un celta. Había en él algo exótico. Y algo amable.

La primera vez que estuvieron juntos, Kastor la miró luego con una extraña expresión.

—No sé qué es lo que acaba de pasar, si te he follado yo a ti o tú a mí.

A ella le gustó oírlo. Sabía la respuesta, por supuesto. Ella lo había tumbado y se había refrotado contra él. Se echó hacia atrás y sintió toda su larga verga, que la tocaba en puntos que jamás le habían rozado. Se corrió así, sin pensar siquiera en Espartaco. Sí, sin duda, se lo había follado ella a él. Y pensaba hacerlo de nuevo.

—Cuando todo esto termine, deberías venir a Galacia —dijo él—. Allí hay muchos hombres como yo. Te gustaría. Y no soy celoso.

Era tentadora la perspectiva de encontrar muchos hombres como él. Aun así, él no

era Espartaco. Y los otros tampoco lo serían. Pero le gusta lo que le hace, y lo que dice al respecto. Aunque no sea tracio y no sea Espartaco, tal vez pueda contentarse con él. Si no hay otro remedio.

Sura llega al claro y se mantiene en el borde. Odia a Enomao, siempre lo ha odiado. Ahora está desnudo, una montaña humana, de abultados músculos y el peso de la carne sobre ellos. Su melena de pelo rubio sucio le confiere aspecto de león, con un poblado bigote. Sura odia ese bigote, le gustaría cortárselo con un cuchillo. Odia su desnudez. Odia sus cicatrices, testigos de heridas que deberían haberlo matado y no lo hicieron.

Comparado con él, Espartaco tiene una forma bella. Parece casi casto con su taparrabos. Estira su torso musculoso mientras charla con Skaris. Este es parecido a Espartaco, bien formado igual que él, pero más alto y ancho. Es él quien debería ser el campeón de los tracios en esta lucha. A juzgar por su rostro, que no es tan hermoso como el de Espartaco, está pensando eso mismo y se siente frustrado por ello.

Alrededor, la multitud murmura expectante, aunque sin alegría. Lo que sienten es miedo. ¿Están realmente dispuestos a matarse el uno al otro? Sura aborrece eso. Odia que, en su insensatez, el uno o el otro pueda cambiar la vida de todos con una estocada. No le ve sentido.

Ve a Drenis y se dirige hacia él. Le toca el hombro y lo hace volverse.

—¿Por qué está pasando esto? —Drenis no quiere apartar demasiado los ojos de los dos hombres, pero la mira cuando ella le aprieta el hombro—. Dímelo —insiste Sura—. Soy la propia mano de Astera. Habla cuando te lo pido.

—Yo creía que era la niña la...

—Esa no es más que una cría. ¡Yo soy la mano de la sacerdotisa! Explícame esto.

—Enomao desafió a Espartaco. Quiere ostentar el mando. Cree que debería ser suyo porque hay muchos germanos.

—Pero solo Espartaco tiene a la diosa con él.

—Sí. Y es el que más desea liderarnos. No obstante, Enomao lanzó el desafío. Dice que Espartaco se equivoca. Que deberíamos quedarnos aquí en Nola y saquear todo lo que podamos. Reforzar las murallas y lanzar un llamamiento a todos los esclavos para que se unan a nosotros, para que nuestras filas sean muy numerosas cuando lleguen los romanos. Espartaco dice que no, que deberíamos marcharnos. Que si no, los romanos construirán un muro a nuestro alrededor y nos tendrán atrapados. Enomao quiere luchar a la primera ocasión. Espartaco quiere luchar solo cuando nos convenga. Quiere solo victorias. Si podemos sobrevivir hasta que se enfríe la estación, acamparemos para el invierno y entrenaremos a un ejército. Muchos se nos unirán entonces. Y estaremos preparados para enfrentarnos a los romanos. Eso es lo que dice Espartaco. Y Enomao responde que no a todo.

Drenis vuelve a mirar a los dos contendientes, arrastrando con él la mirada de Sura. Enomao está bramando para soliviantar a sus germanos. Los hombres le responden con aullidos de lobo. Insulta a Espartaco, glorificándose él mismo. Aunque

sigue desnudo, ahora empuña una espada que parece un cuchillo largo de carnicero, afilado solo por un filo. «Es un carnicero», piensa Sura. Tiene también un escudo grande, rectangular y de bordes redondeados, desconchado y baqueteado, pero de aspecto todavía resistente, con tres discos de metal adornándolo. Parece ligero en su brazo, aunque en realidad debe de pesar mucho.

—¿Tiene que luchar desnudo? —pregunta Sura, arrugando la nariz de asco.

—Es un gaesatae —explica Drenis—. Los gaesatae son una orden entre los germanos. Sus miembros luchan desnudos. Piensa que eso los armoniza con el fluir del mundo.

—¿Y es verdad?

Drenis se encoge de hombros.

—Enomao es un insensato. Primero quiere correr a las montañas, luego quiere luchar a campo abierto. Después no quiere participar en las artimañas que nos proporcionan las victorias. No tiene más idea que la de oponerse a todo lo que diga Espartaco. Yo solo desearía que no fuera tan bueno en la arena. Aunque cometa un error, dicen que no puede morir. Tiene el favor de Wodanaz.

—Pues yo escupo a Wodanaz —dice Sura, y escupe para dar énfasis a sus palabras—. No tiene más que un ojo. Cotito tiene dos.

Drenis se muestra escéptico.

—Aun así, ojalá Espartaco no hubiera accedido a esto. Esta especie de duelo es una costumbre germana. —Se inclina entonces hacia ella para susurrar—: La verdad es que lo está haciendo solo porque Astera dice que Enomao es el que nos habría traicionado en nuestra fuga.

Sura se lo queda mirando a los ojos, sin saber muy bien a qué se refiere.

—La noche que nos sublevamos, alguien nos iba a traicionar. Astera señaló a Enomao. Y aunque no nos hubiera traicionado entonces, todavía nos puede traicionar. De manera que Espartaco se prestó a esto.

—Por supuesto. Ya lo sé.

Sura ve a Kastor, que se ha abierto paso hasta el claro y le está diciendo algo a Espartaco al oído. ¿Se estará ofreciendo para luchar en su lugar? La idea le constriñe la garganta. Por el bien de los Sublevados, Espartaco debe vivir. Eso lo sabe. Pero, por ella misma, también debe vivir Kastor. No tiene, sin embargo, que preocuparse mucho tiempo. Kastor toma la cabeza de Espartaco entre las manos y une sus frentes. Y eso es todo. Luego se aparta y se une a la hilera de espectadores. No va a luchar. Eso es bueno, y a la vez no lo es. Junto a él está el griego, Filón. Sura espera que no necesite la bolsa que lleva. Por la palidez de su rostro, él espera lo mismo.

Espartaco no les pide a sus hombres que aúllen por él. Se limita a decir que desearía que no tuviera que celebrarse el duelo. Desearía que Enomao lo considerara un hermano y confiara en él. Puesto que no es posible, han llegado a esto.

—Que así sea —declara—. Pero sabed que no albergo furia hacia Enomao ni hacia los germanos. Esto debe hacerse como algo entre hombres. Enviaré a Enomao

al otro mundo para que nazca como un niño nuevo. No os enfadéis por ello, porque es lo que vuestro jefe desea. Y como en todo, esto lo hacemos a la vista de los dioses. Mirad y ved a quién favorecen.

Se vuelve entonces hacia Enomao, y por un momento parece que pretende enfrentarse a él sin arma ni escudo. Enomao lo encuentra tan extraño como Sura.

—¿Dónde está tu arma?

Gaidres se adelanta con una cosa larga y delgada envuelta en una sábana. Espartaco toma el objeto y el otro quita la sábana para revelar un arma recta, como una espada, más larga que una jabalina, con un mango forrado de cuero que ocupa casi la mitad de su longitud. Su visión provoca un murmullo: excitación en los tracios, desconcertadas preguntas entre los demás.

Enomao se queda mirando el arma.

—¿Eso qué es?

—¡Un arma de Tracia! —Espartaco se dirige a la multitud y sopesa sonriente el arma con ambas manos—. En mi país lo llamamos *rhomphaia*. Es un regalo de nuestros dioses.

—¿Y cómo es que aparece ahora de pronto? —pregunta Enomao—. No la había visto antes.

—La encontramos aquí en Nola. —Espartaco corta el aire con la hoja y parece complacido con la sensación—. Sila asentó aquí a sus soldados, les dio villas. La misma gentuza que había atormentado a mi país. Alguien debió de llevarse esto como trofeo. Y ahora yo lo he recuperado.

—No podrás llevar un escudo y esa arma a la vez —observa Enomao.

—Tu ventaja está clara, entonces. —Espartaco alza ante él la larga hoja, las dos manos separadas en el mango—. Venga, veamos quién es el mejor. En unos momentos lo sabremos.

La idea de que Espartaco pueda caer en un instante acelera el corazón de Sura hasta un latir furioso. Cuando los hombres comienzan a andar en círculo uno frente a otro, nota que le cuesta respirar. Se lleva una mano al pecho para calmarse. Ese cuchillo podría cortarle el brazo a Espartaco, cercenarle el cuello, hacerle daño de muchas maneras. Y Espartaco ni siquiera parece saberlo. ¿Por qué sonrío así, cuando un hombre desea tanto matarlo? Sí, Espartaco, con su *rhomphaia* podría cortarle los brazos a Enomao, incluso cortarle una pierna. Pero las dos cosas no son iguales. Una cosa la desea, la otra no.

«No mueras», pide Sura en silencio.

Enomao ataca primero. Se acerca y hace una finta con el escudo y lanza su espada. Espartaco la aparta de un golpe. Sus posturas son muy diferentes. Enomao tiene un gran escudo tras el que ocultarse. Puede atacar desde su seguridad, siempre protegido. Espartaco solo cuenta con esa fina y larga hoja de metal entre él y la muerte. No parece una pelea justa.

«No mueras».

A pesar de su mole, el germano es ágil. Sus piernas son rápidas, cambian de posición y se asientan como troncos de árbol cuando así lo decide. Ataca, Espartaco se defiende. No es una danza lenta, pero Sura puede seguir cada movimiento. Durante un rato no aparece la sangre. Hasta que eso cambia.

Y el cambio es tan súbito, que Sura solo lo advierte porque los dos luchadores se convierten en borrosos movimientos que su vista no puede seguir. Espartaco hace girar la *rhomphaia*, dando cuchilladas y trazando círculos con la hoja, arriba y abajo, con una nube de polvo en torno a él. Enomao golpea con el escudo, convirtiéndolo en un muro móvil. Su cuchillo embiste. Es un carnicero intentando cortar carne. Las armas entrechocan en estacatos y sordos golpes de la *rhomphaia* contra el escudo. Sura no tiene ni idea de lo que sucede, hasta que los hombres se separan, ambos todavía en pie. La sangre aparece en el muslo de Espartaco y luego en la frente de Enomao. Sura no ha visto producirse ninguno de los cortes.

Pero sí ve cuando Enomao golpea a Espartaco bajo el mentón con el escudo, un golpe que sacude la cabeza del tracio. Espartaco responde con una estocada al cuello del germano. Enomao bloquea la *rhomphaia* con el borde del escudo. ¡Ese escudo! Sura quiere que alguien se lo arrebate. Espartaco escupe sangre con una boca de dientes teñidos de escarlata.

«No mueras».

Siendo algo que podría terminar en un instante, el duelo parece prolongarse una eternidad. Sura tiene tan tenso el vientre que empieza a dolerle. Si Espartaco muere, todos se dispersarán. Esto no puede mantenerse unido sin él. Será el final de todo, y los lobos de Roma volverán a caer sobre ellos. Está segura de que todos lo saben, todos los espectadores. Habría esperado que estuvieran vitoreando ruidosamente, pero no es así. Están mudos. No respiran mejor que ella.

«No mueras».

Cubiertos de sudor y manchados de sangre, ambos hombres se están cansando. Enomao a veces apoya la base del escudo en el suelo. Permanece tras él, pero ya no lo blande con las mismas fuerzas que al principio. Espartaco tiene los músculos del brazo hinchados por el esfuerzo de manejar la *rhomphaia*. Ya no se mueve con tanto frenesí. Ya no arranca astillas del escudo de Enomao, sino que busca la manera de rodearlo. Se adelanta veloz, lanza una estocada y se retira cuando el cuchillo baja, siempre esquivándolo por muy poco. Enomao gruñe exasperado. Espartaco está tan silencioso como la multitud.

«No mueras. —A lo que Sura añade—: Mátalo, mátalo».

Se pregunta por qué la diosa permite que esto dure tanto tiempo. Tal vez Wodanaz sea fuerte a pesar de su único ojo. O tal vez sea culpa de Astera. Puede que Cotito esté con ella, atendiendo a su sacrificio, sin ver esto. Sura quisiera arrastrarla hasta allí por los pelos, pero sabe que no puede hacer eso. No puede apartar los ojos de la lucha y, a pesar de sus miedos, no quiere compartir esto con Astera. Y detrás de eso se oculta un pensamiento que todavía no está formado del todo, sobre lo que haría si

la negligencia de Astera dañara a Espartaco. No tiene tiempo para explorar la idea debido a lo que sucede a continuación.

Espartaco se tambalea. Hince una rodilla en el suelo y deja caer la punta de la *rhomphaia*. Enomao sale de detrás de su escudo con el cuchillo alzado. Su brazo, levantado tras la cabeza, comienza a trazar un arco. Esta vez, aunque los movimientos son increíblemente rápidos, Sura ve lo que sucede.

Espartaco alza bruscamente la *rhomphaia* en diagonal, atrapando el borde del escudo y apartándolo del cuerpo de Enomao. Levanta entonces la rodilla, pero el germano esquiva la estocada mientras la mano de su cuchillo ya está bajando. Por un instante parece que Enomao partirá a Espartaco en dos. Pero el tracio vuelve a atacar con la *rhomphaia*, la hunde profundamente en el torso de su rival y luego lo corta de lado. Espartaco gira con el movimiento y la cuchillada de Enomao no llega a encontrarlo. Pierde su furia justo en el punto en que lo habría alcanzado.

Espartaco ruge. Le da la espalda a Enomao y se aleja, con los músculos temblorosos, los brazos tensos a los costados y la cabeza hacia atrás mientras grita su rabia al cielo. Tiene la cara ensangrentada, los labios en una mueca de animal furioso. Jamás ha parecido más fiero, jamás más semejante a un dios. No está debilitado. Su tropiezo fue intencionado, una estrategia para esquivar el escudo.

Sura siente un dolor en el abdomen. Quiere poseer a Espartaco justo ahí, delante de todos. Lo haría incluso delante de Kastor, porque en ese momento le parece que lo comprendería. Montaría su cuerpo allí mismo y estamparía los labios sobre su boca ensangrentada y lo devoraría a besos. Sabe que él la desearía entonces. Podría liberarle el sexo con unos pocos tirones, y entonces lo tendría dentro, y nadie, ni Kastor ni siquiera Astera, podría impedirlo.

El germano sigue en pie. Ha dejado caer el cuchillo y con el brazo se cubre el abdomen. Intenta soltarse el escudo del otro brazo, pero no lo consigue. Planta la base en el suelo y se apoya sobre una rodilla. Y luego la otra, con una mueca de dolor. Respira con dificultad, resuella. Y cada aliento parece también dolerle. Es evidente que la mano apretada y la fuerza de su antebrazo es lo único que impide que se le derramen las entrañas. Sura ve la sangre y los fluidos que se filtran entre sus dedos.

Enomao intenta decir algo en su lengua. Sura no lo entiende, pero lo cierto es que el germano tampoco logra decirlo. Lo intenta unas cuantas veces, deteniéndose para jadear. Luego deja de intentarlo. Cae hacia delante y choca contra el suelo. Queda yerto al instante, un peso muerto, sin vida. Las entrañas escapan de su vientre y se encharcan en la tierra a su lado.

Ahora las voces se alzan entre un gran aplauso. Un tumulto de cuerpos que se mueven y entonan el nombre de Espartaco una y otra vez. La tensión del duelo prende como el fuego en la madera. Donde antes había drama y miedo, ahora hay euforia. La voluntad de la diosa está clara: Espartaco es el elegido para guiarlos. Solo los germanos mantienen una expresión pétrea, solo ellos ven esto como una pérdida. Sura espera que no sean insensatos como Enomao. Reza por que se traguen su orgullo

y acepten lo que la diosa ha decretado.

Cuando mira a Espartaco, toda la tensión y la rabia lo han abandonado. Se balancea sobre los pies, como si pensara que debería hacer o decir algo y no recordara qué. Titubea y por fin hace ademán de marcharse. Sura se dispone a correr hacia él, pero no da ni dos pasos antes de que aparezca Astera.

La sacerdotisa, que ni siquiera tenía que ser testigo de aquello, está a su lado. Se desliza bajo el brazo de Espartaco y se agarra con fuerza a su torso. Está allí, donde Sura desearía estar. Con las manos rojas y la túnica manchada de sangre canina, parece tanto como él un guerrero ensangrentado. Ambos son el centro de todas las miradas ahora. Es como si Astera hubiera planeado su llegada justo así, para que ambos resultaran victoriosos, ambos cubiertos con la sangre del sacrificio. La gente hablará de ello. Dirán que mientras Espartaco luchaba, Astera hablaba con la diosa para protegerlo. Dirán que los dos derrotaron juntos a Enomao, y ambos serán todavía más reverenciados. Y más temidos.

Sura recuerda sus palabras. «Ve y sé mis ojos si lo deseas. Avísame cuando todo termine». ¿Eso es lo que ha pasado? Sura se olvidó y pensó que estaba viendo por sí misma, que sentía por sí misma. Ahora ya no está tan segura. Tal vez Astera realmente pueda ver a través de sus ojos. Y si puede hacer eso, ¿qué no podría hacer? ¿Qué podría escapar a su conocimiento?

Como respondiendo, Astera alza la vista y la posa en ella. Solo un instante, pero es suficiente. De nuevo un mensaje. Una respuesta a una pregunta que no ha podido oír, pero que ha oído.

Dolmos

Hay miedos que Dolmos no siente y que otros hombres sí. No tiene miedo a morir en la batalla. Cree en el otro mundo y sabe que, si es valiente, sus antepasados le darán la bienvenida. No le preocupan demasiado las heridas. Ya se ha roto huesos, le han aplastado la nariz, en la arena le han penetrado los pinchos de un tridente y le cortaron un pezón. Todo esto fue desagradable, pero aquellas heridas le habían parecido casi tediosas. Jamás había entendido para qué necesitaba los pezones, de manera que le daba lo mismo perder uno de ellos. No teme montar deprisa y caerse del caballo, porque montar deprisa es algo puro y perfecto, y una cosa tan buena debería tener su precio. Si se cae y se rompe la espalda, habría llegado el momento de pagar ese precio. Las cosas del cuerpo y de la guerra no le preocupan.

Lo que sí le preocupa es hablar en público.

Por eso le cuesta tanto esfuerzo mantenerse quieto mientras él y el médico griego, Filón, aguardan a que vuelvan los niños pastores. Los dos llevan montando juntos varias semanas, además de otros portavoces de Espartaco, y los niños también. Dejaron a los Sublevados en el sur, en la zona llamada Bruttium. Ahora han sentado base en la ciudad de Thurii, aunque en cierto modo ya poseen toda la punta sur de Italia. Muchas cosas sucedieron mientras el otoño daba paso al invierno. Y mucho más es posible para el año venidero. Eso, entre otras cosas, es lo que Dolmos y el griego han estado proclamando a todo el que quiera escucharlos, viajando de un lado a otro.

Los dos están apoyados contra un muro de piedra medio desmoronado. El aire es frío y húmedo. No es un auténtico invierno, sino lo que pasa por invierno en esa zona. El mar está bastante cerca para impregnar de sal el aire. Las aves marinas dan vueltas en el cielo no muy lejos. Filón mastica un higo seco con testaruda persistencia.

—Estás nervioso, ¿verdad? —comenta.

Dolmos mueve la cabeza, una respuesta que no es una respuesta. Se ciñe sobre los hombros su túnica de lana oscura y masculla malhumorado:

—Como siempre antes de que hablemos. ¿Y si no me acuerdo de todo?

—¿Tú? Tú jamás has olvidado una palabra que haya pronunciado Espartaco. Seguramente serías capaz de recitar las historias que contaba de niño.

Es cierto. Pero aun así no lo calma.

—Pero las palabras... a veces se me pegan a la lengua.

—Sí, es cosa del latín. Si te ayuda, imagínate que Espartaco está aquí, a tu lado. Enorgullécelo hablando por él.

Dolmos intenta confortarse con esa idea, pero no puede.

—Si Espartaco estuviera a mi lado, hablaría él mismo.

—Imagínate que ha perdido la voz. —Cuando Dolmos muestra su alarma, el médico le aclara—: Por una ronquera, quiero decir. A veces podemos perder la voz por un tiempo, a eso me refería. Cálmate, amigo. Mira, haz esto. —Filón ladea la cabeza y con los ojos casi cerrados inhala muy despacio por la nariz—. Huele el mar. Es un olor tranquilizador, ¿no te parece? Para mí siempre lo es.

A Dolmos le gusta el olor, pero no es tranquilizador. El mar es una agitada masa en movimiento y jamás podrá encontrar tranquilizador su aroma. Él prefiere el olor de las altas llanuras de Tracia en primavera, azotadas por el viento y alfombradas de diminutas flores.

—¿No crees que tardan mucho en volver? —pregunta por fin.

—¿Hustus y los otros? No tardarán mucho más. Sin duda, les está costando mantener juntos a los griegos. Mi pueblo... A veces son como gatos, cada uno a la suya.

—¿Tú creciste entre los griegos?

—En Siracusa, sí.

—¿Quieres hablar de ello? Si eras un griego en... —Se interrumpe de pronto—. ¿Dónde has dicho?

Filón señala vagamente en dirección al mar.

—En Siracusa. No está lejos. En Sicilia. Una isla muy cercana. Tan cercana que se puede ver desde la punta del sur de Italia.

—¿Y cómo es que acabaste en el *ludus* con nosotros?

—Es una historia muy larga. Seguro que estás cansado de oír mi cháchara.

—No. Tú hablas como el agua que tintinea en un arroyo. A ti te resulta fácil.

Filón esboza su sonrisa torcida.

—Pero ¿tú te has oído? Eres un poeta. ¡Dolmos el poeta! ¿Tienes más imágenes como esa? Lo acabas de describir a la perfección. Cuando les hables a los granjeros, que tus palabras sean como el agua que tintinea en un arroyo. No puede ser más fácil.

Después de burlarse un poco más, Filón habla de sus orígenes. Sostiene haber nacido libre, pero no recuerda aquellos primeros años de libertad. Para cuando tuvo uso de razón, su padre ya lo había vendido. Para que luego hablaran de amor paternal. Era un mercader, un griego siciliano, aunque con una mezcla de otra sangre. Teniendo en cuenta la sangre náutica de los griegos y su familia, cualquiera habría esperado que los mares le ofrecieran buena fortuna. No fue así. Su padre tuvo muy poca suerte navegando entre los piratas de las aguas orientales. Perdió sus dos barcos. Y perdió no solo sus esperanzas de hacer fortuna, sino también hasta la última moneda de cobre que poseía. Enfrentado a la ira de sus acreedores, vendió todo lo que pudo. Y eso incluía a Filón y su madre.

—¿Tu propio padre? —se sorprende Dolmos.

—Mi propio padre. No me acuerdo de él. Si me lo encontrara por la calle, no lo reconocería.

Dolmos no dice nada, pero piensa que uno debería reconocer al hombre que le dio

la vida. Su padre tenía la nariz grande y una densa mata de pelo negro. Le habían cortado la mano por la muñeca luchando contra los dios, pero no era la mano de la espada, así que decía que no importaba. Le gustaba beber, como a cualquier tracio que se preciara. Y le gustaba cantar. Dolmos casi agradece saber estas cosas de su padre, aunque no siempre reconoce sus rasgos en sí mismo.

—Sin que fuera una bondad intencionada de mi padre —prosigue Filón—, mi servidumbre tuvo ciertas ventajas.

Era una vida mejor, explica, que la que hubiera podido darle su padre. Su primer dueño fue un médico llamado Diodorus. Tenía una escuela para formar a otros en las artes en que era experto. Vio en Filón bastante inteligencia, de manera que mientras cumpliera con sus deberes como sirviente de la casa, niño de los recados, jardinero y cocinero, le permitía estudiar medicina. Para cuando cumplió los dieciséis, el viejo ya lo enviaba a tratar a pacientes con achaques menores. A Filón le encantaba aquella breve sensación de libertad. Robaba momentos para hacer amigos, incluso algunos amantes con los que todavía volvía a veces en sueños.

—En esos sueños siempre siguen jóvenes —comenta—. Jóvenes hermosos. Tal vez sea mejor recordarlos así antes que ver la dureza con que los haya tratado la vida. Lo que me molesta de esos sueños es que lo único que hacemos es hablar. Somos hermosos y jóvenes y no hacemos más que hablar. ¿Qué sentido tiene eso?

Dolmos no lo sabe y no contesta. El tema le incomoda.

—Cuando tenía dieciocho años acompañé a mi amo en un viaje para dar conferencias que nos llevó por toda Sicilia, y luego fuera de la isla. Hicimos paradas en Corintio y Atenas, Tesalónica y Pydna. Era casi una buena vida. Casi. Pero cuando volvimos a Sicilia nos encontramos que Gaius Verres era el recién ascendido gobernador de la isla.

—¿Ese quién es? —pregunta Dolmos.

—Un romano. Creía que le habían dado Sicilia para expoliarla a su antojo. Puso unos impuestos exorbitantes para los cultivadores de trigo, cancelaba los contratos después de que se habían prestado los servicios, saqueaba los cofres del templo y robaba obras de arte, arrancadas de las paredes y los patios incluso de los romanos ricos. Aquel hombre era un canalla. Por alguna razón, la tomó con mi amo. Sus sabuesos cayeron sobre nuestra casa. Agarraron a mi frágil amo y se lo llevaron. Y requisaron todas sus posesiones, incluidos sus esclavos. Incluido yo.

—¿Sin dar explicaciones?

—A mí no me dieron ninguna.

—¿Y ese tal Verres convirtió en esclavo a tu amo?

Filón se queda inmóvil con un higo entre los dientes. Piensa un momento y luego se saca la fruta de la boca.

—No tengo ni idea. Nadie me informó. Pero sospecho que no. Lo más probable es que lo hiciera desaparecer.

Dolmos lo mira sin entender.

—Que lo matara, quiero decir. —Vuelve a meterse el higo en la boca y señala mientras mastica con el mentón—. Ahí vuelven nuestros muchachos.

Hustus, Drex y el que llaman Conejo trepan por una lejana porción del muro y comienzan a acercarse a ellos. A Dolmos se le acelera el pulso, pero puesto que todavía están bastante lejos, pregunta:

—¿Y luego qué pasó?

—¿En mi historia? Pues lo habitual. Me mandaron de Siracusa a Arigentum, y de ahí a Tarentum. Me vendieron dos veces en rápida sucesión. En Tarentum, el esclavista que me había comprado estaba eufórico de que tuviera algunos conocimientos de medicina. Me marcó con esto. —Señala el estigma *MED* que tiene en el envés de la muñeca—. Diodorus se habría horrorizado. Según él pensaba, a mí me quedaban varios años para ser un médico competente. Mi nuevo amo no era tan exigente. Yo sabía algo de medicina y era griego, de manera que era un médico y se acabó. Hay más que contar sobre cómo llegué de Tarentum a Capua, pero ahora no es el momento. Vamos a ver qué han conseguido los pastores.

Los pastores en realidad ya no son pastores. Son fuertes y robustos, tan resistentes como las colinas en que se han criado. Todavía son demasiado jóvenes para ser entrenados como infantería. En lugar de eso, afinan sus habilidades con la honda y el arco y la flecha. Y son los que establecen el primer contacto con los esclavos que aún están encadenados. Intentan llamar su atención hablándoles de Espartaco y los Sublevados. Cuando ya están interesados, preparan reuniones clandestinas para que hombres como Filón y Dolmos hablen con ellos.

Hoy Filón se va a encontrar con un contingente de esclavos griegos del puerto de Barium. Dolmos debe dirigirse a los trabajadores del campo fuera de la ciudad. Se están reuniendo para un festival en honor de algún dios local, fuera de la vista de sus amos, donde son libres de relacionarse entre ellos. Hustus lleva a Dolmos a la ruina de un granero donde han acordado reunirse. Las festividades se celebran más abajo de la colina. Hasta ellos llega la música, voces y el olor de los fuegos de sacrificio llevados por la brisa. Una pared del granero se ha derrumbado, y el tejado de paja ha caído casi en su totalidad a través de su armazón. A pesar de todo, el espacio está bastante oscuro para que los rostros que contemplan a Dolmos parezcan siniestros. Se muestran escépticos, hasta ahí es evidente. Son unos diez, con expresiones endurecidas y labios tensos. Varios tienen los brazos cruzados.

Dolmos intenta saludarlos uno a uno tocándoles el antebrazo y preguntándoles sus nombres. A Filón eso se le da bien, pero solo porque habla, sonrío y sigue con su rutina sin importarle cómo responde la gente. Pero a Dolmos le resulta difícil. Es más alto que cualquiera de esos hombres bajos y de piel correosa. Se siente tímido con su tamaño, y ellos parecen querer dejar claro que no se sienten intimidados por él. Dolmos solo está a la mitad de las presentaciones cuando pierde fuelle. Los otros lo

miran en silencio, pasando el peso de un pie al otro.

—Querréis saber por qué... —comienza Dolmos, pero nota que se le cierra la garganta. Inhala por la boca para abrirla. Recuerda lo que Espartaco le dijo, que pensara que lo que tiene que decir es una roca que va rodando por el lecho de un río bajo una fuerte corriente. La corriente es como sus pensamientos, rápida y salvaje, pero la roca rueda firme, conquistando los contornos del lecho del río. Lo intenta de nuevo—: Querréis saber por qué he venido a hablar con vosotros. Me envía... me envía el mismísimo Espartaco. Mis palabras son las suyas. ¿Querréis... prestarle atención por un momento?

Los granjeros no contestan, pero no estarían allí, corriendo peligro, si no quisieran oír sus palabras. Se imagina que Espartaco está aquí con ellos, incapaz de hablar, esperando que él lo haga en su lugar. Comienza con lo que conoce bien. Cuenta cómo Espartaco, elegido por una diosa llamada Cotito a través de su sacerdotisa Astera, los guio para romper las cadenas de su cautividad, asesinar a sus amos e incendiar su prisión. Los lideró por la Via Annia, libres en la noche, exultantes. Les habla de sus primeras victorias y estrategias, de las muchas maneras en que los ejércitos romanos cayeron ante ellos, cómo saquearon las villas y se liberó a los esclavos y se llevaron el botín.

Les cuenta que el general romano Publio Varinio llegó inesperadamente mientras todavía estaban en Nola. Tomó el campo con todo su ejército y ofreció batalla. Algunos del interior habrían salido ese mismo día, pero Espartaco tenía otra idea. Dejó que los romanos les lanzaran pullas. Cerró los oídos a los vélites, que se acercaban a las murallas de la ciudad, a un tiro de jabalina, y rompían ramitas con las manos para insultar la hombría de los gladiadores. No fue fácil evitar que Crixo y sus alóbroges salieran disparados a vengar el insulto. Gannicus, el nuevo líder de los germanos, habría hecho lo mismo. Pero Espartaco los agarró por la oreja y los forzó a escucharle.

—Veréis —dice Dolmos—, la diosa lo ha bendecido con astucia, de manera que, con paciencia y cuidadosas acciones, pueda cobrarse la mayor venganza posible. ¿Queréis saber cómo escapamos de allí y todavía somos libres hoy?

Quieren saberlo. Varios asienten con la cabeza. Uno se acerca y se sienta en un taburete de ordeñar, alzando la vista hacia el tracio. Dolmos describe cómo amontonaron cadáveres en varios puntos de las murallas de la ciudad. Esa noche encendieron hogueras y armaron un gran estrépito, como si estuvieran borrachos y disfrutando del saqueo de la ciudad. En ese mismo momento, en la oscuridad, salieron de la ciudad por una puerta en el extremo opuesto al campamento romano. Todos los que deseaban ir con ellos —muchos recién liberados en Nola— corrieron a las montañas y se movieron sin que los vieran. Seguían a una anciana que conocía una ruta hacia el sur.

—¿Una anciana? —pregunta un granjero.

Dolmos asiente.

Ese es el resumen de lo que hicieron los Sublevados, pero no es todo. Espartaco y Gannicus escogieron a los mejores hombres y caballos. A eso añadieron a todos los que tenían arcos y flechas y fuertes brazos para disparar y jóvenes con hondas. Todos juntos, menos de quinientos hombres. Se apartaron de los demás, trazaron un amplio círculo y acabaron a espaldas de los romanos. Y justo antes del amanecer, cuando la mayor parte de la legión empezaba a despertar y los centinelas tenían los ojos vueltos hacia la ciudad que creían llena de insensatos borrachos, justo entonces atacaron. Con rapidez. Espartaco había ordenado a cada hombre matar a dos romanos. Eso era todo. Matar a dos romanos y huir. Se escabulleron de allí antes de que los romanos entendieran del todo qué había sucedido.

Los romanos tardaron un día entero en adivinar que Nola estaba vacía, y un día más en descubrir la ruta por la que había huido el grueso de los esclavos. Y marcharon en su persecución. Y, justo detrás de ellos, los quinientos los siguieron. Atacaban al ejército día y noche. Disparaban flechas desde la oscuridad sobre su campamento, apuntando a los hombres que trabajaban junto a los fuegos de cocinar. Lanzaban piedras con las hondas a los que utilizaban las letrinas al borde del campamento. Atrapaban y mataban a las patrullas. Los romanos intentaron forzar una batalla decisiva, pero Espartaco se negó. En lugar de eso iba tomando vidas romanas una por una, cobrándose muchas y perdiendo muy pocas.

Solo en una ocasión accedieron a reunirse en campo abierto. Fue justo antes de que la legión emprendiera la marcha hacia un paisaje montañoso y boscoso. Debieron de considerarlos unos insensatos: unos cuantos cientos saliendo a campo abierto para enfrentarse a sus muchos millares. Varinio debió de dar gracias a los dioses por su buena fortuna.

Dolmos sonrío.

—Pero nosotros sabíamos algo que él ignoraba —añade.

Y era que Crixo y sus alóbroges y el resto de los guerreros se habían escondido en las boscosas colinas a las que los romanos daban la espalda. En cuanto comenzó la batalla, salieron de su escondrijo. Los romanos se volvieron y vieron a los bárbaros caer sobre ellos. Tal vez si hubieran mantenido su disciplina y si Varinio hubiera hecho imperar el orden, habrían podido vencer. Pero eso no sucedió. Los romanos rompieron filas y todo un flanco salió huyendo.

Dolmos se lleva dos dedos a los ojos.

—Con mis propios ojos vi caer a Varinio. Vi caer al suelo el estandarte de la legión, para que lo recogiera un celta que, entre aullidos, se metió el palo entre las piernas y fingió que era una gran erección. ¡Le sorprendió encontrar un águila de oro en la punta! Matamos a tantos como pudimos, y nos reíamos cuando otros huían en desbandada. Deberíais haber estado allí, amigos míos. Fue glorioso. Y volverá a suceder.

Y prosigue describiendo cómo bajaron hacia el sur en otoño. Se dividieron en columnas, para tomar diferentes rutas y luego volver a encontrarse, utilizando

carreteras romanas a veces, contornos naturales otras, apareciendo y desapareciendo de la vista de los romanos. Así cubrían más terreno, tocaban a más gente. Llegaban de improviso cuando lo deseaban, como cuando tomaron la ciudad de Metapontum, rica en grano y almacenes de alimentos.

Dolmos pregunta si comprenden lo que Espartaco hacía. Se estaba preparando para el invierno llevándolos al sur, donde sería más suave. Al sur, lejos de Roma para que el Senado les diera una tregua. Al sur, para poder pasar el invierno entrenando, mejorando, haciendo acopio de suministros y dando la bienvenida a nuevas incorporaciones. Los Sublevados están ahora unidos bajo Espartaco. Todos, incluso los clanes más fuertes, los celtas y los germanos, le han jurado lealtad.

Un hombre con un prominente labio leporino le señala con un dedo.

—Esa historia está muy bien. —En sus labios parece más una acusación que otra cosa.

Dolmos vacila un momento, sin saber muy bien qué responder. Decide no hacerlo y seguir con la labor que le ha encomendado Espartaco. Mientras tanto, llegan Filón y el niño llamado Conejo. Dolmos no tiene idea de cuánto tiempo lleva hablando, pero al ver al médico se siente cansado. El griego advierte su mirada y le indica con un gesto que deberían partir pronto. Dolmos asiente con la cabeza, pero todavía tiene más que decir.

Fue debido en parte a un soldado romano que el consejo ciudadano de Thurii llegó a un acuerdo con los Sublevados en lugar de batallar con ellos. El romano —al que llamaban el Persa porque ese había sido su nombre de gladiador— intermedió, prometiendo que cualquier acuerdo sería respetado por los Sublevados. A cambio de cuantiosos pagos, contribuciones de metales, grano y suministros, el servicio de los hábiles guerreros, alojamiento y el uso de las instalaciones de la ciudad, renunciarían al saqueo. Era un alto precio, pero no fueron destruidos. En lugar de ello recibieron la promesa de que recuperarían la ciudad cuando llegara la primavera y el ejército se pusiera de nuevo en marcha.

—¿Lo veis? Espartaco es siempre justo. Su causa es buena, y solo aquellos que se oponen a él deben temerle. Uníos a nosotros. Venid ahora si lo deseáis. Somos dueños de las colinas y ciudades de Bruttium. Id allí. Os conoceremos por las marcas que han quemado en vuestra piel, o por las heridas de la esclavitud. Si no tenéis lo uno ni lo otro, sencillamente pronunciad el nombre de Espartaco. Decid que deseáis uniros a los Sublevados y jurar lealtad a Espartaco y al destino que se le ha otorgado. Decid «Todos nosotros», y seréis bienvenidos. Traed vuestras cadenas. Las fundiremos para forjar armas. El año que viene seguiremos derrotando a los romanos.

—No, el año que viene todos moriréis. —El hombre del labio leporino lo dice como un profeta seguro de sí mismo. Dolmos nota un nudo en el estómago. El hombre insiste—: Sois gladiadores, ¿no? Vosotros sois los que estáis condenados a muerte. Y seguís estándolo. La muerte es el final. Si piensas otra cosa, eres un insensato. Dime de qué otra manera cree Espartaco que puede terminar.

Esta vez Dolmos no tiene una réplica rápida. Espartaco no ha puesto la respuesta en su mente. Busca las palabras adecuadas, mas no las encuentra.

—¿Lo ves? —dice con desdén el otro—. No tienes respuesta porque no hay otra respuesta que la muerte. Vosotros lo tenéis fácil: luchar, violar, matar. Hasta que muráis cuando Roma envíe contra vosotros un auténtico ejército el verano que viene. Yo no quiero saber nada de eso. —Y con estas palabras se marcha, como si se acabara de dar cuenta de que hay trabajo por hacer.

Los otros se arremolinan. Está claro que a menos que Dolmos encuentre la manera de impedirlo, saldrán de la reunión con las palabras del hombre del labio leporino en la mente.

El griego interviene:

—Amigos, el bueno de Dolmos no puede deciros todo lo que tiene en mente Espartaco —dice, adelantándose para que lo vean mejor—. Yo tampoco. Nadie puede. Lo que ambos podemos decir es que en todo lo que Espartaco ha emprendido, ha triunfado. Cada vez que ha sido puesto a prueba, ha vencido. Cada vez que nos preguntamos si los dioses lo favorecen y hemos dicho «Si esto sucede, creeré que es el elegido», cada vez, eso ha sucedido. Espartaco no es un hombre como vosotros o como yo. Nosotros no poseemos su grandeza. Pero si sois inteligentes, os uniréis a su causa, le ayudaréis y compartiréis su grandeza. ¿Cuántas veces os ha ofrecido la vida una oportunidad así? Pensadlo bien antes de dejarla pasar. Pensadlo bien antes de hacer caso a un hombre así —añade, señalando al escéptico que acaba de marcharse—. Ese tipo da pena.

¿Convenció eso a alguno de ellos? Dolmos no lo sabe. Se marchan justo después, temerosos de que el del labio leporino haya ido a su amo para traicionarlos. Filón sostiene que varios están convencidos, que se lo vio en la cara. Le dice a Dolmos que ha hecho un trabajo mejor que él mismo con los griegos. A él le escucharon lo justo para empezar a burlarse de él por las compañías que mantenía. La gente de la ciudad era más difícil de atraer a la causa.

Se dirigen hacia el sur, después de haber estado fuera el número de días que Espartaco había especificado. Montan esa noche, la siguiente y varias más. Viajan deprisa cuando pueden, o tan despacio como es necesario. Con sigilo si es menester, o galopando por campo abierto si es posible, como una hermosa noche helada bajo una luna llena, el camino una relumbrante serpiente de plata ante ellos. Varias veces tienen que enfrentarse a hombres armados, pero escapan ilesos. Ahora ningún ejército romano los persigue. No vendrán hasta la primavera, asegura Espartaco. Y en la primavera los romanos descubrirán que los Sublevados no son una desordenada banda de fugitivos, sino que se han convertido en un ejército. Pero ¿qué harán los Sublevados con ese ejército?, se pregunta Dolmos. No puede ser un ejército formado solo para morir, como mantenía el hombre del labio leporino. Entonces ¿qué?

En Thurii averiguan que Espartaco ha dejado la ciudad a los alóbroges. Él está acampado con los germanos y las nuevas tropas, cazando y entrenando en las colinas

de Sila. Dolmos y Filón siguen adelante. Pasan por puntos de control vigilados aquí por un celta, allá por un tracio o un etíope, y más adelante por una banda de rapaces. Atraviesan a caballo una ciudad tomada por hombres marcados como esclavos, pero todas sus acciones niegan esa condición. Todos prometen llegar hasta el final, sea cual sea el destino que aguarde a los Sublevados.

Más tarde, cuando el día se enfría al desvanecerse el sol, coronan una pendiente que les ofrece una vista sobre el alto valle que se extiende bajo ellos, y en él, un enorme campamento de cientos de tiendas y miles de personas. Las hogueras ya relumbran contra el inminente frío nocturno. Varios jinetes realizan maniobras de caballería. Grupos de infantería marchan y otros hombres entrenan con espada, lanza y jabalina. Dolmos oye el repetitivo entrecuchar de las mazas forjando el hierro, y sabe que son grilletes y argollas que están reconvirtiendo en armas. A lo lejos, las cumbres blancas de las grandes montañas se alzan hacia el cielo, recordándole a las Ródope en invierno. Sin duda por eso Espartaco ha acampado allí, para tenerlos a la vista. Oye a alguien cortar leña, y el sonido le resulta melancólico, le recuerda a su infancia, cuando cortar leña para el largo invierno era una de sus tareas.

—Si fuera un hombre prudente —comenta Filón—, me marcharía a Sicilia para esconderme allí entre amigos. Podría vivir así toda la vida sin volver a ser esclavo.

Dolmos guarda silencio. Aguarda el momento de poder decir que, en realidad, lo único que desea es marcharse de allí y volver a Tracia. Quiere ver si su madre sigue viva y si sus hermanas se han casado bien, volver a celebrar banquetes en el salón de Muccula. Esta vez, piensa, los disfrutará más que cuando era un joven nervioso. No había dicho antes estas cosas. Y ahora tampoco. Aguarda hasta que las ha pensado y luego dice:

—Pero no es eso lo que has hecho.

—No —replica Filón—. No puedo desentenderme de este momento. De esto. — Y hace un gesto con el brazo que abarca todo el valle—. Esto que hacemos aquí. Ojalá los ojos del mundo pudieran verlo. Es algo... grande, con peso. Tengo que ver en qué acaba. Y no te preocupes, Dolmos, por no haber encontrado las palabras para responder a ese hombre en Barium. Pronto tendrás las respuestas. Todos las tendremos.

Filón chasquea la lengua para azuzar al caballo. Dolmos lo sigue. Los dos montan en silencio, en dirección a ese momento que Espartaco ha creado.

Espartaco

Se reúnen un día gris. Cae una lluvia fría. La tienda romana —parte del saqueo al ejército de Varinio— es grande. El humo de las lámparas que la iluminan pende en el aire. Espartaco, flanqueado por Gaidres y Skaris, entra una vez que los otros se han instalado y han tenido tiempo de calentarse, comer y beber si les apetece. Gannicus y sus germanos están acampados cerca, pero Crixo es el que ha venido desde más lejos, desde Thurii. Kastor también está allí. Ha recibido a ambos grupos dándoles la bienvenida. Hay pocos gálatas entre ellos, pero él se ha ganado un lugar en el grupo que decide las cuestiones de importancia.

Espartaco saluda a ambos jefes como a iguales, agarrándoles los brazos e inclinándose para unir mejilla con mejilla, rudamente, como se hace entre hombres. Felicita a Gannicus por haber sido votado líder de su pueblo, asegura que merece el honor aunque lamenta cómo acabaron las cosas con Enomao. Era todo un guerrero y Espartaco desearía que siguiera entre ellos. Esto es mentira. Con Enomao no se podía razonar. Espartaco no obtuvo ningún placer con su muerte, pero no lamenta que haya partido de este mundo. Prefiere con mucho al nuevo jefe germano.

Espartaco saluda también a sus segundos —Castus y Goban, Bricca y Ullio— y luego se sienta, con Gaidres y Skaris a cada lado. Agradece a los hombres su presencia y pregunta cómo han ido las cosas estos últimos meses. Gannicus, siempre con su sonrisa fácil, dice que el tiempo es tan suave que no parece invierno. Sus hombres han entrenado. Siguen llegando nuevos germanos cada día, muchos ya luchadores. Crixo se queja de que los hombres han bebido todo lo que había en Thurii hace ya semanas, y ahora están cada vez más hoscos, ansiosos por volver al campo. Thurii los ha entretenido, pero ya están cansados de la ciudad.

Nada de esto es nuevo para Espartaco. Sabe más de sus inviernos que ellos mismos. Sabe que Gannicus aguarda para seguirle los pasos. Espera que con su ejemplo los germanos sean los aliados que no fueron bajo el liderazgo de Enomao. En cuanto a Crixo y sus alóbroges... Crixo no muestra abiertamente su hostilidad, pero siempre ha querido dejar claro que no está a las órdenes de Espartaco. Hace lo que le place. Un ejemplo de ello es la glotonería de su invierno en Thurii. Ha sido un invierno duro para la gente de la ciudad, han pagado un precio mucho más alto de lo que habían acordado con Espartaco. Ya ha discutido de ello con Crixo, diciéndole que debían mantener siempre su palabra si querían que otras ciudades pactaran con ellos. Crixo señaló que él siempre ha sido fiel a su palabra, que él no les había prometido nada a los de Thurii, que había sido Espartaco. Si Thurii quería protección de los alóbroges, deberían haberla pactado con él, no con Espartaco. Crixo es un hombre de lógica muy simple.

—¿Y el entrenamiento? —pregunta Espartaco.

Crixo sostiene una jarra de vino con una mano surcada de cicatrices, convirtiéndola en su jarra personal. No da señales de advertir que esto puede molestar a los otros. Bebe un largo trago, salpicando un poco su poblada barba.

—Mis hombres están listos —asegura—. El descanso ha sido bueno para ellos. Algunos han echado barriga, pero pronto la perderán. Cuando nos pongamos en marcha, les ordenaré que dejen atrás a las mujeres. Así estarán ansiosos por luchar, por conseguir mujeres nuevas.

—Una buena táctica, sin duda —observa Kastor, dejando asomar un atisbo de sarcasmo en su voz.

—¡Ja! —exclama Crixo—. ¿Os habéis enterado? ¡Hemos construido carros! Hacemos carreras en los campos fuera de Thurii. Deberías venir a verlos correr, Espartaco. Los alóbroges saben construir buenos carros. Los romanos nos copian, pero... —De nuevo sus labios expresan su desdén—. Si encontramos el terreno apropiado, segaremos a los romanos en la próxima estación. Deberías venir a correr antes de que nos marchemos.

—Tal vez vaya. Si las circunstancias lo permiten.

Crixo gruñe.

—Las circunstancias... ¿Y qué habéis hecho vosotros aquí todo el invierno?

—Prepararnos —contesta Skaris. Aunque es un recién llegado, desde su rescate en Nola se ha convertido en la mano izquierda que Drenis no estaba en condiciones de ser—. Nos hemos preparado para lo que ha de venir. Hemos hecho maniobras, instrucción, forjado armas, enseñado a usarlas.

Habla un rato, describiendo las labores encomendadas a todos los que se unen a ellos. Los herreros forjaron armas sin descanso, espadas y puntas de lanza a partir de las cadenas, palas y otros aperos de granja. Han forjado petos y armaduras, cascos y grebas. Se escogió a los hombres que formarían la infantería pesada, y fueron entrenados en tácticas romanas por el traidor Baebia, llamado el Persa. Habían buscado monturas decentes en las fincas de la zona y atrapado caballos salvajes donde las colinas se alzaban en montañas. Después de domarlos, tendrán una caballería —tanto ligera como pesada— con la que no contaban el verano anterior. Los jovenzuelos y los pastores han lanzado jabalinas hasta no sentir los brazos, un día tras otro. E incluso cuentan con protecciones que no tenían antes. Gaidres, hábil tejedor de cañas, enseñó a los hombres a fabricar escudos tracios de mimbre.

—No hemos descansado ni un momento —concluye Skaris.

Crixo lo mira como si no lo conociera.

—Todos nos preparamos a nuestra manera.

Castus carraspea. Sus ojos azules se vuelven furtivamente hacia Espartaco.

—Has hablado de cosas que han de llegar. ¿Hemos decidido ya lo que significa eso?

—Los alóbroges están decididos —declara Crixo—. Queremos ir saqueando

desde aquí a todo lo largo de Italia. A finales del verano, atravesaremos las montañas y volveremos a nuestro país. Ricos, cargados de mujeres y esclavos. Volveremos como héroes para nuestro pueblo y ninguno de nosotros volverá jamás a Roma. Un verano más y termino para siempre con este asqueroso país. Todos deberíamos hacer lo mismo. Vivamos otro glorioso verano, y luego que cada cual se marche por su camino.

Gannicus se pasa el dedo con aire distraído por la mejilla marcada de viruela, hasta llegar al bigote, dándole un tirón.

—A mí me encantaría volver a ver el Rin. Estar en casa, hablar solo germano y oír solo germano y saber que mis dioses me oyen cuando los invoco. Todos los días invoco en mi mente a Wodanaz, a Donar y Frikko y otros. Cuando era niño, me respondían diciéndome cosas que oía en mi cabeza. Aquí, ya no me hablan. —Exhala a través de su afilada nariz—. La llamada del hogar es poderosa, Espartaco.

Crixo gruñe, vuelve a beber y pregunta:

—¿Vamos a estar enfrentados, Espartaco? Dímelo, porque no sé lo que estás haciendo aquí. Muchos se unen a nosotros, pero ¿de qué nos sirve? Mujeres y niños, pastores. Vienen a nosotros con bocas que alimentar, pensando que lucharemos por ellos, que los mantendremos libres y a salvo. Yo nunca accedí a eso. Jamás les pedí que vinieran. Tal vez tú sí, pero yo no. ¿Así pues? ¿Sigues decidido a quedarte en este país?

Espartaco tiende la mano hacia una jarra de vino, se llena su copa y la vuelve a dejar.

—Yo tengo un objetivo más ambicioso que los que tú has considerado. Astera, que habla por los dioses...

—Tus dioses —señala Ullio, uno de los lugartenientes de Crixo.

—Astera dice que los dioses quieren de nosotros algo más que la huida a nuestros países. Quieren algo que nos haga grandes a sus ojos y famosos para siempre. Y creo que deberíamos concedérselo. —Y bebe vino—. ¿Conoces a Rufius Baebia?

Crixo resopla desdeñoso.

—¿El romano al que tenías que haber matado, en lugar de dejar libre? ¿Qué pasa con él?

—Te lo contaré.

Baebia era bajo de estatura, pero ese era un rasgo que podía olvidarse cuando uno estaba sentado frente a él ante una mesa pequeña, como Espartaco. El romano tenía un pelo oscuro y rizado, una nariz que le habían roto más de una vez y ojos de un lodoso color marrón. En sus labios había malevolencia, como si, más que cualquier otra de sus facciones, quisieran transmitir la poca estima que tenían al mundo. Sus manos seguían atadas, semanas después de salir de Nola.

Skaris también estaba en la tienda con ellos. Silencioso pero presente, por si Baebia contaba alguna mentira que él conociera.

Espartaco tenía preguntas para el romano. ¿Dónde había servido? ¿A las órdenes

de quién? ¿Cuánto tiempo? ¿En qué batallas? ¿Cuál había sido su deshonra para que lo condenaran a ser gladiador? En esto Baebia se mostró firme: no había sido ninguna deshonra suya. La deshonra fue la de su general, que le culpó de una derrota, que le achacó a él su propia y asquerosa cobardía. Cualquiera podía ver, añadió, que él no era un cobarde. Eso lo había demostrado en la arena trece veces. Trece luchas siendo el Persa. Trece muertes. Ninguna de ellas la suya propia.

—¿Cuándo me desatarás las manos? —preguntó Baebia. Bebió un sorbo de una pequeña taza de vino aguado y especiado que le habían servido. El gesto resaltó las cadenas que lo inmovilizaban.

—No estoy pensando en liberarte —replicó Espartaco—. Más bien en matarte.

—Libérame. Me encontrarás valioso.

—¿Cómo?

—¡Ya te lo he dicho! —Baebia lo miró, luego a Skaris y de nuevo a Espartaco—. ¿Quién mejor que un romano para enseñar a tu ejército a luchar contra romanos?

Eso había sido lo que motivó a Espartaco para traerlo de Nola todavía vivo. Quería aprender todo lo posible durante esos fríos meses, igual que había intentado hacerse una visión mental de la estación venidera. Notaba esa visión girando en su cabeza, negándose a adoptar ninguna forma particular, reticente a cuajar hasta que tuviera más información.

Baebia prosiguió:

—Todavía no te has enfrentado a una auténtica legión romana. Pero en el nuevo año lo harás, créeme. ¿Supones que tu ejército de esclavos y pastores estará preparado para enfrentarse a las ordenadas filas de una legión? A vosotros os gusta gritar y golpear los escudos y orinar y hacer lo que os plazca. Todo un espectáculo, pero nada comparado con el orden silencioso y escalofriante de una legión romana. Las manípulas dispuestas en sus impecables cuadrados. Los vélites lanzando sus jabalinas en oleadas. Los escudos unidos, las espadas blandidas. Las tropas rotando para estar siempre frescas. Los veteranos mantenidos siempre en la reserva, para cuando más se los necesite. Los romanos sabemos matar. La mayor parte de tus tropas jamás se habrá enfrentado a nada igual.

—¿Y por qué ibas tú entonces a unirse a una causa perdida? Y además contra tu propio pueblo.

—¿Mi pueblo? —Baebia esbozó un mohín de desprecio—. Yo no tengo pueblo. Para mí hay dos clases de personas: las que no me importan nada y aquellas a las que odio. Y «mi pueblo» se encuentra entre estas últimas. —Se inclinó, para redundar en el tema—. Tengo en mente una lista de hombres a los que desprecio. Y la lista es larga. Los nombres que la encabezan son romanos. Lucius Gelio, el que me arruinó la vida; Titus Acilia, el hombre que tomó a mi esposa; Mettius Tarpeia, que se quedó con mi finca; Quinto Caepio, que sabía que yo era inocente pero cerró la boca y no dijo nada; Marcus Billius...

Era en efecto una larga lista. Los nombres no significaban nada para Espartaco,

pero el odio era alentador. Bebió de su copa de agua y escuchó distraído hasta que Baebia mencionó algo que sí llamó su atención. Entonces alzó la mano.

—Repíte eso.

Baebia se lo pensó un momento, como considerando qué era lo que Espartaco quería oír de nuevo. Lo encontró al primer intento.

—He dicho que la vuestra no es una causa perdida.

—¿Y por qué lo dices?

—No podríais haber elegido mejor momento para vuestro alzamiento. La fortuna os favorece. No creeréis que los ejércitos que habéis tenido en contra hasta ahora son lo mejor que Roma puede ofrecer, ¿verdad? No. Roma ha enviado contra vosotros niños en lugar de hombres. Os desprecian. Sois esclavos, siervos de baja estofa. No hay ningún honor en destruirlos, solo un desagradable trabajo que más puede mancillar al victorioso que ensalzarlo.

—¿Quieres hacernos creer que Roma dejaría morir a tantos hombres solo por orgullo? —terció Skaris—. ¿Que nos han dejado tomar el sur porque luchar contra nosotros desmerecería su dignidad? Yo no me lo trago.

Baebia mantuvo la mirada en Espartaco.

—El desprecio es una cosa; la realidad, otra muy distinta. La realidad es que Roma no tiene ningún gran comandante a mano. Están todos en otra parte. Sertorio, por ejemplo, es un general romano, pero no pueden hacerlo venir porque está dirigiendo una revuelta contra su país. Ha hecho suya Iberia y cree que puede ser rey de ese lugar. O Pompeyo. A ese llamaría el Senado para destruirlos si pudieran, pero está en Iberia luchando contra Sertorio. Nuestros dos mejores generales, ambos fuera de esta guerra y enfrentados entre sí. Por no mencionar a las legiones que tienen con ellos. Y al este está Mitrídates. Ese tampoco irá a ningún lado. ¿Cuántas legiones habremos mandado contra él? Ahora Lucio Lúculo intenta derrotarlo. Otro general en el extranjero. Y hay otro Lúculo, Marco Lúculo, que está luchando contra los tracios en tu propia tierra. Un hombre de Thurii dijo que los besos están causando problemas. ¿Son de tu tribu?

—No —contestó Espartaco.

—En cualquier caso, ya ves que los ejércitos romanos están ocupados en otra cosa que gladiadores renegados. Debe de haber unos ciento cincuenta mil soldados romanos fuera de Italia luchando ahora mismo en las provincias. Incluso la armada está más que ocupada cazando piratas cretenses. Los gastos de esas campañas, los recursos que se envían a ultramar... —Baebia sonrió sin alegría—. Es un buen momento para vosotros. Y un buen momento también para mí, creo. —Alzó las cadenas de las muñecas y separó los brazos hasta tensarlas—. Pero necesitaré las manos libres para ayudaros.

—¿Y qué? —dice Crixo—. Mejor para nosotros. Italia es nuestra. Vamos a saquearla y nos largamos antes de que vuelvan esos hijos de perra. A lo mejor no está tan mal que mantuvieras a ese Baebia con vida. No hay que fiarse de ningún romano,

pero se le puede utilizar. ¿Qué más puede contarnos?

—Muchas cosas, como ya está haciendo —contesta Gaidres; su voz es tan suave como brusca la de Crixo—. Pero creo que Espartaco tiene algo más que decir.

De nuevo en la palestra, Espartaco prosigue:

—¿Conoces a la mujer llamada Vectia? Es de los tuyos, aunque lleva en este país tanto tiempo que ya no habla tu lengua.

—La conozco.

—No te fiaste de ella cuando dijo que podía llevarnos hasta las colinas fuera de Nola sin que nos vieran. Pero tenía razón. Lo hizo.

Crixo parece molesto.

—¿Y por qué tenía que fiarme de ella? Es una vieja chocha. Ni siquiera sé si es de verdad una alóbroges.

—Aquella mañana acertó en todo lo que dijo sobre el trazado del terreno y las rutas para atravesarlo. Piensa en las muchas veces que nos llevó al lugar adecuado para cruzar un río o que nos advirtió que enviáramos partidas para asegurar las barcas. Nos dio pies para correr por los ríos. Eso no es poca cosa. Y sabe más, no solo del terreno y de los ríos.

La mañana a que se refiere, Espartaco despertó con el alba. Astera no estaba a su lado. En cuanto se incorporó, una oleada de dolor le invadió la cabeza, martilleándole el cráneo. Recordó lo sucedido la noche anterior. Los ritos a Zagreus. Por eso tenía los pensamientos nublados, el hedor del vino en la boca y la entrepierna dolorida. Con una mueca de dolor buscó un odre de agua y bebió, dándose cuenta demasiado tarde de que no era agua, sino vino. Y un vino espeso. Zagreus, dios de las viñas. Portador de vino y abundancia. Al parecer, todavía era deber de Espartaco rendirle culto. Que así fuera. Bebió más.

Antes de la noche anterior había pensado que Astera solo adoraba a Cotito, la diosa de la enorme hacha, la que encarnaba la rabia que Astera sentía hacia quienes la habían esclavizado. La libertad no había hecho sino incrementar la furia de su amante. ¿Era de extrañar que Cotito hubiera encontrado un hogar en su corazón? No obstante, era a Zagreus a quien había que dar gracias por el botín obtenido durante el verano y de pedir sus bendiciones para el nuevo campamento de invierno. Era a Zagreus a quien había que complacer hasta que volviera el calor, para que las cosechas prosperasen una vez más. Y Espartaco sospechaba que daban gracias a Zagreus porque era un dios al que muchos no tracios podían entender. Ellos no sabían nada de Cotito ni de Sabazios, el jinete y padre del cielo. Ni de Darzalas, el dios-héroe. Pero a Zagreus lo conocían por otro nombre: Dionisio. A él lo adorarían sin vacilar, con rituales que ya conocían.

De manera que la noche anterior habían bebido el elixir que aquel dios había concedido a los seres humanos. Enormes vasijas de vino rojo como la sangre, lentamente calentado sobre tenues hogueras, mezclado con hierbas y miel y, Espartaco sospechaba, otras pociones para liberar la mente de sus habituales confines.

Algunos rituales eran privados, otros eran atendidos solo por mujeres. O solo por Astera y sus pocas elegidas. Este, en cambio, era para todos abiertamente extendido por las colinas del campamento. Una bacanal que se vio y oyó desde los cielos. Enormes hogueras apartaban el negro de la noche, las flautas anunciaban el frenesí, las manos daban palmas y las danzarinas tocaban los címbalos con los dedos. Los cantores alzaban las voces, invocando a Zagreus a través de las canciones. La voz de Cerzula se alzaba sobre las otras, dulce, profunda y llena de melancolía. Cantaba mientras Astera y Sura se retorcían en torno a ella, tocándola y tocándose entre ellas, con las manos y la boca. Solo llevaban unas finas cintas de tela que no ocultaban en nada sus cuerpos.

Para cuando Espartaco se puso en pie, la visión de las mujeres le había puesto tumesciente el pene. Aunque estaba desnudo, no le importó. ¿Por qué esconder el estado de su cuerpo? Además, si Astera tenía razón, su cuerpo no era solo suyo. Esa noche pertenecería también al dios. Dio unos pasos inseguros, una vacilación agradable, como si el mundo fuera una criatura juguetona que se movía bajo sus pies. Le hizo reír. Zagreus era un dios de risa, de éxtasis, excesos y cosas carnales. La risa era un tributo, de manera que Espartaco rio.

Descargó un cuchillo sobre el cuello del toro sacrificial y casi le arrancó la cabeza con el primer golpe. Lo salpicó un borbotón de sangre espesa, cálida y metálica. La recogió con ambas manos y se tiñó con ella la cara y el torso, disfrutando de los gritos de pasión de quienes lo observaban. Desnudo y empapado en sangre, con el cuchillo en una mano y la criatura moribunda a los pies, sintió que el dios se henchía en su interior. La canción lo invocaba; los cánticos, los címbalos y la danza lo invocaban; la muerte del buey lo invocaba, porque ¿qué dios ignora la sangre de un sacrificio? Y también Espartaco lo invocaba pues estaba en el centro de aquella adoración en masa. Los ojos que lo observaban vieron el dios dentro de su piel; ahora que era contemplado, el dios se henchía. La tumescencia, desaparecida hacía rato, se había trocado en una erección.

Astera entonó su nombre.

—Zagreus, Zagreus, Zagreus...

Espartaco dejó caer el cuchillo y se acercó a las mujeres que danzaban.

Por un momento, Sura puso la mano en su pene. Lo agarró con firmeza, una mano resbaladiza untada de cálido aceite, el rostro cerca del suyo, preguntando qué pensaba de su atrevimiento. Lo soltó solo para cogerlo del cuello. Se aupó sobre él, escalándolo con los duros músculos de sus muslos. Le lamió la sangre del pecho y le mordió la piel, ansiosa por saborear al dios. Por un momento, Espartaco tuvo la sensatez de buscar con la mirada a Astera. Ella nunca lo había compartido antes, ni siquiera había sugerido que fuera posible. La vio bailando, contemplándolo para luego apartar la vista. Espartaco se dio cuenta de que no era él mismo, sino el dios. Y Astera no exigiría que Zagreus fuera solo suyo. Estaba demasiado absorta en la danza y los cánticos, tocando a cualquiera que se acercara lo suficiente. Dioses, qué

hermosa era. Siempre lo había sido, pero normalmente era fiera, pura ira contenida en una esbelta vasija. Pero en ese momento no había ira, solo su belleza. Su cuerpo en movimiento tenía una gracia que parecía divina, igual que Cerzula y Epta. Las dos se retorcían juntas como amantes, y eso era bueno. Que fueran amantes. Que todos fueran amantes.

Él se habría unido a ellas, pero Sura no lo soltaba. Guio su pene a su interior, se deslizó sobre él, resollándole al oído. Aquello terminó de excitarlo. La poseyó allí mismo, de pie, mientras ella le mordía el labio, lo chupaba y pronunciaba su nombre. Aunque después no supo muy bien cuál de sus nombres había sido.

Sí, pensó en su tienda a la mañana siguiente, eso ocurrió. Eso había sucedido de verdad.

Y no solo eso. Hubo también otra mujer. De pelo negro, él detrás de ella y ella con los brazos abiertos abrazando la tierra. ¿Quién era? No lo sabía. La imagen le resultaba sórdida, pero en su momento no lo fue. En su momento todo era admisible. Eso significaba ser un dios. ¿Había habido otras? Eso pensaba. No Cerzula, por fortuna, ni Epta. Incluso encarnando a Zagreus supo ser dulce con ella. Incluso siendo Zagreus no parecía correcto estar con ellas. ¿Por qué Sura, entonces? Porque su hambre de él era más fuerte que cualquier prudencia. Porque ella lo provocó, mientras que las otras no. En cualquier caso, había sido una larga noche y el dios era incansable. Seguramente había olvidado más cosas que las que recordaba.

¿Qué pasaría ahora?, se preguntó. A la luz del día, ¿habría rencor entre las mujeres, o los actos cometidos con un dios eran bastante sagrados para evitarlo? Si alguna de ellas se encontraba con un hijo en el vientre, ¿sería suyo o de los dioses? Preguntas, demasiadas para una mente tan nublada como la suya.

Se levantó pensando en acercarse desnudo al arroyo y bañarse en él. El frío devolvería el vigor a su cuerpo, volvería a tensarle la piel. Mearía allí en el agua, porque también eso necesitaba. Pero no llegó más allá de la cortina de la puerta.

Astera y la anciana celta estaban sentadas cerca del fuego junto a la tienda. Al verlo, Vectia se puso en pie de un brinco, derramando la bebida caliente que tenía entre las manos. Maldijo y dejó que cayera toda al suelo. Incluyó la cabeza y se llevó las manos a los labios, como si se encontrase ante un miembro de la realeza.

Astera no se levantó. Tenía el pelo rojizo alborotado, pero el rostro perfectamente compuesto. Miró a Espartaco de arriba abajo.

—Veo que el dios te ha abandonado. Espero que se divirtiera a través de ti. — Señaló a Vectia con un gesto de la cabeza—. Esta tiene cosas que decirte.

Espartaco retrocedió medio paso, pensando en el río, en sumergirse y beber.

—Deberías oírla —insistió Astera.

Mirando hacia el valle en el que corría el río, él preguntó:

—¿Qué tienes que decirme? ¿Algo más sobre el terreno? ¿Un modo de avanzar hacia el norte ocultándonos de los romanos? Me gustaría oírlo. Si es eso, tal vez pueda esperar a otro momento. Después de anoche necesito...

Astera lo interrumpió cortante.

—Es por lo de anoche. La anciana te vio poseído por el dios. Sabe lo que vio: Zagreus manifestándose a través de ti. Decidió entonces que has sido elegido para un propósito mayor de lo que imaginas. Siéntate y escúchala. —Señaló con un gesto su desnudez—. Pero primero ponte algo. La mujer no será capaz de pensar teniéndote así delante.

Espartaco estuvo a punto de marcharse, pero si lo que Vectia tenía que decirle estaba relacionado con lo sucedido la noche anterior, tal vez valía la pena escucharlo. Se alivió primero y luego se sentó con las dos mujeres.

—La diosa te ha conducido a un buen lugar —comenzó Vectia con voz trémula, titubeante; pero la anciana siguió hablando y él la escuchó con creciente interés.

En la tienda del consejo con los otros oficiales, Espartaco no menciona los detalles de su noche como Zagreus. No obstante, algunos habían sido testigos de ello. Pero sí comparte lo que Vectia le contó esa mañana.

—La anciana estuvo en este territorio hace unos veinte años. Viajaba con su amo de ciudad en ciudad y en todas encontró lo mismo: odio hacia Roma. Un odio que fue aumentando, hasta que una ciudad tras otra se alzaron contra Roma. ¿Lo sabíais? Hace solo veinte años. —Se interrumpe para dejarlos contestar. No dicen nada, lo cual es una respuesta—. ¿Y sabéis qué? Que Roma no pudo sofocar la insurrección. En lugar de aplastarlos, los compró. Les concedió a todos la ciudadanía romana. Así fue como acabaron con la revuelta.

»¿Lo entendéis? Hemos pensado siempre que Italia estaba llena de romanos, pero no es así. Son ciudadanos, sí, pero eso es un privilegio que molesta. Los días buenos es algo por lo que estar agradecido; los días malos, es el estigma de la derrota. Recorred estas colinas y preguntad a cualquier hombre a quién debe su lealtad. ¿A Roma? Se encogerán de hombros. Su lealtad es sobre todo hacia su pueblo. Los samnitas, los oscos, los sabelios, los marsos. Eso es lo que dijo Vectia. Y yo la creo.

—¿Y todo esto de boca de una vieja? —tercia Crixo.

—Primero de su boca, pero no solo de ella. Filón, el médico, cuenta lo mismo. Antes del *ludus* era esclavo de un hombre culto. Este hombre le enseñó historia. Él ha confirmado lo que dijo Vectia: gran parte de Italia no es lo que parece. La mayor parte de Italia todavía odia a Roma. —Espartaco hace un gesto con el brazo que los abarca a todos—. Nosotros estamos aquí, todos esclavos de Roma. Estas ciudades no tienen una situación mucho mejor. Son como novias casadas con Roma contra su voluntad, siendo poseídas por un amante al que no aman. Lo aceptan, pero lo odian. Es algo que deberíamos pensar.

Crixo no lo ve.

—Ya, esposas de Roma contra su voluntad. ¿Y qué? Aun así nos siguen odiando.

—Thurii no nos odiaba —señala Kastor—. Ahora sí, sin duda, pero al principio estaban dispuestos a dejarnos en paz, a comerciar con nosotros incluso.

Crixo se inclina como para cortar la velada crítica con su afilada nariz.

—He sacado más de ellos que si hubieran comerciado. Mucho más. Y sus esclavos no nos odian. Incluso dejo que tu sacerdotisa obre su magia sobre ellos. Di lo que quieras. Yo hice lo que hice y no pienso disculparme.

Kastor, Gannicus y Ullio hablan todos a la vez. Bricca, junto a Crixo, se lleva la mano a la empuñadura de su largo cuchillo. La tensión amenaza con desmoronarlo todo. Espartaco alza las palmas, intentando calmarlos. Skaris descarga un puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar las copas. Una se derrama. Ni las manos de Espartaco ni el puño de Skaris detienen la discusión, pero, por alguna razón, el tambaleo y la caída de una sola copa lo logra. Todos los ojos miran el vino que se encharca en la mesa hasta encontrar una grieta por donde escurrirse.

—No veáis en esto un mal augurio —dice Espartaco—. Y no os separéis todavía. Aún no tenemos todas las piezas ante nosotros. Dadme un momento más para mostraros el tablero de juego que se nos presenta. Hay otra conversación mantenida este invierno a la que desde entonces le estoy dando vueltas.

En pleno invierno cayó una ligera nevada sobre el campamento. Fue algo hermoso de ver, porque Espartaco no había visto nevar desde su último invierno en Tracia. Había recorrido una larga distancia sobre una nueva montura, una magnífica yegua fuerte a la que todavía no había puesto nombre. Dolmos montaba con él, los dos callados, sin querer romper el silencio que imperaba sobre la tierra.

Al volver al campamento, de nuevo en el ruido y el ajetreo, Dolmos saludó con un grito a Filón, el griego.

—Os habéis hecho amigos, ¿no es así? —preguntó Espartaco.

—Lo considero un amigo, sí.

—Entonces yo también.

Espartaco invitó al médico a compartir la comida con ellos. Los tres se sentaron bajo un toldo a mojar chuscos de pan duro en aceite de oliva. Un fuego crepitaba cerca, pero Espartaco era el más alejado de él. Le gustaba la sensación del frío. Incluso sacaba la mano del refugio de vez en cuando para estrujar puñados de nieve húmeda.

Dolmos le pidió a Filón que hablara de su infancia en Sicilia. Le parecía extraño que el griego hubiera pasado la mayor parte de su vida en ciudades. Le hacía una pregunta detrás de otra. ¿Cuánta gente vivía en Siracusa? ¿Oía mal? ¿Nunca había pertenecido a una tribu? ¿Cómo marcaban el momento de convertirse en hombre sin ritos de iniciación?

Cuando Filón tocó el tema de las revueltas de esclavos, Espartaco le prestó más atención.

—Mi país fue el primero en vivir una gran revuelta de esclavos. Dos, de hecho, ¿sabéis? De momento esta es joven. Todavía tenemos que ver si supera lo que hicieron mis compatriotas.

—Háblame de esas revueltas —pidió Espartaco.

Filón se chupó el aceite de los dedos.

—Ocurrieron hace no mucho tiempo. La primera hace... pues unos sesenta años. La inició un sirio, un mago al que los dioses favorecían. Veréis, estaba en el este. — Para demostrarlo colocó un trozo de pan como si fuera una isla—. Se llamaba Eunus, hasta que reunió seguidores y tomó tierras, granjas y ciudades. Entonces se hizo llamar rey Antíoco. Pero hubo otro que se sublevó al mismo tiempo. Cleón, se llamaba. No era un mago, no hacía maravillas para divertir a la gente, pero era un místico. Parece que las revueltas necesitan místicos.

—Nosotros tenemos a Astera —comentó Dolmos, buscando confirmación en Espartaco.

—Conservaron partes de la isla durante tres años —prosiguió Filón—. Al final Roma envió un ejército y los derrotó, primero a uno y después al otro. No sé muy bien en qué orden. Y unos treinta años más tarde volvió a suceder. Un esclavo llamado Salvio dirigió a los esclavos en el este, y Atenion en el oeste. Mantuvieron la rebelión cuatro años. Cuatro años.

—¿Por qué fracasaron? —quiso saber Espartaco.

Filón se encogió de hombros.

—Quién sabe. Tal vez fue una cuestión de tiempo. Tal vez siempre sea una cuestión de tiempo. Nunca llegaron a unir fuerzas. De haberlo hecho... —Frunció los labios en un gesto que expresaba tanto otras posibilidades como su escepticismo hacia ellas—. Yo creo que no supieron ver el futuro a largo plazo. Se sublevaron y obtuvieron su libertad, pero ¿luego qué? Nada.

—Pudieron comenzar pero no terminar.

—¡Exacto! —Filón cogió su isla y le arrancó un trozo—. Y ahora, treinta años después, aquí estamos. Justo a tiempo, Espartaco. Cualquiera pensaría que habías leído la historia y lo planeaste así.

—Dime, Filón —dijo Espartaco tras reflexionar un momento—, ¿tienes deseos de volver a ver tu tierra?

—Sueño con ello a menudo.

Espartaco sonrió.

—A veces los sueños se hacen realidad.

—¿Veis adónde me dirijo? —pregunta Espartaco a los hombres de la tienda del consejo.

—Si lo dijeras de una vez, lo vería —gruñe Crixo—. Conversaciones con un griego, una mujer y un soldado romano. Mucho hablar me parece eso.

—Os lo voy a dejar claro. Los romanos esperan que saqueemos, violemos y destruyamos. Piensan que ese será el límite de nuestras aspiraciones, que al final correremos a casa. Eso no les extrañará. Y lo que yo sugiero es que los sorprendamos, que los dejemos pasmados con una estrategia que ni siquiera imaginarán hasta que sea demasiado tarde. Sugiero que tengamos un objetivo tan atrevido que los romanos jamás lo conciban siquiera.

—¿Y qué objetivo es ese? —pregunta Gannicus—. ¿Qué es mejor que volver a

casa y la libertad?

—Una cosa, hermanos. Hay algo mucho mejor, algo que lo supera en gloria. Hermanos, sugiero que no huyamos de Roma. Que no nos limitemos a robarles. Que no solo nos cobremos el botín de su tierra. Que no solo nos vengamos por los crímenes pasados. Debemos hacer algo para que no haya crímenes futuros que lamentar. —Espartaco une las manos y se las lleva a los labios. Inhala por la nariz y concluye—: Vamos a destruir Roma.

Gannicus recibe la sugerencia con una carcajada. Se vuelve como si fuera a hacer un chiste con Castus, pero este se ha quedado mirando a Espartaco con tal seriedad que Gannicus se contiene. Crixo frunce el ceño y alza el mentón. Todos guardan silencio.

Espartaco deja que ese silencio se alargue, pero antes de que otro hable, prosigue:

—Escuchadme, hermanos. Destruiremos Roma.

Y entonces explica cómo lo lograrán.

Laelia

El día que Laelia y Astera tienen que bajar la luna, Hustus llega con lo que la sacerdotisa le ha pedido: un saco lleno de diminutos ratones. Comida para su creciente colección de serpientes. Hace algún tiempo que no comen y tendrán hambre. Así las alimentarán y quedarán saciadas y satisfechas. Así la diosa, que bajará esta noche a la tierra respondiendo a la llamada de Astera, verá que las han mantenido bien.

Los hermanos sacan una serpiente cada vez volcando los sacos en los que descansan. Los reptiles caen en un rectángulo cerrado hecho de tablas. Primero una serpiente, luego un ratón. Las serpientes grises siempre atacan deprisa, muerden con la velocidad del rayo y luego esperan mientras el ratón muere entre estertores. La que se enroscó en torno al rostro de Espartaco se convierte en un remolino de anillos con los que estruja al ratón. La negra con el anillo en torno al cuello es la más lenta. Cuando Laelia la levanta y la coloca delicadamente en el recinto, se queda quieta un rato.

—No tiene hambre —concluye Hustus.

Pero Laelia sabe que no es eso, que sencillamente ella es así. Laelia ha cambiado desde la primavera anterior, un hecho que Hustus comenta a menudo. Ya no finge ser un muchacho. Su pelo le roza los hombros y su túnica no intenta ocultar sus pechos pequeños o sus piernas delgadas. Ahora lleva nuevos estigmas parcialmente visibles en la parte superior de su pecho. Son formas que muestran el rostro cambiante de Cotito, la luna pasando de una fina tajada a la luna llena. Pero lo que ha cambiado sobre todo es su actitud. Ya no es tímida como en otro tiempo, no es un trémulo ratón. Ahora es la aprendiz de una sacerdotisa. Es la que ofrece ratones trémulos a las serpientes.

La serpiente contempla al roedor con ojos inertes, sin interés, agitando la lengua pero sin hacer ningún otro movimiento durante un largo rato. Cuando por fin se mueve, parece perezosa, como sin objetivo. El ratón está frenético. Corretea de un lado a otro, a veces estrellándose contra los anillos de la serpiente y apartándose aterrado. El ofidio solo tiene que esperar a que los propios movimientos del ratón lo lleven hasta su boca. En un momento, el roedor corretea y, al instante siguiente, unas patas asoman espasmódicas de la boca de la serpiente.

—¿Lo ves? —dice Laelia, satisfecha consigo misma y con la serpiente—. Te lo dije. Ella es así.

Hustus señala que no ha dicho eso.

Entonces llega Sura. Mira a Hustus sin saludarlo y pregunta si todas las serpientes han comido.

—Todas no —contesta Laelia.

—Astera quiere que coman todas. No deben recibir un trato diferente.

Laelia asiente con la cabeza.

—Lo entiendo. Pero no siempre comen solo porque les ofrezca comida.

—Entonces tal vez no sea una tarea para la que estés dotada. Deberías... —Se interrumpe cuando una voz la llama.

Es Kastor, que acaba de aparecer. Le hace un gesto. Está sonriendo, como de costumbre. Al verlo, el rostro de Sura cambia. Laelia lo observa. Su rostro normalmente es plano, un poco ancho, de facciones voluminosas y no finas como las de Astera. Y a menudo refleja desaprobación, cosa que no la favorece. Ahora, no obstante, al reconocer a Kastor, esa desaprobación desaparece y surge una nueva energía alrededor de sus ojos. No sonrío, pero sus labios se destensan de tal manera que es como una sonrisa.

—Haz lo que te digo. —Y tras estas palabras, se va con Kastor.

Él le presenta una flor, una sola y sencilla flor. Cuando ella la coge, él la abraza como si el hecho de aceptar la flor le hubiera dado permiso para ello. Sura se aparta, pero no en serio. Se debate, juguetona.

«Kastor la suaviza —piensa Laelia—. Y eso es bueno. Sura necesita que la suavicen».

Cuando terminan de alimentar a las serpientes y las han devuelto, saciadas e hinchadas, a los sacos en que descansan, los gemelos se sientan a charlar. A Laelia la espera una larga y ajetreada noche, pero por la tarde se supone que debe dormir. ¡Como si pudiera dormir cuando está tan cerca de ver el rostro de una diosa! De manera que se queda con su hermano, escuchando su cháchara. Eso, para ella, es parecido a descansar.

Hustus ha crecido desde sus días como esclavos de Aburius. Es como si su libertad se estuviera manifestando en su pecho más ancho y sus piernas más largas. Se ha afeitado los lados de la cabeza en un estilo que ha imitado de algunos germanos. Laelia piensa que está ridículo, pero no lo dice. Ahora tiene un compañero, un cachorro que se sienta sobre los cuartos traseros un poco apartado de ellos, contemplando a Hustus. Es un perro flaco, de pelaje gris y blanco. Las patas delanteras son su parte más grande, y sus cejas, lo más expresivo. Cambian de forma cada vez que Hustus se mueve, habla o gesticula. Parece que estuviera constantemente sorprendido, siempre intentando en vano comprender el mundo. Hustus piensa que se hará grande y fiero. Laelia está de acuerdo en que se hará grande, aunque duda de que se haga fiero. No con esas cejas.

Oyéndolo hablar, Hustus ha corrido toda clase de aventuras. Él y los demás muchachos demasiado jóvenes para luchar —por muy poco, señala Hustus— son útiles a Espartaco de otras maneras. Llevan mensajes entre las facciones en el campamento. Ayudan a cuidar de las armas, reparan armaduras y corren a recoger las jabalinas en el campo de entrenamiento. Cazan piezas pequeñas y exploran villas para

alertar a los hombres. Una vez ayudaron a los tinios a saquear una villa en una incursión nocturna. Los tinios pidieron ayuda a los pastores porque habían oído que eran buenos con la honda. Los tracios calentaron piedras hasta ponerlas al rojo vivo y luego se adentraron en la noche. Luego los pastores empezaron a lanzar las piedras calientes a los campos, a fin de prender fuego a los montones de heno. Cuando los trabajadores agrarios y los guardias corrieron a sofocar los fuegos, los tinios salieron de la oscuridad y acabaron con ellos.

—Eso se les da muy bien.

A la vuelta, esa misma noche, el grupo de Hustus encontró un buen caballo al cuidado de un mozo de cuadra al que habían enviado al bosque para esconderlo. Lo sorprendieron y le dieron una tunda. El muchacho huyó por piernas, dejándoles el mejor caballo que habían visto en su vida. Lo cogieron, por supuesto. Eso fue lo más fácil, lo complicado fue llevarlo al campamento.

—Todo el mundo lo miraba —dice Hustus—. Los hombres se acercaban y querían llevárselo, nos preguntaban cómo es que teníamos un caballo tan bueno. Uno incluso se puso a pegarle a Conejo con ganas. Aquello iba a acabar muy mal, pero entonces Drex gritó que el caballo pertenecía a Espartaco, que nos había pedido que fuéramos por él y eso era lo que estábamos haciendo. Todos alzamos la vista. «¡Sí, es el caballo de Espartaco! Déjanos o le diré que querías robarlo». Fue una buena mentira. Y luego ya no fue mentira. Porque les dije a los otros: «Vamos a dárselo a Espartaco. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Si no, tarde o temprano alguien nos lo va a robar». Eso fue lo que dije, y eso hicimos. —Hustus sonríe—. Espartaco dice que el caballo le recuerda a otro que tuvo en Tracia. Y le ha puesto un nombre en tracio. Yo ni siquiera puedo pronunciarlo, pero significa «cielo de invierno de pizarra dura» o algo así. —Señalando hacia arriba con un dedo, añade—: El caballo es gris, como un cielo encapotado. Supongo que eso es lo que significa. Y nos va a recompensar por ello. Los otros y yo vamos a empezar a entrenar con caballos. Nos vamos a hacer exploradores.

—¿Tú a caballo? —se sorprende Laelia.

—Eso.

—Te vas a caer.

Hustus le da un leve puñetazo en el hombro.

—¿Y tú qué sabes?

Hustus sostiene que Espartaco está intentando cambiar el propósito de toda la campaña, dar a la revuelta un sentido y un propósito. Piensa acabar con Roma, declara Hustus. Eso es lo que dijo. Pero primero debe cambiar las mentes de sus hombres. Y eso no es nada fácil.

—¿Sabes lo que pasó en Forum Annii?

Laelia lo sabe, pero él se lo cuenta igualmente.

Los alóbroges llegaron a la ciudad antes que el cuerpo principal del ejército. Era a principios de la estación y los hombres de Crixo tenían hambre y sed y estaban

amargados por haber tenido que dejar a sus mujeres celtas atrás. Estaban deseando un saqueo, y la estación no se lo había ofrecido. Cayeron sobre el distrito con toda la brutalidad que Espartaco quería que contuvieran. Espartaco se puso furioso cuando se enteró. Llegó hecho un basilisco, gritando por toda la ciudad. Apartaba de un tirón a los hombres de sus víctimas y les daba coscorriones y sopapos. No sirvió de nada. Él y sus oficiales eran pocos comparados con los muchos sedientos de sangre. En verdad, Espartaco no podía siquiera controlar al grueso de sus propios hombres, que eran como perros que hubieran captado el olor de su presa.

Al día siguiente reunió a los jefes de las tres facciones en la plaza central de la ciudad, a campo abierto, todos voceando su opinión a los cuatro vientos. Hustus se instaló en las cálidas tejas de un tejado cercano, desde donde lo oyó todo. Espartaco dijo que debían contenerse y evitar las carnicerías. Hustus imposta una voz ronca al repetir sus palabras:

—Pensad bien lo que digo. Aseguraos de que vuestros hombres sepan que nuestro objetivo es la propia Roma. Y para llegar allí necesitamos aliados. Aliados de aquí, del sur. Y no tendremos ninguno si los tratáis como los habéis tratado.

No es una buena imitación de Espartaco. Laelia se echa a reír.

Hustus cada vez se anima más. Se pone de pie, tan lleno de energía que no puede permanecer sentado.

—Pero Crixo se negaba. Decía que los celtas harían lo que les diera la gana. Que nadie podía impedirles que tomaran lo que quisieran cuando quisieran. Decía que las reglas de Espartaco se aplicaban a su gente, que los suyos se irían por su propio camino. Y por eso, el ejército se va a dividir. Crixo y sus celtas se irán por su lado, a la suya.

—¿Y los germanos? —pregunta Laelia.

—Esos están con Espartaco. Tú entiendes lo que se proponen, ¿verdad? Espartaco quiere que los italianos se levanten también contra Roma. Los romanos los conquistaron a ellos igual que a otros. Si puede ganar para la causa las ciudades italianas, todos trabajarán unidos para acabar con Roma.

—¿Y eso sucederá?

Hustus detiene sus andares, se pasa la mano por el pelo desgreñado y se queda pensativo, muy serio.

—Pues no lo sé. Los italianos son unos hijos de perra, incluso cuando no son romanos. —Se encoge de hombros—. Pero vale la pena intentarlo. Deberías preguntarle a tu diosa. ¿De verdad vas a hablar con ella esta noche?

—Asterá hablará con ella. Pero yo estaré a su lado.

Hustus se queda más pensativo. Luego sacude la cabeza y declara:

—Tú y yo somos iguales. Lo que tú haces por Asterá, yo lo hago por Espartaco.

Laelia se echa a reír y le dice que tiene razón, pero solo la mitad de la razón.

Él amenaza con hacerle cosquillas. Ella asegura que entonces le dará una patada en las partes. Y, por unos momentos, vuelven a ser niños. Hustus habla de las

extrañas costumbres de los otros. A los italianos no los entiende para nada. Todos se parecen pero pelean constantemente entre ellos, ofendiéndose por cosas que nadie ha advertido siquiera. Los jóvenes celtas se tocan unos a otros como amantes. A él le resulta extraño porque luego se enfadan a la primera y nunca están más contentos que cuando pelean. Las niñas celtas son muy descaradas cuando les gustas. Una se acercó a él y le enseñó los pechos y le escupió en los pies y luego se marchó tan pancha.

—¿Tú crees que eso significa que le gustas?

—¿Y qué iba a significar si no?

—¿Se lo preguntaste?

—Todavía no. Es más alta que yo.

—¿Y estás esperando a crecer?

Hustus había conocido a un garamante que juraba que en su país podían hacer que los ríos fluyeran bajo tierra y se alzarán cuando querían. También había otros libios, incluida una pandilla de niños pequeños que correteaban con perros. Lo que más les gustaba era cazar saltamontes. Se los metían vivos en la boca y los masticaban, sonriendo y parloteando en su idioma, tan raro que no era de extrañar que los perros lo entendieran.

—¿Y no los asan primero ni nada? —pregunta Laelia incrédula.

—¿Lo ves? Ya te digo que hay gente muy rara entre nosotros. Pero a mí no me importa.

Sí, por unos momentos vuelven a ser niños. Mejor que niños, porque en su infancia hubo pocas risas. Tienen un papel que cumplir, son libres. Hasta cierto punto, Laelia siempre escucha a su hermano por seguirle la corriente —eso sí se lo puede ofrecer: aparentar que se interesa tanto como él—, pero las cosas que dice le recuerdan que forman parte de algo más grande de lo que hubieran podido imaginar. Y Laelia puede darle algo más: detalles que observa en Espartaco, pequeñas cosas de Astera que, sin duda, Hustus compartirá entusiasmado cuando vuelva con su banda de rapaces. Y está bien, porque solo le cuenta detalles que no le importa que él repita. Le gusta ver que eso le da alegría. Le gusta que esté vivo. Mientras esté vivo, Laelia sabe que ella también lo está.

Antes de que se marche, Laelia le aprieta con fuerza la mano. Y él no se mueve hasta que se la suelta.

Una vez a solas, el respiro que le ha dado su hermano se desvanece. Se dedica a revisar las cosas que necesitarán esa noche. Hierbas para quemar: flores de bendis y ajeno. Otras para espolvorear en torno al cuenco de agua: rosa canina y lengua de caballo. Polvos recién molidos esa mañana: raíces y huesos. O hechos una pasta: bayas de espino. Todo esto tiene un propósito. Todo debe estar perfecto para la diosa, porque esta noche Astera bajará la luna. Laelia lo ha estado temiendo desde la primera vez que la sacerdotisa se lo prometió. Nunca ha dejado ver que tiene miedo. Se ha esforzado por aprender todo lo que Astera le ha enseñado, y está agradecida, muy agradecida, de que tuvieran que esperar a que Epta diera a luz a su hijo. Pero eso

ya está hecho, de manera que Epta vuelve a ser una y no dos. La diosa no pensará que están intentando engañarla.

Laelia intenta consolarse con eso, pero mirar a una diosa a la cara... No sabe si podrá hacerlo. Y lo que más teme es que Cotito la mire con ira. ¿Acaso todos sus nombres no son aterradores? Hermosa en la Ira; La que Nunca Olvida; La que Aparta la Vista; Madre Sangrante; Loba que Devora la Luna; La que Ve en la Noche; Hermana Muerta; Devoradora de Hombres. Tiene muchos nombres y todos la llenan de temor. Pero Astera dice que es justamente la clase de diosa que necesitan. ¿De qué les sirve una diosa de los campos o la fertilidad o la caza de ciervos? ¿De qué sirve una diosa de la lira o el hogar, o la que protege de las picaduras? No. Necesitan una diosa que guíe la mano de los guerreros y los haga fuertes: Cotito.

Durante el invierno Astera le ha enseñado muchas cosas, no solo cuáles son las hierbas que hay que quemar y cuáles espolvorear y por qué. La niña atendía sintiéndose privilegiada, segura de que ninguna de las otras hermanas, ni siquiera Espartaco, habían oído muchas de las cosas que Astera le revelaba. Pertenece a la tribu de los diós. Creció creyendo que los dioses habían bendecido a los diós por encima de los demás pueblos del mundo. Y no solo porque vivían en las Ródope, tan arriba que caminaban a través de las nubes y preferían la soledad de las cumbres a los lugares atestados de gente. No es solo que se tatúen en el cuerpo los sueños que tienen, para que los dioses que se los otorgaron sepan que los han recibido. Todo esto es cierto, pero nada de ello es la verdadera bendición.

—Lo que de verdad nos hace especiales —le contó Astera— es que solo los diós conocen la verdad sobre Cotito. Otros se han olvidado de ella, la creen muerta, la desprecian como un cadáver sin poder. Pero nosotros, los diós, sabemos que no es así. Comprendemos lo que es verdad y lo que no.

Lo que es verdad es que Bendis y Cotito eran hermanas gemelas, idénticas por fuera pero no por dentro. Eso es una verdad. Otra es que el dios Sabazios, al verlas, se enamoró. Al principio las quiso por igual, pero con el tiempo se sintió más atraído por Bendis, tal vez porque era más blanda, más femenina, una hacedora de vida, mientras que a Cotito se le daba mejor acabar con ella. Bendis sabía abrirse de piernas y ofrecerle un vientre abierto para que él lo llenara. Cotito, sin embargo, era una cazadora, conocía la lanza y el arco y el puñal.

Un día volvía de una cacería con un ciervo al hombro, un regalo para Sabazios. Pero encontró al dios metido bien dentro de Bendis, embistiéndola y declarándole su amor. Y en un instante todo su amor por él se convirtió en odio hacia su hermana. Blandió con tal fuerza el ciervo que de un golpe apartó a Sabazios y luego atacó a Bendis, con los puños y las uñas, e intentó estrangularla.

—La habría matado —admitió Astera. Hizo una pausa, apretando entre los dedos unas hojas que iba a arrojar en un cuenco—. Y eso habría sido algo horrible, porque la vida no puede renovarse sin Bendis. Este mundo estaría muerto y nosotros viviríamos en la oscuridad.

—Pero ¿no la mató? —se adelantó Laelia, algo inusual en ella, pero aquello era importante y deseaba saberlo.

—No. Bendis no murió. Sabazios atacó a Cotito, ahora furioso él también. La apartó a golpes de su hermana, la cogió y la estampó contra el suelo. Una y otra vez, hasta que Cotito quedó yerta y ya no luchó más. Y entonces Sabazios la lanzó lejos, muy lejos, tanto que la diosa pasó por encima de los montes Ródope. Tan lejos que ni siquiera la oyó caer de nuevo. ¿Y sabes por qué no la oyó?

—Porque Cotito no cayó.

—Exacto. Y todavía no ha caído. Pende en el cielo, desolada. La primera vez que la vio alzarse, Sabazios creyó que estaba muerta, que era un cadáver. Y allí la dejó para que todos la vieran por la noche. Pero no está muerta, es solo que ha vuelto la cara y rara vez la muestra. Sigue enfadada, aunque sabe que estuvo mal atacar a su hermana gemela. Está enfadada por todos aquellos que son maltratados y traicionados. De manera que no le tengas miedo, hija mía. Ámala, pues ella te amará.

Astera le contó más. Primero lo bueno y luego lo malo.

Le dijo que había tenido un esposo al que amó en Tracia. Su nombre significaba el sonido del chillido del águila una mañana clara. Le puso una hija dentro, y luego un hijo. Ambos vivieron y crecieron. La niña tenía el pelo rojo, como su madre. El del niño era más oscuro, como el de su padre. Al niño le gustaba romperse cosas: la muñeca, el meñique izquierdo, un diente partido contra una roca. Todo eso estaba bien, decía su padre. Se estaba preparando para las pruebas que le aguardaban, y con más entusiasmo que la mayoría.

Vivían en las montañas. Cazaban y oían los aullidos de los lobos por la noche y veían nieve en las cumbres incluso en verano. En invierno siempre había leña para los fuegos y sabían mantenerse caldeados. Tenían a Cotito. En las noches despejadas se sentían tan cerca de ella que casi podían tocarla con estirar el brazo. Casi todos los años tenían comida suficiente. Las otras cosas que necesitaban las comerciaban con las tribus de la llanura. A través de ellas entraron en contacto por primera vez con los romanos. Pero, en general, eran gente de las montañas y no deseaban alejarse de allí.

Tal vez deberían haberse preocupado más del mundo de las llanuras. No lo hicieron, y por eso no conocieron a los romanos por lo que eran hasta que dejaron las planicies y subieron a las alturas. Y entonces llegaron las exigencias y amenazas, que resultaban desconcertantes. ¿Quiénes eran ellos para exigir tanto? ¿Qué sabían de los dios y las montañas? Nada. No significaban nada, pensó ella.

Se equivocó. Lo significaban todo.

Un día fue a recoger hierbas en las altas praderas. Estuvo ausente durante las largas horas de la mañana, contenta con la soledad. Se quedó allí más tiempo del necesario. Y al volver a la aldea, supo desde lejos que algo había ocurrido. Se veía demasiado humo para ser tan temprano. Al acercarse más, oyó gritos y súplicas. Oyó una lengua que no comprendía. Rodeó la aldea y entró por el sendero que llevaba al claro desde donde podría ver su cabaña.

Y esto fue lo que vio: hombres gritando, mujeres chillando, niños llorando. Muerte. Romanos armados con sus altos escudos y sus cascos con cresta, con sus horripilantes espadas ensangrentadas. Eran muchos. Y entre ellos había tracios que no eran dios. Eran odomantos, averiguaría luego. Traidores.

Lo que contempló desde allí, incapaz de moverse, la acompaña siempre. Su esposo, al que arrodillaron y decapitaron; su hijo, al que cogieron de los tobillos para estrellarle la cabeza contra el tocón del que cortaban la leña. Varios hombres metieron a su hija a empujones en la cabaña. Era demasiado joven para lo que ella se temió. Rogó que solo quisieran que les entregara los objetos de valor.

Jamás comprendería por qué no hizo nada. Y todos los días desde entonces, en algún momento, se imagina lo que podría haber hecho. Pero la imaginación no cambia nada. Se quedó allí hasta que los hombres salieron de la cabaña, al parecer muy complacidos. Cogieron troncos de las enormes hogueras y los lanzaron a la cabaña, sobre el tejado. Las llamas se alzaron más y más. Su hija no salió. Y para que su dolor fuera absoluto, clavaron a su hijo a un poste.

Al verlo así colgado boca abajo por los pies, por fin Astera reaccionó. Se acercó a él. ¿Qué pensaba hacer? ¿Desclavarlo y tumbarlo en el suelo? ¿Lavarle la sangre y de alguna manera hacer que pareciera de nuevo ileso? ¿Esperaba que sus propias lágrimas al caerle sobre el rostro lo despertaran? Pensaba todo esto. Y nada de esto, porque ni por un instante creyó que fuera posible. Sencillamente se acercó, y los romanos al verla acudieron a recibirla.

—¿Lo entiendes? Nada de lo que hice fue lo que debía haber hecho. Los dioses romanos debieron de nublar mi pensamiento. Lo apartaron todo menos el dolor. Tienen ese poder. Puede que no tengan muchos poderes, pero ese sí. Crean sufrimiento. Por eso nunca volveré a tener hijos. Amor sí. Me acuesto con Espartaco y lo amo, pero conozco el modo de impedir que su semilla arraigue. Mejor te tengo a ti, tú eres mi luna en la noche. Y jamás permitiré que caigas en poder de Roma.

Y justo esa mañana, antes de que Laelia diera de comer a las serpientes con Hustus, Astera le había dicho:

—Te he contado algo de lo que los romanos me hicieron. No todo, pero no necesitas saberlo todo. Escucha ahora algo bueno, algo que me llegó en un momento malo.

La primera noche fuera de Capua, dijo, el día antes de llegar al lugar de los gladiadores, cuando dormía encadenada a mujeres hostiles, tuvo un sueño. Empezaba con ella caminando por una carretera, una vía romana de adoquines planos y tersos bajo los pies. Era una tarde tranquila, con el paisaje bañado en una luz amarillenta. Iba sin cadenas, e inquieta por ello. Se había escapado, aunque no sabía cómo ni dónde estaba. La carretera se extendía ante ella, de manera que siguió andando.

Entonces se encontró con un hombre sentado en un taburete en medio de la carretera, sobre la elevación de una pequeña colina. Le daba la espalda y no se volvió al acercarse ella. Aun así, supo que la estaba esperando. Él tendió una mano grande y

ella se la cogió. El hombre se levantó y juntos siguieron andando. No dijeron nada, pero Astera sabía que volvían a casa, y sintió también que otros iban tras ellos. Que los seguían muchas almas. Quería darse la vuelta y mirarlas, pero no debía hacerlo. De manera que siguieron caminando, sabiendo que guiaban a muchos, invisibles a su espalda.

—¿Sabes quién era ese hombre?

Solo hay una respuesta:

—Espartaco.

—Sí.

Astera no le había visto la cara en el sueño, pero sí la vio la mañana que llegó al *ludus* de Batiato. La memorizó para poder encontrarlo de nuevo. Había soñado con él antes de conocerle siquiera. Aquello tenía que significar algo.

—Cotito me dio ese sueño. Significaba que la diosa no me había abandonado. Ahora tenía otra oportunidad de demostrar mi valía ante ella, de adorarla con actos y ofrecerle la sangre de sus enemigos. Esta vez no vacilaría. No haría lo equivocado en lugar de lo correcto. ¿Lo entiendes? Para eso he trabajado desde entonces. Espartaco es el instrumento hacia el que me guio la diosa. Yo soy la mano que blande ese instrumento, así como Cotito es la voluntad que me gobierna. Y las almas que nos seguían, ¿quiénes eran?

—Los Sublevados.

Astera sonrío.

—Porque lo que hacemos lo hacemos por nosotros. Todos nosotros. ¿Lo ves? No se puede negar la voluntad de los sueños. Esta noche llamaremos a Cotito. Hablaré con ella y me dirá si está complacida, si estamos haciendo lo correcto. Si sabes encontrar tu voz, tú también podrás hablar con ella. Prepárate. Ya se acerca.

La primera parte del ritual la realizan de día en un risco sobre el campamento. Comienzan en cuanto la luna se alza en el cielo. Astera y Cerzula, Sura y Epta, y Laelia, todas se purifican atravesando el humo del incienso encendido. Esta vez no se desnudan ni sacrifican tres cachorros, solo gallinas. A Laelia no le ha gustado matar a los cachorros. Se lo confiesa a Astera, que le daba pena verlos morir, que le dio dolor de vientre y la hizo sentirse cruel. Astera replica que eso es bueno. Que por eso podrá ser una sacerdotisa, porque tiene buen corazón y es bondadosa. Eso significa que Cotito verá que su sacrificio es auténtico. Si alguien no tiene corazón, ¿qué valor tienen sus ofrendas?

Astera bebe un sorbo de un cuenco que Sura le lleva, con una tintura de las raíces de la planta llamada belladona. En tracio se llama Dama de Ojos Brillantes. Un solo sorbo para abrir su mente a las visiones que la diosa le envía. Laelia no bebe Dama de Ojos Brillantes. Todavía no. No está preparada aún, le dice Astera. Las visiones pueden ser enormes y espantosas. Y ella es joven. La Dama de Ojos Brillantes, si se bebe en demasía, es mortal. La sacerdotisa le devuelve el cuenco a Sura, que lo vuelca y lo deja.

Astera, con la gallina en las manos, habla en esa extraña lengua que emplea cuando llama a la diosa. No es tracio, porque Laelia conoce el sonido de ese lenguaje. Pero tampoco es latín, ni griego ni celta. La diosa entiende las lenguas humanas, pero tiene su lengua propia, que es la que ama. Su tarea es aprenderla, cada una a su manera. Para Astera, es un gemido ululante, roto por bruscas exclamaciones y momentos de murmullo. Habla con los ojos medio cerrados y las palabras poseen su cuerpo. A veces se sacude en espasmos. Mueve los brazos como si una mano invisible los agitara.

Le corta la cabeza a la gallina y recoge la sangre en un cuenco de madera, sosteniendo al animal hasta que cesa el flujo. Las serpientes tatuadas en sus brazos se retuercen como si estuvieran participando en el sacrificio. Hace lo mismo con otras dos gallinas. Y cuando termina con cada una, le arroja el cadáver a Sura, que se lo lleva en silencio y lo deja caer en la parrilla sobre el fuego. En muy poco tiempo, una vez que se ha disipado el olor a plumas quemadas, se alza el glorioso aroma de la carne asada. Pero es para más tarde. Ahora no.

Astera coloca las cabezas de las gallinas en torno al cuenco, del que luego bebe. Cuando lo aparta, tiene los labios manchados y oscuros, y el líquido carmesí le gotea de las comisuras de la boca. Inclina el cuenco hacia los labios de Laelia, que bebe también, intentando dominar las náuseas. En cuanto el cuenco es retirado, deja que le salga de la boca toda la sangre que puede. Lo que no se atreve a escupir se le queda en la lengua, dulce, salada y metálica al mismo tiempo. Una tras otra, las mujeres beben para que cuando acuda la diosa huela la sangre del sacrificio en su aliento. Pensará que se han comido vivas a las aves, como ella prefiere.

Laelia comentó una vez que era raro que muchos de sus rituales implicaran engañar a la diosa. Y Astera respondió:

—Esto no es engañar a la diosa, es complacerla. Y mientras esté complacida, todo estará bien. —No tiene dudas sobre esto, y Laelia intenta no tenerlas tampoco.

A continuación hay que mezclar la sangre con harina de avena. Astera la amasa con los dedos hasta lograr una mezcla oscura que parece carne humana. Cuando está satisfecha, se la pasa a Cerzula, que la cocerá como una ofrenda para la diosa. Esto tampoco lo entiende Laelia. Pero confía en que Astera tenga razón y está deseando comerse más tarde las gallinas asadas.

Cuando Cerzula devuelve el cuenco, Astera vierte agua en él y mezcla la sangre. Luego envía a las tres mujeres a formar los vértices de un triángulo en torno a ella. A diferencia de las otras ceremonias, esta vez se apostan lejos. Cerzula baja un poco por la colina. Epta se sube a una roca, perfilada por la luz blanquecina de la luna. Sura está en los árboles. La diosa las verá a todas. Por eso han creado un amplio espacio, para atraer su vista mejor desde el cielo. Y, además, dice Astera, la diosa solo se revelará a sus elegidas. Astera es una. Laelia, si la encuentra digna, será la otra.

Se arrodillan con el cuenco de agua entre ellas. El líquido está casi quieto y refleja el cielo, que se agita de vez en cuando con la brisa, haciendo danzar las

estrellas. Astera no ha dado más instrucciones y por un rato Laelia se limita a seguir de rodillas, escuchando a las otras mujeres, deseando entender mejor el tracio. Y luego escucha a Astera, que ha comenzado a hablar en su lengua divina. Laelia cierra los ojos para prestar más atención. Es perfecta, piensa. Cada nota y cada aliento, cada pausa y cada continuación. Cuanto más escucha, más ciertos le parecen los sonidos. Incomprensibles, pero aun así como deberían ser.

Sin siquiera pensarlo, Laelia comienza a canturrear. Deja que el canto le llene el pecho y empieza a moverse a su ritmo, su cuerpo estirándolo en distintas direcciones, amasándolo como las manos amasan el pan. Cuando le parece el momento apropiado, abre los labios formando un óvalo y emite otros sonidos, cualesquiera que le vengan, sonidos cada vez más variados y complicados, más semejantes a palabras. No son palabras que comprenda, pero la diosa las comprenderá. Es un canto para ella. Por supuesto, eso es. Ella no tiene por qué entender el idioma de Cotito. ¿Cómo va a entenderlo? Lo que importa es que pueda formar ese lenguaje con la boca y el pecho, con los brazos y las piernas. Se abandona a ese canto sin advertir que Astera guarda silencio. Solo se da cuenta cuando ya lleva un buen rato cantando sola. De pronto, su voz le parece débil, solitaria. Y se detiene.

Abre los ojos y mira a la sacerdotisa, que tiene la cabeza gacha y mira fijamente el cuenco de agua. Es evidente que está viendo algo. Los ojos le brillan anegados en lágrimas. Y con una reverencia en la voz que Laelia jamás le ha oído antes, susurra temerosa:

—¿La ves? Mira y dime que la ves.

Laelia baja despacio la vista. La superficie del agua ensangrentada se ondula de forma distinta ahora. No con la brisa, sino como si hubiera peces nadando en ella, invisibles salvo por las corrientes que crean. Se acerca más y mueve la cabeza por encima del cuenco.

—¿La ves?

Hay solo una respuesta, y es la que Laelia ofrece.

Filón

Despierta de súbito. Está en una habitación que no reconoce. Sobre él, las vigas a la vista de un techo. ¿Un techo? ¿No el cielo, ni la copa de los árboles o la cortina de una tienda de campaña? Aparta una sábana de lino que lo deja igualmente perplejo, pone los pies en el suelo y se sienta demasiado deprisa. La cabeza le da vueltas incluso después de haberse apoyado con las manos en el colchón para recobrase. Por la ventana abierta mira un rectángulo de cielo que es un puzzle azul. Nada de lo que ve le dice dónde está. El olor sí. El aire huele a sal. Asoma la cabeza por la ventana y respira hondo. Allá abajo, la bahía de Siracusa, una belleza, resplandeciente al sol del mediodía. El mar es azul y en él bullen toda clase de embarcaciones.

Y entonces se acuerda. La misión a la que le envió Espartaco. Los piratas. Estar de nuevo en el mar. Las paradas en Naxus, Acium y Catana. Las reuniones. La creciente esperanza. Y ahora está allí. Ha vuelto a casa, a Siracusa. Y ha visto a Iphitus. Ah, Iphitus y la alegría de la noche anterior. Iphitus sigue en su boca, el regusto de su semen mezclado con el vino con que lo regó.

Al oír que se abre la puerta, Filón se vuelve.

Es Iphitus, pero no corresponde a la cálida sonrisa de Filón. Irrumpe en la sala jadeando y pálido. Kastor lo sigue de cerca, enorme. Se arroja sobre Iphitus antes de que el griego pueda decir una palabra. El gladiador lo agarra bruscamente por el hombro y mueve la mano tan deprisa como un puñetazo para sujetarle el cuello.

—¡Kastor! —grita Filón—. ¡Para! ¿Estás loco? Suéltalo...

El gálata le planta un dedo enorme en los labios en un gesto tan brutal que Filón guarda silencio. Solo entonces oye los ruidos que suben de las plantas de abajo. Golpes en una puerta, luego un grito. Más golpes. Eso es lo que lo ha despertado.

La voz de Kastor es un afilado siseo:

—¡Son romanos! Alguien nos ha traicionado. —Hunde los dedos en el cuello de Iphitus—. Has sido tú, ¿verdad?

Filón se arroja entre ellos y empuja con ambas manos el pecho del gálata.

—¡Suéltalo! Pues claro que él no nos ha traicionado. ¿Tú crees que iba a invitar a los romanos a su casa? ¡Piensa! —Kastor no afloja la presa—. ¡Piensa! Tú sabes quién nos ha traicionado. ¡Bolmios! Fuimos unos idiotas al fiarnos de ese pirata.

Kastor por fin reacciona. Su rostro cambia, la rabia sustituida por la comprensión.

—¡Esos piratas de mierda!

A pesar de haberle convencido, Filón todavía tarda un momento en lograr apartar los dedos que aferran el cuello de su amante. Por fin le pone las manos en las mejillas y se las frota, mientras Iphitus resuella. De nuevo se oyen golpes, y esta vez no cesan.

—Claro que... no fui yo —logra graznar el griego—. Filón, tú sabes...

—¿Hay alguna salida trasera?

La hay. Kastor y Filón cogen sus pertenencias y siguen a Iphitus. Bajan a la tercera planta, atraviesan un almacén y trepan a un tejado que, una vez que salten de él, los llevará hacia la zona de los pescadores griegos en el puerto. Los golpes en la puerta han cesado. Ahora se oye el ruido de un hacha haciéndola pedazos.

Kastor baja de un salto, maldice entre dientes y advierte en un susurro:

—El terreno es irregular. Cuidado con los pies.

Filón lo sigue, tirando de Iphitus. Se agarran con fuerza de la mano. Hasta que Iphitus se libera, tira de Filón y lo besa con tal fuerza que sus dientes entrechocan.

—No puedo. No puedo ir. Aquí está todo. Si me marchó, todo estará perdido.

—Te matarán —protesta Filón—. Y primero te torturarán.

Kastor sisea desde abajo, dándole prisa.

Iphitus roza los labios de Filón con los suyos.

—Hablaré con ellos. Anoche bebí demasiado y me cuesta despertarme. No habrá señales de vosotros. Marchaos. A mí no me pasará nada. Tendremos lo que dijimos anoche. Pero solo si te vas. —Y empuja a Filón hacia el borde mientras él retrocede hacia el almacén. Desde dentro, se oye el ruido de la puerta cediendo a los embates—. Vete.

Sin que Filón pueda impedirselo, Iphitus se da media vuelta y desaparece en el interior.

—Eh, mojón de cabra, como no bajas ahora mismo... —Kastor no termina la frase, pero tiene razón. No pueden hacer otra cosa.

Dentro se oyen gritos. Bruscas preguntas y las frenéticas respuestas de Iphitus. El estrépito de pasos por la casa, por las escaleras. Filón salta. No quiere pero salta. Mierda. Mierda. ¡Mierda!

Con lo bien que iban las cosas...

Un mes antes, Filón y Kastor se encontraban en una playa cerca de la boca de un río llamado Trais. Estaban de cara al golfo de Tarentum, contemplando un esquife que se alejaba a golpe de remo de un barco modestamente grande a poca distancia. Cuatro hombres remaban y uno iba sentado en alto en la popa, mirando sombrío a proa.

—Son ellos, sí —comentó Kastor, entornando los ojos para ver mejor bajo el resplandor de la tarde—. Parecen una banda de asesinos y traidores, con las mismas posibilidades de que nos rebanen el cuello o hagan tratos con nosotros. —El gálata se encogió de hombros—. Nuestra clase de gente, ¿eh, griego?

—La tuya tal vez —replicó Filón—. Por eso estás aquí, porque pareces un pirata.

Kastor sonrió.

—Estoy aquí para mantenerte con vida. Por alguna razón, Espartaco piensa que vale la pena preservarte. Yo no la veo, pero bueno.

—No es que sea precisamente un gran barco —observó Filón, refiriéndose a la embarcación más grande.

Kastor gruñó.

—Esto puede ser una mala idea, ¿sabes?

—No me sorprendería, no.

Fue por culpa de Filón que Espartaco los había enviado a esa misión. Había hablado demasiado de Sicilia durante el invierno, de las revueltas de esclavos y del constante descontento de la gente. Había hablado de las grandes ciudades griegas: Siracusa, Agrigentum y Heraclea. Y de las fenicias: Solus, Lilybaeum, Panormus. Ciudades bellas y orgullosas que habían sido peones en la guerra entre Roma y Cartago. ¿No deseaban quedar libres de Roma y volver a gobernarse ellas mismas? Por supuesto que sí, le dijo a Espartaco. Lo que no sabía entonces era hasta qué punto el tracio le dedicaba su atención. Espartaco había oído cada palabra y las grabó todas en los pergaminos que llevaba dentro de la cabeza. Cuando luego le propuso esta misión, explicándole la lógica que tenía y los posibles resultados, Filón vio con claridad que él mismo había plantado la semilla de esos planes.

Y ahora ahí estaba, a punto de entrar en contacto por primera vez con los piratas.

Cuando el esquife llegó a tierra, los remeros retiraron los remos y bajaron. El hombre de popa pasó de banco en banco y saltó sobre la proa. Aterrizó salpicando la espuma de la orilla y se acercó a los dos hombres. Se detuvo a unos pasos de ellos, plantó las piernas separadas y puso los brazos en jarras. Resultaba casi cómico, pensó Filón, cómo encarnaba su papel. Calzas grises, una túnica ajustada al cinto pero abierta por delante revelando un torso carnoso y un pecho peludo. Una daga curva en la cadera izquierda. El pelo en gruesos y enredados rizos que caían sobre sus hombros. Y anillos: en las orejas, en torno al cuello, en las muñecas y los dedos. ¿De dónde sería? Del norte de África tal vez, aunque su piel tenía más de rojo que de negro. Detrás de él, todavía en la orilla, sus compañeros los miraban con recelo, malhumorados al parecer solo por estar en presencia de Filón y Kastor.

—Bolmios el pirata, supongo... —dijo Kastor.

—¿Es eso lo que creo que es? —El pirata señaló con un tintineo el jarrón que había en la arena.

Filón se apartó con agilidad para presentar con una teatral floritura la vasija, que le llegaba a la cintura.

—Pasta de pescado en salmuera. Por gentileza de Espartaco.

—¿Y el dinero?

Kastor hizo sonar la bolsa que llevaba al cinto.

—Aquí está. La cantidad acordada.

El pirata se acercó al gálata como si fuera un pescado podrido.

—¿Para qué queréis ir a Sicilia?

—Tenemos negocios allí —contestó Filón.

—¿Negocios? Queréis provocar una revuelta. Ese es el negocio de Espartaco, ¿no?

—¿Te molesta? —terció Kastor.

El pirata arrugó un lado de la cara, cerrando un ojo un instante. Luego volvió a su ceñuda expresión habitual. Filón no supo si el gesto había sido una respuesta a la pregunta o un espasmo.

—Enséñame el dinero.

Kastor no lo hizo.

—Dime, ¿te molesta nuestra intención? —insistió.

—Haced lo que queráis, siempre que a mí no me comprometáis y se me pague. — El pirata vio a Kastor y Filón mirarse disgustados—. ¿Qué pasa, gallinitas, os he asustado? Escuchad, vuestra guerra es vuestra. Por mí podéis matar romanos hasta que os crucifiquen. Yo estoy aquí por dinero, y si cobro dinero por hacer algo, lo hago.

—Ah, la palabra de un pirata, ¿no? —repuso Kastor.

—Significa más de lo que imaginas. —El hombre frunció sus gruesos labios y señaló la bolsa—. Enséñamela.

Tras mirar de nuevo a Filón, Kastor desató la bolsa y le puso cuatro piezas de oro en la palma de la mano. El pirata las inspeccionó a fondo. Una vez quedó satisfecho, las hizo desaparecer.

—Soy Bolmios —dijo, dándose la vuelta y alejándose—. Traed la pasta de pescado.

Ese fue el principio, difícilmente reconfortante. Y las cosas tardaron en mejorar. No fue el primer día, porque Bolmios seguía malhumorado y la tripulación parecía tomarse la presencia de los dos intrusos como una afrenta personal. Ni el segundo día, cuando atravesaban el estrecho de Mesina, azotados por un viento que agitaba las crestas de las olas y los empapaba. Filón pasó horas aferrado a la regala, vomitando todo lo que había comido y bebido. Y cuando se quedó sin nada que vomitar, siguió echando los fantasmas de comidas desaparecidas hacía tiempo. Quería preguntar por qué Bolmios no tenía un barco más grande —aquel apenas tenía espacio para albergar el esquiife—, pero era incapaz de formular preguntas.

Su sufrimiento no se alivió precisamente con lo mucho que parecía divertir al capitán y su tripulación. Cada uno de ellos se volvió de pronto locuaz y mantenía conversaciones con la nuca de Filón. Conversaciones que consistían en chistes a sus expensas, pullas sobre si aquella era una costumbre griega. ¿Era esa su manera de ofrecer tributo a Poseidón? ¿Acaso estaba echando cebo al agua para pescar? ¿Había comido algo que le había sentado mal? Le preguntaban si su condición era contagiosa. Le ofrecían vino y comida, le describían pasados banquetes. Uno de ellos le contó una inundación en su ciudad que había hecho desbordar las alcantarillas a las calles.

—¿Tú estabas? —le preguntó—. Muchos asumieron esa misma postura aquel día. ¡Ja, ja!

De manera que no fue el primer día ni el segundo. Tampoco el tercero, que transcurrió de igual forma. El cuarto día, sin embargo, una vez pasado el estrecho, el

tiempo mejoró. El mar quedó en calma y de nuevo pudo apreciarse la belleza de sus cambiantes tonos de azul. Echaron el ancla en una resguardada cala siciliana y llevaron a un muy pálido Filón hasta la playa de guijarros blancos. La pequeña cala estaba rodeada de altos acantilados que la hacían inaccesible desde el interior. Un lugar perfecto, le hicieron saber, para pescar, para encender una hoguera, asar la pesca, beber vino y disfrutar tranquilamente.

De manera que apenas lo advirtió cuando su viaje se convirtió en una salida a la playa. El pescado siseaba sobre el fuego. Los piratas lo sacaban de entre las llamas con rápidos dedos, lo empapaban de aceite de oliva y le echaban ramitas de tomillo. Al principio el griego sostenía que no podía comer ni beber, pero acabó haciendo ambas cosas, con el súbito apetito y la sed de quien no ha comido en varios días.

Bolmios se quitó la ropa y se fue a nadar, alejándose una buena distancia. Filón, reclinado en una manta sobre los guijarros, se preguntó, medio esperanzado, si no se ahogaría. No se ahogó. A su vuelta, otro pirata le preguntó:

—¿Has encontrado alguna?

El capitán meneó su melena empapada, salpicando a Filón de gotas saladas. Luego se tumbó sobre los guijarros, como si fueran arena blanda.

—*Nah* —comentó mientras untaba pasta de pescado en un mendrugo de pan—. Esta vez no ha habido suerte.

Un miembro de la tripulación, viendo la mirada interrogante de Filón, le explicó:

—Aquí suele follar con sirenas. No lo digo en broma. Lo he visto volver con la polla roja y todo.

Kastor arrugó la frente.

—¿Se puede nadar y follar a la vez?

—Es la única manera de poseer a una sirena —contestó Bolmios—. Es todo un esfuerzo, pero vale la pena. Deberías probarlo. —Bolmios señaló a Filón con un dedo aceitoso—. Una sola vez con una sirena, y te curas de la enfermedad del mar. No te vuelve a pasar, te lo juro. ¿No es cierto, muchachos? —Varias voces lo corroboraron—. ¿Lo ves? Te lo estoy diciendo.

—Muy tentador —replicó Filón—, pero no creo que las sirenas sean de mi agrado.

Bolmios lo miró.

—¿Tritones entonces? Con esos no sé cómo va la cosa. Ya me lo contarás si lo averiguas.

Queriendo cambiar de tema, el griego preguntó:

—¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí?

—Solo este momento. Esta noche navegaremos y atracaremos en Naxos. Vosotros os dedicaréis a vuestros asuntos y nosotros a los nuestros. Y luego a Catana, después a Thapsis. Todos los sitios que acordamos con vuestro tracio.

Sí, pensó Filón, todos los lugares en los que le había prometido a Espartaco que tenía contactos.

—¿Y tenemos que hacer todo el viaje en ese barco? Apenas es más que un eskuife.

—Eso es lo que pagó tu tracio. ¿Crees que había bastantes monedas en esa bolsa para un barco mejor? Pues no. No estaría perdiendo el tiempo con vosotros si no sospechara que los planes del tracio son mayores de lo que admite. No me dijo por qué tenía que llevarte de sitio en sitio, pero creo saber lo que planea. Vuestro Espartaco quiere una vía de escape a Sicilia. Quiere un reino para él solo, y piensa que su ejército de esclavos puede ganárselo. —Alzó un odre y bebió un largo trago—. Por lo que a mí respecta, muy bien. Que se quede con la isla si puede tomarla. Necesitará barcos. Habría que mover a un montón de gente de un sitio a otro. Y eso cuesta mucho dinero. Y no son muchos los que estarían dispuestos a hacerlo.

—Pero ¿tú sí? —preguntó Kastor.

Bolmios se encogió de hombros.

—Por el precio adecuado, ¿por qué no?

Kastor señaló con el mentón la embarcación, que flotaba sobre las olas.

—Por favor, dime que tienes un barco más grande que ese.

—Pues claro. Eso no es nada. En ese barco navegamos para no despertar sospechas. Mi verdadera flota... —Chasqueó la lengua—. Ah, eso es otra cosa. Galera de guerra, amigo mío. Tres de mi propiedad. Dos birremes y un monorremero. Varios barcos mercantes con espacio para mercancías... o pasajeros. Y una corbeta.

—¿Una corbeta?

—Un buque de carga. El casco es... —Comenzó a trazar la forma con sus nudosas manos, pero se detuvo—. Da igual. A vosotros solo os interesan las regalas de los barcos. ¿Y sabéis otra cosa, amigos míos? Conozco a un fenicio que lleva un trirreme. Y es muy bueno. Hasta los romanos le dan un buen rodeo. —Volvió a tumbarse con la mano sobre la barriga—. Juntos podríamos trasladar a vuestro ejército... por el precio adecuado. Y cuando os asentéis, seremos vuestra línea de comunicación con el resto del mundo... por el precio adecuado.

Corriendo a trompicones detrás de Kastor por las estrechas callejas de la ciudad, Filón piensa que está todo perdido. Y todo por haber confiado en lo menos digno de confianza: piratas. Pues claro que los han vendido. ¿No había sabido desde el primer momento que pasaría eso? Se había dejado llevar por su deseo de creer las palabras de Espartaco. Y este no se equivocaba: los piratas no lo hubieran traicionado a él, habrían quedado encandilados por su discurso, por su causa, de haber sido él quien les hablara. Pero Filón no era Espartaco. Y a pesar de sus virtudes, tampoco lo era Kastor.

—Me he dejado el puñal —dice ahora el gálata, apretando los dientes.

—¿Adónde vamos?

—A alejarnos de ellos.

¿Alejarse? ¿Había alguna manera de alejarse de los romanos en aquella ciudad laberíntica? Habría soldados romanos apostados en cada esquina, esperándolos.

Cualquiera de ellos podía aparecer y dar la alarma, y entonces toda la ciudad caería sobre ellos. Alguno podría verlos desde un tejado, o salir de cualquier puerta. Las posibilidades convertían cada paso en una agonía.

—Cálmate. No seas tan evidente si quieres sobrevivir.

—¿Todavía crees que podemos sobrevivir?

—Pues claro. Para eso he venido, ¿recuerdas?

El gálata se detiene al encontrarse con una avenida más grande. Alza una mano para parar también a Filón y luego se inclina, mira a derecha e izquierda y decide girar a la derecha. Pero ahora va andando, sacudiendo los brazos para relajarlos, con toda tranquilidad, como un hombre que volviera del trabajo. Se cruzan con más gente. Pasan junto a varios caballos y luego bajo un toldo que protege un trecho de la calle del sol. Los ojos de Filón van de un lado a otro como pulgas saltarinas. Escudriña a todo aquel con quien se cruzan. Un hombre con un ojo blanco; un joven de pecho desnudo con un saco al hombro; dos niños con un asno; una mujer con una túnica negra —sin duda un atuendo demasiado grueso para el verano siciliano— que, con gestos bruscos, va limpiándole la roña de la cara a un niño; una niña de ojos grandes que se aparta de su camino y se queda mirando a Kastor... Y en cada mirada Filón busca algo: una cualidad de romano. No ve ninguna. Esas personas son todas griegas. Todavía no ha visto soldados.

Caminando junto a Kastor y resollando al tiempo que intenta parecer sereno, pregunta de nuevo:

—¿Adónde vamos?

—¿Conoces alguna casa segura en que nos podamos esconder? —replica el otro, pero descarta esa opción—. No, eso no nos vale. Los romanos son perros meticulosos. A estas alturas ya conocerán a todas y cada una de las personas que conoces en la ciudad. Ese Iphitus, si no nos traicionó antes, nos habrá traicionado ahora.

Filón se frota la cara para enjugarse el sudor que le pica en los ojos. Solo consigue empeorar el escozor y nublarse más la vista. Kastor tiene que darle un tirón para meterlo en otro callejón, estrecho y agobiante, tan oscuro que el gálata no lo suelta. Siguen andando así, discutiendo la identidad del traidor y el mejor curso de acción. Kastor vota por llegar como sea al puerto, entrando a través de los almacenes de pasta de pescado. Deberían poder ver si Bolmios está atracado donde dijo que estaría. Si es así, es posible que todavía les sea leal. Solo posible. Los romanos pueden haber dado con ellos de otras maneras. Siempre hay manos ansiosas de monedas romanas.

Pero Filón se niega en redondo. Si Bolmios está allí no significará nada, excepto que les ha tendido otra trampa. Deberían salir de la ciudad de inmediato, dirigirse al interior, tal vez. A Acrae. O a una ciudad costera más tranquila. Elorus, por ejemplo. Todavía tienen dinero. Seguro que pueden encontrar a alguien que haga el viaje a Rhegium. Tiene varias ideas, que expone de golpe, como si cada una quisiera

adelantarse a las demás.

—No —dice Kastor—. Primero averiguaremos lo de Bolmios. Cualquier otra opción implica muchos riesgos Pero si Bolmios mantiene su palabra, esa es la manera de volver. Derecho como una flecha. —Hace un gesto que expresa la sencillez de su lógica. Derecho como una flecha. De allí a la seguridad, así de fácil.

Filón jamás había dudado tanto de las palabras de Kastor.

—Nos ha engañado a los dos. Y a ti todavía te tiene engañado.

Kastor hace una mueca que indica que no está de acuerdo ni en desacuerdo.

—Él no es el único que conocía nuestra misión. Acuérdate.

Era cierto. A esas alturas, después de semanas en Sicilia, muchos sabían de ellos y sus propuestas. Era justo el objetivo de la misión. Por eso se encontró con Acamas en Panormus. Era un hombre que había sido vendido en la misma subasta que Filón. ¿Quién mejor para empezar? ¿Quién mejor para compartir un sueño de libertad? Luego fueron los dos hermanos, Diocles y Felipe, en Lilybaeum. Los conocía de la infancia y descubrió que todavía albergaban el mismo odio que antes por su suerte. Habló con varios trabajadores del campo en un granero a las afueras de Leontini, y más hacia el interior pasó la noche acurrucado junto al fuego con pastores, llenándoles la cabeza de ideas grandiosas. Les contó lo que Espartaco había hecho, les aseguró que lograría lo que prometía. Describió las pruebas y portentos que confirmaban su grandeza, y vio que sus palabras ponían a funcionar muchas mentes.

Pero también había miedo, escepticismo, dudas, preguntas. Muchas preguntas. Pero tenían que aceptar todo aquello. Y cada uno de los encuentros suponía un peligro. Sí, buscaba a gente que conocía bien, pero sus palabras no podían ser solo para ellos. Y cualquiera podría traicionarlos. Así era como se abortaban las rebeliones antes de su inicio. Pero también era cierto que la suya había nacido de la confianza y de extender la noticia.

—Si sobrevivimos a esto y volvemos con Espartaco de una pieza, creeré que cualquier cosa es posible —comentó Kastor tras una tensa y hosca reunión con los pescadores de una aldea—. Besaré los pies de Astera y morrearé a esa diosa suya si me deja.

—Y yo espero verlo —replicó Filón—. Lo de besarle los pies a la sacerdotisa, digo.

Kastor le echó el brazo por los hombros.

—No, mejor será ver cómo le meto la lengua a la diosa, créeme.

Semanas después, Filón le creía. Y más que eso, había llegado a conocerlo bien. Kastor era locuaz, y lo que más le gustaba era hablar sobre sí mismo. Por algún motivo, aquello no resultaba tan tedioso como habría resultado con otro hombre. Si Kastor solo dijera tonterías, Filón se habría cansado. Pero también hablaba de cosas que le hacían parecer más un enigma que el libro abierto que proclamaba ser. Una vez, cuando era niño, le había cortado la punta de la cola a su perro favorito. Estaba furioso con su padre y tenía un hacha en la mano, y el rabo del perro estaba allí, sobre

el bloque de madera, y lo estaba meneando. Y eso lo irritó, de manera que descargó el hacha y oyó el aullido del perro, que se marchó corriendo y sangrando. Era, sostenía Kastor, lo peor que había hecho en su vida.

O que tenía una esposa en Galacia que le había dado un hijo. Solo que el niño nació antes de lo debido y más gordo de lo debido. El número de meses, cuando los contaba con los dedos, no estaba bien. Tampoco estaban bien los ojos oscuros del niño. Sabía que había sido concebido cuando él estaba fuera en campaña. Lo sabía, pero nunca dijo nada. No repudió al hijo, ni pegó a su esposa ni la mató. En lugar de eso, crio al muchacho e incluso lo quiso durante los pocos años de que dispuso antes de participar en la batalla equivocada, perderla y convertirse en esclavo de Roma.

Una tarde, cuando estaban charlando en una barca que se bamboleaba suavemente, Kastor le contó:

—¿Sabes? Antes de venir a este viaje, casi me prometí con Sura. Sabes quién digo, ¿no?

Sí, Filón lo sabía. Nunca le había gustado esa mujer.

—Es esa que siempre parece enfadada, ¿no?

Kastor lo miró con una curiosa expresión.

—¿Eso crees? Yo no diría que es enfado. Es más bien... hambre. Pero no de comida, no. De otras cosas.

—Como todos, ¿no?

—¿Y sabes a qué me recuerda su pelo? A la cebada madura. Es del mismo color dorado.

Filón habría dicho más bien que tenía el pelo amarillo. Y si tuviera que compararlo con algo, sería con la paja.

—Tengo pensado pedirle que se venga a Galacia conmigo cuando ganemos esta guerra. Aún no se lo he dicho. No creo que mi esposa me haya esperado, y ese niño no es mío, así que... ¿Y sabes qué? La hago sentir bien, porque cuando yacemos se queda tumbada con la cabeza en mi pecho y le gusta hablar. Era solo una niña cuando la esclavizaron. No se había casado, nunca había estado con un hombre. Era solo una niña odomante cuando se la llevaron a Roma y luego a otros sitios y al final a Capua. ¿Sabes lo que eso significó para ella?

Filón no contestó.

—Sí, eso es. Lo sabes. No ha tenido una buena vida. Lo que hubiera sido de haber seguido en libertad... eso le fue negado. Y no es culpa suya. Fue la crueldad del destino. Cuando vuelva, se lo voy a pedir. Por qué no hacer que se sienta bien para siempre, ¿eh? Debería habérselo dicho antes.

—Sí, díselo cuando vuelvas.

Kastor se encogió de hombros.

—A lo mejor.

—¿Cómo es tu tribu? —preguntó el griego—. Para ser del este, no pareces muy... oriental.

—Ah, eso. Es muy fácil. —Kastor se inclinó como para contarle un secreto—. Soy celta, igual que Crixo y los otros, ¿vale? Pero los gálatas nos aburrimos de nuestra tierra y nos fuimos a la aventura. Nos abrimos camino luchando hacia el este y luego bajamos a través de Grecia. Los griegos eran poderosos, ¿no? Pero mi tribu los encontró débiles. Los vencimos y nos fuimos a buscar más. Y entonces un rey se enteró de esto y nos mandó a buscar. Era de Bitinia. Y nos dijo: «Venid a luchar por mí en mi tierra. Matad a mis enemigos y os pagaré bien». Y eso hicimos. Atravesamos el Bósforo y luchamos para él. Y luego, cuando todo acabó, el rey nos dijo: «Amigos, ya os podéis largar. Ya no sois mi responsabilidad». Pues vale, ¿no? Pero a nosotros nos gustaba aquello. Así que nos alejamos un poco, por respeto, y nos quedamos. Y ya está. Somos celtas en el extranjero. Vosotros los griegos hacéis lo mismo.

—¿Y tú estabas allí entonces?

—No, no tuve esa suerte. Pero todo eso es verdad.

Semanas más tarde, cuando ya habían estado en todas las ciudades de su itinerario y habían circunnavegado casi toda Sicilia, Kastor y él todavía conservaban la cabeza sobre los hombros. Habían hablado hasta quedarse roncos y sabían que los habían escuchado. Sicilia no se alzaría por sí misma, pero haría erupción en cuanto Espartaco acercara la llama. Seguro de ello, Filón propuso una última parada. ¿Por qué no? Una última ciudad. Un amigo más con el que reencontrarse.

¿Y cuál era esa ciudad con ese último amigo? Siracusa. La encantadora, atestada y culta Siracusa. Hogar, a través de los tiempos, de muchos hombres destacados. Hombres famosos de la ciencia y el saber, de la magia y el comercio. Y hombres no tan famosos, como Iphitus, actor en una compañía de teatro que estaba haciendo una larga temporada en la ciudad. Filón se había enterado por Pavlos, aunque no dejó ver lo mucho que la noticia le interesó. Una vez que obtuvo el reticente beneplácito de Kastor, convenció a Bolmios para que los dejara en los muelles de la ciudad. El pirata tenía que seguir camino hasta Catana por asuntos propios, pero volvería por ellos en dos días. En esos dos días, Filón esperaba que Iphitus los recibiera al estilo griego. No era precisamente alguien que pudiera ayudar a la rebelión. Aquello era más bien una cuestión social. Se trataba de un amigo muy íntimo de su juventud. Filón no ofreció más detalles de su amistad, pero tampoco hizo falta.

—¿Hombres follándose unos a otros? —Kastor frunció el ceño.

—No, amigo. Hombres disfrutando de su mutua compañía. Buena comida y vino, charlar de grandes cosas. Lo de follar es opcional.

Y fue tal como lo describió. Vieron actuar a Iphitus en un espantoso drama de un autor local, cuyo nombre Filón no pudo retener, sobre todo cuando veía poca promesa en su obra. Aun así, Iphitus era justo el hombre en que Filón había esperado que se convirtiera. Delgado pero con los músculos marcados en los hombros. No era la musculatura de un guerrero, sino más bien de un acróbata. Pelo negro y rizado, con unas cejas prominentes, apropiadas para las contorsiones del teatro, y las orejas algo

salidas, lo justo para que Filón tuviera ganas de pellizcárselas, como si jugara con un niño.

Pero los juegos a que se entregaron aquella primera noche no eran de niños. Ni la siguiente, cuando los tres se quedaron bebiendo hasta la madrugada, superando a todos los compañeros de teatro de Iphitus. Esa noche la determinación de Kastor comenzó a flaquear. Un largo y ebrio coqueteo y muchas palabras lascivas acabaron con Iphitus pidiendo ver la verga de leyenda de Kastor.

El gálata se encogió de hombros con una sonrisa.

—Ya que me lo pides tan educadamente... —Se tiró del cordón que sujetaba su falda a la cintura, se despojó de ella y sacó su muy solicitada gloria—. Os lo había dicho, ¿no?

Los dos griegos se mostraron de acuerdo. Kastor se tumbó en el sofá.

—Venga, a ver qué pueden hacer cuatro manos griegas.

Filón carraspeó.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Mira, griego, hoy no es ayer ni mañana. Yo conozco lo que ha pasado, pero no lo que va a pasar. Pero ahora estoy aquí... Así que... enseñadme qué pueden hacer cuatro manos griegas.

Menuda noche fue aquella. Solo la estropeó la llegada del día y los golpes en la puerta y su huida.

—¿Hueles eso? —preguntó Kastor—. Estamos cerca.

Cuando vuelve a salir a una calle abierta, Filón se da cuenta de dónde están. El hedor a pescado, el olor penetrante, empalagoso y atrayente de las vasijas de pasta. Kastor ha encabezado el camino hacia el puerto, tal como habían quedado con los piratas.

—¡No! ¡He dicho que a los muelles no! Los piratas nos han vendido. ¿Por qué no quieres comprenderlo?

Kastor tira de él y habla en voz baja:

—Porque no. Porque no me da esa impresión. Confía en mí, conozco a los hombres mejor que tú. —Le deja un momento para pensarlo y de pronto parece divertido y sonrío—. Bueno debería decir que conozco a los hombres «de otra manera». Vamos a echar un vistazo a los muelles, a ver si Bolmios está donde quedamos.

Filón no tiene ocasión de responder. Kastor lo agarra del codo y lo mete en la ajetreada lonja de pescado que tienen que atravesar para alcanzar un punto desde donde ver los muelles. La callejuela que necesitan está al otro lado. Muy cerca, pero con muchos que se interponen en su camino. A pesar de todo, Filón sigue al gálata, sin dejar de buscar con la mirada soldados romanos.

Y los encuentra. Tres de ellos salen del mismo callejón al que ellos se dirigen. ¡Qué más prueba necesitan!, piensa Filón, lanzando maldiciones mentalmente. Kastor guarda silencio, pero se vuelve y se pone a examinar una caja de pescado fresco. Es

evidente que también los ha visto.

—¡Mira! Me gusta el lenguado. ¿A ti no? Vaya, que está muy fresco.

—No nos pueden atrapar. Si lo hacen, todo estará...

—Tranquilo. Tú no los mires, ponte a hablar del pescado. El pescado. Mira el pescado. —Para ayudarle, Kastor se inclina y señala un montón de pescados aplanados—. El lenguado es fresco, aunque yo prefiero la caballa. Me gusta más, ¿a ti no?

La pescadera, que acaba de terminar con otro cliente, llega a tiempo de alabarle el gusto.

—Están recién pescados de esta mañana —asegura—. Acaban de llegar ahora mismo. Cuidado, que están vivos.

Viendo que habla latín, Filón se dirige en voz baja a Kastor, en griego.

—No podemos permitir que nos atrapen. —Intenta mirar el pescado, pero no puede evitar seguir con la vista a los romanos. Se mueven entre los puestos, cada vez más cerca—. De lo contrario, todo estará perdido. Nada de lo que hemos hecho aquí servirá para nada.

—Si nos cogen, tendremos mayores preocupaciones. —El griego de Kastor es horrible, suena como un granjero de cerdos de Macedonia. Filón ya se lo ha dicho antes, pero, cada vez que lo oye, vuelve a pensarlo. El gálata se dirige a la pescadera en latín—: El lenguado. Nos llevamos el lenguado. Eh... seis lenguados.

Oye a Kastor regatear con la mujer, pero no se entera mucho. Los romanos llegan a la hilera de mercaderes. Eso es bueno, pero siguen cerca. Empiezan a recorrer el pasillo hacia ellos. Se detienen a poca distancia, y Filón aparta la mirada justo cuando un soldado parece que lo va a mirar a él.

Cuando vuelve su atención al puesto de pescado, la mujer, después de darle a Kastor un paquete de lenguados envueltos en un paño, se lo queda mirando. Y Kastor, de hecho, también.

—¿De verdad, Filón? ¿No eres capaz ni de quedarte aquí parado? —Parece tan exasperado con él que Filón empieza a defenderse, pero el gálata desecha sus palabras con un gesto de la mano. Luego se inclina hacia él y susurra—: Esto es lo que vamos a hacer: andar. Vamos a andar y nada más. Por aquí.

Es un plan muy lógico. Tienen el camino despejado, vía libre, y los romanos están charlando en el siguiente pasillo. Filón intenta andar tranquilamente, pero, por alguna razón, caminar le resulta una tarea peliaguda. No da con la manera de hacerlo. ¿Acaso no ha caminado incontables pasos en su vida? Pues ahora parece que se le ha olvidado cómo se hace, y va muy tieso.

Aun así avanzan. Van pasando por los puestos. La gente se mueve alrededor sin hacerles caso. Los romanos no los llaman. Aunque no se lo puede creer, la boca del callejón se los traga y por fin se encuentran en la sombra. Y aunque apenas podía andar, correr le resulta más fácil. Y, gracias a ello, al poco están en el laberinto de callejuelas y no tardan en salir a la cornisa desde la que se ve el muelle en que

Bolmios prometió estar esa misma mañana.

—Mierda —masculla Kastor.

Filón, que lo alcanza un instante después, ve lo mismo. No está el barco. Ni Bolmios. Nada, aunque según la fecha y la hora debería haber llegado la noche anterior. Y entonces oyen a sus espaldas un ruido inconfundible: el rápido y fuerte chancleteo de sandalias sobre los adoquines. Ruido de persecución. Pero cuando se dan la vuelta, no se encuentran con los soldados romanos.

—¡Bolmios! —exclama Kastor.

El pirata y uno de sus hombres aparecen sin resuello. Su extravagante atuendo acentúa su desaliño. Bolmios aminora el paso y frunce el ceño como si no le gustara que lo sorprendieran corriendo. Se remete la camisa mientras cubre los últimos pasos, disgustado por el modo en que sobresale sobre el cordón de la cintura.

—No es fácil dar con vosotros, insensatos —dice en un rápido susurro—. Hemos estado buscándoos por toda la ciudad. Y justo cuando os vemos, salís huyendo. Supongo que ya sabéis que los romanos os van detrás, ¿no?

—Sí, lo imaginamos —responde Kastor.

—Pues vámonos. Los que había en el mercado nos han podido ver cuando os seguíamos. Tarhun, ¿por dónde? —le pregunta a su compañero.

Tarhun responde apuntando con un dedo.

—Vamos. —Bolmios echa a andar y dobla una esquina.

Filón agarra a Kastor por la muñeca.

—¡Esperad! ¿Por qué deberíamos fiarnos de vosotros?

Bolmios se vuelve bruscamente y olvida sus susurros:

—¿Que por qué? ¡Serás hijo de perra! Hemos estado esquivando romanos para buscaros.

—No estabas donde tenías que estar.

—Pues da las gracias. Todavía podremos salir de aquí. Vamos.

—Kastor, no podemos ir con ellos —insiste Filón—. ¿Quién te dice que no nos van a entregar a los soldados?

Antes de que Kastor pueda contestar, Bolmios explota:

—¿Dudas de nosotros? ¿De nosotros? —Sus manos ejecutan una rápida y exasperada danza ante su rostro, como si estuviera cazando insectos con instintos asesinos—. ¡Estúpido griego! Busca al traidor entre los tuyos. No sé quién os traicionó, pero no fuimos nosotros. Nos enteramos justo a tiempo. Por eso movimos el barco. No tuvimos tiempo de avisaros. Escuchad, ¡estoy aquí! ¿Me veis? Venid de una vez. Yo ya he arriesgado demasiado el pellejo por vosotros. —Y se aleja dando zancadas.

Tarhun los llama:

—¡Vamos! Estamos con vosotros. ¡Venid!

Filón estruja la muñeca de Kastor para impedir que los siga. El gálata se vuelve brusco hacia él:

—Ya te he dicho que confío en ellos. No tenemos... —Sus ojos saltan de pronto del rostro de Filón a algo a sus espaldas—. Mierda. Y yo sin un cuchillo siquiera...

Es uno de los romanos del mercado. Al verlos, saca la espada y se adelanta. Vuelve la cabeza a un lado y llama a sus camaradas.

—Mierda —repite Kastor.

Es suficiente para convencer al romano de que ha dado con su presa.

—¡Quietos! Estáis detenidos.

Kastor no se queda quieto. Se acerca al soldado hablando como si nada.

—Ah, ya sé quién eres. Estás buscando a esos esclavos, ¿verdad?

Tarhun sale disparado.

—¡Quietos!

—Pues aquí no los vas a encontrar. Te diré dónde están. —Kastor alza una mano, mostrando que está indefenso, y luego señala hacia el mercado—. Volved por ahí y...

El soldado ataca. Es un gesto compulsivo y nervioso, un reflejo de miedo más que un ataque razonado. El filo de la espada cercena dos dedos de Kastor, que vuelan por los aires mientras el gálata aparta la espada de su cuerpo. Se agacha bajo ella y lanza un puñetazo con la otra mano. El puño alcanza al soldado bajo el mentón y le echa atrás la cabeza. Mientras se tambalea, Kastor intenta arrebatarse la espada. Habiendo perdido dos dedos y con la mano manando sangre, no lo consigue. El soldado no la suelta, aunque parece bastante aturdido.

Kastor ceja en su empeño y le da un empujón mientras el ruido metálico de botas tachonadas se oye cada vez más cerca. Se precipita hacia Filón, lo agarra por la muñeca y echa a correr, tirando de él con tal fuerza que el griego no tiene más remedio que moverse si no quiere perder el brazo.

«Pero tus dedos», va pensando...

Corren tras Bolmios y Tarhun. Los gritos a sus espaldas que los conminan a detenerse los acelera más. Un batiburrillo de trémulas imágenes y sensaciones asalta a Filón: el brazo del soldado que, con el empujón de Kastor, le ha dado un golpe en la frente; un caballo que se asusta cuando irrumpen en la calle a su lado, retrocede y da una coz a un niño que pasa detrás de él; la alcantarilla que recorren salpicando agua y que les deja los pies resbaladizos, convirtiendo la carrera en un peligro mortal. Bajan en estampida escaleras, recorren callejones abriéndose paso entre la gente, esquivando carros...

Pasan por un distrito de almacenes ruinosos y llegan al mar. El barco de Bolmios está detrás de otro barco amarrado a un decrepito muro junto al agua. La tripulación espera allí, manteniendo la embarcación lista. Bolmios y Tarhun saltan a bordo del primer barco, lo atraviesan de puntillas como acróbatas y aterrizan en el suyo. Kastor y Filón no son tan ágiles. Para cuando dan el salto final, la tripulación ya se ha puesto en marcha y usan los remos para alejarse del barco amarrado. Los dos fugitivos caen encima de ellos en una madeja de cuerpos, remos y maldiciones. Bolmios los quita de ahí a patadas y les ordena ir hacia la proa y apartarse de los remeros.

Una vez asentados, el barco cobra velocidad con cada envi3n de los remos. Kastor se aprieta la mano mutilada y gruñe de dolor. «Es la primera vez —piensa Fil3n— que le hace caso a su herida».

—¡El muy hijo de perra dentudo! ¡Me ha cortado los dedos! Hijo de puta. ¿Tú lo viste?

Fil3n no se fij3 en los dientes del romano, pero asiente con la cabeza. Todavía resuella demasiado para poder hablar. Adem3s, est3 aturdido solo de estar vivo. Pero han llegado al barco y a cada momento se alejan m3s de la costa. El mar relumbra magnífico y lleno de vida, con brisa suficiente para pronto izar velas y surcar las olas.

Una flecha se hunde en el agua a un lado. Otra aterriza a popa. Diminutos objetos que desaparecen en un instante.

Bolmios grita desde la proa.

—¡Eh, griego! ¿Te convences ahora? ¿Qui3n os ha traicionado? Nosotros no. ¿Lo ves?

Sí que lo ve. Se había equivocado, y por ello han estado a punto de ser capturados. Por sus vacilaciones, Kastor tiene ahora dos dedos menos que esa mañana.

—El mierda ese —rezonga Kastor—. Debería haberlo pisoteado. De haber tenido un momento más con él... —Sus palabras se mezclan con un incoherente gruñido entre dientes.

—Déjame ver.

Kastor se ha dejado caer en cubierta. Fil3n le indica que se levante y le muestre la herida. El gálata se pone en pie bamboleándose al ritmo de los remos, abre la mano buena y muestra la masa sanguinolenta de la otra.

Es entonces cuando aparece la flecha. En un momento no existía, y al siguiente la ancha punta de hierro asoma en el pecho de Kastor. Fil3n la ve primero y solo después oye el chasquido que la anuncia. Y luego percibe el vuelo que la ha traído, el arco siseante desde el muelle, la parábola para penetrar en el pecho de su compañoero. De no haberse levantado Kastor, la flecha no le habría dado. Podría haber alcanzado a Fil3n, pero Kastor se había puesto en pie.

El gálata se sienta, mirando al griego con una expresi3n que, por una vez, no muestra buen humor.

Vectia

Llevan buscando semanas. Vectia los guía sabiendo que no aguantarán muchos días más. Caminan desanimados detrás de ella. Son muchos menos de los que habían sido, lo ve cada vez que vuelve la cabeza. Hombres heridos, mujeres angustiadas, niños zarrapastrosos. Ullio debería dirigirlos ahora, pero tiene la mirada perdida, aturdido por lo que ha pasado. Vectia los mantiene en marcha. Y por alguna razón, ellos la siguen sin cuestionarla. La ropa les cuelga hecha jirones, destrozada por la ruta que su huida exigía. Están flacos, con las mejillas hundidas, los ojos saltones bailando en unas cuencas que parecen demasiado grandes. Los huesos se hacen cada día más visibles. Menos carne y más hueso. Da pena mirarlos, son una responsabilidad que Vectia no ha pedido, que no había soñado, que no desea.

Ya sería suficiente que fueran lo único que ve al volver la espalda. Pero no. Los vivos no están solos en esta marcha. Miles más se arrastran tras ellos, pálidos fantasmas que no han sido liberados de este mundo para nacer en el otro. Son más visibles en las sombras y de noche que durante el día, pero Vectia sabe que están siempre ahí. Incluso cuando apenas los ve, oye el rumor de sus pies espectrales sobre la hierba, el crujido de sus pasos en la tierra. Los fantasmas se apiñan cada vez que los vivos acampan, se ocultan entre los árboles y las rocas, al otro lado de un arroyo. Es como si debieran seguirlos, pero a la vez temieran estar demasiado cerca de cuerpos vivos.

Por la noche, los fantasmas se convierten en espantosas versiones de lo que habían sido en vida, casi tan reales que se los puede tocar. Se mueven pero no respiran, abren la boca pero no hablan. Muestran las heridas que los mataron, aunque ya no sangran. Para ellos se acabó la sangre. Se acabó el ejército. Ahora son un gigantesco cortejo fúnebre. Y Vectia es su guía.

Evitan carreteras y ciudades, villas y anchos valles con sus granjas. Vectia los lleva corriente arriba de un río llamado Cerbalus, un itinerario difícil, rocoso y con una maraña de vegetación. ¿Su objetivo? Solo hay uno: encontrar a Espartaco. Darle la noticia de lo sucedido y volver a unirse a ellos y encontrar la manera de liberar a los fantasmas. No sabe cómo lo hará. ¿Cómo encontrar un ejército en un país tan grande? Espartaco planeaba volver hacia el sur después de la campaña del verano, pero Vectia no sabe nada de lo que habrá pasado en los últimos meses. Tal vez su grupo también haya sido masacrado. No quiere creerlo, pero los dioses son veleidosos y nada les complace tanto como ser crueles.

Eso le trae a la mente a Cotito, la iracunda diosa de los tracios. Ella no se había mostrado veleidosa, le había dado a Espartaco todo lo que él le pedía. La huida, armas, victorias, ciudades que saquear. Con Astera en comunicación directa con ella,

sin duda los tracios estaban bendecidos como Crixo nunca lo había estado, por más que susurrara su druida. Vectia sabe poco de la diosa, pero la invoca mientras camina. Le pide que la guíe hasta los Sublevados. Promete que, si lo hace, la honrará el resto de su vida, la primera entre los dioses que adora.

—Llévame hasta ellos —pide, aunque lo que en realidad quiere decir es: Llévame hasta él.

¿Había sabido desde el principio que Crixo estaba condenado al fracaso? No, claro que no. Podía haber enumerado con los dedos las razones para irse con el jefe de su tribu. Ella era alóbroges, lo cual significaba que Crixo era su líder. Hablaba la lengua que ella intentaba aprender. Muchos lo seguían. Saqueaba y obtenía riquezas para todos. No le preocupaban las grandes maquinaciones que, según él, dejaban sin vigor a Espartaco. Debían sencillamente robar a los romanos todo lo que pudieran llevarse y luego, cuando quedaran saciados, ¿por qué no volver a casa? Al otro lado de las montañas, de vuelta con su pueblo y la tierra de sus dioses.

Al principio las cosas fueron bien. Viajaba, aprendía a ser uno de ellos. Marcharon al norte, desde Thurii hasta Lucania, cruzando varios ríos. Sembraron el terror por las tierras en torno a Heraclea, convirtiéndolas en un yermo incendiado y saqueado. Fuera de Metapontum recibieron tributo a cambio de no hacer lo mismo. En Apulia, cuando cruzaron la Via Appia, muchos se pusieron en cuclillas para hacer de la carretera una letrina. Dieron la vuelta y siguieron la línea de la costa por llanuras y colinas, una tierra de olivares, viñedos, campos de trigo. Siendo verano, saquearon las granjas. Cogieron lo que podía comerse y quemaron lo que todavía no había madurado. Y ovejas; había muchas ovejas. Los pastores, rudos jóvenes, solían unirse a ellos antes que hacerles frente. Les indicaban dónde estaban los puentes sobre los ríos, de manera que los Sublevados enviaban partidas de reconocimiento para tomarlos. Casuentus, Acalander, Aciris, Siris: todos los cruzaron con facilidad.

Cerca de Cannae encontraron el lugar donde un cartaginés llamado Aníbal había matado a más romanos que cualquier otro hombre. Celebraron allí unos juegos en su honor. Carreras de carros, los caballos levantando el polvo de la tierra seca, las ruedas rodando y brincando hasta que los radios dejaban de verse. Duelos, hombres enfrentados en combate singular a la manera de los celtas. Por la noche, comían y bebían. Cantaban con la música de la lira, bailaban a la cálida luz de grandes hogueras y contaban historias de sus dioses. Vectia aprendió sus nombres: Tutatis, Nerthus, Ogmios. Muchos hombres exhibían las cabezas cortadas de los romanos que habían matado: colgándolas de los carros, adornando con ellas los cuellos de sus caballos, clavadas, junto con varias manos cercenadas, a postes fuera de sus tiendas. Eran costumbres celtas y Vectia se esforzaba por aprenderlo todo, por comprenderlo y considerar la manera correcta de hacer las cosas. Participó en los trabajos de las mujeres: cocinar, sacrificar animales, despellejarlos, cuidar de los niños, atender los fuegos y acarrear los útiles de cocina y los suministros del campamento. Muchas cosas, porque las labores de las mujeres eran más numerosas que las de los hombres.

Vectia demostró ser útil y valiosa.

Y sí, los hombres cometían atrocidades, pero eran alóbroges. Las atrocidades se las hacían a otros, y los despojos de esas atrocidades se llevaban al grupo y se disfrutaban. Los hombres se complacían en abusar de las mujeres que capturaban, y no solo ellos. Las mujeres celtas también disfrutaban de ello. De maneras distintas, pero aun así. Y al final siempre devolvían los prisioneros a cambio de un rescate. No eran romanos, no necesitaban esclavos. Solo se necesitaban unos a otros.

Vectia hablaba celta todo lo posible, intentando adoptar el acento de los alóbroges. Le daba dolor de cabeza. Le dolía hasta la lengua. Formar las palabras era como hablar con una piedra metida en la boca, que agotaba su mente y su mandíbula. Sabía que no sonaba como se suponía que debía sonar, por más que se esforzara. Y eso le daba dolor de estómago, una bola de preocupación que dolía. ¿Jamás hablaría su lengua natal? Tal vez era demasiado vieja para aprender lo que incluso los niños pequeños dominaban.

Había una mujer, Beatha, que se echaba a reír cada vez que Vectia hablaba. Pero no era una risa maliciosa, sino genuina, no de desdén. A menudo caminaba junto a Vectia, ayudándose de un báculo de madera. A veces incluso le agarraba la muñeca y apretaba con más fuerza de la que sugería su brazo flaco. Por su cojera y los ruidos que emitía al levantarse y las arrugas en torno a sus ojos, Vectia la consideraba vieja, pero no le preguntó la edad. No la llamaba «madre», aunque era un término de respeto. La llamaba «hermana», y Beatha no se lo discutió. De cualquier manera lo más seguro era que la mujer desconociera su edad, igual que Vectia ignoraba la suya. ¿Por qué comparar incertidumbres?

Una noche, cuando yacían juntas entre un grupo de mujeres mayores y muchachas jóvenes, Beatha les habló de las formas dibujadas en las estrellas. Señalaba un grupo y luego otro y parecía trazar líneas entre los puntos. Vectia conocía algunas: la Osa Menor, Aries, Libra. Cuando nombró a la Osa Mayor en latín, Beatha le dio un palmetazo y se puso a hacer gestos como para borrar las palabras. Y luego habló muy rápido, tanto que Vectia solo pudo distinguir alguna palabra suelta de aquella retahíla.

¿Estaba contando las mismas historias que Vectia conocía? Le gustaría habérselo preguntado. ¿Era la Osa Mayor para ella Calisto la Cazadora, la que llamó la atención del dios Júpiter, que la deseó y la violó? Nunca era bueno llamar la atención de Júpiter, pensó. A causa de ello, Calisto engendró un hijo. ¿Era eso lo que contaba Beatha? Intentó encontrar la historia en las palabras celtas, cómo Juno, furiosa con Calisto, la convirtió en un oso al que su hijo estuvo a punto de matar. Júpiter lo impidió y lo transformó también a él en oso y lo elevó, junto con su madre, a los cielos y los dejó allí colgados. Y allí seguían, porque Neptuno no los dejaba bañarse en el mar. De manera que penderían para siempre sobre el horizonte. Al menos, esa es una de las historias que Vectia conoce de las estrellas.

Escuchaba, pero no oía nada de esto en las palabras celtas de Beatha, y le daba

vergüenza preguntar. Pensó que ya lo preguntaría más tarde, cuando supiera más y pudiera entender mejor, si es que llegaba ese día. Tenía la sensación de estar aprendiendo muy poco. En ese aspecto Beatha era muy buena con ella. Le hablaba solo en celta, todo el día hasta que se echaba a dormir. Y solo decía en latín lo mismo, una y otra vez:

—Todavía no eres alóbroges. A lo mejor mañana.

Vectia no puso objeciones cuando dejaron el terreno suave de las llanuras de Apulia para subir a un agreste territorio llamado Gargano. No era un lugar que ella conociera. Nunca había entrado en la ruta de su amo, por ser demasiado agreste, un paisaje de picos escarpados de caliza, con hondas cuevas abiertas en la piedra, de bosques de enormes olmos y hayas y altas praderas floridas. Un cerro aislado sobresalía allí donde la rocosa costa daba al mar. No era un lugar de aldeas o ciudades. Estaba plagado de ciervos, jabalíes y lobos. Era un lugar para montar y cazar, un remanso donde podían ser celtas sin interferencias romanas. Podrían atacar las planicies, sostenía Crixo, siempre que quisieran, coger lo que necesitaran y desaparecer de nuevo. Los romanos no se atreverían a ir a buscarlos a los bosques de las montañas. La vida, prometió, sería buena para ellos durante el verano.

Vectia esperaba que para el final del verano se habría adaptado del todo a su pueblo.

—No eres alóbroges todavía. A lo mejor mañana.

Cada vez que Beatha murmuraba eso, renacían las esperanzas de Vectia. Se dormía pensando en ello y se despertaba deseándolo. Qué estúpida, qué veleidosa es la esperanza. Puede llenarte por completo y, al instante siguiente, no ser más que un hueco vacío y dolorido.

Al final Cotito no guio a Vectia hasta Espartaco. Guio a Espartaco hasta Vectia.

Después de haber acampado durante el día en un denso y oculto bosquecillo, Vectia se despierta con el ruido de los murciélagos que se adentran en el atardecer para comer. Se queda tumbada un momento, contemplando las criaturas entre los jirones de cielo naranja que ve entre los árboles. Le duele el cuerpo, los músculos, los huesos, la piel. Le duele la cabeza. Hace días que le duele. Camina con un martilleo en el cráneo, se duerme con él, se despierta con él. No puede hacer nada al respecto. Volverá a guiarlos durante la noche, buscando. Es lo único que puede hacer.

Despierta a los que tiene cerca y luego se aparta del grupo y sale de la pequeña hondonada que los oculta. El paisaje se abre ante ella, montañoso y abrupto, con sus tonos castaños y su umbría grandeza. No está sola. Los fantasmas ya están allí, dándole la espalda, inmóviles. No se vuelven ni se retiran cuando se acerca. Todos están mirando algo, todos al parecer paralizados.

Vectia sigue sus miradas y se queda sin aliento. Una gran hueste ha aparecido en el valle. No estaban allí esa mañana, cuando ella contemplaba el mismo paisaje a la luz gris del amanecer. Fuegos de campamento, cientos de ellos. Tiendas, carros y otras cosas que no distingue. Miles de personas junto a las tiendas. Están tan cerca

que su aparición parece cosa de brujería. O, Vectia se corrige, obra de una diosa.

Sus seguidores vivos comienzan a arremolinarse en torno a ella. Se tocan hombro con hombro con los fantasmas, aunque ella es la única que lo sabe.

—Son ellos, ¿verdad? —pregunta Ullio, uno de los generales de Crixo, el que debería estar guiando al grupo pero le falta coraje para ello. Parece a la vez ansioso y asustado. Hace bien en tener miedo. No es portador de buenas noticias y será el que deba comunicarlas.

—¿Es el campamento de Espartaco? —dice otro—. ¿Los hemos encontrado?

—¿Nos darán comida? —Es la voz de una mujer—. No nos harán daño, ¿no?

Hacen preguntas como niños, como si solo ella conociera la respuesta. Les diga lo que les diga, lo tomarán como la verdad. Pero ella conoce la verdad. Exhala el aliento que contenía y responde:

—Sí, son ellos. Y no, no nos harán daño.

Emprende el descenso que los llevará al campamento. Porque ve a los fantasmas y desearía no verlos —porque están muertos y ojalá no lo estuvieran—, no vuelve la cabeza. Camina despacio y firme. Se detiene cuando alguien se lo pide, pero mantiene la vista fija en el campamento, y cuando por un momento lo pierde, mira el humo que se alza en el cielo y el resplandor de las hogueras en la creciente oscuridad de la noche. Espera que Espartaco no se enfade con ella por llevarle un ejército de atribulados fantasmas.

Vectia mira las moscas que pululan por sus piernas, cuando alguien sale de la tienda del consejo. Astera. Los hombres que aguardan en la puerta se ponen tensos en su presencia. Nadie habla. La mayoría se limita a mirarla fugazmente de reojo. La sacerdotisa mira a Vectia, protegiéndose los ojos para ver bajo el resplandor del mediodía. Los que se arraciman en torno a la anciana se apartan. No se alejan mucho, pero se distancian como si no tuvieran relación con ella y tampoco fueran conscientes de la presencia de Astera.

Los Sublevados los recibieron con vacilante precaución, sabiendo nada más verlos que solo traían malas noticias. Les dieron de comer y beber y les atendieron las heridas. Aun así, están recelosos. Ullio está en la tienda del consejo, contándole su historia a Espartaco y sus capitanes. Mientras tanto, muchos observan a Vectia y los demás, los miran entre murmullos. Muy pocos se acercan, temerosos de que la maldición que ha caído sobre ellos sea contagiosa. Ninguno ve a los fantasmas que se arremolinan entre ellos. «Afortunadamente», piensa Vectia.

Espanta las moscas con la mano, pero han vuelto a bajar sobre ella cuando Astera se acerca. También antes habría estado nerviosa —Vectia nunca ha estado tan cerca de la sacerdotisa—, pero ahora está demasiado destrozada por los sucesos de las últimas semanas, demasiado agotada de guiar tanto a los vivos como a los muertos. Y Cotito la ha llevado hasta allí, ¿no? Aquello tiene que significar algo. De manera que

ni siquiera baja la mirada.

Astera, de cerca, es imponente. Si fuera otra mujer, Vectia la consideraría delicadamente hermosa, y muy joven. Una mujer de la que sentir celos. Pero no es lo que siente. Si Astera sabe que es hermosa, no lo considera de mucha utilidad. No hay nada en su porte que pida ser admirado. Astera es más dura que eso, y su mente parece estar en otras cosas. Lleva una pesada torques de plata, pensada para el grueso cuello de un hombre. Debería quedarle rara, pero no es así. Su cuello fino y sus clavículas visibles no se amilanan ante el peso del collar.

—Tenemos fantasmas entre nosotros —dice la sacerdotisa—. Tú los has traído.

De todas las cosas que podía haber dicho, esta es la que más sorprende a Vectia.

—¿Tú también los ves? —susurra.

Astera entorna los ojos, y no susurra.

—¿Verlos? No, no los veo. Los siento. Ahora mismo esto parece atestado, más de lo debido. Pero no los veo. ¿Tú sí?

Vectia asiente con la cabeza.

—Dime lo que ves.

—Están a nuestro alrededor —contesta la anciana de mala gana—. Son los que murieron con Crixo. Yo no quería traerlos. Me han seguido ellos.

Astera se cruza de brazos y alza la mirada. Al cabo, dice:

—Creo que si te hubieras criado con tu pueblo, habrías sido una sacerdotisa entre ellos. Y tal vez muy poderosa. No, yo no veo a los muertos que nos rodean. Pero si tú los ves, yo no necesito hacerlo. ¿Cómo te llamas?

—Vectia.

—Sí, ya lo veo.

Vectia no sabe muy bien qué significa eso, pero no alcanza a preguntarlo.

Otra figura sale de la tienda. Esta vez es Espartaco. Los hombres de alrededor se agitan, unos pocos se le acercan, pero él los detiene alzando la palma de la mano. No está listo para hablar con ellos todavía. Mira en torno, pasando por ambas mujeres dos veces, hasta que por fin se fija en Astera. Se abre paso entre el grupo de hombres y se acerca a ella.

—Esta ve fantasmas —dice Astera. Señala a Vectia con el mentón—. Una gran hueste de fantasmas que nos rodean ahora mismo. Son los celtas muertos que no han encontrado el otro mundo.

—¿Y qué quieren? —Espartaco se lo pregunta a Astera y, al ver que no responde, se dirige a Vectia—: ¿Qué quieren de mí?

Al principio la anciana no le mira a la cara. Espartaco lleva una sencilla túnica que le deja los brazos desnudos. Vectia se fija en esos brazos. Las estrías de los redondeados músculos de los hombros le marcan la piel. Desearía tocárselos. Se imagina con las manos sobre sus hombros, pidiéndole que la mire. «Mírame», le diría. Ella o alguna versión de ella, no la que ahora es sino la que fue, cuando era joven y los hombres la veían. Es algo que la confunde. ¿Por qué pensar en eso ahora?

Espartaco ha hecho una pregunta. Responde.

—No lo sé. —Se sorprende al ver que no le tiembla la voz—. No hablan conmigo. Solo me siguen.

—¿Están furiosos?

—No. —De eso está segura, aunque no encuentra manera de explicarlo—. No.

—¿Fuiste la guía de Crixo? Cuando estaba vivo, me refiero.

—No. Lo habría hecho, pero él escuchaba a otros. Además, él quería ir a un lugar que yo no conocía.

—Él quería ir... —Espartaco exhala y se frota las sienes—. Quería cazar en las montañas. —Su tono transmite exasperación. Y tristeza. Sus facciones expresan lo mismo: exasperación en las arrugas de su frente, tristeza en torno a los ojos.

Eso es lo que Vectia ve. Y también ve que la está mirando. Espartaco retuerce con los dedos los ásperos mechones de su barba.

—Tú no guiaste a Crixo, pero, cuando murió, fuiste la que guiaste a estos otros hasta nosotros, ¿es así? Ullio dijo que al principio los guio él, pero luego admitió que tú conocías mejor el terreno.

Eso es cierto, y Vectia no dice nada.

—¿Cómo nos has encontrado? Por más que conozcas el terreno, no sabías que estaríamos aquí.

—Le pedí a tu diosa que me guiara.

Espartaco mira a Astera. Algo se transmite entre ellos, aunque ninguno dice nada. Él se agacha.

—Cuéntame lo que pasó en Gargano. Lo he oído de boca de Ullio. Ahora quiero oírtelo a ti.

—Nos destruyeron.

—Ya. ¿Cómo?

Vectia se encoge de hombros, no porque no lo sepa, sino porque los hechos son demasiado claros. Casi no quiere contarlos, porque le parece una especie de traición. Pero entonces se acuerda de que Crixo está muerto. Es un fantasma, como los otros. Y Espartaco sigue entre los vivos.

—Los hombres querían cazar. Allí había buena caza, jabalíes y ciervos. Acampamos y los hombres partieron en distintas direcciones. Decían que los romanos no nos seguirían a esas montañas. Pero sí lo hicieron. Atacaron antes de que nos diéramos cuenta de su presencia. Nuestros hombres no estaban preparados. Intentaron organizarse, pero los romanos cayeron sobre nosotros en formación cerrada. Nuestros hombres no estaban preparados. Intentaron dispersar a los romanos en combates cuerpo a cuerpo, pero no hubo manera. No vi morir a Crixo, no sé cómo ocurrió. No intentábamos derrotar a los romanos, la batalla estaba perdida de antemano. Eso lo sabía hasta yo, que lo contemplaba todo escondida. Los celtas solo intentaban morir con valentía. Nada más. Y lo lograron. Muchos hombres, al enterarse de lo sucedido, se lanzaron contra los romanos y murieron igual.

—Con valentía, estoy seguro —dice Espartaco—, para poder nacer bien en la otra vida y que vuestros dioses los vieran morir luchando, como hombres. Esto lo entiendo. Mi pueblo es igual. —Se queda pensando un momento—. Aun así, preferiría que hubieran vivido luchando. Dices que hay fantasmas entre nosotros. Eso significa que están descontentos. Todavía no han pasado al otro mundo. Deben de querer que los vengamos. Y eso haremos. Entonces se marcharán, como tiene que ser.

Espartaco vuelve a mirar a Astera.

—Escucha, Vectia. Me interesa lo que sabes. Si los muertos ven apropiado seguirte, yo estoy dispuesto a hacerlo también. En este momento, desde el este, se acerca un ejército romano. Sus exploradores saben dónde estamos. Nos están vigilando, y se encuentran tan solo a unos días de distancia. Y el ejército que derrotó a Crixo también se aproxima. Han venido por una ruta distinta a la tuya. Están en este valle, hacia el sur. Estamos atrapados entre dos fuerzas. De manera que tengo que derrotarlos a ambos. Y para eso necesito conocer el terreno tan bien como tú.

Vectia mira a la gente que los rodea. Mira a los que los contemplan desde más lejos y los invisibles fantasmas entre ellos. Han acudido a Espartaco. Sí, deseando que los vengue. Crixo, ahora Vectia lo sabe, jamás tenía que haber sido su jefe. No, su lealtad debería haber pertenecido siempre a Espartaco.

—¿Qué quieres saber?

Castus

Castus desmonta allá donde empieza la pendiente descendente del risco. Silba dos notas agudas para indicar al resto de la caballería que se detenga también. Oye los chasquidos de metal y los crujidos del cuero y las sandalias en el suelo pedregoso. En la oscuridad de la noche, cuando la tenue luz de las estrellas apenas llega hasta ellos entre los árboles, apenas los ve, pero los oye. Desde allí irán a pie. Lo mejor es que cada hombre lleve su caballo, sorteando rocas, raíces y obstáculos con los pies, no con los cascos del animal.

Desearía haber podido comprobar una vez más si aquel era el mejor punto para el descenso, pero sabe que lo es. Ha seguido las instrucciones de la anciana. Avanza con cuidado unos pasos, con las riendas del caballo en la mano, murmurándole de vez en cuando. Los otros lo imitan. Alguno resbala de vez en cuando, alguno maldice y los demás lo callan. A veces se oye algún relincho de protesta, un caballo al que hay que calmar. Todos saben cómo hacerlo. Todos conocen bien a los caballos. Por eso han sido elegidos para esto, al mando de Castus. Doscientos. Todos germanos.

—Si lo conseguís —había dicho Espartaco—, los destruiremos.

Hay otro cuerpo de caballería, formado por tracios y dirigido por Gaidres, pero están más abajo, lo justo para avanzar por separado y que sus filas no se confundan. Su cometido es ser diferentes, aunque el plan los incluye a todos.

—Haced esto, y cuando matéis —había dicho Espartaco—, matad por Crixo y por los que murieron con él.

«La primera muerte será por Crixo —accede Castus—. Las siguientes, por Wodanaz. ¿Me oyes, Rey Sabio?». Sus palabras no son más que susurros en sus labios, pero los oídos de Wodanaz no son como los humanos. Wodanaz lo oye todo. Solo tiene que advertirlo y mirar para conocer el corazón de cualquiera. «Escúchame, dador de victorias —piensa Castus—, y dame coraje para enviarte almas. Abre la boca para recibirlas».

—Penetrad directamente entre ellos —había dicho Espartaco. Castus recuerda el gesto de su mano, como si aquello fuera a resultar tan fácil como cortar el aire—. ¿Entendido? Cortadlos por la mitad. Hacedlo y la bestia morirá.

Una bestia, sí. Pero ¿acaso una legión no son millares de bestias? Millares de almas.

No. Castus interrumpe el hilo de sus pensamientos. No quiere generar dudas. De manera que repite: «Wodanaz, escúchame y dame coraje. Guía de las almas, dame coraje...».

Es un lento descenso. Tiene que ser así para no sufrir daños luchando contra la pendiente. A menudo quedan apiñados, impacientes, pero eso también es bueno. Que

nadie se pierda. Cuando le parece necesario, Castus silba y aguarda hasta oír la respuesta de Goban. Dos pájaros hablando. Uno en la vanguardia, otro detrás. Así mantienen unido al grupo.

Llegan a la base y siguen avanzando hasta que el bosque ralea. Castus se queda en los límites un largo rato. Los mosquitos dan con ellos, se arremolinan, como si no supieran dónde elegir, donde alimentarse primero. Castus presta atención más allá del zumbido de sus alas. Escudriña el valle. No es muy ancho, pero está expuesto. Hierbas altas, matorrales y un fino arroyo que serpentea. No hay fuegos. No se oyen voces ni ruidos que no sean naturales de la noche. El risco que se alza al otro lado del valle es muy parecido al que ellos acaban de bajar. Castus busca siluetas entre los árboles, pero no ve nada entre las sombras. La colina podría ser un hervidero de hombres. O podría estar desierta.

Un tracio aparece delante de ellos como si acabara de surgir de otro mundo. Su aparición es tan súbita que Castus casi da la alarma. Pero el grito en sus labios queda detenido por la salvaje expresión del tracio, de advertencia y reproche. Castus relaja el mentón y exhala el grito que casi lanza. Este hombre está donde tenía que estar, según lo planeado. Es un caminante nocturno tinio. Esta noche, explorador y mensajero. Confirma que la caballería está en su puesto, aunque tienen que extender su línea por el valle. Susurra deprisa su mensaje y desaparece. Así sin más, en un instante.

Hombres y monturas se despliegan en una tosca línea. Castus está junto a su yegua, sintiéndola y oliéndola. El animal solo lleva en esto una semana, pero Castus ya le tiene aprecio. Es castaña, de aspecto común, pero más fuerte de lo que parece. Además, parece familiarizada con los arreos de guerra. Dentro de muy poco sabrá si es cierto. Chasquea la lengua y ella alza la cabeza. Todavía no le ha puesto nombre. No lo hará hasta que la conozca mejor, hasta que haya demostrado que sabe sobrevivir.

La mañana anterior, el comandante había convocado un consejo de los líderes de clan, varios exploradores que acababan de volver después de seguir a la legión que se aproximaba, y la anciana celta, Vectia, que había guiado a los pocos celtas supervivientes hasta el grueso del ejército. Baebia, el romano, estaba también presente, objeto de más de una mirada hostil. Se reunieron lejos del campamento, en un templo de rocas sobre un risco. Castus se sentó entre Gannicus y Goban, sabiendo ya la situación a que se enfrentaban pero esperando, contra toda esperanza, que cuando Espartaco hablara supiera transformarlo todo en su beneficio. No fue así.

—Os diré cuáles son nuestros problemas —comenzó Espartaco—. El ejército de Crixo, destruido. Diez mil que estaban con nosotros y ya no están. Muertos o capturados, y si han sido capturados pronto estarán muertos. Esto hay que saberlo, pero no darle vueltas. Ya le lloraremos, a él y a todos los muertos, en su momento. Lo haremos como es debido, de tal manera que los dioses sepan quién era Crixo, que sepan que aquí muchos lo respetaban. Pero debemos posponer ese duelo, reservarlo

hasta que llegue su momento. Ahora, dos fuerzas romanas nos dan alcance. Lucius Gelio está al mando de una de ellas. Cornelio Clodiano comanda la otra. Ambos son cónsules. Es evidente que pretenden presentar batalla en los próximos días. Crixo no habría querido que perdiéramos ante ellos, ¿no es así? Entonces ¿qué podemos hacer?

—Enfrentarnos al ejército que aparezca primero —propuso Skaris—. O a los dos a la vez. Si morimos —alzó sus anchos hombros—, será porque nos ha llegado la hora.

En sus labios parecía muy sencillo, pensó Castus. Y había cierto honor en esa sencillez. Sería la muerte de un guerrero, de un hombre libre empuñando la espada. ¿No era eso mejor de lo que cualquiera de ellos habría imaginado cuando estaban en el maldito *ludus* de Batiato? ¿No habían hecho grandes cosas desde entonces? ¿Y tendrían algo que reprocharles los dioses, a ellos, que habían conquistado la libertad desde la esclavitud y vertido tanta sangre romana?

—Venceremos —añadió Gaidres—. Crixo fue derrotado, no nosotros. —Miró a Ullio—. No es por ofender.

A pesar de la firmeza con que fueron pronunciadas, sus palabras se desvanecieron en un hosco silencio. No pretendían ofender, pero eran una ofensa. Todos lo sabían. Crixo había sido obstinado, y luego estúpido. Obstinado por no ir avanzando de ciudad en ciudad, como hacía Espartaco, y por no saber entender la grandeza de la visión del gladiador. Y estúpido por preferir ir a cazar en lugar de eso. De haber querido Espartaco ridiculizarlo, pocos habrían protestado. Pero no lo hizo, de manera que los otros tampoco.

—Podemos vencer —reconoció el tracio—, pero los romanos no son tontos. Estarán coordinados. Elegirán el momento del ataque y lo harán unidos, por supuesto. ¿Por qué no iban a hacerlo así? Tened confianza, hermanos, pero no demasiada. Hemos entrenado todo el invierno, sí. Eso es bueno. Numéricamente, tenemos más hombres que ellos. ¿Cuántos, según el último recuento, Drenis?

—Casi treinta mil —contestó el joven—. Con los supervivientes de la fuerza de Crixo, algo más de treinta mil.

Espartaco asintió con la cabeza.

—Es un buen número. Pero de esos treinta mil, ¿de cuántos podemos estar seguros que no se rendirán? No los suficientes. En una batalla campal podrían perder los romanos. Pero yo prefiero estar seguro. Si vamos a enfrentarnos a ellos, lo haremos en nuestros propios términos. ¿Y cuáles son nuestros propios términos?

Los miró de uno en uno buscando la respuesta. Castus pensó que su rostro parecía más viejo que antes, pero no supo por qué. No tenía más arrugas, no estaba en peor forma. Tal vez era que su pelo ondulado y su barba habían crecido. Ahora enmarcaban sus facciones de tal manera que le conferían un carácter distinto. Incluso parecía más un líder. Gannicus gustaba de decir que él evitaba pensar porque no hay nada que debilite más a un hombre. Tal vez era eso. Espartaco estaba fatigado no físicamente, sino de tanto pensar por todos ellos.

—Skaris, te he escuchado —dijo—. Hablas como un guerrero, y eso está bien. Pero mira ese campamento. ¿Cuántas mujeres hay? ¿Cuántos niños y ancianos? No somos solo un ejército. Somos una nación. Si nos enfrentamos a los romanos y nos derrotan, ¿qué pasará con ellos? Lo peor. Todos lo sabemos. Les pasará lo peor.

—Han venido por su propia voluntad —objetó Skaris.

—Pero nosotros los aceptamos. No me digas que eso no implica una responsabilidad.

—Entonces ¿qué es lo que quieres? —preguntó Gannicus—. ¿Que huyamos? No soy ningún cobarde, pero nos tienen rodeados. ¿Desaparecemos? Podríamos desaparecer en las colinas, emerger en otra parte y luchar otro día. La anciana sabría conducirnos —añadió, señalando con el mentón a Vectia, la mujer celta—. A mí no me importa escuchar a una mujer si tiene algo que decir. —Era otra ofensa a Crixo, pensó Castus. Ullio se tensó al oírlo—. Tú sabes dónde ir, ¿no es así? Sabes cómo podemos escapar de ellos...

—No hay una buena manera de huir —respondió la anciana. Para una mujer con tal aspecto de alóbroges, hablaba un latín normal, sin el brusco acento de su pueblo. Lo cual tenía sentido, pensó Castus, puesto que la vieja era de esa tierra. Por eso la conocía tan bien.

—Ella y yo ya hemos hablado de eso —terció Espartaco—. No hay ninguna buena manera de huir. Por allí, colinas. Por allá, rocosos riscos. Por el otro lado, montañas y poco alimento. Una cuarta vía nos dejaría acorralados con la costa a nuestra espalda. Hoy estaríamos a salvo; mañana, atrapados. Lo que Vectia cuenta es desastroso —añadió sonriéndole—. Esta vez no hay forma de escapar. Preguntádselo si queréis, pero la he tenido levantada casi toda la noche dándole vueltas al asunto. Hacerlo de nuevo será perder el tiempo.

—¿Y no es eso lo que estamos haciendo? —preguntó Goban.

Otra sonrisa.

—Solo me estaba asegurando de tener vuestra atención. ¿La tengo?

—Nos has dicho que estamos jodidos —dijo Nasah, el libio—. Sí, tienes nuestra atención.

—Bien. Porque hemos mantenido una buena charla, ¿verdad, Vectia?

Así era. Por eso Castus dirige ahora a doscientos jinetes. Por eso ha bajado de la colina durante la noche y debe permanecer escondido hasta que aparezca la legión romana por el valle. Pasa la orden de que todos monten. El susurro se propaga a toda prisa a ambos lados, de boca en boca. Respira hondo, acordándose de que la muerte no es sino una transición. Significa nacer en el otro mundo. «Tal vez —piensa—, el otro mundo sea mejor, tal vez sea bueno volver a ser un niño». Si vuelve a ser un recién nacido, tendrá muchos años por delante sin la responsabilidad de la guerra. Tal vez. Pero primero está esto. Y hay que hacerlo bien. Monta en la yegua. Mientras se coloca las armas, se inclina y le murmura al oído, contándole lo que va a suceder, asegurándole que es bueno y justo, y que si debe morir en breve, debería estar

orgullosa, porque no todos los caballos tienen una muerte tan heroica.

Romanos, miles de romanos. La columna se ha estrechado para adaptarse al valle. Su paso es ligero, lo cual es bueno. En el frente va la caballería, de la que Castus no debe ocuparse. Eso es para Gaidres. La infantería romana no tarda en llegar a donde está oculta la caballería germana. Empieza a pasar de largo, los estandartes bien altos, los soldados en ordenadas filas, con su equipo a la espalda, los fardos cargados de suministros, comida, cacharros de cocinar y estacas para el campamento. Armas también, pero a la espalda, no en las manos. Los cascos cuelgan de los cuellos. Sí, tal como Espartaco había dicho.

Castus alza una mano, pero espera un poco más. Eleva una oración a Wodanaz. Ya está, el momento ha llegado. Deja caer la mano, da un apretón con las piernas a la yegua y la pone en marcha. Sin un grito, solo movimiento. Salen de la estrecha pantalla de árboles. Castus tira de las riendas, manteniendo el control, manteniendo la calma, pero sus piernas transmiten también apremio a la yegua. «No te apresures mucho —le está diciendo—, pero date prisa». El animal ve el claro y se lanza hacia él. Se abre paso entre unas ramas caídas. La madera se rompe contra su pecho y sus patas y roza el rostro de Castus, pero han pasado. A su lado, otros salen a campo abierto. Castus da rienda suelta a su montura, que echa a galopar. Y cómo galopa. Aunque Castus brinca sobre ella y, aunque ha desechado la silla romana de cuatro puntas que traía el animal, el agarre de sus piernas y rodillas es firme. Nadie emite un grito. Van en silencio. Solo los anuncia el resonar de los cascos. Y los romanos no tardan mucho en oírlo.

Los ven. Reaccionan. Se vuelven. El flanco se torna el frente y todas las hileras se ponen en posición. Se quitan los fardos, se ponen los cascos, suben sus escudos, los superponen, creando una barrera de escamas. Toda la línea se convierte en un muro contra el que los doscientos de Castus podrían romperse como una ola contra la piedra. Los oficiales montados galopan a un lado y otro de la hilera, gritando órdenes.

«Wodanaz, son muy rápidos —piensa Castus—. Padre de Todos, hazlos más lentos. Nubla sus mentes». Se pregunta si Wodanaz, con su único ojo, estará contemplándolos. Se pregunta si enviará valquirias para ayudarlos. ¿Estarán ahora mismo invisibles en el cielo, mirándolos para comprobar si son dignos?

Retumbar de cascos, jinetes a ambos lados. Castus sostiene las riendas en la mano izquierda. En la derecha, dos jabalinas. Se lleva una a la otra mano y alza la otra.

—¡Lanzad! —grita.

Tira la jabalina con la fuerza de los brazos y el torso. El arma vuela y desaparece sobre las primeras filas de escudos romanos, con más altura de la que pretendía. Otras lanzan la siguen. Algunas hienden escudos, otras encuentran paso entre ellos. Una jabalina roza el borde de un escudo y alcanza al romano en la cara. El hombre se retuerce, con la vara clavada como si fuera un cuerno. Unas pocas muertes, sí, pero principalmente distracción. Confusión. Huecos en la pared de escudos. Es todo lo que necesitan.

Castus alza la otra jabalina. Mientras se prepara para lanzar, inspecciona el terreno. Los romanos ya se están reagrupando. Cierran los huecos. Otros ocupan el lugar de los caídos y vuelven a convertirse en un muro. Son rápidos, demasiado rápidos. Castus no lanza el arma. Tienen que llegar a ellos en un momento de caos. Es la única forma en que esto dará resultado. Ahora avanzan muy deprisa, o por lo menos eso parece. Sabe que están quietos, pero parecen correr hacia él a la velocidad de los cascos de su yegua. Distingue algunos rostros. Sabe contra qué hombres se estrellará. Los ve prepararse, busca sus ojos y ve miedo en ellos. U odio.

Son esos últimos momentos los que deciden la carga, los que abarcan diez latidos del corazón. Una estampida de hombres y caballos, cascos y jabalinas, morros que resoplan y gritos de guerra.

Nueve latidos.

Deben cabalgar como si fueran a segar a los romanos y pisotearlos. Tienen que ser todo eso, una fuerza completa, imparable.

Ocho.

Las huestes romanas les lanzan una lluvia de jabalinas. Castus las ignora. Tiene que ser imparable.

Siete.

Pero es todo un engaño. Incluso ahora, los romanos pueden detenerlos. A pesar de la avalancha, de la ruidosa furia que se cierne sobre ellos, los romanos tienen la técnica. Se están convirtiendo en una muralla de escudos. Una unidad en lugar de muchos hombres. Les basta con permanecer inmóviles.

Seis.

Castus advierte las primeras señales, la mente de la yegua, que comienza a vacilar. Al igual que todos los caballos, no se estampará contra un muro inmóvil. Si los romanos aguantan, los caballos se encabritarán y chocarán unos con otros en un confuso amasijo. Y todos morirán.

Cinco.

Alza la jabalina, preparando el tiro.

Cuatro.

Está tan cerca que apunta a la boca abierta de un legionario y lanza con todas sus fuerzas. Los otros también. El de la boca abierta esquiva la jabalina, pero también baja el escudo de tal manera que el hombre a su lado recibe el lanzazo en el cuello. Otras jabalinas se estrellan contra los escudos, caen a tierra, rebotan en los cascos. Movimiento, hombres, huecos, confusión. Lo suficiente, bastante para que los romanos compartan un momento de terror y rompan filas. Lo suficiente para que los caballos vean rutas entre ellos y corran hacia allí.

Castus echa la mano al hombro, agarra la empuñadura de su espada y desenvaina. Es una espada de caballería, más larga que la de un infante. Es difícil liberar la hoja y tiene que tirar con fuerza. Pero para cuando empieza a blandirla, ya ha penetrado entre la infantería romana. Al instante lo rodean, un mar de hombres en el que nada la

yegua aterrada, meneando la cabeza, encabritada y alzándose en dos patas para golpear el aire con los cascos. Casi arroja a Castus al suelo, pero cuando las patas vuelven a caer, el jinete la azuza. Desde su lomo ataca a quien se pone a su alcance. Clava su espada una y otra y otra vez. Es todo lo que necesita hacer ahora. Clavar y clavar y clavar hasta morir.

O no, si el plan de Espartaco funciona.

—¿Entiendes lo que te estoy pidiendo, Castus? —le había preguntado. Desde que empezó a describir lo que planeaba, había perdido su aspecto cansado. Parecía tan ilusionado como un niño soñando con la guerra, no un hombre que pudiera morir en el esfuerzo que describía—. ¿Entiendes lo que te estoy pidiendo?

—Que nosotros no seamos la auténtica ofensiva.

—Exacto. Seréis la finta, el puño que amaga, así. Para que cuando ellos reaccionen, bajen la guardia y el otro puño pueda entrar a matar. Los haréis volverse y miraros y creer que sois una banda de celtas lunáticos y vengativos, enloquecidos por la muerte de Crixo. Tenéis que mantener su atención solo un rato. Luego atacará el otro puño.

Y así sucede. El otro puño ataca. Mientras Castus blande la espada, gritando, conduciendo su montura a través de cualquier hueco que pueda ver o crear, la verdadera ofensiva surge de entre los árboles al otro lado de las fuerzas romanas. Vienen a pie, el grueso del ejército rebelde, pero no tienen que correr mucho. Mientras los romanos que hay cerca de la caballería luchan contra ella y los otros solo miran, Espartaco y Gannicus, Skaris y Nico, Dolmos y Goban y todos los demás salen a la carrera de su escondrijo. Son tan silenciosos como les permiten sus armaduras, el martilleo de sus pies y el resuello de su respiración. Bastante silenciosos para que solo unos cuantos romanos los vean venir. Unos pocos dan la voz de alarma, y solo uno consigue tocar un cuerno. Tan silenciosos que muchos romanos mueren antes de poder siquiera darse la vuelta.

El impacto de su llegada hace tambalearse a toda la legión. Castus lo nota. Es un impacto que reverbera entre los hombres que lo rodean. No saben lo que está pasando, pero Castus, a caballo, ve que el otro puño ha atacado. Da media vuelta, gritando a los otros jinetes con un nuevo apremio. Retrocede entre los legionarios sin dejar de lanzar estocadas, blandiendo con vehemencia la espada para que no se acerquen. Ya no tiene a doscientos hombres, pero los que todavía montan se vuelven con él y se abren camino entre la legión.

Salen a campo abierto y se alejan al galope. Castus, por primera vez, cree que no va a morir hoy. No será un recién nacido en el otro mundo. No; está vivo, cubierto de sangre. Vivo. Y vive porque Wodanaz debía de estar observando.

Vive porque Espartaco es Espartaco.

Y la yegua también vive. Lo cual es bueno, porque todavía tienen más que hacer.

—Una vez caigamos sobre ellos, sal de ahí y reúne a tus hombres, Castus —había dicho Espartaco—. O tú, Goban, si Castus ha caído. Dad media vuelta y guardad la

retaguardia de la columna de guerra. Que nadie se escape. Ningún jinete, desde luego, pero tampoco ningún infante. Nadie del campamento. Contenedlos a todos. Gaidres, tú harás lo mismo en el extremo norte del valle. Los jinetes intentarán apartarse de la caballería de vanguardia y escapar para llevar la noticia a Clodiano. No lo permitáis. Que no escape ni una palabra de la batalla. Esto es crucial, así que hacedlo bien.

El comandante hablaba inclinado, dirigiendo las palabras a cada uno de los hombres. Se levantó entonces y se dirigió a todos.

—¿Sabéis por qué la matanza será fácil? Porque un soldado romano es solo tan bueno como su disciplina. No son tan poderosos como nosotros individualmente. No son altos y fuertes como nosotros. Pero se han enfrentado a un mundo de hombres mejores y han encontrado la forma de derrotarnos, maneras de entrenar que sacan la máxima ventaja de la cobardía. Porque el modo de luchar de los romanos es cobarde, ¿no os parece? Detrás de los escudos, tan apiñados que no hay más opción que atacarlos de frente. Les enseñan qué tienen que hacer con antelación. Cada hombre tiene su papel, y es un papel pequeño. Y siendo cobardes como son, cada uno solo tiene que interpretar ese pequeño papel. A nosotros, los tracios, no nos gusta luchar así. Queremos que nuestros dioses vean nuestros actos de valor. ¿Y cómo pueden ver nada si todo está escondido detrás de esos escudos y no se distingue a un hombre de otro?

—Esa no es manera de luchar —convino Gannicus.

—No, no la es. Pero como un todo se convierten en mucho más de lo que puede ser un romano por sí solo. Es muy inteligente de su parte, pero le vamos a negar esa inteligencia.

Castus hace lo que le han ordenado. Se reúne con su compañía, lejos de la infantería. Inspecciona a sus hombres, ladra órdenes para que sigan moviéndose deprisa. No cuenta a los que siguen con él; los números solo son números. Contarlos no lo va a cambiar. Algunos están heridos y tendrán que quedarse allí, protegiendo el flanco con su presencia más que con su capacidad. A uno le cuelga el pie del tobillo y aúlla de dolor. Se lo mira mientras se agita en el suelo, desesperado. Otro finge estar bien, dice estar bien cuando Castus le pregunta. Pero un instante después se cae del caballo, aterriza de cabeza y se parte el cuello. Una muerte rápida, mejor que la herida en el vientre que lo ha debilitado y también acabaría por matarlo, pero lentamente. Los hombres se vendan las heridas con jirones de tela que llevan para tal propósito.

Goban tiene una herida en la cabeza de aspecto horrible. Desmonta y se inclina. Sacude la cabeza salpicando sangre de su larga cabellera. Castus teme que se haya vuelto loco, pero es solo que la sangre le pica en los ojos. Recuerda el arroyo y corre hacia él para hundir la cabeza en el agua. Parece un corte feo, pero es solo el cuero cabelludo arrancado del cráneo. El hueso está intacto. Castus desea que Filón hubiera estado con ellos. Tienen otros sanadores, pero confía más en el griego. Con ayuda, Goban se venda la herida y monta. Con su bulbosa cabeza parece una versión pálida

de un libio del desierto. Escupe sangre y dientes y dice:

—Perdón. Ya estoy listo.

Es un buen soldado. Si ambos sobreviven, ya se lo dirá más tarde.

Algunos caballos están cojos o se desangran. Los hombres los cambian de prisa, matan a los que hay que matar. La yegua tiene alguna que otra herida, seguramente amoratadas por dentro, pero parece firme bajo él. Castus le toca el pecho con las manos. Hay sangre. Pero claro que tiene que haber sangre.

Cuando ya tiene a todos los jinetes sobre monturas todavía capaces de cargar con ellos, se dan la vuelta y cabalgan a lo largo de la legión, a la distancia justa para que no los alcancen. Recorren toda la línea hasta la retaguardia. Allí se despliegan a lo ancho y no dejan que escape nadie. Nadie. Ni soldados romanos ni seguidores del campamento, ni el jinete romano que cree que su montura es más rápida que las de ellos. Ni el grupo de mujeres que intentan escabullirse entre ellos, suplicando con las manos alzadas para que no les hagan daño. Ni el niño que huye con una cuerda sobre los hombros. Ni el oficial que se rodea de una guardia montada. Esos casi pasan, pero no. Nadie escapa.

Castus solo atisba de vez en cuando la melé principal de la batalla. Como en cualquier batalla, es difícil distinguir entre el confuso enjambre de hombres en movimiento. Los dos bandos están enzarzados en una única pelea descomunal. No puede distinguir unos de otros, puesto que están mezclados. Los romanos no han mantenido las formaciones de ordenados rectángulos que suelen preferir. Y eso es bueno. Es lo que Espartaco quería, sumir en el caos sus ordenadas filas y convertir la batalla en una carnicería hombre a hombre. Es una batalla campal, y en esa clase de batalla los gladiadores ganan.

Goban llega por detrás en un caballo al que apenas puede controlar. Las vendas de su cabeza están marrones con la sangre, pero esboza una sonrisa desdentada.

—¡El triunfo es nuestro! ¡Nuestro! —Señala con la mano—. ¡Mira! Hasta sus caballos los abandonan. Ese es mío. —Azusa a su montura para interceptar un caballo romano sin jinete, con una suntuosa guarnición. ¿Pertenece a un tribuno? ¿A un legado?

Ahora pertenece a Goban.

Esa idea provoca una sonrisa también en Castus.

Termina la batalla. Los Sublevados persiguen a los que huyen, matándolos por la espalda, cortándoles las piernas y rebanando cuellos. Luego hay que rodear a las tropas rendidas, despojarlas de armas y armaduras y hacer formar a los hombres, derrotados y deshonorados, dentro de un círculo de insurrectos. A los oficiales les arrancan los distintivos de su rango y forman con los demás. Espartaco preside todo esto formalmente, estableciendo el orden. Hace amontonar todas las armaduras. Se asegura de que todos los prisioneros —¿cuántos son, cientos, miles?— estén reunidos en una masa, indefensos. Cuando lo están, da la orden y hace que los maten con sus propias armas. Los Sublevados que rodean a los soldados agonizantes aúllan, gritan y

se entregan a la matanza. Al poco tiempo trepan sobre un círculo de cadáveres ensangrentados para llegar hasta los que todavía viven. Y al final están todos muertos.

Después vienen los heridos. Los encuentran allí donde yacen o se arrastran, gimen y suplican. Muertos, todos y cada uno. Una derrota absoluta. ¿De cuántos? ¿Seis, siete mil hombres?

Aunque Castus no alberga ninguna simpatía hacia los romanos, aquella matanza de hombres indefensos le produce un nudo en el estómago. Antes de comprenderlo, le parece un acto de crueldad gratuita. Por mucho que puedan matar y deseen matar y vayan a matar romanos, no le gusta pensar que Espartaco sea innecesariamente cruel.

Pero al final resulta que lo es. Tácticamente cruel. Nada más y nada menos.

Kaleb

—Ven a hacer esto conmigo —dice Craso—. Quiero que quede documentado. Luego ya atenderemos la correspondencia.

El senador está en su tienda del campamento, con los brazos alzados. Su esclavo se afana en dar los últimos toques a sus avíos. El muchacho no es de Craso, sino que se lo asignó la legión cuando llegó a Picentia, lejos de Roma, el borde de la civilización. Al sur se alzan abruptas montañas, hogar de criaturas y hombres salvajes y, últimamente, de esclavos fugitivos. Kaleb empieza a sospechar que el muchacho fue elegido como un ligero insulto al nuevo comandante, puesto que no parece muy familiarizado con el trabajo. Ya ha tenido que volver a atar varias veces el cinto escarlata del nuevo rango de Craso, incapaz al parecer de hacer el lazo al gusto de su amo.

—Como desees —responde Kaleb. Ya ha abierto la funda de cuero cilíndrica en la que ha llegado el correo personal de Craso. De ella ha sacado y dispuesto los pergaminos sobre la mesa de campaña. Una columna para la correspondencia militar, una para los asuntos financieros y otra para los personales. Habiendo leído ya las misivas personales, una parte de su mente compone las respuestas que redactará en nombre del senador. En asuntos familiares y maritales Craso no pone objeción a que Kaleb lea la correspondencia antes que él. Con las cartas militares y financieras tiene más recelo.

Las señales de la creciente inquietud del niño esclavo son evidentes. Empiezan a temblarle los dedos. Kaleb quiere decirle que se relaje, que no es más que un lazo, fácil de atar a cualquier cinto que deba adornar. Pero no le toca a él ofrecer consejo, y desde luego no delante de su amo. De manera que se limita a decir:

—Hay tres cartas de tu mujer.

Craso mira ceñudo al muchacho.

—¡No, idiota! Mira, has dejado desiguales los dos extremos. Hazlo otra vez. Y empieza bien para acabar bien. ¡Venga!

El niño obedece tartamudeando una disculpa.

Cuando Craso se dirige a Kaleb, su tono es distinto. Aunque no llega a cubrir la brecha entre amo y esclavo, sí es familiar, solo levemente condescendiente. Es la voz que utiliza con Kaleb en privado. Su tono muestra un grado de favor hacia el etíope que contrasta con su creciente desprecio por el torpe niño esclavo.

—Tertulla cree que no tengo nada mejor que hacer que charlar con ella por carta sobre los detalles de la vida en Roma. Ya me las leerás más tarde. Y luego escribes la respuesta. Lo de siempre, amor mío y tal, y que todo va bien. Asegúrale que la gloria está llegando a la casa de Craso. Ya sabes.

—Sí, amo. —Kaleb ha escrito cartas así cientos de veces. Cuando viajan para supervisar remotas inversiones, o cuando Tertulla se encuentra en alguna de sus villas en el campo. En una ocasión incluso cuando marido y mujer estaban a la vez en Roma, pero Craso no se molestaba siquiera en ir de sus aposentos a los de ella. Ya ha escrito varias en este viaje, y, sin duda, escribirá unas cuantas más antes de que concluya.

—¡Ay, déjalo! —exclama Craso, apartando de un golpe las manos del esclavo—. Vete. Pásate la noche practicando y mañana hazlo bien. —Le agarra la mano y se la estruja en un puño—. Haz que estos dedos me sean útiles, si no quieres que se los eche a los perros del campamento. ¿Me oyes? Largo.

El niño se escabulle temeroso, con todo el aspecto de uno de esos perros del campamento. Si tiene ocasión, decide Kaleb, hablará con él por la mañana. Lo calmará si puede. Duda de que Craso vaya a echarle los dedos a los perros. Sería un desperdicio y Craso jamás desperdicia nada. Pero sí hará que asignen al muchacho algún trabajo que sea peor que perder los dedos.

—Amo, ¿me permites?

Craso, que había empezado a atarse el cinto, exhala exasperado y tiende la cinta de paño rojo. Kaleb rodea con ella el cuero moldeado del peto de su amo. Sus dedos son ágiles y hacen un perfecto nudo para que el cinto no se deslice. Luego mete cada extremo a un lado del nudo y deja que los lazos cuelguen con la misma longitud.

—Ahí tienes. La prueba de que es una labor sencilla. —Craso le da una palmadita en la espalda, sin darse cuenta de que su alabanza es a la vez un insulto—. Y ahora mi capa.

Kaleb coge el pesado broche que mantendrá en su sitio la capa bordada. Lo sostiene entre los dientes y alza la prenda de la silla en que estaba. Tarda un momento en agarrarla bien. A continuación, la coloca sobre los hombros de su amo. Craso agacha la cabeza para facilitarle la tarea. Kaleb ata la capa y luego tira de los pliegues hasta darle un aspecto apropiadamente suntuoso.

—Es curioso cómo nos maneja el destino, ¿eh? —observa Craso—. Al principio de esta rebelión no quería saber nada. Y ahora estoy en el centro de ella, por mi propia mano. Lo que vaya a pasar en los próximos meses es importante, Kaleb, tanto como el modo en que yo inicie mi andadura. Por eso no tuve más remedio que hacer ejecutar a ese soldado. A mis órdenes no hay lugar para risas.

Era cierto. El soldado en cuestión había sido un auténtico insensato. Una de las órdenes que dio Craso a su llegada era que los hombres debían llevar la espada en todo momento, incluso cuando cavaran trincheras o preparasen cada noche el campamento. Era una orden estándar, que regía incluso antes de que Craso evaluara la necesidad de reinstaurarla. Un soldado, para la inicial diversión de sus compañeros, fue a cavar llevando el cinto de la espada, pero nada más. Con el culo al aire bromeó, con el culo al aire murió. Los hombres, dijo Craso, tenían que saber que su sentido del humor no era una de las cosas por las que era famoso.

—¿Entiendes por qué voy a hacer esto hoy? Con los temblores, digo.

Kaleb se quita el broche de entre los dientes y contesta:

—Sí, amo.

—¿Solo eso? ¿«Sí, amo»? ¿Qué opinas de ellos?

—Lo que yo opine no importa.

—Importa desde el momento que te lo pregunto. En cuanto hayas contestado, ya no importará. Pero ahora te lo estoy preguntando, así que contesta.

Kaleb, consciente de la cercanía del cuello de Craso y de la arteria que en él palpita, clava el alfiler del broche en la capa, con cuidado de atravesar ambos lados. Sus dedos, largos y oscuros, rozan la piel más clara de Craso. No se para a considerar lo que piensa, sencillamente dice lo que su amo quiere oír:

—En la legión no hay lugar para cobardes.

Craso gruñe.

—Un hombre capaz de soltar las armas y salir corriendo —añade el esclavo— no es un soldado. Debería hacerse de él un soldado si es posible. Pero también debería hacerse de él un ejemplo, para que otros no sucumban a la misma enfermedad.

—Lo cual es mi intención.

—Sí, amo. Tienes toda la razón. Cuando se necesita el modelo adecuado, hay que mirar atrás, como tú estás haciendo.

Cierra el broche y retrocede un paso. Sale de la luz de la lámpara para ver mejor.

—¿Estoy bien? —pregunta Craso.

Kaleb demuestra que lo está mirando bien de arriba abajo, desde sus sandalias militares hasta los pliegues de su falda, el ornamentado cuero de su peto moldeado como una musculatura mucho más exagerada que la que se oculta detrás, el cinto de su rango, la larga túnica roja, bordada con hilo de oro. Y sobre todo ello, el rostro de Craso de atrevidas facciones, todas compitiendo unas con otras.

Incongruentemente, el rostro del senador le hace acordarse de Umma. Antes de que los dos se marcharan al sur hacia Picentia, Kaleb y Umma pasaron una noche juntos. Una noche maravillosa, y no solo por el lecho que compartieron, sino todavía más por el precioso momento de ligereza entre los dos después de haber intimado. Todo fue motivado por las noticias que él acababa de contarle, y que la pusieron de buen humor para burlarse de su amo. Comentó que parecía una rana que se hubiera tragado un escorpión y acabara de caer en su gran error. Lo había imitado, y resultó cómico sobre todo porque sus hermosos rasgos no se parecían en nada a los del senador. Por mucho que hinchara las mejillas e hiciera muecas y enarcara una ceja y luego la otra, seguía siendo perfecta. Era suya, y Kaleb solo tenía que solventar aquel problema con los gladiadores antes de volver con ella. Oye sus palabras, pronunciadas tan cerca de su oreja, cuando ella exhalaba desde su alma directamente en la de él. «Quiero que estés siempre conmigo —le dijo—. Solo tú».

Kaleb no deja que asome el amor que ha recordado, ni su impaciencia por volver a verla. Solo dice:

—Sí, amo, los hombres te verán como un modelo al que aspirar.

—Pues sí, harían bien. —Craso se da la vuelta para marcharse—. Vamos. Acabemos con esto.

Un mes antes, cuando llegaron las noticias, Kaleb estaba donde solía estar por la tarde, ante una pequeña mesa junto al enorme escritorio de Craso. Se sentaba en un taburete desnudo. Los esclavos de Craso no merecían cojines; estos se gastaban, necesitaban sustituirse, eran un gasto y, a pesar de la ostentosa grandeza de la villa, Craso gastaba solo en lujos que pudieran verse, que demostraran su riqueza ante los ojos de los nobles a quienes quería impresionar. Los esclavos no pertenecían a esa categoría, de manera que Kaleb tenía que ajustar su posición con frecuencia, buscando comodidad.

Estaba inclinado sobre los cálculos que Craso había pedido esa mañana. A partir de unos planos de arquitectura, tenía que determinar el número de habitaciones familiares que habría en uno de los nuevos bloques de Craso. Luego miraría los actuales precios del alquiler, calcularía los probables recibos de alquiler comparados con los costes de mantenimiento y después estimaría en cuánto tiempo se amortizarían los costes iniciales de diseño y construcción. Finalmente, tenía que contabilizar los beneficios. Con Craso siempre había que contabilizar beneficios. El senador ya tenía a todo un equipo dedicado a esa tarea, pero le gustaba contrastar los números que calculaban con los resultados de Kaleb. Este había detectado varias veces errores, intencionados o no, en el trabajo de otros hombres.

Aunque trabajaba en operaciones complicadas, Umma jamás se alejaba de sus pensamientos. Estaba imaginando en qué habitación de la casa se encontraría ahora —ocupada en qué tarea, con quién alrededor—, cuando llegó el senador. Entró en la sala con una expresión aturdida y de pronto se detuvo, como si no supiera dónde estaba ni por qué. Llevaba un pergamino.

—¿Amo? —preguntó Kaleb—. ¿Sucede algo?

Craso no lo miró. Fue a su escritorio, puso encima el papiro y lo leyó.

—¿Que si pasa algo? Pasan muchísimas cosas.

—¿Puedo serte útil?

Igual que con la primera pregunta, Craso contestó, pero parecía estar hablando consigo mismo, no con su esclavo.

—En tiempos difíciles todos debemos ser útiles. Cada uno a nuestra manera. En tiempos difíciles siempre hay oportunidades. Recuérdalo, Craso. Siempre. Que no se te olvide.

Kaleb se levantó, haciendo que el taburete chirriara contra el suelo.

—¿Cómo puedo ayudar, amo?

El movimiento y el ruido llamaron la atención de Craso, que pareció sorprenderse de la presencia de Kaleb, pero solo por un instante. Borró su expresión y volvió a ser el habitual Craso de abruptas facciones.

—No, no es a ti a quien necesito. —Pensó un momento—. Tengo que vestirme.

Debo ir al Senado. Déjame, Kaleb.

Eso ordenó, pero antes de que el etíope pudiera recoger los documentos en que había estado trabajando, el propio Craso salió de la sala, llamando a sus criados para que lo vistieran. Kaleb se quedó inmóvil. Le habían ordenado dejar a la persona, no la sala. Y esa persona ya no estaba allí. Volvió a sentarse para proseguir con los números, pero de inmediato fue consciente de una presencia en la habitación. El pergamino. Se movía con la brisa, se doblaba ligeramente por los bordes. Estaba escrito, y aquellas palabras habían aturcido a un hombre que se suponía inmune al aturdimiento.

Kaleb siguió sentado un rato, contemplando la cercanía de aquella carta. Por fin, se levantó y rodeó el escritorio del senador. En la parte superior del papiro, escrito con mayúsculas, se leía: «A la atención de Marco Licinio Craso exclusivamente». Kaleb no pudo evitar el pensamiento de que aquella advertencia se dirigía precisamente a él. Había leído mucha correspondencia de su amo, pero jamás había ignorado una advertencia tan clara. Echó un vistazo a la puerta abierta. Fuera se percibía mucho movimiento en respuesta a los gritos de Craso. En cualquier momento podía aparecer alguien. ¿Cuántos sabrían qué correspondencia podía o no podía ser leída? No muchos. Craso sí, pero Kaleb oía su voz, y venía de lejos. «Si vas a leerlo —pensó—, hazlo ya, y deprisa. No lo dudes más».

Hermano, ¿te has enterado de mi vergüenza? Si no, esta carta te llegará con la horrible noticia a su estela. Derrota. Dos veces. Una hora oscura, y yo he tenido un espantoso papel en ella. Debes saber que esto es verdad. El ejército que yo comandaba ha sido destruido. Masacrado, Craso, por una horrible estratagema que todavía no comprendo. Todos asesinados por los bárbaros. El hecho de que yo haya sobrevivido no es sino la obra de un dios maligno. Ese día no estaba yo con el ejército, habiéndome detenido para advertir a Numerius Antia de mi victoria sobre la horda bajo el liderazgo del galo Crixi. Desperté rodeado de lujos en la villa de Numerius mientras mis hombres eran asesinados. ¿Está mi vida arruinada, Craso? He tenido pensamientos contra mi vida. No soy más que una máscara de la muerte.

Kaleb volvió a leer las dos últimas frases. Echó un vistazo a la firma: «Gelio». ¡Era una carta del cónsul Lucius Gelio! Siguió leyendo:

Pero decía que ha sido una doble tragedia. Aquí está el resto. El ejército rebelde, disfrazado como mi legión, ataviado con armaduras romanas y bajo el estandarte de la legión, convergió sobre las fuerzas de Clodiano y, mediante engaños, atacó antes de que los hombres conocieran el peligro. Una vil traición. Estamos derrotados. Temo por Roma. Temo por...

Kaleb dio un brinco al oír la voz estruendosa de Craso. Corrió hasta su taburete e inclinó la cabeza sobre los números justo antes de que irrumpiera el senador. Un esclavo llamado Caeso correteaba a su lado, afanándose en arreglar los pliegues de la toga de su amo. Los agitados movimientos de Craso no se lo ponían fácil. Estuvo en la habitación el tiempo suficiente para coger bruscamente la carta. Se apartó entonces de Caeso.

—¡Ya basta, maldita sea! —exclamó. Todavía desaliñado, salió al pasillo sujetándose el bajo de la toga para andar más deprisa. Ni siquiera había mirado un instante a Kaleb.

Caeso salió ceñudo tras él, mascullando algo entre dientes. Kaleb lo oyó con claridad, pero era una lengua incomprensible. Caeso era un hombre brusco de orígenes galos, apenas se dirigía nunca a Kaleb. Pero esta vez se detuvo ante él, su ceño se desvaneció y su voz sonó afable:

—¿Tú sabes lo que está pasando?

Kaleb negó con la cabeza. Nada bueno podía salir de revelar que había leído la carta. A Umma se lo diría, pero a nadie más.

Caeso insistió:

—Está agitado. ¿Es por los gladiadores? Mascullaba algo, pero no tenía sentido. —Como Kaleb se limitó a volver a negar con la cabeza, la expresión amistosa de Caeso se esfumó—. Muy bien. Guárdate el secreto. Y alégrate de que el amo no te mirase a la cara, porque llevas la verdad escrita en ella, etíope. —Y se marchó.

«Sí —pensó Kaleb—, pero ¿cuántas veces ven los amos la verdad escrita en el rostro de los esclavos?».

De nuevo a solas, reflexionó sobre lo que había leído. Gelio derrotado, seguramente caído en desgracia, considerando quitarse la vida. A eso se refería, ¿no? «He tenido pensamientos contra mi vida». ¿A qué otra cosa se podía referir? «Ojalá fuera así —pensó Kaleb—. Muere y deja a Umma al hombre que la ama».

No era la primera vez que deseaba que el cónsul muriese en el campo de batalla. De hecho había rezado por ello. Le compró una pequeña talla de madera a una egipcia que aseguraba vender poderosas maldiciones. Ella le pidió un precio muy alto, pues intuyó que la maldición implicaba a un esclavo queriendo hacer daño a un ciudadano. La talla era un chacal negro con las fauces abiertas. Kaleb preguntó el nombre del dios, pero la mujer no quiso decírselo. Él no necesitaba saberlo, replicó. Lo único que tenía que hacer era cortarse la muñeca y mojar la talla con sangre, mucha sangre, y luego dejar que se secase. Y después quemarla en un fuego, repitiendo sin parar el nombre de quien recibiría la maldición. Por último debía recoger las cenizas y echarlas a la puerta del maldito. Eso resultó ser bastante fácil, puesto que Craso le dio la ocasión mandándole llevar una carta a Gelio.

Y Clodiano también había sido derrotado. Menudo giro de los acontecimientos. Los dos habían ocupado sus cargos con una oleada de optimismo. Iban a poner fin a la rebelión, todo el mundo lo sabía. Craso, aun siendo amigo de Gelio, se puso

furioso ante su ascenso al consulado. A pesar de la calculada diligencia con que se dedicaba a aumentar su riqueza, y a pesar del arrogante orgullo que le producía el poder que esa riqueza le otorgaba, Craso ansiaba ostentar un verdadero poder político: la posición de cónsul, la total aceptación y respeto de sus iguales que ese puesto representaba. En su mente debería haber sido elegido cónsul años antes. A veces, cuando era tarde y estaba de humor, se quejaba de que eso mismo que le confería poder, su riqueza, le negaba el consulado, por causa de la envidia de hombres de menor valía. Así era como explicaba que Gelio hubiera obtenido ese ascenso antes que él.

El hecho de que aquellos gladiadores ofrecieran a Gelio una victoria militar segura también le irritaba. Los senadores habían desdeñado el mando de las tropas cuando comenzó la revuelta. Pero eso fue antes de que pasaran los meses, antes de toda una serie de derrotas. Antes de que crecieran las filas del ejército rebelde y las alteraciones en el comercio comenzaran a notarse. Ahora era un mando de cierta valía, un modo de trepar todavía más arriba a través del éxito militar.

—O tal vez no —susurró Kaleb.

Dos derrotas. Los gladiadores habían vencido de nuevo. La idea le provocaba algo parecido al miedo. «Temo por Roma», había escrito Gelio. Y por instinto, Kaleb también temía. Aquella era su casa, su vida. El orden con que funcionaba el mundo comenzaba y terminaba con el destino de Roma. Hasta entonces había considerado la revuelta de los esclavos con la falta de interés que Craso habría esperado de él. Y... «He tenido pensamientos contra mi vida». De pronto parecía que los gladiadores cobraban importancia. Jamás podrían vencer, eso era todavía inimaginable, pero antes de su derrota final podrían cambiar sus circunstancias para mejor.

Pensó, como siempre, en Umma. Aquellos gladiadores podían cambiar las circunstancias de sus vidas. Las de ambos.

Resultó curioso, pues, que en el mismo momento en que a Craso empezó a importarle la fortuna de los gladiadores, comenzara a trabajar contra ellos. Siempre tan práctico, no se quedó aturdido mucho tiempo, solo mientras compartía la gravedad del momento con sus colegas senadores. Junto con esos hombres venerables, se lamentó de las penurias de los soldados romanos muertos justo allí, en Italia, en tierras que eran suyas y deberían haber sido seguras y pacíficas, un remanso de paz para todos los ciudadanos. Con los senadores, recibió la estimación de las muertes. En esa cámara, su voz expuso la seriedad de la situación. Espartaco, que antes había sido considerado un triste incordio, se había convertido en un poderoso enemigo de la república. No podían escatimarse esfuerzos en la lucha por derrotarlo. Ningún coste era demasiado alto, aseguró. Todo sacrificio valía la pena.

Discutió de todo esto con sus aliados. Algunos eran favorables a él; muchos fingían alinearse en contra. Kaleb siempre asistía a esas reuniones, tomando notas con su estilo, siguiendo mentalmente todo lo que oía. Al oír a la élite conspirar en privado, no tardó en darse cuenta de que, tras su sorpresa inicial, la alarma que

expresaban no era en realidad auténtica. Parecían achacar la culpa a los fallos de Gelio y Clodiano, más que al propio Espartaco. Veían la situación como una tragedia que denunciar y una oportunidad que aprovechar, siendo esto último lo que de verdad importaba.

Kaleb oyó exponer todo el plan antes de que se llevara a cabo. El Senado llamaría al reclutamiento de nuevas legiones y a la vez se opondría a los gastos que eso implicaba. Uno de ellos sugeriría llamar de vuelta a todas las tropas del este. ¿Por qué preocuparse por Mitrídates cuando tenían el enemigo justo en casa? Otro propondría llamar a Gneo Pompeyo de su guerra contra Quinto Sertorio en Iberia. O reclutar legiones en las provincias. Ante cada propuesta, uno de ellos se alzaría, si no lo hacía alguien antes, para argumentar en contra. Las legiones que luchaban en el extranjero estaban demasiado ocupadas con sus duras campañas, objetarían. Y si eran los hombres en Italia los que corrían peligro, ¿no debían ser ellos mismos los que se alzarán contra ese peligro? Allí en casa tenían hombres suficientes. Lo cual los llevaría, de manera inevitable, de vuelta al inicial punto polémico: los costes.

La solución estaba clara, pero tenía que plantearse de manera que no provocara sospechas de ambiciones personales. Así pues, Craso dejaría que otros hicieran circular la opinión de que los más ricos de entre ellos deberían hacer frente al grueso de los costes. ¿Por qué no? El pueblo ya pagaba suficientes impuestos. Habían pagado por los fracasos hasta ahora. Habían proporcionado los fondos para los grandes ejércitos en el extranjero. ¿No deberían los ricos, que eran los que más tenían que perder y cuyas villas eran las que sufrían los pillajes, dar un paso y ofrecerse por el bien de todas las fortunas con que los dioses los habían bendecido? ¿Y quién mejor que Craso, muchísimo más rico que cualquiera de sus iguales, para soportar la mayor carga?

Desde el principio había sido esa la intención de Craso. Se aseguró de dar a entender que recibía mucha presión, que solo de mala gana admitía la responsabilidad que descansaba sobre sus hombros, como si hasta su afamada avaricia pudiera rendirse ante la llamada del deber y la salvación de Roma.

Kaleb no fue testigo de esta mascarada en el Senado. No se enteró del resultado hasta tarde la noche en que el Senado votó por emprender la acción, cuando el senador lo llamó al templo familiar de la diosa Juno. El edificio se alzaba en una parte más baja de los terrenos, en el extremo más alejado del jardín, más allá de los estanques de baño privados y cerca de la puerta de entrada del sur.

Mientras bajaba hacia allí por las escaleras de piedra, Kaleb temía que su amo lo estuviera llamando para desahogarse de su ira ante su fracaso. Llamó a la puerta, recibió permiso para entrar y abrió. Encontró a Craso a solas bajo la cálida y tenue luz de las velas. El aire en la pequeña cámara circular estaba cargado de incienso quemado en honor de la diosa. En torno al altar, unos finos jirones de humo se alzaban hacia el techo. Kaleb no miró la estatua de la diosa, con lo cual todavía le dio más la sensación de que ella lo observaba con sus ojos de piedra.

—Amo, me has mandado llamar.

—Tertulla dijo que esta noche no pegaría ojo si no venía a adorar a la diosa —replicó Craso—. Así que aquí estoy. Y seguramente ella estará dormida. En fin, ya he hecho mi adoración. Ven a sentarte conmigo.

¿Sentarse con él?

—Amo, no lo sabía... Un momento, por favor. Cogeré mis útiles de escribir y...

—No, no. No tienes ningún trabajo que hacer. Solo siéntate. Aquí. Mira.

Kaleb alzó la cabeza. Craso estaba sentado en uno de los bancos de piedra tallados en la pared del templo. Su vestimenta era informal: ropa de noche en lugar de la toga que había llevado al Senado. Una de sus piernas desnudas se cruzaba sobre la otra, en una postura más adecuada para una casa de baños que para un templo. Junto a él, una jarra seguramente de vino y unas copas. De oro, a juzgar por su brillo metálico, ceremoniales tal vez, aunque Craso sostenía una con un gesto laxo que parecía más relajado que reverente.

—¿No me has oído? Te he dicho que te sientes. Aquí. —Indicó un cuadrado de piedra que sobresalía de la pared cerca de él. No era estrictamente un asiento, pero podía servir como tal.

Kaleb obedeció, inquieto a pesar de los relajados modales de Craso. ¿Qué hacía allí? Craso jamás le había pedido favores sexuales, y nunca había mostrado tanta familiaridad. Kaleb sabía que, por mucho que despreciaran su posición de esclavo, tanto hombres como mujeres encontraban atractivo su cuerpo esbelto, el tono oscuro de su piel y las finas líneas de sus facciones. Esperaba que no se tratara de eso.

—¿Sabes lo que ha sucedido hoy? —comenzó Craso—. Es mío, Kaleb. El mando que quería. Me han hecho el juego exactamente como yo pretendía. Mi dinero, eso es lo que querían. ¿Y qué? Yo tengo dinero y ellos no. ¿Que me llaman avaro? —Lanzó una risotada—. Deberías haber visto sus caras de alivio cuando accedí a financiar las nuevas legiones. Patético, verdaderamente. Te voy a contar lo que ha pasado. A Gelio y Clodiano les han quitado sus mandos. Siguen siendo cónsules, pero ya no comandantes. A mí me han dado un mando único, especial. ¿Me estás oyendo? La guerra contra Espartaco es mía. Soy su propietario. Las recompensas del éxito serán solo mías. El fracaso también será solo mío, pero eso no me preocupa. En fin, tú mismo lo verás. Te vienes conmigo.

—¿Amo? —se le escapó a Kaleb.

Craso bebió de la copa.

—Desde luego que te vienes. Necesito tu estilo, tus talentos. Tengo que escribir muchas cartas. Kaleb, te vas a la guerra. A una guerra contra esclavos, lo admito. No es una guerra auténtica, ni noble. Pero es lo que hay.

—Es un honor, amo —repuso Kaleb. Aunque le daba vueltas la cabeza. ¿Ir a la guerra? ¿Dejar allí a Umma?

—Tú sabes, por supuesto, que no deseo nada malo a ningún ciudadano romano.

—Sí, amo. —Kaleb sabía que en el fondo aquello era mentira. Tan en el fondo, no

obstante, que en el momento en que lo dijo Craso probablemente se lo creía él mismo.

—Las vidas perdidas, el daño a las reputaciones de los cónsules... Es una desgracia, sí. Pero yo no soy quién para cuestionar a los dioses. Y ellos han creído oportuno darme la ocasión que tanto deseaba. Kaleb, estoy preparado para esto.

—Lo sé, amo.

—De hecho, estoy de bastante buen humor. Kaleb, deja de mirarme así. Toma. — El senador llenó otra copa de vino y se la tendió a su esclavo, sonriendo de oreja a oreja como si fuera un gesto de lo más divertido.

Kaleb cogió la copa pero no se atrevió a beber.

Craso sí bebió y se enjugó los labios con el pulgar.

—Sí, de muy buen humor. Y tú, Kaleb, estarás a mi lado mientras se desarrolla mi fortuna. Te gustará, ¿verdad?

—Sí, amo.

—¿Sabes por qué me alegra enfrentarme a esos salvajes que andan arrasando Italia? Porque ese gladiador tracio no sabe lo que se le viene encima. A lo mejor piensa que sí. Pero no entiende quiénes somos en realidad los romanos.

Volvió a beber, y esta vez Kaleb también lo hizo. El vino era magnífico, del más oscuro de los rojos, sin suavizar con agua, dulce y a la vez tan potente como si fuera tierra líquida.

—No tendrá ni idea de que voy a formar seis nuevas legiones. Seis. Añadiré eso a las cuatro maltrechas legiones que ya tenemos. Total: diez legiones. Tendré bajo mi mando cuarenta y cinco mil soldados romanos. Más todos los hombres reclutados en los campos y las ciudades aquí mismo en Italia. Con mis legiones, sumadas a las que ya están desplegadas, Roma contará con cuarenta y cinco legiones por todo el imperio. Cuarenta y cinco, Kaleb. Eso significa, más o menos, casi un cuarto de millón de soldados, e incluso más hombres trabajando para sostenerlos. Ese tracio será un salvaje muy listo, pero no tiene ni idea de las fuerzas a que se enfrenta.

—Sí, amo. —Kaleb bebió otro sorbo de vino. No hacía falta mencionar que Espartaco en realidad no se enfrentaba a esas fuerzas de pleno. Cada uno de esos ejércitos estaba atrapado allí donde estaba, no podía marcharse sin perder todo aquello por lo que había luchado. Craso, incluso borracho, tenía que saberlo. De manera que Kaleb se limitó a mostrarse de acuerdo—. Estoy seguro.

Craso siguió hablando, detallando las tácticas que tenía en mente, comentando los errores cometidos por los generales que lo precedieron. Muchos errores, ninguno de los cuales debía repetirse.

—No dudo de que ese Espartaco tendrá nuevos engaños planeados —admitió—. Ojalá supiera cómo logró vencer a las fuerzas de Gelio. Ojalá me lo pudiera contar el mismo Gelio. Sería alguna emboscada, sin duda. Y luego la estratagema de disfrazar a sus hombres de soldados romanos y marchar contra Clodiano... —Frunció el ceño, como si le costara imaginarlo—. Clodiano debería haberse dado cuenta. Incluso de

lejos, bajo los estandartes, esa chusma no pudo haber marchado con el orden romano. Es imposible. Clodiano sostiene que el mensajero que fue enviado ante la legión era romano, un soldado. Y que el despacho llevaba el sello de Gelio. Todo muy oficial. Todo parecía en perfecto orden. Y gracias a eso, en lugar de mirar a su espalda a la legión supuestamente amiga que se acercaba para apoyarlo, miraba hacia delante a la chusma de bárbaros que tan atrevida y estúpidamente marchaban hacia su muerte. Eso pensó él. Y así quedó atrapado entre dos ejércitos. —Para demostrarlo, más ante sí mismo que ante su esclavo, Craso formó una pinza con las manos y las acercó hasta estrellar una con otra—. Muy ingenioso, en cierto modo. Pero Espartaco solo vence mediante estratagemas. Ha cogido el manual de Aníbal y quiere poner en práctica otra vez sus estrategias. Terminará del mismo modo.

—Excepto que tú no tienes la opción de atacar al tracio para atraerlo a casa, como hizo Escipión con Cartago. —¿Por qué decía eso? En el momento en que salieron las palabras de sus labios, se arrepintió de ellas. ¿Acaso el vino le había soltado la lengua?

Craso lo miró de reojo. Por un momento apareció un atisbo de irritación en su rostro, como si acabara de darse cuenta de que Kaleb estaba bebiendo con él y lo desaprobaba. Pero una sonrisa irónica desvaneció esa expresión. Bebió de nuevo y, con aire generoso, declaró:

—Si yo prospero, prospera todo el que se relaciona conmigo. Sírveme bien durante la campaña, Kaleb, y tú también serás recompensado.

—Servirte es suficiente recompensa, amo. No tengo necesidad de más. —Lo dijo porque era lo que había que decir. ¿Y no era además cierto? Su vida podía haber sido mucho más horrible. ¿Acaso no era un privilegiado? ¿No había subido en la vida? Acarició la esperanza de que la recompensa en cuestión fuera su libertad. Algunos la lograban así. ¿Por qué no él? ¿Por qué no un leal criado que estaba junto a su amo cuando este triunfaba y se elevaba en estatura? Pensando esto, Kaleb olvidó los pensamientos que había albergado hacia los gladiadores al enterarse de las derrotas de Gelio y Clodiano. Ahora le beneficiaría mucho más que Craso acabara con ellos lo antes posible.

—Me alegra oírlo —dijo su amo—, pero de todas formas te recompensaré como te mereces. Puedes irte ya. Y dile al hombre de la puerta que venga. Creo que debería contar con un brazo firme que me acompañe a la cama.

Kaleb le dio las gracias, dejó torpemente la copa junto a las demás y se alejó unos pasos. Iba a marcharse, pero el inusual ambiente distendido entre ellos lo impulsó a detenerse.

—Amo, hay otra cosa...

Craso lanzó un gruñido.

—Es que... tengo sentimientos... o sea, le tengo aprecio a Umma.

Craso lo miró entornando los ojos.

—¿Umma? ¿La esclava? ¿Cómo que le tienes aprecio?

Aunque estaba inmóvil, el corazón de Kaleb martilleaba como si estuviera corriendo.

—No quisiera que dejara la casa mientras... mientras estamos fuera. Espero que no sea vendida.

—Ah, ya veo. ¿Debo entender que tú, Kaleb, mi esclavo, me estás diciendo cómo debo manejar a mis otros esclavos? ¿Hay otros que quieres que venda, o que no venda? ¿Deseas instruirme sobre a quién puedo vender y a qué precio?

—No, amo, por supuesto que no. Es solo... a Umma a quien aprecio.

—¿Es eso cierto? ¿Solo a Umma?

—Sí, amo.

Kaleb mantenía la vista fija en el pecho de su amo, para no mirarlo a la cara. A pesar de sus ojos entornados y la severidad del mohín de sus labios, la expresión de Craso era ilegible. Siempre se tornaba ilegible cuando él quería. Kaleb sabía por experiencia que no se podía juzgar lo que había en su mente por la expresión de su rostro. Muy a menudo había visto caer a alguien mientras Craso sonreía afablemente. Y con la misma frecuencia había oído benevolentes declaraciones pronunciadas con una expresión tan amarga que solo podían haber augurado el desastre. Aguardó, pues era lo único que podía hacer, procurando ocultar sus pensamientos como su amo ocultaba los suyos.

Le llevó un rato, pero Craso finalmente contestó:

—Muy bien. De todas maneras a mí me da igual. Ahora vete y dile al hombre que venga.

Esa fue la noche que, alentado por el vino, Kaleb acudió a Umma. La despertó y le puso el dedo en los labios. Esa fue la noche que yacieron juntos sobre un jergón entre los suministros de limpieza. Hicieron el amor y él le contó lo que Craso había dicho y le habló de la recompensa prometida. Fue la noche que, entre risas, ella intentó imitar a Craso, la rana que se había tragado un escorpión. Fue la noche en que ella dijo: «Quiero que estés siempre conmigo. Solo tú».

No podía haber dicho nada más conmovedor. Él deseaba lo mismo. Era lo único que deseaba en el mundo.

Aunque oía los dispares ruidos del nutrido ejército mientras hablaban en la tienda, salir al exterior le resulta tan impactante como siempre desde que Kaleb llegara por primera vez junto a las tropas. Los ruidos amortiguados de pronto se hacen muy nítidos. Incontables hombres y caballos, entrechocar de objetos, tintineo de armaduras, crujidos del cuero, una cacofonía de voces que murmuran, otras que braman órdenes, cuernos anunciando esto o lo otro. Es un caos sonoro al que duda que pueda acostumbrarse. Y el hedor. A pesar de que las letrinas se disponen lejos de la tienda del comandante, tal multitud de hombres y animales no puede sino apestar. Son una ciudad sin calles pavimentadas, sin edificios de piedra ni los accesorios del lujo urbano. Solo hay hombres, animales, armas y la conciencia del propósito que los ha reunido allí.

Lo que más le impresiona es el impacto visual del ejército. Le da miedo, aunque no sabe por qué. Al fin y al cabo, forma parte de él, está a su servicio. Allí, en el centro del campamento, no alcanza a ver muy lejos, pero el tamaño de la muchedumbre se refleja en el cielo. El azul de la mañana está marcado por numerosos hilos de humo que se elevan a las alturas para fundirse en un solo cuerpo, como si el dios Júpiter tratara de atrapar el humo en su enorme puño.

Cuando sube a la plataforma de madera, Kaleb se cuida de no fijarse en la panorámica que le ofrece. Coloca su mesita, amontona las tablillas de cera en que tomará notas y dispone varios estilos al alcance de la mano. Está bastante cerca para oír todas y cada una de las palabras de su amo, pero se cree invisible, pequeño detrás del comandante y los oficiales junto a él. Solo cuando ha dispuesto todo lo que necesitará para su trabajo, se endereza, alza la cabeza y mira en torno.

¿Qué es lo que más le impresiona? La extraordinaria masa de soldados, para empezar. Cuarenta mil hombres armados y con armadura. Y miles más ocupando diversos puestos de apoyo. Se desvanecen a lo lejos, extendiéndose por encima del campo de entrenamiento en el extremo del campamento fortificado. Los han dispuesto en ordenados y limpios rectángulos geométricos, divididos por cohortes y centurias y distintas unidades que Kaleb no entiende del todo. Es la complejidad de ese orden, el hecho de que tantos estén dispuestos de manera tan precisa, lo que convierte a la masa de individuos en una máquina con un objetivo.

Una máquina imparable, piensa Kaleb. La prueba de que Roma es Roma y siempre lo será. La dueña de Italia, del Mediterráneo. Con el tiempo, dueña del mundo entero, como Craso suele prometer.

El ejército tarda algún tiempo en colocarse, pero una vez están todos en posición, los cuernos suenan pidiendo silencio. Al cabo de unos momentos, los soldados callan. Eso también parece sobrenatural: tantos hombres en silencio.

Craso se va a dirigir a ellos. Todos lo saben, aunque ignoran lo que va a decir. No saben por qué se ha dejado un espacio cuadrado vacío en el centro del campamento. Pronto lo sabrán, pero primero los auspicios. Ninguna empresa como aquella puede dar comienzo sin verificar que los dioses están a su favor. Así pues, en el espacio delante de la plataforma, el guardián de las gallinas de los auspicios abre las jaulas y ofrece la libertad a las aves.

Craso mira por encima del hombro.

—Kaleb, anota que los auspicios se realizan de acuerdo con todas las prescripciones de rigor. Escribe el resultado con claridad. Debería ser bueno. Me han dicho que estas aves tienen la misma hambre que nosotros. Más les vale.

El augur es un hombre adusto de nariz aguileña. Su túnica negra de sacerdote es voluminosa. Lleva casi toda la tela recogida sobre un brazo, con el pecho y los hombros desnudos. Lleva un *lituus*, el bastón ritual augural, como un báculo de bronce, con una espiral en el extremo. Lo levanta para pedir de nuevo silencio. Todos obedecen, aunque la mayor parte de las tropas no están viendo lo que pasa. Solo lo

ven quienes están en la plataforma y los oficiales que se apiñan hombro con hombro en torno al círculo del augurio.

Ya en silencio, el augur coge varios pastelillos de una bandeja y los alza a la vista de Craso. Dice algo dirigido solo a los pasteles y los arroja hacia las gallinas. Varias han salido ya de las jaulas y miran nerviosas alrededor. Retroceden de un brinco y agitan las alas en una especie de danza en el aire. Aterrizan enseguida, meneando bruscamente la cabeza a un lado y otro. Ven los pastelillos en el suelo, primero con un ojo, luego con el otro.

El círculo de oficiales parece nervioso. Muchos agachan la cabeza o apartan la vista. Se mantienen inmóviles, para no asustar a los animales. ¿Creen que en este momento Júpiter los está observando y expresará su voluntad a través de los actos de esas gallinas? Sí, Kaleb sabe que es así. Son romanos. Pero por más que crean, parece que intentan hacerse invisibles a las aves. Es una postura extraña para oficiales romanos.

Es una de las gallinas todavía enjauladas la que actúa primero. Sale volando por la puerta abierta y aterriza a la carrera. Y entonces las otras la imitan. Todas convergen sobre los pasteles. Seis gallinas en un súbito y voraz frenesí.

Algo en ese tumulto emociona al augur. Se agacha entre las aves y señala:

—¡Ahí! Júpiter ha hablado. Un pastel ha caído de un pico al suelo. Esta lo cogió ansiosamente y aun así cayó de nuevo. —El hombre se incorpora. Se arregla los pliegues de la túnica que le cuelgan del brazo y recobra su dignidad—. Es innegable. El gran Júpiter bendice nuestra misión y lo que se hará hoy aquí.

Kaleb se guarda una sonrisa irónica.

Terminado su trabajo, el augur se marcha. Patea entre las gallinas mientras el guardián empieza a recogerlas. Es cosa de Craso comunicar el resultado. Lo hace solemnemente, pero con un entusiasmo que Kaleb reconoce como alivio.

—¡Júpiter está satisfecho! —anuncia a todo el ejército—. El mensaje es claro. Lo que hagamos hoy aquí, y esta guerra que libramos, cuentan con el favor de los dioses. Y así será escrito.

Esto último le recuerda a Kaleb su tarea. Escribe frases escuetas que ya completará más tarde.

La legión recibe la noticia con un rugido colectivo, un sonido que recorre todo el campamento, resonando en varios puntos a medida que el veredicto llega hasta los que están más lejos. Ahora hay que cumplir varios rituales. Craso acepta formalmente el mando del ejército. Los generales le declaran su lealtad. Luego los cuernos resuenan para pedir a cada cohorte de legionarios que hagan lo mismo. Esto se prolonga durante un tiempo, y a Kaleb poco le interesa. No es más que un prelude a algo que todos los presentes recordarán el resto de sus vidas. Todavía no lo saben, y Craso tarda en llegar a ello. Habla primero de la tarea que les aguarda, de la amenaza del levantamiento y el deshonoroso enemigo al que se enfrentan. Admite que hay poco honor en derrotar a tal enemigo, pero sostiene que es un gran honor defender Roma

con valor, en cuerpo y alma. Y eso, declara, es lo que hará este ejército bajo su liderazgo. Les pregunta si recuerdan a Sila. Comenta que no hay que jactarse de los logros pasados, pero que pueden servir como trampolín para conseguir futuros éxitos. Unos años atrás, Sila le había escogido para tomar el mando del ala derecha en la batalla de la Puerta Colina contra los marios y sus aliados samnitas. Fue un momento difícil para Roma, con el enemigo a sus puertas, pero, dice Craso, él y sus tropas se mantuvieron firmes y salvaguardaron Roma.

A salvo, piensa Kaleb, pero en manos de un dictador asesino, que es lo que fue Sila. No escribe eso, por supuesto. Solo anota lo que su amo quiere que se anote, esquemáticos detalles a los que ya dará grandilocuencia más tarde. Tampoco escribe los frecuentes comentarios que se le ocurren. Por más que pase los días juntando palabras, nunca son sus palabras. Es mejor así, está seguro. Si tuviera libertad de escribir sus propias palabras, estas serían: «Quiero que estés siempre conmigo. Solo tú». Buenas palabras para recordar, ha decidido, pero no para escribir. Las oye de vez en cuando, en medio de un ejército a punto de entrar en batalla y solo unos momentos antes de la inminente carnicería. Son un recordatorio de las razones por las que debe soportar todo esto. Ahora no está con Umma, pero pronto lo estará, cuando todo acabe y vuelvan a Roma y cuando, como Craso ha prometido sin llegar a decirlo en voz alta, le dé a Kaleb la única recompensa que importa.

Llega el momento de que Craso aluda al suceso que será mucho más recordado que sus palabras. Kaleb se concentra. Transcribe.

—Muchos de los hombres aquí reunidos han venido conmigo recién reclutados. Otros muchos sois veteranos de esta guerra. Me enorgullece unirme a vosotros, servir con vosotros.

El comandante hace una pausa. Carraspea. «No es un orador muy brillante — piensa Kaleb—. No es un griego entrenado para dar discursos con la boca llena de piedras. Pero sí transmite su seguridad en sí mismo, al menos a los oficiales y las tropas que alcanzan a oírlo. En cuanto a los otros, lo que se va a hacer les importará más que lo que se dice al respecto».

—Pero no todos los que están entre nosotros tienen razones para sentirse orgullosos. —La voz de Craso se tiñe de pronto de desprecio—. No todos los romanos se han comportado como romanos. Para algunos, estos esclavos bárbaros son demasiado aterradores para hacerles frente. Sí, eso he dicho. No me gustan esas palabras, pero son ciertas. ¿Lo dudáis? ¿Pensáis que tal cosa no puede ser cierta entre soldados romanos? Miradlos. Quinientos atestiguan lo que yo digo. ¡Miradlos!

Esto último lo dice en un grito que por un momento reverbera y luego se convierte en un murmullo y un silencio mayor del que lo ha precedido. Craso se mantiene con el mentón tenso hasta que se ve un movimiento entre las filas. Un nutrido grupo de hombres —los quinientos recién mencionados— es conducido por un sendero abierto entre las tropas. Van desarmados, ataviados con sencillas túnicas. Están sucios, cubiertos de polvo, descalzos, con el pelo largo como bárbaros, aunque

su piel es de un tono bronceo romano. Corren a trompicones, empujados por una hueste de soldados armados, todos centuriones, que los azuzan con las espadas, dándoles puñetazos y patadas, gritando. Los llevan hasta el espacio vacío que les aguarda. Tardan un rato en entrar todos, hasta quedar apiñados en un apretado revoltijo, cercados tanto por los centuriones como por los miles de soldados que los contemplan sin romper las ordenadas filas.

Craso alza la mano pidiendo silencio. Una descarga de toques de cuerno impone el orden. Por fin el comandante puede proseguir:

—Ante vosotros tenéis romanos que no son romanos, hombres que arrojarían sus armas al suelo para huir corriendo. No pertenecen a ninguna legión ni cohorte. Son los más viles de entre los que han fallado a la república desde que Espartaco y sus gladiadores comenzaron su oleada de crímenes. He aquí a los cobardes que abandonaron a Lucio Cossinio, su general, que permitieron que lo mataran y lo despojaron de su armadura y su túnica, lo arrastraran tras un caballo y los esclavos le mearan encima. Contempladlos. ¡Aquí están! —Señala con un gesto furioso que acompaña su creciente ira—. Contemplad a los cobardes temblorosos que abandonaron a Publio Varinio cuando más los necesitaba. No tengáis duda: son cobardes. Y yo, que acabo de asumir el mando, tengo que encargarme de ellos. Solo después de eso podremos seguir adelante bendecidos por los dioses. ¿Y cómo nos encargaremos de ellos? —Craso se yergue y pasea la vista por los rostros de los soldados—. Solo hay una manera de responder a su vergüenza. Los antiguos la conocían. Y yo también. —Señala entonces a los prisioneros con todos los dedos, abarcándolos a todos juntos y también como individuos—. La *decimatio*. Con estos quinientos, que así se haga.

«Ya está —piensa Kaleb—. Ya lo ha dicho». En el aturdido silencio que se produce, escribe: «*Decimatio*. Con estos quinientos, que así se haga».

TERCERA PARTE



ALMAS EN PENA

Nonus

Nonus solo distingue parte de lo que dice el comandante, que está demasiado lejos. Cuando Craso se vuelve a un lado, su voz no le llega.

—Si se estuviera quieto de una vez y hablara al frente, oiríamos lo que dice —masculla. Su hermano, a su lado, le da un codazo—. ¿Qué pasa? Es verdad. No sabe hablar en público.

—Y tú no sabes callarte —replica Volesus—. Cierra el pico.

Nonus se calla, pero solo porque quiere oír. Se entera del asunto de los quinientos cobardes. Que tiraron las armas. Algo de que tiemblan. Algo de Cossinio, el muy imbécil. Y oye también el nombre de Quinto Arrio. Así, pues, doble vergüenza. Lo que no oye es lo último, cuando el comandante nombra su castigo. Él —siendo uno de los quinientos condenados por cobardía— lleva un tiempo cuestionándose. Nadie le ha sabido dar una respuesta clara. A veces matan a los desertores, pero duda de que eso suceda. El ejército necesita hombres. ¿Por qué matar a los suyos? No, no será una condena a muerte masiva. ¿Latigazos? Eso ya es más probable. Será horrible, pero no es la muerte. Y abriga incluso la esperanza de que el castigo sea aún menos severo. Realizar pesadas labores en el campamento. Tal vez se les despoje de las armas y la armadura y los hagan cavar letrinas durante el resto de la campaña. Algunos idiotas preferirían una muerte espantosa antes que sufrir esa humillación, pero el servicio de letrinas a él no le iría nada mal. Prefiere sacar mierda a paletadas que volver a enfrentarse cara a cara con los gladiadores. Tal vez se les retenga la paga. O les reduzcan las raciones a la mitad. Hay muchos castigos a disposición del comandante. Nonus solo quiere saber cuál será el suyo y pasar página.

Claro que todo es una injusticia. Sí, Nonus había huido a las montañas con su hermano cuando Cossinio consiguió que lo matasen, y no los habían atrapado. Consiguieron evitar que los liquidaran en todo aquel caos y luego volvieron a unirse al ejército, sanos y salvos. Eso no era desertar en realidad. Nadie se había dado cuenta siquiera de su ausencia. Así pues, ¿por qué iba a ser castigado por algo que no había hecho? Nadie sabía tampoco que había guiado a los gladiadores hasta los cargamentos de armas en los primeros días de esa guerra. Bueno, Volesus lo sabía. Y hasta sostenía que Nonus, al haber armado a los gladiadores, era el responsable de todo lo ocurrido desde entonces. Después de eso, decidió no confesar que había desertado de su puesto en la puerta la noche de la huida en Capua. Eso era su secreto. Y el asunto con Arrio —que era la razón de que ahora se encontrara entre los quinientos malditos— tampoco podía calificarse de desertión. Era un percance, nada más, aunque en un momento muy inoportuno.

—Yo no debería estar aquí —dice.

Volesus resopla desdeñoso.

—De todos los hombres que hay aquí, tú eres el primero que debería estar.

—¿Y tú no?

Volesus le mira ceñudo.

—Que te tiren al Averno. ¡Gilipollas, pedazo de mierda! Todo esto es culpa tuya.

—¿Culpa mía?

—Cualquier imbécil habría sabido que había que largarse.

—Tú fuiste el que se echó a dormir. Roncando como...

—Y tú te quedaste allí sentado sin hacer nada. ¡Nada! Hasta que nos encontraron.

Vivos, sin armas ni armadura, con los cadáveres de nuestros camaradas dispersos alrededor. Una vergüenza. Preferiría haber muerto.

Nonus se imagina lo fácil que habría sido eso. Apretarle la nariz y una mano sobre los ronquidos de esa boca... Solo habría tardado un momento, y habría sido libre de irse por su propio camino.

—Ojalá lo hubiera hecho cuando tuve ocasión —farfulla.

Volesus vuelve a ignorarlo. Frunce el ceño intentando oír al comandante.

Pero, por lo visto, el discurso ha terminado. Craso se da la vuelta y baja de la plataforma, seguido de sus oficiales. Lo que sea que haya dicho al final ha provocado un gran revuelo. Todos se gritan unos a otros, preguntando de qué se trata. Unos dicen que de castigos y otros los niegan. Algunos piden silencio para que les llegue la noticia. No se callan, pero la noticia les llega igualmente. Pasa de boca en boca, una ola que recorre las filas. Es toda una cacofonía, pero en el tumulto una palabra se repite una y otra vez.

Nonus se vuelve hacia su hermano, que ha palidecido.

—¿*Decimatio*? ¿Eso qué significa? ¿Nos van a matar a todos?

—No —responde Volesus—. Es todavía peor.

El incidente que dio con Nonus y Volesus entre los desdichados quinientos no fue tanto una acción como una inacción. Una nimiedad sin consecuencias para la guerra. Dos personas que sobrevivieron en lugar de morir. Eso era todo, una pequeña falta comparada con el servicio que han brindado a la legión. No es que Nonus no haya cumplido con su parte en la batalla. Bueno, lo hizo solo una vez, pero se arrepintió y odió a los demás por cómo hablaban de ello, como si hubieran estado observando todo el campo y toda acción que acometieran fuera parte de un grandioso y heroico plan. Nonus sabía que todo era mentira. Y lo sabía porque él también hablaba así cuando se veía forzado a hablar, no antes. La verdad no fue nada parecido. Su única batalla —una escaramuza, lo llamaban algunos— había sido un caos aterrador. Jamás logró ver más allá de la punta de su espada, donde había una tormenta que no tenía sentido y de la que no dejaban de llegar proyectiles. Espadas, miembros mutilados, gritos, borbotones de sangre. Sus acciones no fueron en realidad acciones, sino reacciones frenéticas improvisadas en cada momento. No seguían ningún plan, solo un espasmódico terror que por fortuna resultó breve, pues los bárbaros se retiraron

gritando burlas y enseñándoles el culo, como si consideraran todo aquello una broma obscena. ¿Dónde, en todo aquello, estaba el heroísmo del que tantos hablaban?

No estuvo en la batalla después de Nola, cuando Publio Varinio persiguió a los rebeldes hasta caer en la trampa que le habían tendido. Ahí no luchó, pero llegó a tiempo de que le asignaran la revisión de los cadáveres. Su grupo tenía que ir pateando cuerpos, buscando supervivientes para rematarlos. Cualquiera tan malherido como para no poder arrastrarse fuera del campo era poco probable que sobreviviera. Era mejor despacharlos allí mismo. Arrebataban a los cadáveres cualquier cosa de valor, los despojaban de la armadura y los arrastraban para formar una pila que se quemaría. Cortaban anillos de dedos hinchados. Ahuyentaban a los sempiternos perros carroñeros, que gustaban especialmente de las heridas en el vientre, según descubrió Nonus. Perros y entrañas. Entrañas y perros. Una vez se despertó sudando después de verse a sí mismo a cuatro patas, gruñendo y enseñando los dientes mientras tiraba de unos intestinos.

Y no le pareció bien la forma de disponer de ellos, sin apenas ceremonia, sin ritual alguno que purificara el cuerpo, sin un período de duelo, ni un cortejo de amigos y familia que vieran el cadáver. Es cierto que pocos habrían querido ver aquellos cuerpos tal como estaban: cubiertos de sangre y tierra, los huesos rotos, llenos de cortes y magulladuras, con miembros amputados... Después de varios días al sol, picoteados por los cuervos y mordidos por los perros, hinchados y eructando gases, no eran cuerpos que pudieran exponerse ante amantes padres, hermanos o hermanas. Pero aun así le pareció una peligrosa ofensa. Todo el mundo sabía que había que encargarse de los cuerpos de manera adecuada para que el alma de la persona pudiera cruzar el río Estigio y entrar en el otro mundo. Y, sin duda, todos los que habían luchado y muerto por Roma merecían al menos eso.

Pero no. Se limitaron a desnudarlos y arrojarlos en grandes hogueras para incinerarlos. Un trabajo infernal. Explosiones de calor, humo asfixiante, sudor que le escocía los ojos y le dejaba las manos resbaladizas, de manera que era difícil agarrar bien los cadáveres flácidos. Todavía más difícil era balancearlos entre dos para arrojarlos al fuego. Más de una vez estuvo a punto de seguir al cadáver a las llamas. El pelo se incendiaba de inmediato, entre siseos. La ropa también ardía bastante pronto, pero los cuerpos se resistían. Eran como sacos de agua, difíciles de agarrar. Al principio, aún sin experiencia, tiraba uno tras otro, lo cual no hacía sino ahogar las llamas y prolongar todo aquello.

Nonus nunca olvidaría cómo la piel quemada adopta una extraña textura de cera y cambia de color, cómo cada cuerpo pasa por varios tonos hasta que la carne se rompe y arde. Jamás olvidaría cómo se retorcían algunos cuerpos en el fuego, casi como si siguieran vivos: brazos y piernas moviéndose, manos abriéndose y cerrándose. Nonus no lo entendía. Aquellos hombres estaban muertos y bien muertos. ¿Por qué protestaban entonces, a esas alturas? ¿Por qué aferrarse así a la vida cuando ya eran un despojo abrasado? Por fortuna, ninguno logró levantarse y salir andando de las

llamas, excepto en sus pesadillas.

Y jamás olvidaría el hedor. Lo había percibido antes, como todo el mundo. Pero no así, no tan cerca que el olor se le pegaba a la piel, la ropa y el pelo. Contenía demasiadas cosas a la vez. En realidad no era solo un olor, sino muchos, y cambiaban de un momento al otro. Olor a cobre en un aliento y a sulfuro en el siguiente. Pútrido y luego dulce y luego hiriente. A veces era tan denso que le parecía estar bebiéndolo en lugar de inhalarlo. Y lo peor era que, mezclado con todo eso, había vaharadas que le hacían la boca agua. Era un hedor vil y nocivo, pero también era el olor de la carne cocinada. Ternera, aceitosa y tostada. Cerdo, siseando en su grasa.

Cubierto por una capa blanca, recogía luego los huesos y las cenizas una vez que las piras se enfriaban. No habría tumbas individuales para aquellos hombres, sino hoyos poco profundos en los que se mezclarían con cientos de sus compañeros. Una paletada de tierra sobre ellos y nada más. Nonus temía que los soldados muertos se sintieran ofendidos, y por eso cada vez que arrojaba un cuerpo a la hoguera ponía buen cuidado en explicarle —sin que nadie lo oyera— que él no era el responsable de aquello. Él era un soldado cumpliendo con su deber, sin más culpa. Si deseaban atormentar a alguien para vengarse, que fuera alguien con autoridad.

Luego lo reasignaron a la legión que estaba temporalmente al mando de Arrio, puesto que Gelio, su comandante, había sido llamado a Roma para explicar la serie de derrotas que Clodiano y él habían sufrido. El cometido de Arrio era muy sencillo: acercarse al ejército de Espartaco y seguirlo, vigilar sus movimientos por el momento. No tenía que entrar en batalla, ni siquiera en una escaramuza. Por lo visto, Roma quería tener vigilados a los bárbaros para que el nuevo comandante supiera dónde encontrarlos. Arrio se mantuvo cerca de ellos. «Demasiado cerca», pensó Nonus. Quería demostrar su valía y parecía volverse más temerario cada día que el enemigo intentaba evitar a la legión.

Así pues, Nonus estuvo encantado cuando lo mandaron con un pequeño destacamento a por grano al depósito de Eburum. Por lo que sabía, la excursión los alejaría de la última localización de los rebeldes. Un grupo de veinte hombres, que irían andando junto a carros vacíos, los cargarían de grano y los llevarían de vuelta a la columna de Arrio. Un día de trabajo. Una cuestión de procurar alimento, no de hacer la guerra.

Gabinius Servius, el líder de la expedición, parecía encontrar el encargo más un incordio que una tregua. Se mostró malhumorado toda la mañana, cabalgando en círculos en torno a los soldados sin dejar de amonestarlos: que andaban muy despacio, que no cargaban con toda la premura que el trabajo requería, que emplearon demasiado tiempo en la comida y fueron muy lentos para reemprender la marcha. ¡Como si no fueran las mulas que tiraban de los carros las que marcaban el paso! Nonus emitía una continua retahíla de réplicas, aunque ninguna de ellas llegó a oídos del comandante. Había aprendido por las malas que los oficiales de bajo rango no responden bien ni a la más inocente broma. En ese caso, no obstante, Nonus no

necesitaba ser tan prudente: Servius no permanecería mucho tiempo en este mundo.

Acababan de coronar una lenta pendiente y alcanzaban a ver en todas direcciones. A cada lado, las ovejas pastaban sobre las suaves ondulaciones de las colinas. Estaban algo alejadas, encerradas tras muretes de piedra que las mantenían apartadas de las cosechas de grano. La carretera ante ellos se extendía larga y estrecha: dos pálidos surcos blancos que atravesaban campos de dorada cebada, alta y densa, que relumbraba al sol del mediodía. Un único árbol se alzaba junto al camino algo más adelante, la copa un punto verde entre tanto oro.

Nonus se estaba planteando proponer que capturaran unas ovejas antes de dejar atrás los corrales. Bueno, que las requisaran. Con otro oficial tal vez lo hubieran hecho. Pero Servius se negaría. Lo miró de reojo y se imaginó su mueca de desdén ante la sugerencia. Y en ese momento aparecieron los galos. Sencillamente se alzaron detrás de los muretes. Todos a la vez, unos treinta o cuarenta. Era increíble lo cerca que estaban, lo altos que eran. Parecían haber surgido de la nada. Se alzaron empuñando sus armas, en silencio, hasta que uno dijo algo. Sus palabras resultaron ininteligibles, pero su tono era incongruentemente afable, como si les estuvieran preguntando si estaban pasando una buena tarde.

Los romanos no llevaban encima toda su impedimenta, pero avanzaban en orden, con los escudos a la espalda y los cascos colgados en la cintura. Servius les ordenó a gritos sacar las espadas y colocarse los escudos. Pero no tuvieron tiempo de nada antes de que atacaran los galos.

Uno de ellos saltó por encima del murete. Fue un salto salvaje: el cuerpo doblado hacia atrás, un hacha agarrada con las dos manos por encima de su cabeza. Descargó el arma gritando como un poseso. El corte alcanzó a Servius en el muslo, le partió el hueso y se hundió en el flanco del caballo, que se volvió loco. Pateaba y se debatía contra la hoja del hacha mientras el salvaje se esforzaba por arrancarla. Servius emitía chillidos y farfullos inhumanos, por más que contuvieran palabras. La parte inferior de la pierna le colgaba. Pero peor fue cuando perdió el equilibrio y se desplomó de lado: la pierna que tenía atrapada por el hacha se desgarró y cayó al suelo.

Sin moverse del sitio, Nonus vomitó, manchándose el pecho. Y por ello no vio lo que sucedió a continuación. No vio al bárbaro que saltó al carro para pasar al otro lado. Dio una patada a Volesus en la nuca, tirándolo al suelo enredado con las riendas, a punto de ser pisoteado por los caballos. A continuación hundió la espada en el cuello al conductor, dándole muerte. Nonus no vio nada de eso. Ni que otros tres legionarios luchaban en un apretado grupo, espalda contra espalda, mientras los salvajes danzaban a su alrededor aullando de satisfacción. Veinte soldados y los conductores de los carros, y solo hicieron falta unos sangrientos minutos para acabar con todos. Algunos ni siquiera habían sacado las espadas, mucho menos los escudos. Fue hecho con una eficiencia que Nonus apenas podía creer. Aunque sí sabía la razón: eran gladiadores.

O tal vez sí lo vio todo, porque luego tendría recuerdos. Pero en aquel momento solo fue consciente de la pierna de Servius cayendo al suelo mientras su cuerpo se desplomaba hacia el otro lado. De eso y de su propio vómito. Y de pronto se encontró de rodillas, con un fornido brazo en torno a la cabeza, con un bíceps más duro que una piedra, y el metal presionado contra su cuello.

Uno de los galos gritó algo, una palabra gutural en una lengua salvaje. Se puso delante de Nonus, lanzó un puño al aire y allí lo mantuvo gritando de nuevo. Llevaba el pecho desnudo y una especie de calzón que le cubría las piernas. Tenía los brazos tatuados y picados de viruela, y el pelo de punta en dorados pinchos. Su cara era azul, con bigote. Resultaba aterrador. Era Gannicus.

Se acercó a Nonus tranquilamente, aunque sus piernas se movían de manera rara, tal vez por el extraño calzón. Se lo quedó mirando con una expresión que solo podía ser de diversión. Nonus cerró los ojos. Aquel salvaje lo torturaría y mataría, por supuesto que sí. A eso se dedicaban. Le cortarían las arterias y luego verterían su sangre en copas y se la beberían. Lo utilizarían como poste de entrenamiento, le cortarían los miembros mientras hacían apuestas sobre la calidad de los hachazos. Le cercenarían el pene y se lo meterían en la boca. Y una vez muerto, le quemarían el cuero cabelludo y le vaciarían el cráneo y lo dorarían para beber en él. Estaría con ellos por toda la eternidad, a modo de espantosa copa. Ya había oído todo lo que hacían los bárbaros.

Gannicus dijo algo sobre cortar el cuello. El hombre que lo tenía agarrado aflojó la presa, lo levantó y le dio un empujón. Gannicus sonrió y dijo en latín:

—Tú debes de ser un amigo. Los demás intentaron matarnos, pero tú no. Ni siquiera has sacado la espada.

Nonus bajó la vista. Era cierto. Ahí estaba la empuñadura de su espada, junto a su cadera. Y el escudo colgaba tontamente a su espalda.

—Si quieres sacar la espada, adelante —prosiguió Gannicus, paseándose delante de él, balanceándose sobre los pies y rotando la cabeza sobre los hombros—. Te espero. Puedes coger el escudo también.

Nonus no sabía qué hacer. Un súbito torrente de sudor le manaba de las axilas. Gannicus no parecía reconocerle, pero él lo había visto entrenar muchas veces y tenía una serie de imágenes de las carnicerías de que era capaz. Había disfrutado viendo cómo Gannicus convertía la lucha en una danza, como si jugara, pero siempre controlado, incluso cuando lanzaba estocadas, cuando las paraba, cuando daba golpes. Luchar con él era perder seguro. Nonus moriría tan deprisa, o tan despacio, como el galo deseara.

—¿No? ¿No te apetece? —Ahora Gannicus daba vueltas en torno a él—. ¿No quieres cortarme con esa espada tuya tan afilada?

Nonus pensó que era importante no decir nada, como si el gladiador pudiera reconocerlo por su voz, y como si ser reconocido fuera algo malo, no bueno. De manera que permaneció callado, con el corazón martilleándole en el pecho.

—Tienes una garrapata, ¿sabes? Aquí, cerca del hombro. Deberías quitártela.

En cuanto lo dijo, Nonus sintió al insecto chupándole la sangre. Los demás estaban despojando de armas y armadura a los cadáveres para cargarlas en los carros. Unos pocos se reunieron en torno a Nonus, hablando de él en su lengua ininteligible, divertidos.

Gannicus se detuvo ante él.

—Te haremos una oferta y tendrás dos opciones. Una, saca tu espada, sé un romano, lucha conmigo y muere. —El galo se encogió de hombros—. Hay peores formas de morir. Y la otra: quítate el casco, el peto y la espada, dánoslo todo, y entonces te llamaremos amigo. —Hizo una pausa cuando alguien dijo algo. Y entonces añadió—: Y tus sandalias también. Un amigo ofrecería sus sandalias.

Unos momentos más tarde, Nonus se había quedado solo con la túnica interior. Luego se afanó siguiendo las indicaciones del galo. Apartó los cuerpos de sus camaradas y sacó a su hermano de debajo de los caballos. Volesus había tenido suerte de que no le abrieran la cabeza de una coz, aunque aquel primer golpe lo había dejado inconsciente y así seguía, roncando. También aquello pareció un golpe de buena fortuna. A los galos les hicieron tanta gracia sus ronquidos que se olvidaron de matarlo. Lo que no olvidaron fue ordenar a Nonus que le quitara la armadura. Y las sandalias.

Y eso fue todo. Los galos se alejaron en dirección a la legión de Arrio.

Nonus se quedó allí. Los carros se alejaban, los bárbaros caminaban a su lado y cantaban, Volesus roncaba. Nonus miró los cadáveres ensangrentados que lo rodeaban y dijo:

—Hermano, esto pudo haber ido mucho peor.

O tal vez no. Los dos hermanos sobrevivieron aquel día, pero acabaron con los peores cobardes de los anteriores encuentros con Espartaco. Nonus protestó, puesto que sus circunstancias habían sido muy diferentes. Dio igual. Sería condenado, como los auténticos cobardes, al castigo que el nuevo comandante decidiera para ellos.

Decimatio. La muerte de uno de cada diez.

—¿Eso qué significa? —pregunta Nonus, agarrando a su hermano por el brazo.

Volesus no contesta, pero Nonus se entera, por lo que dicen los otros de que el castigo es simple, antiguo y brutal. Los cobardes se dividirán en grupos de diez. Uno de esos diez será elegido a suertes para morir, los otros nueve infligirán el castigo. El resto del ejército será testigo y aprenderá del espectáculo de ver a un camarada matar a otro por una vergüenza compartida.

A Nonus le da vueltas la cabeza. ¿Solo uno de cada diez? En cierto modo no parece tan malo. Sus posibilidades son buenas. Si le toca la china, está jodido, pero lo más probable es que no le toque, ¿no? Solo eso, que no le toque. Alrededor, los hombres murmuran oraciones a sus dioses elegidos, impulsándolo a él a hacer lo mismo. Juno. Siempre ha preferido a Juno. En silencio, para que los otros no lo oigan, hace grandes promesas de devoción, de futuros sacrificios y gratitud eterna y

servicio a su nombre en todos sus actos. Mientras está ocupado en esto, se organiza el castigo.

Los soldados pasan entre los condenados, dividiéndolos bruscamente, a empujones y patadas. Cada grupo de diez tiene que sacar una esquirla de hueso de un saco de tela. Algunos lo hacen ansiosos, otros sombríos. A algunos tienen que darles collejas o meterles la mano en el saco a la fuerza. Varios necesitan oír amenazas de algo todavía peor de lo que les aguarda. Y hay los que se niegan en redondo. A un hombre junto a Nonus le propinan un puñetazo en la boca. Mientras escupe sangre, el centurión que le ha golpeado elige por él y le mete la esquirla de hueso en el puño.

—No lo miréis —advierte—. Sacad el hueso y guardadlo en el puño.

Otros hombres van dejando piedras junto a los condenados. Piedras grandes, del tamaño de puños. Algunos vierten barriles de piedras en el suelo y construyen pequeñas pilas con ellas. Así pues, piensa Nonus, será lapidación. Una vez vio lapidar a una mujer y sabe lo que significa morir de esa manera.

«Por favor, Juno, protégeme», reza.

Cuando le ofrecen el saco, se lo queda mirando como si nadie le hubiera dicho lo que se espera de él. Un soldado le da una colleja.

—¡Mete la zarpa ahí!

Nonus tiende la mano, el soldado sube la bolsa bruscamente y la agita. Las esquirlas de hueso danzan en torno a los dedos de Nonus, embotados de pronto. Nota los huesos, pequeños, del tamaño de un pulgar. Son todos iguales, pero a la vez no lo son. Uno de ellos es la muerte y los otros son la vida. Intenta notar la diferencia entre ellos. Pide la ayuda de Juno, que le muestre cuál es el hueso maldito y cuáles están bendecidos con la vida.

—¡Coge uno, cobarde!

El grito le hace abrir los ojos. Allí, detrás del soldado con las fichas está su hermano. Comprende que Volesus está en su mismo grupo. Saca la mano de un tirón, gritando:

—¡No, él no puede elegir conmigo! ¡Es mi hermano! ¡Mi hermano! —Lo grita una y otra vez. Es antinatural, un hermano no puede matar a otro.

—¿Quién grita? —pregunta una voz arrogante, autoritaria—. ¿Ese? ¿Ha sido ese?

Antes de ver quién habla, un golpe en la espalda le provoca un dolor insoportable. Se retuerce de agonía. El centurión que le ha dado el puñetazo le agarra del cuello y aprieta. Un dolor sustituido por otro.

—¡Eres una vergüenza! —le acusa. No es la misma voz que ha preguntado antes. Esta es grave, su aliento es húmedo y nauseabundo, exhalado por una boca sin dientes—. ¿Eras tú el que gritaba? ¿Por qué gritabas? ¡Contesta!

Nonus recupera la compostura lo justo para advertir que el hombre le ha hecho más de una pregunta. Ignora la primera y se centra en la segunda. Apenas puede hablar por el dolor. Señala a Volesus y dice que es su hermano.

El centurión tira de él para darle media vuelta, y allí, observándolo todo, está

Craso. Nonus no lo habría reconocido en persona, pero lleva todos los complementos de su posición: ornamentada armadura de cuero, la capa escarlata y la cinta en torno al torso. Va flanqueado de lictores y oficiales escogidos, y un hombre de piel negra contempla la escena en silencio a su espalda. Craso se sitúa en el centro, altivo frente al sometimiento de los otros, poderoso ante el reparo de los demás.

El centurión saluda al comandante e inclina la cabeza.

—Señor, este dice que no puede estar en este grupo. Estos —señala a Nonus y Volesus— son hermanos.

—¿Y? —replica el comandante—. ¿Eso es una excusa? ¿Eso es lo que creen?

Volesus se postra y dice que en absoluto, que no le importa elegir contra su hermano.

—Yo tiraré la primera piedra aunque sea contra él. Sobre todo si es contra él.

Eso no parece conmover a Craso, como Volesus pretendía.

—¿Ah, sí? ¿Para matar a tu propio hermano? Eso es lo que estás ofreciendo, ¿no es así? —Se vuelve hacia Nonus—. ¿Y tú qué? ¿También tirarías la primera piedra?

Nonus intenta interpretar su tono. ¿Se percibe simpatía en él? ¿Algún ápice de posibilidad? Volesus se ha ofrecido para matarlo. ¿Lo desprecia el comandante por ello? ¿Está ofreciéndole a él la vida a cambio, o lo está poniendo a prueba, por ver si es igualmente aborrecible? No consigue decidirse. ¿Tiraría la primera piedra? ¿Por qué no? Al fin y al cabo, todo esto es culpa de Volesus. Todo, desde que se alistaron. Casi lo dice. Casi dice: «Dame esa piedra».

Pero cuando mira a su hermano, esas palabras mueren en su interior. Lo odia, pero solo como un hermano odia a otro, con un odio agudo y auténtico y real. Eso no lo puede negar. Pero ¿Volesus? Lo conoce mejor que nadie. Lo ha conocido durante más tiempo que a nadie. Cuando su rostro desaparezca, Nonus no tendrá donde mirar para verse reflejado. No sabe si alguno de sus otros hermanos seguirá vivo, ni dónde estará.

Fuera del pequeño círculo de su suerte, oye que el castigo ya se está ejecutando en los otros grupos. Oye gritos de dolor, oye las piedras rompiendo huesos o cayendo al suelo. Oye los gruñidos de quienes las arrojan. Nonus sabe que está tardando demasiado. Craso le ha pedido la respuesta más de una vez. El centurión se alza enorme sobre él, echándole su aliento caliente y desdentado.

—No —dice por fin—. No tiraré la primera piedra.

El centurión se aparta, mirando a Craso, esperando instrucciones.

Como antes, la respuesta de Craso es inmediata:

—Vosotros dos sois un deshonor para Roma. Uno más patético que el otro, pero no sé muy bien cuál. Los dioses decidirán. Si eso es lo que quieren, sea. El hermano matará al hermano. Hacedlo.

El centurión no sabe muy bien qué significa eso.

—¿Hacer qué, señor?

—Dos fichas. Una de la vida y otra de la muerte. Los demás están eximidos.

Hacedlo.

Nonus protesta:

—Pero nosotros...

Craso lo corta en seco.

—Uno de vosotros matará al otro. Los otros ocho no tirarán piedras. Si os negáis, los ocho os lapidarán a los dos. Centurión, encárgate de ello.

—Vosotros dos —ladra el centurión—. ¡Venid aquí! —Rebusca en la bolsa de huesos y saca dos fichas. Una marrón, otra marfil—. Que quede claro, la marrón es la vida; la blanca, la muerte. —Esconde las fichas en las manos y las sacude como si fueran dados. Luego tiende los puños hacia los hermanos—. Escoged.

Ninguno obedece. Volesus mira fijamente los puños. Nonus mira a su hermano con un temblor en las mejillas.

—No —masculla—. No podemos...

—¡Pedazo de mierda! —El centurión agarra a Volesus por la muñeca y le mete una ficha en el puño.

Nonus intenta retroceder, pero el soldado que tiene a la espalda lo empuja con la punta de la lanza. El centurión lo agarra también, forcejea un momento con él, le da un puñetazo y luego le abre el puño a la fuerza, dedo por dedo. A continuación retrocede alzando las manos para mostrar a todos, pero especialmente a los dos hermanos, que están vacías.

—Y ahora mostradnos vuestra suerte —ordena—. Vedla y cumplid con vuestro deber.

Volesus abre el puño. La ficha es blanca.

Nonus cae de rodillas. Eso significa que la suya es... Deja que le caiga de los dedos al suelo. Marrón. La vida.

El centurión hace formar un círculo a los otros ocho alrededor de Nonus y Volesus. Cada uno escoge su ficha y la aprieta en el puño. El centurión indica a Nonus cómo tiene que hacerlo. Que no sea de prisa.

—Sé un hombre y haz de esto algo que todos recuerden el resto de sus vidas. Aplástale primero los pies. —Y los señala como si Nonus no pudiera encontrarlos por sí solo—. Luego las rodillas. Que caiga al suelo, y ve subiendo por su cuerpo. El abdomen, el pecho. Rómpele los brazos, las manos y los dedos. Hazlo papilla, ¿entiendes? Él tiene que sentir el castigo y tú tienes que infligirlo. El cráneo, lo último. Adelante, Nonus. Es tu deber.

El centurión coge una de las pocas piedras que quedan en un montón cercano y la deja caer delante de Nonus.

—Voy a contar hacia atrás desde cinco. Si llego al uno, los demás lo lapidarán. Y a ti también. Coge la piedra, soldado. Es tu única opción. Cinco...

«Esto no puede estar pasando —piensa Nonus—. No puede ser». Es una verdadera locura, más que cualquier otra cosa que haya visto o experimentado en una vida plagada de locura. Se queda mirando la piedra. Está bastante cerca para

alcanzarla, pero ¿cómo puede hacer eso? Hacer eso significa que...

—Cuatro...

No puede. Tiene los brazos yertos. Ni siquiera cree que pueda moverlos aunque quiera.

—Tres...

Seguro que no es capaz de hacerlo, ni queriendo. Intenta coger la piedra. Ve su mano bajar sobre ella, siente los dedos cerrarse en torno a ella antes de creerse siquiera que lo ha hecho. Es una piedra grande, como un huevo de avestruz. Más grande, tal vez. Hace mucho tiempo que no ve un huevo de avestruz. Pero no es un huevo, no es frágil. Y no hay vida en su interior.

—Vamos —lo anima el centurión—. Dos...

Nonus levanta la piedra y la aferra con fuerza. Le hace daño. Mira los pies de Volesus. Como todos los condenados, va descalzo. Los dedos cubiertos de barro. Se supone que se los tiene que destrozar. No se imagina haciéndolo, y mucho menos cogiendo la piedra una y otra vez para ir subiendo por su cuerpo, rompiéndoselo todo poco a poco. No puede hacerlo pero debe hacerlo. Alza la cabeza.

Volesus lo está mirando, con ojos húmedos y enrojecidos. Tiene la cabeza algo echada hacia atrás para que las lágrimas no le resbalen por las mejillas.

—Nonus... —Parece el principio de una frase, pero no atina a decir más.

—¡Hazlo ya! —lo apremia el centurión, aunque ha perdido la urgencia de la cuenta atrás—. Ya tienes la piedra.

—Nuestro padre tenía una finca —dice Nonus, dirigiéndose únicamente a su hermano—. Cultivábamos coles. ¿Te acuerdas?

—Tú las odiabas.

—Eso solo lo decía.

—Sí, lo sé —replica Volesus—. Siempre lo he sabido. —Y, abrumado, agacha la cabeza.

Y en ese instante Nonus lanza la piedra. Pero no apunta a los dedos de los pies. Dirige el golpe, con todas sus fuerzas, a la calva coronilla de su hermano.

Drenis

En la plenitud del verano, Drenis jamás había sido tan feliz. Seguía con vida y los Sublevados todavía no habían terminado de sembrar de llamas su camino. Habían masacrado al ejército de Gelio. Se habían acercado a las fuerzas de Clodiano disfrazados de romanos, para revelarse en el último momento, y los habían vencido. Dos legiones consulares derrotadas, sus cónsules llamados a Roma, caídos en desgracia. Marchaban hacia el norte sin oposición, tomando lo que necesitaban al pasar, cada vez más fuertes, su fama cada vez más extendida. Al mando de Espartaco, los saqueos y pillajes indiscriminados eran cosa del pasado. Eran más que un ejército, no solo guerreros y caballería. Eran artesanos y pastores, ganaderos y mercaderes, herreros, carniceros, panaderos. Tenían a Astera y a Cotito y cientos de dioses. Tenían mujeres, niños que correteaban entre ellos. Nuevos niños nacían mientras avanzaban por el territorio. Conducían manadas de caballos, rebaños de ovejas y vacas. Carros y carretas de todas las formas y tamaños rodaban y crujían con ellos, cargados de comida que iban recogiendo a su paso, cosechas recogidas para ellos, recibidas como su legítimo tributo. Los acompañaban jaurías de perros. Y sobre ellos, en el cielo, volaban los halcones y graznaban los cuervos.

Se reunían con los magistrados de las ciudades. Se sentaban junto a prohombres y les ofrecían el don de su amistad y argumentaban que tenían intereses comunes contra Roma. Eran tercas, las gentes de Italia, y orgullosas. Despreciaban a los esclavos, pero Espartaco era magnífico. Más delgado que cuando estaba confinado en el *ludus* de Capua, quemaba la grasa de las gachas de cebada para revelar mejor al guerrero que había debajo. ¿Quién de entre aquellos magistrados no acabaría por ver finalmente la verdad del discurso de Espartaco? Aquello ya no era una revuelta de esclavos. Los Sublevados eran una nación en sí misma, lo demostraban sus victorias en la batalla, y merecían reconocimiento como tal. Espartaco dejaba que se imaginaran el mundo que él les planteaba:

—Pronto acudirán a nosotros —decía—. Ya lo veréis. Con el tiempo.

Y las gentes de Italia no eran las únicas que observaban a los Sublevados. Habían llegado a oídos más lejanos. Un romano se acercó a su campamento en Picenum. Dejó que lo desarmaran y maniataran, y luego declaró que llevaba noticias que les interesaría mucho conocer. Drenis estaba en la tienda cuando Espartaco y los oficiales oyeron lo que el romano tenía que decir.

Julius Falcidia tenía hombros anchos y brazos musculosos que decía haber heredado de su abuelo.

—Era carnicero, gente humilde. Mi padre era más ambicioso. —Parecía estar en la plenitud de la vida, aunque el pelo ya se le retiraba de la frente. Sostenía ser

representante de Quinto Sertorio, el rebelde general romano. Tenía un pergamino que lo demostraba. Por extensión, hablaba también por Mitrídates VI, rey de Ponto. Los dos líderes habían coordinado sus esfuerzos, ambos guerreando en su propio territorio, dividiendo las fuerzas romanas y sometiéndolas a una constante presión. Aquello era intencionado, no una casualidad.

»Vosotros, no obstante, sí sois un evento azaroso —añadió—. Un evento con el cual Sertorio está muy satisfecho.

El general estaba muy ocupado defendiendo su territorio contra Gneo Pompeyo y manteniendo la frágil alianza entre tribus iberas que había forjado durante sus años en Iberia. Pero prestaba atención a cualquier cosa que ayudase a su causa y perjudicara a Roma. Y se había dado cuenta de que Espartaco era justo eso, y de una manera espectacular.

—Espera que esto continúe y que mantengas a Roma aterrorizada aquí, mientras él y Mitrídates minan sus tropas en el extranjero.

—¿Nos ofrece ayuda? —preguntó Espartaco.

Falcidia frunció el ceño, convirtiendo su frente en un laberinto de arrugas.

—Como ya he dicho, Pompeyo es un desafío. La guerra contra él requiere todos nuestros recursos. Pero venceremos. Sertorio es un líder excepcional, como tú mismo. Los iberos lo adoran. Muchos lo llaman el segundo Aníbal. —El romano sonrió—. Tal vez tengan razón, y no solo porque ha perdido un ojo. Tal vez algún día, cuando Pompeyo haya sido derrotado, hará marchar un ejército, como hizo Aníbal, y bajará de los Alpes para unirse a vosotros y acabar para siempre con la dominación romana. Eso es lo que desea.

—¿Y por qué desea eso? —quiso saber Gaidres—. Él es romano.

—Sí, pero Roma es más dura con sus hijos mejor dotados. Tiene demasiadas rencillas con Roma para que las mencione yo ahora. Pero creedme, ve una Iberia que le da la bienvenida, o al menos gran parte de Iberia. Ha establecido su propio Senado, cuenta con una amplia red de acuerdos y juramentos, y controla las riquezas del país. Los gobierna de tal manera que se gana el favor del pueblo. Pero como he dicho, es una guerra difícil. Por ahora ofrecemos nuestra amistad. Y puedo llevar a Ponto la elevada opinión que tenemos de vosotros. Mitrídates, estoy seguro, también os observa. Tal vez en el futuro podamos llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos y acabe con nuestro enemigo común. Sertorio quiere que sepáis que desea ese futuro, y que hará llegar esa opinión también al rey.

Cuando terminó la reunión, Drenis se puso a repasar mentalmente cada momento. ¿Era cierto lo que acababa de suceder? ¿Ahora se hablaban con reyes? ¿Hombres que gobernaban naciones enteras los consideraban dignos de alabanza? Por lo visto, la respuesta era sí, sí y sí.

Desaparecían cuando así lo deseaban. Setenta mil guerreros. Eso solo los hombres,

porque ¿quién podía contar a las mujeres y los niños? Eran muchos, y no obstante se tornaban invisibles cuando querían. La anciana Vectia, que era alóbroges de nombre pero en realidad de Italia, conocía los lugares que había que evitar. Doblaron la curva de los Apeninos hacia el norte, atravesaron la columna vertebral del país a través de rocosas cumbres, bosques y pasos de montaña. A veces parecían andar ocultos tras pantallas de nubes que hubieran creado los propios dioses para ellos.

¿Hasta dónde llegarían? Hasta donde quisieran. Espartaco quería recorrer toda Italia para volver luego, de manera que todas las ciudades, todos los pueblos y aldeas los temieran. Si todos temían a los Sublevados, ¿cuánto tardarían algunos en empezar a temerlos más que a Roma? Y luego, ¿cuánto tardarían algunos en unirse a una causa común? Antes que esa otra ciudad, seamos amigos de Espartaco, antes de que se me adelante mi vecino. Sucedería. Y pronto. Y cuando comenzara, no terminaría hasta que abrieran a patadas las puertas de Roma y el mundo recuperara su equilibrio.

Cuando bajaron de los Apeninos a las planicies que se extendían hacia el río Padus y los Alpes más allá, la gente huía ante ellos. O corrían hacia ellos recibéndolos como libertadores. Era un país hermoso, abierto como las llanuras de Tracia, pero con su propio carácter. Una tierra por la que correr, como hacía Drenis. Montaba un caballo castrado que le había dado uno de los pastores del Vesubio. Hacía carreras con sus hermanos medos —con Espartaco y Skaris, con Nico y Dolmos—, como cuando eran jóvenes y no tenían cicatrices. Se enzarzaban en infantiles juegos. Galopaban por las laderas, junto a riscos de roca que emergían de la tierra como esqueletos de antiguos monstruos. A lo lejos, se alzaban los oteros como queriendo tocar las nubes.

Por fin, un ejército partió de la ciudad de Mutina. Dos legiones al mando del gobernador de la provincia, Gayo Casio Longino. Diez mil hombres. Un año atrás habría parecido una gran fuerza, de la que tendrían que haber huido. Pero ¿ahora? Ahora los Sublevados se reían con desdén. Sí, los lanzadores romanos eran buenos. Los vélites de cabeza de lobo lanzaban piedras e insultos, las primeras para aplastar cráneos, los segundos para aturdir mentes. Sí, los romanos arrojaban lluvias de jabalinas que se alzaban en el aire como un millar de pájaros esbeltos y sin alas, para luego caer con furiosa fuerza. Sí, aquellas furiosas aves mataban. Penetraban en los escudos, los petos, los rostros. También obstaculizaban sus movimientos y muchas veces los obligaban a soltar los escudos. Y los romanos mantenían su apretada formación, una sola criatura con millares de piernas y ojos y afilados agujijones. Pero nada de eso era suficiente.

Los Sublevados se lanzaban a la carrera y se estrellaban contra su muralla de escudos con fuerza asesina y suicida. Eran gladiadores. Las alas de la infantería insurrecta se incorporaban rugiendo, atacando a los romanos por ambos lados. Los romanos tenían caballería a cada flanco, pero eran solo romanos, no tracios ni germanos. Al otro extremo del campo de batalla, la caballería de Gannicus hacía lo mismo que la de Drenis. Ambas rodeaban al ejército enemigo, montando caballos

romanos, y lo atacaban por la espalda. Y luego se producía una gran matanza, aunque no solo eso. Espartaco ordenaba tomar prisioneros si era posible, cuanto mayor fuera su rango, mejor. Podrían resultar útiles en posteriores negociaciones con Roma.

Y más tarde, en las inmediaciones de Padus, con los Alpes tan cerca que casi se veían —tal vez, en un día despejado, con ojos jóvenes se podían ver—, Espartaco celebró unos juegos funerarios por Crixo. Lo honró formando una pira y quemando una réplica del cuerpo del celta. Recitó sus hazañas y contó cómo él, y todos los que murieron a su lado, habían sido realmente vengados. Si cualquier alma todavía ansiaba prueba de ello, que los juegos fueran esa prueba.

¿Y qué juegos? Juegos de gladiadores. Luchas a muerte. ¿Quiénes las protagonizaron? No los esclavos, sino romanos contra romanos. Entre los miles de prisioneros que se cobraron después de Mutina escogieron solo a los que estaban dispuestos a matar para vivir. A algunos los emparejaron en combates singulares, otros lucharon en una melé. Los Sublevados lo contemplaron, vitoreando ante la visión de romanos matando romanos. Comieron alimentos arrebatados a los romanos y bebieron el vino de aquella tierra dominada por los romanos. Fue un festival que ninguno podía haber imaginado antes de Espartaco, antes de Astera y su diosa. Drenis estaba ebrio con todo ello, le ardía la cara. ¿O sería el vino? Tal vez ambas cosas, lo cual era bueno. Todo era bueno.

Al día siguiente cortaron los tendones de la mano de la espada a los romanos que habían luchado y vencido. Y los echaron del campamento para que corrieran a propagar la noticia de lo sucedido. Otra derrota. Otra humillación. Y luego Espartaco llevó a sus compañeros más cercanos a una cacería.

O eso se suponía. Drenis iba vestido para ello. Cogió su lanza y montó con los demás. No mencionó a nadie que seguía mareado, y no del vino. Tenía calor, y no solo en la cara. Ya no estaba jubiloso, sino aturdido. El mundo no era como tenía que ser. Ahí estaba, ante él, pero no veía más que un acuoso borrón. Montar le aclararía la mente y el mundo volvería a enfocarse.

Cuando se pusieron en marcha, advirtió una mosca en el hombro de su caballo. Le dio un palmetazo y el animal brincó a un lado, un pequeño movimiento que normalmente solo habría tambaleado un poco al jinete. Pero esta vez Drenis se venció a un lado, a punto de caer. Aferró la lanza para clavar la vara en el suelo y sostenerse, pero el gesto volvió a asustar al caballo, que dio unos pasos y Drenis se cayó. La punta de la lanza dio en su hombro, y el peso de su cuerpo la clavó. Cayó descoyuntado al suelo, clavado en la lanza, pensando: «Qué manera más estúpida de morir».

Entonces descubrió lo que es la muerte. No es como le han dicho. No se encuentra ante una asamblea de sus dioses y antepasados. No le preguntan por su vida, por las batallas en que ha luchado ni por su muerte. No necesita defenderse, porque ni lo rechazan ni lo aceptan. No ocurre nada de eso. Si hubiera esperado eso, estaría decepcionado, furioso inclusive. Pero no lo está, porque no piensa en ello. Su

mente está ocupada en otras cosas.

La muerte es un movimiento incesante entre la sensación y la falta de sensación. La muerte es como soñar y soñar y luego dejar de soñar y caer en momentos vacíos e indefinidos. No hay descanso en esos momentos, y despertar no es realmente despertar, sino unirse a una cadena de sueños. Es arrancar recuerdos del pasado y revivirlos: sentir a su madre hacerle con el cuchillo el estigma de la Gran Madre en la espalda, nombrar a las gallinas en el camino entre las cabañas, correr con sus hermanos y encontrar el nido de serpientes, salir por la noche durante una tormenta de verano y disparar flechas al cielo para apaciguar a los dioses, matar al gladiador libio llamado Musena en su primera pelea. Todo esto, tal como ocurrió. Pero, además, lo que ocurrió se mezcla con lo que nunca ocurrió: su madre le había hecho un estigma en la espalda, no en la cara y el pecho, y tampoco prolongó los tentáculos de tinta hasta los dedos de sus pies; y las gallinas no se habían reunido tras el gallo para amenazarlo, furiosas por haber recibido nombres de mujeres odomantes, cosa que Drenis ignoraba que había hecho; y el nido de serpientes no había sido tan profundo, ni él había saltado dentro en una caída interminable mientras las serpientes siseaban y le atacaban al pasar; y las flechas no habían caído al suelo convertidas en rocas que aplastaban, destruían y hacían huir a todos; y el libio Musena había muerto, no se había incorporado después de morir para hablar en un perfecto tracio y contarle cómo se cocinan las pescadillas.

«Cuando estás muerto —descubre Drenis—, se te pueden acercar mientras duermes hombrecillos de treinta centímetros, con cuernos». Los ve susurrar y hacerse signos con las manos. Está aterrado. Gritaría y los patearía, pero no puede moverse. Está paralizado, con los ojos muy abiertos, mientras los hombrecillos se reúnen a su alrededor y levantan su cuerpo. Uno solo jamás podría hacerlo, pero juntos parece que lo hacen flotar sobre el suelo. Lo mueven hacia su tienda de campaña. Al otro lado de la entrada hay algo horrible. Apenas lo atisba. Es algo grande que se mueve. Los hombres con cuernos lo llevan ante un dios o un demonio.

Por suerte, nunca llega a esa entrada y el dios de los hombrecillos cornudos no lo devora. En lugar de eso, cae en las tinieblas. Cuando sale de ellas, prosigue la sucesión de momentos vividos y no vividos, posibles e imposibles. A veces son momentos intrascendentes, otras contempla horrores y, en ocasiones, maravillas.

Lo más maravilloso es que Bendidora acude a él. Drenis está sentado en una roca, rodeado de la oscuridad más negra. Solo él y la roca están iluminados. No se cuestiona dónde está, ni por qué ni cómo. Sencillamente está ahí. Y cuando Bendidora surge de las tinieblas, también está ahí.

—¿Estás muerta?

Bendidora no contesta, pero Drenis concluye que sí lo está. La idea resulta reconfortante, y se aferra a ella. Va a preguntarle cómo ha muerto, pero decide que no importa.

—Siéntate conmigo.

—No tengo mucho tiempo —dice ella, con una voz distinta de como él la recuerda. Pero llevan separados un tiempo, y las voces cambian, ¿no?—. La guerra está a punto de empezar.

Eso es cierto, por supuesto. La guerra está siempre a punto de empezar. No obstante, Bendidora se sienta a su lado y sonrío. No tiene el mismo aspecto de antes. Al menos eso piensa Drenis al principio, aunque al cabo de un rato solo puede verla tal como es. Tal vez muestre un rostro distinto y hable con otra voz, pero sigue siendo la mujer que ha amado y siempre amará.

Y por esa razón es espantoso oírle decir:

—Me has olvidado.

No dice más, pero Drenis sabe que piensa que la abandonó intencionadamente, que se marchó a Capua en lugar de casarse con ella, que no le importó dejarla atrás. «No es verdad», protesta él. Le coge la mano y le cuenta todo lo que ha pasado desde la última vez que se vieron. Le explica lo mucho y lo a menudo que piensa en ella. A veces habla y otras veces los pensamientos pasan directamente del uno al otro, ideas envueltas en los pliegues de lo no dicho.

Ella mueve la cabeza.

—¿Y las otras?

—¿Qué otras? No ha habido otras. —Drenis le jura que no ha llevado a la cama a ninguna mujer desde que fue esclavizado. A nadie desde que se enamoró de ella. Le abre la mente para que Bendidora pueda examinarla sin encontrar en ella a ninguna otra mujer.

—Si eso es cierto, no eres un buen tracio.

Ahí le ha pillado. ¿Qué tracio se pasa la vida penando por una sola mujer?

—No es culpa mía —se defiende—, sino tuya. —Y eso es cierto. Es como si Bendidora le hubiera echado un hechizo para que solo pueda pensar en ella, solo desearla a ella.

Hay un estruendo en las tinieblas. Son las montañas, que se recolocan. Drenis no las ve, pero sabe que es así. Cuando llegue el alba, serán distintas, aunque ya no recuerda cómo eran antes. El movimiento de montañas tiene algo que ver con la guerra inminente.

—Toma. —Bendidora le pone algo en la mano.

Tres diminutas criaturas que parecen ratones, pero no son ratones. Son sus hijos. No tiene que aclarárselo, porque Drenis lo sabe. Ella quiere que los proteja durante la guerra. Él les habla, les asegura que cuidará de ellos. Los llevará dentro de su túnica y no les sucederá nada malo, y después asumirán su verdadera forma y no tendrán que esconderse.

Cuando alza la vista, Bendidora ha desaparecido. La ve alejarse, tenuemente iluminada en la distancia, una de muchas siluetas en movimiento. Las montañas comienzan a perfilarse a lo lejos.

Y entonces todo cambia. Este momento, que está seguro de que no es un sueño

sino otra cosa, termina, y prosigue la serie de sus otros sueños.

Todo esto sucede una y otra vez. Todos los recuerdos oníricos que son y que no son, intercalados con conversaciones con Bendidora. A veces hacen el amor, a veces discuten. En una ocasión ella le acusa de no preocuparse de sus hijos. Él va a por ellos, pero se da cuenta de que los ha perdido. Es un momento espantoso, pero más tarde los hijos han crecido, son humanos, de manera que no debió de perderlos, ¿no? Otra vez, Bendidora llega con los labios cosidos. En otro momento, Drenis es también una mujer; besa a Bendidora y ella le devuelve el beso, sin importarle que ya no sea un hombre.

A veces es bastante consciente para encontrar extraña la muerte. En esos momentos se pregunta por qué nadie le ha dicho que sería así. Alguien debería habérselo dicho.

Otra cosa de la muerte es que no resulta tan permanente como él había pensado. Igual que empieza, puede terminar.

Lo primero que lo despierta de la muerte es un sonido. Una melodía entonada por una voz suave y dulce. Es una nana que recuerda haber oído a su madre cantar a sus hermanos pequeños en Tracia. Por un momento, mientras el mundo todavía no es más que sonido, mientras tiene los ojos cerrados, piensa que está de vuelta en Tracia. Le parece normal. Es todavía un niño con la vida por delante, sin conocimiento de lo que le espera. Y le gusta. Seguiría sintiéndose así si pudiera, pero el momento se desvanece.

Recuerda que no es un niño, que ya ha vivido una vida. Siente un dolor creciente a medida que se da cuenta, un sordo latido en el pecho, como si fuera el corazón, pero le duele, como si cada latido fuera el golpe de un arma contundente. Estaba herido, recuerda, y eso le hace pensar otra cosa: que ya no es él mismo. Es un niño pequeño y está en el otro mundo. O sea, que es como creen los celtas: ha vuelto a nacer en otra parte.

La voz todavía canta. Está muy cerca.

Tal vez, al sufrir una muerte tan estúpida, jamás llegará a encontrarse ante sus antepasados, no será juzgado, ni se ganará su favor ni comerá y cazará con ellos. En cambio, tendrá que vivirlo todo otra vez. Este último pensamiento lo entristece y mantiene los ojos cerrados, temeroso de abrirlos y ver en qué se ha convertido. Un niño indefenso, de nuevo maldecido con las dificultades de toda una vida.

El canto cesa y una voz de mujer exclama:

—¡Oye, deja eso ya, niño! Estate quieto.

La voz es tan clara y distinta, tan inesperada, que Drenis abre los ojos de golpe.

Está tumbado boca arriba. Sobre él cuelga una tela que ondea suavemente por una brisa que no nota. Varias moscas se posan en ella, como observándolo. Mueve la cabeza, lo cual le provoca una nueva oleada de dolor en el pecho, y se mira el cuerpo. Es un cuerpo de hombre. Levanta una mano. Es su mano, está igual que antes. Vuelve a estar dentro de su piel. Puede mover los dedos de los pies y notar la áspera manta

que los cubre. Oye movimientos fuera, una voz a lo lejos, un cencerro en torno al cuello de algún animal. Todo está teñido de una claridad muy diferente de la brumosa existencia que él había creído que era la muerte. Esto es otra cosa. Una no-muerte.

Deja caer de nuevo la cabeza, resollando. ¿Desde cuándo le pesa tanto la cabeza? Es como una piedra.

Un rostro aparece sobre él, en sombras, oculto por una cortina de pelo negro.

—Vaya, vaya. Por fin se ha despertado. ¿Cómo te sientes? —La mujer aguarda unos instantes—. Tienes un aspecto espantoso, pero no estás muerto. Por lo menos no todavía. ¿Puedes beber?

Y se desvanece. Drenis no entiende nada. La conoce, pero no le ha visto la cara. No sabe por qué la conoce ni qué está pasando. Vuelve la cabeza para verla, pero ella se encuentra al otro extremo del pequeño refugio. Por un resquicio en la puerta de tela se ve una fina tajada de bosque. Una luz amarillenta se filtra entre los troncos de gruesos árboles.

Se oye un ruido. Drenis gira el torso con gran esfuerzo, se apoya sobre un brazo para levantar el hombro y ver mejor. Justo a su lado, unos ojos lo miran. Unos enormes ojos castaños en un rostro redondo y carnoso. Drenis intenta reconocerlo. La mujer se da la vuelta y se acerca a él de rodillas, con un cuenco de madera en las manos. Su rostro, iluminado ahora, enmarcado por su pelo, es muy hermoso. Es Epta, la bella Epta. La que fue frecuente y terriblemente usada durante su cautiverio. Y eso le recuerda lo que es la criatura de ojos grandes y rostro rechoncho. Y no aguanta más. Se desploma de nuevo sobre el lecho, jadeando, mirando las sábanas.

Epta aparece sobre él.

—Toma, bebe. —Le levanta la cabeza con la mano y le vierte agua en la boca... no, es caldo. Drenis logra beber un poco antes de escupir entre toses. Dolor. Intenta detenerlo, pero solo lo empeora. Epta se aparta, disculpándose.

Cuando termina de toser y el dolor se ha mitigado, Drenis dice, como si diera explicaciones:

—He estado muerto.

—No del todo. Casi, pero no del todo. Tuviste fiebres. Estabas muy caliente y sudabas mucho. Yo te traía agua del arroyo para echártela encima. Pensaba que se te había envenenado la herida, pero no era tan grave. La diosa se apiadó de ti. La punta de la lanza pudo haberte atravesado. Habría sido tu fin. Pero solo se te clavó en las costillas. Solo había que lavar la herida y coserla. Te la lavé con vinagre y la traté con una pasta de sauce. Para la fiebre te di una infusión de corteza de sauce. Y el caldo de un guiso de cordero. Cuando puedas comer más, hay carne. Cerzula la está cocinando ahora mismo. ¿Ves? No habrías estado mejor cuidado ni con el propio médico. —Hizo una pausa, y Drenis imaginó que estaría sonriendo—. Pero no entendía por qué tenías tanta fiebre. Hasta que se me ocurrió. No fue la herida la causa de la fiebre, sino la fiebre la causa de la herida. Tengo razón, ¿verdad?

Drenis está demasiado estupefacto para contestar. Jamás ha oído más que unas

pocas palabras de sus labios, y pronunciadas en voz tan baja que apenas se podían oír. Es Epta, la asustadiza. ¿De dónde ha salido la voz con que habla? ¿Cuándo la ha encontrado? Otros asuntos le inquietan también: su piel caliente, empapada en sudor, y ella vertiéndole agua encima, lavando, cosiendo... Sus manos sobre él haciendo todo eso. Es toda una cascada de intimidad. Y todo lo ha hecho ella cuando él estaba inconsciente.

Epta deja el cuenco de madera y se queda mirando largamente a Drenis. Y él, que también la mira, piensa que es extraño, que jamás se había parado a fijarse bien en ella. No podía, porque mirarla dolía, porque le hacía pensar en cosas en que no quería pensar. Sus labios turgentes y perfectos, su nariz pequeña y pecosa... Lo que más le dolía eran sus ojos. Están perfilados en azul y un castaño verdoso, con las pupilas negras en el centro. Debe de haber otros ojos como esos, pero él no recuerda haberlos visto.

¿Por qué le costaba tanto mirarla? Por dos razones. Una, porque cuando la mira ve lo que los hombres le han hecho, y lo aborrece. Dos, porque siempre ha sabido que, cuando mira a Epta, se olvida de Bendidora. Y eso le parece mal. De manera que, teniéndolo todo en cuenta, ha sido mejor mantenerse apartado de ella.

Lo curioso ahora es que lleva mirándola un buen rato. Y que ella le devuelve la mirada. Solo se acuerda de que le ha hecho una pregunta cuando ella la repite:

—¿No? No tenías que haber montado ese caballo.

El caballo. Sí, iba a caballo. Había espantado una mosca y luego se había caído. Y ahora, de pronto, se acuerda. Antes no había tenido ocasión, cuando en su mente todavía permanecían los sueños y visiones que él había creído que eran la muerte. Pero ahora se están desvaneciendo, como si se hubiera abierto una puerta en su cabeza por la que estuvieran escapando todos esos pensamientos. Es una sensación desconcertante.

Epta frunce el ceño.

—Sé que puedes hablar. No finjas estar mudo. ¿O es que no quieres hablar conmigo? ¿Llamo a alguien?

Drenis no quiere hablar con nadie más, no quiere que ella se vaya. La idea le produce un instante de pánico.

—Me voy. —Epta tiende la mano hacia fuera.

—El niño —dice Drenis. Eso detiene a Epta, tal como él esperaba. Son solo palabras, una sencilla idea a la que puede dar voz. Pero entonces se siente estúpido. «¡Pues claro que es un niño, idiota!», se dice. Lo que quería decir era algo como: «No, no te vayas. Quédate. Explícame lo que ha pasado. No te vayas, Epta». Sí, estaría bien pronunciar su nombre. Pero no es eso lo que ha dicho. Por lo visto, su mente no tiene control sobre sus labios.

—¿Quieres ver al niño? Mira. —Epta alza al niño por las axilas para que Drenis lo vea.

Y la mente de Drenis se va donde no debería. ¿Quién es el padre? Podría ser

cualquiera. El mismo Batiato. O uno de sus amigos romanos, uno de los guardias, incluso un gladiador. Busca en las facciones del niño algo que le resulte familiar, algo de Enomao, por ejemplo, un atisbo de Goban o Nico. Pero, por más que lo mire y lo remire, no ve en él a ningún hombre en particular. Se pregunta si el niño podría tener más de un padre, pero le parece una idea perversa y la aparta.

—¿Qué te parece? —pregunta Epta.

Y sin poder evitarlo, la pregunta baja de su mente a su boca:

—¿De quién es?

A Epta se le demuda el semblante, toda su energía se desvanece, la curva de los labios se esfuma. Drenis ha dicho lo peor que podía decir. Es todavía más idiota de lo que pensaba. Un idiota integral. ¿Por qué le ha preguntado eso? No es asunto suyo. Y aún peor, la pregunta ha surgido de un lugar que él mismo no quiere reconocer. Sabe que el hijo fue concebido en el *ludus* de Batiato. Epta puede no saber siquiera quién es el padre. O, si lo sabe, es posible que lo odie a él y las circunstancias de la concepción. Y ahora, por habérselo preguntado, tal vez Epta odie a Drenis también.

Ella coge al niño, camina de rodillas hasta la puerta del refugio y se marcha.

«¿Cómo puedes ser tan estúpido? —se reprende Drenis una vez a solas—. No hace nada que acabas de volver de la muerte y ya lo estás haciendo todo mal».

Más tarde, cuando el atardecer ha teñido la luz de naranja, oye que alguien se acerca. Tiene preparada una disculpa que ha estado ensayando. Cree que está preparado, pero se le va de la cabeza en cuanto oye los pasos. Sus palabras se van como los recuerdos de los sueños. Vuelve a convertirse en un idiota sin idea de lo que podrá salir de su boca. Epta camina deprisa, enfadada. La entrada de la tienda se abre y...

No es Epta.

Espartaco se lo queda mirando. Se pone de rodillas y entra. Su fornida complexión llena la tienda. Tiende una mano y la coloca sobre el hombro sano de Drenis.

—Nos tenías preocupados —dice—. Esos malabarismos con la lanza... No vuelvas a hacerlos, ¿de acuerdo? Y la próxima vez que tengas fiebre, díselo a alguien. ¡Y aléjate de los caballos!

Drenis asiente.

—No me di cuenta.

—Pues la próxima vez más te vale darte cuenta. No fuiste el único en tener fiebres, aunque nadie las sufrió de manera tan aguda. ¿Estás mejor?

—Creía que había muerto.

—Pues no, has salido mejor librado. ¿Epta te ha cuidado bien?

Drenis vuelve a asentir.

—Bien. Ya me darás las gracias más tarde. Si el médico hubiera estado con nosotros, te habría atendido. Pero como no estaba, la mandé a ella.

Drenis no sabe si eso es bueno o malo.

—¿Se ha sabido algo de Filón?

—No. Espero que nos lo encontremos cuando nos dirijamos al sur. Pronto emprenderemos la marcha, Drenis. Te resultará dura. Irás primero en carro. Pero hay que hacerlo ya, mientras sigan frescas las noticias de nuestro verano de victorias. Tenemos que recabar apoyos. No todas las ciudades griegas y latinas seguirán siendo esclavas de Roma. Estamos cerca del punto de inflexión, Drenis. Si una sola ciudad importante se une a nosotros...

Drenis termina la frase:

—... otras la seguirán. Pronto estaré en pie.

—Sí. Bien. —Espartaco le aprieta la muñeca, y con ese gesto deja al descubierto un tatuaje nuevo: la silueta negra de un toro—. Necesito tu bonita cara a mi lado. Si no podemos convencer a los hombres, te pondré a trabajar con las mujeres.

Drenis ignora el comentario.

—Tienes un nuevo estigma.

Espartaco se alza la manga.

—¿Te gusta? Es como el estandarte de Longino. Y me haré más. Uno por cada vez que derrotemos a un ejército importante. Los enseñaré cuando hablemos con los magistrados. —Y se señala el lugar donde estarán esos nuevos estigmas—. Este es Gelio. Este otro, Léntulo. Y aquí, quienquiera que venga a continuación.

El buen humor de Espartaco anima también a Drenis. Así es Espartaco. Es difícil no contagiarse de su humor, no creer en lo que cree y desear lo que desea. Es una sensación agradable, algo que faltaba en su sueño febril.

—No quiero cansarte —añade el tracio—. Solo quería ver por mí mismo que estabas bien. Te mandaré a Epta con carne. —Y antes de irse, se le ocurre algo más —: Dime, ¿qué le has dicho a Epta para que ahora le gustes?

—¿Le gusto? No le he dicho nada. Solo... Bueno, antes he sido un idiota. Ahora ya no le voy a gustar.

Espartaco frunce los labios.

—Ha sido un poco brusca cuando vino a decirme que estabas despierto y consciente. Pero antes... antes de estar despierto y consciente, te la habías ganado. Le dijo a Astera que tenías un corazón bondadoso.

—¿Un corazón bondadoso?

—¡Vaya cara que pones! Te has quedado pasmado, ¿eh? —Espartaco hace ademán de marcharse—. A lo mejor es que le gustaba enjugarte el sudor de la cabeza y el pecho y verterte agua en la boca y limpiar la cama cuando te meabas. —Roza la cabeza contra la parte superior de la entrada—. Lo digo en broma. Pero esto es en serio: Epta necesita a un hombre que sea dulce con ella, pero fuerte a la vez. ¿Quién mejor que tú?

Y tras esas palabras, agacha la cabeza y se marcha, dejando a Drenis todavía más desconcertado que antes.

Más tarde acude Laelia en lugar de Epta. Drenis no tiene nada contra ella. Sabe que es una chica buena y generosa de ojos grandes y oscuros. Y ha conseguido suavizar un poco a Astera. Todo eso es bueno, pero no es Epta.

—¿Dónde está?

—¿Epta? Me ha mandado a mí. Puedo hacer por ti lo mismo que ella. No me importa.

Pero a él sí.

—Por favor, dile que vuelva.

Laelia se lo queda mirando.

—Bien, le diré que la quieres solo a ella.

Lo cual suena bien cuando ella lo dice, pero en cuanto se marcha, Drenis se inquieta. ¿De verdad le va a decir eso? ¿Y por qué suena tan cierto, cuando él ni siquiera lo ha pensado?

Epta vuelve. Drenis no sabe cuándo ha sido. Debía de estar dormido de nuevo. Se despierta como la primera vez, consciente de que se han terminado los sueños y ella está cerca. Oye al bebé, que emite ruiditos de bebé. Ruega, contra toda esperanza, no haber planteado aquella pregunta estúpida. A lo mejor lo ha soñado y ahora descubrirá que Epta no está ofendida.

Está más oscuro que antes, y nota la negrura de la noche en el exterior como una presencia siniestra. En el refugio, una lámpara de aceite arroja una luz trémula y humeante. Vuelve la cabeza. Epta está en las sombras, pero Drenis contempla lo que puede ver de ella: el pelo oscuro, un hombro desnudo, un brazo esbelto que se afana en algo... El niño chillaba y ella tiende ese brazo para calmarlo, exponiendo el perfil de manera que se adivina la forma del pecho bajo su sencilla túnica. Es un pecho pequeño. Kastor bromearía diciendo que eso no es siquiera un pecho, pero para Drenis toda su forma es perfecta. Bendidora era igual. O por lo menos eso piensa, porque sus facciones se han ido desdibujando cada vez más. No había querido reconocerlo antes, pero es cierto.

Drenis se endereza cuando Epta se da la vuelta para acercarse a él de rodillas. A diferencia de Espartaco, ella no parece enorme, sino del tamaño perfecto para ese espacio. Su rostro está en sombras y él no sabe si ella va a mostrarse afable u ofendida. Y la situación empeora cuando su silueta se detiene un largo tiempo. Tiende una mano para tocar al niño, y por fin habla.

—No te tengo miedo. Te podía haber cortado el cuello en cualquier momento, de haber querido, ¿sabes? Lo he visto todo de tu cuerpo. No me da miedo. ¿Tienes vergüenza? ¿Te enfada saber que estabas indefenso cuando yo era fuerte?

¿Le da vergüenza? ¿Está enfadado? Drenis no sabe qué contestar. Pero lo que más importa es que jamás querría que ella le tuviera miedo.

—Te he cuidado —prosigue ella—. Y te despiertas, ¿y qué haces? Miras a mi hijo y preguntas de quién es. Típico de un hombre preguntar eso, porque los hombres piensan que todo les pertenece. Un hombre tiene que haber creado esto. ¿De quién

es? ¿Quién es su dueño, y el mío? Así es como piensas.

—No, eso no...

—Lo preguntaste como si fuera un perro del campamento. ¡Pero no es un perro! El niño es mío. Yo lo creé, nadie más. Yo, con la bendición de la Gran Madre. Yo le puse nombre. Yo sola. Y lo elegí porque no había ningún hombre que pudiera exigir otra cosa. ¿Quieres saber cómo se llama?

—Sí. Dime su nombre.

—Deopus —dice ella con fiereza, más como un desafío que como una respuesta. El niño da un respingo que agita todo su cuerpo y luego se queda quieto. Epta se inclina sobre él y le hace cosquillas con los dedos en el cuello—. Ya sabes su nombre. Chico listo. No como este de aquí.

Su pelo es de un castaño que a la luz de las velas emite destellos rojizos. Drenis contiene el aliento. Desearía que se lo apartara para verle de nuevo la cara. Tal vez está uniendo su nariz con la del niño. No lo ve, pero le gustaría verlo. Conoce ese nombre y sabe lo que significa. Deopus: Hijo de Dios. La temeridad de que una mujer nombre a su hijo en honor de los dioses, sin el reconocimiento de quien plantó en ella la semilla, es asombrosa.

Epta no alza la cabeza, pero el tono cortante vuelve a su voz.

—Te dejo comida porque me lo ha pedido Espartaco. Pero se acabó. Sobrevivirás. Yo he terminado contigo. Búscate a otra. No te costará trabajo, con tu bella cara. Vendrá alguna niña estúpida que se tragará tus insultos como si fueran dulces. Ahí tienes la comida, a tu lado. Cógela si puedes.

—No te vayas —pide él cuando Epta coge al niño—. Epta, por favor, no. No quiero que te vayas. —E intenta decir algo más. No le parece apropiado en ese momento hablar de lo que él quiere, suena demasiado a exigencia. Comienza de nuevo—: Solo he amado a una mujer. Solo a una. Tenía que ser mi esposa, pero...

Ella le interrumpe:

—¿Eso me vas a decir? ¿Me vas a hablar de la única mujer a la que has amado? —Lanza un siseo y retrocede rápidamente—. Me gustabas más cuando balbuceabas febril. Entonces se te entendía mejor.

—¡No, no es eso lo que te digo! No me has dejado terminar.

Pero Epta ya se ha marchado. Drenis oye sus pasos furiosos, y luego el llanto del niño, que se aleja deprisa. Se queda allí tumbado, pasmado consigo mismo. Quería decir lo correcto, quería hacerle saber que era un hombre capaz de amar a una mujer. Y que si antes había amado a Bendidora, ahora podía amar a Epta. ¿Por qué no había encontrado una manera mejor de decírselo? ¿Por qué no había sabido esa verdad antes de comenzar a andar a trompicones hacia ella? ¿Por qué no pensaba antes de hablar? Drenis se queda angustiado, como si una parte de su espíritu abandonara su cuerpo para ir tras ella. Se lleva la mano al pecho, en vano. Le duele, con un dolor distinto de la herida de aquella lanza. Pero aun así, duele.

Epta vuelve la mañana siguiente, declarando que será solo un día más, y solo porque Espartaco se lo ha pedido.

—Le he dicho que bueno, que un día más. Mañana podrás ir en carro y emprenderemos la marcha al sur. Yo no iré en carro. Puedo andar, de manera que iré andando. Otra persona te lavará las sábanas.

Sienta a Deopus y le pone una matraca en su mano regordeta. El pequeño cierra el puño en torno al juguete. Drenis se pregunta de dónde habrá sacado una matraca. De alguna casa romana, seguramente.

—Hoy solo tienes cebada. Vigila al niño, voy a traerla.

Antes de que pueda marcharse, Drenis se incorpora sobre un codo y se tuerce para mirarla. Le hace daño, pero intenta disimularlo.

—Epta... Perdona. Ayer te marchaste antes de que acabara lo que tenía que decir...

—¿Más insultos?

—No. No tenía ninguna intención de ofenderte. Me haces decir cosas que no quiero decir.

—¿Yo? ¿Y por qué iba a hacer eso? ¿Por qué iba a hacer que me insultaras?

Mierda, ya está otra vez. Drenis se recompone.

—No, no quería decir eso. Es que mis palabras se confunden cuando te hablo.

Epta se cruza de brazos.

—Pues dime lo que querías decir.

—Quiero decir —comienza el gladiador— que como soy un hombre que puede amar a una sola mujer... pues que soy raro en eso, distinto de lo que debería ser. No sé por qué, pero es verdad. Amaba a esa otra mujer, pero la he perdido. —Hace una pausa—. Lo que quería decir es que... que lo mismo que me hizo amarla a ella, podría hacerme amarte a ti. Si quieres.

Epta se lo queda mirando largamente, con los brazos todavía cruzados y expresión desafiante. Él empieza a pensar que debería añadir algo más, que ella está esperando eso. Pero no sabe qué más decir y teme volver a meter la pata.

Es Deopus el que habla por los dos. Sacudiendo con furia la matraca, exclama:

—¡Brom, brom, brom, brom! ¡Broooaaamm!

Epta intenta mantener la seriedad, pero no puede. Sonríe, agacha la cabeza y deja que el pelo le caiga delante de la cara.

Y Drenis la ama.

No es fácil distraer a Deopus. Lleva la inquietud escrita en las arrugas de su frente, la desconfianza en la intensidad de sus ojos. Cada vez que se le descompone la expresión y se echa a llorar, Drenis hace algo. Se acerca corriendo. Agita los dedos como si su mano fuera un caballo al galope. Emite sonidos tontos. Sonríe, enarca las cejas, hincha las mejillas. Es agotador, además de doloroso con cada movimiento. Y con cada esfuerzo se gana una tregua cada vez más breve, pero no se rinde. Pase lo que pase, parece muy importante que cuando Epta vuelva no se encuentre al niño

llorando.

De pronto, Deopus hace ademán de gatear hacia la salida.

—¡No! ¡No! —grita Drenis en voz demasiado alta. El chico se queda inmóvil, pero parece asustado. Drenis se arrastra hacia él, que se gira de nuevo hacia la salida.

Y así es como se los encuentra Epta cuando vuelve. Drenis se detiene, sintiéndose absurdo. Ha salido del jergón para acercarse al niño. Está sin aliento y con la frente perlada de sudor. Le cuesta un mundo no mostrar en la cara el dolor de la herida.

El niño gatea hacia su madre y llora por el tormento de haberse quedado a solas con aquel hombre. Y Drenis, que quería que no lo viera disgustado. Ella deja el cuenco, con la cuchara de madera metida en la densa masa de gachas de cebada, y permite que el niño le trepe encima.

—He intentado distraerlo —dice Drenis.

—Es que tiene hambre.

Con un rápido gesto se aparta la túnica y el niño se le engancha al pecho. Drenis carraspea e intenta volver al jergón sin dar muchos respingos de dolor.

—Quería salir del refugio.

—¿Y tú intentabas impedírselo? Ah, por eso tanto agitarte y tanto sudar. Pero si yo estaba ahí mismo, junto al fuego. Si hubiera salido, lo habría visto. —Epta mira a su hijo—. Este no es muy listo, ¿eh? —le dice. El niño no contesta.

Durante un tiempo solo se oyen los sonidos del niño amamantándose, las enervantes chupadas y ocasionales gemidos de placer.

—Tú la amabas, ¿verdad? A Bendidora...

—¿Qué? —Drenis está seguro de que nunca le ha dicho su nombre. ¿Cómo puede saberlo?

—Hablabas de ella cuando estabas con la fiebre. Creías... —Se interrumpe y murmulla algo mientras cambia de postura al niño. Por fin frunce el ceño—. Creías que yo era ella. Me agarrabas la mano muy fuerte y me mirabas, con la cara empapada de sudor. Lloraste al verme. Dijiste que pensabas que no me volverías a ver nunca, y que habías tenido mucha suerte. Dijiste que me amabas. —Lo mira—. Tú no te acuerdas de nada. —Es una afirmación, más que una pregunta. Drenis no dice nada, y ella vuelve a bajar la vista y prosigue en voz baja, como si se dirigiera a su hijo—. Dijiste cosas que ningún hombre me ha dicho. A lo mejor ningún hombre se las ha dicho a ninguna mujer. Al principio me dabas miedo, pero entonces me llamaron la atención tus palabras, aunque intenté no escucharlas porque no eran para mí, sino para ella. Y más tarde pensé que sí me hablabas a mí. Que no lo sabías, pero me estabas hablando. Y que te darías cuenta. Pensé que cuando despertaras sin fiebre, me verías y entonces todo lo que habías dicho sería verdad. Pero de mí. De Epta. Y entonces te despertaste... Lo demás ya lo sabes.

Deopus se retuerce apartándose del pecho de Epta.

—Tú no tienes hambre. Tú estás nervioso. —Lo deja, pero el pequeño vuelve a subir a su regazo y se agita entre sus brazos. Epta mira con franqueza a Drenis—.

Dime, pues, ¿cuál eres? ¿El que me ama, o el que nos insulta a mi hijo y a mí?

Drenis la mira a los ojos, que están perfilados de azul y son de un verde castaño.

—Tú sabes la respuesta. Es lo que has dicho. Se me entiende mejor cuando estoy febril. Siempre ha sido así.

Epta le deja claras algunas cosas. No confiará del todo en él hasta que haya demostrado sus palabras a través de sus actos durante días y días. No se quedará con él si hace daño a su hijo o es malo con él. Tiene permiso para tocarla, pero no de esa manera. Todavía no. No debería intentar forzarla, porque, en ese caso, le odiará y nunca habrá nada entre ellos.

A Drenis le suena todo perfecto.

—No deberíamos malgastar aceite —dice ella, apagando la llama—. A dormir.

Es por la noche. Epta no dice que se va a quedar allí con él. Drenis no comenta nada, pero se alegra. Y también se alegra de que Deopus se acurruque entre ambos. Se contenta con eso y por fin tiene la sensación de que puede respirar. Con la felicidad del momento hay un dolor que yace justo detrás. Sabe que ha perdido a Bendidora. Siempre lo ha sabido, aunque nunca lo ha aceptado. Ahora lo aceptará. No es que la esté sustituyendo por Epta, se dice. Bendidora ya no estaba. En realidad, en los últimos dos días ha hablado más con Epta de lo que jamás llegó a hablar con Bendidora.

—Drenis, hay otra cosa —dice Epta de pronto.

Él responde apretándole la mano.

—Sura dijo que debería matarlo. A mi hijo. Me dijo que no debería ponerle nombre. Que no debería darle de comer ni abrazarlo. Que lo ahogara, dijo, que sería fácil, y que cuando ya no estuviera no tendría que pensar más en su procedencia. Hoy, cuando le he contado que era feliz contigo, me dijo que ella lo haría por mí. Me dijo que no me querrías mientras tuviera al niño en brazos. Que debería dejar atrás el pasado y llevarte a la cama y hacer que me desearas. —Se interrumpe un momento, pero no ha terminado, de manera que Drenis guarda silencio—. Y Sura tiene razón, pero no puedo hacerlo. Y por eso dice que no puedo ser sacerdotisa de Cotito, porque he tenido un hijo concebido por uno de aquellos a los que la diosa desprecia.

—¿Y Astera...?

—Astera no ha dicho nada, pero Sura la convencerá. Lo sé. ¿Lo ves? Soy estúpida. Incluso más que tú.

Drenis quiere decirle que no es estúpida, pero eso no la convencerá. Quiere decir que Sura se equivoca, que Deopus es su hijo y que eso es lo único que importa. Que en realidad no se puede uno librar del pasado, que es una tontería pensarlo. El pasado camina sobre los pies de cada persona. Hay que hacer las paces con él. Y quiere decirle que ya la desea tal como es. Y que si se lo permite, considerará a Deopus su hijo. Le pedirá la mano y se la cogerá para no soltarla nunca. Le dará todo el tiempo que necesite, todo lo que necesite hasta que esté lista. «Te quiero —piensa—, aunque nunca estés lista».

Pero son demasiadas cosas para decir de una vez, de manera que responde:

—No hagas caso a Sura. Quédate con el niño.

—¿Y si no puedo ser sacerdotisa?

—Habla con Astera. Ella te lo dirá claramente y entonces lo sabrás.

Al cabo de un rato en silencio, ella pregunta:

—Si te lo pido, ¿dejarás de hablar de ella? No le deseo ningún mal, pero...

Drenis termina la frase por ella. Sabe perfectamente lo que quiere decir, y lo hace suyo, porque para él también es cierto:

—No le deseo ningún mal, pero de ahora en adelante hablaré de ti. ¿De acuerdo?

Epta, como respuesta, emite un grave sonido gutural. Es una sombría afirmación, y a Drenis le parece de lo más adecuada.

Dolmos

El grupo de jinetes, cincuenta en total, cabalga por los contornos de la carretera romana a través del ondulante paisaje de Apulia. A sus espaldas avanza la enorme masa de los Sublevados. Están bastante alejados para estar fuera de la vista, pero al mirar atrás Dolmos ve sus señales en el cielo: el polvo levantado por tantos pies, cascos de caballo y ruedas y cosas que se arrastran, la oscura nube de pájaros siempre trazando círculos sobre ellos. Han pasado semanas desde que giraron hacia el sur desde Mutina, y han avanzado mucho. Por Umbria tomaron una ruta distinta de la de su trayecto hacia el norte. Encontraron nuevas cosechas a su paso, saquearon más pueblos, tomaron más suministros de los que necesitaban, recibieron todavía más seguidores a cada paso. Los romanos los seguían de lejos, preparándose, se decía, para atacarlos bajo el liderazgo de un nuevo comandante. Que así fuera. Ya habían matado romanos de sobra, piensa Dolmos. Ahora tienen otras cosas que hacer.

En esta marcha no han saqueado ciudades, a diferencia del verano anterior. Han pasado por ellas brindando amistad en lugar de violencia. Sarsina y Sestiman, Cales y Helvillum: a todo lo largo del camino Espartaco iba enviando propuestas a las autoridades, ofreciendo acuerdos de ayuda mutua, una alianza contra un enemigo común. Algunos hicieron oídos sordos y maltrataron a los mensajeros. Otros fueron generosos. Nucerus les envió como regalo una partida de buenos caballos. Assisium les dio una caja de monedas. Espartaco devolvió ambos regalos. En Camerinum, el propio Espartaco saludó a los padres de la ciudad, llamándolos ante las puertas cerradas. Ellos salieron y le escucharon, incluso respondieron con cordialidad. Él les mostró un grupo de cientos de prisioneros romanos, la mayoría capturados en Mutina. «¿Veis? —les dijo—. Incluso a nuestros enemigos los alimentamos y cuidamos, en lugar de asesinarlos como habrían hecho los romanos de haberme atrapado». Los grandes hombres de Camerinum reconocieron todo eso, pero se quedaron tras sus murallas y no prometieron nada. De momento, todos se habían quedado tras las murallas sin prometer nada. Espartaco les dejó su oferta, por si querían recogerla más tarde. Estaba seguro de que lo harían. Solo necesitaban que uno tuviera la osadía de ser el primero.

Por eso había recibido al mensajero de Asculum con tanto entusiasmo. Por eso había oído con atención lo que aquel hombre, Bantia, tenía que decir, y por eso Espartaco ahora cabalga con sus consejeros en dirección a esa misma ciudad. Se han acicalado para la reunión que les aguarda. Espartaco lleva peto y falda de tribuno, y un casco rematado con una cresta de crin. Los otros van ataviados de manera similar, con los mejores avíos de oficiales romanos. Espartaco incluso ha hecho concesiones respecto a su barba. No se la ha afeitado al estilo romano, porque eso sería ir

demasiado lejos, pero se la ha arreglado un poco.

Cuando por fin aparece la ciudad a la vista, Dolmos detiene su caballo. Los otros siguen adelante, charlando entre ellos. Solo Espartaco da media vuelta para acercarse a él. Monta un magnífico caballo, un semental de guerra de pelaje cobrizo oscuro que de lejos parece negro.

—¿Qué te inquieta? —le pregunta.

—Tienen murallas —contesta Dolmos. Es una afirmación obvia, cuya evidencia tienen justo delante. Asculum está rodeada por una formidable muralla que ondula con el terreno en que la ciudad está tallada. No le gusta el aspecto del lugar. Es un revoltijo de piedra, cemento, madera y losas sobre un terreno que es un mosaico de campos y bosques sobre unos contornos naturales. Jamás le han gustado las ciudades. Desearía no tener necesidad de los hombres y la riqueza que hay en ellas.

—Cualquier ciudad que se precie tiene murallas —replica Espartaco—. Considéralas un signo de su fuerza, de las riquezas y recursos que nos proporcionarán. —Se inclina para ponerle la mano en el hombro—. Esto es el principio del fin de Roma. Esta ciudad, unida a nosotros, atraerá a otras. Lo nuestro ya no será una revuelta de esclavos. Será una auténtica guerra, una guerra para la que Roma no está preparada, una guerra que no espera y que no podrá ganar. Lo entiendes, ¿verdad?

Dolmos asiente con la cabeza.

—¿Y por qué debemos entrar sin armas?

Espartaco todavía tiene la mano sobre su hombro. El caballo de Dolmos se aparta un paso, pero Espartaco se agarra al borde del peto de su compañero y el caballo se calma.

—Si entramos en la ciudad, lo haremos como aliados. Recuérdalo. Primero nos reunimos, confirmamos los términos del acuerdo y hacemos un juramento. Solo después comeremos con ellos como amigos. Caminaremos como iguales. Y para ello, debemos ir desarmados. Es razonable. —Espartaco alza la mano para saludar a Gaidres, que se ha dado la vuelta hacia ellos—. ¿Crees que sé juzgar a los hombres?

Dolmos no contesta. No hace falta, puesto que ambos saben que es así.

—Entonces confía en mí: Bantia es sincero. Le miré a los ojos. No me equivoco con él. Lo que ofrece es beneficioso para su pueblo y para nosotros. Aprovechémoslo. Haz esto conmigo. Para cuando acabe el día, la suerte de Roma estará decidida. —Pone en marcha a su caballo.

Dolmos lo sigue de mala gana.

Bantia Vidacilio los abordó varios días antes, justo cuando entraban en Picenum y se extendían por las faldas de los Apeninos. Era una delegación de un solo hombre con un pequeño grupo de jóvenes guardias detrás. Ataviado con ricas vestimentas, llevaba pergaminos que daban fe de su autoridad para representar a Asculum. Sacó la mitad de los sellos oficiales de la ciudad para verificar su posición como uno de los principales magistrados. Solicitó una audiencia con Espartaco y le fue concedida.

Se reunieron a la sombra de una arboleda de robles en la cima de una colina desde la que se veía la marcha de los Sublevados. Fluían en torno a ellos como un río alrededor de un peñasco, a ambos lados, tan cerca que el polvo que levantaban sus pies llegaba hasta la delegación. Se colocaron taburetes y Espartaco se sentó frente a Bantia, ambos hombres flanqueados por sus asistentes. Dolmos era uno de ellos. Las correosas hojas de los árboles le rozaban la espalda, las ramas cargadas de oscuras bellotas que de vez en cuando caían al suelo. Los insectos zumbaban sobre él, hablando unos con otros.

—Ya ves que los míos son numerosos —dijo Espartaco en latín, una lengua que cada vez hablaba con más fluidez, pues la había estado estudiando durante el invierno—. No tienen una nación, ni un solo dios ni un solo idioma. Pero sí tienen un solo propósito: la destrucción de Roma. ¿Estás convencido de esto?

Bantia era un hombre delgado y oscuro, de pelo negro muy corto y unas cejas prominentes salpicadas de canas. Debía de haber sufrido la viruela, porque sus cicatrices le moteaban la piel. Dolmos no hacía más que trazar líneas invisibles entre los puntos, igual que uno conecta las estrellas para crear constelaciones.

—Nos has convencido —dijo el italiano—. Todo lo que has hecho hasta ahora ha causado una gran impresión. Al principio pensamos que agarrarías lo que pudieses y saldrías corriendo a tu tierra. Muchos todavía esperan eso. No saben pensar de otra manera, no saben ver tus actos como parte del gran plan al que pertenecen.

—¿Y Asculum sí?

—Nosotros sí. Los que hace tiempo deseamos unirnos a ti contuvimos el aliento cuando marchabas al norte, preguntándonos si al final te marcharías de Italia.

—Nunca pensamos en marcharnos. Solo estábamos buscando otro ejército romano al que derrotar...

—Y eso hicisteis —asintió Bantia—. Ya lo sabemos. Las noticias corren deprisa. Toda Italia lo sabe. Lo saben todas las ciudades a lo largo y ancho del país. Incluso en mi propia ciudad se ve tu nombre escrito en los callejones. Pequeñas imágenes tuyas pintadas. Te has hecho muy famoso.

Espartaco miró sobre el hombro a Dolmos.

—Somos famosos, Dolmos. Hablarán de nosotros en las historias. Lo dice aquí Bantia. —Volvió a dirigirse al italiano—: ¿Y qué es lo que Asculum desea decirnos? Tienes mi atención.

Dolmos mantuvo su expresión sombría. Echó un vistazo a los soldados detrás de Bantia, que miraban a los tracios que tenían delante. Parecían hostiles. Dolmos no les veía distintos de los romanos: piel oscura, pelo oscuro, rostros afeitados y petos que no los distinguían de los legionarios. Las espadas en sus cintos eran las mismas que habían arrebatado a los cadáveres romanos. ¿Y aquellos iban a ser aliados? Él no lo veía y no podía evitar mirarlos ceñudo.

Bantia y Espartaco, no obstante, parecían a gusto el uno con el otro.

—Hemos oído hablar de lo que propones —dijo Bantia—. Deseas convencer a las

ciudades-estado para que se rebelen contigo contra Roma, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces tú también cuentas con la atención de Asculum. No tenemos ningún aprecio por Roma. Estamos bajo su bota, que nos aplasta. ¿Con qué aliado cuenta Roma que no haya sido sometido a la fuerza? Con ninguno. Es su manera de hacer las cosas. Dicen que somos libres, pero nos someten a impuestos, exigen soldados, nos obligan a luchar en sus guerras por ellos. Y ha sido así durante cientos de años. Fuimos nosotros los que ganamos el imperio de Roma. ¿Y qué hemos recibido a cambio? Muy poco, te lo aseguro. Dicen que somos libres, pero si una ciudad italiana desea hacer tratados y acuerdos de comercio con otra, tenemos que pedir el permiso de Roma. Sus manos están en todo cuanto hacemos, pero nosotros no tenemos voto en nuestro propio destino, ni ningún poder para influir en el suyo. Hace solo dieciséis años nos alzamos contra ellos, como muchas ciudades italianas. Luchamos contra Roma largo tiempo. Lo sé porque mi tío, Gaio, gobernaba la ciudad. Nos sitiaron, pero él no quería rendirse. Él lo sabía. —Alza un dedo torcido, al parecer conteniendo en él lo que Gaio sabía—. Lo sabía.

—Una lástima que perdierais. De haber prevalecido, a mí jamás me habrían traído a rastras a este país. —Espartaco volvió de nuevo la cabeza, esta vez para murmurarle a Gaidres—: Es raro imaginárselo, ¿eh?

Sí, pensó Dolmos, era raro imaginarse eso. Él no sería la misma persona que era ahora si Roma hubiera sido derrotada antes. Jamás lo había pensado así. ¿Qué redes invisibles conectaban los destinos de hombres que ni siquiera se conocían?

—Cuando la ciudad votó por rendirse —prosiguió Bantia—, mi tío se quemó para morir con honor. Hizo bien. ¿Cómo tratan los romanos a quienes se rinden? No mejor que a quienes no se rinden. Los quemaron a todos. Los mataron a todos. Nos lo quitaron todo.

—No mataron o quemaron a todos —señaló Espartaco. Dolmos percibió la sonrisa en su voz—. Tú estás aquí. Tal vez los romanos no fueron bastante exhaustivos.

Un espasmo alzó por un segundo un lado del rostro de Bantia, pero solo un instante.

—Es para mí una vergüenza seguir vivo cuando tantos de mis seres queridos murieron.

Un buey que pasaba bramó una queja, tan fuerte que Bantia miró en su dirección y volvió a fijarse en la continua marea de hombres, mujeres y niños, carretas y bestias que pasaban entre una discordancia de ruidos, charlando y riendo. La cabeza de la muchedumbre quedaba oculta en uno de los valles entre colinas. La cola todavía no había aparecido a la vista.

—Por Júpiter, ¿veis eso? —masculló el italiano. Luego se dirigió a Espartaco y los que tenía a su espalda—: Sois una gran hueste. Es lo que quiero decir.

Espartaco asintió con la cabeza.

—Pero mis colegas tienen preguntas. —Sus dedos danzaban para mostrar que no tenía duda de que las preguntas serían contestadas—. Un asunto que les preocupa es el de los esclavos. Quiero decir, ¿hasta dónde va a llegar? Tú y todos aquellos que están contigo os habéis ganado increíbles honores, eso no lo dudamos. Pero ¿harás que todos los esclavos de Italia se rebelen contra sus amos? Porque en ese caso encontrarás imposible ganarte ningún aliado aparte de los esclavos. Lo que quiero decir es que... no solo los romanos tienen esclavos. Necesitamos garantías de que no volverás a nuestros propios esclavos contra nosotros. Tienes que entender... —Esta vez los gestos de sus manos eran tan vagos como para contradecir la noción de entendimiento. Lo que quiera que dibujaran era una idea incompleta, igual que su inacabada frase.

Espartaco se puso en pie. Bantia dio un respingo. El tracio sin duda lo advirtió, pero no lo demostró. Se apartó unos pasos y arrancó unas bellotas de una rama baja. Dándoles vueltas en una mano, dijo:

—Nuestra fuerza está en el número de nuestras filas, en el hecho de que Roma trajo aquí a muchos contra su voluntad. Eso sigue siendo una fuerza, pero no podrá llevarnos mucho más lejos. Quiero más fuerza, la que Asculum pueda facilitarme. Así que escucha lo que pienso sobre el asunto de los esclavos. Si las ciudades italianas se nos unen, y traen con ellas los hombres y los fondos para librar una guerra con Roma, nosotros nos transformaremos de manera acorde. —Hizo una pausa y alzó la vista de las bellotas. Inclino la palma y cayeron al suelo—. Con esto quiero decir que ninguno de nosotros debería llamarnos ya esclavos. Y como no somos esclavos, no tenemos nada que ver con el destino de otros esclavos. Lo que importa es Roma. Esto lo ofrezco solo si os unís a nosotros. Si no, sacaré mi fuerza de donde pueda.

Dolmos volvió la cabeza. El perfil de Gaidres no mostraba ninguna emoción. No veía a los demás, pero oyó que alguien gruñía. Tenía que ser Nico. Hacía tiempo que decía que eran una muchedumbre demasiado abultada, con muchas mujeres y niños entre ellos. Pero ¿qué pensaban los otros? Y él mismo, ¿qué pensaba? No estaba muy seguro.

Bantia se levantó y dio un paso hacia Espartaco, alzando los brazos. Se movía despacio, con cautela, pero lo que ofrecía estaba claro. Espartaco lo aceptó. Le devolvió el brazo, rodeando con su cuerpo enorme y musculoso al italiano como si fuera una mujer. «Esto significa algo», pensó Dolmos. Lo preguntaría más tarde, pero de momento guardó silencio, igual que los demás.

—Llevaré a mi pueblo tus palabras —dijo Bantia—. Estaré encantado de hacerlo.

Lo hizo. Y volvió con una invitación para que una delegación se reuniera con los principales magistrados de Asculum. Como iguales, en amistad, para considerar futuras acciones como aliados.

Por eso está aquí Dolmos, viendo suceder las cosas. Los magistrados los reciben fuera de las puertas de la ciudad, siete de ellos, acorde a los siete representantes de los Sublevados. Bantia los saluda a todos por su nombre. A Dolmos se le hace

extraño oír su nombre en labios de ese hombre, que los abraza y, por tanto, los trata como iguales y los presenta a sus compatriotas. Estos no ofrecen abrazos, pero tampoco lo hizo Bantia la primera vez que se reunió con Espartaco. El gesto de amistad vino más tarde. Tal vez así es la costumbre aquí.

Al igual que Bantia, los otros italianos muestran su riqueza en los vivos colores de sus túnicas, en el pliegue de tejido que llevan doblado sobre el brazo. No llevan togas exactamente, pero casi. Dolmos no se fía de ellos, pero es difícil temerlos. Espartaco y Skaris se alzan como gigantes sobre ellos, al igual que Gannicus y Castus. No parecen ni la misma especie de hombres. Skaris podría partirle el cuello al magistrado que no cesa de parlotear sobre las fortificaciones de la ciudad. Gannicus muestra una sonrisa imperturbable y hace chistes que el italiano obviamente no comprende. Espartaco está tranquilo, sin mostrar ni un ápice de la preocupación que atormenta a Dolmos.

Este se limita a observar. No es su papel tomar parte en todo aquello. No tiene que decir nada cuando se sientan con los magistrados a debatir los términos de su alianza. Eso es cosa de Espartaco y Gaidres. Y de Gannicus y Castus. Él oye lo que dicen, pero lo que importa no es lo que dicen. Busca el engaño detrás de las palabras, en los rostros y los gestos de los italianos. ¿Lo encuentra? No sabría decirlo. Por más que lo intenta, no logra leer sus intenciones. Están algo incómodos, sí, pero no significa nada. Son altivos, pero eso no es una traición. Su dificultad es que nunca se ha sentado con italianos de rango como aquellos. Conoce a los romanos como soldados o esclavistas, y estos no le parecen romanos. Hablan la lengua romana y sus soldados luchan en las legiones romanas. Pero contra su voluntad, se dice Dolmos. Al menos eso aseguró Bantia, y estos hombres lo están confirmando. Dolmos intenta consolarse con eso. A veces lo logra y a veces no.

Ya ha caído la tarde cuando terminan. Se han puesto de acuerdo. Los magistrados lo aseguran y se besan el dorso de la mano. Por lo visto, esto es la confirmación. Los delegados de los Sulevados, tras un momento de desconcierto, pronuncian también el acuerdo y se besan las manos. Mañana se escribirán los detalles sobre pergamino. Los sacerdotes de la ciudad los bendecirán. Los Sulevados harán que sus personalidades sagradas hagan lo mismo. Se ofrecerán sacrificios, se leerán augurios. Si todo va bien, habrá un período de celebración. Luego librarán batalla contra Roma.

Todo ha ido exactamente como Espartaco esperaba. «Por supuesto —piensa Dolmos—. ¿No van siempre las cosas según los deseos de Espartaco?».

Dolmos mantiene su silencio cuando uno de los magistrados se dirige a él. Entiende el latín mejor que lo habla. Responde con un asentimiento de la cabeza, lo cual es suficiente. Se quita el cinto de la espada y la daga y deja todo junto a las armas de los siete que cenarán con los magistrados. No le hace ninguna gracia, pero sucede. No le hace ninguna gracia, pero prefiere estar dentro, cerca de Espartaco, que quedarse con el contingente armado que aguardará fuera de la ciudad. Al fin y al cabo, tiene cierta lógica. Los magistrados no van armados. ¿Por qué iban a portar

armas sus invitados?

El caso es que ahora son amigos. Han concluido los asuntos oficiales y ahora partirán el pan como iguales.

Al cabo de poco están sentados los siete sobre cojines en torno a unas mesas bajas cargadas de pan y fruta, garrafas de aceite y vino, platos de quesos. Dolmos se fija en los cuchillos del queso. Son romos, por tanto, inofensivos. No tiene ganas de comer y no toca los alimentos. Alza la copa de vino cuando se ofrece algún brindis, pero el vino apenas le moja los labios.

Se fija en todo: los magistrados sentados frente a ellos, los criados que se alinean en la pared de atrás, los esclavos que van y vienen con platos de carne y verduras. Tanta comida. Tantos esclavos. Una sala tan grande, con paredes de hormigón pintadas en imitación del paisaje circundante, con losetas de colores que trazan dibujos en el suelo. Hasta los blandos cojines y sus intrincados bordados desmienten la afirmación de que Asculum es esclava de Roma. Si esto es esclavitud, es muy distinta de la que Dolmos ha conocido.

Bantia, una figura central en el discurso previo, está sentado ahora frente a Dolmos, en un extremo de la larga mesa. En varias ocasiones intenta participar en la conversación, pero cada vez algún magistrado lo interrumpe, como si se hubieran aliado para no concederle mérito alguno en la apertura de las negociaciones con los Sublevados. A juzgar por su expresión, no está nada contento.

En cierto momento, Nico le da un codazo a Dolmos:

—Deja de mirar así a todo el mundo. Los estás incomodando.

Dolmos no está de acuerdo. Él es quien está incómodo, no los italianos, que no hacen más que hablar y comer, comer y hablar. Sienten curiosidad por todos los aspectos de su vida como gladiadores, de las condiciones del *ludus*, de su fuga. Quieren saberlo todo, y parecen encontrarlo todo divertido y sorprendente. Una y otra vez comentan que la versión que cuentan los gladiadores es muy distinta de los rumores que circulan por todo el país. Es mucho mejor, aseguran, con muchos más personajes de los que imaginaban.

Cuando Gaidres les cuenta la suerte que tuvieron al dar con un soldado romano que se ofreció a guiarlos hasta el alijo de armas de gladiador que, por coincidencia, les pillaba de camino a Capua, el hombre que se sienta frente a Castus exclama:

—¡No puede ser verdad! ¿Un romano os llevó hasta las armas? ¡Menuda suerte! Eso fue lo que hizo posible todo lo demás, ¿no es así? Sin ese patético soldado, os podrían haber dado caza y matado cuando lo mejor que teníais era, ¿qué?, ¿cuchillos y aperos de granja?

—Me han dicho que usabais cazuelas a modo de cascos —interviene otro—. ¿Es verdad?

Gaidres no dice nada de las cazuelas, pero sí admite:

—Fue una suerte dar con esas armas.

—¡Qué diferente es oírlo de sus bocas! —tercia otro magistrado. Se llama

Tuliacus o algo así, Dolmos no lo ha oído bien—. Decidme, ¿es verdad que os disfrazasteis de legionarios romanos cuando atacasteis a Clodiano?

Antes de que nadie pueda responder, Stadius, el magistrado jefe de la ciudad, los interrumpe:

—Alto. Dejad que lo cuenten en orden, para que no sea todo un batiburrillo. ¿No te parece que es lo mejor? —La pregunta va dirigida a Espartaco, que está sentado justo delante de él. Dolmos piensa que Stadius le recuerda a Batiato. Está reblandecido, pero es evidente que en otros tiempos fue fuerte. Tal vez todavía lo sea. Es de pecho robusto y se perciben los músculos bajo la abundancia de sus carnes. Sus cejas se alzan cuando escucha, caen cuando habla—. Contádnoslo todo. Luego vendrá el postre.

Era una petición fácil de satisfacer. A los tracios y germanos nada les gusta más que contar las hazañas de las que se enorgullecen. El vino ayuda. Demasiado vino, en opinión de Dolmos. Los otros se atropellan unos a otros para contar la historia de los Sublevados. Uno toma la palabra durante un rato, hasta que otro encuentra fallos en su narración, y entonces prosigue él con la historia, hasta que alguien le hace lo mismo. Dolmos guarda silencio.

—Bebe algo —le susurra Nico—. Come algo. ¡Di algo! Eres más aburrido que los cagarros de un burro.

Dolmos coge su copa y se moja los labios. Observa.

Los esclavos que le sirven son hombres y mujeres, jóvenes en su mayoría. Llevan sencillas túnicas que, en las mujeres bien formadas, resultan sugerentes. Dolmos intenta no fijarse en ellas. Pero sí se fija en Nico, que señala a una joven y le dice algo a Skaris. Y Gannicus, al otro extremo de la mesa, sienta en su regazo a una mujer y le hace cosquillas. A ella no parece molestarle mucho. Dolmos piensa que es extraño lo fácil que resulta aceptar la esclavitud ajena. Incluso para ellos, que son los que menos deberían aceptarla. Se cuida de mantener la vista apartada de brazos y piernas, pechos y culos, mientras sigue buscando con la mirada las cosas que deberían verse.

Hay un esclavo personal detrás de Stadius que se distingue de los demás. A Dolmos no se le da bien juzgar la belleza masculina, pero imagina que el mohín de los labios del esclavo y sus pómulos prominentes deben de considerarse atractivos. Su pelo sin duda suscitará envidias, esos rizos castaños que caen hasta sus hombros. Su función, al parecer, es hacerlo todo por Stadius. El amo no tiene más que alzar una mano con cierto gesto para que el esclavo se adelante, le coja la copa, la rellene y se la ponga en la mano. Y lo mismo con la comida. El amo señala con un dedo y el esclavo elige el bocado y lo coloca en el pequeño plato de Stadius. A veces, le mete directamente la comida en la boca. Stadius ni siquiera parece advertir su presencia, tan solo sus actos.

Pero no es esto lo que llama la atención de Dolmos. Ni el hecho de que, cuando no está realizando ninguna de esas tareas para su amo, el esclavo se mantiene

erguido, con las manos a la espalda, mirando fijamente a Espartaco. Ninguno de los otros esclavos hace eso. En general, sus rostros muestran una expresión vacua. Deben de estar prestando atención a todo, pero no como el que está detrás de Staius. Dolmos intenta poner fuerza en su mirada, tocar con ella el rostro del joven. Quiere hacerle saber que lo vigila.

El sol se está poniendo. Si estuviera más cerca de Espartaco, Dolmos se lo advertiría. Se ha hecho muy tarde. Deberían marcharse ya para reunirse con los Sublevados antes de que caiga la noche. Pero no está bastante cerca para susurrar, y Espartaco no tiene aspecto de estar pensando en marcharse. La animada narración continúa. Dolmos está ansioso por encontrarse de nuevo al aire libre, no en aquel espacio cerrado tan lleno de gente y antorchas y fragancias.

Por fin, la historia termina con la llegada de Bantia. Gaidres empieza a describir el momento:

—Es un hombre pequeño, pero tiene los cojones de acercarse a nosotros...

—Es una historia magnífica —lo interrumpe Staius—. Ya conocemos el resto porque lo estamos viviendo. Bien, es el momento de los dulces. —Sonríe y chasquea los dedos—. Deprisa, esclavos.

La sala se convierte en un torbellino de movimientos. Entran esclavos que se llevan los platos de comida. Dolmos pierde de vista al que tenía Staius detrás, entre la marea de cuerpos que le pasan por delante. También nota que pasan por detrás, para tender los brazos y seguir retirando la mesa. Staius, por primera vez en toda la tarde, coge una jarra de vino con sus propias manos y se inclina para ofrecerle a Espartaco. Los otros magistrados lo imitan, aunque Bantia es el más lento. Es probable que haya advertido que Dolmos no bebe, pero también parece desconcertado tanto por el gesto como por la intensidad de los movimientos alrededor.

—Roma es un amo duro —declara Staius, en voz bastante alta para que todos lo oigan por encima del estrépito. Y se interrumpe como si se le hubiera ocurrido algo gracioso—. Aunque no hace falta que os lo diga, ¿eh? —Se vuelve al magistrado junto a él—. Escuchadme. ¿Quién soy yo para hablarles de amos difíciles a ellos? Estoy seguro de que saben de sobra lo que es eso. —Y de nuevo se dirige a Espartaco—. ¿No es así?

El tracio carraspea, confirmando que ha oído la pregunta, pero no dice nada.

—Lo cual me lleva a donde quería llegar —prosigue Staius—. Es cierto que tanto tú como yo tenemos problemas con Roma. En muchos aspectos. Pero también hay asuntos que siempre separarán nuestros intereses. Estoy seguro de que lo entiendes. Las cosas son algo más complicadas que como las plantea Bantia.

Dolmos atisba por un instante al esclavo de Staius. Ladea la cabeza para ver mejor entre los cuerpos en movimiento. Por una vez, el esclavo no está mirando a Espartaco, sino más allá, oscilando de izquierda a derecha. El joven ve algo que de repente lo deja con la boca abierta. Y en el acto palidece. Dolmos se vuelve para ver

qué es, pero solo distingue el correteo de los esclavos. Se mueven mucho, lo cual es extraño porque todavía no han retirado la mesa ni han traído los dulces que Statius ha mencionado.

—La verdad, Espartaco —prosigue el magistrado—, es que todos mis problemas con Roma pueden resolverse para mi beneficio. Con tu ayuda, por supuesto. Has sido muy generoso al ofrecerla. —Da unas palmadas con entusiasmo—. Muy, muy generoso.

Detrás de los esclavos ataviados con sus sencillas túnicas cortas, Dolmos atisba algo más. El destello de un peto. Un casco. Se pone en pie para ver mejor. Atisba un hombro recubierto de cuero. Y luego una cara que le mira bajo un casco. Soldados. Cuando abre la boca para dar la alarma, uno de ellos se abre paso de un empujón entre los esclavos. Un pie golpea la rodilla de Dolmos por detrás, derribándolo. El pie le aplasta la rodilla contra la piedra. Una mano le agarra el pelo y una hoja se hunde en su cuello. Dolmos intenta darle un codazo en la entrepierna. Falla. Lo intenta de nuevo. Una rociada húmeda le salpica la cara, caliente y metálica. Se detiene en seco. Tal borbotón de sangre es una herida mortal. Si es su sangre, ya está muerto. Pero no lo es. A su lado, Nico grita mientras otro soldado le rebana el cuello. Cae de bruces, con un terrible corte vertiendo sangre sobre la mesa.

El caos se apodera de la sala. Los soldados salen de su escondrijo, apartan a empujones a los esclavos y se arrojan sobre los gladiadores, que intentan ponerse en pie. Siguen entrando más soldados. Detrás de los magistrados aparecen lanceros. Sus armas sobresalen sobre las cabezas de los oficiales, oscilan como serpientes listas para atacar. De repente son toda una multitud.

—¡No os resistáis! —grita Statius, todavía sentado, haciendo gestos a los otros magistrados para que tampoco se levanten—. ¡No os resistáis o moriréis todos! Igual que ese. ¡Mirad, está muerto! —Señala a Nico—. Podéis seguirlo, si queréis.

Skaris se lanza contra él, debatiéndose furioso contra los dos soldados que lo sujetan. Espartaco, que está inmovilizado dentro de una jaula de puntas de espada, le grita que se esté quieto.

—¡Basta! ¡Basta! Nos tienen en su poder. ¡No os mováis!

Dolmos no quiere quedarse quieto. Quiere saltar sobre la mesa y estrangular a Bantia con sus propias manos. Está tan furioso que sabe que sería capaz de hacerlo. Él mismo moriría, pero también ese maldito traidor. Todo ha sido obra suya. Los soldados, las espadas, las lanzas. Todo un complot. Traición. Y por ello Nico está muerto. Dolmos quisiera hundirle los ojos con los pulgares hasta reventárselos.

—Calladlo.

Por como Statius señala, Dolmos piensa que se refiere a él, que ha estado pensando en voz alta. Pero no. Uno de los soldados cerca de Bantia le da un puñetazo en la cabeza, tirándolo al suelo. Y eso, más que la preocupación por su vida o la orden de Espartaco, es lo que mantiene inmóvil a Dolmos. ¿Qué está pasando aquí? No lo entiende todavía. Hará lo que haya que hacer, pero primero tiene que entender

qué hay que hacer. Deja de debatirse contra el hombre que tiene a la espalda, que le está tirando del pelo y tiene la punta de la espada contra su hombro, en el punto en que, de hundirla, encontraría el corazón. Hay otro soldado también. Con una mano presiona con fuerza el otro hombro de Dolmos, manteniéndolo sentado, inclinado. Este también le apunta con una espada que ya ha mordido la carne y podría hundirse más, tanto adrede como por descuido. Podría matar a Dolmos solo por la tensión del momento.

Los últimos esclavos salen de la sala, ahora abarrotada de legionarios. El único que se queda es el que estaba detrás de Staius, y que ahora se encuentra pegado a la pared junto a los soldados que protegen a su amo. Todos los gladiadores están sujetos por más de uno, con más de un arma presionando sobre puntos vitales. Se miran. Miran a Nico, muerto, y a Espartaco, que tiene el mentón tenso. Dolmos quiere gritar, pero Espartaco ha pedido silencio, de manera que obedece.

Dolmos habla mentalmente con la diosa. «Cotito, escúchame. Míranos. Ayúdanos».

Espartaco solo dirige una palabra a Staius.

—Explícate.

Staius, con todas esas lanzas en ristre sobre él, parece tranquilo.

—Está sorprendido. ¡Miradlo! ¡Está sorprendido! Qué gracioso. Ay, bárbaro, no sabes cuánto me diviertes. ¿Te digo por qué? En primer lugar, es divertido que te atrevas a soñar que una ciudad tan magnífica como la nuestra consideraría siquiera una alianza con esclavos. Con sucios, asquerosos y deshonorosos esclavos. Y todavía peor, gladiadores. Brutos condenados a morir pero sin la decencia de aceptarlo. ¿No ves hasta qué punto es una locura? No eres alguien a quien unirnos. Eres alguien a quien despreciar. En segundo lugar, lo fácil que ha sido traeros hasta aquí para acordar unos términos y besaros la mano y luego... Que de verdad creyeras que nos sentaríamos con vosotros y comeríamos en la misma mesa para sellar un acuerdo. ¡Por Júpiter, tu arrogancia es asombrosa! ¡Ninguna ciudad de Italia se unirá a vosotros! Lograd todas las victorias que queráis, eso no cambiará lo que sois. Y tú... —espeta— tú hiciste que los romanos lucharan entre ellos para tu diversión. ¿Crees que algún romano olvidará eso nunca?

—Magistrado, ese era precisamente el objetivo —replica Espartaco—. Que nunca lo olviden.

Aquello parece enfurecer a Staius.

—¿Quieres ver morir a otro de tus hombres? ¿Cuál? ¿Ese grandullón que tantas ganas me tiene? ¿Qué te parece? Muerto ante tus ojos. ¿Quieres oler su mierda y sus entrañas? ¿O mejor el alto y estúpido? —Ahora sí señala a Dolmos.

Bantia empieza a emitir una súplica, pero recibe otro puñetazo, tan fuerte esta vez que se queda tumbado de lado, pestañeando, boqueando como un pez recién sacado del agua. Dolmos ya no quiere estrangularlo ni sacarle los ojos. A Bantia también le han engañado. Y su propia gente.

—Statius, cometes un error —dice Espartaco. Dolmos se queda pasmado ante su deferencia, su tono sereno—. Deja que te entreguemos Roma. Sabes que podemos. Déjanos darte Roma.

—Ah, ese momento ya ha pasado. Se ha derramado sangre.

—No tiene por qué derramarse más. Olvidémoslo.

¿Olvidar? ¿Nico muerto y olvidado? Imposible. Y entonces Dolmos lo entiende. Espartaco miente para ganar tiempo. Su serenidad es una finta, está buscando la manera de atacar. Dolmos lo intenta también. Pero una espada le pincha la espalda y otra el hombro. Está atrapado. Todos están atrapados.

«Diosa —reza—, sálvanos. Devoradora de hombres, permítenos matar a estos por ti».

Statius hace una mueca y menea la cabeza.

—No, no, nada de tratos entre nosotros. Todo era un medio para un fin. Saber qué tienes en mente. Constatar tu arrogancia. Y que tú y tus oficiales fuerais atrapados por Asculum. He cortado la cabeza a la bestia que has creado. Esclavo, tu rebelión ha terminado. Y no terminará bien para ti, aunque creías que nunca iba a pasar, ¿verdad? Pero Asculum... Creo que sacaremos provecho si os entregamos a Roma.

—Odias a los romanos —replica Espartaco—. Tú mismo lo dijiste, y yo percibí la verdad en tu voz.

Statius se encoge de hombros.

—No los odiaré tanto cuando nos concedan la ciudadanía.

—Mi ejército...

—¿Tu ejército qué? No pueden hacernos nada. ¡Ya has visto nuestras murallas! Aquí estamos perfectamente a salvo. Y tu ejército, sin tu inteligente liderazgo, será aniquilado.

«Diosa de la furia —piensa Dolmos—, obra un milagro».

Espartaco sigue intentando ganar tiempo. Comienza de nuevo, todavía en tono razonable, casi amistoso.

Pero Statius lo interrumpe:

—¡Basta! ¡Basta de cháchara!

El esclavo de Statius se filtra entre los soldados cuyas lanzas oscilan sobre la cabeza del magistrado, que sigue hablando. Ahora se dirige a los soldados:

—Atadlos de pies y manos. Si se resisten, podéis herirlos. Pero no los matéis. Van a poder ver Roma una última vez.

«Por favor —sigue rezando Dolmos—, Madre Sangrante, haz un mi...». Sus pensamientos se desvanecen al ver al esclavo de Statius.

Statius no lo ve. Los soldados tampoco. Parece que el esclavo hubiera leído algún signo de su amo y se apresure a hacer una tarea para él. Por eso nadie hace nada cuando tiende el brazo sobre el hombro de Statius y le clava un cuchillo en el pecho. Su brazo delgado saca el cuchillo y lo vuelve a hundir una y otra y otra vez. Está diciendo algo, pero en voz tan baja que no se entiende. Los chasquidos de su puño

contra el pecho del magistrado son más fuertes. Staius escupe un borbotón de sangre, inmóvil como una piedra, pasmado. El ataque solo dura un momento, pero durante el mismo toda la sala se ha quedado petrificada, todos boquiabiertos. Staius se desploma hacia delante, con el esclavo montado a su espalda. Es como si el tiempo se hubiera ralentizado de un modo incomprensible. En ese alargado instante, Dolmos sabe exactamente dónde está uno de los hombres detrás de él. Hace un instante su espada le presionaba la espalda, ahora la punta se ha retirado, y la mano que le agarraba el hombro se ha aflojado. La otra espada sigue ahí, pero el soldado debe de estar absorto en la lenta caída de Staius.

El esclavo se incorpora del cuerpo de su amo y grita:

—¡Por los Sublevados!

Y de golpe el tiempo vuelve a recuperar su ritmo. Todo sucede a la vez, aunque al principio Dolmos solo experimenta una parte. Adelanta el torso para alejarlo de la punta de la espada, se da media vuelta, agarra los tobillos del soldado y da un tirón. El hombre cae manoteando y arrastrando al segundo soldado. El primero aterriza sobre la piedra. Dolmos se abalanza, lo agarra por el mentón metiéndole los dedos en la boca y le estampa la cabeza contra el suelo. Hunde la rodilla en el brazo que sostiene la espada hasta que la suelta. Dolmos la agarra justo a tiempo de clavársela en la entrepierna al segundo soldado. Pone en la estocada todo su peso, buscando una arteria.

El efecto es inmediato. Sangre y orina. El hedor de las heces. El hombre se queda inmóvil, espada en mano, pero está acabado. Solo intenta estarse quieto con la esperanza de que lo que ha sucedido no haya sucedido. Dolmos coge la espada y mira al soldado atrapado bajo él. Su expresión es desesperada. Le ha mordido los dedos y su rostro es una máscara de saliva y sangre. Dolmos apoya la punta de la espada en su cuello y descarga en ella su peso.

Por fin se levanta. Los otros han hecho lo mismo. Todos están luchando, todos se las han apañado para conseguir armas. Los magistrados intentan huir, pero se enredan entre las piernas de los soldados que los protegen. Los lanceros atacan a los gladiadores por encima de la mesa. Dolmos, que está en un extremo, la rodea y se lanza contra un lancero desde un lado. Le clava la espada en el cuello; al siguiente, en la axila. Pisotea la mano de un magistrado y le hunde la hoja en la espalda. A continuación agarra una lanza y se arroja contra los lanceros entre rugidos, mandobles y estocadas. Es un caos, pero está matando. Sigue vivo, pero provoca la muerte de otros.

Hasta que Espartaco los va reuniendo a todos en un apretado grupo. Luchando a la defensiva, se mueven como un solo hombre hacia el patio. Los soldados los rodean, pero con actitud tentativa. Ahora no tienen más ventaja que su número, y los gladiadores son mucho más hábiles matando.

—Dolmos, ¡a Gaidres! —exclama el tracio.

Solo entonces advierte Dolmos que Gaidres está herido. Lleva un peto romano,

pero una lanza ha debido de perforarlo. Se aferra el costado ensangrentado y con la otra mano sostiene una espada, pero se tambalea. Tropezaba cuando bajan las escaleras hacia el aire de la tarde y las anchas calles de la ciudad. Dolmos se mete bajo su brazo para sujetarlo. Espartaco hostiga a los soldados que los rodean, se mueve deprisa haciendo fintas. ¿Quién entre ellos desea morir?

—Adelante y moriréis —les dice—. ¿Quién quiere vivir? Retroceded y viviréis.

—Dejadnos pasar —repite Gannicus una y otra vez—. ¿Queríais traicionarnos? ¿Queríais traicionarnos?

Skaris está horrorizado. Ruge su furia sin palabras con el rostro ensangrentado: su propia sangre, de una herida en la cabeza.

Espartaco se abalanza contra un legionario que tropieza, le abre el vientre y le propina una patada en el pecho. El romano cae al suelo.

Los soldados titubean y los gladiadores aceleran. Es difícil con Gaidres, pero Dolmos corre todo lo que puede. Las puertas de la ciudad no están lejos. Siguen abiertas. Skaris les grita en tracio a los hombres que hay al otro lado, que de inmediato se ponen en pie y se lanzan contra las puertas. Los guardias sobre la muralla se disponen a acabar con ellos.

«No lo conseguirán», piensa Dolmos. Ahora lo sabe. Sobrevivirán. Cotito ha respondido a sus oraciones. Cae en la cuenta de que no sabe qué ha pasado con el esclavo de Staius después de que la diosa moviera su cuerpo y hablara por su boca. Tal vez la propia diosa lo haya hecho esfumarse. O tal vez ya ha acabado con él. Tampoco conoce la suerte de Bantia. Quizá también él haya muerto, como Staius y muchos otros. Pero ellos han sobrevivido. Es la prueba que necesita de que Cotito los ama.

Avanza cojeando, sosteniendo a Gaidres. Van un poco por detrás de los otros, pero las piernas de Gaidres son más débiles a cada paso, aunque el gladiador es fuerte. Vivirá. Ya están llegando. Delante, Espartaco y Skaris, Gannicus y Castus avanzan bramando, imparables, apartando a los italianos, como debe ser siempre. No hay que fiarse de ellos jamás.

Solo matarlos.

Eso es lo que está pensando cuando un golpe lo alcanza por la espalda.

Sura

Cuando Sura se entera de que el médico griego, Filón, ha vuelto de su misión en Sicilia, está preparando una nueva tintura de belladona, la Dama de los Ojos Brillantes. Muele la raíz y mide con una cucharilla para verter la dosis correcta en una fermentación de vinagre de manzana. Termina lo más deprisa posible, y luego guarda las hierbas que ha utilizado, cada una en su propio saquito: *jabonaria* y *thalictrum*, flor de Bendis y lengua de caballo. Las raíces de belladona las mete con cuidado en un recipiente metálico, cogiéndolas con un paño para protegerse los dedos. Las semillas van a sus cajas de madera, y las hojas a un saco marcado con cráneos de roedor atados a las cuerdas que lo cierran. Con los tallos más largos forma haces. En cuanto están bastante ordenados para que Astera no advierta sus prisas, sale de la tienda.

Encuentra al griego sentado con Gaidres, Drenis y Baebia, el romano, que ha sido aceptado en el círculo íntimo de Espartaco desde que fue como mensajero al ejército de Clodiano, una hazaña que procuró, la propia Sura lo reconoce de mala gana, la matanza de muchos romanos. Están en un claro en el centro del campamento tracio, que acaban de montar en las faldas de las montañas Sila, al sur de Thurii. Esa ciudad, que les había dado la bienvenida el año anterior, ahora les ha cerrado las puertas, como la mayoría de ciudades a que se han acercado. Espartaco ha hablado largo y tendido con oficiales de Brundisium, pero tampoco de ahí ha salido nada en claro. De manera que aquí están, acampados, sin ningún objetivo. Espera que Filón y Kastor les hayan traído ese objetivo.

Un hombre al que no conoce ocupa el lugar de Kastor, junto a Filón. Tiene la piel cobriza, más oscura que la del romano, aunque Sura no sabe a qué tribu pertenece. Su pelo negro tiene rizos del grosor de serpientes. Sus ojos oscuros le dan aspecto de taimado y peligroso, pero no como un guerrero: lleva demasiados anillos y pulseras para eso. Sura desconfía de él al instante.

Pero lo que importa es que no es Kastor, a quien ella desea ver otra vez. Desearía verlo aparecer, alto y petulante, cómodo con su cuerpo y su sonrisa. Ansía verlo y que él la vea y sonría. Lleva meses esperando ese momento. Podría haber tenido a otros hombres, pero los que ella habría aceptado no puede tenerlos. Aunque Espartaco, como Zagreus, había hecho el amor con ella, eso no había cambiado nada. No volvió a suceder. El tracio no la miró después de manera distinta, ni habló de ello ni la buscó de nuevo. Sura pensó que, habiendo recibido su semilla en el vientre, podría darle un hijo. Pero no fue así.

Espartaco es de Astera; Gaidres es de Cerzula; y Skaris tiene varias mujeres celtas en su tienda, las que vinieron con él del *ludus* del que fue rescatado. Incluso Drenis,

cuyo rostro es demasiado parecido al de una mujer para su gusto, ha encontrado a Epta. Todo el mundo tiene a alguien. Excepto ella. Por eso quiere que vuelva Kastor.

Laelia atiende un pequeño fuego cerca de los hombres. Pone un cazo, sin duda lleno de vino especiado, sobre las ascuas. Mira a Sura y la saluda con una sonrisa. Ella responde alzando el mentón, se acerca y pregunta en tracio:

—¿Dónde está Kastor? ¿Lo has visto?

—No. —La muchacha habla despacio, como si se pensara sus palabras, con su extraño acento—. El griego está esperando a que llegue Espartaco para hablar de lo que ha sucedido.

¿Lo que ha sucedido? Sura se la queda mirando, esperando más explicaciones, intentando averiguar si sabe que haya pasado algo concreto. Y la sigue mirando hasta que Laelia se encoge de hombros y dice:

—Hermana, yo no sé nada. Aguarda. Pronto lo sabrás.

Sura se aleja, irritada con ella.

Epta también está ahí, sentada junto a Drenis, tan cerca que sus rodillas se tocan. La joven está ahora siempre a su lado, como un cachorro de perro junto a su amo, piensa Sura. Pero no es un cachorro, es una madre. La evidencia gatea por el suelo: Deopus, el niño que debería haber sido abandonado. ¿Por qué lo querría Epta? Es el hijo de los abusos de Batiato, mantiene viva esa época. El niño tiene los ojos castaños, no como los de su madre. Su pelo es rubio, pero Sura sabe que se oscurecerá cuando crezca. Su piel ya sugiere tonos oliváceos más oscuros que los de Epta. Será siempre un recordatorio de los males de su esclavitud. Algún día, cuando crezca, emergerá de su piel para revelar al violador que lo engendró. Sura podría acabar con él muy deprisa, vertiendo unas gotas de la Dama de Ojos Brillantes en su boca. Habría sido muy fácil antes, y mejor para todos. Ahora Drenis ha acogido a Epta y al niño a su lado. Y lo más frustrante es que Astera no dijo nada en contra del niño. Incluso lo ha mecido alguna vez sobre sus rodillas, diciéndole tonterías, haciéndolo reír. Todo ello irrita a Sura, pero no importa. Lo olvidará en cuanto vuelva a ver a Kastor. ¿Dónde está?

Merodea en torno a los hombres, que siguen hablando sin apenas apercibirse de su presencia. Se siente estúpida paseándose de un lado a otro, pero su cuerpo quiere moverse. Cerzula, viéndola, le indica que se siente a su lado. Sura no lo hace. El niño está cerca y, si se sentara allí, Cerzula esperaría que le hiciera caso, que lo mantuviera a salvo del fuego y que fingiera que no desea enviarlo al otro mundo. De manera que acaba sentándose detrás de los hombres, lo bastante cerca para oírlos.

—Los Sublevados son más fuertes que nunca —comenta Filón—. ¿Es posible que hayamos aumentado nuestro número durante la primavera? No parecía posible.

Su voz suena distinta. Sura recuerda que siempre mostró una burlona confianza en sí mismo que no merecía. Una cualidad de griego, como si lo supiera todo y le divirtiera la ignorancia de su entorno. No era precisamente por lo que decía, sino por cómo lo decía. Ahora su tono es plano y no sugiere múltiples significados en sus

palabras.

—Y esta serie de victorias —prosigue— parece que no acaba nunca. En Sicilia conté lo que habíais logrado. De haber sabido lo que estabais logrando en ese momento, habría tenido más hazañas que contar que palabras para contarlas.

—Lo dudo —tercia Drenis.

Sura vuelve a acordarse de Kastor. Si estuviera allí se habría burlado del griego, habría vuelto contra él sus propias palabras entre risas, como hacía siempre. Habría dicho algo más divertido que «Lo dudo». ¿Dónde está? ¿Está vivo, está bien? Y sobre todo, ¿volverá con ella? Es extraño lo mucho que esa pregunta la llena de temor. No sabía que Kastor le importara tanto.

El hombre de pelo negro señala a Filón con un dedo cargado de anillos.

—He oído a este hablar de vuestro creciente ejército. No exageraba. ¿Tenéis con vosotros a todos los esclavos de Italia?

Gaidres desliza una mano para ponerla sobre la herida de lanza del costado. Ha sanado más o menos, pero, según dice Cerzula, le causa un dolor constante.

—No tanto —responde—. Somos muchos, sí. Más de los que quisiéramos. Hemos vencido a Italia de un extremo a otro. Tuvimos el incidente de Crixo, pero en general hemos sido bendecidos. Aun así, no todo es un camino de rosas, especialmente desde lo de Asculum. Antes de eso ninguna ciudad nos había cerrado así las puertas. Desde entonces ninguna se nos ha unido.

Drenis interviene para nombrar las ciudades. Canusium, que había parecido bien dispuesta hacia ellos durante la primavera, se mostró fría a su vuelta. Tarentum los rechazó, citando los insultos que Thurii tuvo que soportar el invierno anterior. Metapontum se negó incluso a hablar con ellos, igual que todas las ciudades costeras de Lucania. En general, todo lugar lo bastante grande para guarecerse tras sus murallas los rechazó. Ninguna le daba a Espartaco el voto de amistad que tanto deseaba. Y eso, opinaba Sura, era culpa de Crixo. Había sido demasiado violento en su campaña de primavera y verano, y los abusos a los que sometió a la gente de Thurii durante el invierno no les ganó ningún aprecio. Crixo había logrado socavar todo aquello por lo que Espartaco trabajaba. Por lo menos, al igual que Enomao, había muerto. Eso ambos lo habían hecho bien.

—Es algo que pesa sobre Espartaco —dice Drenis—. Es lo que más deseaba conseguir en esta estación. La clave para dirigirnos a Roma y acabar con ella.

Sura no sabe por qué a Espartaco le importa tanto que se les unan otras ciudades. El griego tiene razón: los Sublevados son más fuertes que nunca. Lo único que les han dado los italianos a cambio de sus esfuerzos por congraciarse con ellos ha sido engaño y traición. No hay que hacer amistad con ellos, hay que matarlos. Destruirlos y hacerles sufrir. Eso es lo que merecen.

Llegan otros hombres. No Espartaco, sino los germanos: Gannicus y Castus.

—¿Dónde está Kastor? —pregunta este último.

Sura se tensa, nota un nudo en el vientre. Pero Filón se limita a sacudir la cabeza.

¿Qué clase de respuesta es esa? Es la negación de una respuesta.

—Lo contará todo dentro de un momento —dice Gaidres—. Esperamos a Espartaco. Sean cuales sean las noticias, tiene que oír las con nosotros.

Sura exhala apretando los dientes, con tal siseo que todos se vuelven a mirarla. Ella aparta la cara.

Skaris llega seguido de Dolmos. Lo guía como quien guía a un anciano, agarrándolo de la muñeca. Le indica dónde sentarse. Dolmos ha cambiado mucho. Se muestra reservado y se mueve despacio. El golpe en la cabeza lo ha convertido en un estúpido animal solo capaz de seguir instrucciones sencillas, que puede ser dirigido pero carece de voluntad propia. Ve el mundo sin comprenderlo. Come cuando le dan comida. Cuando necesita aliviarse, se agita y hay que llevarlo a un lugar privado o enseñarle a utilizar las letrinas. ¿Qué van a hacer con él? Ya no es un guerrero. Sura opina que Espartaco debería matarlo. Un acto de piedad. Matarlo deprisa, pero matarlo, por el bien de todos. Sura sabría cómo hacerlo, sin siquiera cometer violencia alguna contra su cuerpo.

Por fin llega Espartaco, con Astera. A Sura ya no le importa tanto que el tracio siga siendo de Astera, no después de la noche en que fue Zagreus. Ella se alegra, porque ahora sabe que aunque es un hombre excepcional en muchos aspectos, no encaja dentro de ella de manera tan perfecta como Kastor. Espartaco alza los brazos y ofrece un abrazo que Filón le devuelve.

—Médico, tienes buen aspecto. Los piratas te dejaron libre, ¿eh?

—Sí. Tenía mis dudas, pero fueron fieles a su palabra.

Espartaco se aparta un poco, sin soltar los antebrazos del griego.

—¿No les hablaste hasta la náusea?

—Hasta la náusea no. Pero cuando amenazaron con retenerme para pedir un rescate, me puse a recitar poesía. De manera que me dejaron ir.

—No me extraña —bromea Espartaco, y se vuelve hacia el hombre de pelo oscuro y le da un apretón en el hombro—. Bolmios, tienes más pinta de pirata que la última vez que te vi. No imaginaba que fuera posible.

El hombre baja la cara para mirarse.

—Soy lo que soy, ¿por qué esconderlo?

—Bien. ¿Y Kastor? ¿Dónde está?

Una vez más, después de que se pronuncie su nombre y antes de que Filón responda, el cuerpo de Sura reacciona angustiándose.

Filón sacude la cabeza.

—Lamento decirlo, pero ya no está en este mundo. Lo mataron...

Todos empiezan a lanzar exclamaciones, pero Sura los interrumpe:

—¿Está muerto?

Los hombres se vuelven a mirarla. Filón frunce el ceño como si no la conociera, luego parece recordarla y asiente con la cabeza. Cuando vuelve a hablar, se dirige de nuevo a los hombres.

—Fue un caos. Los romanos nos persiguieron. Llegaron hasta donde estábamos. Conseguimos escapar, pero por muy poco. Creímos que los piratas nos habían traicionado.

—¿Y fue así? —Espartaco echa un vistazo a Bolmios.

—¡Jamás! —exclama el pirata.

—No; fue alguien más. Muchos me habían oído hablar y la noticia se extendía. Fue culpa mía. Deberíamos haber huido antes, pero yo quería plantar semillas en Siracusa.

—¿Siracusa? —repite Espartaco—. Es un sitio demasiado ajetreado. No tenías que ir allí a menos que fuera necesario.

—Ya lo sé —admite Filón, algo incómodo—, pero fuimos. Iba a ser una escala breve, y yo conocía gente. Pensaba que estaríamos seguros. No fue así. Yo escapé por los pelos y Kastor no lo logró. Murió con dificultad. No me gusta pensar en ello.

Espartaco vuelve la cabeza y tose en su puño. Cuando termina mantiene el puño cerrado, como si hubiera atrapado las toses y las estuviera aplastando.

—¿Qué le quitó la vida?

—Una flecha.

—¡Mentira! —se le escapa a Sura. Se ha puesto en pie sin darse cuenta siquiera. Todos vuelven a mirarla. Ella los ignora y se centra en Filón—. ¡Una flecha no podría matar a Kastor! ¿A Kastor? No digas tonterías. Una flecha no es nada. —Y lo deja claro fingiendo partir una en dos. Quiere demostrar lo absurda que suena la idea—. ¿Por qué mientes? ¿Qué le pasó en realidad? —Las palabras brotan de sus labios por impulso propio, pero habla en serio. Filón debe de estar mintiendo.

—Las flechas matan —replica el griego—. Le atravesó el pulmón.

—No.

—Era una punta ancha. Hizo muchos estragos.

—¡Una flecha no podría matar a Kastor! —Sura tiene ganas de golpearle por mentir.

Espartaco se interpone cuando Sura avanza hacia el griego.

—Lo siento, hermana. La noticia nos duele a todos. Filón es solo el portador del mensaje, no es culpable de lo sucedido.

Bolmios, que parece perplejo, interviene:

—Mujer, lo que dice es cierto. Una flecha muy desafortunada se llevó a un gran hombre.

Cuando Sura maldice al pirata en tracio, Espartaco la sujeta con un brazo.

—Cezula, ven a llevártela. Habla con ella.

—¡No es verdad! —grita Sura—. Está callando cosas, estoy segura. ¡Haced que os cuente toda la verdad!

Espartaco vuelve la cabeza para preguntarle a Filón si quiere contestar. El griego le sostiene la mirada a Sura, y ella ve algunos fragmentos de la verdad en su mente. Cree que los está barajando, que hace juegos malabares con mentiras y verdades,

decidiendo cuál ofrecer. Al final se decide:

—No hay más que contar.

Sura se lanza contra él, queriendo arrancarle los ojos por mentiroso.

Pero no llega más allá del brazo de Espartaco. Lanza todo su peso contra él, las manos tendidas hacia el griego. Filón la mira con una expresión de pena que no hace sino enfurecerla más. A una señal de Espartaco, Skaris la agarra por la cintura y se la lleva a rastras, llamando a las otras mujeres para que se hagan cargo de ella. Solo entonces comprende Sura lo que estaba pasando. Deja de gritar y en voz baja pide quedarse, asegurando que solo quiere escuchar y no causará más alboroto.

—Pues siéntate en silencio —cede Espartaco—. Si no, deberás irte.

Se sienta al otro lado del fuego, con Epta a un lado y Cerzula al otro, ambas dispuestas a arrojarle sobre ella ante cualquier movimiento brusco. Sura quiere saber más sobre Kastor, pero Espartaco desvía la conversación. ¿Acaso él no quiere saber más? ¿En tan poca estima lo tenía? Kastor es lo que importa, y en lugar de eso hablan de las ciudades y pueblos que Filón ha visitado, los grupos con los que habló y cómo recibieron el mensaje de Espartaco. Prestaron atención a sus promesas, asegura Filón. De momento los Sublevados son para ellos una noción lejana, pero muchos, muchos observan lo que hacen y desean que tengan éxito.

Sura escucha, pero solo porque quiere oírle decir algo que le importe. Todavía no se fía del griego. Kastor no puede estar muerto. No hay pruebas, solo palabras. ¿Filón hace que las palabras salgan de su boca y ella tiene que aceptarlas? Las palabras no son realidades. Kastor luchó en Galacia y no murió. Luchó en la arena y tampoco murió. Luchó en una batalla tras otra desde que se convirtieron en los Sublevados. Kastor era demasiado hombre para que lo matara una flecha que Sura podría partir en su rodilla.

Hay otras posibilidades que pasan por su mente, mezclándose con el imposible concepto de su muerte para crearle una confusión todavía mayor. Tal vez habían abandonado a Kastor, lo habían traicionado por alguna razón que Filón no quiere confesar. A lo mejor lo vendieron a los romanos y han vuelto para vender a otros. Los piratas son esclavistas. Su codicia y crueldad no conocen límites. Filón es griego, no un guerrero ni un hombre de verdad. Jamás será uno de ellos. ¿Quién sabe de qué traiciones será capaz? A lo mejor en este mismo instante Kastor está de nuevo en la arena, luchando por su vida. Tal vez, y esto en algunos aspectos le duele más, Kastor huyó por voluntad propia.

Espartaco debería estar interrogando a los dos hombres para averiguar toda la verdad. En lugar de eso, hablan de un romano llamado Verres que gobierna Sicilia y que es un ladrón que roba a la gente bajo su protección. Hablan de ciudades griegas irritadas por la dominación romana, de que siempre han sido utilizadas como piezas en un juego diseñado por poderes superiores. Hablan de las corrientes en el estrecho mar entre la punta de Italia y las costas de Sicilia. Tan estrecho que desde la orilla se ve la isla alzándose en un mar pizarra, casi al alcance de la mano. Unas corrientes

fuertes, pero la isla está tan, tan cerca... Parecen haberse olvidado de Kastor. O eso, o no quieren hablar del tema delante de ella.

¿Dónde está Kastor realmente? ¿Está muerto? Les ha sucedido a muchos. Al final todos mueren, pero Sura no puede creer que Kastor haya muerto. Acababan de comenzar una historia que todavía no está terminada. Durante todo el tiempo que ha durado su ausencia, Sura ha estado anticipando su regreso. Una parte de ella estaba en suspenso, esperando a ponerse en marcha de nuevo con él. Aparta esa idea de su mente, parpadea, ignora a Cerzula y Epta y se centra en los hombres. El romano está hablando.

—Cuanto más hablamos de Sicilia —dice Baebia—, más veo su vulnerabilidad. Verres no tiene ejército propiamente dicho. Tiene soldados, sí, pero están en pequeñas guarniciones por toda la isla. Están allí para mantener oprimida a la población mientras Verres roba a su antojo. Eso no es un ejército. Sí, ahora lo veo. Podríamos tomar Sicilia. Ciudades enteras, Espartaco, como deseas. Comida y grano en abundancia. Esclavos a los que sublevar. Y no solo esclavos. Yo creo que tienes más posibilidades de ganarte a las municipalidades en esa isla que en ningún otro lugar del continente. Ni siquiera necesitaríamos toda nuestra fuerza para lograrlo.

¿Desde cuándo su voz estaba a la misma altura de los demás?, se pregunta Sura. Nunca le ha gustado el romano, jamás se ha fiado de él. Tanto decir «nosotros» suena extraño viniendo de una boca que habla latín con acento romano.

—¿Cuántos harían falta? —pregunta Gaidres.

—Una fuerza invasora de unos miles de hombres —contesta Baebia—. Unos cuatro mil, tal vez menos.

El pirata menea la cabeza.

—Esos son demasiados para mis barcos. Con tiempo podría hacerlo, pero solo tengo unos pocos barcos que pueda utilizar de una vez. Con la mitad de ese número tal vez sería posible.

Espartaco muestra una expresión que no se le había visto últimamente: sus ojos están fijos y penetrantes, como si estuvieran contemplando sucesos que ocurren en otro lugar.

—Imaginaos si enviamos a dos mil para provocar una rebelión en Sicilia, capturar ciudades, tomar la isla. Pero dejamos al grueso del ejército aquí en Italia. ¿Qué harían los romanos?

—¿Por Sicilia? —dice Baebia—. No mucho. Craso no dejará Roma sin defensas. El grueso del ejército se quedaría aquí, donde la amenaza a Roma es mayor. Craso quiere derrotarte, Espartaco, y hacerlo él mismo. Probablemente defendería Roma y haría que enviaran a otro a Sicilia. Lo vería, yo creo, como una manera de apartar de ti a Pompeyo.

—Esos dos mil tendrían que ser buenos guerreros —observa Skaris.

—Lo serán —asegura Espartaco—. Los elegirás tú mismo.

De manera que se están tomando decisiones. Empiezan a negociar con el pirata.

Todo se está decidiendo y no se habla más de Kastor. Se han olvidado de él. Solo Sura lo recuerda.

Por fin Cerzula se lleva a Sura, envolviéndola entre sus brazos, inclinada hacia ella. Emite sonidos tranquilizadores que no son exactamente palabras.

—Ya lo sé, ya lo sé —dice a veces.

Pero ¿ella qué sabe? Ella tiene a Gaidres. Puede tocar su vientre cubierto de cicatrices, puede frotar la mejilla contra su barba.

Epta la abraza.

—Lo siento muchísimo. —Jura que comparte su dolor y que Kastor era un hombre excepcional que será amado en el otro mundo.

Pero ¿qué sabrá Epta? Ella tiene a Drenis, con sus labios que parecen dibujados para el rostro de una mujer. Tiene a Deopus, que está indefenso sin ella, el diminuto traidor que mama de su pecho.

Más tarde, cuando los otros se reúnen para beber y contar historias de Kastor hasta bien entrada la noche, Sura los deja y se retira a su tienda. Laelia le lleva una infusión. Cuando se marcha, Sura la tira. Esta niña, que cuenta con el amor de Astera, no sabe nada de nada.

Astera no acude a ella hasta ya muy tarde, cuando los otros han caído en un alcohólico estupor. Se desliza bajo la manta y se pega a ella como un amante.

—Nunca se sabe lo que la diosa nos otorgará o arrebatará —susurra—. Porque hace ambas cosas. Créeme, lo sé muy bien.

—A mí nunca me da nada —replica Sura—, solo me pone las cosas delante para que las desee, y luego me las niega. Siempre es así. ¿Por qué? Hermana, ¿por qué nunca puedo ser feliz?

—¿Feliz? —sonríe Astera. Sura no la está mirando, pero percibe la sonrisa en la pregunta y la suave exclamación que la sigue—. No estamos hechos para ser felices, Sura. Estamos hechos para sufrir, y tú lo sabes. La tragedia puede atormentarnos todos los días de nuestra vida, pero ¿cuántas de nosotras nos sentimos contentas durante más de unos fugaces instantes? Ninguna. Si alguna vez eres feliz, has de saber que has recibido una bendición mayor que las demás. En ese momento eres la más amada de la tierra. La diosa, si estás feliz, te está mirando. Pero no lo esperes, y ten en cuenta que, pase lo que pase, no durará. Te será arrebatada tan deprisa como te fue otorgada. Créeme. Lo sé. Escucha...

Y habla de cuando vivía en las Ródope, las montañas de las nubes, con los lobos que invocan a Cotito. Allí tenía un hombre al que amaba, un hijo y una hija. Los perdió, asesinados por los romanos. Es algo que Sura no sabía de ella. Astera rara vez habla de su vida antes de Capua, y cuando lo hace es solo para referirse a su servicio a la diosa. Esto es distinto. Astera fue feliz una vez, y la felicidad le fue arrebatada.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —prosigue—. Coger el dolor y comértelo. Coger la rabia y consumirla. Y si sufres, convierte ese sufrimiento en alimento, de manera que te sustente. Hazlo, y serás una Sura más fuerte que antes. Eso, más que

otra cosa, es lo que la diosa admira. Esa es la razón de que nos mande sufrimientos. Trata de ver si somos bastante fuertes para devorarlos. La fuerza nace del dolor, Sura, y es mucho más duradera que la felicidad.

Cuando Astera lo dice así, Sura lo quiere. El dolor. Eso la hará más fuerte. Aceptará que Kastor haya muerto a causa de una ridícula flecha. Se comerá ese dolor y deseará más, si es que la fortalece. Pensando eso, le preocupa no poseer todavía suficiente sufrimiento. Necesita más, no menos. Por mucho que quiera a Kastor, sabe que el dolor de su muerte no basta. Es insuficiente. La rabia no es tan ardiente como debería ser.

Sura no aparta a Astera, como haría con las otras. Su cuerpo es cálido a su lado, y ya teme el momento en que el contacto termine. Se queda allí tumbada, despierta toda la noche. Escucha el ritmo de su respiración. Reflexiona sobre el torbellino de emociones en conflicto en su interior. Reconoce que ama a los que tiene cerca, los ama de verdad. A Astera y Cerzula, a Epta y Laelia. Y a Espartaco, por supuesto. Ninguno pertenece a su familia, pero ella no tiene familia. Y ya no tiene a Kastor. Solo tiene a esos cinco, y por eso los ama más de lo que ha amado a nadie. Quiere para ellos lo mejor que la vida pueda ofrecer. Eso es cierto, se dice. Si alguien pudiera ver en su interior, conocería la profundidad de sus sentimientos por ellos.

Reconoce también que, entretejidos en apretada urdimbre con las fibras de ese amor, hay otros hilos. Los hilos oscuros que se forman en ella durante momentos, tanto grandes como pequeños: cuando ve a Gaidres sonreír a Cerzula, aunque ella empieza ya a peinar canas; cuando Epta toca a Drenis en la rodilla y se ríe de algo que ha hecho Deopus; cuando Laelia habla en privado con Astera, las dos cabezas muy juntas; cuando Astera entra en lugares donde Sura desea estar, como bajo el brazo de Espartaco, sosteniéndolo después de que luchara de manera tan magnífica contra Enomao. En esos momentos, los odia a todos.

Amor y odio. Y aunque parecen opuestos, esa noche Sura ve la manera de abordar a ambos. Una manera pura y perfecta.

Belladona, la Dama de Ojos Brillantes. Hay que tener cuidado con ella. Unas pocas gotas nada más, y mezcladas con agua. Eso es lo que Astera le ha enseñado para diluir la tintura para las ceremonias en que se reúne con Cotito. Algo más de unas gotas, y Cotito se enfurecería y devoraría a todos los asistentes.

La Dama de Ojos Brillantes es la respuesta perfecta. Después de decidirlo, Sura sabe lo que va a hacer, la mejor manera de mostrar su amor, de ceder a su odio y empaparse del sufrimiento que la hará poderosa. Todos a la vez. Solo necesita la oportunidad. Y esta se presenta la noche antes de emprender la marcha hacia el sur, hacia el extremo más alejado de Italia.

Astera anuncia que invocará a la luna una vez más. Espartaco estará allí también, porque la diosa necesita verlo con sus ojos, bendecirlo para que encuentre la manera de destruir Roma. Espartaco necesita sentir la furia y el poder de la diosa, sentir el terror que le dé fuerza, lejos del dolor y la decepción. Es la única manera de saber que

la diosa seguirá bendiciéndolo y que su ataque contra Sicilia la complace. Así que, dice Astera, beberá de la Dama de Ojos Brillantes. La belladona le abrirá los ojos y la diosa acudirá y hablará a través de ella.

Es Sura quien debe preparar la Dama de Ojos Brillantes y llevarla al otero para la ceremonia. Vierte el vial con la tintura, que cae pura en el cuenco de madera. No añade agua, solo la belladona. En su tienda, a la tenue luz de una única lámpara, mira largamente el líquido en el cuenco. A veces parece agua clara en la que flotan hierbas benignas. Otras veces es tan negra como la noche, plagada de invisibles peligros. Es ambas cosas, lo cual le parece adecuado.

Es el cuenco que le ofrecerá a Astera, quien beberá de él como tantas otras veces. No la cuestionará ahora como no la cuestionó antes. Si Astera pregunta por qué le tiemblan las manos, Sura dirá que por la cercanía de la diosa. ¿Quién podría dudarle? Astera no. Astera beberá como ha bebido antes. Pero esta vez Cotito tenderá la mano y se la llevará. Todos lo verán. La diosa la reclamará para ella. ¿No será eso una bendición para Astera? Ella, que sabe mejor que nadie que la vida es sufrimiento. ¿No está ahora viviendo más cerca de la felicidad de lo que logrará nunca? Ahora tiene a la diosa, que le ha dado poder y le ha otorgado muchos seguidores. Ahora tiene a Espartaco a su lado. Es un buen momento para que abandone la vida, cuando han ganado tanto y todavía creen que podrán ganar más. ¿No es el mejor momento para partir, antes de que la fortuna dé un giro y todo se destruya? Acabar con su vida será un acto de bondad.

Y más que eso: también un acto de venganza, por las muchas ocasiones en que Astera ha tomado cosas para ella misma y se las ha negado a Sura. Todas las veces en que Sura la admiró, la obedeció, confió en ella. Qué estúpida ha sido al amarla y temerla tanto. Ahora ve que Astera no tiene nada que no le pueda ser arrebatado. ¿Por qué no lo ha sabido siempre? Ya no importa. Lo sabe ahora.

De manera que será un acto de amor, un acto de odio. Y luego vendrá el dolor. Ver morir a Astera y saber que ella ha sido la causa será un sufrimiento devastador. Tendrá dolor de sobra para alimentarse. El dolor da el poder, y entonces tendrá un poder inagotable, suficiente para que Espartaco lo advierta, para que los otros lo vean, suficiente para dar un paso al frente y convertirse en sacerdotisa de Cotito.

Con el cuenco entre las manos camina con cuidado bajo la parca luz, alejándose de su tienda en dirección al otero. Ve el resplandor de una hoguera allí arriba y sabe que la esperan. Se concentra en eso y en poner los pies con cuidado y no derramar la Dama de Ojos Brillantes. No ve al hombre hasta que lo tiene justo delante. Da un respingo y algo del líquido salpica fuera del cuenco y cae al suelo.

Es Filón.

—No pretendía asustarte —dice el griego.

—No me has asustado. —Sura intenta pasar de largo.

Él vuelve a bloquearle el paso, alzando las manos para indicarle que no supone ninguna amenaza.

—Solo quiero hablar contigo.

—Me están esperando —replica Sura, aunque no le debe ninguna explicación.

—Será un momento.

Ella vuelve a echar a andar. Él la detiene, pero esta vez solo con palabras.

—Hay una cosa que no te dije. Y tal vez... tal vez sea más importante de lo que imaginaba.

Sura guarda silencio, pero se detiene.

—Lo primero que quiero repetir es que no te engañé. Kastor está muerto, y lo mató una flecha. Debes creerlo, porque lo que tengo que decirte depende de ello. Te lo tendría que haber dicho ya, no sé por qué no lo hice. Durante la reunión no era el momento apropiado, pero debería haberte buscado después. Lo habría hecho, creo, de no culparme yo por su muerte. Yo lo llevé a Sicilia cuando no había necesidad, y sin más razón que la de mis intereses. Fue un error, y me avergüenzo de ello. Perdóname, si puedes.

Se interrumpe, tal vez dándole ocasión de ofrecer su perdón. Sura calla.

—Kastor me dio un mensaje para ti. Te lo escribiría si supieras leer, pero no sabes, ¿no?

Sura se lo queda mirando. Algo cae entre los árboles cercanos, golpeando las hojas en su trayectoria para luego rebotar en el suelo. Una bellota, tal vez.

—No, claro que no. —Esto parece decepcionarlo. Exhala un largo aliento y barbotas de golpe, como si quisiera soltarlo todo—: Antes de morir, me pidió que te dijera que le gustabas mucho. Que habría peleado por alejar a otros hombres de ti. De haber podido, habría tenido una buena vida contigo. Cuando la guerra termine, quería pedirte que fueras a Galacia con él. Quería sembrar hijos en ti. Sabía que serían buenos hijos. Quería que supieras que eres una buena mujer y que te amaba. Y dijo: «Dile que muero pensando en cómo me montó, como si me estuviera clavando a la tierra. Es un pensamiento alegre con el que morir».

Filón se queda callado y Sura lo mira. Otra bellota cae entre las hojas, un leve siseo. Y luego un golpe sordo contra el suelo.

—Entenderás que son cosas que me cuesta decir, pero se lo prometí. Ahora he cumplido mi promesa. Espero que estas palabras te hagan bien. Sus últimos pensamientos fueron para ti. Eso es lo que él quería que supieras. —La mira un instante más y luego da media vuelta y se pierde en la noche.

Sura, allí parada mientras se desvanece el ruido de los pasos, guarda aquellas palabras en su mente. Son palabras maravillosas. Palabras que le aceleran el pulso y le provocan calor en la cara. Le llenan la cabeza con imágenes de Kastor, y de un barco que navega por un mar turquesa hacia su tierra natal. Y luego imágenes de esa tierra, de amplios y abruptos paisajes. Una imagen de los dos entrelazados haciendo el amor, como lo habían hecho. Se imagina haciéndolo en ese lejano lugar, un hogar que no tenía hasta hace un momento, con hijos que no había imaginado hasta que Filón le contó que Kastor había pensado en ellos. Y todo eso la reconforta. Nadie le

ha dicho nunca palabras así. La sensación que le provocan es desconocida, pero sabe lo que es.

«Esto es la felicidad», se dice.

Y eso la preocupa también. Oye el débil susurro de Astera. «Esta felicidad no durará», piensa. Sabe que puede cambiar en un instante para revelar su otra cara, esa que no es alegría por esas mismas palabras, sino el dolor de que se le haya negado tanto. Eso, Sura lo sabe, está a un momento de distancia. Tan cerca y tan poderoso.

Mira el fuego del otero. Allí aguardan las personas que ama, a una de las cuales va a matar. Sigue sosteniendo el cuenco, tal como mientras Filón hablaba. Piensa en lo que va a hacer y ya no lo entiende. Hay otra manera, un modo de atrapar la felicidad en lugar de alimentar el sufrimiento. Como hizo Kastor, prometiendo pensar en ellos dos durante un momento de placer y dejar la vida con eso en la mente. Parece una idea mucho mejor. Una idea que no se le había ocurrido antes, porque la felicidad había sido algo muy lejano. Ahora la tiene, por un instante. Justo ahora.

Piensa en Kastor envolviéndola entre sus brazos largos y fuertes. Le oye decir lo que Filón ha dicho. Oye esas palabras con la voz profunda y risueña de Kastor. Atiende a la charla de los hijos que han engendrado juntos, a través del largo transcurrir de los años. Lo ve y, por un momento al menos, se conforma.

Y entonces alza el cuenco y se lo lleva a los labios. Y pensando en la diosa, bebe.

Filón

Filón despierta. Antes de abrir siquiera los ojos y ver alrededor, sabe que está en el agua. Va en un barco, y el mar es una espuma que golpea contra el casco. Solo necesita unos instantes para darse cuenta. Lo que no comprende es por qué está en el agua, en un barco, en un mar embravecido. Sus pensamientos son confusos, en la boca el amargor del vino. Es como si le hubieran rellenado la cabeza de lana sucia y áspera.

Abre los ojos. Hay madera sobre él. Y bajo él. Está en un pequeño cubículo oscuro, no tanto un camarote como un armario de forma irregular. La luz se filtra por las grietas de las vigas del techo. Unas sombras se mueven... gente, a juzgar por el ruido de pasos. Se incorpora agarrándose a la granulosa madera. Con el gesto, la cabeza le da vueltas y le invade una oleada de náuseas. Dioses del cielo, se encuentra fatal. Por el olor a vómito sabe que ya ha vomitado. Por fin ve unos escalones, una escotilla. La salida. La empuja con la mano y jamás ha notado algo tan pesado. Se pregunta si estará cerrada con cerrojo. Se afianza y empuja con el hombro, con todas sus fuerzas. El portillo se abre fácilmente, como un chiste, como si le tomara el pelo.

El límpido aire marino le abofetea la cara. Respira hondo. Parpadea bajo la clara luz del mediodía. En la cubierta se afanan los marineros, una vela tensa toma forma. Reconoce a un hombre: Bolmios. Le está dando la espalda y discute animadamente con un tripulante. A pesar de todo, Filón sigue sin comprender su situación. ¿Qué está haciendo allí? Sabe que habrá alguna razón para que no entienda nada, pero no se la imagina.

El mar es de un maravilloso azul, las olas coronadas de espuma. El viento sacude sus crestas arrancando rociadas blancas que convierten el aire en líquido, de manera que parece que lloviera, a pesar del radiante sol.

Un marinero llama a Bolmios y señala a Filón. El capitán pirata se da la vuelta y, al verlo, asume un repentino aire de cansancio. Dice algo que Filón no oye y a continuación cruza la cubierta con la misma agilidad que si fuera tierra firme. Se detiene ante el griego. Hay algo en su inmovilidad en medio de tanto bamboleo que marea a Filón. Tiene la sensación de que va a ponerse a vomitar sobre la borda, y no quiere hacerlo todavía. Quiere comprender primero, pero en este momento se siente como si acabara de nacer, sin idea alguna del pasado ni de lo que le ha llevado hasta allí.

—Estás hecho una mierda —comenta Bolmios—. Seguro que también te sientes como una mierda. Despéjate la cabeza y ven a sentarte conmigo. Tienes que tomar una decisión.

Aquel terrible día en Siracusa, Bolmios sacó el barco del puerto maldiciendo a los

romanos, invocando a sus dioses para que castigaran al cobarde que había lanzado la flecha que le había arrebatado la vida a Kastor. Marcaron un engañoso rumbo con la esperanza de despistar a cualquier barco que los siguiera, serpenteando durante un tiempo entre el tráfico de la ruta de comercio. Navegaron hacia el este hasta mar adentro y por la noche cambiaron de rumbo. Sin luces, Bolmios puso proa al norte, hacia Italia. Y todo para mantenerse a salvo y encontrar aquel punto aislado de la costa de Bruttium donde por fin enterraron a Kastor, en un alto risco. Hicieron todo lo posible por honrar su cultura. Vertieron vino para brindar por su transición al otro mundo, donde volvería a nacer.

Luego Bolmios encontró a los Sublevados, tal como había prometido. Acompañó a pie a Filón hasta el campamento, alegando que no le parecía bien haber partido con dos hombres para devolver solo a uno, y que quería ver ese ejército por el que Kastor había estado dispuesto a morir, y conocer al hombre que lo lideraba. Y todo eso había hecho.

A solas con Filón, Espartaco volvió a interrogarlo una y otra vez sobre Bolmios, sus actos, su actitud, lo que dijo y lo que no dijo. Como respuesta, Filón no pudo encontrar nada que no fuera favorable al pirata y a la vez desfavorable para él. Bolmios había hecho todo lo que se le había pedido. De hecho, había ido más allá y le había salvado, cuando, sin duda, los romanos los habrían capturado de no contar con su ayuda. El hecho era que Bolmios había demostrado ser tan fiel como Kastor.

—No le veo fallo alguno —concluyó Filón—. Si dice que puede ofrecernos este servicio, es que puede y lo hará.

Es probable que su convicción ayudara a convencer a Espartaco de respaldar el plan que proponía Bolmios. La flota pirata se reuniría con ellos en el sur, en el estrecho de Mesina. Desde allí llevarían una pequeña fuerza de soldados hasta Sicilia.

En cuanto Bolmios se marchó para reunir sus barcos, los Sublevados levantaron el campamento y emprendieron la marcha hacia el sur. Tomaron la Via Popilia y avanzaron deprisa más allá de Consentia y Terina, Hippoinium, Nicotera y Medma. Por órdenes de Espartaco, solo mataron a los que se alzaban contra ellos. Tomaron suministros de grano, porque se aproximaba el invierno, y se llevaron todo el ganado y los cerdos que pudieron conseguir. Robaron caballos, por supuesto. Pero eran cosas que necesitaban y que serían saldadas cuando Roma fuera derrotada y toda Italia fuera libre de recoger los beneficios de la caída de la ciudad.

El ejército romano los seguía. Nadie sabía con seguridad qué estaría planeando el comandante romano. No ofrecía batalla ni intentaba detenerlos. Actuaba casi como si los estuviera conduciendo hacia el sur en lugar de perseguirlos. Bien. Aquello convenía a los intereses de los Sublevados. Siguieron avanzando hacia el sur, como una inmensa ola que bañaba la tierra, decidida, henchida con los sueños sobre el futuro.

Semanas más tarde, Filón volvió a ver Sicilia. Desde un punto de tierra que sobresalía hacia el extremo norte de la isla, divisó los contornos de las colinas que se

alzaban del agua. Densos bosques pintaban de verde las montañas más altas, con las geometrías de mosaico de los campos cultivados más abajo. Lo que debía de ser una enorme hoguera creaba una columna negra que ascendía en diagonal. Se distinguían pueblos cerca de la orilla, y los barcos que navegaban por la costa. Aquí una carreta, allá un jinete. Así de cerca estaban. Su vista era mejor que la de la mayoría, pero la isla estaba muy cerca.

Y aun así, estaba muy lejos. Lo importante eran las corrientes, que fluían con engañosa velocidad mientras cruzaban el estrecho. Había remolinos de agua, olas que estallaban, grietas líquidas que se abrían inesperadamente. Estaban en el mismo lugar donde los monstruos marinos habían amenazado a Odiseo. Escila, que vivía justo donde Filón se encontraba, era un horror de cuatro ojos y muchos largos cuellos con terribles cabezas y bocas de dientes relucientes. Sacaba sus tentáculos para llevarse a los marineros. También Caribdis, que bebía enormes tragos de agua y luego los escupía para crear remolinos tan grandes que volcaban los barcos y los arrastraban al fondo. Filón no vio señales de ninguna de estas bestias, pero recordaba las palabras que las describían y se alegraba de estar esperando a Bolmios, que tenía que aparecer ya cualquier día.

Filón se volvió para mirar tras él. Dos mil soldados acampaban en la playa y por los cerros y rocosas colinas. Skaris los dirigiría por la isla. Los aldeanos se habían atrincherado en sus casas. Era razonable que tuvieran miedo, aunque no pensaban hacerles daño. La escena era ajetreada pero tranquila. Algunos hombres entrenaban con espadas y jabalinas. Otros ejercitaban los caballos o afilaban y engrasaban las armas. Se oían regulares golpes de martillo sobre el yunque. Numerosos fuegos mantenían a raya el frescor del aire, y de las cazuelas emanaban los aromas de los guisos al cielo gris del otoño. Seguía habiendo entre ellos mujeres y niños, que acompañaban a sus hombres hasta el último momento. El resto del ejército había acampado a unos kilómetros de distancia. Siendo tantos, constituían una muralla defensiva contra las fuerzas de Craso. En ese momento lo más importante era llevar a aquellos dos mil hombres hasta Sicilia. Espartaco lo conseguiría. Ahora ya todos lo sabían.

Si necesitaban alguna prueba, solo tenían que fijarse en lo acontecido en Sicilia. Un barco mercante había cruzado hacía poco el estrecho. La tripulación, favorable a los Sublevados, contó que Verres era presa del pánico. El gobernador había hecho llamar a las tropas de toda la isla para que se congregaran en la costa este. La ciudad más cercana —la propia Mesina— se había fortificado contra un ataque y había enviado contingentes a las aldeas en busca de los rebeldes, con orden de dar la alarma en cuanto avistaran sus velas. Con todo esto los romanos de Sicilia dejaban claro que temían lo que pudiera hacer Espartaco si anduviera suelto por la joya que era su isla. No había suficientes tropas que enviar para detener la invasión, puesto que eso dejaría desprotegidas otras localizaciones en conflicto. Lilybaeum, Panormus, Henna, esas ciudades y otras podrían explotar en cualquier momento si quedaran sin una

apropiada guarnición, sobre todo con el olor del pánico en el aire. Verres podía fortificar Mesina todo lo que quisiera, y también otras ciudades, pero jamás podría asegurarlas todas.

¿Y Roma? Verres habría pedido ayuda, pero no había señales de que Roma tuviera intención de acudir al rescate de las provincias. No había armada que estuviera recorriendo los mares y transportara tropas. Craso no pensaba dividir su fuerza. El comandante seguía a su espalda, sin atacar pero sin retirarse, satisfecho con instigarles y complicarles la vida. Satisfecho con mantener a los Sublevados lejos de Roma.

Skaris se acercó a Filón. Llevaba una barba exuberante y vestía una larga capa sobre los hombros, atada al cuello. La fina tela era verde con coloridos dibujos geométricos: una hilera de diamantes amarillos, otra de puntos rojos y una zigzagueante línea azul. Se cubría la cabeza con un típico gorro tracio: una prenda cónica de color naranja con largas orejeras que le llegaban hasta el pecho, como grandes orejas caídas de cabra. Bajo la capa llevaba el pecho desnudo, lo cual debía de limitar la protección de la prenda. Aunque tal vez, admitió Filón, él también llevaría el pecho desnudo si tuviera un cuerpo como el de Skaris.

—Un gorro muy interesante el tuyo —comentó.

—Me lo ha hecho una de mis mujeres. Pero no está del todo bien. La mujer es celta y no ha podido hacer más. —Frunció el ceño—. ¿Dónde están tus piratas, griego?

—Vendrán. Hoy o mañana. En unos días. No puede saberse cuando hay tantas cosas que disponer. Están a merced del mar y los vientos.

—¿A qué dioses invocan? —Esto lo preguntó en griego, un extraño rasgo suyo: a veces hablaba en un tosco griego, a veces en un tosco latín. Era evidente que prefería su lengua materna antes que las otras dos.

—Ni idea —contestó Filón.

—Joder. —Esto en latín—. ¡Mira! No hay mejor sitio para cruzar que este, ¿eh?

—Sospecho que no.

—Odio esta espera. Si supiera nadar, iría nadando. Pero no sé. Lo intenté una vez en un río y me hundí. Me pesan demasiado los músculos y los huesos. Espartaco tuvo que sacarme como a un pescado. No es la única vez que me ha salvado de la muerte. No, esto no puedo cubrirlo nadando.

—A lo mejor puedes contener el aliento e ir andando por el fondo.

Skaris miró bruscamente a Filón.

—Vete al infierno, griego. —De nuevo en latín.

Skaris se alejó para seguir paseándose por la orilla. Era probablemente el mejor hombre para dirigir la fuerza inicial, pero no era ni mucho menos tan buena compañía como Kastor.

La flotilla pirata llegó al día siguiente por la tarde, navegando desde el sur con buen viento. Fue tomando forma a medida que se alzaba la bruma. Eran barcos de

diversos tamaños, tal como había dicho Bolmios que serían. El más grande parecía un carguero, lento y de casco ancho, pero con mucho sitio en las bodegas para los soldados. ¿Sería la corbeta que el capitán había mencionado? Filón no lo sabía. El más impresionante tenía el aspecto de un bajel militar romano; tal vez lo había sido, aunque era más probable que ahora robara a los romanos en lugar de protegerlos. Desde la distancia no se distinguían los monorremes de los birremes, pero daba igual. A pesar de la mezcolanza de formas y tamaños, Bolmios traía la flota que había prometido. Era lo único que importaba.

El capitán pirata se arrojó a la arena en cuanto el bote que lo llevaba tocó tierra. Empezó a hablar antes de que Filón pudiera oírlo. Cada movimiento y expresión atestiguaba su entusiasmo. Sus dientes resplandecían en su sonrisa. Alzaba los brazos sosteniendo en cada mano un odre, sin duda, lleno de vino.

Espartaco salió a recibirlo. Bolmios lo saludó con un abrazo y dos besos en las mejillas. Estampó un odre contra el pecho de Skaris y otro contra Gaidres. A continuación le dio media vuelta a Filón y fingió penetrarlo por detrás.

—Ahí está —dijo el pirata, señalando un cofre en la arena—. ¿Es el regalo de amigos que hará posible todo esto?

—Si así quieres considerarlo... —replicó Espartaco—. Es la suma que acordamos.

Bolmios se puso a mirar desconfiado a un lado y otro.

—¿Está seguro, aquí en la playa?

—Nadie lo tocará. —Y repitió en voz más alta—: Nadie tocará este cofre, puesto que es un regalo que te hacemos entre todos.

Bolmios fue pasando sus grandes ojos de un rostro a otro, cómico en su escrutinio de los que tenía más cerca. Luego mudó de expresión.

—¡Bebamos! Mirad, he traído vino por si no teníais. Vamos a beber y mañana partiremos. —Señaló hacia Sicilia, ahora no más que un brumoso perfil en la niebla, pero no estaba más lejos que en días más despejados—. El viento nos llevará hasta allí. Conozco este viento y no nos abandonará. Lo más probable es que os mareéis durante la travesía. ¿Verdad, griego? Así que más vale que hoy pasemos una buena noche.

Y eso hicieron, brindando entre las hogueras encendidas en la playa. Fue una noche que volvería a Filón en un confuso collage de recuerdos salpicados de vino. Cuando se quitó la túnica de invierno para yacer sobre ella, cuando comió cerdo recién asado, tan caliente que había que cogerlo con dedos rápidos. Cuando Skaris danzó desnudo y borracho al rápido ritmo de una especie de tambor; una danza impresionante sobre todo por lo peligrosa que era, tan cerca de los fuegos y él tambaleándose a punto de caer en las llamas y siempre apañándose las para no hacerlo. Cuando Bolmios contaba historias de las locuras de Verres, haciéndolos reír hasta que les dolía el estómago. Cuando alguien se puso a tocar notas obscenas con un cuerno, no música, sino más bien la llamada de apareamiento de alguna bestia

ancestral. Jóvenes soldados insensatos que encendían flechas de fuego para lanzarlas hacia arriba en la noche y ver cómo subía el punto resplandeciente para luego trazar un arco y caer, mientras otros todavía más insensatos corrían a atraparlas antes de que tocaran el suelo.

«Una noche de locos —pensó entonces Filón—. Una gloriosa noche de locos».

Sentado con Bolmios en el refugio semiabierto de la popa, Filón pregunta:

—¿Qué ha pasado? —El vaivén de las olas le da náuseas. Necesita entender lo que ha cambiado entre la gloriosa noche y esa mañana, porque algo malo sucede y todavía no se imagina qué es. Ni siquiera sabe muy bien qué tiene que preguntar. Nota las preguntas flotando en el aire, detrás de su cabeza, invisibles pero irritantes. Solo sabe que las cosas no van como debieran—. Dime qué ha pasado.

Bolmios le tiende un odre. Filón lo sostiene un momento hasta que entiende lo que es y entonces lo deja caer sobre la cubierta.

—Te puede hacer falta cuando oigas lo que tengo que decirte —le advierte el pirata.

—¿Estamos cruzando el estrecho? ¿Cómo no me he dado cuenta de que partíamos? ¿Por qué no me has avisado? —Y luego, tras una pausa en la que sabe que ninguna de esas preguntas puede responderse con sensatez, añade—: No entiendo nada.

—Lo que ha pasado es que te he salvado la vida. —El pirata habla con tono sombrío, frunciendo el ceño como un padre dirigiéndose a un hijo ingrato—. Deberías darme las gracias, pero seguro que no verás las cosas tal como son. Vas a ser terco, ¿verdad?

—Lo que dices no tiene sentido.

—Mira. —Bolmios señala más allá de la barandilla de popa.

Filón no quiere mirar, temiendo que las olas lo hagan vomitar de nuevo. El pirata le coge el mentón y le hace volver la cabeza. Por un momento, la escena es una mareante confusión. Filón se agarra a la barandilla, estampa el pecho contra ella y arroja una vomitera hacia las agitadas aguas.

Bolmios le da palmadas en la espalda, un gesto que, viniendo de él, parece incongruentemente amable.

—Échalo todo, échalo. Vas a necesitar sitio en la tripa cuando empieces a beber de nuevo.

Cuando Filón por fin deja de vomitar y alza la cabeza, el pirata prosigue:

—Ahora mira otra vez. ¿Ves mi flota? Volvemos a casa.

Esta vez Filón distingue los otros barcos. Algunos están cerca, otros muy lejos, escondidos a veces por el vaivén de las olas. Todos navegan en la misma dirección. Hasta ahí, bien. Pero no se ve la costa de Sicilia y tampoco llevan rumbo a ella. Ve la costa de lo que debe de ser Italia, pero está más lejos que antes. La distancia entre las dos orillas es el doble de lo que era la noche anterior.

—Siéntate. —Bolmios guía al griego empujándole suavemente al taburete. Coge

el odre y se lo pone en las manos—. Bebe. Te aliviará el mareo, hazme caso.

Antes de pensárselo mucho, Filón abre el odre y bebe. El vino le entra con más facilidad de la que imaginaba. Se pasa una mano por la frente, apartándose el pelo que se le pega a la piel sudorosa.

—Cuéntamelo de una vez.

Esta vez el pirata lo hace.

—No tenía ninguna intención de llevar a los gladiadores a Sicilia. Anoche nos pusimos en marcha en la oscuridad. Cogimos el cofre y volvimos remando a nuestros barcos. Partimos antes del alba. Habíamos especiado el vino para hacerlo más fuerte.

—¿Por qué?

—Para ganar una fortuna, sencillamente. Si alguien te paga una fortuna por hacer algo, está bien. Si otro bando te paga una fortuna por no hacer nada, está todavía mejor. Si ambos bandos te pagan, es una oferta que no se puede rechazar. Y yo no la rechacé.

—¿Quién te pagó?

—Espartaco. Pero antes que él, Verres. Me pagó muy bien, amigo mío. Para él fue fácil: solo tenía que robárselo a los pobres diablos que gobierna. Es muy generoso con el dinero ajeno.

Filón bebe otro largo trago del odre. Ya no está ni mucho menos tan confuso, mareado o borracho. Empieza a verlo todo claro, con el inmenso peso de la rabia que la acompaña.

—¿Verres? ¿Nos has vendido a Verres?

—No, a Verres no. Es lo que él quería, pero habría sido un asunto turbio. ¿Tú me ves intentando entregar a los romanos esos gladiadores? No habría sido fácil. No. Era mejor sencillamente aceptar su dinero y marcharme. Si no cruzaban el estrecho, no habría invasión. Verres me pagó por eso. —Deja que Filón asimile el dato y añada—: Ahora soy rico. ¿Tengo otro aspecto por ello?

Filón lo mira, más furioso con cada aliento.

—Ahora estás enfadado, pero me perdonarás.

Filón piensa en Espartaco y Skaris, en Gaidres y Drenis, en los germanos, todos plantados en la orilla, viendo alejarse la flota. La imagen le llena los ojos de unas lágrimas que ni siquiera intenta disimular.

—¿Espartaco iba a tomar la isla! Hijo de...

—Tal vez. Es posible, lo admito. Podría haberla tomado. Pero ¿podría haberla conservado? Jamás. Los romanos habrían llegado tarde o temprano y lo habrían destruido. Eso es lo que va a pasar. Haga lo que haga, Espartaco no puede ganar esta guerra. Lo tiene todo en su contra. Es inteligente, pero se cree que ser mejor que otros hombres cuenta más de lo que en realidad cuenta.

—Da media vuelta. Llévame con ellos. Te...

—¿Eso quieres? —La idea parece divertir al pirata—. Que vuelva y me plante ante Espartaco y Skaris, ¿eh? ¿Y qué les digo? «Solo ha sido una broma. Venga,

¡vámonos a Sicilia!»). No, eso no puede ser. Lo hecho, hecho está. Asúmelo.

Filón se queda sentado, sosteniendo el odre y meciéndose con el bamboleo del barco. Está a punto de explotar. Peligrosamente, como quebradiza hierba seca al sol estival: si le acercas una llama, nada podrá detener el incendio. Hay gritos a punto de estallar en él, puñetazos listos en la tensión de sus manos. Pondrá esas manos en torno al cuello de Bolmios y apretará hasta que se le salgan los ojos. Lo tirará al suelo, gritando con tal furia que los leviatanes acudirán a su llamada y devorarán al pirata. Está a punto de todo esto, pero hay otras cosas que deben airearse también.

—Yo confiaba en ti.

—Al principio no. Luego sí. Pero no habrías confiado en mí de no haber salido las cosas mal en Sicilia. Todo aquello fue una casualidad que obró en mi favor. Cuando te dejé allí, no me fui a ninguna parte. Me reuní con representantes de Verres para firmar nuestro acuerdo. Y lo hicimos, pero algunos idiotas de la guarnición se enteraron de todo y dieron órdenes de que os capturasen. Y a mí también. Fue entonces cuando las cosas se torcieron. Y casi nos matan a todos. Pero conseguí que nos salváramos. Todos menos Kastor. Mi acuerdo con Verres seguía en pie, sin importar lo que intentaran hacer algunos gilipollas. Y eso cambió tu opinión sobre mí.

—Pero yo creía en ti —insiste Filón—. Le dije a Espartaco que eras leal a tu palabra.

El pirata suspira y enarca una ceja.

—Sí, ya lo sé. Por eso no podía dejarte allí.

—¿Por qué no? Déjame ahora. Acércame a la orilla e iré nadando.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Volver con los Sublevados y contárselo todo? Lo más probable es que si alguien te ve, te abra en canal antes de que puedas decir ni mu.

—¡Pero si me secuestraste contra mi voluntad!

—No; los traicioné y tú eres la persona perfecta a quien culpar. —Bolmios sacude la cabeza—. Me caes bien. Kastor también me caía bien. Y Espartaco. ¿A quién no le gustaría Espartaco? Hombres como él no se encuentran todos los días. Si hubiera podido sacar provecho y ayudarle a ganar esta guerra, lo habría hecho. ¡Los Sublevados han logrado maravillas! Han jodido bien a los romanos, y eso es música para mis oídos. Pero todo esto acabará mal. Los romanos jamás admiten la derrota. No lo hicieron cuando el griego Pirro les dio una buena paliza. Ni cuando Aníbal se adueñó de toda Italia durante años. ¡Ni siquiera aceptaron su suerte tras Cannae! Si no se inclinaron ante aquellos hombres que eran gigantes, menos se inclinarán ante Espartaco. De manera que yo no podía hacer lo que deseaba Espartaco. Y no pude salvar a Kastor de esa flecha. Pero por ti sí puedo hacer algo.

—¡Me has destruido!

—No. Te ofrezco la vida. Por eso tienes que tomar una decisión.

—Tú ya has tomado todas las decisiones por mí.

—¡Dioses, mira que eres griego! ¡Ya sé que preferirías haberte quedado! Estás

enamorado de Espartaco. Morirías por él. Lo sé, lo sé. Pero... —Hace una mueca ante la dificultad de encontrar las palabras adecuadas—. He pensado que tal vez algún día, cuando puedas mirar atrás, te alegres de que haya hecho esto. Filón, te he salvado de una muerte segura. De la esclavitud, de la tortura. Te he salvado de todo eso, y te ofrezco algo que ni siquiera Espartaco puede tener. Dime dónde quieres ir. Grecia, el norte de África, Iliria... o mi propio país, Cilicia. Conozco todos esos lugares, y te llevaré. Te daré documentos, Filón. Documentos de libertad. Sin ellos serás siempre un esclavo. Esa marca en tu brazo no se quita. Serás un esclavo mientras tengas ese brazo colgado del hombro. Necesitas papeles que lo expliquen. Yo los compraré para ti. Podrás vivir en algún lugar tranquilo. Eres médico, practica tu oficio. Vive para oír las noticias, no para serlas. Esto es lo que te ofrezco. — Bolmios se pone en pie, sale del refugio y mira hacia la cubierta.

—¿Por qué? —pregunta Filón—. ¿Por qué me destruyes así para luego ofrecerme la libertad? ¿Por qué?

—Porque me gusta que acertaras al desconfiar de mí al principio y al confiar en mí después. Las dos cosas. ¿Tiene sentido? Para mí lo tiene. Acepta lo que te ofrezco. Domina tu culpabilidad. Piensa dónde quieres ir, qué quieres hacer. Si está en mi poder, te lo concederé. Ya te he dicho que ahora soy un hombre rico. Y tú eres mi amigo.

Y se aleja. Filón se queda notando el movimiento del barco, oliendo el salitre del agua, oyendo las voces de la tripulación. Desearía no estar allí. Si pudiera, volvería a la playa para unirse de nuevo a Espartaco. Se lo explicaría todo, caería de rodillas y suplicaría el perdón. Si estuviera en su poder, iría allí donde el destino los esperase a todos. ¿A quién debe más que a Espartaco?

A nadie. A nadie. A nadie.

Contempla la flota que surca las olas detrás de él. Y de nuevo piensa: «A nadie».

Pero no está seguro de que sea verdad.

Castus

Castus se recoge el pelo en lo alto de la cabeza con un cordel de cuero. Por fin le ha crecido lo suficiente para ello, así se siente más germano, más como ha sido desde que era joven y solo conocía su terruño natal. Se ha afeitado los lados de la cabeza y la nuca, de manera que nota la fría caricia de la brisa en el cuero cabelludo. Adopta un porte sereno, propio de un líder, mientras mentalmente invoca a su dios.

«Wodanaz, ayúdanos —reza—. No todos estos hombres te conocen, pero yo sí. Y te juro que han llegado a ser hermanos para mí. Míralos, y verás guerreros dignos de ti. Bendice nuestros barcos. Si lo haces, tomaremos barcos de Sicilia y los usaremos. Cruzarán el mar muchos más, y entonces te ofreceremos almas. Un gran sacrificio de almas romanas, todas en tu honor. No necesitamos a los piratas. Tenemos valor suficiente para hacerlo, con tu bendición».

Habla de la travesía que han estado preparando desde que los piratas se marcharon. Una semana de trabajo, de pillaje y latrocinio. Buscaron a los pescadores locales, les ofrecieron dinero por el servicio que los piratas les habían escamoteado. Los pescadores se negaron, de manera que los Sublevados comenzaron a robar todos los barcos que pudieron por toda la costa. Pero no eran muchos. La noticia de lo que hacían se extendió entre los lugareños, y la mayoría se llevó sus barcos a alta mar, fuera del alcance de los rebeldes. Espartaco ordenó que sus casas ardieran como represalia, pero eso no los hizo volver. Ordenó que capturasen a un gran número de aldeanos, pero los barcos no aparecieron. Por lo visto, algunos hombres preferían sus barcos a sus casas, y las ninfas del mar antes que a sus mujeres y niños.

No importa, dijo Espartaco. Se las arreglarían con esquifes y barcas de remos. Con eso tendrían bastante y la sorpresa de Sicilia sería todavía mayor. Buscaron entonces naves en ruinas, planchas de madera arrancadas de cercas, graneros y casas de los aldeanos. Fueron tierra adentro para talar árboles. Los que sabían de barcos dibujaron diagramas en la arena, instrucciones para unir embarcaciones pequeñas y formar una más grande y estable. Crearon una improvisada flotilla mucho más variopinta que la de Bolmios. Pero como dijo Espartaco, ¿no era así como debía ser? ¿No eran ellos mismos un ejército improvisado y variopinto? ¿Y acaso no eran fuertes a pesar de todo? Tal como lo decía, parecía que hubiera sido su propia decisión, su primer plan, en lugar de una apresurada improvisación después de un revés.

Castus casi lo cree. Desde luego quiere creerlo, pero ha comenzado a sentir algo que jamás había sentido en relación con Espartaco. Duda.

Todo comenzó con un vistazo del que ahora se arrepiente. Solo un vistazo.

Unos días antes, Castus montaba a su yegua, un animal firme, cálido y fuerte. Sus

cascos chasqueaban sobre las piedras de la carretera, creando una discordante música con los otros caballos. Era un día frío y despejado y el aire estaba húmedo por la lluvia caída durante la noche. Junto a él iban Gannicus y Goban, Ullio, Gaidres, Drenis y Skaris. Acompañaban a Espartaco. Avanzaban al norte por la Via Popilia, siguiendo a un puñado de exploradores que esa mañana habían traído un soldado romano que sostenía haber desertado de su ejército. Era un hombre oscuro y nervudo que les resultó familiar, aunque a Castus todos los romanos le parecían iguales. Espartaco interrogaría más tarde al desertor.

Pero primero los exploradores querían mostrarles algo, una especie de fortificación que tenían que ver. Al parecer, Craso había estado haciendo algo mientras los Sublevados se concentraban en invadir Sicilia. Sería bueno saber de qué se trataba. Castus no comprendía la aparente indiferencia de los romanos. ¿Por qué no los hostigaba Craso? ¿Por qué no ofrecía batalla? Ni siquiera parecía interesado en la suerte de sus propios soldados capturados. A finales del invierno, Espartaco le envió a uno de los prisioneros, un hombre de alta cuna, con el mensaje de que estaba dispuesto a liberar a los nobles. Ofrecía llegar a un acuerdo para intercambiar prisioneros por futuros compromisos. La legión que destruyó a Crixo no había hecho prisioneros. Se dedicaron a matar a todos los hombres, mujeres y niños que capturaron. ¿No deberían ambos bandos en el futuro mostrar más contención? Por lo visto no. El mensajero volvió con la negativa de Craso, sin explicaciones ni contraofertas. Solo una negativa.

—¿Qué crees que será esa fortificación? —preguntó Gannicus. Montaba junto a Castus, no lejos de los demás, pero sin participar en su conversación—. ¿Un fuerte?

Castus se encogió de hombros. Un perro trotaba junto a ellos, serpenteando entre los caballos como si fuera uno más.

—Pronto lo veremos.

—Sí, supongo. —Gannicus no parecía muy contento—. Pero somos un grupo más pequeño que antes.

—No hay por qué hablar de ello —le interrumpió Castus, cortante, esperando que Gannicus dejara el tema. Desde luego que eran un grupo más pequeño. Ya no estaban ni Crixo ni Bricca. Enomao era un recuerdo lejano. Faltaban Kastor y Nico. Y Dolmos tampoco iba con ellos. Estaría sentado en silencio allá en el campamento. Probablemente estaría agitado por no ver a Espartaco. Eso era lo único que parecía provocarle alguna emoción. Habría sido mejor si el golpe en la cabeza lo hubiera matado. De ese modo habría tenido una muerte de guerrero. Una lástima que le fuera negada.

Uno de los exploradores señaló al frente, hacia unas columnas de humo que se alzaban en el norte.

—¿Lo veis? Es así por todas partes. Por todo el sur.

—¿Es cosa de los romanos? —preguntó Skaris.

El explorador asintió. Castus recordó que se llamaba Hustus. Era uno de los

pastores del Vesubio, apenas un niño, aunque había crecido para ajustarse a su nuevo puesto. Aunque no era germano, llevaba el pelo al estilo germano, muy parecido al de Castus, aunque era moreno en vez de rubio. Hablaba con la seguridad de alguien mucho mayor.

—Lo hacen aunque la gente proteste. Lo queman todo. Destruyen todo lo que pueden. Hemos visto por todas partes aldeas desiertas, almacenes quemados o vacíos. Se habrán llevado a los animales o los mataron y los dejaron pudrirse en la carretera.

—No se han salvado ni los olivos —intervino otro joven. Luego pareció avergonzarse de haber hablado.

—Han cagado en los pozos de agua y atascado los arroyos con animales muertos —prosiguió Hustus—. Les abrieron el vientre para contaminar el agua. Todo lo que puede comerse o beberse se lo han llevado o lo han estropeado. Es como si odiaran a su propia gente.

—Es a nosotros a quienes odian —dijo Espartaco—. ¿Habéis tenido algún encuentro con jinetes romanos?

—Intentaron atraparnos —se jactó Hustus—, pero no pudieron. Somos más rápidos.

—Sois más ligeros —se burló Skaris, hincándole el dedo en el hombro—. No suponéis peso para vuestras monturas.

Hustus se encogió de hombros y repitió:

—Somos más rápidos.

—¿Por qué creéis que están arrasando su propia tierra?

—¿Para negárnosla a nosotros? —apuntó Hustus, aunque no parecía muy seguro.

—Exacto. —Espartaco pareció alegrarse de ello—. Quieren matarnos de hambre, en lugar de enfrentarse a nosotros. ¿Qué os dice eso? Que tienen miedo. Y eso es bueno. Nos conviene que tengan miedo.

—¡Ja! —exclamó Hustus—. ¿Miedo? Pues esperad a ver la muralla.

Poco después salieron de detrás de un espolón rocoso. La tierra se extendía a lo lejos, un paisaje de colinas, campos y abruptos cerros cubiertos de árboles. Nada de ello ocultaba aquello que habían ido a ver.

—¡Por Zalmoxis! —exclamó Drenis.

Castus repitió mentalmente la exclamación: «¡Por Wodanaz!».

Era una barrera, un muro de gruesos troncos colocados detrás de una honda trinchera. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista, en dirección al interior sobre una elevación de colinas y luego hacia la costa, bajando hacia el mar. No era una estructura uniforme debido a la irregularidad del terreno. El muro serpenteaba por los contornos de las tierras, aprovechándolos: aquí, fundido con la falda de una colina tan rocosa como para formar una barrera; allí, incorporado a una antigua muralla de piedra; más abajo, un reservorio de comida sustituía a la trinchera. Unía un rasgo tras otro del terreno, formando una barrera completa. Y vigilada, porque había soldados apostados en varios puntos del muro. Aunque la novedad de la construcción sugería

prisas —tierra recién excavada, troncos de distinto grosor y altura, madera en lugar de piedra—, había algo enervante en una estructura más grande que cualquier otra cosa que pudieran ver en el horizonte. Casi parecía haber sido construida por gigantes en lugar de hombres.

«¿Quién construye algo así? —se preguntó Castus. Y se respondió—: los romanos».

Fue entonces cuando miró un instante a Espartaco. Lo miraba siempre que necesitaba alentar su confianza, pero esta vez no ocurrió así. Solo por un instante captó la expresión desprevenida del tracio. Carecía de su habitual autodomínio. Sus ojos escrutaban el paisaje, dándole un aspecto de perplejidad, casi de desesperación. Sus labios flojos, el mentón caído... un rostro que por una vez había sido captado por sorpresa. Por lo menos eso pensó Castus en la fugaz duración de esa mirada. Espartaco bajó la cabeza, respiró hondo y el momento pasó. Cuando volvió a mirar al frente, había recuperado su sombría seguridad, que contrastaba con el humor que curvaba las comisuras de su boca. Parecía estar formulando algún chiste.

—¿Hasta dónde llega esto? —preguntó Gaidres.

—Cruza todo el país —declaró uno de los exploradores—. Está a todo lo largo, a través de las montañas y hasta la otra costa.

—No se puede hacer un muro tan largo —terció Skaris.

—No es tanta distancia —replicó Hustus—. Y en algunos sitios no han tenido que construir nada. Hay desfiladeros, cerros, pasajes abruptos en las montañas que no podríamos atravesar. Lo juro. La muralla va de costa a costa.

—¿Con qué propósito? —preguntó Ullio.

—Para atrápanos —contestó Espartaco—. Han pensado: «Mirad, los Sublevados que nos humillan y nos hacen temblar están todos reunidos en el pie de esta tierra. Cortemos ese pie, y de paso a los Sublevados». Os digo que tienen miedo. Se esconden detrás de una muralla y piensan que así desapareceremos. Pues no. —Espartaco sacudió la cabeza como considerándolo una locura—. Esto responde muchas cuestiones. Me preguntaba qué estaría pensando Craso, por qué evitaba la batalla, por qué nos dejaba marchar hacia el sur, por qué nos seguía sin hacer nada. ¿Qué manera es esa de ganar una guerra? Ahora lo veo. ¡Así es como Craso hace la guerra! Construye muros, quema y arrasa su propio país, nos envenena, intenta matarnos de cualquier manera que no sea presentar batalla. ¿Sabéis lo que saldrá de todo esto? Que los dioses romanos los despreciarán. ¿Me oís? Sus dioses los abandonarán y esta muralla no les servirá de nada. —Sonrió—. Y para nosotros no cambia nada. Primero llevaremos una fuerza a Sicilia y después ya vendremos a echar abajo este muro. Venga, vamos a echarle un vistazo más de cerca.

Gannicus advirtió:

—Somos pocos. Podrían enviar un contingente contra nosotros.

Espartaco desechó la idea con un gesto.

—¡Han construido un muro para alejarse de nosotros! Se quedarán tras él.

—Tal vez deberíamos mantenernos ocultos. Todavía no nos han visto.

—Que nos vean. Que sepan que conocemos su estratagema y que nos divierte. —
Y Espartaco puso a su caballo al trote.

El tono ligero con que dijo todo eso, la forma de considerar la situación y restarle importancia, fue perfecta. Era exactamente la actitud segura que siempre mostraba y con la que daba la impresión de estar jugando con los dioses en lugar de temerlos. Era lo que Castus deseaba de él, lo que todos querían. Pero a Castus le habría gustado no ver aquella expresión horrorizada tan desnuda en su rostro. En los días siguientes, siguió recordando esa expresión una y otra vez, reflexionando sobre ella. Por primera vez supo que lo que Espartaco guardaba para sí no era exactamente lo que mostraba al mundo.

Esta cuestión se mezcla con otras mientras Castus aguarda la señal para botar sus balsas. ¿No ha cometido Espartaco errores recientemente? Confió en los magistrados de Asculum; pensó que las ciudades se le unirían después de las victorias del verano; creyó que encendería una furia contra Roma que convertiría una revuelta de esclavos en una guerra civil; vino al sur y puso su fe en los piratas; y ahora se ha quedado encerrado, atrapado detrás de una muralla, en una tierra que cada vez tiene menos recursos en pleno invierno. ¿No será porque no han hecho lo que los dioses deseaban? En lugar de matar romanos y luego volver a casa, han llegado hasta aquí, tan lejos de sus hogares como podían llegar. Tal vez Enomao tenía razón y deberían haberse marchado de esa tierra llevándose su libertad.

Por eso Castus hace una promesa a Wodanaz: «Señor, déjame entender tu voluntad. Si quieres que atravesemos este mar y tomemos Sicilia, ayúdanos. Envíanos un viento que nos empuje y así lo sabré, y todas las vidas que me cobre serán en tu nombre. Lo juro. Pero si no deseas esto y quieres que nos vayamos a casa, házmelo saber y te juro que pondré todos mis esfuerzos en volver a nuestra tierra y a ti. En la vida y luego en la muerte».

Castus está junto a la balsa que capitaneará por el estrecho: dos balsas de remos unidas por unos postes atados a las bancadas de las dos. Una es más alta que la otra, con lo cual está inclinada sobre la arena. Hay un hueco entre las dos, lo suficiente, espera, para darles una estabilidad que no habrían tenido por separado. Sobre el hueco hay un entramado de tablonés y redes de pesca para llevar hombres, equipamiento, armas, comida. Los veinte hombres con que navegará están junto a él. A cada lado, tirando de varias balsas para posicionarlas, están los otros ochenta soldados que responden a sus órdenes. La suya es la segunda tanda de embarcaciones, dispuesta justo donde las turbulentas aguas lamen la orilla. La primera, dirigida por Skaris, ya flota sobre las olas, lista para emprender la travesía.

«Mantennos unidos durante el viaje —reza—. Evita que nos hundamos y te enseñaremos lo que somos capaces de hacer en tu nombre».

Detesta la idea de ahogarse, no sabe si eso le garantizará un lugar en Valhala. Aunque forma parte de la campaña, no sería verdaderamente morir en batalla. Al

ofrecerse voluntario para esto tal vez se esté negando las recompensas de la otra vida, la entrada al salón de Wodanaz y al Campo del Ejército de Freya. Por eso invoca con tanta frecuencia a Wodanaz. Reza con toda su alma y desea lo que pide, intentando mantener la atención del dios.

Espartaco pasea por la playa pronunciando una arenga final. Los está haciendo valientes con su ejemplo. Los convence de que todo es posible y que lograrán todo cuanto se propongan. Bromea sobre la traición de los piratas y ha jurado que, cuando todo esto concluya, les hará una visita para recuperar su «regalo», porque fue un regalo ofrecido a unos amigos que han demostrado no serlo. Pronuncia muchas palabras de ánimo, que fluyen de su boca en un torrente imparable e inapelable.

—¡Miraos! ¡Cuatrocientos hombres fuertes! Más espartanos que los que contuvieron a los persas en las Termópilas.

Skaris, metido hasta el muslo en el agua y al parecer sin sentir frío, grita:

—¡Suficientes para conquistar toda Sicilia! ¡Da la orden y lo haremos!

—No lo dudo, pero no. Es mejor compartir la gloria con más de los nuestros. Hoy os pido una tarea sencilla. Cruzad este mar. Tocad la tierra que veis desde aquí. Caed sobre una aldea, un pueblo incluso. Capturad algunos barcos mejores que estos, así como los hombres para gobernarlos. Y volved con todo ello. Después cruzaremos con el resto de las tropas y el pequeño retraso no será un inconveniente. ¿Podréis hacerlo?

Solo hay una respuesta, y muchos le dan voz: Pueden hacerlo. Claro que pueden hacerlo. Míranos, dicen, porque pueden hacerlo y lo harán.

Las primeras balsas se adentran en el agua. Los hombres saltan a bordo, se aúpan, ayudan a otros tirando de sus brazos. Se bambolean con las olas mientras asumen sus puestos, encajan los pies en sus sujeciones y cogen los remos o las planchas de madera que utilizarán para avanzar. Los remos asoman, con torpeza, todavía sin ritmo.

«Por favor, permite que tengamos éxito», ruega Castus, y toca la empuñadura de su espada. Sabe lo que hará si la balsa vuelca o si una ola lo tira al mar o se abre un agujero y se lo traga. Sacará la espada antes de quedarse sin el último aliento y se hundirá en las profundidades aferrado a ella. De ese modo, Wodanaz lo verá morir con una espada en la mano y sabrá que su muerte fue un acto de guerra. Sí, eso es lo que hará. Si es necesario.

«Señor Supremo, mira lo que estamos haciendo, sé consciente de que estamos en guerra, que batallamos contra este mar que nos separa de la matanza que ansiamos».

Ordena que la segunda línea de balsas se movilice.

—¡Al agua! —exclama, alzando la voz para que nadie sepa los pensamientos que le rondan la cabeza. Se inclina, agarra su propia balsa y empieza la cuenta para moverla. Un, dos, tirar. Un, dos, tirar. Todos se acoplan al mismo ritmo, entre gruñidos de esfuerzo.

Las olas no tardan en lamerle los tobillos. Resulta enervante, como si el agua fuera una criatura viva. ¿Por qué nunca se le había ocurrido? El mar se mueve a su

antojo. Las mareas se alzan y se retiran. Las olas rompen contra la orilla y pueden desgastar la piedra. El mar es un músculo líquido con una mente propia. Se acuerda de Filón, que unas semanas atrás contaba historias de monstruos marinos que vivían en esas aguas. Castus no lo había creído. De esas cosas se habla mucho, pero nadie las ve.

Baja la mano hacia el agua, que ya le llega más arriba de las rodillas, y se salpica la cara. «Es muy salada. Me estoy lavando la cara con un mar de lágrimas», piensa. Luego sacude la cabeza. No debería permitirse tales pensamientos. Está siendo débil. «Basta —se ordena—. ¡Basta!».

—Castus, ¿estás haciendo una ofrenda? —pregunta Espartaco—. Bien. Deberíamos hacer ofrendas. —Proyecta la voz para que le oigan los hombres en la playa—. ¡Prometed a vuestros dioses que mataréis en su nombre! ¡Os amarán por ello!

El joven junto a Castus murmura una oración a Donar. Otro invoca a Freya. Castus sigue sin decir nada en voz alta, pero sus promesas y oraciones aumentan: «Wodanaz, si hay monstruos, aléjalos. Vigílanos. Freya, hazme un sitio en el campo de los ejércitos. Yo lucharé por ti cuando por fin llegue el momento. Déjame demostrártelo».

Ya en posición, con el agua por la cintura y agarrado a las balsas, Castus está a punto de ordenar a su grupo que se ponga en marcha.

Espartaco lo detiene. Está junto a él en el agua y le toca el hombro con los dedos.

—Espera un momento, Castus. Dale espacio a la primera línea.

Castus espera mirando, como todos los demás. La primera línea de balsas ya no es una línea. A un tiro de piedra de la playa, ya son un revoltijo. Unas se mueven más deprisa que otras, las hay que parecen atrapar el viento o las corrientes. Es difícil saberlo. Algunas están encalladas. Muchas, demasiadas, se inclinan en difíciles ángulos o chocan entre ellas. Una va tan hundida que apenas es visible bajo los hombres que se sientan sobre ella. Se los ve nerviosos. No todos reman. Muchos están discutiendo.

—¡Mirad a Skaris! —grita Espartaco—. ¡Así se hace! ¡Miradlo! ¡Seguid su ejemplo!

La balsa del tracio va muy por delante de las demás. Los hombres reman furiosamente. La embarcación no es mejor que las otras, pero Skaris, que ni siquiera sabe nadar, impulsa a sus hombres con la fuerza de su voluntad.

«Espartaco —piensa Castus— ha sido muy inteligente al volver nuestra atención hacia el más valiente de los nuestros». Por primera vez tiene ganas de ponerse en marcha. Por más que le guste notar los dedos de Espartaco en el hombro, quiere ser liberado para acabar con la espera y que solo importen el movimiento, el esfuerzo y la acción. En ese aspecto, esto es como una batalla, piensa. En algún momento, antes de que comience la lucha, deja de temerla y solo quiere participar en ella, que pase lo que tenga que pasar. Así se siente ahora. Grita a sus hombres que se preparen, que

hagan lo que ha hecho Skaris. Cruzar el mar, llegar a Sicilia y vencer a Roma.

—¿Quién entre vosotros tocará tierra primero? —pregunta Espartaco—. Tenéis que alcanzar a Skaris. Pero podéis hacerlo, ¿verdad? —Da un apretón al hombro de Castus, luego le sube la mano hasta el cuello—. Hermano, son tuyos. Zarpa como quieras y que Wodanaz te acompañe.

—¡Todos vosotros, invocad a vuestros dioses! —grita Castus—. ¡En marcha! —Y entonces brama—: ¡Wodanaz! —Y se inclina para empujar la balsa—. ¡Wodanaz! — Se alza un coro de voces. Todos han seguido su ejemplo. Castus agita la arena bajo los pies, con el agua ahora por el pecho. Se encarama a la balsa, cae en ella como un pez y se debate hasta incorporarse. Ayuda a subir a otros, conminando a los demás a hacer lo mismo hasta que estén todos a bordo. Les ordena ocupar sus posiciones y remar. Necesitan salir de las olas que los empujan hacia la playa.

—¡Remad! ¡Remad!

Él también rema. Da un golpe al hombre que tiene detrás, que no está remando, y les grita a todos que salgan de su pasmo y remen. ¿Por qué no están remando? La única respuesta que obtiene es una exclamación ante algo que están viendo. Castus se da la vuelta.

Al principio no sabe muy bien qué es. El mar está salpicado de balsas, como antes. En la vanguardia, los hombres de Skaris ya no reman hacia delante. Algunos se han detenido, otros parecen estar remando hacia atrás. Unos cuantos señalan algo que Castus no distingue. Se pone en pie, bamboleándose, para ver mejor.

Algo ha agarrado la balsa de Skaris desde abajo y tira de ella. Toda la embarcación se inclina hacia un lado. Los hombres caen al mar. La balsa sigue inclinándose, alzándose cada vez más con lenta gracilidad. Alguien que solo puede ser Skaris intenta evitarlo. Trepa por la balsa a medida que se inclina. Y cuando queda totalmente en vertical, sigue aferrado a ella, el último hombre. Está demasiado lejos, pero aun así Castus nota que Skaris está vuelto hacia la orilla. Y entonces, de manera tan súbita que provoca nuevas exclamaciones, la balsa cae de golpe. Cae y se hunde.

Tan deprisa como ese monstruo marino que surge bajo las olas, pero ese no es el final. A continuación se sucede un torbellino de horrores. Las balsas en torno a Castus, recién zarpadas, se agitan. Nadie rema. Las embarcaciones se bambolean en las olas. Algunos contemplan la suerte de los que ya están en alta mar. Otros reman hacia atrás. Los hay que saltan al agua para nadar hacia la orilla. Otros son arrojados fuera y caen gritando, luchando una batalla perdida contra las olas. Y todo a un tiro de piedra de la playa.

Castus se ha quedado paralizado con el remo en la mano. No sabe qué hacer. ¿Seguir adelante para cruzar el estrecho? ¿Ayudar a los que han caído al agua? ¿Retirarse? Las otras balsas llegan hasta el monstruo que ha hecho volcar a Skaris. Corren la misma suerte. La criatura los hace volcar o dar vueltas, tira a los hombres al agua y se los traga. Los que van detrás abandonan sus esfuerzos por cruzar el

estrecho. Dan media vuelta, presas del pánico, o reman hacia atrás. Pero hay demasiado desorden y no progresan, solo se desvían hacia el norte. La corriente se lleva tanto las balsas como a los hombres que intentan alcanzar la orilla a nado. Todos son arrastrados mar adentro. ¿Hacia dónde? Más allá de Sicilia, al mar abierto, donde sin duda aguardan mayores monstruos dispuestos a devorarlos.

Castus sigue en su balsa cuando llega Espartaco nadando. Le agarra el brazo y tira de él hacia el agua. Le conmina a nadar hacia la orilla. Le da la vuelta y señala, furioso. Es extraño. Castus sabe que está gritando, y entiende sus palabras, pero no las oye. Son mudas, como la conmoción en torno a él. Mudadas no de hecho, sino enmudecidas por sus pensamientos. Echa a nadar, grita palabras que no oye bien, ayuda a otros hombres a ponerse a salvo. Hace todo lo que tiene que hacer, pero al mismo tiempo piensa que sí hay monstruos, después de todo. Por mucho que hayan rezado a los dioses, esas bestias bajo las olas les han negado Sicilia. Si eso tan impensable es cierto, ¿qué más podría serlo?

Lo cierto es que Castus hizo una petición a Wodanaz. Empapado, de pie en la orilla mientras el agua tira, tira y tira de sus tobillos, ve que el dios ha contestado claramente: no bendice la invasión de Sicilia, no quiere que vayan allí, desea que su pueblo vuelva a sus tierras natales. Su inacción es una señal evidente. Ha dejado que los hombres de la balsa de Castus se ahoguen allí mismo, tan cerca de tierra. No necesita más pruebas. Otros dioses han hecho lo mismo. Ninguno ha respondido a las oraciones. Así que Castus solo ve un curso de acción. Deben marchar hacia el norte hasta que las distintas tribus puedan separarse y volver a sus tierras. Espera que Espartaco llegue por sí mismo a esa decisión. ¿Por qué no iba a hacerlo? Ya ve que las cosas no se desarrollan bien para ellos.

Después de aquello no vuelve a hablarse de cruzar a Sicilia. En los días que suceden al segundo intento fallido, nadie sabe muy bien qué hacer. Se habla de atacar el muro en las planicies cerca de la costa tirrena. O amagar allí el ataque para realizar el verdadero asalto en el lado jónico. Sería directo, pero morirían muchos. Lanzan varios ataques para probar el muro, buscar sus puntos débiles, pero con escaso éxito. Los romanos cuentan con demasiados hombres. Están demasiado bien protegidos tras el muro y pueden lanzar lluvias de flechas y jabalinas. Si ellos les lanzan piedras, las esquivan. Gritan insultos y burlas desde la seguridad de sus posiciones. Desafían a los Sublevados a acometer un asalto directo, mientras demuestran que eso les ofrece a ellos todas las ventajas y a los rebeldes todos los inconvenientes.

Algunos exploran la costa donde el muro termina en un enorme afloramiento de roca y los acantilados caen en vertical a las aguas azules. Por la noche podrían enviar nadadores, o una fuerza en unas barcas. Podrían atacar desde el otro lado y mantener una porción del muro el tiempo suficiente para que otra fuerza derribe una sección. Es una idea, pero nadie desea volver a adentrarse en las olas. La idea se marchita.

Al cabo de una semana, Espartaco ordena que todo el ejército se reúna para presentar batalla cerca del muro. Se congrega una gran masa. El tracio monta su

semental frente a ellos, tachando a los romanos de cobardes. Se acerca bastante para que sus gritos alcancen el muro, y desafía a los romanos a salir para luchar en campo abierto. Promete no atacar hasta que estén en posición. Llama a Craso, diciendo que prestará juramento ante él. Salid y batallamos. Durante tres días hace la misma oferta. Durante tres días obtiene como respuesta solo insultos.

Al final del tercer día, Espartaco, fuera del alcance de los proyectiles, da la espalda al muro, se alza la túnica y se tira un pedo tan sonoro que los romanos podrían haberlo oído de no haber estallado en risas y el ejército rebelde en vítores. Espartaco se aleja. Tras él, un hombre tras otro imita su gesto: el culo al aire y una palmada en las nalgas. Se ha acabado el proponer batalla.

Espartaco convoca una reunión del consejo. Castus espera oírle decir cómo saldrán de esa trampa y que, una vez liberados, deberían largarse a casa. Eso es lo que quiere oír. Si no es así, se levantará y ante los ojos de todos se apartará del hombre que venera y planteará que todos deben volver a sus respectivas tierras. La idea de oponerse a Espartaco le provoca náuseas, pero si tiene que hacerlo, lo hará.

Se reúnen a unos kilómetros tierra adentro, donde el grueso de los Sublevados se ha trasladado después de cejar en su empeño de hacer salir a los romanos. Es agradable montar por las colinas, lejos de la vista del mar y el húmedo olor salitroso. El aire sigue húmedo, y más frío, pero se percibe más fresco lejos del salitre. No borra los recuerdos de la tragedia —Castus ve volcar la balsa de Skaris una y otra vez en sus sueños—, pero le ayuda a aclararse la mente. Empieza a reemplazar viejas preocupaciones por otras nuevas. ¿Cómo escaparán del sur cuando los romanos han construido un muro que cruza toda la península? Por lo que vio la tarde que se acercaron a la muralla, tenía una estructura sólida, y el foso era hondo. Cualquier ataque los expondría a una lluvia de jabalinas y flechas disparadas desde arriba. Odia a los romanos por diseñar una trampa así. Son cobardes, pero letales.

El consejo se reúne en un bosquecillo de pinos, no lejos del campamento principal. Los árboles se elevan sobre largos y estrechos troncos, como si compitieran unos con otros por alcanzar la mayor altura. Solo en lo más alto las ramas se extienden en horizontal. Parecen parasoles que sostuvieran esbeltos gigantes. Las copas poco protegerían de un aguacero, pero hoy no hay más que una ligera niebla, suficiente para helar al ir subiendo por las colinas.

La asamblea es mayor de lo que Castus esperaba. Apestan a lana mojada y cuerpos sucios, ropa ahumada y pelo grasiento. Conoce a la mayoría de los hombres, pero no todos han asistido antes a una reunión del consejo. Algunos llevan con ellos desde el principio. Nasah, el libio, y Kut, de los nasamones, juraron lealtad allá en el *ludus* de Capua. Thresu también estuvo en Capua; dirige un contingente que se declara etrusco, no romano, un pueblo sometido por Roma aquí en Italia. También hay hombres nuevos, los que se han alzado a la posición de líderes a medida que más y más tribus se unían a los Sublevados. Los griegos están juntos, dirigidos por un hombre que asegura tener sangre espartana. Hay representantes de los ilirios, los

galileos, los sirios, los iberos. Incluso hay quien habla por los grupos que se han unido por encima de clanes o razas, aquellos con necesidad de pertenencia y que han sabido ver más allá de sus diferencias. Incluso Baebia, el romano, tiene ahora un grupo de seguidores latinohablantes que lo consideran una especie de adalid. Ahora están sentados en el consejo. Pero faltan Skaris, Dolmos, Nico, Crixo y Enomao. Castus no tiene nada contra los nuevos, pero le duele la ausencia de los que ya no están.

Gannicus, sentado a su lado, susurra:

—No padezcas, Castus. Parece que nos sustituyen con mucha facilidad.

Cuando llega Espartaco, lleva un grueso manto de lana que Castus reconoce. Había sido de Skaris. Se une a la asamblea saludando a todos por su nombre, como siempre. Astera viene con él, llevando a Dolmos del codo. Se detiene al borde del grupo y, cuando Dolmos intenta seguir a Espartaco, ella lo agarra y le susurra algo. Dolmos se queda con Astera, pero sus ojos siguen a Espartaco con nerviosa intensidad. A Castus le recuerda a un perro, ansioso al ver a su amo rodeado por otros perros. Ese pensamiento le desagrada e intenta apartarlo de su mente.

Espartaco se calienta las manos en el fuego central y habla.

—Todos sabéis que he perdido hombres a los que apreciaba mucho. Hombres a los que amaba. Todos hemos perdido amigos, pero yo siento estas pérdidas en lo más hondo. Lo siento aquí, en el centro de mi ser. Skaris era como un hermano para mí. Ojalá tuviéramos aquí su cuerpo para hacerle una pira y que todo el que lo conociera pudiera acudir a ofrecerle una ofrenda, un regalo para que se lo llevara al otro mundo, para que pudiera llegar ante los dioses con pruebas de lo mucho que aquí se le amaba. Pero eso no es posible. El mar se lo tragó. Y mi corazón no lo llora solo a él. —Se aprieta el pecho con los dedos y tose varias veces. No es el único. Otros hacen lo mismo, como si el tracio les hubiera dado permiso—. Pero miraos unos a otros. Miraos todos los que estáis aquí, en el consejo. Miraos y ved no solo a los hombres que hemos perdido, sino también a los nuevos hermanos que hemos ganado. Todavía nos queda mucho por hacer, y es mejor que lo hagamos unidos. Sé que hay quejas, sé que algunos piensan que os he guiado hasta un sitio maldito. Ya conocéis nuestra situación. Sentaos conmigo y escuchad lo que propongo que hagamos.

Espartaco se vuelve y llama a Hustus, que aguarda entre la bruma justo al borde de la arboleda.

—Ven. Tráelo.

Hustus va hacia donde su grupo de exploradores rodea a una figura de triste aspecto. Es un prisionero romano. Parece más mojado de lo que el tiempo justificaría, como una rata mojada con el pelo oscuro pegado al rostro bronceado. Lleva el atavío de un legionario, aunque sin espada, jabalina o daga. Mueve las manos de manera extraña, con los dedos doblados y tocándose los como si estuviera calculando una vasta y complicada suma.

—Este hombre es romano —anuncia Espartaco—. Ya lo veis. Viene de las

legiones de Craso. Ha acudido a nosotros.

—¿Es un desertor? —pregunta Baebia. No hay aprobación en su tono ni afecto alguno en su expresión.

—Él es la clave para que podamos sortear la muralla romana. —Eso, dicho de manera tan casual, provoca el interés de los rostros que miran al romano. Espartaco carraspea—. Nonus, cuéntales lo que me has dicho.

El romano tiene cara de querer hacer cualquier cosa antes que eso. Con la cabeza gacha y el rostro oculto, dirige sus palabras al suelo. Su voz es un farfallo que le granjea algunas maldiciones y exhortaciones a hablar más alto. Espartaco se acerca a él. El romano se encoge con un respingo, pero el tracio le toca suavemente el mentón y le alza la cabeza, para que su rostro pueda verse. Luego se aparta y hace un gesto tranquilizador con las manos.

—Tienes voz. Utilízala. Queremos oírte.

El romano empieza de nuevo, todavía titubeante. Se interrumpe a menudo, como si se le ocurrieran varias cosas y no supiera muy bien qué decir primero. A pesar de todo, se hace entender. El muro, explica, tiene puntos débiles. Es más fuerte en ambas costas, donde es más fácil llegar ya que las rutas están abiertas y el clima es templado. Allí es donde se ha realizado la mayor parte de la construcción y donde hay apostados más soldados. Los oficiales romanos dan por sentado que los rebeldes atacarán la muralla por esos puntos. Han construido también murallas en los pasos de las montañas, pero esas han sido realizadas con más prisas y no están tan bien protegidas. Nonus estaba asignado a uno de esos puestos. Huyó una noche, escabulléndose por un trozo de muro inacabado.

—¿Por qué iban a apostar muchos soldados? —pregunta alguien que Castus no ve—. Son montañas y es invierno. A nosotros no nos gustan las montañas ni el invierno.

—Tal vez os gustaría si fueran vuestra salvación —replica Nonus.

—¿Quieres que marchemos a las montañas? —dice Ullio—. ¿Con la nieve y el hielo y los escarpados picos? ¿Quién dice que haya algún paso allí? Perderíamos demasiados hombres con el frío, la enfermedad y los accidentes. Acabaríamos con la poca comida que tenemos. Y allí arriba no hay caza, ¿no? Ya veo lo que es esto: una trampa.

El celta no es el único que lo piensa. Un coro de voces añade variaciones a sus quejas.

El romano mira a un lado y otro, cada vez más agitado. Es probable que no comprenda la mayoría de los comentarios políglotas que le lanzan.

—¡Es verdad que las montañas son abruptas! —exclama por fin, más alto que antes—. Mientras que aquí llueve, allí nieva. Pero hay una ruta. Si subís lo suficiente, alcanzaréis una planicie que corre por la cresta. Es una buena ruta, si sabéis dónde está y estáis dispuestos a subir hasta ella. Es una carretera en el cielo. Hay una muralla bloqueándola, pero es tal como he dicho: no tan fuerte como en la costa, ni está protegida por tantos hombres. Eso es lo que he venido a deciros.

No parece haber convencido a nadie. Las quejas recelosas arrecian.

Espartaco alza las manos pidiendo silencio. Le lleva unos momentos, pero lo consigue.

—Todos expresáis dudas razonables —comienza—, pero no tenemos por qué creer solo al romano. Uno de los nuestros sostiene lo mismo. Ya la conocéis: Vectia. Ella os guio desde la destrucción del ejército de Crixo hasta los Sublevados. Sabéis que conoce bien el terreno. Vectia está aquí. Podría pedirle que os lo diga, si queréis oírsele a ella.

Espartaco señala hacia Vectia, que aguarda al borde del bosquecillo, apoyada contra un tronco, los brazos cruzados, una capucha sobre la cabeza y el rostro en sombras. Nadie pide oír a Vectia.

Espartaco se encoge de hombros y prosigue:

—Esta ruta en el cielo... —con los brazos dibuja una ruta elevada y hermosa— Vectia la utilizó una vez cuando su amo intentaba evitar a sus deudores. No será fácil, pero los romanos no nos esperarán. Sería para nosotros una táctica similar a la que empleó Aníbal cuando cruzó los Alpes. O los pantanos del Arno. Funcionará precisamente porque los romanos no esperan que lo hagamos.

Gannicus se inclina hacia Castus para susurrar:

—Ahora se compara con Aníbal. —Es un pensamiento incompleto, pero ahí lo deja.

—¿Por qué deberíamos creerle? —pregunta Nasah. Su rostro es oscuro, la nariz afilada como la hoja de un hacha, el pelo muy rizado—. Un hombre que traiciona a su propio pueblo no es un hombre.

—¿Y qué hay de un hombre que ha sido traicionado por su propio pueblo? —tercia Espartaco—. Este romano me ha contado su historia. Si queréis, pedidle que os la repita. Roma lo ha utilizado una y otra vez. Se lo ha arrebatado todo. ¿Y qué si nació siendo romano? ¿Acaso no puede estar dolido con los romanos? No lo despreciéis por ello. El día que otros romanos sean tan valientes como él... —hace una pausa, mirando alrededor, asegurándose de que todos han oído el principio de la frase y quieren oír el final— ese día Roma será destruida. —Carraspea, tose una vez y pone una sonrisa en la voz—: Hay otra cosa. Esta no es la primera vez que algunos de nosotros hemos visto a este hombre. Tú no has dicho nada, Nonus, pero yo te conozco, ¿no es así?

El romano se queda boquiabierto. No sabe qué contestar. Mueve la boca como si estuviera juntando saliva para escupir y no pudiera hacerlo. Al final, asiente con la cabeza.

—Aquella noche te lesionaron bien las manos, ¿verdad? —Al oír las mencionar, Nonus se lleva las manos al vientre, escondiéndolas—. Veréis, hermanos, Nonus es el hombre que en nuestros primeros días de libertad nos llevó hasta un alijo de armas. Este romano hizo eso por nosotros, la misma noche que su propio pueblo lo torturó.

Gannicus lanza una risotada.

—¡Ya me parecía que esta comadreja me sonaba! Iba en un convoy romano que tomamos en primavera. En Lucania, ¿verdad? Es el que dejamos vivo. Sí, ahora me acuerdo de él. Le pregunté si quería unirse a nosotros. Entonces no quiso. ¿Por qué has cambiado de opinión ahora, romano?

Nonus no tarda en responder:

—Porque aquel día no me quitasteis la vida, ni a mí ni a mi hermano. Volví con los míos, y ellos condenaron a mi hermano a muerte.

—¿Lo mataron?

Esta vez la furia en la respuesta es palpable:

—No; me obligaron a mí a matarlo.

Eso corta en seco el buen humor que Gannicus había introducido en la entrevista. Durante un rato el grupo guarda silencio. Cuando alguien habla de nuevo, parece que el tema de la confianza en Nonus ha quedado zanjado. El romano les cuenta más detalles de la construcción del muro.

Castus escucha. Observa a Espartaco, ve su entusiasmo por un plan que ya ha comenzado a crecer en la mente del grupo. De nuevo se los está ganando, de nuevo desean más de él, de nuevo confían en que tenga las respuestas. Pero Castus no está seguro de que Espartaco las tenga. Sin el favor de los dioses, sus respuestas pueden no llevar a nada. ¿Es que nadie más lo piensa? Mira a Astera, pero su rostro es inescrutable, una máscara finamente esculpida que no deja ver su interior.

—Espartaco, tienes mi respeto —dice Kut. Es de baja estatura, pero mortalmente rápido con el cuchillo y muy buen jinete—. Pero muchos están descontentos. Dicen que hemos perdido el favor de los dioses y que por ello hemos perdido nuestro camino y hemos quedado atrapados.

«¡Bueno! Por fin, alguien lo ha dicho», piensa Castus. No es el único que piensa así.

—No estamos atrapados —responde Espartaco—. Podríamos marchar mañana hacia las montañas y atravesar su patética muralla. Y después sé la manera de conseguir todo lo que necesitamos. Provisiones, riqueza, poder, estatus. Una fortaleza segura como la que nunca antes hemos tenido. Es un modo de hacer duradera nuestra libertad. Pensad en los Sublevados como formados de muchos anillos diferentes. Clanes, razas, creencias: cada una un anillo. Sé que algunos veis esos anillos por los aires, cada uno volando en una dirección. Teméis que ese sea el futuro, y como lo teméis, lo estáis provocando. Todos dispersos cogiendo lo que podamos antes de que los romanos vuelvan a hacernos esclavos. Pero no es eso lo que yo veo.

Se abre el broche que ata su capa, se la quita y la tiende.

—Toma, dale esto a mi hermano. Hace frío allí, lejos de la reunión. —Hay un momento de desconcierto. El hombre que ha cogido la capa mira alrededor sin saber a quién se refiere. Alguien le susurra y pronto la prenda pasa de mano en mano y llega hasta Dolmos, que se la lleva al pecho. Astera le enseña a ponérsela sobre los hombros.

Espartaco se yergue estirándose, como aliviado de haberse librado del peso de la capa. Su aspecto es magnífico, como no lo era hace un momento. Los brazos desnudos, musculosos y tatuados, los hombros anchos. Castus advierte que ya no tose, no se interrumpe para carraspear, no parece cansado ni apenado. ¿Estaba fingiendo su malestar, o es que lo ha superado? A ojos de Castus, parece contar de nuevo con el favor de los dioses.

—¿Sabéis lo que yo veo? No el caos de los anillos al vuelo, sino el ardiente sendero de una flecha que atraviesa a la vez todos los anillos. —Lo demuestra formando un anillo con una mano y atravesándolo con un dedo de la otra. Se vuelve para asegurarse de que todos lo ven—. Todos nosotros, capturados en esa flecha que nos dispara derechos al corazón de nuestro enemigo.

A pesar de sí mismo y de todo lo que ha pensado, Castus nota una oleada de calor en la cara. Es la puerta por la que entra la esperanza. Es algo parecido al amor, a la adoración. Quiere saber cuál es esa manera de conseguir todo lo que necesitan, cuál es esa flecha ardiente.

—Os juro que este plan complacerá a los dioses. ¿Queréis oírlo?

Kut, que es a quien Espartaco está mirando, asiente con la cabeza, hace un gesto exasperado.

—¡Sí! ¡Eso es lo que todos queremos!

Espartaco vuelve a mirar alrededor, como si considerase si se merecen oírlo.

—Hustus, llévate a este romano. No quiero revelárselo todo. —Aguarda a que el muchacho se haya llevado al desertor bien lejos, hasta que desaparece de la vista, e incluso todavía un poco más. Solo cuando la espera ya parece insoportable, pregunta —: ¿De verdad queréis oírlo? ¿Todavía tenéis fe en mí, la suficiente para esperar que mis palabras complazcan a vuestros dioses?

Y así, tras asegurarse de que los hombres todavía tienen fe en él, les cuenta su plan.

Vectia

Apoyada contra un tronco cerca de la reunión del consejo, Vectia intenta mantener su atención en Espartaco. Tiene tantas ganas como los demás de saber cuál es su plan. Pero, a diferencia de los demás, tiene que mantenerse centrada a pesar de los muertos que hay a su lado y tras ella. Oye sus murmullos apagados, sus incoherentes susurros. No se vuelve a mirarlos. No hay nada que ver que no sepa ya. Los fantasmas siguen con ellos, incluso más que antes. Ni los teme ni los ama ni los llora, sabe que no pueden hacerle daño, ni ella puede liberarlos. Aun así, su constante presencia la agota. Mantiene la vista velada bajo la capucha. Por eso la lleva, no por el frío, sino porque limita su visión. Al igual que los fantasmas, observa a Espartaco y su consejo. Como ellos, ella tiene sed de sus palabras. Espartaco se dirige a muchos, aunque él no lo sepa.

—Imaginaos —está diciendo ahora—. Subimos a las montañas, a esta meseta, atravesamos la muralla, bajamos y marchamos sobre Brundisium. La tomamos y establecemos allí nuestra base. Brundisium, ese es nuestro objetivo.

Se alzan murmullos, preguntas a medio formular. Varios hablan a la vez. Vectia hace oídos sordos. Brundisium. Conoce la ciudad. Ha ido muchas veces a lo largo de los años con su amo viajero. Recuerda una gigantesca estatua de Neptuno cerca del puerto. Ella misma subió por los escalones hasta su base para contemplar la colorida pintura que, desde lejos, da un aspecto tan natural a la estatua: un dios viviente pero tan inmóvil como la piedra en que está tallado. De cerca se veían desconchones en la pintura y salpicaduras de cagarrutas de pájaro.

Espartaco acalla la batería de preguntas alzando las manos.

—¿Queréis saber por qué Brundisium? Entonces guardad silencio para que os lo cuente. Estuve en Brundisium, ante sus puertas, y hablé con sus magistrados. Les ofrecí nuestra amistad y la rechazaron. Así dejé el asunto, y seguimos adelante. Teníamos otros objetivos en aquel entonces, y Brundisium no era sino otra ciudad romana que nos rechazaba. ¿Por qué Brundisium ahora? Porque ahora podemos tomarla con facilidad y será una rica joya a la que llamar nuestra. Pensad en lo que supondría. Brundisium tiene un fabuloso puerto, grande y profundo. Entra y sale comercio de todo el Mediterráneo. Nos abre todo el Adriático. Desde las puertas en el lado de tierra, la Via Appia nos conectará con el corazón de Italia. El comercio abunda y su control podría ser nuestro. ¿Lo veis? Avenidas por el mar a un lado, avenidas por la tierra al otro. Y nosotros en el centro. Y allí estaríamos a salvo, seríamos fuertes. Han construido un gran muro junto al agua para protegerse de los piratas. Y tienen también una sólida muralla en torno a la ciudad, fuerte, de piedra y tierra, construida para resistir asedios.

Mientras escucha, una media sonrisa alza las arrugadas mejillas de Vectia. Espartaco está usando sus palabras, piensa. No le importa. Suenan bien en su boca. Espartaco jamás ha puesto el pie en Brundisium, pero Vectia sí. Ahora recuerda que él la interrogó sobre la ciudad hace unas semanas. Las murallas, el puerto, el miedo a los piratas, el ajetreado comercio, los barcos que entran y salen: todas cosas que ella le contó. No ha vuelto a pensar en ello. Espartaco le preguntó sobre muchas ciudades, sobre los rasgos del terreno, el estado de los caminos y los pasos de montaña... Y Brundisium había sido una más. Pero aquí está, justo en el centro del consejo.

Nota el frío de una mano espectral que toca la suya, que intenta agarrarla pero la atraviesa, una niebla gélida que pasa a través de su cuerpo caliente. No hace caso. Ha aprendido que es mejor así. Si los ignora, se marcharán.

—Si las murallas son tan fabulosas —tercia Kut cuando Espartaco hace una pausa para tomar aliento—, ¿cómo vamos a tomarlas? No tenemos máquinas de asedio.

Espartaco da unos pasos, se calienta las manos sobre el fuego con aspecto complacido, como encantado por provocar expectación.

—Cuando marchábamos al sur desde Thurii —dice luego—, vino un hombre de Brundisium y pidió hablar conmigo. Era el esclavo de un magistrado de la ciudad, un hombre educado que viajaba a menudo por asuntos de su amo. Su vida era mejor que la de muchos, pero no obstante le irritaba. Era él quien hacía muchas cosas en nombre de su amo, él quien llevaba riquezas todos los días a la casa de su amo, el que supervisaba almacenes y barcos, el que redactaba, enviaba y recibía facturas. Sabía exactamente cómo su trabajo beneficiaba a su amo. Y a pesar de ello, él no tenía posesiones. Ni la ropa que llevaba, ni siquiera su propia persona, eran otra cosa que una anotación en los libros de su amo. Y lo sabía porque él mismo había hecho esa anotación. Él mismo había escrito su propio valor, medido en monedas. Y este hombre no estaba satisfecho con todo esto. Deseaba un cambio, un cambio que lo colocara a él arriba y al amo abajo. De manera que me ofreció la ciudad.

A continuación, preguntas, declaraciones, dudas.

Goban: «Un asedio no es para nosotros».

Ullio: «¿Un esclavo puede entregar una ciudad?».

Kut: «Estoy cansado de promesas. Esto no es más que otra trampa».

Un coro de voces. Espartaco las deja, hasta que oye la pregunta que quiere contestar.

—¿Cómo ha podido hacer esa oferta? —quiere saber Gannicus.

Esa es la pregunta que coge Espartaco en el aire como atrapando una bola invisible que le han lanzado.

—¡Eso es lo que más os va a gustar! —exclama, sosteniendo la pregunta en el puño, sonriendo como si no hubiera percibido el tono de duda de los que lo rodean—. Entre sus muchas tareas, se encarga de contratar y despedir a los soldados de la guardia personal de su amo. La ciudad cuenta con una pequeña guarnición romana que patrulla con grupos de guardias de propiedad privada. Su amo posee uno de estos

grupos y sus hombres suelen estar a cargo de las puertas. El hombre de Brundisium me ha prometido que solo tenía que mandar un mensaje señalando el día. Sus guardias (y son suyos porque conoce sus corazones mejor que su amo) se alzarán ese día y tomarán las puertas. Las abrirán para nosotros y ya está. Estaremos dentro en un momento. No tendremos que asaltar las murallas, solo entrar tranquilamente y reclamar nuestra recompensa. En ese momento ya no seremos esclavos sublevados. Seremos una ciudad, igual a las mejores de Italia.

—Si sabías esto hace semanas, ¿por qué no nos lo dijiste? —pregunta alguien a quien Vectia no conoce. Es una pregunta atrevida, pero es evidente que quien la plantea habla por muchos, como demuestra el coro de voces que la repite.

Vectia ve lo que ha logrado Espartaco. Tiene gracia que los hombres no se hayan dado cuenta. Ahora están todos hablando, discutiendo, preocupándose, deseando. Al mencionar que podían haber ocupado la ciudad hacía tiempo, Espartaco está consiguiendo que la deseen ahora. Acaba de proponer el plan y ya están muchos quejándose por no estar dentro de esas murallas. Algo que no sabían siquiera que deseaban, ahora lo desean con más intensidad porque esa ciudad ya podría ser suya.

—Reconozco que tenéis razón —dice Espartaco—. De haber atacado entonces la ciudad, todos podríamos estar viviendo ahora en lujosos aposentos, todos seríamos hombres ricos con vistas al puerto. Algunos que han muerto no habrían muerto. Daría cualquier cosa por haber atacado entonces, pero ya estábamos en movimiento. ¿Cómo podíamos dar media vuelta, estando Sicilia tan cerca, cuando los piratas iban a llegar en cualquier momento y nos ofrecían toda una isla de muchas ciudades? Eso es lo que creía que los dioses deseaban para nosotros. Me equivoqué, y por ello estamos aquí y no en nuestra ciudad.

Nuestra ciudad. Vectia sonríe.

—Ahora comprendo que los dioses me enviaron a ese hombre para expresar a través de él su voluntad. ¿Por qué dejar la península, cuando podemos convertirnos en iguales a Roma y acabar con esta contienda como dos fuerzas chocando como iguales?

Y ahora invoca a los dioses. Sí, Vectia ve muy bien lo que está haciendo. Los está comprometiendo con un nuevo propósito, y solo él lo sabe. Él y Vectia. Y por supuesto Astera, que lo contempla inmóvil y en silencio.

—De manera que mandé de vuelta a ese brundisio, con regalos y mi agradecimiento. Recibí su promesa de que, si más tarde decidíamos marchar sobre la ciudad, nos ayudaría y nos la entregaría. Así que ahí lo tenéis. Volvemos, le recordamos su promesa y tomamos Brundisium.

—Eso es lo que propones —le corrige Goban.

—Sí, es lo que propongo. Si hay alguien que tenga una propuesta distinta, que la exponga. Oigámosla. Votemos, y una vez que decidamos nuestro camino, debemos emprenderlo. En este consejo yo soy la primera voz, pero no la única. Ahora me someto a las demás. —Se deja caer en un asiento, y al ver que nadie habla de

inmediato, mira alrededor y hace un gesto con las manos—. ¿Nadie? ¿Alguien tiene otro plan? Oigámoslo.

Otros alzan la voz, pero Vectia no necesita escuchar. La decisión ya está tomada, no le cabe duda. ¿Quién no querría ocupar una ciudad, especialmente si se la van a entregar con tal facilidad? ¿Quién no querría esas villas y almacenes, el puerto y los barcos y la Via Appia y todo el comercio que fluye por allí? ¿Quién no querría unas murallas seguras en lugar de dormir en el frío suelo? ¿Y a quién no le gustaría la noción de declarar con un solo acto que todos y cada uno de ellos eran iguales a los ciudadanos romanos?

La flecha ardiente que penetra en todos los anillos. Espartaco ha vuelto a dar en el blanco. Solo es cuestión de tiempo que los demás lo reconozcan. Vectia se da la vuelta para marcharse, dando la cara a los miles de fantasmas que nota tras ella. El ejército de espectros. La gran hueste que no ve nadie más que ella.

Allí están, mudos, formas semitraslúcidas cuando las mira en su conjunto, pero demasiado definidas cuando se fija en alguna individualmente. Ahora no se fija. Se mete entre ellas, dominando el impulso de abrirse camino con las manos, como uno haría entre vivos, pero no es necesario. Las formas se apartan cuando ella pasa. Son, cada una de ellas, un soplo frío, un roce helado en un dedo o una mano, una pierna o un hombro. Pasa con facilidad, pero hace frío, y a Vectia no le gusta el frío. Mantiene alta la mirada y sigue andando. Los muertos se cierran tras ella y se quedan donde están, una silenciosa e invisible multitud que sigue contemplando el consejo de los Sublevados, como si sus vidas todavía dependieran de lo que allí se decida.

Vectia comprende mejor a los fantasmas ahora que cuando empezó a verlos, tras la matanza de Crixo y los celtas. No solo lloran la muerte de los celtas, ni están furiosos por la suerte que han corrido. No la han seguido hasta Espartaco para pedir que los vivos los venguen. Tal vez en cierta medida sí, pero no es toda la verdad. Vectia no puede estar segura. No les pregunta. No habría querido preguntarles de haber podido.

Lo que cree ahora es que son los fantasmas de todos los caídos desde que comenzó el alzamiento. No los romanos, porque esos no importan. No, los fantasmas son todos muertos que se unieron a Espartaco, que le juraron lealtad a él y su causa. Los que la siguieron después de que el ejército de Crixo fuera destruido solo querían volver con Espartaco. Vectia los guio hasta él, de manera que su trabajo estaba hecho. Y ahora es a él a quien siguen, no a ella. Es un alivio, pero un alivio menor. Vectia también sigue a Espartaco, de manera que los fantasmas se congregan en torno a los dos. Siempre hay nuevos muertos. Algunos caídos en escaramuzas, otros en accidentes, o por enfermedad, por el frío que se asienta en el pecho, por el mentón rígido y las convulsiones que causan los espíritus malignos. Vectia ha visto incluso llegar espectros nuevos de muertos lejanos, pero con el nombre de Espartaco en los labios. Y, por supuesto, están los muertos que intentaron cruzar el estrecho.

Vectia observaba desde los acantilados con muchos otros, tanto vivos como

muertos, cuando Skaris dirigió la travesía. Vio la tragedia. Las corrientes se veían salvajes desde su posición, como si unas serpientes líquidas se retorcieran luchando unas con otras. No le sorprendió lo que sucedió, solo se entristeció al ver que tantos hombres caían al agua y se hundían en las profundidades. Todos fueron testigos de ello. Y también después de que se abandonara la misión y se sacaran los cuerpos del agua y llegaran a la playa los que pudieron ser rescatados, escupiendo agua, tosiendo, rezando... Y cuando los supervivientes salieron del mar como temerosos de él... Y cuando se encendieron hogueras para secar el frío de los que habían estado sumergidos en el mar... Y cuando la misma playa quedó desierta, porque todos le dieron la espalda como queriendo olvidar lo sucedido y fingir que el sueño de Sicilia no había existido siquiera...

Entonces sí, en el silencio, los muertos comenzaron a salir del mar. Vectia los vio y supo que esos espíritus habían abandonado sus cuerpos en las oscuras profundidades. Debían de haber andado por el fondo para volver con los Sublevados. Eran como muertos de guerra, pero venían sin heridas abiertas, sin miembros mutilados. Llegaban con el rostro azulado, pálidos, empapados, y ocuparon su lugar entre los otros miles de fantasmas, aguardando, compartiendo un propósito común. Seguían siendo devotos de la causa y del hombre que la dirigía, aunque ahora solo podían observar. No podían tocar el mundo ni ejercer ningún efecto sobre él. Solo observar. Y seguir a Espartaco.

Vectia había intentado varias veces hablar con ellos. Una vez salió de su tienda para orinar en la noche y se encontró a Beatha bajo la luz de las estrellas. No supo si el fantasma había acudido a ella adrede o por casualidad. Le pareció que tenía que acercarse. Si podía ofrecerle algún consuelo, se lo debía; Beatha era quien todas las noches, al final del día durante la marcha, le decía: «Todavía no eres una alóbroge. Tal vez mañana».

Esa noche, fuera de su tienda, olvidada su vejiga llena, Vectia susurró:

—¿Beatha? —Y fue a cogerle las manos. Beatha estaba iluminada por las estrellas, suaves luces sobre unas facciones que Vectia había llegado a amar. No reaccionó a su gesto—. Beatha, ¿qué puedo hacer por ti? Dímelo y lo intentaré. —La mujer la miró a los ojos y poco a poco su rostro se fue haciendo más claro, sus rasgos y contornos más definidos. Se miró el torso. Allí estaba la herida, esa herida terrible. El romano que se la infligió lo hizo para torturarla, para castigarla de una manera especialmente destinada a avergonzar incluso al fantasma de lo que otrora fuera una mujer. ¿Por qué le sucedió a Beatha y no a ella? ¿Por qué ella había escapado?

Cuando Vectia volvió a alzar la vista, Beatha la miraba con una expresión de angustia. Su boca abierta se movía. No emitía sonidos, pero un frío aliento de dolor alcanzó a Vectia. Beatha tendió la mano hacia ella, moviéndose rápido de pronto, como si quisiera darle un apretón llevada por la rabia, la desesperación o el amor. Tendió la mano, pero al no tener sustancia, sencillamente la atravesó. Fue el contacto más hondo y más frío, una frialdad que se había asentado en el pecho de Vectia.

Nunca más intentó volver a comunicarse con los fantasmas. Sabía lo que necesitaban, y no era algo que ella pudiera darles. No podía hacer nada por ellos.

A veces se pregunta si debería contarle a Espartaco toda la verdad. Porque lo cierto es que había mentido. En el verano, tras la victoria en el norte y los juegos en honor de Crixo, el tracio le preguntó:

—¿Han encontrado la paz? ¿Se han ido al otro mundo?

Y ella, delante de él, entre la multitud de muertos fantasmales que los rodeaban, contestó:

—Sí, han hecho el viaje.

Y después no volvió a hablar de ellos. Es mejor así. Se pregunta si Espartaco querría saber que Skaris, cuya pérdida tanto sufre, caminó por el fondo del mar y salió a la playa, tan alto y fornido en la muerte como en vida, aunque tan vaporoso que cualquier vivo podía ahora atravesarlo. ¿Querría saber Espartaco que su viejo amigo seguía todos sus movimientos? Estaba siempre tras él, un espectral guardaespaldas. Incluso allí en el consejo, Vectia solo tenía que alzar la cabeza para verlo. Estaba lo más cerca posible, de tal manera que sus piernas tocaban a uno de los libios. El libio se agitó incómodo, se frotó para ahuyentar el frío. ¿Querría saber todo esto Espartaco? ¿Querría saber que cuando se mueve entre la muchedumbre de muertos, los que tiene más cerca tienden la mano para rozarle? En esos breves instantes, los muertos se animan. Parecen tener algo que comunicar, pero no pueden. Espartaco sigue andando y los fantasmas dejan caer los brazos y vuelven a aguardar pacientes.

Son verdaderamente fieles al tracio. Vectia no entiende la razón, pero sabe que es así. Se plantea contarle todo esto, pero en cuanto mira a los vivos y ve cómo se mueven en un mundo tan lleno de muertos, sabe que no debe hacerlo. Ellos no saben nada, piensa, y es mejor así. Sobre todo para Espartaco. ¿Qué carga supondría saber que tantas almas todavía se aferran a él, que no serán libres hasta que él también lo sea?

Para despistar a los romanos, Espartaco envía partidas de caballería que se acercan al muro a lo largo de las dos costas. Tienen que hostigar a los romanos de todas las maneras posibles. Se mantendrán al acecho por si surge la oportunidad de atacar una patrulla o un grupo de trabajo en el lado sur del muro. Así, los romanos pensarán que los Sublevados todavía no se han decidido, que siguen explorando, cada vez más débiles y desesperados. Y todo esto en cierto modo es verdad, pero no toda la verdad.

El grueso de los Sublevados, setenta mil hombres, mujeres y niños junto con toda clase de bestias, levantan el campamento en las colinas y emprenden la marcha por las montañas de Sila. Dejan atrás suficientes jóvenes y muchachos para mantener ardiendo las hogueras, con la esperanza de que el humo engañe a los romanos y los haga creer que siguen allí acampados. Los chicos tienen que mantener los fuegos unos cuantos días y luego correr a su vez también a las montañas.

Como siempre, los siguen los fantasmas, como un rebaño que avanza a su propio paso, lento pero siempre capaz de alcanzar a sus guías. Cuando los Sublevados acampan, los fantasmas quedan inmóviles, como si estuvieran dormidos de pie, diseminados por el campamento. No hacen nada más que seguirlos. No llevan nada más que las espectrales cicatrices de las heridas que los mataron. Deberían ser ligeros como el aire, pero parecen amarrados a la vida y eso les confiere peso.

Espartaco da órdenes de que viajen ligeros de equipaje, que dejen atrás los objetos voluminosos para poder subir deprisa a las montañas, atravesar el muro y bajar por el otro lado. Será difícil, les dice; sufrirán. No todos lo conseguirán, pero tienen que hacerlo. Y una vez que estén al otro lado, les promete, caerán rugiendo sobre Brundisium y recibirán su recompensa. Tomarán la ciudad. Y desde ese mismo día ellos mismos serán un estado.

De manera que suben a las colinas y poco después a las montañas. Vectia camina con los celtas, que de nuevo han crecido en número y son dirigidos por Ullio. Aunque los tracios la llaman a menudo para verificar que la ruta es la correcta. Los anchos valles se hacen más abruptos. Las cumbres que se alzan ante ellos cobran más volumen. Las distancias se expanden. Al cabo de un par de días, el frío moderado del invierno del sur no es más que un recuerdo. El tercer día, Vectia empieza a ver nubecillas de vaho en su aliento. Todos respiran vaho, menos los muertos, que caminan sin respirar, sin dejar ni una huella en la nieve. Esa tarde, cuando paran a descansar, Vectia ve la nieve que cubre las cumbres. La cuarta mañana, se despierta en un mundo blanco y gélido. Ha visto antes la nieve, por supuesto, pero aun así es impresionante que la creación pueda sufrir un cambio como ese en completo silencio. Al parecer, nadie ha visto caer la nieve. Sencillamente, todos se despiertan en ella sorprendidos.

A partir de entonces, siempre hay nieve. Siempre hace frío. Los picos se alzan de la tierra, enormes losas de piedra alzan los hombros, como si las montañas fueran erosionados restos de gigantes de piedra que otrora libraron una batalla y murieron entrelazados unos con otros, amontonados. Vectia ve sus formas, por mucho que hayan hecho los siglos por erosionarlos, a pesar de los árboles y la nieve acumulada y los carámbanos.

No podían haberse preparado para ello ni aunque hubieran dispuesto del doble de tiempo. La mayoría no sabía nada del frío. No tienen ropa adecuada, ni calzado. Algunos llevan sandalias, otros van incluso descalzos, los muy infelices. Se envuelven los pies en paños o retales de lana. Vectia va mejor que muchos. Abajo en la costa había robado en la cabaña de un pescador una camisa de lana con capucha. Le queda enorme y se la ha atado a la cintura con una cuerda hecha de ramas entrelazadas. Esto obedece a un doble propósito: mantiene la prenda ajustada, y por tanto más cálida, y le permite llevar sus pequeños tesoros remetidos en el cinto, envueltos en un paño contra su vientre. Con la cabeza bien metida en la capucha, sabe que ofrece un extraño aspecto, pero ¿quién no? Se acuerda de los primeros días,

cuando los soldados vestían tan abigarradas armaduras: un casco aquí, una greba allá, uno llevando un peto y otros diez no. Lo mismo puede decirse ahora de toda la hueste de Sulevados. Todos caminan con diversas e improvisadas maneras de luchar contra el frío.

Por la noche se arraciman en torno a las hogueras formadas con la abundancia de combustible de los bosques altos. Lleva tiempo encenderlas, pero el trabajo los caldea y les da a todos, mujeres y hombres, viejos y niños, un propósito. La noche es mejor, porque en el campamento matan algún animal y la comida se distribuye mediante un sistema ideado por Espartaco: cada grupo es responsable de todos sus miembros, ya estén unidos por lazos de sangre y raza o por el azar. Algunos hombres protestan porque las mujeres y los niños comen tanto como ellos. Vectia los oye, ve sus rostros beligerantes. Pero la regla es la regla y pocos la infringen.

La noche es mejor porque ella duerme en una tienda, hacinada con otros. Cuando se asegura de que están dormidos, a veces saca sus pequeños tesoros, las cosas que ha ido coleccionando mientras los Sulevados marchaban al norte y al sur de Italia. Unas pocas monedas de oro que frota con el pulgar; un espejo de plata en el que se mira cuando el día empieza a nacer, sin saber muy bien si reconoce del todo ese rostro arrugado. Se pregunta si a su amo, al que le había gustado su cara cuando era joven, le gustaría ahora. Recuerda algo de su amo que desearía tener ahora: su calor. Estaba caliente cuando dormía, su cuerpo era un horno que ahora le vendría muy bien. Al pensar en él, se acuerda de Judocus, el viejo herrero celta de Cassino que le había dicho que hablara latín. ¿Seguirá vivo? ¿Estará bien templado en su lecho esta noche? ¿Se acordará alguna vez de ella? Seguro que sí.

La noche es mejor, pero en algunos aspectos también es peor. Por ejemplo, hay quien se duerme y vuelve a levantarse fuera de su cuerpo, una nueva adición a la hueste de muertos andantes. Y el frío muerde con dientes salvajes. Una noche, el cielo es una enorme masa de nubes que tapan cualquier luz y dejan caer un manto de nieve; la noche siguiente, el cielo está despejado y rutilante de estrellas, hermoso pero más helado. Allí, en las alturas, el aire es fino y está poblado de aullidos de lobo. Hay muchos lobos que alzan el hocico a la noche. Da la impresión de que aúllan a su propio dios, dándole las gracias por la estela de cadáveres que los Sulevados van dejando para ellos.

Cada día tienen menos animales, menos grano, menos para sustentarse. Cada día hay más toses, más dedos congelados. Solo pueden hacer agua de la nieve, y muy pocos saben cómo. Ignoran que la nieve apretada en un cazo no se derrite, sino que se quemará el fondo del cazo. Muchos se comen la nieve tal cual, a puñados, incluso la nieve sucia y pisoteada. No saben que enfría el cuerpo y les dará más sed. No comprenden que un bocado de nieve no es más que una cantidad diminuta de agua que les congelará los labios y la lengua. Vectia los observa coronar cada risco y desea contarles todo lo que sabe, pero son demasiados y todos van enfrascados en sus propias luchas. Son una mancha que se mueve sobre las crestas de tierra y nieve.

Vectia contempla aquella hilera larga y serpenteante, a cuya estela marcha una hueste de romanos cautivos, los soldados capturados que Espartaco sigue arrastrando, sobre todo desde sus victorias en el norte el verano anterior. Vectia jamás entenderá por qué los ha conservado tanto tiempo. Debe de tener una razón para arrastrarlos incluso hasta allí. Espartaco siempre tiene una razón.

Todavía más arriba, la nieve es profunda y cae del cielo con tal densidad de copos que Vectia ya no ve las montañas circundantes. Deben de estar cerca de la meseta, pero no puede estar segura, y ahora que no ve nada, duda de sí misma. Se pregunta si no será aquello una trampa de hielo y roca a la que ella, en parte, los está dirigiendo. No es la única que comienza a desalentarse. La desesperación flota en el aire, tan pesada como la nieve que cae.

Espartaco también debe de notarla, porque intenta combatirla. Desmonta y camina junto a la hilera, apremiándolos para que sigan subiendo. Muchos van tropezando en este mundo amortiguado, todos avanzan con callado sufrimiento. Y de pronto suena la voz de Espartaco, alta y clara, que les asegura que la distancia entre estas montañas no es extensa, solo difícil. Sed fuertes y pronto lo habremos conseguido.

«¿Se está burlando? —se pregunta Vectia. Y sabe la respuesta—: sí, por supuesto que sí».

Cada vez que lo ve —y Espartaco pasa arriba y abajo varias veces durante los peores días—, el tracio no es más que incansable energía, inagotable entusiasmo. Palmea a los hombres en la espalda, los abraza, les frota las mejillas preguntando: «¿Te da calor? Seguro que sí. ¡Se te ha puesto roja la cara!». Les pregunta sus nombres y, la siguiente vez que los ve, los repite y les pregunta por su salud, sus manos, su tos, sus sandalias. Y no solo lo hace con los guerreros, también con las mujeres, los viejos, los niños: parece verlos a todos y preocuparse igualmente por cada uno de ellos.

En una ocasión, exhausta, con la vara en la mano, sintiéndose tan fría como la nieve y esforzándose en cada paso que da, corona un risco y ve a Espartaco sentado en la nieve. Varios hombres y dos mujeres están de pie en torno a él, todos arracimados por el frío. Pero el tracio está atendiendo a un niño de cinco o seis años. Está sentado frente a él, rodeándolo con las piernas. Le ha cogido los pies para metérselos bajo su túnica y los aprieta contra su torso para calentárselos.

—¿Sientes los pies ahora? —le oye Vectia preguntar—. Tienes que sentirlos. Yo los noto calientes en mi barriga. —Hace una mueca y alza la vista hacia los adultos, que han quedado todos mudos de estupor. De nuevo dirigiéndose al niño, hace payasadas—: ¡Qué calor! ¡Creo que estoy ardiendo!

El niño se limita a mirarlo fijamente, en silencio. Parece no saber muy bien si está aterrado o en el séptimo cielo.

Es detalle suficiente, de suficiente dulzura para reafirmarla en su amor por ese hombre. Suficiente para saber que no es un error, sufrimientos aparte, que lo sigan

tanto los vivos como los muertos. Pero más tarde el tracio pasa de nuevo a su lado, canturreando una canción en su lengua, avanzando por la nieve tan incansable como un dios. Y la maravilla es que lleva al niño cargado a la espalda, y que el niño sonrío con el gozo escrito en todos los rasgos de su cara redonda.

Así pues, concluye Vectia, estaba en el séptimo cielo.

Durante el tiempo que ha pasado con los Sublevados, Vectia ha visto muchas cosas que jamás olvidará. Una de ellas es el rostro de ese niño, sus brazos en torno al cuello de Espartaco, sus piernecitas enganchadas al torso del tracio.

—Hay que admitir que es impresionante —dice Gaidres.

—Es una cobardía —protesta Ullio.

—Sí, pero una cobardía impresionante.

Hablan del muro de Craso. Espartaco y sus generales llevan estudiándolo un buen rato cuando Vectia se une a ellos respondiendo a la llamada del tracio. Esta vez no está todo el contingente, solo Gaidres y Drenis, Gannicus y Castus, Ullio y Baebia: los que llevan más tiempo con él. Están boca abajo sobre una roca limpia de nieve, buscando permanecer ocultos. El desertor romano está con ellos, así como uno de los jóvenes que ha ido explorando el camino ante la hueste. Hustus, el gemelo de la niña Laelia, a quien Vectia encuentra buena y dulce. No son los rasgos más apropiados para una sacerdotisa, pero ¿quién es ella para cuestionar a Astera?

El muro, por fin. Ahí está, tal como dijo el desertor. A lo largo de él, una zanja hiende la tierra helada de manera tan precisa como si la hubieran medido palmo a palmo según alguna estipulación minuciosa. Detrás, el muro está anclado en la tierra excavada y amontonada. Está construido con troncos largos y rectos, la mayoría todavía con la corteza, unidos tan pegados que desde lejos no parece haber resquicios entre ellos. Se alza más de dos veces la altura de un hombre. El lado izquierdo sube por una lenta pendiente hasta que esta se convierte en una pared infranqueable. A la derecha, choca con unas rocas dispersas al pie de un acantilado. Dentro de esta cuenca es una barrera impenetrable. Sobre ella se mueven soldados ocultos de cintura para abajo.

—Este muro tiene ojos —dice Drenis, poniendo en palabras lo que Vectia estaba pensando.

—Silencio —pide Espartaco—. Que no nos vean. Si podéis, contened el aliento para que no vean el vaho. —Lo dice muy serio, y Vectia sonrío. No porque tenga gracia, sino porque algunos quedan desconcertados un momento, antes de entender la broma.

—Debe de haber sido tremendo trabajar en eso —comenta Gannicus— con la tierra helada.

El desertor romano frunce el ceño.

—Sí, fue muy duro, pero lo primero que nos enseñan es a cavar. «Cavad esta maldita trinchera. Ahora volvedla a llenar y... ah, volvedla a cavar. Marchad hacia allí. Cavad una trinchera. ¿Qué, no os gusta? Pues que sea el doble de honda». Y

después de cavar, a construir muros y atar los postes de tal manera. Lo hacemos todas las noches durante la marcha. Construir antes de dormir. Y más vale que esté bien hecho. Si no, hay que hacerlo otra vez. Al día siguiente, levántate, derríbalo. Marcha con los postes y todo lo demás hasta que llega el momento de cavar y atar otra vez. No hay quien sepa cavar trincheras y construir murallas como nosotros. —Hace una pausa antes de añadir—: Craso es un mierda.

Nadie se lo discute. Baebia parece a punto de decir algo, pero al final se abstiene.

Espartaco vuelve la cabeza buscando a Vectia.

—El romano dice que aquí es donde empieza la ruta alta. ¿Es así?

Vectia sabe que así es. Almacena en su mente recuerdos de la tierra, y este lugar está entre ellos. Estuvo aquí en pleno verano, no en invierno, pero las cumbres tienen la misma forma. Aquellas rocas a la derecha: ha caminado entre ellas a la luz de la tarde. Entre ellas se tumbó boca arriba, las enormes piedras enmarcando las nubes rosas en un cielo azul adornado con los erráticos vuelos de los murciélagos. Era muy hermoso. Recuerda también haber andado por la curva de la cuenca, junto al carro de su amo, la hierba de la montaña densa y esponjosa bajo sus pies. No tiene dudas.

—He pasado antes por aquí, y lo recuerdo.

—Si fuera un pájaro y volara sobre la muralla, ¿qué vería?

—Verías que los romanos han elegido un lugar que parece abrumador desde aquí, un lugar que les resultó fácil cerrar. Verías una buena ruta desde aquí hasta Thurii. Montañosa, pero amplia y fácil. Cuando vine cruzamos con un carro.

—Entonces no era invierno.

—No.

—¿Y los otros puntos donde tienen murallas? —pregunta Espartaco.

—No los conozco, pero tal vez han construido las murallas para confundirnos, para que parezcan lugares donde atacar, cuando en realidad son falsas rutas.

—¿Es eso cierto, Nonus?

El romano mira a Vectia como sorprendido de que sea capaz de formular frases enteras. Tarda un momento en contestar.

—Sí, es... —Frunce el ceño, vacila un momento y por fin lo acepta—. Es como ella dice. Algunas murallas son falsas rutas para confundirnos. Hay una a un par de horas hacia el este. Se parece mucho a esta, incluso es más prometedora, una ruta más estrecha, más empinada. Para que la atravesaran tantos se tardaría mucho más que en esta.

—Bueno, puede que intenten confundirnos —dice Espartaco—, pero no saben que tenemos a esta con nosotros, ¿verdad? —Señala con el mentón a Vectia. Cuando los otros la miran, él le guiña un ojo sin que los demás se den cuenta. Luego vuelve al tema—: Nonus, ¿cuántos hombres guardan esto?

—No estoy muy seguro. Puede que el número haya cambiado, pero éramos dos mil los asignados a los pasos altos. La mayoría estará aquí, acampados detrás de la muralla. Algunos se apostarán en otras barricadas más pequeñas.

Ullio masculla algo ininteligible.

—¿Tienes alguna queja? —quiere saber Espartaco.

—Más de una —responde el celta—. ¿Qué hacemos aquí? Estamos confiando en un romano que dice ser un desertor, y en una vieja que, si dice la verdad, tiene una vista extraordinaria para ser tan vieja. Ya sé que conoce el territorio, y no discuto que haya ayudado antes, pero esto es distinto. Con esta altura y este frío... Hemos perdido a muchos para llegar hasta aquí. Y más caerán hoy, y más mañana. Eso lo sabemos todos. Debemos atravesar el muro sin demora. O eso, o volver por donde hemos venido y dedicarnos de nuevo al pillaje. Si perdemos tiempo aquí, si el muro es demasiado fuerte o la ruta no es como ella la recuerda o los romanos son más numerosos de lo que él dice, estaremos perdidos.

Vectia lo mira.

—Yo veo muchas cosas. No puedo hablar por el romano, pero el lugar es este. Y a mí me parece que el romano ha cumplido su parte y yo la mía. Y los Sublevados han hecho la suya al subir hasta aquí. ¿A quién le toca ahora?

Eso, al parecer, le basta a Espartaco, que señala a Ullio con el dedo.

—Ahí te ha pillado. Ahora es nuestro turno. Tienes razón, Vectia. Y tú también, Ullio. El lugar es este y no tenemos tiempo que perder. Escuchad y luego id con los vuestros y haced correr la voz. Informad también a los líderes. Esto es lo que vamos a hacer...

Explica entonces lo que tiene planeado para esa noche. Vectia no verá la mayor parte, siendo trabajo de hombres, pero oye el plan tal como ha sido concebido. Van a atacar a la vez este muro y el que hay al este. Los romanos no saben que están allí. Hay jinetes de los Sublevados que se han mantenido a la vista de los muros de ambas costas, manteniendo ocupados a los romanos en las zonas más bajas. El enemigo ni siquiera ha imaginado que los rebeldes tendrían la osadía de subir a las montañas. Los exploradores lo atestiguan, puesto que no han visto señales de que los romanos hayan enviado patrullas regulares, algo que sin duda harían si tuvieran hombres para ello.

Evitarán que los pocos romanos que hay aquí se fortifiquen en una defensa compacta con su ataque doble, aunque solo uno de ellos será genuino. Este. Gaidres dirigirá la maniobra de distracción. Espartaco, el ataque sobre el muro principal. Atacarán por la noche, a la misma hora. Flechas de fuego para comenzar. Han subido vasijas de brea desde los pueblos costeros. Hay muchos arqueros entre los sirios. Impregnarán las flechas y harán llover fuego sobre el muro. Otros arqueros estarán ocultos en la oscuridad y dispararán a los romanos que vean sobre el muro. Tienen que seguir con la lluvia de proyectiles hasta que los hombres puedan acercarse lo suficiente para arrojar cuerdas con garfios —que también se han traído de los pueblos costeros— y luego tirar para debilitar la estructura. Cuando consigan abrir una brecha practicable, será el momento de poner a la vista a los prisioneros romanos.

—Les enseñaremos lo que pensamos de las murallas y los fosos romanos, ¿eh? — Aunque no explica lo que quiere decir con eso. Los otros parecen saberlo y Vectia no

pregunta. Este aspecto de la aventura no es su dominio. Y, en realidad, no quiere que lo sea.

De manera que esto es lo que oye pero no lo ve, puesto que la envían de vuelta al campamento mientras las tropas de asalto se reúnen cerca del muro. Desde allí abajo, oye ruidos de batalla en la noche, pero llegan amortiguados. Ve un fiero resplandor en el cielo, que está gélido y despejado. ¿Es la muralla ardiendo? Sí, por supuesto. El viento sopla del sur, llevándose todo el humo. Hace tanto frío que Vectia ceja en sus esfuerzos por adivinar lo que está ocurriendo. Pasa la noche igual que las anteriores: hacinada con otros cuerpos, intentando compartir el calor. Contempla en secreto su tesoro, su rostro en el espejo. Frota las monedas con el pulgar. Piensa en recuerdos recientes y lejanos, ambas clases con la misma claridad a pesar de la diferencia en años. Se acuerda de aquella estatua de Neptuno en Brundisium, pintada y manchada de cagarrutas de pájaro. ¿Seguirá en pie? Seguramente. Se imagina también el futuro. Se permite soñar con el futuro que querría. Cuando caiga el muro romano, todos lo atravesarán. Recorrerán deprisa el tejado de las montañas y bajarán, libres de nuevo, Espartaco y su ejército de vivos y muertos. Tomarán una ciudad y serán iguales a Roma, y la hueste de almas en pena encontrará en ello el solaz suficiente para proseguir su viaje. Así será la victoria. Y la liberación. Y ella volverá a sentarse a los pies de aquella estatua, maravillada de que el dios parezca estar vivo.

Y será libre.

Vectia todavía se reafirma más en este sueño a la mañana siguiente. Espartaco ha obrado el milagro. Pronunció las palabras y lo que dijo se hizo realidad. Lanzó una flecha ardiente y el tiro fue certero. El muro, que tan formidable parecía el día anterior, es ahora una ruina humeante, una masa calcinada que parece haber sufrido el ataque de un monstruo que respirase fuego. Tramos enteros han sido derribados y destrozados. La anciana se encuentra ahora en la misma roca en que se reunió ayer con los líderes. Desde allí ve pasar la marea de Sublevados, un río de personas que atraviesa la zanja, que ha sido tapada, y se filtra por las grietas del muro. El viento es frío, pero la vista, gloriosa. El cielo está radiante y el sol brilla tanto que casi ciega. Vectia quiere recordar esto, guardarlo en su memoria para tenerlo siempre allí.

Más cerca del muro, el olor a quemado es muy fuerte. El humo todavía se alza en el aire. Y también hay un hedor que Vectia conoce: el de la muerte violenta. Sangre y orina, heces y los viles fluidos de las entrañas. Un olor penetrante y fuera de lugar en aquel aire frío de las alturas. Ahora ve que la zanja se ha tapado con todo tipo de cosas: troncos, tierra de las fortificaciones y suministros del campamento romano. Pero eso no es todo. Está también llena de cadáveres, que yacen en un grotesco puzle, brazos y piernas entrelazados como solo pueden entrelazarse en la muerte, cabezas con el pelo ensangrentado, cuellos cercenados, espaldas laceradas. En ninguna parte se ve una persona entera, pero es evidente que no todas están muertas. Un hombre de pelo claro, con los ojos cerrados, estira la cabeza todo lo que puede para intentar respirar. Hay otro cuerpo tan enterrado que solo sobresale un pie, pero los dedos se

mueven. Vectia está segura de que si no fuera por la horda de gente que pasa, podría oír los susurros de las almas que dejan atrás sus cuerpos. Pero hay demasiado movimiento, demasiado ruido. Los otros no dan señales de preocuparse por esas cosas. Los que cruzan la zanja pisotean los cuerpos y solo se atribulan cuando tropiezan o caen.

Vectia tarda un momento en comprender quiénes son los muertos, porque es evidente que no son únicamente los soldados romanos que guardaban el muro. Y entonces lo sabe. Espartaco había dicho: «Les vamos a enseñar lo que pensamos de las murallas y las zanjas romanas, ¿eh?». Y eso había hecho. Los cadáveres eran los de los prisioneros romanos que habían arrastrado por Italia todo este tiempo. Los habían conducido hasta allí, famélicos, tropezando con sus propios pies, hasta el borde de la trinchera, donde los mataron para arrojarlos dentro.

Vectia se ha detenido un momento, y los demás van pasando de largo, cuerpos cálidos y almas frías y espectrales. No desea guardar esto en su memoria, pero sí quiere saber qué siente al respecto. Es una crueldad, como tantas crueldades que los hombres cometen en las guerras. Los inocentes se amontonan con los culpables, pero ¿no es siempre así? No desprecia lo que está viendo tanto como debería. Lo ve y no siente nada. En cambio, la imagen de Espartaco calentando sobre su vientre los pies de un niño, llevando a ese mismo niño a la espalda... eso sí le hace sentir muchas cosas. Pero ¿esto? Esto solo le recuerda que los romanos habrían sido todavía más crueles. Si Roma no quería la muerte de estos hombres, no deberían haber invadido el mundo para esclavizar a tantos.

Pensando eso, sigue avanzando, pisando con cuidado sobre los cuerpos. Tropieza una vez, y al intentar recobrar el equilibrio apoya la mano en la cabeza de un muerto. Todavía está caliente, la sangre aún húmeda. Retira la mano rápidamente y se la limpia en la túnica. Y sigue andando. Por encima de los muertos y moribundos cruza la zanja, sube sobre las piedras del muro y continúa adelante.

Después de esto, aunque físicamente sigue siendo muy duro, aunque cada vez son menos y algunos caen y otros pierden dedos de los pies y las manos o mejillas o narices por el frío, después de esto siente casi alegría. La planicie es una enorme carretera entre las montañas, y avanzan deprisa y sin obstáculos. En algún sitio habrá ejércitos romanos, pero los Sublevados no los ven. Marchan sin interrupciones y, a pesar del frío, una especie de alegría se contagia entre ellos. Hablan de los festines que celebrarán, de lechos blandos y palacios y riquezas. O de las cosas pequeñas que desean: peines para el pelo, baños para asearse, una puerta para cerrar y sentirse a salvo, un tejado para que la lluvia no los empape. Tantas cosas... Y todas ellas aguardan en Brundisium.

Al cabo de unos días por aquella cresta en el cielo, comienzan a descender. Y pronto salen de la nieve y sienten la inminente primavera. La gente habla del invierno como una época mala para los dioses. Tal vez los dioses tenían la atención en otra parte. A lo mejor no sabían que los Sublevados lucharían por la supervivencia todo el

invierno. En la época de los dioses, nadie hacía la guerra en invierno. No eran capaces de mantener la atención. Pero con la primavera, los dioses han vuelto de nuevo la vista hacia ellos.

El descenso de las montañas a las colinas, tropezando con la tierra floja y la inercia de los ríos cargados con el deshielo, es gloriosa. Lo han conseguido. Han cruzado en pleno invierno unas montañas que les estaban vedadas. Y ella, Vectia, ha ayudado a que fuera posible. Ahora solo les queda correr hacia Brundisium. Todavía quedan muchos kilómetros, pero son kilómetros fáciles, con un tiempo templado por terreno llano. Allí tendrán una casa. Es una joya de ciudad y, si pueden hacerla suya, nada podrá expulsarlos de ella. ¿Y no se alzarán entonces todos los esclavos que aún no se han unido a ellos? ¿No acudirán presurosos, sabiendo que son bienvenidos y que la libertad soñada puede conseguirse y conservarse? Está todo al alcance de su mano. Tan cerca...

Tan cerca...

Kaleb

Cuando Kaleb entra en la tienda de mando, encuentra al desertor vigilado, con las muñecas y los tobillos encadenados, y otra cadena que va de aquellas a estos. Está amoratado y embarrado, la túnica manchada y hecha jirones. Tiene un ojo hinchado y cubierto de sangre seca. El hombre no lo ha pasado muy bien los últimos días. No es de extrañar. Un desertor es un enemigo para su propio pueblo, al que hay que condenar y humillar. Todos saben que el castigo por la deserción es la muerte. El hecho de que este haya escapado tanto tiempo a esa suerte es inusual, pero por lo visto se trata de un hombre inusual que se ha jugado la vida a los dados.

Kaleb se dirige a los guardias que lo flanquean.

—Ya podéis iros. El comandante está de camino. Llegará en breve para interrogar al prisionero en privado.

Los guardias vacilan un momento. Se miran, les cuesta aceptar que los esté despachando un esclavo etíope. Les molesta, pero ambos saben que Kaleb no hace más que transmitir los deseos de Craso. Saben que no pueden negarse, y no se niegan. Solo se toman su tiempo antes de marcharse, fingiendo que es una idea propia. Uno de ellos le pregunta al otro si tiene sed, el otro dice que sí, y hambre también. Kaleb deja que realicen este ritual y se queda junto a la entrada de la tienda hasta que se marchan.

—Vosotros también —les dice a los esclavos: dos escribas, varios criados personales y una mujer gala que atiende a las necesidades sexuales de Craso. La mujer duda, pero Kaleb insiste—: Tú también. Pero no te alejes mucho.

Cuando se quedan a solas, el prisionero mira a Kaleb a los ojos. El gesto de sus labios es malévolos, como si ellos, más que cualquier otra de sus facciones, desearan manifestar lo mucho que desprecian al mundo. Sacude la cabeza para apartarse de los ojos el pelo, que lleva demasiado largo para un romano. A pesar de las palizas que ha recibido, en su rostro destrozado se lee la arrogancia.

—Bueno, ¿qué ha pasado? Un buen resultado, espero. Les he preguntado a los guardias, pero no me han dicho nada. Tú sí me lo contarás, ¿verdad, amigo? Dile a un compañero esclavo lo que necesita saber. ¿Son buenas noticias?

—No lo sé —responde Kaleb.

—Tienes un rostro de piedra. Nunca sé lo que estás pensando. Eres más difícil de leer que Craso.

—Se ha librado una batalla. Craso vuelve. Es todo lo que sé.

El romano sonrío.

—Se ha librado una batalla. ¿Lo ves? Mi información era correcta. Te lo dije. Así que Craso viene a darme las gracias. Le he salvado el pellejo. No sabía qué hacer

hasta que yo se lo dije.

Kaleb conoce a su amo y sabe que no es nada probable que sea agradecimiento lo que reciba el prisionero. En cuanto a haber salvado su pellejo... tal vez. El etíope se sienta.

—¿No somos amigos, Kaleb? —insiste el romano—. Con la de horas que hemos pasado aquí juntos. Venga, ¿por qué no me lo dices? ¿Fue una gran matanza?

—No lo sé. —Y es cierto. Él también desea una gran matanza, pero no sabe muy bien a quiénes desea muertos, a los romanos o a los esclavos. Pero eso no piensa decirlo—. Como ya te he dicho, Craso llegará pronto. Es él quien deberá revelar las noticias. O no. Ahora tienes que esperar a mi amo.

—¿Tu amo? —Se percibe el desdén en la voz del prisionero—. Qué buen esclavo eres, Kaleb. Si alguna vez tengo un esclavo, me aseguraré de que sea como tú.

El romano sigue provocándolo, pero Kaleb no responde. Inspecciona la punta de una pluma, esperando que Craso no tarde demasiado en llegar. Al igual que el prisionero, está ansioso por saber qué ha ocurrido. Si es una victoria, estará más cerca de volver a Roma, de estar de nuevo con Umma, que es lo único que desea día y noche. Una victoria que tal vez pueda hacer suya: la recompensa prometida por Craso le aguarda tras la exitosa conclusión de la guerra. De manera que eso es lo que desea, pero sabe también que la victoria significa la muerte de algo que ahora siente que no debe morir. Estas dos emociones se agitan como serpientes en su interior. Luchando, o haciendo el amor, no lo sabe muy bien. Pero mantiene el rostro impassible y aguarda.

Una semana antes una patrulla encontró al desertor acercándose al campamento romano. Lo desarmaron y fue interrogado por oficiales de bajo rango. Al oír sus declaraciones, lo pasaron a sus superiores, que a su vez hicieron lo propio. Teniendo en cuenta lo que decía aquel hombre, la noticia llegó a la tienda de mando antes de que acabara el día. Craso ordenó que lo llevaran ante él.

—Dudo de que saquemos nada en limpio —murmuró—, pero me gustaría mirar a ese traidor a la cara y hacer de él un ejemplo para los hombres.

A Craso le gustaba hacer sufrir a los hombres por sus errores pasados. Era uno de los aspectos del liderazgo que más dominaba. Otros aspectos le resultaban más difíciles. Kaleb veía lo mismo que los demás: la predilección del comandante por la dura disciplina, el entrenamiento estricto, los momentos de súbita inspiración y los estallidos de acción, como cuando ordenó la construcción del muro a través de Bruttium. Sabía mejor que nadie lo centrado que estaba Craso en su propósito de terminar con la insurrección, matar a los gladiadores con la menor pérdida posible de vidas romanas, convertirlos en un ejemplo que no fuera olvidado jamás y devolver la paz y la seguridad a Italia. Deseaba la victoria y las recompensas que la acompañaban. Eso lo sabían todos.

Pero Kaleb sabía también lo que otros ignoraban: lo que preocupaba a Craso, lo que revelaba en momentos de intimidad cuando reflexionaba en voz alta sin que

nadie pudiera oírlo, solo su fiel esclavo. Por mucho que anhelara el éxito, a Craso le aterraba cualquier perspectiva de fracaso. Un contratiempo, una derrota, una retirada, cualquiera de estos eventos mancillaría su expediente con una mancha indeleble. Craso, vencido por los más indignos entre los indignos. Craso, ridiculizado por un esclavo bárbaro, un gladiador demasiado cobarde para aceptar su suerte. Había visto a otros hombres sufrir eso mismo en este conflicto.

De manera que deseaba la victoria, pero sin los riesgos de la derrota. Por eso todavía no se había enfrentado al enemigo en una lucha abierta. Por eso no había detenido la marcha hacia el sur de la turbamulta, por eso los seguía, por eso retrocedía si los bárbaros intentaban presentar batalla. No había contado con que los rebeldes intentaran cruzar a Sicilia, pero la distracción y la demora de su fracasado intento obró en su beneficio. Mientras los Sublevados se debatían a la orilla del mar, él ordenó que se construyera el muro y se quemaran las cosechas y los almacenes del sur. Lucharía con ellos, pero solo cuando estuviera seguro de la victoria. Primero dejaría que los gladiadores se debilitaran, medio muertos de hambre y desesperados. Estaba dispuesto a dejar que el desgaste hiciera gran parte de su trabajo. Por desgracia, los esclavos habían traspasado el muro antes de estar tan debilitados, muertos de hambre y desesperados como le hubiera gustado.

Mientras los rebeldes se dirigían al norte por el golfo de Tarentum, Craso volvió a su estrategia de marchar en columnas delante, detrás y a los costados del enemigo. Al norte hasta Apulia, luego hacia el oeste, entrando en Lucania. Los gladiadores no parecían tener una dirección fija, ningún plan que Craso pudiera anticipar. Pero eso era bueno. Sin un plan, cometerían errores. Craso los tenía acorralados, se llevaba o destruía cualquier suministro, iba reclutando nuevas tropas por el camino, reclutas sin entrenamiento, sin formación para enfrentarse con gladiadores, pero Craso tenía otras labores que asignarles. Ordenaba a sus soldados atacar en pequeños grupos siempre que tenía ocasión. Sabía que sus hombres no lo veían bien, que lo consideraban poco viril. Pero ¿acaso no había empleado Fabio Máximo esas mismas tácticas contra Aníbal? Muchos se quejaron entonces, pero todo el mundo reconocía ahora lo sabio de la idea. Los hombres tendrían su batalla, pero el momento sería decisión y elección de Craso, no de los Sublevados.

Pensó que ese momento había llegado cuando los exploradores descubrieron una de las columnas rebeldes —unos diez mil guerreros y el mismo número de mujeres y niños— acampada junto a un pantano cerca de Paestum. Sabiendo que la columna principal de Espartaco se encontraba a unos kilómetros de distancia, al otro lado de una cordillera, Craso planeó un ataque. Envío una compañía para rodear con sigilo al enemigo. Tardaron un día en lograrlo. Al despuntar el sol a la mañana siguiente, la trampa parecía preparada. Craso se lanzó contra los rebeldes desde el norte, mientras la otra compañía aparecía detrás de ellos, al sur. El ataque en pinza provocó el pánico entre los esclavos. Era una maniobra perfecta. Perfecta, solo que se estropeó en el último momento. Justo cuando habían comenzado la matanza, una enorme hueste de

enemigos apareció desde las alturas. Bajaron entre rugidos por la pendiente de la montaña que los lugareños llamaban Camalatum. «Aparecieron como si un dios los hubiera dejado caer allí», según dijo Craso. El caos convirtió la situación en una trampa dentro de otra trampa. Craso logró a duras penas retirarse y evitar una derrota. Kaleb no había sido testigo de eso, puesto que estaba en el campamento, pero se había hecho una versión mental según lo que Craso le contó para sus archivos privados, escritos, naturalmente, por la mano de Kaleb.

Y había algo más. Kaleb sabía que Craso no solo deseaba la victoria. Quería la victoria bajo su único mando. Suyo y solo suyo. Debía ser lograda antes de que otro general pudiera reclamar el mínimo atisbo de gloria. El año anterior pensó que el tiempo jugaba a su favor. Los principales generales de Roma estaban lejos, enzarzados en luchas que prometían mantenerlos fuera mucho tiempo en largas campañas. Pero las cosas estaban cambiando. Marco Lúculo había anunciado una inesperada victoria sobre la tribu de los besos en Tracia. Si venía ahora y derrotaba también a Espartaco, sería un héroe, y Craso quedaría hundido. Sertorio había caído bajo la hoja de un traidor, de manera que Cneo Pompeyo también iba a volver a Italia, envuelto en una gloria que había sido comprada con acciones furtivas y traiciones. Tan exagerada era la estima que el pueblo sentía por Pompeyo, que solo tenía que tocar suelo italiano para que se le atribuyera de alguna forma cualquier éxito sobre Espartaco. Lucio Lúculo todavía estaba ocupado con Mitrídates en Pontus, pero Craso ya no estaba seguro de que esa campaña durase tanto como se preveía.

Craso solo tenía a Espartaco. Era un premio insignificante en comparación, que solo tendría algún valor si no lo compartía con nadie. El tiempo ya no estaba de su parte. Esta, tal vez, fue la razón de que quisiera interrogar al desertor, un hombre al que en cualquier otra circunstancia habría odiado e ignorado.

Cuando llevaron al prisionero a la tienda de mando, Craso se paseaba por la alfombra. Iba cogiendo trozos de comida de la cena tardía que acababan de servirle. Hablando entre bocados, dictaba una larga carta al Senado. Parecía más decidido a aburrir a sus colegas con nimios detalles de los suministros de grano y raciones y peticiones que a explicar cómo había dejado que los gladiadores escaparan del sur. El Senado no había estado muy convencido con la idea del muro a través de Bruttium. La queja consistía en que el cometido de Craso era destruir al ejército rebelde, no entregarle el sur de la Italia romana. Ahora que su táctica había fracasado, Craso tenía muchas explicaciones que dar. Y lo hizo pronunciando muchas palabras y no diciendo nada.

Kaleb estaba allí, pero se alegraba de que fuera otro esclavo el que estuviera transcribiendo aquella carta en concreto. Él se limitaba a supervisar su trabajo, con el cometido de encontrar cualquier posible error.

Los hombres que vigilaban al prisionero lo trataron con ostentosa mano dura cuando entraron. Uno de ellos le dio una patada en las corvas mientras el otro lo tiraba al suelo empujándole el hombro, y luego lo abofeteó por no haberse arrodillado

a su entera satisfacción. Por la cara hinchada del desertor, era evidente que ya había fallado en satisfacer a sus captores. Iba encadenado, pero los guardias no se alejaban de él, ambos con la mano en la empuñadura de la espada, dispuestos a desenvainarla.

Craso terminó una frase de la carta. No miró al prisionero, pero bajó el tono de voz para indicar que se estaba dirigiendo a él.

—¿Cómo te llamas?

—Rufius Baebia.

Uno de los guardias le dio un puñetazo en la oreja. El otro le explicó por qué: estaba ante el comandante de la legión, un senador, Marco Licinio Craso. Tenía que dirigirse a él con el apropiado respeto.

El prisionero repitió su nombre y añadió «señor».

Craso todavía no se había vuelto hacia él. Cortó un huevo duro, puso una mitad sobre una galleta y le dio un mordisco. Masticó, tragó y luego se dio la vuelta para observar al hombre con toda su atención.

—Sé de un tal Rufius Baebia. Sirvió a las órdenes de Sertorio en Iberia, antes de que Sertorio se convirtiera en traidor. Fue acusado de cobardía en la batalla. Una cobardía grave, si no recuerdo mal. Varios superiores suyos murieron por sus fallos. Cayó en desgracia y fue condenado. ¿Eres tú ese Rufius Baebia?

—Nunca fui un cobarde. —El guardia volvió a golpearlo. El prisionero se giró ligeramente, mirándolo con rabia. A pesar de todo, reformuló su respuesta—: Señor, sí soy ese hombre, pero me acusaron falsamente y me condenaron a la arena.

—Tu culpa se decidió hace tiempo. Eso no lo voy a discutir. —Craso se llevó a la boca el resto de la galleta con el huevo—. Deberías estar muerto. ¿Por qué no es así?

—Señor, soy duro de pelar. Sobreviví trece veces en la arena. Y en más batallas de las que puedo contar.

—La justicia romana debería ser rápida. En tu caso no lo ha sido. Puesto que admites ser quien eres y haber evitado tu suerte, haré que mis hombres ejecuten de inmediato la sentencia. Eso pondrá fin a la historia de Rufius Baebia. Es la única opción posible. Si fuiste soldado romano, lo sabrás. Y a pesar de todo vienes por voluntad propia, alegando poseer una información valiosa. Debes de considerar esa información de gran importancia, si crees que será suficiente para convencerme. —Hizo una pausa, ofreciendo al prisionero la oportunidad de hablar.

—Señor —comenzó Baebia—, los dioses me han mantenido vivo por una razón. Conocen mi inocencia y me han traído hasta aquí con un regalo para ti para demostrarlo. Tengo información que volverá esta guerra en tu favor.

—Eso has dicho. Habla claramente y sin adornos. Y deprisa. En cuanto considere que me estás haciendo perder el tiempo, haré que estos hombres te ejecuten. Habla.

El prisionero habló. Y a juzgar por el hecho de que Craso siguió escuchándolo, no consideró que estaba perdiendo el tiempo. De hecho, cuanto más hablaba Baebia, más interesado se mostraba Craso. Si lo que aquel desertor decía era cierto, era justo la noticia que había estado esperando.

Craso despachó jinetes esa misma noche. Supo de ellos a la mañana siguiente. Al ver que le traían la confirmación que esperaba, lanzó una retahíla de órdenes que puso en marcha a la legión como un avispero al que le hubieran dado una patada. Paciente, prudente, precavido, temeroso del fracaso... Craso era todo eso, pero también sabía atacar cuando llegaba el momento. Y el momento había llegado. Baebia, el desertor dos veces condenado y colaborador con el enemigo, se lo había facilitado.

La mañana después de que Craso y el grueso del ejército salieran del campamento, Kaleb fue a cumplir con la tarea que le había encomendado su amo. A solas con el romano, se hizo muy consciente de sus dimensiones. Su cuerpo de fuertes músculos se sentaba muy derecho, apoyado contra el poste central de la tienda con las piernas estiradas. La luz de dos lámparas revelaba cicatrices en sus brazos desnudos y en el cuello, así como una marca en la pierna que debía de ser una antigua quemadura. Llevaba dos estigmas, las letras en su brazo que lo declaraban condenado a una muerte sangrienta, y una cerca del cuello, la imagen de un animal corriendo. Esto último era poco usual en un romano, pero este había vivido con los bárbaros. No había manera de saber cómo lo había cambiado esa experiencia.

—Prisionero, tengo que entrevistarte. Contéstame como contestarías a mi amo. ¿Estás de acuerdo en decir la verdad?

Baebia se lo quedó mirando un momento.

—Diré la verdad. No tengo nada que ocultar. Pero no esperes que te llame «señor». Eso no pienso hacerlo.

Kaleb se sentó, se acercó el frágil escritorio y se dispuso a escribir.

—Mi amo quiere que narres todo lo que tenga importancia, empezando por el momento en que te uniste a la rebelión de los gladiadores.

—¿Quiere saber todo eso? —Baebia frunció los labios—. Quiere saber si tengo valor más allá de la información que ya le he dado. Bien. Averiguaré que sí lo tengo. ¿Quieres que hable despacio?

—No. Habla como lo estás haciendo. Si hace falta, ya te diré que pares.

Como para ponerlo a prueba, Baebia comenzó de inmediato.

—Yo sabía muy poco de Espartaco antes de la noche en que llegó a Nola. Era un nombre, alguien que estaba causando problemas, que tenía pocas posibilidades de sobrevivir. Vino a Nola porque había oído que uno de los suyos estaba en la ciudad. Por eso atacó y fue directamente al *ludus* de Bruttia. Me habría dejado en mi jaula, pero le supliqué. Le dije que era un soldado romano y que podía contarle cosas que le ayudarían a luchar contra Roma. Él al principio no se fiaba de mí, pero sí me sacó de la jaula.

—De manera que le ayudaste contra Roma desde el principio... —concluyó Kaleb.

—No. Esto que quede muy claro. Yo siempre tuve el propósito de traicionarlo. Desde el principio actué al servicio de Roma. Sí, tuve que revelarle ciertas cosas,

pero solo para ganarme su confianza. Siempre estuve esperando la oportunidad de conspirar contra ellos.

Kaleb no le creyó más de lo que le habría creído Craso.

—Estuviste con ellos más de un año y medio.

—La oportunidad tardó más de lo que esperaba.

Eso también lo habría dudado Craso.

—Continúa.

El prisionero siguió hablando. Parecía gustarle contar su historia. Describió las luchas de poder con el jefe germano, Enomao, y el duelo a muerte que las resolvió. Contó que los Sublevados aceptaban a todo el que acudía a ellos, que los utilizaban a todos y los protegían a todos, sin importar su nación o los dioses que adorasen. Habló de los objetivos de Espartaco, de cómo ensanchó sus perspectivas durante el invierno que pasaron acampados en las colinas junto a Thurii, de su correspondencia con Sertorio y, por extensión, con Mitrídates. Contó cómo plantó Espartaco las semillas para la invasión de Sicilia, preparando antes a los esclavos descontentos de la isla para que se rebelaran en cuanto ellos llegaran, y cómo conspiró con los piratas. Y todo esto mientras su ejército marchaba al norte y al sur de Italia, destruyendo a cualquier legión que osara plantarles cara. Narró punto por punto los éxitos de los rebeldes, dando versiones que diferían enormemente de las versiones oficiales romanas que circulaban en la capital. Sostuvo que para cuando los Sublevados derrotaron a Gayo Casio Longino en la Galia cispadana, los esclavos ni siquiera se sintieron tentados a escapar por los Alpes, como sin duda el Senado habría esperado. No. Espartaco les había ofrecido una visión muy clara de lo que podrían conseguir a expensas de Roma. Ninguna de las decisiones que tomaba, dijo Baebia, eran tan aleatorias o improvisadas como creían los senadores. Incluso con la enorme destrucción que provocaba —villas incendiadas, campos arrasados, bienes y tesoros robados—, una y otra vez buscaba alianzas con las ciudades, intentando convencerlas de que compartían un enemigo común: Roma. Por eso Espartaco había vencido a Roma una y otra vez. Era un hombre de mente flexible y amplias perspectivas. El tracio iba un paso por delante de los demás y sabía explicarse en un lenguaje sencillo que todos comprendían. Había estado a punto de incitar una rebelión en Sicilia, pero no pudo cruzar el estrecho. Y entonces se fijó un nuevo objetivo.

—Marchamos sobre Brundisium —dijo Baebia—. Avanzábamos deprisa. Era fácil: suaves colinas y llanuras, ni nieve ni hielo. Devorábamos kilómetros. Enviábamos pequeñas partidas de jinetes para que entraran de uno en uno y de dos en dos en la ciudad. Y, en secreto, estábamos preparando una unidad de ataque de dos mil hombres. Esperábamos que llegaran justo cuando las puertas fueran capturadas por aquellos con que Espartaco había conspirado. ¿Me oyes? Estábamos a punto de enviar esa fuerza. Y entonces llegaron algunos exploradores con noticias. Marco Lúculo acababa de llegar a Brundisium con un pequeño ejército. No era una legión completa, pero sí bastantes hombres para defender la ciudad. Despacharon a los

soldados de los magistrados y se pusieron ellos a vigilar las puertas. Y lo que era peor, los romanos acababan de derrotar a los tracios. Las noticias nos frenaron en seco. De la misma manera que para nosotros habría sido fácil tomar y mantener la ciudad, también era fácil para Lúculo y su pequeño ejército. Se acabó. Brundisium no sería nuestra. Una semana antes, sí, pero ese día ya no.

—Pareces decepcionado —comentó Kaleb.

—Yo me limito a contar la historia. Los germanos se marcharon entonces. Los guerreros y sus seguidores se fueron a buscar comida por su cuenta. No lo hicieron para desdeñar a Espartaco, sino porque era más fácil así, se cubría más terreno y se conseguían más suministros. Pero sabíamos que temían que sus dioses les hubieran retirado su favor. Estaban pensando en marcharse de Italia de regreso a sus hogares. Los celtas que quedaban se plantearon lo mismo, y también se marcharon con los germanos. Aquello cambió el ambiente en el campamento principal. Muchos empezaron a dudar, a preguntarse si no deberían también irse. Algunos comenzaron a marcharse durante la noche. Y yo me dije: esto es el principio del fin.

»Pero no fue así. Espartaco convocó un consejo. Y tal como había hecho tantas y tantas veces, explicó un nuevo plan. Había llegado el momento, dijo, de llevar la lucha hasta la propia Roma. Nos conminó a recordar lo que sentíamos cuando la furia de Cotito dirigía nuestras manos y derrotábamos a cualquier ejército que Roma enviara contra nosotros. Podríamos recuperar todo eso si seguíamos unidos, podríamos depender únicamente de nosotros mismos. Esa fue la lección del otoño y el duro invierno. Estaba seguro. Y si atacábamos Roma, los dioses volverían a estar con nosotros. Los celtas, dirigidos por Brennus, habían saqueado la ciudad hacía mucho tiempo. ¿Por qué no iba a suceder otra vez?

—¿Me estás diciendo que Espartaco ha decidido marchar contra Roma? —preguntó Kaleb.

—Te estoy diciendo la verdad. Atacar Roma directamente, un sueño. La propuesta obró magia con los Sublevados. Fue entonces cuando supe que tenía que marcharme y hacer lo posible por salvar mi nación.

Kaleb alzó una mano para que se interrumpiera un momento. Terminó de escribir, miró la página y luego la dejó a un lado para coger otra nueva.

—¿Eres consciente de que a veces, cuando te refieres a los Sublevados, dices «ellos» y otras «nosotros»? Es como si no supieras muy bien si eres uno de ellos.

—¿Por qué sigues empeñado en esas tonterías? Ellos, nosotros. ¡Qué más da! Es una forma de hablar. Escucha lo que digo, no cómo lo digo.

—Sí, pero tengo que escribirlo. Es importante...

—¡Pues escribe tal como yo lo cuento y échame la culpa!

—No era más que una observación. Continúa.

Baebia se quedó en un enfurruñado silencio. Kaleb aguardó.

—Pero todo depende de los germanos —prosiguió por fin el prisionero—. Son treinta mil guerreros. Espartaco cuenta con cuarenta mil hombres y muchísimos más

seguidores. Quería recuperar a los germanos y los celtas, de manera que intentó ganárselos. Enviamos delegaciones que iban y venían entre los campamentos. Yo participé en esto, llevando mensajes y manteniendo el contacto entre los dos grupos, que seguían moviéndose y haciendo acopio de suministros. Espartaco los convenció de que volvieran a unirse para marchar como un solo grupo hacia Roma. Gannicus y Castus, los líderes germanos, aman a Espartaco. Quieren quedarse con él, solo necesitan creer que es lo acertado y que sus dioses estarán satisfechos. ¿Y qué dios no estaría satisfecho con la osadía de un ataque frontal contra Roma? De manera que se han convencido. Espartaco recuperará su ejército y luego marchará contra Roma. Hemos hecho planes de seguir buscando alimento y reunirnos en un punto donde un paso entre montañas hará más fácil la unión de ambas fuerzas. Enviamos dos hombres para llevar el mensaje a los germanos. Uno de ellos era Castus, uno de los líderes. El otro era una persona que conocía la ruta y podía guiar a los germanos a través de ella. —Baebia se interrumpió entonces, hasta que Kaleb lo miró—. Esa persona era yo.

Ese día Kaleb estaba ansioso por oír la narración del prisionero. Una semana más tarde, mientras aguarda la vuelta de Craso, habría preferido que ambos guardaran silencio. Baebia, sin embargo, es de otra opinión.

—No tienes por qué seguir en tu ignorancia, ¿sabes? —dice Baebia—. Alguien ha traído la noticia del retorno de Craso, de manera que sea quien sea sabrá lo que ha sucedido. Y estará parlotando de eso ahora mismo. Lo contrario sería raro en un soldado. Ve a escuchar y luego ven a contármelo.

Kaleb ha examinado sus plumas varias veces. Ha comprobado sus papiros, que están secos y en buen estado. Ha mezclado tinta, se ha asegurado de que tenga buena consistencia y color y ha dejado el tintero a un lado. Lo ha movido varias veces. Realmente no le queda nada más que hacer como preparación para la vuelta de su amo. Podría hacer lo que le pide el romano, pero está atrapado en el momento, sabiendo que lo que haya pasado ha pasado, que no puede deshacerse. Y aunque quiere saber, también piensa que estos últimos momentos de ignorancia están cargados de posibilidades que desaparecerán en cuanto sepa la verdad. ¿Asomará la victoria al rostro inescrutable de Craso? Sí, piensa que sí. ¿Y la derrota? Sin duda. Eso es lo que Kaleb aguarda: el rostro de su amo y lo que en él lleve escrito.

—Estás pensando algo —dice Baebia—, aunque no logro imaginar qué es. ¿Qué resultado desearías? Tú me has interrogado. Preguntar y escuchar, preguntar y escuchar, eso has hecho. Quieres conocer mis pensamientos, pero nunca comentas los tuyos. No me digas que no estás pensando nada, que no tienes opinión. Eres un esclavo, pero inteligente. —Hace una pausa—. Aunque tal vez por eso callas. Yo nunca he sido tan listo.

—He preguntado y escuchado por orden de mi amo.

—¿Y nada más? No me lo creo.

Kaleb vuelve a mirar sus útiles de escritura, deseando tener algo más que hacer.

Hay una bolsa en la mesa de su amo. Sabe que contiene las cartas personales que han llegado después de que el comandante marchara con el ejército. Se acerca y abre la bolsa, consciente de que el prisionero lo mira. Vuelca los documentos: varios rollos en sus latas, dos tablillas de cera, un libretto de vitela. A este lo conoce. Es el libretto de la correspondencia entre Craso y su hijo mayor. Ya oye la clase de consejo paternal que Craso dedica a su hijo. Uno de los pergaminos es de Tertulla, la esposa de Craso. Está seguro de que a ella le gustan más las cartas que el propio Kaleb le escribe en nombre de su amo. Incluye en ella florituras de afecto que Craso rara vez recuerda ofrecer. Y otra carta es de una viuda a la que Craso ha tomado como amante. Kaleb sabe que su pasión por ella tiene más que ver con las enormes fincas de su difunto esposo, que ahora ella administra puesto que su hijo es un joven de mente débil fácilmente manipulable.

—¿Estoy siendo testigo de un delito? —pregunta Baebia—. Si tu amo entrase ahora mismo, ¿le horrorizaría encontrarte con la nariz metida en esas cartas?

—No lo creo. Mi nariz está a menudo en sus cartas, por órdenes tuyas.

—¿No tiene secretos para ti?

—Ninguno que yo sepa.

—Bah. Si lo supieras, no sería un secreto.

Kaleb se encoge de hombros. A él le parece que Craso da por sentado que no tiene secretos para él, por lo menos a veces. En otras ocasiones lo que cree es que Kaleb no tiene pensamientos propios. Kaleb ahora sabe que para ser un propietario de esclavos hay que tener una mente entrenada para saber y no saber, para ver y no ver, según convenga en el momento. Y lo mismo se requiere de los esclavos, añade mentalmente, aunque luego decide que eso no es del todo cierto. La verdad no es que él sepa y no sepa, vea y no vea. La verdad es que él sabe y ve, y finge no ver ni saber. Para un amo, la ecuación es similar pero a la vez diferente.

—¿En qué estás pensando, esclavo? —pregunta Baebia.

Kaleb se da cuenta de que lleva un rato junto a la mesa, dándole vueltas al tubo de un pergamino con los dedos.

—Es curioso que me llames esclavo, cuando tú eres el que está encadenado, amoratado e hinchado, y es tu vida la que depende de las noticias que aguardamos. Eres tú el que ha recorrido Italia arriba y abajo con una banda de fugitivos. ¿Cómo estás tan seguro de que soy más esclavo que tú?

Baebia sonrío.

—Porque el título nunca se me quedó, nunca lo creí, nunca lo hice mío. Por eso sobreviví en la arena. Por eso me sacudí las cadenas y recorrí el país, libre como el viento. Soy romano. Empecé siendo romano y terminaré igual. Haber pasado un tiempo encadenado no cambia eso, sobre todo cuando un hombre es libre de corazón. Me he divertido, he vengado viejas afrentas; ahora es el momento de salvar a mi pueblo. Pero tú... —Entorna los ojos, como escudriñando a Kaleb—. Creo que eres un esclavo porque te crees un esclavo. Por inteligente que seas, Craso te tiene atado

de algún modo. Si no es así, y si no eres un cobarde, deberías estar con los Sublevados, no aquí aguardando a saber si han sufrido una derrota. Si todos los que están encadenados se unieran a los rebeldes, Espartaco ganaría esta guerra en un mes. De manera que, si fracasa, los hombres como tú seréis los culpables. Por eso te he llamado esclavo. Y porque a mí me consideras un romano.

Kaleb se lo queda mirando con frialdad. Por fin, carraspea y dice con desdén:

—Ya hemos hablado demasiado. Se acabaron las palabras.

—Qué ironía. Yo creía que lo tuyo eran justamente las palabras.

—Muy bien. ¿Quieres saber qué pienso? Pues me estoy preguntando qué haces aquí. ¿Tú te oyes cuando hablas de Espartaco? Parece que lo adoras. No haces más que cantar sus virtudes. Y las de los demás. Los llamas por su nombre: Gaidres y Skaris, Gannicus y Castus, Drenis y Dolmos y Kastor, como si fueran tus hermanos. Los alabas, pero para tu pueblo tienes pocas palabras amables. Los gladiadores te liberaron, Roma te esclavizó. Así pues, ¿por qué estás aquí?

Esta vez Baebia no es tan rápido en su respuesta. Alza las manos de su regazo, las cruza y las vuelve a dejar caer, como buscando una postura más cómoda. Por el ceño con que se mira las muñecas encadenadas, no lo ha conseguido. Contesta sin apartar la vista de ellas.

—Te he hablado de un soldado romano que desertó y se unió a ellos. El que les dijo que el mejor punto para romper el muro era en las montañas. Pensó que podría abandonar a sus compatriotas y ser aceptado entre los rebeldes.

—¿Y lo aceptaron?

Baebia mueve el mentón de un lado a otro.

—Sí. ¿Por qué no lo iban a aceptar? Les había proporcionado buena información. Tenían razones para apreciarlo. No es más que un soldado raso, no de esos que se distinguen a la manera romana. Es un hombre insignificante, pero llevó a cabo una acción que tuvo efectos de muy largo alcance. Cuando lo vi, lo odié: un romano que deserta de su legión para arrastrarse ante los esclavos, traicionando a su propio pueblo. Lo miré y pensé: te desprecio. No hay nada más noble en el mundo que ser un soldado romano. Nada. Eso me lo habían arrebatado, pero yo no era como él. Yo no renunciaba al honor para escabullirme por la noche y pasarme al enemigo. Lo odiaba, y me odiaba a mí mismo. ¿Quién era yo para despreciarle, cuando yo mismo había luchado contra los romanos junto a tracios, celtas y germanos? En ese momento decidí hacer todo cuanto estuviera en mi mano para volver con los míos. Les llevaría un regalo para compensarlos y les ayudaría a derrotar al enemigo.

—Dices que ese fue siempre tu objetivo —tercia Kaleb—. Eso es lo que me has hecho escribir.

—Así es, sí —espetea Baebia, brusco—. Lo era, pero en algún momento lo olvidé. Y al ver a aquel romano, volví a recordarlo. Pensé que si un romano podía desertar de Roma y ser bien recibido entre esclavos y gladiadores, tal vez yo podría abandonar a los gladiadores y ser bien recibido entre mis compatriotas. Los dioses nos hacen

correr en círculos. ¿Qué puedo hacer yo sino entretenerlos? Tampoco es que... —De pronto se interrumpe y ladea la cabeza—. ¿Has oído eso? Escucha.

El romano debe de tener mejor oído que Kaleb. Él no ha oído nada, pero cuando guardan silencio les llega un sonido lejano que se va aproximando al campamento. Unas trompetas que anuncian el retorno del comandante.

—Tu amo ha llegado —dice Baebia. Hace sonar sus cadenas y se echa a reír—. Ahora veremos cómo han rodado los dados.

Anteriormente, durante aquella temprana entrevista, Baebia había hecho una larga pausa después de decir: «Esa persona era yo».

Tanto tiempo guardó silencio que Kaleb le apremió:

—Eras tú, ya lo he escrito. Continúa.

—Custus y yo fuimos hasta el ejército germano. Él y yo, nadie más. Solo teníamos que comunicar el mensaje para que los dos ejércitos volvieran a unirse. Volverían a ser uno y marcharían sobre Roma. Yo estaba allí, vi las posibilidades. Si toda la fuerza rebelde atacaba Roma, cualquier cosa podía suceder. Roma tiene grandes murallas que deberían hacerla segura. Y sé que Craso no habría permitido que completaran su marcha sin presentar batalla. Pero ¿y si entraba en batalla y perdía? Si se libraba esa batalla y Espartaco obtuviera la victoria, todo cambiaría. El camino a Roma estaría expedito, sin ningún ejército que impidiera que los gladiadores cayeran sobre la ciudad. Si los sabinos vieran Roma asediada, ¿no bajarían de las montañas para unirse al ataque? Desde luego que sí. Y Sicilia estallarían en llamas. Las ciudades que Espartaco había cortejado a todo lo largo de Italia empezarían a rebelarse. ¿Y los ejércitos en ultramar? Sin duda los llamarían de vuelta, pero ¿y si Sertorio derrotaba a Pompeyo? Hasta el momento había derrotado a todos los enviados contra él. ¿Y si Mitrídates vencía a Lúculo? Ya había obtenido otras victorias, ¿por qué no una más? ¿Entiendes lo que estoy diciendo? Yo nunca había pensado que fuera posible derrotar a Roma. Espartaco podía incordiarla, mas siempre creí que la rebelión terminaría en algún momento. Pero entonces me di cuenta de que si todas las piezas encajaban de cierta manera... Bueno, hay cosas inimaginables, ¿verdad? Yo pensaba que el ocaso de Roma era una de ellas. Pero en ese momento, a caballo con el celta, me lo imaginé. Y entonces fue cuando me hice romano de nuevo.

Baebia guardó silencio un momento, miró a Kaleb y comentó:

—No estás escribiendo.

Era cierto. Kaleb había dejado de escribir cuando Baebia mencionó a Sertorio. No debía de saber que Sertorio había sido asesinado. No era sorprendente, puesto que ellos mismos acababan de recibir la noticia. Al detenerse a pensar esto, las palabras de Baebia le habían pasado de largo. Kaleb se había limitado a escuchar.

—Sé por qué has dejado de escribir. ¿Acabas de caer en la cuenta? Tú estabas aquí cuando le comuniqué mis noticias a Craso. Estabas aquí cuando se marchó con esa información. ¿Te has planteado alguna vez coger uno de sus caballos y huir? ¿Te

lo habría impedido alguien? Parece que eres libre de ir y venir a tu antojo. Podrías haber acudido a Espartaco para contarle las intenciones de Craso. Un hombre como él habría sabido emplear esa información contra el comandante. Podrías haberlo hecho, pero no. ¿Por qué no?

Kaleb no tenía respuesta. Lo había pensado, pero no le pareció posible. Y aunque lo hubiera sido, una traición así supondría un riesgo demasiado alto. La libertad no significaría nada sin Umma, y solo Craso podía dársela.

—Sigue. Termina. Te hiciste romano de nuevo.

—Sí —dijo Baebia, como si le alegrara oír de nuevo esas palabras—. Así es. Castus y yo nos detuvimos para dar de beber a los caballos en un arroyo. Castus desmontó y se agachó para llenar su odre de agua. Estaba hablando, me acuerdo. Alguna tontería sobre sus dioses. Castus se preguntaba si los guerreros muertos del Valhala están solo con los suyos o si los dioses y héroes de distintas naciones se reúnen alguna vez. Yo creo que quería creer que se encontraría con Espartaco en la otra vida. De eso estaba hablando cuando le di un golpe en la nuca con una piedra del río. Cayó de bruces al agua. Entonces saqué la espada y lo ensarté por la espalda. No creo que sea la clase de muerte que te hace merecedor del Valhala.

—¿Tanto lo odiabas?

—¿A Castus? No; me caía bien. Se acostaba con hombres, pero conmigo no intentó nada. Kaleb, no tenía que ver con él. Podría haber sido cualquiera el que estaba arrodillado junto al arroyo, hablando de sus dioses. Casualmente era Castus. Hice lo que tenía que hacer porque soy romano. He tenido la tentación de olvidarlo, pero gracias a ese desertor lo recordé. Lo recordé porque pude imaginar lo inimaginable, porque me di cuenta de que Espartaco es un hombre demasiado grande para que se le pueda vencer sin traición. Ya lo hemos hecho con anterioridad. No te creas lo que escriben los historiadores, Kaleb. La ascensión de Roma es una larga acumulación de traiciones.

—Sertorio —dijo Kaleb.

—¿Qué?

—Has mencionado la preocupación de que Sertorio pudiera vencer a Pompeyo. No será así. Lo asesinó uno de sus generales, en un banquete.

—No me digas. —Por un momento, Baebia pareció perplejo con la noticia, pero luego se encogió de hombros—. ¿Lo ves? Es lo que te he dicho. Nuestra gran nación se ha construido sobre una ristra de traiciones. Roma siempre será eso. De cualquier forma, por todas las razones que te he mencionado, aproveché el momento oportuno. Maté a Castus, me llevé su yegua, que era mejor que la mía, y vine hasta aquí. Cogí el mensaje que teníamos que llevar a los germanos y se lo entregué a Craso. Tal vez así haya salvado a mi nación.

«Tal vez —pensó Kaleb mirando al prisionero—. Tal vez». La idea no le producía ninguna alegría. Las serpientes de su vientre se agitaban.

Aunque las trompetas han anunciado la vuelta de Craso, parece que pasara una

eternidad en la tienda sin que el comandante aparezca. A Kaleb le dan vueltas en la cabeza los nombres bárbaros y las descripciones que de ellos ha hecho Baebia, y las palabras que les ha atribuido. Casi desea no haber oído nada, porque ya no sabe qué resultado es el que espera. ¿El éxito que Craso desea, o el fracaso que teme? Kaleb desea ambas cosas con una intensidad que no sentía antes de pasar con el prisionero los días que Craso ha estado ausente. Desea el éxito porque la insurrección estaría un paso más cerca de su fin. Esto llenaría de satisfacción a Craso y eso significaría de algún modo una recompensa para Kaleb. Él solo quiere una cosa: que Umma sea suya para que esté a salvo de malos tratos. De manera que desea el éxito, por lo que les reportará a ambos.

Pero después de sus largas entrevistas con el prisionero, es difícil no compartir un atisbo del sueño que guía a Espartaco, es difícil no maravillarse de lo cerca que está el tracio de invertir el orden del mundo. Es una posibilidad enorme, peligrosa, tal vez gloriosa. Desechar el mundo que Roma ha construido y sustituirlo por otro. Kaleb no tiene idea de qué orden puede sustituirlo, pero la idea ofrece un atractivo tremendo. Tal vez haya un lugar para Umma y para él en ese nuevo orden que desea Espartaco. No se lo había planteado antes, pero ahora no puede evitar considerarlo.

Está tan sumido en sus pensamientos que no oye la llegada que tanto lleva esperando. Sencillamente, alza la vista y se encuentra a Craso en la tienda, con varios soldados tras él. Le mira a la cara. Los marcados rasgos de Craso no revelan nada. Más que un rostro es una máscara. Luce todos los adornos de su posición. Pasa junto al prisionero sin pronunciar palabra y se acerca a su mesa. Ni siquiera mira a Kaleb, que se aparta para dejarle sitio. El comandante repasa los pergaminos con sus largos dedos. Kaleb debería bajar la vista, mostrar un rostro inexpresivo, pero se ve impelido a observar el perfil de su amo. ¿Qué habrá pasado? Necesita saberlo o el corazón le va a estallar en el pecho.

Craso coge uno de los tubos, lo abre con un chasquido y echa un vistazo a la carta que contiene.

—Hum. —Y la deja caer sobre la mesa, como si la encontrara menos interesante de lo esperado. Solo entonces mira al prisionero—. Sacadlo de aquí y llevadlo con los lictores. Ya tienen mis órdenes sobre su destino.

—Pero... —balbucea Baebia— ¿qué... qué ha pasado? Craso... señor... estás vivo. Has vencido, lo sé. Y yo te he ayudado, ¿no es así? Por favor, dime...

Un soldado lo ha puesto en pie. Baebia está tan frenético que no ve el puñetazo que el otro le lanza. El golpe le da en la boca y le ladea la cabeza. Un segundo puñetazo le dobla los dos dientes delanteros hacia dentro y le deja la boca ensangrentada.

Craso alza la mano para detener la paliza.

—¿Me preguntas qué ha pasado? Ah, ya veo. Pensabas que lo que sucediera iba a afectar de algún modo tu suerte. No, eso nunca ha sido así. Lo que suceda en este conflicto ya no es de tu incumbencia. Solo una cosa te incumbe ahora, y es la manera

en que vas a morir. Te la cuento. Te enterrarán hasta los hombros en la tierra, te colgarán un cartel del cuello que te identifique como un traidor que luchó con los rebeldes. Se animará a las tropas a que acudan a verte, a que te traten como deseen... siempre que te dejen vivo. Estarás expuesto día y noche. No tendrás más agua que la orina con que los hombres te rieguen. Evidentemente, nada de comida. Después serás desenterrado, atado a un poste y azotado hasta que asomen los huesos de tu espalda. Y finalmente serás clavado a una estaca, las manos arriba y los pies abajo, de donde colgarás hasta que mueras. Será una muerte lenta y dolorosa. Ningún soldado que contemple tu condena repetirá tus crímenes.

Baebia, agarrándose con cautela el mentón, intenta decir algo. Pero no consigue pronunciar ni una palabra completa antes de que el soldado vuelva a darle un golpe.

—¡Basta! —exclama Craso—. No quiero que esté insensible. —Los soldados empiezan a llevarse al prisionero, pero el comandante los detiene—. ¡Un momento! Ahora que lo pienso, Rufius Baebia, hay algo que quería decirte. El verano pasado, cuando Gelio fue derrotado, los rebeldes se pusieron atavíos romanos y marcharon a unirse a Clodiano. Fingieron ser romanos para poder acercarse y asesinarlos. Era un plan muy astuto, pero dio resultado por una única razón. Alguien, un romano parece ser, les llevó un mensaje falso que convenció a Clodiano de que el ejército que marchaba hacia él era el de Gelio. Todo estaba en orden, todo hecho según nuestro protocolo. El mensajero hablaba como un romano y conocía las costumbres romanas. Era romano. Por su culpa, muchos soldados romanos murieron ese día. He concluido que tú, Rufius Baebia, eras ese hombre. ¿Lo niegas? No cambiaría tu suerte, pero me daría la satisfacción de saberlo con seguridad.

Baebia cuelga sostenido por los dos legionarios. Su arrogante seguridad ha desaparecido por completo. Kaleb no puede leer bien su expresión. Hay rabia en el movimiento de las aletas de la nariz, dolor en sus labios hinchados. Pero a sus ojos asoman la humedad de una emoción más vulnerable. Una lágrima cae por su mejilla. Cierra los labios, los frunce y hace algo con la lengua. Al cabo de un momento escupe los dos dientes.

—Consideraré eso una respuesta. —Craso mira a Kaleb por primera vez—. Imagino que a ti no te lo habrá confesado, ¿verdad?

—No, amo.

—No me sorprende. ¿Tienes el resto de su testimonio? ¿Todo lo que quería de él?

—Sí, amo.

—Entonces ya no nos es de ninguna utilidad. —Se vuelve a los soldados y ordena—: Lleváoslo.

Una vez a solas, Craso se inclina sobre su mesa y se frota el cuello un momento; suele dolerle tras montar a caballo. Cuando se incorpora, mira a Kaleb con una expresión que, por una vez, resulta inteligible.

—Lo he conseguido, Kaleb. Los germanos estaban justo donde dijo ese traidor. Los sorprendimos. Tuvimos ventaja en todos los aspectos. Al principio intentaron

escapar, pero los rodeamos. La caballería los flanqueó. En cuanto vieron la disposición del terreno y su posición, no pudieron hacer otra cosa que luchar. Y lucharon como bárbaros, cada uno de ellos intentando llamar la atención de su dios. Perfecto para nosotros. Los destruimos. Están acabados, y mis hombres, eufóricos. Esto casi ha acabado, Kaleb. El traidor me ha dado la victoria, aunque nadie lo sabrá nunca.

Hay tanta pasión en su voz y tal animación en sus facciones, que Kaleb responde por instinto, diciendo lo que se espera de él incluso antes de permitirse formar pensamientos propios.

—Lo mereces, amo. Cuando esto termine, te concederán un triunfo, sin duda.

—Más les vale. A Pompeyo le darían un triunfo solo por sonarse la nariz. A mí al menos podrían concederme honores por librar a Italia de la tiranía de los gladiadores.

Craso llama a varios esclavos. La tienda está de pronto atestada de sirvientes. Kaleb le oye a medias pedir comida y bebida. Dice que se relajará a solas hasta la duodécima hora, cuando los oficiales de mayor rango se reunirán con él para hablar de estrategia. Kaleb se dice que la victoria de Craso es positiva, que significa algo bueno para su amo y, en menor medida, también para él. Es lo máximo que podía esperar. Intenta apartar la mente de las nociones que Baebia le ha metido en la cabeza, los nombres, personalidades y virtudes de los hombres a los que Craso está decidido a borrar de la faz de la tierra. Intenta convencerse de que Baebia se equivocaba, que las piezas jamás podrían haber encajado de manera que los Sublevados vencieran. Los dioses jamás lo habrían permitido. Seguro que no, y seguro que tampoco permitirían que hombres como Baebia dieran forma al mundo en lugar de hombres como Espartaco. Habría querido no desear que Espartaco, de alguna manera, acabara victorioso.

—Kaleb, vuelve a este mundo. —Craso está frente a él con una copa de vino—. ¿Recuerdas cómo brindamos al principio de esta aventura, tú y yo? Vamos a brindar de nuevo, esta vez por el principio del fin.

Kaleb acepta el vino y sostiene la copa con cierta torpeza. Alza la vista y advierte que el joven escriba lo mira. Bebe un sorbo, apenas mojarse los labios. Piensa en Baebia, en lo contento que se había puesto con el retorno de Craso. ¿Qué estará pensando ahora? ¿Habrán empezado a enterrarlo? ¿Cómo sigue uno respirando sabiendo que le van a clavar manos y pies a un madero y que su muerte será una lenta tortura?

Craso aguarda en pie mientras su esclavo personal le despoja de los atavíos de su rango y luego de su armadura. Al muchacho todavía le tiemblan los dedos, pero por una vez su amo no parece darse cuenta. Le pide a Kaleb que le lea su correspondencia privada. Primero la carta de su hijo, luego la de su amante, a continuación las de los conocidos, la del tutor de su segundo hijo... Kaleb apenas toca el vino; le incomoda más que le agrada. Lee las cartas con un tono neutro y plano, pronunciando las palabras pero sin expresar opinión alguna. Normalmente le resulta fácil, pero hoy

requiere toda su atención. Sigue leyendo mientras desnudan y lavan a Craso, mientras lo tumban en una mesa acolchada para recibir un masaje a manos de un esclavo especialista en tales menesteres. Mantiene el tono sin titubear cuando el esclavo personal de Craso hace entrar a la mujer celta y luego desaparece. Ella también masajeará a Craso, pero ahora el amo está sentado. Cuando empieza a amasarle los hombros, él le ordena:

—Pégate a mí.

Kaleb no alza la vista de los escritos, sabiendo que la mujer tiene unos pechos grandes, el motivo principal de que a Craso le agrada.

—Mejor lee la de Tertulla —pide este cuando Kaleb termina con una carta de su primo—. No querría que mi esposa fuera la última.

Kaleb advierte por su voz ronca que tiene los ojos cerrados y ha logrado la relajación que busca. Pronto lo echará de la sala. Mantiene la discreción en cuanto a las cosas que obliga a hacer a la mujer celta. Kaleb localiza el pergamino, sostiene con un dedo la parte superior y lo desenrolla. Lee de corrido el principio, que es habitual en Tertulla: pequeñas críticas a sus amigas, quejas sobre la ciudad, peticiones antiguas que no ha obtenido... hasta que de pronto se oye decir:

—«Arrio envió a su hombre el otro día, un eunuco muy zorro. No me gustó nada. Por lo menos sé que no molestará a Umma, no como un hombre de verdad. De manera que la venta de Umma ha concluido...».

Ahí se acaba el terso flujo de las palabras de Kaleb. Se fija de nuevo en el nombre de la persona cuya venta ha concluido. Umma. Parpadea, pero el nombre sigue allí. «De manera que la venta de Umma ha concluido...». Y dice, con apenas un susurro:

—Dijiste que no la venderías.

—¿Cómo? —pregunta Craso distraído.

Kaleb repite:

—Dijiste que no la venderías.

Aunque tiene la vista fija en el pergamino, sabe cuándo Craso le mira. Nota las hondas arrugas que se apoderan de su frente y la mueca en los labios fruncidos que presagia ira.

—Dirígete a mí correctamente y habla con más claridad.

Kaleb respira hondo. Indica que se refiere a algo en la carta que está leyendo.

—Tu esposa dice que Umma se ha ido a la casa de Quinto Arrio. Dice que la venta ha concluido. —Ahora sí mira a su amo. No le resulta fácil, pero no puede evitarlo. Esta vez se acuerda de dirigirse a él tal como exige su posición—: Amo, yo tenía entendido que no la echarías de la casa. Pero aquí dice que ha sido vendida. ¿Es que hay algún error?

—No, no hay ningún error. Es tal como está escrito. Arrio insistió mucho. Es un hombre derrotado, Kaleb. Sin duda, quería animarse un poco y Umma le excitaba. Está hecho. Y no ha sido una obra de caridad. Los términos del acuerdo me favorecen. Me ha pagado una buena suma por Umma y puede disponer de ella

indefinidamente, aunque en realidad sigue siendo de mi propiedad. No está vendida. Mi esposa no lo ha entendido. Está... alquilada. Prestada por un tiempo.

—Pero tú dijiste...

Craso se tensa.

—¿Me estás poniendo objeciones?

—No, yo no...

—¿Me estás diciendo «no»?

—Amo, yo pensaba...

—Pues no pienses, a menos que te lo pida. —Craso carraspea y mueve la cabeza, como si le hubiera vuelto la rigidez en el cuello. Con los ojos cerrados, añade—: Sabía que la deseabas, estaba más claro que el agua cada vez que entraba en la sala. Te distraía. Te distraía demasiado, aunque yo hacía la vista gorda. Eso fue un error, y me di cuenta cuando me la pediste. Es mi esclava, Kaleb. Mía. Igual que tú. Igual que todos los de esta tienda y muchos miles por toda Italia. Míos. En el momento que expresaste interés por ella, supe que lo habías olvidado. No pensaba dársela a Arrio hasta ese momento. Entonces consideré que era lo mejor. Tú me eres útil mientras sepas cuál es tu lugar. Se te había olvidado. Ahora estoy seguro de que lo recuerdas. Bien, vete, Kaleb, déjame. No tengo tiempo para enfadarme contigo. Estoy aquí para relajarme, para disfrutar de unos pocos placeres y luego he de planear el fin de este levantamiento. Márchate.

Kaleb no podría haber ocultado la furia de su rostro ni siquiera si Craso lo hubiera estado mirando, en lugar de tener los ojos cerrados y la espalda apoyada contra los pechos de una esclava celta de ojos grises. Una furia que se apodera de él no como un ardiente estallido de ira, sino como algo más frío, como si su cuerpo se estuviera endureciendo y helando. Todavía no piensa nada concreto, pero tampoco le importa que Craso, o los esclavos que lo están mirando, se den cuenta de la intensidad de su odio. Si se lanza contra Craso, correrán a detenerlo: el hombre que le dio el masaje y que ahora esboza una mueca de advertencia; el joven escriba que, sentado ante la mesa, lo mira asustado; los otros esclavos, que están quietos como postes, pegados a las paredes de la tienda; hasta la mujer celta gritará si Kaleb da rienda suelta a la ira que siente. Todos intentarán detenerlo, pero si se mueve despacio y no deja ver sus intenciones... si sencillamente se acerca a Craso, como ha de hacer para salir, sin duda tendrá un momento para coger un cuchillo de la bandeja de fruta y hundírselo en el cuello.

Da un paso adelante, pero Craso habla de nuevo, deteniéndolo:

—Confío en que hayas escuchado con atención lo que te he dicho. Umma sigue siendo de mi propiedad. Y por supuesto conoces la ley romana. Si un esclavo, alguien enloquecido por la lujuria, por ejemplo, me asesinara, entonces matarían a todos mis esclavos. Lo cual se extendería también a Umma. En fin, que un acto así sería muy precipitado por parte del esclavo enloquecido. ¿Quién sabe lo que nos depara el futuro? A lo mejor algún día una esclava que salió de la casa vuelve a ella. No se

puede decir que no vaya a pasar. Lo que sí digo es que eso solo sucederá cuando el dueño de los esclavos lo permita. ¿Qué tienes que decir a eso, Kaleb?

Kaleb está aturdido en las profundidades de su odio y perplejo de que su amo lo haya captado. Está poseído por la ira, pero no puede hacer nada. Siente amor, pero no tiene manera de darle forma más que como voraz deseo. Un amor que ha engendrado la ira, pero que también la torna imposible. Y piensa: «Umma, siempre te amaré solo a ti».

Y eso es puro sufrimiento.

Piensa: «Umma, te esperaré. Serviré al amo y lo tendré satisfecho, y tú volverás y podremos estar juntos».

Y eso es puro sufrimiento.

Pero tiene que hablar, no solo pensar.

—Amo, siento haberte contrariado. Tienes razón en todo.

Craso emite una especie de gruñido.

—Sí, claro que tengo razón. Ahora márchate, Kaleb.

Se marcha. Rodea la mesa, pasa junto a Craso y el resto de esclavos, atentos a todos sus movimientos. Abre la tela de la tienda y sale cuando ya empieza a caer la tarde. Echa a andar deprisa, sin mirar a nadie, en dirección al refugio donde duerme y el privado dolor que le ofrece. Y oye las palabras de Baebia: «Podrías haber acudido a Espartaco para contarle las intenciones de Craso. Un hombre como él habría sabido emplear esa información en contra del comandante. Podrías haberlo hecho, pero no. ¿Por qué no?».

No tiene respuesta. Ninguna respuesta.

Espartaco

La frustración es enorme. A veces le resulta casi insoportable. En su interior hay un Espartaco iracundo, un Espartaco que tiembla y se agita, que lanza puñetazos de rabia. Este Espartaco quisiera coger un arco y disparar flechas al vientre del cielo. Quisiera llamar a gritos a los dioses y pedirles que le expliquen qué ha hecho para disgustarlos. Con todos los reveses que ha sufrido, siempre se ha esforzado por recuperar su fuerza, su propósito. ¿Qué más quieren de él?

Pero la frustración no es la única emoción. Siente también el dolor de la pérdida. En su interior, otro Espartaco se haría un ovillo y lloraría por todos los que han muerto en esta guerra. No comprende siquiera por qué su emoción es tan intensa. Sabe que los más valientes están con los dioses y los héroes, debería tenerles envidia. Y así es, pero también llora el hecho de que ya no estén con él en esta vida. Anhela que estuvieran aquí para ayudarlo a ver los objetivos que habían soñado. No obstante, saber que están con los dioses no le impide sentir que están muy cerca de él. A menudo están en su mente, su recuerdo le asalta en cualquier momento, como un susurro tan quedo que no alcanza a oír, pero bastante alto para recordarle a los que se han ido.

Aunque siente la frustración y el dolor, se cuida de no mostrarlo jamás. Mantiene el rostro sereno, sean cuales sean las noticias que le lleguen. Ha intentado enfrentarse así a cada revés, y eso es lo que hace cuando el primero de los supervivientes germanos llega al campamento con la noticia de la tragedia. Escucha cuando le cuentan cómo se encontraron con una pequeña compañía romana, solo unos pocos miles de hombres. Los romanos quisieron huir, como si hubieran sido sorprendidos y tuvieran miedo. Era algo demasiado divertido para dejarlo pasar. Gannicus recordó cómo los habían atacado los romanos cerca de Paestum y pensó que ahora podría vengarse. Ordenó la persecución. Primero la caballería, seguida por la infantería.

Los romanos los condujeron hasta un ancho valle, apartándolos de las mujeres y los carros. Los germanos todavía se divertían, hasta que los romanos que huían se unieron a la fuerza que aguardaba oculta de la vista tras un risco. Los legionarios se volvieron entonces hacia ellos, e incluso entonces los germanos tenían ganas de batalla, pero no lo sabían todo. La verdadera fuerza romana no estaba ante ellos. Venía detrás de ellos, y salió de un valle lateral. Atacaron a los germanos por los dos flancos.

Espartaco lo oye todo, pero no da ningún indicio de cómo le afecta. Astera está delante de él, escuchando al mensajero, aunque Espartaco sabe que en realidad lo observa a él, le pide que sea fuerte.

—¿Combatieron bien? —pregunta por fin, manteniendo un tono neutro, como si

eso fuera lo importante, que lo es, pero a veces los hombres necesitan recordarlo.

La respuesta es que los hombres combatieron con bravura. Ninguno huyó, ninguno fue abatido por la espalda, todos gritaron con ferocidad, dando un espectáculo que, sin duda, atrajo la atención y la aprobación de Wodanaz. Lucharon como germanos, muchos saltando del caballo y dándose golpes en el pecho, enseñando los dientes y blandiendo la espada con salvaje brío.

Espartaco sabe que no es la manera de vencer la disciplina y organización romanas. No obstante, sí es un modo triunfal de morir para un guerrero.

—Bien —dice—. Así pues, murieron bien. Ojalá todos fuéramos tan afortunados.

Y no solo han muerto hombres. También mujeres. Otro destacamento de la caballería romana cayó sobre las mujeres y los no combatientes y asesinaron a muchos. Hay que decir en su honor que las mujeres se negaron a ser capturadas. Lucharon, y cuando todo estuvo perdido, volvieron sus cuchillos contra ellas mismas y así negaron a los romanos tanto sus cuerpos como sus vidas.

Espartaco imparte las órdenes que hay que impartir. Se reúne con sus oficiales y otros líderes y se asegura de que comprendan que deben ser sinceros con sus hombres, pero también dar ejemplo de calma e impedir que cundan la desesperación y el pánico. Envía exploradores a caballo para que averigüen las posiciones romanas y sus acciones; otros deben buscar a los supervivientes que tal vez intenten volver al campamento. Sabe que no habrá muchos. Ordena que los Sublevados se reúnan todos, que vuelvan las partidas que buscan alimentos. Deben estar listos por si los romanos quieren lanzar un nuevo ataque. No da señales de estar pensando en nada más que estos asuntos prácticos, ningún indicio de que la muerte de tantos guerreros germanos sea una pérdida incomprensible. Nadie diría que necesita de todo su autodomínio para pronunciar las palabras que pronuncia con tono sereno.

Cuando se ha hecho todo lo que hay que hacer, y todavía algo más, Espartaco se retira a su tienda y se arroja sobre el jergón que comparte con Astera. La sacerdotisa no está, puesto que ha ido a ofrecer sacrificios a Cotito. El tracio se hace un ovillo, como haría el niño que lleva dentro, pero no es un niño. No tiene lágrimas; las ha dejado de lado hace mucho tiempo y duda de que ningún sufrimiento que pueda ofrecer la vida consiga volver a humedecerle los ojos. Se queda tumbado, pensando en los muertos, miles y miles de muertos. Resulta sorprendente que, solo con oír la historia de un superviviente, se haya quedado sin una cuarta parte de su ejército. ¿Qué ser vivo —como lo es un ejército— puede sobrevivir cuando le amputan una cuarta parte? Ninguno que él conozca.

Allí tumbado ve el rostro de Castus tal como era el día que se separaron. Mostraba una sonrisa que mejoraba mucho el sombrío gesto de preocupación que no le abandonaba desde el fracaso de Sicilia.

—Monta bien, mi Patroclo, y tráenos de vuelta a tus hermanos. —Eso le había dicho Espartaco.

Castus ensanchó su sonrisa.

—¿Qué pasa, ahora te crees Aquiles?

—Todavía no. Pero pronto tal vez lo sea.

¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué lo había pensado? Él, que de niño había declarado preferir a Héctor entre todos los héroes antiguos. Tal vez había sido un exceso de vanidad granjeada por la ira de algún dios. Incluso pensó en el mensajero que había llegado unos pocos días antes. Un joven nervioso que le traía información de cómo escapar de Italia, si algún día lo decidía. Había un lugar por el que podría dejar atrás esta tierra maldita y no volver a poner pie en ella. En ese momento despreció la idea y dejó claro a cualquiera que hubiera oído la conversación que él jamás huiría para salvarse. Y lo creía. Sería la huida de un cobarde, significaría abandonar todo aquello por lo que había luchado esos años. ¿Marcharse, justo cuando tenía los ojos puestos en Roma? No, jamás. Y aun así ahora, acurrucado en el jergón, se pone a pensar en ello, recuerda lo que dijo aquel muchacho y el nombre de la persona por la que hablaba.

Todavía le está dando vueltas al tema cuando vuelve Astera. Entonces Espartaco se estira en toda su longitud. La sacerdotisa lleva una lámpara, pues ya es de noche. La deja para tumbarse y estrecharse contra su espalda. Tiende su fino brazo sobre el musculoso del gladiador. Él inhala el olor de su pelo: los aceites que siempre le han parecido almizcleños y fragantes, nunca perfumados, más bien como el olor de un buen rincón en el bosque. Huele a musgo. Siempre le ha recordado a los altos valles de las montañas Ródope. No sabe cómo es que su pelo puede oler como las montañas, pero es así. Acerca la nariz e inhala. Mezclado con su olor habitual, percibe algo más: un rastro de humo.

—¿Qué estarás pensando —dice ella.

—Todo lo que pienso es amargo. Esto ha sido un verdadero golpe, Astera. No sé si podremos recuperarnos. La gente está nerviosa y asustada, tú lo sabes. Y esto empeorará la situación. No veo salida.

—La encontrarás.

—Ya no somos como antes. Ya no tenemos un camino por delante. Creo que estamos cerca del final.

Astera guarda silencio un momento.

—Sí, yo también lo creo —dice por fin.

A Espartaco se le cae el alma a los pies. Habría preferido que dijera cualquier otra cosa.

—¿Y Cotito? ¿Ya no nos ama?

—No seas avaricioso. —Astera le roza el mentón con un dedo—. Nos ama, y ha sido generosa, ¿recuerdas? Pero nada dura para siempre. Tal vez estemos cerca del fin, pero tú no tienes miedo, ¿verdad? Siempre supimos que llegaría el final. Hemos hecho maravillas con el tiempo que hemos tenido. Si tiene que llegar el fin, alégrate. Lo que importa es cómo nos enfrentemos a él.

Astera le tira del hombro para que se vuelva hacia ella. Entonces se desliza sobre

su pecho, con la cara muy cerca, sus ojos verdes claros y perfectos a la luz de la lámpara, gemas en su delicado rostro enmarcado por un pelo que es como el fuego.

—¿Quién es este hombre con el que estoy yaciendo? —pregunta. Espartaco no cree que espere una respuesta, pero ella calla, mirándolo—. Dime, ¿quién es este hombre que una vez fue un niño nacido allá donde las planicies se encuentran con las montañas Ródope? El niño cuyo padre lo llevó a lomos de un caballo para enseñárselo a los dioses y que los oyó susurrar su nombre. ¿Recuerdas ese nombre? Es un nombre largo. El padre dijo que no era un nombre para aquel niño, sino para el hombre que sería. —Le pellizca el pelo del pecho—. Dime, ¿quién eres? Dímelo.

Y él obedece, en un suspiro que solo oye ella:

—Soy Espartaco.

Los labios de Astera esbozan un atisbo de sonrisa. Baja entonces la cabeza sobre su cuello, su aliento caliente junto a su piel.

—Sí, eres Espartaco. Eres el hombre que conducía un gran ejército en mi sueño. Has sido glorioso hasta ahora, y lo seguirás siendo, ¿no es así, amor mío? Eres Espartaco, y eso significa que solo tú escribirás el camino que tienes ante ti. Pero no te preocupes, no estás solo. Cuentas con mi ayuda, y con la de otros.

No obstante, ese consuelo es solo temporal. Al día siguiente Espartaco vuelve a ser él mismo. Le cuesta un esfuerzo de voluntad, pero lo consigue. No duda de que Astera conozca la voluntad de su diosa mejor que él. Y sabe que es su fuerza interior lo que la lleva a ver el final con expectación. Pero él no está listo para hacer lo mismo, no si existe alguna posibilidad de que los Sublevados puedan alzarse todavía más. A eso dedica su mente. Decide embarcarse en un nuevo curso de acción.

Antes de que acabe el día, se ha marcado un nuevo objetivo: Samnio, el territorio interior montañoso de uno de los más antiguos enemigos de Roma. Atravesó la región el verano anterior y envió mensajeros a todas las mayores ciudades, buscando una alianza. No había obtenido ninguna, pero tampoco había abandonado las esperanzas. Sabía que los samnitas siempre habían odiado la dominación romana. Eran un pueblo orgulloso. Muchos estaban asentados en las altas montañas de densos bosques. Eran de espíritu independiente, como habían demostrado al ser los últimos en aguantar contra Roma en las guerras rebeldes de hacía solo unos quince años. Los samnitas, que una vez habían derrotado al ejército romano y lo habían hecho caminar bajo el yugo, todavía ardían de odio. Sin duda, querrían someter de nuevo a Roma. Muchos habían salido a reunirse con Espartaco y expresar su admiración personal por sus victorias y la esperanza de que humillara a Roma todavía más. En Bovianum y Maleventum había tantas pintadas en apoyo a Espartaco que se formularon nuevas leyes con severas sentencias para cualquiera que hiciera proselitismo.

Si lograran ganar entrada en una de las ciudades de la región, los Sublevados tendrían tiempo para recobrar sus fuerzas. Podrían atraer nuevos adeptos a su causa. Si ninguna ciudad les daba refugio, estaban las propias montañas. Una de ellas, el Vulture, era un volcán capaz de rivalizar con el Vesubio. ¿Por qué no tomarlo y

acampar de nuevo en las alturas, como habían hecho en los maravillosos días de la sublevación? Podrían cazar en los bosques y dedicarse al pillaje en Campania y Apulia mientras el verano florece en el país. Y les daría tiempo para ganarse a los samnitas como aliados; está seguro de conseguirlo, siempre que les muestre las virtudes de los Sublevados, no les haga ningún daño y se procure alimentos en las tierras de sus vecinos y no en las suyas.

Mientras los romanos siguen ocupados con su victoria sobre los germanos, Espartaco reúne a los Sublevados y los impulsa a la acción. Están siendo vigilados por unidades de caballería romana, no todo el ejército, pero sí bastantes ojos para que surja la necesidad de engañarlos. Con ese objetivo se marchan en plena noche. Atizan los fuegos para dar una apariencia de normalidad en el campamento, y el grueso de los Sublevados se aleja en silencio. Se envían algunos hombres y jinetes en distintas direcciones, con instrucciones de pisar fuerte en la tierra para que parezca que los rebeldes se han dividido y se marchan en distintas direcciones. Falsas pistas para confundir a los romanos. Y más, para atraparlos. Cada pista se acompaña de pequeños grupos apostados en puntos estratégicos para tender una emboscada, matar a los legionarios o hacer que se retiren. Sea como sea, Espartaco pretende que las emboscadas les den tiempo para alejarse, para perder a los romanos en las colinas.

Se dirigen hacia el oeste y suben a los altiplanos de las montañas Alburnus. Sobre ellos, el cielo cargado de nubes primaverales, días de sol y lluvia cada vez más templados. Se mantienen bien juntos, buscan comida con cautela. Están como en los primeros días, sin la carga de todo lo que fueron acumulando en sus mejores tiempos. Viajan ligeros, a pie o a caballo, con las ovejas, vacas y cabras que se van llevando hasta que llega el momento de matarlas y asarlas. Sin los carros, tienen más terreno accesible. Eligen rutas que evitan los asentamientos más grandes, se mantienen en los bosques y las laderas altas de las colinas, aprovechando los recovecos de la tierra para ocultarse. Cocinan con fuegos pequeños y no incendian campos ni propiedades, pues nada revela más a un ejército en movimiento que el humo en el cielo. Durante dos días no ven ningún romano; parece una bendición. Ellos, que habían ofrecido batalla a Craso antes y se habían burlado de él por no luchar, ahora solo quieren movimiento y refugio, no el batir de las armas. Este sentimiento entraña cierto peligro.

«Seguir en movimiento —piensa Espartaco—. Ahora mismo es lo único que importa».

Algunos caen durante la marcha, debilitados por la enfermedad o las heridas, o los demasiado frágiles para avanzar así, sin descanso. Los viejos sufren, como sufren siempre. A veces sufren también los jóvenes. Es duro, pero siempre ha sido así. Tal vez los Sublevados sean más que un ejército de hecho, pero en la práctica deben ser primero un ejército. Y un ejército debe hacer lo necesario para sobrevivir. Y por encima de todo, un ejército debe marchar.

Espartaco no puede liderar a los que ya no lo siguen, pero sí puede estar ahí para los demás. Se asegura de mostrarse ante la gente a medida que pasan los días,

moviéndose con su caballo a lo largo de la columna, apremiándolos a todos. Es el momento de mostrar su valor, asegura. Les dice que sabe que están cansados, que están muy flacos y harapientos, que han perdido a muchos hombres. Algunos todavía tosen con la enfermedad de las montañas, que obtura el pecho. Gran parte del botín que habían acumulado se ha quedado atrás. Espartaco sabe todo esto, pero insiste:

—Para ser grande, uno debe enfrentarse a los retos más desproporcionados. ¿Deseáis ser grandes? Entonces debéis decir: «Mirad lo que se me pide. ¿Se ha enfrentado alguna vez alguien a tanta adversidad?». Si la respuesta es negativa, eso es lo que os hará grandes.

Instruye a todos sus oficiales para que hagan lo mismo con sus hombres y sean ejemplo de seguridad y determinación, pero él es quien más lo demuestra. Y es bueno también para él, porque en los momentos en que habla, él mismo se cree sus palabras. En la acción encuentra sentido. Cuando mira a hombres y mujeres a la cara y les da ánimos, olvida las dudas que le asaltan en los momentos tranquilos. Mantiene a los Sublevados en movimiento, por las colinas, en dirección a Samnio, que no está muy lejos, en comparación con las enormes distancias que ya han recorrido.

La cuarta mañana, desde la cresta de una cordillera, contempla la belleza del paisaje. Un valle se extiende ante ellos, cubierto de una baja capa de niebla. Las hileras de colinas se pliegan hacia él, con el frondoso verdor de los bosques. Cada cadena de colinas se va haciendo más y más baja a lo lejos, y más allá una hilera montañosa se alza de la bruma y se eleva despejada. Espartaco se queda allí un buen rato sobre su caballo. Esa imagen es justo lo que desea para sus Sublevados.

—¿Veis eso? —pregunta—. Es un símbolo de lo que nos aguarda en Samnio. Más allá de esa cresta hay más montañas, pero más altas todavía. Y esas montañas serán nuestro hogar. Desde esas alturas contemplaremos a los mortales, que no se atreverán a subir para enfrentarse a nosotros. Y tendremos todo el tiempo que necesitamos.

Dice muchas cosas, pregona sus palabras entre los Sublevados, y cada palabra es como un gancho en la mente de sus oyentes. Espartaco los ata a él. Tiene que hacerlo, porque nadie más puede.

Cuando llegan a la Via Popilia, no pueden seguir ocultos, de manera que ni lo intentan. Se muestran a los viandantes, a los comerciantes y granjeros, a los ciudadanos con quienes se cruzan. Toman lo que necesitan de los almacenes que van encontrando. A veces, si la gente es amigable, incluso pagan por lo recibido. A través de estas personas les llegan las noticias: Sertorio ha muerto; la guerra en Iberia ha concluido; Gneo Pompeyo ya ha llegado a Etruria, con muchos hombres. Está reuniendo otro ejército, dicen, y ha comenzado a avanzar hacia el sur para unirse a la lucha contra la rebelión.

Malas noticias, todas. Espartaco no se oculta de ellas. Las asume y lo proclama para que todos vean cómo responder a ellas. Restalla la mala nueva como un látigo sobre sus cabezas, haciendo que avancen más deprisa. Viran hacia el norte y utilizan el puente de la carretera romana para cruzar el río Silarus. En la otra orilla vuelven a

tomar rumbo al noroeste, subiendo la suave pendiente del curso del río. Espartaco envía jinetes por delante, para preparar el camino y ofrecer de nuevo su amistad a los samnitas.

Pronto vuelven a tener a los romanos detrás. Los siguen desde la Via Popilia y se mantienen cerca. Hostigan a los que se separan del grupo. Acechan a los débiles como los depredadores animales. Patrullan a cada lado de la columna, dificultándoles la búsqueda de alimentos y limitándolos a lo que puedan encontrar en el valle. No es suficiente, pero Espartaco mantiene la marcha. Señala hacia Samnio e insiste en que la persistencia romana no es sino una señal de su miedo a que lleguen a la ciudad.

En una ocasión, cuando el hostigamiento romano en la retaguardia se hace demasiado invasivo, urde un plan. Envía guerreros a las últimas filas, ocultándolos entre los no combatientes. Él mismo se une a ellos. Cuando los romanos se acercan, ellos dan media vuelta y atacan. Los gladiadores surgen de pronto tras una pantalla de mujeres y niños y caen sobre el enemigo, sorprendiéndolo. Eso los aleja.

Mantenerlos en movimiento es una labor como ninguna otra que haya acometido Espartaco. Está más agotado que nunca. Lleva la cabeza envuelta en una dolorosa pinza que parece estrecharse cada día más. El esfuerzo de disimularlo todavía lo empeora. Pero se dice lo mismo que les dice a otros. Se come las palabras, intenta convertirlas en alimento, nutrir con ellas la esperanza, crear con ellas la verdad.

Algunos exploradores vuelven de Samnio. ¿Con bendiciones? No. Con la noticia de que Marco Lúculo, que había derrotado a los besos en Tracia y había llegado a Brundisium antes de que los Sublevados pudieran tomarla, está moviendo tropas hacia el norte por la Via Appia. Hacia Samnio. ¿Su intención? Asegurar la región.

Espartaco detiene la marcha. No puede hacer otra cosa. Samnio está vedada para ellos. Seguir avanzando solo los llevaría hacia un segundo ejército romano. De manera que tienen una fuerza enemiga a los talones, otra esperándolos en las montañas y una tercera marchando al sur hacia ellos. Lo único que pueden hacer es resistir allí. Se aleja un poco más para posicionar el campamento en el otro extremo del valle, donde el terreno se torna estrecho y boscoso. Dan media vuelta y miran hacia atrás. Ahí está: el campo donde se librará la batalla. Es un terreno irregular, limitado a un lado por el río y los bosques de las colinas. Al otro lado es más abierto. Hay matorrales, pero en general es una desigual pradera en la que se podrá librar una batalla campal. Y eso es lo que deberán hacer. Y pronto. Mejor luchar contra un ejército que contra tres.

Los romanos parecen aceptar la situación y el campo de batalla. Se establecen a unos tres kilómetros de distancia, montan sus fortificaciones y se preparan para el choque de armas que decidirá la cuestión, o que tal vez la decida. Porque, antes de eso, Espartaco todavía quiere probar una última estrategia, una idea que lleva tiempo rondándole la cabeza. Ahora, al parecer, ha llegado el momento apropiado. Envía mensajeros al ejército romano con una oferta, y desea que Craso la oiga personalmente.

Se tardan dos días en acordar los términos de la reunión. Es una negociación bastante rápida, ya que se celebra sin ninguna confianza mutua. Pero ambos bandos desean ver el final de aquello sin interferencia de los otros ejércitos romanos. Los dos comandantes se reúnen a caballo en el centro del espacio abierto que puede convertirse en el campo de batalla. Cada uno va escoltado por un contingente de veinte jinetes, según lo acordado. Se detienen a unos doscientos pasos el uno del otro. Los comandantes desmontan. Han quedado en andar solos y desarmados hasta estar bastante cerca para hablar. Los soldados deben mantener la distancia.

Espartaco cumple. Craso cumple a medias. Se separa de su contingente, pero otro hombre camina justo tras él. Espartaco oye a Drenis y Gaidres llamarle, pero no se vuelve. Solo hace un gesto con la mano indicando que los ha oído, pero que no se muevan. La reunión los tiene nerviosos, dudan de que pueda lograr algún objetivo. Son dudas razonables, pero hay que intentarlo. Espartaco sigue andando, aparta de vez en cuando un matorral. La pinza de dolor sigue constriñéndole la cabeza, pero se asegura de que nadie pueda darse cuenta. Camina con agilidad, el cuerpo relajado, los brazos reflejando su serenidad. Es más alto que el romano, más fornido, más musculoso. Nada de esto le sorprende, pero resulta en cierto modo satisfactorio. Viste para la ocasión atuendo tracio, mostrando su despreocupación en su falta de armadura, casco o armas. Lleva una fina túnica decorada con patrones geométricos multicolores. Alguien se la dio después del saqueo de Nola. Suponía que formaba parte del botín robado a Tracia y ahora devuelto a un tracio. Dudaba de que los romanos lo supieran, pero era una túnica noble, una túnica de jefe tribal. Lleva también un gorro puntiagudo cosido por una de las mujeres celtas de Skaris. Espartaco jamás ha visto un diseño parecido en su tierra, pero le gusta la punta caída y las aletas laterales que cuelgan tan abajo que podría envolverlas como una bufanda.

El romano se detiene más lejos de lo que habría hecho Espartaco. Señala con la mano para que el tracio se acerque más. Ha afianzado las piernas y descansa la mano izquierda sobre el puño de una espada que, según los términos del acuerdo, no debería llevar. Viste todos los adornos de su rango: la moldeada armadura de cuero con sus intrincadas decoraciones, la falda de tablas, el cinto en torno al torso con un lazo en el centro del abdomen, y una capa sobre los hombros, de un rojo muy vivo. Espartaco se pregunta qué utilizarán como tinte. El romano se cubre la cabeza con un reluciente casco de hierro con las largas orejeras atadas, adornado con una crin roja de caballo desde la frente hacia atrás. Espartaco también tiene un casco igual, perteneciente al derrotado Clodiano. Se lo pondrá, decide, si no saca nada en limpio de las negociaciones y tienen que batallar.

El asistente se detiene justo detrás del comandante romano. Es un hombre de piel oscura, etíope tal vez. Se pone a desplegar las patas de una pequeña mesa. Coloca un pergamino sobre ella y comprueba la punta de varios estilos que sostiene entre los dedos. En lugar de un collar, cuelga sobre su pecho un tintero. Espartaco sabe que es

un esclavo por su porte deferente, que señala su condición tanto como si lo llevara escrito en la frente. Es delgado y de hombros estrechos, como si fuera un muchacho, aunque es difícil calcular su edad. Espartaco se imagina que tiene una buena dentadura, pero no puede comprobarlo puesto que el hombre no sonrío.

—Tú eres Espartaco —dice Craso con brusquedad. Habla latín con un acento áspero y nasal.

Espartaco no sabe si es algo personal o el acento de su clase social. Dedicar un momento a observar el rostro del romano: frente ancha, ojos hundidos, nariz prominente, mejillas y mentón afeitados. Unas hondas arrugas corren de las aletas de su nariz a las comisuras de los labios. Su expresión logra transmitir a la vez beligerancia y desinterés. Parece un hombre obligado a lidiar con un irritante contratiempo menor. ¿Parece un guerrero al que haya que temer? No se diría, pero Espartaco nunca ha podido medir a los romanos por su apariencia. Sus soldados suelen lograr más de lo que parecen capaces.

El tracio sabe que su latín es pasable, aunque carece del acento de los nativos. Intenta hablarlo con soltura y con toda la claridad posible. Empieza tendiendo los brazos alegremente.

—Y tú eres Craso. He venido solo, tal como acordamos. Tú has traído a un hombre. —Señala con el mentón la vaina de Craso, de la que sobresale la empuñadura de su espada. Lleva también una daga—. Y armas. Pero yo estoy solo y desarmado, como habíamos quedado.

—Tú eres una bestia, tracio, un esclavo sin honor. No soy tan estúpido como para comparecer desarmado ante ti. Si no me das motivos, esta espada se quedará en su vaina, como si no existiera.

—Yo soy el que no tiene honor, pero eres tú el que ha roto los términos de nuestro acuerdo.

Craso se lo queda mirando sin contestar.

Espartaco decide no insistir. Si el romano se siente más seguro, es posible que resulte más fácil hacerle razonar. Y aunque sepa utilizar sus armas, no es un gladiador. No es Espartaco, que sabe que sus posibilidades de desarmarlo son muchas. Si se desata una pelea entre los dos, podría matarlo antes de que los soldados de ambos bandos se acercasen siquiera. Ya lo ha hecho antes en la arena, muchas veces. De manera que se encoge de hombros.

—No importa. A menos que quieras decidir esto aquí, como hombres. Yo puedo ir por mi espada y veremos a cuál de los dos favorecen los dioses.

—No seas absurdo.

—¿También tienes una excusa para traer a tu hombre? —pregunta Espartaco.

—Es mi esclavo. No significa nada para nadie que no sea yo.

—Estoy seguro de que significa algo para él mismo. —Y entonces se dirige al etíope—: Significas algo para ti mismo, ¿no?

El esclavo, que está sentado a la mesa, alza la vista, pero para mirar a su amo, no

al tracio.

—¡Dirígete a mí, no a él! —exclama Craso—. Solicitaste hablar conmigo. Di lo que tengas que decir.

—Veo que eres directo. Lo seré yo también. —Carraspea—. Marco Licinio Craso, yo soy Espartaco, un tracio de la tribu de los medos, comandante del ejército que tengo a mis espaldas. Hablo por todos ellos. Te ofrezco la manera de evitar más derramamientos de sangre. Estamos dispuestos a declarar la paz. —Habla con sencillez y se interrumpe para aguardar la respuesta. El romano no dice nada—. ¿No deseas conocer mis condiciones?

—Los ejércitos romanos no aceptan condiciones de un enemigo. Me he dignado a reunirme contigo por una única razón: para poder oír tu rendición con mis propios oídos.

—¿Con qué garantías?

—Ninguna.

Espartaco sacude la cabeza.

—Sería un insensato si me rindo sin garantías. No sería digno de aquellos a los que represento. He venido con unas condiciones acordadas entre mis líderes. Estamos dispuestos a rendirnos, pero solo bajo los términos de vuestra política de *fides*.

Esto, por primera vez, provoca una reacción imprevista en el romano: sorpresa. Y casi al mismo tiempo, indignación.

—*Fides*? —Escupe la palabra como si fuera un insecto que le hubiera volado a la boca—. No sois una nación soberana que pueda reivindicar sus derechos ante mí.

—Somos la nación de los Sublevados —replica Espartaco—. Nosotros mismos nos hemos hecho nación al declararlo y al vencer a los ejércitos romanos en el campo de batalla. Los soldados a mi espalda jamás han sido vencidos bajo mi liderazgo. Piénsalo mientras oyes esta oferta. Podríamos poner fin a esto sin derramar más sangre romana. Para ti será una victoria. Salvará a tu pueblo de más conflictos. Sin duda, el pueblo de Roma no querrá sufrir más derrotas, o sentir el temor de que pronto nos lanzaremos contra él. Con una palabra, pueden librarse de todo eso. Nosotros también tenemos alguna petición. Algunos de los míos quieren partir hacia sus propios países. Creo que otros desearán asentarse en un pequeño terreno en Italia, tal vez en el norte. Son peticiones modestas. Verás que son buenos trabajadores. Y puesto que han sido esclavos, saben lo que es el trabajo.

—Debería matarte por tu arrogancia —replica Craso con los labios tensos.

Espartaco sonrío.

—Escucha, son condiciones razonables. Sé que los romanos han aceptado *fides* de enemigos anteriormente, y luego han convivido con ellos en paz. ¿Por qué no ahora?

—Porque sois esclavos asesinos. Tu proposición es un insulto. La respuesta es no.

—Piénsatelo bien. No puedes estar seguro de ganar esta batalla. Te tengo reservadas algunas sorpresas. Si te niegas a esto hoy, haré que mañana te arrepientas. Por lo menos traslada mi oferta a tus hombres para que...

—Nadie sabrá siquiera que me has hecho esta oferta.

Espartaco mira al esclavo, al que sorprende mirándolo.

—¿Acaso este hombre no es nadie? ¿No eres...?

—¡No te dirijas a él! —Craso agarra el puño de su espada con la mano derecha y da un paso adelante. Los hombres detrás de él, a lo lejos, se tensan visiblemente. Espartaco no pierde la calma—. Si no te rindes sin condiciones, estás condenado. Ríndete y Roma tal vez muestre clemencia. ¿Qué decides?

—¿Qué es la clemencia romana? —Al ver que Craso va a contestar, Espartaco le interrumpe—: No, no digas la mentira que tengas en mente. Solo la verdad. Si mientes, lo veré en el rostro de tu esclavo. Tenemos maneras de comunicarnos, ¿sabes? Cuando dices «clemencia», ¿a qué te refieres en realidad?

Craso vuelve la vista hacia su esclavo. Lo mira escribir un momento, parece pensar algo y luego desechar la idea. Mira a Espartaco a los ojos, más directamente de lo que lo ha hecho hasta entonces.

—Ahora que te veo y oigo tu arrogancia, sé que solo hay una forma de acabar con esto. Si te rindes, solo tus líderes serán torturados y crucificados. El resto de los hombres morirán de manera más expeditiva. Los niños también, por haber sido corrompidos tan temprano. Los viejos morirán por desagradecidos e insensatos. Algunas mujeres podrán vivir, como esclavas de mis soldados. Esa es la clemencia romana.

—Yo no lo llamaría así.

—Entonces lo decidirán las armas.

—No si tus gallinas no comen —dice Espartaco—. Vosotros los romanos les pedís permiso antes de librar batalla, ¿no es así? Deberías haberlas traído para que pudiéramos saberlo con seguridad.

Craso se da media vuelta con una expresión agria.

—¡Espera! —Espartaco avanza un paso.

Al oír el roce de sus sandalias en el suelo pedregoso, Craso se gira bruscamente y se agacha un poco, listo para desenvainar su espada. Su expresión es sombría, desafiante. Un jinete del contingente romano espolea su caballo; parece haberse lanzado al galope, pero los otros hombres le gritan y él se detiene, se da la vuelta, vacila.

—Espera —repite Espartaco con más suavidad. Con una mano muestra que no supone ninguna amenaza, y con la otra hace una señal a sus hombres. Sabe que Gaidres y Drenis entenderán la orden de permanecer en su sitio. Aguarda un momento, hasta que los romanos consiguen hacer volver al soldado ansioso. Espartaco puede sentir su mirada de furia a pesar de la distancia—. Craso, todavía no hemos terminado. Si estas son las únicas palabras que vamos a cruzar, ¿no deseas saber...? —Vacila un momento, sintiéndose de pronto inseguro—. Incluso si pones fin a esto mañana, no será la última vez que surja un alzamiento contra Roma. ¿No quieres saber por qué declaramos nuestra libertad? ¿Lo que significa ser uno de los

Sublevados? Si muero mañana, estaré contento. Si tú mueres mañana, no lo estarás. Si lo deseas, puedo explicarte por qué diferimos en ese aspecto. Te diré lo que albergan nuestros corazones, si quieres saberlo.

Por primera vez, el esclavo lo está mirando sin disimulos. Espartaco lo capta de reojo, aunque sigue concentrado en el romano.

Craso, con el rostro enmarcado en hierro, le ha clavado la mirada durante todo el discurso del tracio y luego un poco más. El tiempo suficiente para que Espartaco empiece a componer lo que dirá. Solo la verdad. ¿Por qué no contarla ahora? ¿Por qué no hacer que al menos un romano entienda que hacer esclavo a un hombre no acaba con su humanidad? Cree que puede hacerlo, y eso le hace desearlo. Jamás ha expresado la verdad ante un romano. Nunca se lo ha planteado siquiera, y ningún romano se lo ha pedido. Craso tampoco, pero ahí está. Están hablando cara a cara a causa de los Sublevados. Espartaco siente las posibilidades. Siente que se vierte ante él toda una vida de recuerdos, muchos momentos entre los que elegir, no solo de la esclavitud, sino también de antes. Si habla bien, este romano lo conocerá como un hombre. Sabrá quién ha sido antes y verá que la esclavitud no ha acabado con eso. Y si lo conoce como un hombre, ¿cómo podrá seguir considerándolo un esclavo? Se da cuenta de que tal vez sea esa la razón de que esté aquí. No para rendirse, no para establecer unas condiciones que sabía que los romanos jamás le concederían. Baebia, que le había hablado de la *fides*, también le había hecho entender la profundidad del odio que Roma siempre sentiría hacia él, hacia cualquier esclavo que no supiera cuál es su sitio.

Está a punto de poner en palabras todo esto, cuando Craso se endereza y relaja la mano sobre la espada.

—Cuando un perro muerde a su amo, ¿acaso pregunta el amo qué hay en su corazón? No. Lo mata, como debe ser. —Y con esto se da media vuelta y se aleja.

Espartaco quisiera llamarlo de nuevo, intentarlo una última vez. Y está a punto de hacerlo, pero la espalda del romano está llena de desdén, sus pasos son decididos. «Siempre intentándolo —se dice Espartaco—, incluso cuando sabes que es inútil. Déjalo». Alza entonces el mentón y grita:

—¡Craso! Búscame mañana en el campo de batalla. Yo también te buscaré. Tal vez si los dioses lo permiten, te cortaré la cabeza. —El hombre sigue alejándose, y Espartaco añade con tono más quedo—: Seré clemente y lo haré rápido.

El romano continúa andando. Espartaco lo mira, dejando que el odio crezca en su interior. Memoriza su espalda, sus hombros, el movimiento de su falda cuando camina, la agitación de la cresta de su casco. No ha sido la suya una amenaza vana: lo buscará en el campo de batalla. Y si está en su mano, lo matará. Por sí mismo, por los esclavos de Roma, por los perros. Acabará con él.

Oye al esclavo etíope que sopla para secar la tinta de lo último que ha escrito. Había olvidado su presencia. Se pregunta qué pensará de lo que ha oído. Algo debe de pensar. Su mente no puede estar tan en blanco como su rostro sugiere. ¿Amará a

su amo? ¿Tendrá una buena vida en casa de Craso? ¿Le han engañado haciéndole pensar eso? Quisiera preguntárselo, pero no lo hace. Tiene curiosidad, y a la vez no. Gaidres lo llama. En un momento tendrá que volver con el informe de la reunión. Habrá batalla. Mañana. Tendrá que advertirles cómo deben decírselo a sus hombres.

El etíope guarda el pergamino en una estrecha gaveta de la mesa. Se levanta y pliega las patas con rapidez. Cuando termina, mira a Espartaco. Tiene los ojos marrones, del mismo tono que la piel. Parece a punto de decir algo.

Craso se detiene, se vuelve y grita:

—¡Kaleb! ¡Ven!

—Sí, Kaleb —dice Espartaco—. Ve con tu amo. Tenle contento.

—Rufius Baebia traicionó a los germanos.

—¿Qué?

—Jamás te fíes de un romano. —El esclavo retrocede, y añade—: Lo siento. Yo solo pensaba en ella. Me arrepiento... —No termina la frase, pero la repite, convirtiéndola en una declaración—: Me arrepiento.

Antes de que Espartaco pueda preguntarle a qué se refiere, Kaleb da media vuelta y se apresura tras su amo.

De nuevo entre los Sublevados, Espartaco envía a un grupo de hombres a talar un tronco recto y clavarle un travesaño. Les explica para qué lo quiere y pide que busquen a quienes sepan hacer lo que necesita.

Eso es lo primero, pero hay mucho más. De la mañana a la tarde, Espartaco hace todo lo que se supone que debe hacer. Informa a sus oficiales, discute con ellos de tácticas, forja un plan de batalla, intenta prever lo imprevisto y tener preparada una serie de respuestas. Les dice qué mensajes deberían pasar a los hombres a sus órdenes. Insiste en que recuerden lo mucho que han ganado siendo dueños de sus propias vidas y sus destinos. Años de libertad. Años de vivir como han querido, de ir donde han querido, de hacer lo que han querido, sin permitir que ningún hombre se declarara su amo. Años de dignidad en vez de degradación. Años trabajando y matando por su propio beneficio, no para enriquecer a los romanos. Años que le han robado a Roma, en lugar de permitir que Roma se los robe a ellos. Años en los que han demostrado, con sus propios actos, que una vida de libertad, por breve que sea, es algo magnífico que puede perlearse de hazañas para ganarse el beneplácito de sus dioses. Dice que si hubiera muerto en la Via Annia momentos después de escapar de Capua, habría muerto feliz. El aire era tan límpido aquella noche, que solo respirarlo como un hombre libre valía cualquier precio. Cada aliento lo hacía más él mismo y menos el esclavo en que lo habían convertido. Les recuerda que pase lo que pase al día siguiente, Italia ya no es la misma que antes. Los esclavos de todo el país saben ahora que pueden aspirar a su libertad, que los romanos pueden morir. Si los Sublevados han enseñado eso al mundo, todos sus esfuerzos habrán valido la pena. Promete que lo que han hecho será recordado. Se hablará de ellos durante años y años. Igual que todavía se habla, varias generaciones después, de los ejércitos de

Aníbal y Pirro y Alejandro, también recordarán al ejército de Espartaco, los Sublevados, y desearán haber estado aquí para verlo, haber compartido la gloria de este momento. La historia los amará por haberse enfrentado a quienes los habían esclavizado. Han demostrado que lo único necesario para tener libertad es creer en ella, ganársela, luchar por ella. Les asegura que eso es lo más importante. Les pide que recuerden a los caídos, que pronuncien sus nombres, que luchen por ellos, que los venguen. Que demuestren al enemigo que sus vidas valen tanto como las vidas romanas. Señala que, aunque muchos caerán al día siguiente, la vida eterna los aguarda si mueren con valentía. Roma les ha dado un gran regalo al entablar batalla contra ellos, la elección entre dos destinos gloriosos: el triunfo en el campo, o la muerte empuñando la espada.

Espartaco dice todo esto y más a sus oficiales. Los apremia a transmitir estas palabras a sus hombres. Sabe que hablarán con ellos en grupos grandes y pequeños, en las lenguas más queridas por ellos para hacerse entender mejor. Desea que sus palabras resuenen en sus oídos y los consuelen. Desea que duerman y sueñen con ellas, y que despierten creyendo en ellas aún más.

Recorre el campamento animando a unos y otros, haciéndoles saber lo que espera de ellos. Examina el campo imaginándose el aspecto que tendrá al día siguiente. Repasa las señales con que se comunicará mediante toques de cuerno durante la batalla. Monta con los capitanes de la caballería, explicándoles lo que se requiere. Reorganiza el campamento para que por la mañana puedan tomar el campo ordenada y rápidamente, cada uno en su sitio. Se asegura de apostar centinelas en los mejores puntos, y de que se organicen los turnos de guardia nocturna. Ordena que se preparen las armas, que se reúnan piedras para las hondas, y el sacrificio de animales. Libera los suministros de trigo para que se hornee pan. Deben comer bien y hacer acopio de fuerzas. Por una vez, comen hasta saciarse, hombres y caballos.

Son muchas cosas, y todas las acomete incansable. O al menos eso parece.

Cuando cae la tarde, Espartaco pasea frente a la cruz. Detesta lo que ha hecho y teme lo que le queda por hacer. Siente como si el mundo se hubiera casi detenido, y a la vez como si no pudiera seguirle el paso. Su cabeza es un crisol de dolor, pero estando tan cerca del sufrimiento, apenas reconoce el suyo propio.

El ejército de los Sublevados lo rodea, hombro con hombro. Arracimados y silenciosos, aguardan bajo una leve llovizna a escuchar la última arenga de su comandante. Espartaco los ha reunido en una hondonada para que puedan ver mejor. Verlo a él, ver la cruz, y a Astera, que sujeta las riendas de su caballo, el semental al que ha llegado a querer y que nombró por el cielo gris pizarra del invierno tracio.

Espartaco mira un rostro tras otro. Algunos le sostienen la mirada con la sombría resolución de los guerreros que desdeñan la muerte, otros con la desesperación de quienes la temen o como mendigos hambrientos de algo que creen que solo tiene él. Los hay que desvían la mirada, y algunos muestran expresiones de desprecio. No le sorprende. Los ha traído hasta aquí, hasta la víspera de una batalla que pocos desean.

Siente sobre sus hombros el peso de sus vidas, la carga de haberlos conducido hasta este momento. Sabe que están aquí porque los ayudó a declarar su libertad. Cree en lo que han hecho estos dos últimos años, pero son muchos ojos los que lo contemplan, muchos oídos expectantes, muchos hombres que confían en que de alguna manera será capaz de cambiar el mundo con sus palabras. Y él sabe que no puede hacerlo. Pero sí espera ayudarlos a enfrentarse a su destino.

—¿Veis a este hombre? —pregunta, alzando el mentón para que se oiga su voz en las últimas filas—. Miradlo, mirad la muerte a la que se enfrenta.

Espartaco se da la vuelta para mirar al hombre del que habla. Es un romano, un jinete capturado un par de días atrás. Su caballo se lastimó cuando patrullaba cerca de los Sublevados y, como la caballería rebelde presentó una escaramuza, los legionarios lo abandonaron. Por desgracia para él.

La crucifixión. Nonus, el romano desertor, sabía cómo se hacía, así como otros varios que lo habían visto. Pusieron las manos del prisionero contra el travesaño y, a pesar de sus súplicas, le clavaron a martillazos largos clavos en el centro de las muñecas. Cada golpe de martillo le arrancaba un aullido, hasta que los clavos quedaron firmemente insertados, mientras el dolor se extendía por los brazos insoportablemente. Luego le juntaron los pies sobre el palo vertical, con las rodillas un poco dobladas. Otros dos clavos se hundieron, uno en cada pie. Cada golpe arrancaba gritos. Luego se alzó la cruz, con el hombre clavado a ella, que chillaba en distintos tonos de agonía a medida que sus muñecas y pies iban tirando de los clavos por efecto de su peso.

Ahora, Espartaco les pide que contemplen la muerte a la que se enfrenta, pero muchos ya lo han hecho. Se han acercado a mirar durante el día. Al principio el romano suplicaba piedad. Más tarde solo mascullaba. Y luego emitió sonidos más primitivos que las palabras. Cada vez que la fuente de su dolor cambiaba, lanzaba un grito. Sucedió a menudo. Durante un tiempo sus piernas dobladas se esforzaron en sostener su peso, pues eso mitigaba la presión de los clavos de las muñecas, pero provocaba un tormento en los pies y un temblor en los muslos. Si aliviaba los pies y las piernas, sentía todo el dolor en los brazos. Se inclinaba hacia delante para cambiar la presión de las muñecas, pero entonces el pecho le constreñía los pulmones y no le dejaba respirar. El hombre se agitaba, cambiando de posición una y otra vez, de un tormento a otro, encontrando un mínimo alivio solo en las distintas variaciones de aquella tortura. Sus dedos quedaron atrapados en un espasmo sin fin, crispados como garras.

Espartaco sabe todo esto, pero ha esperado hasta ahora para verlo por sí mismo. Es un joven esbelto, desnudo, con las piernas manchadas de orina y heces. Tiene la cara hinchada, salpicada de sangre seca por la paliza recibida antes de ser clavado a la cruz. De los pies y las muñecas manan hilos de sangre. Le han cortado varios dedos de los pies, que ya apenas sangran. Pequeñas crueldades, añadidas a la crueldad principal infligida por orden de Espartaco. En algún momento las piernas cedieron.

Ya no puede sostenerse sobre ellas. Ahora cuelga, demasiado exhausto para debatirse, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. La boca es una grieta seca. De vez en cuando murmura, tan débilmente que Espartaco no oye sus palabras, si es que son palabras. No le queda mucho tiempo.

—¿Por qué he hecho esto? —pregunta el tracio—. No por odio hacia este hombre ni porque sea romano. No obtengo ningún placer en matar a un hombre con tanto sufrimiento. Lo he hecho para que sepáis qué destino os aguarda si perdemos la batalla y los romanos os capturan vivos. —Con un dedo se toca la mejilla justo debajo del ojo izquierdo. Luego señala al prisionero—. Craso cortará todos los árboles de Italia para hacer cruces de las que colgarnos, como este hombre. Os hará morir despacio, deshonrados. Yo le ofrecí la manera de poner fin a esta guerra. Él nos ofreció esto. Y si los romanos se aburren o se enfurecen porque tardáis demasiado en morir, esto es lo que harán...

Espartaco hace un gesto a uno de los que han clavado al romano a la cruz. El hombre se acerca, blandiendo el enorme martillo que ha utilizado con los clavos. Las piernas del romano le llegan al hombro. El gladiador apunta y las golpea hasta romperle los huesos de ambas pantorrillas. Es una labor torpe: martillar la carne, romper el hueso. Algunos golpes fallan y golpean la madera. El romano alza la cabeza, abre los ojos, suplica, se agita muy levemente. Sin las piernas para sostenerlo, todo el peso se transfiere a sus brazos. Lanza un grito que más parece un último estertor.

—No veáis aquí a un romano muriendo —dice Espartaco—. Veos a vosotros mismos. Mirad, y veos.

De nuevo señala la cruz. Y como obedeciendo a una orden, uno de los brazos del romano se sale poco a poco de su articulación. La multitud lanza una exclamación y un gruñido. La boca del romano es una mueca de agonía sin aliento para gritar. El cuerpo se mueve un poco, y un momento después el otro brazo se disloca también. Más gritos de espanto. Alguien intenta hacer una broma, pero nadie responde. Se quedan mirando sin más, mientras el peso del prisionero le alarga los brazos, desgarrando el brazo del antebrazo, con la piel tensa y estirada. El hombre abre unos ojos enormes y mira a Espartaco, emitiendo los gritos que su boca no puede emitir. Un silencio cargado de angustia.

Y Espartaco decide que ya basta. Se acerca a uno de sus hombres, le arrebató la lanza, rodea la cruz y clava la punta en el pecho del romano. Es una estocada certera que le desgarró el corazón. Empuja con fuerza, aguarda hasta que el hombre deja caer de nuevo la cabeza y su cuerpo queda por fin inerte. Entonces libera el arma y se la devuelve a su dueño.

—Si perdemos —prosigue, andando de nuevo de un lado a otro—, nuestro destino será una muerte que nadie desea.

Va a continuar, pero alguien gruñe algo entre dientes. Es un hombre moreno, de pelo rizado, acompañado de otros con rasgos similares. Debe de ser un ibero. Su

lengua es desconocida para Espartaco, pero no necesita entender sus palabras. Basta con ver su expresión sombría y el modo en que sus compañeros intentan acallararlo.

—Algunos, creo, os preguntaréis si no es el momento de huir, de escondernos y escapar de la ira romana. ¿Por qué enfrentarse a una cruz así cuando podríamos escabullirnos como ratas y al menos vivir como ratas? Algunos pensaréis que yo haré eso mismo. —Espartaco deja de andar y mira directamente al ibero—. Podéis pensar: Espartaco tiene un buen caballo. Si la batalla se nos vuelve en contra, se marchará al galope para salvar el pellejo. Tendrá miedo, porque ¿a quién quiere Roma clavar a una cruz más que al mismísimo Espartaco? Conozco la respuesta: a nadie. Ah, qué placer les daría verme sufrir. Pero ¿de verdad alguno de vosotros cree que, después de todo lo que he luchado, daría ahora la espalda a la causa?

Un coro de voces lo niega. Uno de los germanos desafía a los demás a llamar cobarde a Espartaco. Muchos reafirman su confianza en él, pero no es un grito unánime, no es una sola voz. Los iberos mantienen la boca cerrada, otros susurran a los que tienen al lado. Espartaco lo sabe, lo ha visto en sus rostros cada vez más durante las últimas semanas. Sus oficiales le han informado de ello. Y también los pastores, que ahora son jóvenes exploradores y siempre le han mostrado una sinceridad que le complace. Saben el ambiente que reina entre los Sublevados. Y Espartaco también.

—No os abandonaré. No lo penséis siquiera. Estoy aquí con vosotros, y os juro que vuestro destino será el mío. Y el mío será el vuestro. Eso es lo que significa pertenecer a los Sublevados. Lo sabéis, ¿verdad? Eso es lo que nos une por encima de todas las cosas. Pero si dudáis de mis palabras, dejadme que os demuestre su verdad.

Alza el brazo para coger el puño de su *rhomphaia*, saca la hoja larga y estrecha y vuelve a colocarse la vaina a la espalda. Sostiene el arma con las dos manos y se vuelve hacia Astera y su semental.

—Aquí veis a mi caballo. Unos jóvenes me dieron este caballo. Se lo arrebataron a un romano rico, pero no se lo quedaron. Me lo trajeron a mí, me lo ofrecieron como regalo. Y yo los quise por ello. Y quiero este caballo. Le puse su nombre por el color del cielo nublado del invierno en mi tierra natal. Este caballo es el único que montaré mañana. Ningún otro. Todos me lo estáis oyendo decir. Y oíd esto también: lo mataré ahora mismo si con ello demuestro que no intentaré alejarme del campo de batalla y abandonaros. Lo mataré para que sepáis que no tengo otra opción que la de luchar con vosotros. Quiero a este caballo, pero estoy dispuesto a matarlo para demostrar la devoción que siento hacia vosotros. ¿Debo matarlo?

En el perplejo silencio que responde a su pregunta, Espartaco apunta con la espada al pecho del caballo. Todavía está algo alejado, pero el animal parece percibir que es objeto de atención y retrocede ligeramente. Astera lo calma. Espartaco mueve la larga hoja curva como buscando el mejor punto para clavarla, el ángulo correcto. Necesita toda su fuerza de voluntad para mantener el rostro inexpresivo, porque aborrece lo que está proponiendo. Lo detesta, pero cumplirá su palabra si es

necesario. Hundirá la hoja entre las costillas del semental y encontrará su corazón rápidamente.

—Estoy dispuesto a hacer esto por vosotros —prosigue—. ¿Por qué no? Si muero aquí hoy, no necesitaré esta montura. Si vencemos y sobrevivo, tendré monturas de sobra para elegir. A ninguna querré como a esta, pero vuestra confianza significa más para mí. Mirad, os lo demostraré. —Y empieza a andar hacia el caballo.

Estallan gritos de protesta. Muchos chillan frenéticos, jurando que creen en él, que no necesita demostrarlo, que tienen fe. Un hombre le sujeta el brazo, agarra su bíceps con las dos manos:

—¡No! ¡No! Deja al caballo. ¡Creemos en ti!

Más gritos:

—¡Es tu caballo! ¡Es tuyo!

Uno le echa el brazo sobre el hombro e intenta detenerlo. Otros también lo agarran. Espartaco se empeña en avanzar, no cede. Quiere que lo detengan, sí, pero deben esforzarse para creer en él. Está decidido, pero al mismo tiempo pone cuidado en no herir a nadie con la *rhomphaia*, en no forcejear con demasiada fuerza. El caballo, que ya está cerca, alza la cabeza, las fosas nasales dilatadas en gesto arisco. Es más una advertencia para los hombres que se arremolinan en torno a Espartaco que para este.

El tracio no se para hasta que Astera se pone delante del caballo. Aparta a un lado la hoja y lo detiene con la punta de los dedos. No es un gesto que hayan convenido de antemano, pero Astera lo toca con tal firmeza que él se detiene.

—Ya tienes tu respuesta.

—¿Sí? —replica Espartaco, envuelto en una maraña de brazos y cuerpos. Mira a sus hombres, escrutándolos—. Lo haré —insiste—. Lo haré si necesitáis que lo haga.

Pero no lo necesitan. Los hombres dejan claro que todavía creen en él, que confían ciegamente en él. No tienen necesidad de ver morir a tan fabulosa criatura. Espartaco moriría por ellos, están seguros. Y ellos por él. Todos lo dicen, alto y claro. Parece que quieren al caballo igual que Espartaco y no desean que sufra ningún mal.

Este apoya en el suelo la punta de la *rhomphaia*.

—Muy bien. —Se sacude las manos y los brazos que lo agarran. Los hombres se apartan nerviosos, impactados o bien orgullosos de haber puesto las manos sobre su comandante. Astera acaricia el cuello del caballo susurrándole unas palabras. Espartaco envaina su arma—. Sea cual sea vuestro destino mañana, también será el mío. Eso... —Se interrumpe, traga saliva, encuentra de nuevo al ibero, aunque con la conmoción se ha movido ligeramente—. Eso soy libre de decidirlo. Y decido luchar con vosotros. Quiero para todos la mejor vida, o la mejor muerte. Lo juro. Eso es lo que quería que supierais.

Más tarde, cuando oscurece, se retira a descansar a su tienda. Sabe que Astera estará con sus hermanas, planteando preguntas a los dioses. Desea tener al menos un momento en soledad. Pero cuando llega a su tienda, alguien lo está esperando. Es

Vectia. Está sentada con las piernas cruzadas, la cabeza gacha y los ojos cerrados. «¿Se habrá quedado así dormida?», se pregunta Espartaco. Con el ruido de sus pasos, la mujer alza la cabeza. Él le hace un gesto para que entre en la tienda. Alguien ha encendido una lámpara. Espartaco la pone entre ambos y pregunta:

—¿Necesitas algo?

La anciana sacude la cabeza.

—No necesito nada.

—¿Entonces?

—Te hablé mal una vez.

—¿Cómo?

—Y lo que es más... —Vectia carraspea— te conté una mentira. No quería hacer ningún daño, solo pensé que la mentira era mejor para ti que la verdad.

—Pero has cambiado de opinión. Cuéntame la verdad, pues.

—El verano pasado, después de nuestras victorias, después de los juegos en honor de Crixo, me preguntaste si los fantasmas habían encontrado la paz y se habían marchado al otro mundo. Y yo te dije que sí. Como no podías verlos, pensé: ¿para qué dejar que lo atormenten? Te dije que se habían ido, y tú sentiste alivio, lo cual fue bueno. Pero era mentira. Los fantasmas siguen con nosotros.

—¿Todavía los ves?

—Por todas partes.

Espartaco se la queda mirando, luego vuelve la cara hacia la entrada de la tienda y el mundo al otro lado. La marca de una hoguera, otras tiendas, un caballo atado, gente atareada. Todo parece mundano, pero de pronto siente frío.

—¿Dónde están? Sin duda, los hemos vengado. Y muchas veces.

Vectia se agita inquieta. Un mosquito aparece a la vista, enorme a la luz de la lámpara. Ninguno le hace caso.

—Los fantasmas no solo son los celtas de Crixo. Lo eran cuando los vi por primera vez, pero ahora sé que todos los muertos de los Sublevados se quedan con nosotros. Contigo. Te hicieron juramentos de lealtad, ¿no? Prometieron llegar hasta el final de todo esto. Y eso es lo que están haciendo. Los celtas y otros muchos. Todos los que han muerto desde entonces. Espartaco, son una gran hueste. Hoy más que nunca.

Todavía mirando hacia fuera, el tracio pregunta:

—¿Están aquí?

—Sí. Nos contemplan. Fuera de la tienda. —Vectia vacila un instante antes de añadir—: Y dentro también.

Espartaco respira rápido. No es exactamente miedo lo que siente. No es que esté en peligro, porque no hay nada que lo sugiera en el porte sereno de Vectia. Lo que le acelera la respiración y le enfría la piel es la inquietud de haber recibido la revelación de una enormidad, algo que no pone en duda pero que tampoco comprende del todo. Tiene ojos y, a pesar de ello, no ve lo que ve Vectia. Siente la presencia de esos seres

en la tienda, cree que están allí, pero no sabe por qué lo cree. Y no solo eso, también la certeza de que han estado con él todo este tiempo. Invisibles, pero vigilándolo. Los muertos, que saben lo que todos temen saber y que aun así algún día sabrán, ¿cómo lo han juzgado?

—Antes dijiste que no estaban furiosos. ¿Lo están ahora?

—No. No sabría decir lo que sienten, pero no están furiosos.

Espartaco menea la cabeza.

—Ojalá pudiera ver lo mismo que tú.

—No, no te gustaría.

Él apenas se mueve, pero un torbellino de pensamientos acuden a su mente.

—¿Los germanos?

Vectia asiente.

—Miles. Todavía te son leales.

Es casi demasiado. Gannicus, Castus. ¿Están a su lado? ¿Están escuchando? No pregunta, temeroso de la respuesta. Entonces se le ocurre otra idea, y en esta ocasión no se contiene:

—¿Está Skaris entre ellos?

Vectia se toma su tiempo antes de responder. Tira distraída de una pelusa de lana en su túnica, la aprieta entre los dedos, parece no saber qué hacer con ella. Por fin vuelve a pegársela a la túnica.

—Está... cerca.

Espartaco cierra los ojos. Inspira, espira y los abre.

—Debería haberlo sabido. Tal vez, si lo hubiera afrontado antes, no habría necesitado que me lo dijeras. Hace tiempo que percibo una densidad en el aire, o en mi mente, mejor dicho. Mi mente está atestada como nunca antes. A veces, cuando camino, pienso en una persona y luego en otra y en otra. Algunas son personas que conozco, otras no. Pero pienso en ellas. ¿Cómo es que están dentro de mí?

—Cuando te mueves entre la multitud de fantasmas, los muertos te tocan. Creo que quieren que los recuerdes, que recuerdes su juramento. Quieren que sepas que siguen fieles a él.

Al cabo de un largo silencio, Espartaco pregunta:

—¿Y si los libero de su juramento?

—El juramento te lo hicieron ellos a ti, no tú a ellos —replica la vieja—. Seguirán contigo hasta que acabe todo esto.

—¿Y cómo puede acabar, Vectia?

—Creo que eso ya lo sabes. —Carraspea—. En cualquier caso, no soy yo quien debe decirlo. Yo no veré el final.

Espartaco enarca una ceja.

—¿Nos dejas?

—Si me lo permites, sí.

—Eres libre, lo sabes.

Ella asiente.

—Sí, pero... no quiero disgustarte.

—Has hecho mucho por nosotros. Jamás podrás disgustarme. —Espartaco respira, intenta esbozar una sonrisa, deja que se desvanezca—. ¿Qué vas a hacer?

—Conozco a un hombre en Cassino. Es un celta, como yo. Lo vi por última vez cuando me dirigía a unirme al alzamiento. Estaba seguro de que yo volvería pronto.

—Pero han pasado años. Tal vez ese hombre ya no siga allí, o tal vez haya muerto. O...

—Estará allí. —Vectia sonríe—. Si hubiera muerto yo lo sabría.

—¿Dónde está Cassino? ¿Queda lejos? Será un viaje peligroso. Y después de mañana... todavía más.

—No para mí. —Tiende los brazos, pidiéndole que vea la verdad tal como ella la ve—. Soy una mujer que el mundo no ve. Soy invisible. No tengo nombre, y eso a veces es bueno. Nadie me molestará. Pasaré de largo sin que me adviertan. Nadie me parará para preguntarme lo que sé, lo que he visto, quién soy. Nadie imaginará lo que he hecho. Empiezo a estar cansada, pero todavía me quedan fuerzas para un último viaje. Iré andando todo el camino hasta Cassino, y encontraré a Judocus esperándome. Le contaré todo lo que he visto, me burlaré de él, y luego le desafiaré a acompañarme por las montañas en busca de nuestro pueblo. Él se negará, de manera que también me burlaré de él por eso. Y si es necesario, proseguiré sola. No tengo miedo.

—Te creo —dice Espartaco al cabo de un momento—. Y yo sí te veo. No veo todo lo que tú ves, pero a ti te veo, Vectia.

Cuando la anciana se marcha, Espartaco se queda a solas pero no solo, intentando comprender sin lograrlo. El mosquito se posa sobre su muslo, durante un tiempo prueba su aguijón buscando el sitio, y luego se lo clava. Él no lo espanta. Lo contempla succionar su sangre y luego echar a volar, saciado.

Laelia

Con el hombro apoyado contra el muro de piedra de la ruina, Laelia contempla al niño nubio. Sabe que debería esconderse, pero el chico no parece peligroso. No es más que un niño de cinco o seis años, la piel oscura y el pelo tupido y negro. Camina por la playa con una red al hombro. De vez en cuando se detiene para coger algo en la orilla; almejas tal vez, algo de comer. A Laelia le gusta contemplarlo. Es probablemente un esclavo, pero parece libre por los saltitos que pega a veces, por cómo se alegra cuando encuentra lo que está buscando. Se pregunta si ella también parecía tan libre cuando era una niña. Probablemente no.

Mira más allá de los acantilados, más allá de la arena blanca, hacia el mar Adriático. Solo se ve un barco anclado a lo lejos; lleva en ese mismo sitio desde que llegaron tres días atrás. Un esquife bordea la costa y una embarcación grande navega en alta mar. Pero mayormente el mar es solo mar, hasta el horizonte. Unas nubes grandes se mueven como un rebaño de ovejas pastando, a distintas velocidades, empujadas por vientos destinados solo a ellas. El sol tiene fuerza suficiente para que las nubes arrojen sombras sobre el agua. Laelia se pregunta si los peces se asustarán cuando las sombras pasen encima de ellos. Hustus diría que los peces no piensan nada, pero Laelia no está de acuerdo. Ha descubierto que todos los seres vivos tienen pensamientos, solo que son pensamientos en distintas lenguas. Y entonces se sorprende a sí misma: con todo lo que tiene en la cabeza, ¿cómo encuentra sitio para plantearse los pensamientos de los peces?

—Hermana —dice una mujer. Es Epta—. Siéntate. No deben vernos.

Laelia baja la vista a la costa, hacia la desembocadura del río y el pueblo que hay más allá. Y luego mira al otro lado, donde las curvas de la costa desaparecen hacia el sur. No hay nadie. Cuando vuelve a fijarse en la playa, el niño nubio ha desaparecido, dejando sus huellas en la arena. Resulta misterioso, pero en las últimas semanas Laelia ha visto cosas más fantásticas que la desaparición de un niño nubio.

—No hay nadie que pueda verme —contesta.

Se acuerda entonces de Hustus. Él tampoco está allí para verla. Su ausencia le duele profundamente. Anhela verlo aparecer, que vuelva a cogerla de la mano para completarla. ¿Por qué no puede ser? Le resultaría insoportable si no soñara con él a menudo. Al parecer, él ya no está con ella en el mundo de la vigilia, pero sí en el de los sueños. Tal vez eso significa que está muerto. No lo sabe. La última vez que lo vio fue la víspera de la batalla final. Con todo lo que sucedió al día siguiente, no se encontraron el uno al otro. Y ahora Laelia sabe que no volverá a tenerlo. Ahora solo tiene al Hustus de los sueños. A lo mejor, si está muerto, eso significa que la está esperando en la otra vida. Le gusta esa idea, que le esté tendiendo la mano por

encima de cualquier abismo que se abra entre ellos. La noche anterior Hustus le habló sacándose de la boca unas piedrecitas. Se las fue dando una a una. Piedras en lugar de palabras. Quería que Laelia las sostuviera todas en las manos, pero la mayoría se deslizaban entre sus dedos. Por más que lo intentara, no podía sujetarlas todas, solo unas pocas.

—Deberías sentarte —insiste Epta—. Ya volverán cuando tengan que volver. Por más que vigiles no van a volver antes.

Laelia escudriña la playa y el mar un momento más, hasta que por fin se agacha detrás del muro. Epta ha hecho lo posible por allanar la crecida hierba dentro de la pequeña ruina. Ha extendido una ajada manta de lana a su lado, en la que ahora duerme Deopus. Epta se reclina sobre las piedras, mirando a Laelia con expresión cansada. Con un brazo se cubre el vientre, con el otro toca el pie de su hijo. Está muy flaca, menos en el abdomen. Se está hinchando con la vida que crece dentro: el hijo de Drenis. A veces, mirándola, Laelia cree que el hijo está devorando la vida de su madre. Pero en otras ocasiones, como ahora, intenta pensar que ese vientre hinchado es la prueba de que el niño está manteniendo a Epta, ayudándola a estar redonda y sana.

Como tan a menudo ha hecho los últimos días, Laelia toca la placa de madera que cuelga de su cuello, pasa los dedos por las letras romanas dibujadas con tinta, las que nombran al hombre que se ha declarado su amo. Epta también lleva una, aunque le ha dado la vuelta para que le cuelgue a la espalda, y ahora está apretada contra la piedra. Dice que al niño no le gusta, que cuando la tiene sobre el pecho, el bebé le da patadas en el vientre, se gira, protesta. Cuando está a su espalda, el niño se calma.

—¿Crees que vendrá? —pregunta Epta.

—No lo sé.

Es la verdad. No lo sabe, y tampoco le gusta hablar de ello. Al preguntar si vendrá, Epta está preguntando qué forma tomarán sus vidas. Laelia preferiría levantarse y contemplar al niño nubio que parece libre, mirar el mar y el mundo en su grandeza y pensar solo en las extrañas ideas que ese paisaje le provoca. Le gustaría pensar en otras cosas, no en todos los que han muerto y en todo lo que se ha perdido y en todos los sufrimientos que el mundo puede infligirle. Cada momento que olvida preocuparse por lo que su vida será o no será es un dulce alivio. No obstante, son pocos momentos, y más fáciles para ella que para Epta. Laelia solo se tiene a ella misma, pero Epta es algo más. Epta es tres veces ella misma, de manera que por supuesto quiere creer en algo mejor.

Sabiendo que su respuesta no es suficiente, Laelia la cambia por un «Tal vez». No es que sea muy distinta del «No lo sé», pero sugiere mejores posibilidades. Por eso lo dice y lo repite, como si así aumentaran sus probabilidades.

Epta asiente, parece en cierto modo reconfortada. Arranca una brizna de hierba.

—¿De verdad ha sucedido? No parece posible. A veces, cuando me despierto se me ha olvidado y tengo que volver a recordarlo todo.

Laelia no tiene que preguntar a qué se refiere.

—Ha sucedido.

—Los fantasmas que veía Vectia, ¿de verdad los viste tú también?

Esa pregunta es más difícil de responder. Laelia sabe lo que vio, eso es fácil. Pero lo que ya no sabe es si fue real o imaginado, o si fue real porque fue imaginado. Ojalá pudiera pedirle a la anciana que verificara los sucesos de los que fue testigo, pero no la vio el día de la batalla, ni después. Probablemente no vuelva a verla. Todavía no lo ha asimilado, pero sabe que es cierto, tanto por Vectia como por muchos otros.

—Creo que sí —contesta por fin.

—¿Viste lo que le pasó a Espartaco?

—Creo. —Y añade—: Sí. —Ambas cosas son ciertas al mismo tiempo. Laelia no está segura, pero al mismo tiempo sí lo está. Vio lo que le pasó a Espartaco. Vio lo que les pasó a todos.

—Por lo menos eso es bueno. Es lo único bueno. —Epta se tira del cordón que lleva al cuello—. Aun así, no sé si lo tuyo es un don o una maldición. Yo solo vi lo que me mostraron mis ojos. Tú viste lo demás.

—Es Vectia la que tiene el don. Todo lo que yo vi... ella lo vio primero. E incluso sin la ayuda de la Dama de Ojos Brillantes.

Epta guarda silencio. Se mira el vientre hinchado.

—No parece posible que todo terminara en un día.

—No todo ha terminado —señala Laelia—. Yo también lo pensé, pero me equivocaba. Nosotras seguimos aquí.

—Ya sabes a qué me refiero.

Laelia no se lo discute por segunda vez. De nuevo quedan en silencio, aguardando. Dos mujeres con placas al cuello que las marcan como esclavas. Un bebé que aún no ha nacido. Aguardan. Tan inseguras sobre el futuro como sobre el pasado.

La mañana de la última batalla comenzó con Laelia asustada por lo que Astera le pedía. Astera, Cerzula y ella bajaron de la colina donde habían pasado la noche invocando a la luna. En la bruma gris antes del alba, fueron sorteando las tiendas y figuras que comenzaban a cobrar forma a la creciente luz. Evitaron los carros y caballos que ya parecían agitados, como si presintieran el inminente conflicto y estuvieran discutiéndolo entre ellos moviendo la cabeza, piafando y relinchando. El aire estaba poblado de sonidos más propios del mediodía que de una hora tan temprana. De vez en cuando resonaban las trompetas, hablando una lengua militar que Laelia desconocía. Y en todo el campamento se oía una especie de coro constante formado por el roce de piedra contra metal: miles de armas siendo afiladas. Llamaban a Laelia en extraños y roncós susurros que a veces parecían lejanos, y otras tan cerca como si unos labios se hubieran pegado a su oreja. Laelia rogó que el día avanzara más deprisa. Deseaba que el mundo no pareciera tan fantasmagórico, que las sombras no se movieran cuando debían estar quietas, que no hormigueara en sus labios el

regusto de la Dama de Ojos Brillantes, y que sus ojos no hubieran visto lo que vieron.

—Hermanas —dijo—, decídselo una de vosotras. Por favor. Yo no puedo...

Astera le apretó la mano.

—Fuiste tú la que planteó las preguntas a la diosa. Solo tus labios deberían describir lo que viste.

—Es cierto, madrecita —terció Cerzula—. Tú solo dile la verdad. Es todo lo que tienes que hacer.

Madrecita. Empezaron a llamarla así la primera vez que sangró allí abajo. No supo entonces qué estaba pasando e intentó ocultarlo. Se había metido entre las piernas unas vendas atadas en torno a las caderas. Había ido a menudo al arroyo cerca de su tienda y, en un sitio apartado, metía el trasero en el agua helada para lavarse, pero no sirvió de mucho. Cuando trabajaba con las hierbas junto a Astera, la sacerdotisa la olió. Dejó lo que estaba haciendo, la agarró por las muñecas y dijo:

—Te huelo. Estás sangrando, ¿verdad?

Laelia intentó negarlo, pero Astera dijo que la diosa le había concedido un don. Igual que otras mujeres, ahora podía crear vida. Ya no era una niña, era una mujer. Una madrecita. Fue Cerzula la que le explicó que la Gran Madre concede el don de la creación a las mujeres, solo a ellas. Los hombres no lo poseen. La Gran Madre se lo había negado mucho tiempo atrás porque estaban demasiado ansiosos de asesinato y muerte. De manera que solo pertenece a las mujeres. Y puesto que es un don maravilloso, les hace pagar un sacrificio. Una vez al mes, como el ciclo de la luna, deben sangrar. Es sangre para la Gran Madre, ofrecida a ella para que ninguna mujer olvide dar las gracias. De momento, Laelia no tiene ningún deseo de ser madre, pero de eso no dijo nada.

Encontraron a Espartaco junto a su tienda de mando, ya vestido para la batalla, con una moldeada armadura romana de cuero sobre su túnica. Debajo llevaba calzas de estilo tracio, hasta la rodilla, y grebas en las pantorrillas. Era una armadura buena, pero no ostentosa, no muy diferente de la de los soldados comunes. Se había recogido el pelo largo en una coleta que bajaba por su espalda. Llevaba la *rhomphaia* sobre el hombro, sujeta con un cordel de cuero en bandolera. Estaba hablando con Gaidres y otros cuatro hombres, gesticulando aparatadamente con las manos y los dedos. Aunque hacía tiempo que a Laelia no le daba miedo, jamás había dejado de sentirse maravillada en su presencia.

Astera se detuvo a cierta distancia. Las tres mujeres esperaron hasta que el tracio palmeó la espalda de uno de sus acompañantes, una palmada brusca, como hacen los hombres para despedirse. Cuando el grupo se dispersó, Espartaco las vio, o al menos vio a Astera. Otros que estaban esperando allí cerca, fueron a acercarse a él y Gaidres, pero Espartaco los detuvo con un gesto. Les dijo algo y los dejó esperando mientras se acercaba a Astera. Gaidres lo siguió.

Ambos la miraron un momento.

—¿Os ha contestado la diosa? —le preguntó por fin Espartaco.

La sacerdotisa movió la cabeza, puso a Laelia delante de ella y, sujetándole los hombros, dijo:

—A mí no. Fue ella la que planteó las preguntas.

Espartaco enarcó una ceja y miró a Gaidres, que mostraba el mismo recelo.

—Esta niña no es una niña —explicó Astera—. Ha sangrado. Ahora es una madrecita. Por el momento en que vino su ciclo, era apropiado que invocara a la luna anoche. Era tarea suya, y la cumplió.

Espartaco, resignado, miró a la joven. Sus ojos eran muy grises. Laelia nunca se había dado cuenta de lo grises que eran, como si tuvieran detrás una luz que los hiciera brillar. Su piel palpitaba de vida, una vida que ella podía ver en su interior, que relumbraba como las ascuas de un fuego, emitiendo calor sin llama. Se fijó en la arteria que latía en su fuerte cuello, y lo más extraño era que oía el latido de su corazón.

Tuvo que recordar que era la Dama de Ojos Brillantes lo que la hacía percibir tales cosas. La pócima todavía corría por sus venas, ofreciéndole un atisbo del mundo tal como lo veían los dioses.

—Díselo —ordenó Astera.

Laelia lo intentó. Quería hablar, pero por un momento se vio incapaz de llevar las palabras a su boca. Tenía miedo de ser una impostora y acabar siendo castigada por ello. Después de aquella primera vez en que ayudó a Astera a invocar a la luna, estuvo confusa durante días. Creía a la vez en cosas contradictorias que no parecían posibles. Cuando Astera le preguntó si la veía, Laelia dio la única respuesta que pudo concebir: que sí, que la veía. Y se quedó aturdida al decirlo. Notó un hormigueo en el cuerpo, júbilo mezclado con terror. Júbilo porque amaba esas palabras, las deseaba, y pronunciarlas fue algo hermoso que además complacía a Astera.

Y terror porque era mentira.

No había visto el rostro de la fiera diosa reflejada en el agua oscura del cuenco de madera. Vio las ondas de la luz lunar, vio el reflejo de las estrellas del cielo, vio una parte de la sombra que proyectaba la sacerdotisa. Y, sobre todo, mirando de cerca, vio el débil reflejo de lo que supo que era su propio rostro. Solo ella, y no se parecía en nada a la aterradora cara de lobo que imaginó que mostraba la diosa las noches de luna llena, redonda y brillante.

Esa noche, Astera prosiguió con la ceremonia. Laelia, siempre a su lado, temió que la diosa la aniquilara en cualquier momento por haber mentido. Pero no fue así. Todo transcurrió a plena satisfacción de la sacerdotisa. Después abrazó a Laelia, la estrechó entre sus delgados brazos y le dijo que estaba muy orgullosa de ella. Y que la diosa, al mostrar su rostro, había reconocido a Laelia como una de las suyas. Solo tenía que mantenerse fiel, y la diosa siempre la protegería.

A Laelia le encantaron esas palabras. Le encantó aquel abrazo, la fuerza con que la estrechó, los pechos de Astera contra ella, el movimiento de sus costillas al respirar. Fue un momento perfecto, y nada en su vida había sido perfecto. Solo había

sentido algo parecido cuando Hustus le cogía la mano, y aun así jamás había sido un abrazo como aquel.

De manera que hubo amor, pero también miedo y confusión. No había visto el rostro de la diosa, pero no recibía un castigo por haber mentido. Eso no lo entendía. A lo mejor, al mentir había dicho la verdad. ¿Sería la diosa las ondas de luz lunar en el agua? Tal vez, porque la diosa podía mostrar el aspecto que quisiera. ¿Serían también las estrellas del cielo, además de la luna? ¿Habría estado allí, pero velada por la sombra de Astera? Incluso empezó a dudar de que el rostro que había visto fuera el suyo. No conocía su propio rostro tan bien. Generalmente se veía en Hustus, sabiendo que los demás también lo veían así. Si ella podía tener el mismo rostro que su hermano, ¿quién podía decir que Cotito no acudiría con un disfraz semejante, para mostrar que comprendía que Laelia tenía un gemelo?

Las preguntas daban vueltas en su mente, silenciosas y sin respuesta. Todavía era así.

Pero la ceremonia que acababan de realizar, con Laelia en poder de la Dama de Ojos Brillantes, había sido una experiencia muy distinta.

Astera frotó en círculos la espalda de Laelia y susurró:

—Mi luna en la noche, díselo.

Laelia volvió a intentarlo.

—Vi... vi el rostro de la diosa. —Alzó entonces la voz—: Le pregunté si todavía la complacíamos.

Espartaco se inclinó.

—¿Y?

¿Cómo contar lo que pasó a continuación? Esta vez sí había visto el rostro de Cotito: era el de Laelia, y a la vez no lo era. Era familiar y al mismo tiempo desconocido. Parecía joven y viejo al mismo tiempo, sereno y poderoso. Y sus respuestas fueron sutiles, silenciosas. Innegables. A Espartaco no le gustarían, pero tenía que saberlas.

—La diosa frunció los labios y se negó a hablar —dijo Laelia. Frunció ella también los labios, repitiendo el gesto—. Le pregunté si era su voluntad que librásemos la batalla de hoy. Cotito cerró el ojo izquierdo. —Laelia hizo lo propio—. Le pregunté si venceríamos. La diosa cerró el ojo derecho. —De nuevo imitó el ademán—. Y luego apartó la cara y se convirtió en la luna en el cielo.

Cuando Laelia abrió los ojos, Espartaco la miraba fijamente, esperando algo más. Pero fue Gaidres quien habló.

—¿Y eso qué significa? ¿Se negó la diosa a contestar? —Dirigió la primera pregunta a Astera, la segunda a Cerzula. Ninguna de ellas contestó, y Laelia supo que debía hacerlo ella.

—Creo... creo que sí contestó. Creo que Cotito está saciada.

Espartaco volvió la cabeza ligeramente, como si de reojo pudiera verla mejor.

—¿Saciada?

—Ya hemos matado bastante. —Laelia sentía más confianza a medida que hablaba—. Su vientre está lleno. No requiere más de lo que ya le has dado. Hemos hecho lo que deseaba, y ahora nos libera.

—¿Nos libera? —repitió Espartaco—. ¿Ya no quiere favorecernos más?

Esta vez fue Astera la que respondió. Salió de detrás de Laelia, acariciándole con los dedos la espalda y el hombro. Se acercó a Espartaco y le tocó su barbudo mentón. Miró también a Gaidres.

—La diosa no nos bendice —explicó—, pero tampoco nos maldice. No tenemos derecho a pedirle nada más. Ha hecho algo incluso más grande que bendecirnos, ¿no lo ves? Nos ha liberado. Somos libres. Hoy somos sencillamente nosotros mismos. ¿Qué podría ser mejor?

Espartaco parecía estar pensando en algo mejor, pero no encontró las palabras para describirlo. Astera le rodeó con los brazos y se estrechó contra su pecho. Él se mostró violentado, sin querer devolver del todo el abrazo. Laelia sintió vergüenza al verlos así: ella apretada contra él, él con los brazos colgando, indeciso. Apartó la vista e intentó no oír lo que Astera susurraba, aunque igual lo oyó. La oyó decir que se alegraba de que la diosa le hubiera hecho aparecer en sus sueños. Y que él la había ayudado a ser dueña de nuevo de su propia vida, y a encontrar una fuerza que no había tenido antes, y que habían vivido juntos cosas tan grandiosas que ya no necesitaba pedirle más a la vida. Y por todo esto le daba las gracias.

Luego guardó silencio. Laelia osó mirar de nuevo. Espartaco le había puesto las manos en la espalda, con los dedos muy abiertos, que se veían enormes contra el cuerpo menudo de Astera. Con la cabeza gacha le decía algo.

Y esta vez Laelia hubiera querido oírlo.

En la pequeña ruina junto a la playa ha caído la tarde. Los otros llevan fuera todo el día. Demasiado tiempo, empieza a pensar Laelia. No puede mantenerse oculta, sobre todo cuando los pensamientos se agolpan en su mente y su cuerpo solo desea moverse, hacer algo para librarse de su intranquila energía. Desoyendo las advertencias de Epta, sale de la ruina, con cuidado de escudriñar las dunas y la costa en todas direcciones. No hay nadie, ni siquiera el niño nubio. Varios barcos pasan entre las olas, pero está segura de que no la ven.

Camina por las dunas hasta la arena más firme de la playa. Las olas van y vienen como una lenta respiración. Ahora el mar inhala y una ancha franja de arena se extiende ante ella, marcada por los suaves contornos que nota en sus pies descalzos. Vuelve la vista atrás. Epta la mira, sin duda mascullando entre dientes por su insensatez. Laelia echa a andar hacia el agua.

Todavía no consigue asimilar la enormidad de lo que ha sucedido, cómo ha cambiado todo. Lo intenta, por eso está aquí, en la arena, respirando el aire salobre y confiando en que si mira largamente el mar, las ideas de su cabeza se ordenen solas. Todavía tiene la voz de Astera en la mente, y eso es bueno. Las palabras que pronuncia están llenas de confianza, aunque también resulta extraño. Sabe que Astera

ya no está en este mundo. ¿Cómo es que todavía la oye? Espartaco también ha partido de este mundo, pero Laelia solo tiene que pensar en él para sentir la fuerza de su presencia. Y lo mismo puede decirse de otros: Cerzula y Gaidres, o Vectia, que se fue por su camino y todavía es capaz de sonreír. Laelia solo tiene que ver esa sonrisa en su mente para que sea real.

Incluso siente a Sura con ella, y eso resulta todavía más extraño. En vida Sura jamás fue amable con ella. Y ahora la recuerda con un afecto que no había sentido antes. Tal vez sea porque fue ella quien la encontró aquella noche en que tenían que invocar a la diosa. Al ver que no llegaba, Astera envió a Laelia colina abajo para preguntar por las razones de su retraso. Se la encontró allí donde el camino empezaba a empinarse fuera del campamento. Se quedó paralizada al ver el cuerpo en el suelo, reconociendo al instante las caderas de Sura a la luz de las estrellas. La llamó por su nombre, en vano. Se acercó dando pasitos cortos, llamándola una y otra vez aun sabiendo que no podía contestar. Y aunque encontrarla así había sido un horror inesperado, el caso es que no lo fue una vez que alcanzó a ver su rostro. La expresión de Sura, bajo la luna y en la muerte, no era de enfado ni decepción. Su boca no era una mueca fruncida a punto de pronunciar palabras bruscas. Sus ojos no eran cortantes, sino que estaban cerrados. Era como si se hubiera quedado dormida. Estaba en paz como Laelia no la había visto jamás.

Más tarde, Astera comentó que Sura debía de haberse suicidado por el dolor de la muerte de Kastor. La prueba estaba en sus labios y el cuenco vacío de Dama de Ojos Brillantes.

Tal vez. Laelia sabe que Sura sentía algo por el gálata, pero tiene sus dudas. El dolor no muestra un rostro tan sereno, no te hace en la muerte más hermosa que en vida. Aquello fue algo más que dolor, Laelia está segura. Pero no sabe qué.

Y luego está Hustus. A eso no puede todavía enfrentarse del todo. A menudo le oye dirigirse a ella, pero siempre hace oídos sordos y pone otro pensamiento delante de él. Hustus, por ahora, es algo demasiado enorme para ella.

De manera que los otros siguen con ella. No todo terminó aquel día, como teme Epta. Lo que ella vio antes de alejarse de la batalla, junto al río llamado Silarus, también es algo bueno. Ha intentado convencer a Epta de que sucedió realmente, y Epta dice que lo cree, pero hay un atisbo de duda en sus ojos. Puede decidir creer, pero no es lo mismo que ver y saber. Epta no puede hacer eso. No ve como veía Vectia. Ni como ve Laelia.

Llega a la arena mojada de la orilla y sigue andando hasta que el agua salada le llega a los pies. Busca lo que quiera que el niño nubio iba recogiendo en su red, pero no hay nada. Solo arena y los hermosos contornos que el agua ha dibujado en ella. Guijarros y conchas rotas. Coge una pata de cangrejo y encuentra belleza en su forma delicada y peligrosa. Ha aprendido de Astera que la Gran Madre es la creadora de toda vida. Es una verdad y así lo siente, y por ello todavía se maravilla más ante las infinitas formas que hacen el mundo y las criaturas que viven en él. Se imagina que si

tuviera que crear un mundo, no sería ni tan grandioso ni tan diverso como este. Ni tan aterrador ni tan cruel. Se toca la parte baja de la espalda, donde lleva un estigma que no ve ni siente: el símbolo de la Gran Madre. Astera fue quien lo dibujó bajo su piel, diciendo: «Nunca en tu vida verás esto y jamás podrás sentirlo. Pero es real y estará siempre contigo, igual que la Gran Madre. Ámala tanto como temes a Cotito. Ámala y, si la vida se porta bien contigo, tal vez algún día la Gran Madre sea más importante que la diosa luna devoradora».

Ahí está otra vez, la voz de Astera en su mente. Laelia la aparta de sus pensamientos y sigue andando.

Un poco más allá advierte unos pequeños agujeros en la arena, como hechos con un dedo. Hay muchos en la arena mojada, y algunos en la seca e incluso bajo el agua en la orilla. Se arrodilla para mirar de cerca y hunde los dedos junto a uno de ellos. La arena está dura y apenas logra sacar un poco. Coge entonces un palo y lo usa para tirar y empujar. La placa en torno a su cuello le golpea el pecho con el movimiento. Vuelve a sacar con los dedos otro poco de arena y por fin ve una almeja. Eso es lo que había en los agujeros. Nunca las había recogido antes, pero ahora que ha encontrado una, recuerda que la gente lo hace. Eso era lo que hacía el niño nubio.

La almeja le encaja perfectamente en la mano, pesada y dura, gruesa y con hondos surcos en tonos amarronados. Es como un arma, como si empuñándola pudiera golpear con fuerza. Y también es una joya, y solo con pensar que se la puede comer se le hace la boca agua. Tiene hambre. Y la almeja se puede comer cruda, se dice. Solo hay que meter un cuchillo entre sus apretadas fauces y abrirla. Se la comería deprisa, sin masticar, dándole una muerte rápida, pero se ha dejado el cuchillo con Epta. Qué tontería. Debería llevarlo siempre encima.

Se empeña en no mirar hacia la ruina. No quiere ver a Epta observándola, haciéndole señas para que vuelva. Con el palo remueve la arena en torno a otros agujeros. Encuentra una concha grande con la que cavar. Durante un rato está absorta en la tarea. La arena le rasguña las rodillas, está mojada y cada vez más helada. Pero va reuniendo una colección de almejas, y sigue hasta que se cansa y ve que tiene ya bastantes amontonadas allí donde las ha ido arrojando. Suficientes para Epta y ella. Y también para los otros dos. Por lo menos hoy.

Viendo que la marea empieza a subir, enjuaga las almejas en el agua y se las lleva, mojadas y pesadas como piedras, envueltas en un pliegue de su túnica que estrecha contra su vientre. Ya volviendo hacia la ruina, advierte de reojo un movimiento en las dunas. O eso cree. Pero cuando se fija, no ve más que arena, playa y mar. Se queda quieta un momento, con el corazón acelerado.

De un valle entre las dunas surge de pronto un jinete, primero la cabeza, luego el caballo. Un momento más tarde aparece también un hombre a pie. Están demasiado lejos para distinguirlos bien, pero por su silueta son reconocibles: un romano y un esclavo.

Laetia llega corriendo a la ruina y tira las almejas sobre la hierba.

—¡Ya vienen!

—¿Cuántos son? —pregunta Epta—. ¿Hay otros con ellos?

Laelia percibe la esperanza en su voz y le gustaría tener otra respuesta. Se toma su tiempo y al final dice suavemente:

—No; son solo ellos dos. —El destello de esperanza se desvanece del rostro de Epta, dejando tan solo el cansancio y la preocupación que tan a menudo muestra últimamente—. Mira, he encontrado almejas. Ayúdame a abrirlas.

Aquel día en que todo terminó —y no terminó—, las tres mujeres se separaron de Espartaco y Gaidres tan deprisa que Laelia casi no podía creerse que el momento había llegado y pasado. Astera estaba en brazos de Espartaco y Cerzula le cogía la cabeza a Gaidres entre las manos, y en un instante se habían dado la vuelta y marchado, abriéndose paso entre el caos de un ejército que se preparaba para la batalla. Por lo visto, todo el mundo estaba en movimiento, todos con prisas y dedicados a las tareas que juzgaban más importantes.

Astera la tenía agarrada por la muñeca, forzándola a seguirle el paso. Laelia miró hacia atrás una y otra vez. Le parecía imposible haber dejado a los hombres. Solo con dar unos pasos, desaparecieron tras el continuo movimiento de cuerpos, caballos y carros. Algo había pasado. O no. ¿Se había perdido ese momento? Habían intercambiado muy pocas palabras, necesitaban hablar más. Ella había dicho lo que tenía que decir, pero se suponía que era solo un comienzo. Había esperado que Espartaco tuviera una respuesta que diera sentido al mensaje de la diosa. Seguro que habría sido capaz de darle la vuelta y presentarle la situación como algo maravilloso. La diosa estaba saciada y eso significaba... ¡Ella no sabía qué significaba! Pero él debería haberlo sabido. ¿Por qué no habían dicho nada ni Espartaco ni Astera? Esta siempre lograba hacer comprensible lo más complicado. Y Espartaco había sido capaz de ver una y otra vez un camino hacia delante que resultaba invisible para los demás. ¿Por qué ahora no? Justo ahora, cuando Laelia lo deseaba más que nunca...

—¿Qué va a hacer Espartaco? —Tuvo que preguntarlo a gritos, porque el mundo se había poblado de voces y rumores, ruidos cercanos y lejanos, un sonido como de rocas rodando sobre piedras más pequeñas para machacarlas—. ¿Qué va a hacer?

—Luchar —fue la cortante respuesta de Astera. No la gritó, pero se oyó clara y fiera.

Luchar. ¿Cuántas veces había luchado ya? Incontables. Y siempre había vencido. Cuando Espartaco luchaba, el mundo se transformaba bajo sus pies y cualquier cosa maravillosa era posible. ¿Por qué entonces ahora esa palabra hacía que Laelia se sintiera tan diminuta? Nada parecido a una nueva mujer, ni a una pequeña madre. Más bien se sentía una niña. Una emoción se hizo un nudo en su vientre, una piedra de angustia. Había olvidado esa sensación, pero ya la había sentido cuando tenía diez años y su padre murió y su madre no pudo reclamar a sus hijos, y unos hombres se los llevaron, a Hustus y ella, y algo que no podía ser verdad resultó ser real, terrible y cruel. Entonces se había sentido indefensa. Y ahora era lo mismo.

—Astera... —Avanzaban junto a una columna de soldados, hombres altos cargados de cuero, metal y madera, pintura y tinta en su piel, los rostros enmarcados en hierro, vistosas figuras ataviadas con los ropajes de la matanza. Cerzula iba delante y Astera tiraba de Laelia—. Astera, la diosa no lo bendice.

Astera le dio un tirón para ponerla a su altura, sin aminorar el paso.

—Cotito es grande, pero es solo una diosa. Y es una mujer. ¿Sabes lo que va a hacer Espartaco? Recurrir a los dioses masculinos, a los que aman la guerra por la guerra en sí. Dirá: Zalmoxis, mírame. Dirá: Darzalas, bendíceme hoy. Invocará a Zagreus y le pedirá que se acuerde de cuando bajó a la tierra y poseyó el cuerpo de Espartaco. Tú te acuerdas, ¿verdad? Eso fue bueno, a pesar de que hiciera el amor con Sura y las otras. Fue una manera de que ellas tuvieran una parte de Espartaco. Me alegro de que Sura lo tuviera.

Aquello era más de lo que Laelia podía asimilar, en movimiento y con el mundo bullendo a su alrededor. Afianzó los pies en el suelo y tiró del brazo. Eso detuvo a Astera.

Cerzula siguió andando, sin darse cuenta de nada.

—¿Qué está pasando? —preguntó Laelia—. ¿Es que Espartaco no me ha entendido? La diosa ha terminado con nosotros. Espartaco no puede... no es posible que...

—Laelia —repuso Astera con suavidad, como si se dirigiera a una niña. Al igual que Espartaco, su piel palpitaba de energía. Era como si tuviera dentro un sol que ardía sin destruirla, un sol caliente con la fuerza de la vida—. ¿Qué quieres que haga? ¿Huir?

—¡Sí! Debería huir. Todos deberíamos huir.

Astera miró a Cerzula, que en ese momento se volvió. Le hizo un gesto para que siguiera andando y apretó las manos de Laelia.

—Hija, no todos podemos huir. No todos deseamos huir.

Laelia seguía sin entender cómo oía las quedas palabras de Astera con tanta claridad. Las veía en sus labios y las oía en su mente, por mucho ruido que hubiera alrededor, a pesar de los gritos y el jaleo de los pasos y los crujidos del cuero y las armas.

—Tienes que saber esto: muchas cosas terminarán hoy, y otras muchas empezarán. —Y se arrancó la torques que llevaba al cuello para ponérsela a Laelia. Era demasiado grande y pesada, un adorno de hombre—. Te quiero como a mis propios hijos, o más, porque tú estás viva y puedo verte. ¿Sabes lo que me pasó cuando me arrebataron a mis hijos? Me destruyeron. Los quería con todo mi corazón. Quedé convertida en puro dolor. Y pensé que no habría nada más en la vida. Pero entonces soñé con Espartaco y lo encontré. Y más tarde te encontré a ti. Supe quién eras en cuanto oí tu nombre. No Ratón, sino Laelia. ¿Sabes que en mi idioma hay un nombre así que significa «luna»? Cuando lo oí pensé: Sí, es ella, es mi luna en la noche y le enseñaré cosas de la diosa. Te declaro mi hija. ¿Me aceptas como madre?

Laelia asintió.

Astera sonrió. Las pecas de sus mejillas eran como estrellas oscuras en un cielo radiante.

—Entonces sé una buena hija. Créeme cuando digo que siempre estaré contigo. Siempre. ¿Me oyes?

—Sí.

—Siempre me oirás. Buena hija, ven conmigo y haz lo que dice tu madre.

Y eso fue lo que hizo Laelia.

Como una buena hija, siguió a Astera hasta alejarse del campo de batalla y reunirse con los otros seguidores del ejército. Se quedó a su lado mientras Astera se ocupaba de la muchedumbre de mujeres y niños, de ancianos y hombres que por una u otra razón —deformidad, heridas, enfermedades o debilidad reconocida— no se unirían a la batalla.

Como una buena hija, guardó silencio mientras Astera los conminaba a tener armas en la mano, espadas cortas y cuchillos de todas las formas y tamaños, porras con clavos, hachas y armas improvisadas, aperos de granja convertidos en instrumentos mortales. Se dirigía a una multitud de millares, igual que Cerzula y otras de similar espíritu. Todas decían que no podían contar con que los hombres derrotaran a los romanos. Podía pasar, o no. Si vencían, gloria a ellos y a los dioses. Si no, los romanos vendrían a por su botín, a por la venganza de la tortura, a violar. Debían estar preparados para ensangrentar sus cuchillos. Tenían que matar a tantos como pudieran. Y no debían permitir que los atraparan vivos. Era matar o morir, no había más opciones.

Laelia, como buena hija, no protestó, no dijo que ella no quería matar ni morir. No preguntó cómo podían estar seguros de que el otro mundo era mejor que este. No llamó a su hermano como hubiera deseado. No dio señal alguna de que, en cuanto se acordó de él, sintió que era esencial encontrarlo. No hablaban desde el día anterior, y no se habían dicho lo que necesitaban decirse. ¿Cómo podía haberlo permitido? Ella sola no era más que media criatura. Con él estaba completa, y ahora lo necesitaba. Si Hustus estuviera a su lado, lo entendería todo mejor. Pero no dijo nada de esto, ni con palabras ni con lágrimas, por más que lo deseara. Y en eso también fue una buena hija.

Cuando vio a Drenis llegar a caballo, sintió renovadas esperanzas. No estaba en la batalla, y eso significaba que tenía muchas más probabilidades de sobrevivir. Conociendo a los hombres, no lo comprendió. Sin duda, Drenis querría luchar y morir y marchar con los dioses y los héroes, como cualquier otro hombre. Pero era mejor que estuviera allí, ayudándolos, hablando con Astera.

Cuando oyó el fragor de la batalla en el aire y el terreno, no mostró lo mucho que sacudía sus entrañas. Era un estruendo lejano y gigantesco de algo que no veían. Oía los bramidos de grandes bestias y notaba temblar la tierra cuando caían. Jamás se había imaginado que los ejércitos lanzarían monstruos contra el enemigo, pero ahora

estaba segura. No era más que otra cosa irreal de aquella jornada. Era mediodía, y las nubes del día anterior se habían disipado. Aunque el cielo no era azul, sino que estaba teñido de rojo, manchado a franjas, como un tinte echado al agua para que se mezclara a su antojo. No era el atardecer. Era sangre. Las gotas de tanta sangre que pendían en el aire. De no ser por la lealtad que sentía hacia Astera, Laelia habría salido corriendo y chillando hacia las montañas. Para ocultarse, para volver tal vez a ser Ratón. Pero no lo hizo.

Fue una buena hija en muchos aspectos, durante todo el tiempo que fue capaz. Fue buena hasta que llegaron los romanos.

En la ruina, Laelia no convence a su compañera de que coma almejas. Epta está de pie, apoyada contra la pared, vigilando por más que antes hubiera reprochado a Laelia que hiciera lo mismo.

—Son solo ellos dos —dice Epta. Lo ha repetido ya varias veces.

—¿Y qué? No querrías que fueran menos, ¿no?

Epta responde con el silencio.

—Y tampoco querrías que fuera nadie sino esos dos, ¿no?

—Calla —dice Epta—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, pero tienes que ver las cosas de la manera correcta. No de la forma equivocada.

—Calla de una vez. ¿Desde cuándo eres tan sabia?

Laelia sonrío y se inclina sobre una almeja para meter la daga entre sus labios prietos. ¿Desde cuándo es tan sabia? Eso la divierte. Aunque ya no es la misma de antes, en cierto modo sí lo es. No ha dejado de ser del todo aquella niña llamada Ratón. La niña que lloró por un cordero muerto y temía que le crecieran los pechos y se asombraba ante la crueldad del mundo. Sigue siendo una gemela que se siente incompleta sin su hermano. Tan solo hace unas semanas, el día de la batalla final, no había sido nada sabia cuando estalló de ira. Aquel día había arañado el rostro del hombre que acudió a salvarla. Se debatió contra él, aulló de dolor.

¿Por qué llegó a ese paroxismo de sufrimiento? No fue porque los soldados salieran rugiendo de entre los árboles de las colinas detrás del campamento, las mismas colinas a las que Laelia hubiera huido para esconderse. Cayeron sobre los que estaban más cerca, rápidos y violentos, con golpes de espadas y puños, con patadas y gritos. Agarraban a las mujeres del pelo para rebanarles el cuello. Los gritos estaban ahora muy cerca, agudos y salvajes, en lugar de reverberantes y lejanos. Laelia sabía que la batalla principal se libraba fuera de la vista. Aquellos hombres habían ido sencillamente a por ellos, para matarlos, para deshonrarlos, para volverlos a esclavizar. Laelia lo sabía, pero no fue eso lo que le provocó tanta angustia. Fue el hecho de que la salvaran. Toda su desesperada lucha era contra un hombre que actuaba siguiendo las órdenes de su madre, que intentaba salvarla poniendo en peligro su propia vida.

Laelia oye a los dos hombres cuando llegan a la ruina. El romano lleva el caballo

hasta el otro extremo, donde hay una hondonada y unos matorrales que proporcionan refugio. Allí esconde al animal. El esclavo es el que se acerca primero. Laelia oye el rumor de sus pasos en la hierba, el chasquido del hierro. Epta se arroja sobre él en cuanto aparece en el agujero que fue en otros tiempos la puerta del edificio. Le besa la cara, lo toca, le susurra. Parece querer asegurarse de que es real y luego de que está ileso. Su intimidación es tan intensa que Laelia aparta la mirada. Gira una almeja entre los dedos, buscando un buen sitio para meter la punta del cuchillo.

—Estoy bien —dice Drenis—. Tan entero como esta mañana. Hola, niño. — Laelia sabe, sin alzar la vista, que Drenis se dirige al vientre abultado de Epta. Le estará dando palmaditas, como hace siempre—. ¿Y esto qué es? Qué piedras más raras has recogido, Laelia.

Ella levanta la cabeza.

El guapo Drenis, guapo a pesar de los verdugones rojos de sus mejillas. Cuatro rayas de cuatro uñas, arañazos de Laelia. Le hubiera gustado que sanaran más deprisa. Drenis es el hombre contra el que se debatió con tanta furia cuando la subió a su caballo. Laelia sabía lo que pretendía, pero en aquel momento no podía aceptarlo. En aquel momento lo odiaba.

Los romanos estaban atacando, matando espantosa y cruelmente. Astera no estaba muy lejos, animando a los otros, impidiéndoles que huyeran, conminándolos a luchar. Se volvió y vio a Laelia. Con una mano blandía una espada corta. Alzó la otra mano y pareció enmarcar a Laelia entre el pulgar y el índice. Se quedó así un momento y susurró algo. Laelia no debería haberla oído, pero la oyó.

—Vive por mí, hija mía. —Eso fue lo que dijo.

Al momento siguiente, Astera se convirtió en una furia, el pelo rojo al viento, la espada empuñada. Echó a correr hacia los romanos, no en dirección contraria, como Laelia hubiera querido. Desapareció devorada por un caos de cuerpos. Laelia fue tras ella, pero Drenis apareció. De pronto allí estaba su caballo, un muro de músculo y olor equino. El tracio deslizó el brazo bajo los de Laelia, la aupó y la montó en el caballo. Entonces fue cuando ella se debatió. Luchó porque Astera había dicho «Vive por mí, hija mía». Odiaba lo que significaba eso, todo lo que decía sin decirlo, todo lo que debería saber que pasaría pero que no había querido creer, que no podía aceptar.

No, en ese momento no fue sabia. En ese momento, sobre aquel caballo, no era sino una niña sufriendo por haber perdido a su madre. ¿Quién puede razonar con una niña que está perdiendo a su madre? Drenis no lo intentó. Se limitó a marcharse con ella. Y gracias a eso, Laelia todavía vive. Gracias a eso, está aquí junto al mar.

—¿Lo has encontrado? —pregunta Epta—. Viene, ¿verdad? Dime que viene.

Drenis parece cansado. Le pesa la gruesa argolla de hierro que lleva al cuello — en lugar de la torques de plata con la que se adornaba en los buenos tiempos de los Sublevados—, así como las cadenas que surgen de ella para acabar en sus muñecas.

—No he visto señales de él. Estuvimos buscando todo el tiempo que pudimos, mostrándonos a la vista todo lo que nos atrevimos. No lo encontramos.

—¿Lo intentaréis mañana de nuevo?

—Tal vez... —El tono de Drenis expresa vacilación—. Ya llevamos buscando tres días. Igual tendríamos que irnos ya.

El romano se une a ellos. Entra titubeante en el recinto, que con su llegada parece de pronto abarrotado. Es un hombre pequeño, oscuro, de pelo negro y ojos nerviosos. A Laelia no le gustan sus manos, sus dedos siempre en movimiento. Al principio desconfió de él. Y todavía no se fía, aunque con el paso de los días a veces se le olvida odiarlo. Desde que huyeron de la batalla no ha hecho nada que los ponga en peligro, y no por falta de ocasión. Le bastaría con decidir que es su amo, en lugar de solo fingirlo. Estando ellos encadenados y con las placas en torno al cuello, ¿qué podrían hacer si el otro sencillamente los declarara sus esclavos delante de otros romanos? Laelia nunca ha hablado con él directamente, nunca ha pronunciado su nombre, aunque sabe cuál es.

Nonus no dice nada. Se sienta en un rincón y se pone a sacar cosas de un tosco saco: una hogaza de pan, un trozo de queso, unas tiras de pescado secas y correosas. Deopus, que se ha despertado, anadea hacia él, inseguro en el suelo irregular. Se apoya con una mano sobre la rodilla del romano e inspecciona el botín. Agarra un trozo de pescado y se lo lleva a la boca, como si pensara masticarlo todo, hasta su propia mano. Nonus sonrío.

Durante un tiempo no hablan de lo que todos están pensando. Comparten el pan, el pescado y el queso. Drenis enseña a Laelia a abrir las almejas, y se las comen, crudas y saladas, todavía vivas. Laelia no sabe muy bien si le gustan esas criaturas blandas y resbaladizas que se desvanecen tan deprisa por su garganta que parecen desear ser tragadas. No obstante, se come su parte y, cuando se acaban, se plantea ir por más.

Epta, que tiene a Deopus en el regazo, pregunta lo que hay que preguntar. Habla en latín para incluir al romano.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nos vamos a casa —contesta Drenis.

Epta exhala.

—Me gustaría, pero ¿y si él no viene? Ya ha pasado mucho tiempo.

—Tenemos que asegurarnos —dice Drenis.

Mirándose las manos, Nonus interviene:

—Hemos ido adonde nos dijo. Hemos pasado tres días merodeando por la ciudad, desapareciendo aquí y volviendo a aparecer. Hoy la gente se ha fijado en nosotros. Intento hacer mi papel, pero no se me dan bien los engaños. Hace falta toda una vida para aprender a ser amo de esclavos, y yo solo he tenido unas semanas. Siento decirlo, pero creo que no podemos volver a la ciudad. Todo el mundo está pensando en el fin de la rebelión, todavía andan buscando a cualquiera que pueda haber escapado. Como nosotros.

Laelia advierte que ha dicho «nosotros». ¿Cómo pueden los romanos perseguirlo

a él como los persiguen a ellos? No lo entiende, pero Nonus ha insistido en eso. Él está con ellos, como ha jurado una y otra vez.

—Sé que Espartaco quería que encontráramos a ese hombre —dice ahora—. Lo hemos intentado, pero han podido pasarle mil cosas. Eso si es que es un hombre fiel a su palabra. Tendremos que encontrar otra manera.

—¿Cuál? —pregunta Epta.

—No lo sé —admite el romano—, pero de cualquier manera deberíamos marcharnos esta noche.

—¡No! —salta Laelia. Los otros se vuelven hacia ella, sobresaltados al oírla hablar. Ella misma se ha sorprendido un poco. No sentía aquella convicción hasta el momento en que abrió la boca—. No. Aguantemos un día más.

Drenis la mira con recelo.

—¿Por qué lo dices?

Ella no está segura. En el silencio, mientras los otros la miran, intenta comprenderse a sí misma. Piensa en Hustus. Piensa en las piedras que se sacaba de la boca en el sueño para ponérselas en la mano y que a ella se le escapaban entre los dedos. Se imagina abriendo la mano y contando las piedras que ha logrado sostener. Cuatro piedras por cuatro días. Una vez que lo piensa, está segura.

—Un espíritu me ha hablado. Un día más. Si va a venir, será mañana.

—¿Un espíritu te ha hablado? —repite Nonus.

A Laelia no le gusta la duda en su tono.

—Recuerda quien soy —le espeta.

Eso los hace callar. Ella es Laelia, cuyo nombre es como la palabra tracia que significa «luna». Astera la hizo sacerdotisa de Cotito. Ella es la que bebió la Dama de Ojos Brillantes y oyó la voluntad de la diosa y vio lo que sucedería en el campo junto al río Silarus el día que Espartaco libró su última batalla en este mundo. Ella es Laelia. Y por eso, aguardarán un día más.

El día de la batalla, Drenis se llevó a Laelia del campamento, lejos del campo de batalla. Se internaron en las colinas pobladas de árboles, se ocultaron entre rocas, recorrieron un sendero de ciervos y se internaron en un bosque de pinos. Laelia siempre recordará su olor penetrante y reconfortante, el suave chasquido de las agujas de pino bajo los cascos del caballo y la quietud de aquel lugar, que la serenaba. Su dolor se expresó en sordos sollozos. Había perdido a Astera. Y a Hustus y a Cerzula. A todos. Había perdido todo aquello en que se había convertido su vida. Todo.

Drenis la colocó a horcajadas en el caballo, delante de él, apoyada contra su pecho. Le habló suavemente en tracio, explicándole que no tenía que tener miedo, que Espartaco todavía podía vencer, que tal vez volvería a estar con Astera en unas horas. Era posible, si los dioses lo deseaban. En caso contrario, tenían un camino alternativo, el que le habían indicado Espartaco y Astera. Espartaco le había ordenado hacer esto, y él lo haría. La llevaría a un lugar donde, según había prometido Espartaco, les estaría esperando un hombre que los ayudaría a ponerse a salvo.

—No —dijo Laelia. No sabía muy bien qué quería decir con eso, pero lo dijo igualmente.

Drenis insistió en que la sacerdotisa quería que viviera, fuera cual fuese el resultado de la batalla. Quería que viera Tracia, que subiera a las Ródope y contemplara la luna desde más cerca una clara noche de invierno, cuando el aire es frío y límpido. Quería que oyera a los lobos alabar a la diosa, y que siguiera adelante con su vida allí, como una mujer tracia cuya madre la había amado y le había enseñado todo lo posible en el tiempo que tuvieron. ¿No es eso lo que hacen las madres, enseñar lo que pueden en el corto tiempo de que disponen? ¿No es eso lo que hacen las hijas, seguir adelante con la vida cuando su madre ya no está?

—No —repitió Laelia. Parecía la única respuesta posible.

Si al final tenían que huir, Laelia no estaría sola. Drenis estaría allí para contar a quien lo preguntara quién era ella, quiénes habían sido Espartaco y Astera, lo que habían hecho juntos allí, en territorio romano. Y tampoco estarían solos ellos dos, le prometió. Pasara lo que pasase, Laelia nunca estaría sola.

—No. —Siempre estaría sola, estaba segura.

—Sé que cuesta creerme —dijo Drenis—, pero ya lo verás. Nada termina, Laelia. Todo es una transición al siguiente paso.

Poco después salieron de entre los árboles para subir por un afloramiento de roca desnuda. Epta y Deopus estaban allí esperando. Nonus, el romano, se encontraba cerca, sujetando las riendas de un caballo. Parecía nervioso. Había también otros, algunos conocidos y otros no. Todos se mostraban inquietos. Asustados por su llegada, algunos huyeron hacia los árboles, pero volvieron al ver quiénes eran. De manera que no todos estaban en la batalla ni en el campamento atacado. Pero ¿qué importaba? Astera sí se encontraba allí, muerta o moribunda. Igual que Hustus, a quien había perdido.

Allí, en aquella roca en las colinas, a un lado del valle del Silarus, contemplaron la suerte de los Sublevados. Estaban muy lejos y la vista quedaba desdibujada por colinas, hondonadas y la bruma de la primavera, que rezumaba como vaporosos tentáculos dispuestos a consumir a los muertos y a los que pronto iban a morir. Lo que Laelia veía era una mancha confusa en el paisaje que palpitaba, se hinchaba y cambiaba como si bajo la superficie se ocultaran enormes gusanos. Las cosas que veían los dioses, pensó, eran siempre aterradoras. La verdad del mundo vista con los ojos de una diosa carecía de la reconfortante quietud de la visión mortal. Laelia, que veía con ojos de diosa pero no era una diosa, no sabía interpretar las acciones de los hombres, pequeños como hormigas, que se mataban unos a otros. Pero Drenis sí sabía lo que estaba viendo, y Epta planteaba preguntas sin fin. Entre las preguntas de Epta y las respuestas de Drenis, Laelia se enteró de lo que estaba sucediendo.

Las palabras de Drenis dibujaban imágenes fragmentarias, arbitrarias brutalidades, orquestaciones de muertes masivas, angustia, crueldad. La barricada de montículos coronados por afiladas estacas que los romanos habían hecho en el flanco

derecho. Las trincheras que se ocultaban detrás, tapadas con palos y tierra. La caballería germana, al galope, se estrelló contra ellos, la tierra se desplomó y los caballos cayeron relinchando sobre las estacas dispuestas en ángulo para empalarlos. Los jinetes y monturas que iban detrás no pudieron frenar y cayeron amontonados en una agonía de huesos rotos. La estratagema de los romanos en el flanco izquierdo. Ocultaron abrojos bajo el agua reluciente del río Silarus: estacas de cuatro puntas que perforaban los cascos de los caballos de los Sublevados y los hacían caer de dolor, derribando a sus jinetes. El poder de las jabalinas romanas, miles de agujas mortales que subían hacia el cielo y bajaban como finos pájaros de muerte. Y esto no sucedió una vez, sino dos. Y luego una tercera vez que convirtió las primeras filas de los Sublevados, un momento antes una rugiente furia, en una desordenada masa de cuerpos caídos, heridos y atravesados. Y todo esto antes de que los romanos empuñaran sus espadas y avanzaran al encuentro de un ejército ya derrotado. La batalla se había ganado mediante cuidadosos preparativos, prudente barbarie y muerte antes de llegar al cuerpo a cuerpo. Los dos bandos se disolvieron uno en otro. Y ya no hubo más que una carnicería, la tensa disciplina romana contra la aullante furia de los Sublevados. Un lado luchaba para vencer, el otro para morir.

Esos fueron los detalles que contó Drenis. Laelia no los entendió entonces ni después. Pero no importaba cómo se hubiera perdido la batalla. La diosa que los había bendecido hasta ese punto, ya no los contemplaba. Laelia jamás había dudado del resultado. Espartaco mismo lo había dicho: no necesitaban vencer, solo tenían que luchar como los guerreros que eran. Tenían que enseñar a los romanos que eran libres hasta el último momento, que ni siquiera en la muerte serían derrotados. Tenían que ser gloriosos en sus últimas horas para que los dioses solo pudieran alabarlos, para que se hablara de ellos durante generaciones. Laelia sabía que los hombres que estaban muriendo lo creían, que Astera lo creía. Ella intentaba creerlo también, pero era difícil sentir otra cosa que no fuera dolor. Apartó la vista, se cubrió la cara con las manos, segura de que no tenía más futuro que una jaula de solitario sufrimiento, segura de que no podría vivir en ella, a pesar de las grandilocuentes palabras de Drenis.

Pensó que aquello era el final de todo.

Pero se equivocaba, como supo momentos después.

Laelia se levanta antes que los otros. Se mueve en silencio a la luz del alba, pisando con cuidado entre los cuerpos que duermen en la ruina. Todo es quietud, aunque el romano ronca de manera peculiar. Más parece un pájaro dormido que un hombre. No resulta ofensivo, solo divertido. Sale por el agujero de la pared, recorre la hierba y disfruta de la arena bajo los pies. No camina hacia el agua, sino hacia las dunas. Una vez allí se sienta, con las rodillas pegadas al pecho, y ve salir el sol en el mar. Una embarcación se aproxima desde el sur. Arría la vela a poca distancia de la orilla y lanza el ancla. Durante un rato no sucede nada más. Laelia sabe que los demás piensan que debería esconderse, pero le parece apropiado quedarse allí

sentada. El mar está ante ella, el mundo a su espalda. La brisa de la mañana es curiosamente cálida, como el aliento de un cuerpo gigantesco. Le gusta cómo le agita el pelo sobre la cara.

Y también siente la paz de Astera. Tiene su voz en la mente, le habla. Habría pensado que sería doloroso oír a su madre adoptiva después de saber con certeza que estaba muerta, como le había dolido recordar a su madre biológica cuando la separaron de Hustus y ella. En aquel entonces solo vio pérdida, solo sintió dolor y miedo. Pero esta vez es diferente. ¿Cómo puede tener miedo cuando la serena voz de Astera le dice que no lo tenga? Astera, como ha hecho en vida, todavía la ayuda a ver a través de todo lo que el destino le presenta. Con Astera, ve más allá del miedo, más allá del dolor. Da otra forma a las preocupaciones, las revela como cosas débiles, solucionables. Es Astera en realidad la que le habla, la que le da las palabras que Epta considera sabias.

La oyó por primera vez justo cuando pensaba en la destrucción de todo. Entonces fue cuando Astera pronunció su nombre. Supo en ese mismo instante que estaba oyendo una voz que no pertenecía a este mundo. Estaba muy en su interior y solo era en parte palabras. Las palabras eran casi secundarias. Era como si pensara primero y luego oyera la voz de Astera como un eco. Hablando así, en su interior, en pensamientos y ecos, Astera le dijo que no apartara la vista de la batalla. Que entonces vería la cosa gloriosa que estaba a punto de suceder.

Laelia no quería ver nada. ¿Por qué le decía Astera que mirase? Oía a los otros alrededor gimiendo, gritando, discutiendo sobre qué debían hacer, llorando su dolor. Drenis dejó de contestar las preguntas de Epta y supo lo que eso significaba. No, protestó. No, no, no.

Pero, como siempre, fue incapaz de oponerse a Astera. Se apartó las manos de la cara, abrió los ojos, se adelantó entre los otros y miró de nuevo hacia el campo de batalla. Durante un tiempo la escena siguió careciendo de sentido. Caos y matanza, por fortuna tan lejos que no se distinguían las muertes individuales.

La voz en su interior le preguntó: «¿Lo ves?».

Y entonces sí lo vio. Fue como si una luz penetrara en una figura en todo aquel caos, haciendo brillar a un hombre mientras que los otros eran tenues sombras. Laelia supo quién era. Y lo supo porque brillaba con la energía que ya había visto bajo su piel ese mismo día. Entonces Espartaco la había ocultado, pero ahora la dejaba fulgurar. Llevaba un casco de centurión de cresta alta y brillaba con creciente fuerza, y Laelia lo veía cada vez con mayor claridad. La distancia ya no importaba. Seguía estando muy lejos, pero se distinguían todos sus vibrantes detalles. Laelia lo vio luchar. Condujo una cuña de soldados entre las filas enemigas. Corría abatiendo a los que se encontraba con esa extraña espada suya, la *rhomphaia*. Cortaba, apuñalaba, esquivaba y embestía con suma rapidez, y aun así Laelia distinguía cada movimiento. Los hombres que se enfrentaban a él caían uno tras otro entre salpicaduras de sangre, miembros amputados, cuerpos desplomados.

«¿Los ves?», preguntó Astera.

Y Laelia supo que había algo más en juego que Espartaco, algo más que el campo de batalla. Arriba en el cielo, detrás de las nubes, se movían las sombras. Y supo lo que eran porque solo unos seres se mueven por los cielos: los dioses. Corrían sobre las nubes, saltando aquí y allá para contemplar mejor la batalla. Los dioses habían venido.

Al verlos comprendió lo que hacía Espartaco. Era su última carga. Estaba buscando a Craso para matarlo personalmente o morir en el intento. Estaba orquestando su propio fin, su apelación a los dioses, su apuesta por abandonar esta vida según sus propios términos, como un guerrero, libre de morir como quisiera. Y sin duda estaba teniendo éxito. Más y más romanos caían ante él. Sus camaradas no podían seguir su ritmo. Espartaco se alejó de ellos y finalmente quedó solo entre los enemigos, completamente rodeado. Se convirtió en un vórtice en el que su espada destellaba una y otra vez. Más veces de las que Laelia pudo contar. Los romanos caían en un círculo sangriento en torno a él. Eran tantos que los otros tenían que trepar sobre los cadáveres para atacar. ¿A cuántos mató? Legionarios y oficiales, centuriones con cascos iguales al suyo. Mataba a todo el que se ponía al alcance de su espada. No llegaría hasta Craso, rodeado como estaba en el gran sacrificio en que él mismo se había encerrado, pero tampoco lo necesitaba. Había hecho más que suficiente.

Laelia soltó un suspiro de alivio cuando por fin desapareció en la multitud, su resplandor oscurecido por la masa de soldados que se abalanzaron sobre él, por fin vencéndolo. Fue un alivio, porque su muerte había sido perfecta. Un alivio, porque los dioses lo habían contemplado. Laelia lo sabía porque justo después de que Espartaco cayera bajo una multitud de romanos que lo apuñalaron una y otra y otra vez, algo cayó de las nubes. Un fino cordel que se descolgó como un hilo de pesca muy despacio, sobre el mar, reluciendo como el rocío en una telaraña que reflejaba los primeros rayos del sol. Cayó y cayó, un largo hilo que se desenroscaba grácilmente hasta los cuerpos amontonados sobre Espartaco.

«¿Lo has visto?», preguntó Astera.

Lo había visto. Vio la punta de aquel hilo fulgurante tocar los labios de Espartaco cuando exhaló su último aliento. Vio cómo penetraba en él para elevarlo por encima de la maraña de cuerpos y alzarlo muy despacio. La batalla proseguía allí abajo, mientras él ascendía hacia los cielos, aupado por algún dios que se lo llevaba al otro mundo.

«Cuéntaselo —pidió Astera—, para que los otros vean lo que tú ves».

En ese momento Laelia supo que podía ser sacerdotisa. Parecería que estaba sola, pero en realidad siempre tendría a Astera a su lado. Vería el rostro de la diosa, ese rostro tan parecido al suyo y a la vez tan diferente. Hustus acudiría a ella en sueños y, si prestaba atención, le revelaría todo lo que tuviera que ser revelado. Porque Laelia no estaba sola, nunca lo estaría. Por fin encontró su voz. Y preguntó a los que estaban

con ella en la roca:

—¿Veis lo que está ocurriendo?

Los otros guardaron silencio. Se acercaron uno a uno, se congregaron en torno a ella, mirándola. Alguien los apremió a mirarla a los ojos, ver lo negros que eran, sus pupilas grandes recortadas contra el claro del iris, como la luna cuando pasa delante del sol. Epta susurró que tenía a la diosa dentro. Drenis le pidió que les contara lo que veía. Y ella lo hizo.

Les habló de Espartaco, de cómo había luchado y había muerto. Les habló de los dioses entre las nubes, del hilo que cayó de los cielos y tocó los labios de Espartaco cuando exhaló el último aliento. Les contó que cayeron otros hilos luminiscentes. Cientos de ellos. Millares. Y más. Todos pertenecían a los dioses que se movían tras las nubes y se llevaban a su pueblo a casa. Zagreus estaba entre las nubes, les dijo. Y Zalmoxis. Y Sabazios y el dios héroe Darzalas. Todos. Y también los dioses de otros pueblos. Wodanaz llamó a sus germanos al festín en el Valhala. Freya invitó a otros al Campo del Ejército. Muchos dioses, muchas almas a las que llevarse de esta vida hacia todo lo que sucede después. Se llevaron a los que acababan de morir, dijo Laelia en el silencio que la rodeaba, y se llevaron a los que habían muerto hacía tiempo, la gran hueste que habían mantenido su juramento de fidelidad a Espartaco. Cuando él murió, quedaron liberados. Laelia describió para su público, con toda la claridad posible, la escena que había visto. Un campo de batalla, sí, pero algo hermoso sobre él. Almas, una gran hueste de almas que se elevaban hacia el cielo, de este mundo al siguiente.

Cuando terminó, el pequeño grupo permaneció en silencio. Laelia se preguntó si la creerían. Hasta que Epta cayó de rodillas y pegó la frente a sus pies. Los demás la imitaron.

Ahora, sentada en una roca junto al mar, piensa en ello y se permite una débil sonrisa. «Es curioso —piensa—, que algo pueda ser verdad y a la vez no serlo, que una persona pueda estar sola y en compañía al mismo tiempo». Sin la ayuda de la Dama de Ojos Brillantes jamás habría podido ver aquella cosecha de almas. Sin la voz de Astera jamás habría sabido mirar. Si Hustus no se hubiera sacado piedras de la boca, ella no habría sabido que necesitaban aguardar un cuarto día. Parece que se está adjudicando el mérito por cosas que en realidad han hecho otros. «Pues que así sea», se dice. Aceptará lo que se le ofrece, y gracias a ello la vida será un poco más fácil de soportar, menos misteriosa, más asombrosa.

Como ahora, cuando un esquife se aparta de la embarcación fondeada tras las olas, y ella sabe que no debe tener miedo. Al fin y al cabo, es el cuarto día. Se levanta y baja de las dunas hundiendo los talones en la arena. Se acerca a la orilla, observando las siluetas del esquife que cada vez se perfilan más. Varios remeros le dan la espalda. Dos figuras se sientan delante. Una es el niño del día anterior; la otra es el hombre al que esperaban.

El hombre desembarca de un salto y salpica el agua dirigiéndose hacia ella. Laelia

recuerda sus facciones al verlo: ojos separados castaño oscuro, pelo rizado, dientes agradablemente torcidos, como si su boca estuviera borracha y bailara alegremente. No le tiene miedo. Este hombre no ha sido nunca un guerrero, no tiene temperamento para ello. Se dedica a sanar, no a matar. Tal vez a eso viene ahora. A sanar.

Se detiene ante ella y se la queda mirando un largo momento. Sube un poco los brazos, como para abrazarla, pero se domina. Filón, el médico que, según pensaban todos los Sublevados, los había traicionado.

—Eres... la chica de Astera.

Laelia no lo niega.

—¿Está aquí Astera?

Ella responde. El griego frunce los labios, mira más allá y va directo al grano:

—¿Y Espartaco?

Laelia responde de nuevo.

Filón cierra los ojos y exhala de manera inaudible un suspiro de agotamiento. Vuelve a abrir los ojos, aunque ahora tiene la mirada vacía. Se pellizca la nariz, agacha la cabeza y habla dirigiéndose a la arena.

—¿Murió bien?

—No será olvidado jamás.

—Ya sé qué es lo que quería, pero esperaba que sobreviviera. Le envié un mensaje diciéndole que le esperaría aquí, si decidía abandonar el país. No sabía qué lugar escoger, de manera que me decanté por este, donde Espartaco nos mandó a Kastor y a mí. Justo aquí, junto a este río, es donde nos encontramos con los piratas. Quería que supiera que nunca le traicioné. No me marché, me secuestraron. ¿Lo entiendes? Me secuestró Bolmios. Es... es todo muy confuso. Me secuestró, pero también me dio la libertad, me hizo rico, me dio documentos de los que nadie puede dudar. —Filón hace una pausa—. Es todo muy raro. Deseaba que Espartaco supiera que yo habría preferido...

Laelia lo interrumpe:

—Lo sabemos. Estamos aquí. Espartaco nos envió aquí porque creía en ti.

El griego alza la cabeza.

—Claro. Estáis aquí. Sabéis todo esto. ¿Quién está contigo?

Laelia nombra a los otros.

—¿Tan pocos? ¿Y un romano?

—Ha fingido ser nuestro amo. Sin él no estaríamos aquí.

—Ya, puede ser. Yo también tengo aliados improbables. —Filón señala hacia el esquife, donde aguardan el niño y los remeros—. Piratas, pero se puede confiar en ellos. Estos responden ante mí. Necesitábamos ocultarnos en otro sitio. El niño estuvo buscándoos. Cuando os vio, me dio el mensaje. No es un esclavo, por si quieres saberlo. Es solo un niño. —Filón alza la vista.

Aunque Laelia no se vuelve, sabe que el griego ha visto a alguien en la ruina. Ha echado a andar hacia allí, tocándole el hombro al pasar.

Laelia no lo sigue, se queda junto al agua. Mira al niño nubio, que le devuelve la mirada. Tenía razón sobre él. Parecía libre porque era libre. No lleva un disfraz. Y ella tampoco lo llevará, decide. Alza el cordel del que cuelga la placa, se lo quita por la cabeza y lo deja caer en la arena. Más tarde, cuando llegue el momento, sacará de su bolsa la torques que le dio Astera. Se la colgará del cuello y se la ajustará sobre los hombros, pero en este momento no la necesita. Sencillamente, se mete en el agua y se dirige hacia el niño.

Nota histórica

La batalla junto al Silarus (actualmente el río Sele) marcó el final de los mayores enfrentamientos de la tercera guerra servil. Allí murieron miles y miles de seguidores de Espartaco, y Craso apresó rápida y brutalmente a los supervivientes. Pompeyo, que llegó en el último momento, interceptó a un gran contingente de rebeldes que huían, los ajustició y logró adjudicarse algún mérito en el aplastamiento de la rebelión. Aunque algunos seguidores de Espartaco lograron escapar y vivieron durante años como renegados en las regiones más agrestes del sur de Italia, Craso hizo crucificar a seis mil prisioneros a lo largo del tramo de la carretera entre Capua y Roma. No se identificó el cadáver de Espartaco entre los prisioneros ni los crucificados. Se dice que murió heroicamente en un último esfuerzo por enfrentarse a Craso en combate singular. Murió luchando. Aunque esto sí se sabe, su cadáver nunca se encontró.

Agradecimientos

Cualquiera diría que después de haber escrito siete novelas, al autor le resultaría más fácil el proceso. No fue así. Cada libro es un desafío, y este lo fue especialmente. Mientras escribía esta historia, me apoyé en pre-lectores de mi confianza: mi mujer, Gudrun, y también Allison Hartman Adams, Shawn Alex Crawford, Zachary Jernigan, Cortney McLellan, Timothy Phin, Vanessa Rose Phin, Keith R. Potempa, Robert V. S. Redick, Angela Still, Ian Withrow, y otros que leyeron o escucharon fragmentos de esta obra. Les estoy inmensamente agradecido por el papel fundamental que representaron cada uno de ellos y por su ayuda para que pudiera finalizar la historia. ¿Es la escritura un trabajo solitario? Sí, pero menos cuando uno tiene amigos con los que contar. Gracias también a mi editor, Gerald Howard, y a mi agente, Sloan Harris, por su paciencia y su continuo apoyo.



DAVID ANTHONY DURHMAN (1969). Nació en la ciudad de Nueva York y es hijo de emigrantes caribeños.

Ha trabajado como instructor de la organización benéfica Outward Bound, y como guía de rafting e instructor de kayak. Tras obtener un título en Bellas Artes por la Universidad de Maryland en 1996, dio clases en esa universidad y en la Universidad de Massachusetts.

Autor de *El orgullo de Cartago*, la trilogía «Acacia» y otras obras de ficción histórica y fantástica. Sus novelas han integrado las listas de Notable Books de *The New York Times* en dos ocasiones, han ganado el premio Primera Novela de 2001 y el Alex de 2002 otorgado por la American Literary Association, y han sido traducidas a varios idiomas. En 2009 Durham obtuvo el premio John W. Campbell al Mejor Nuevo Autor de Ciencia Ficción.

Actualmente vive en Edimburgo, Escocia.